

Francisco Gracia Alonso

La guerra en la Protohistoria

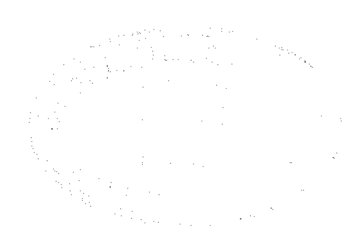
Héroes, nobles, mercenarios y campesinos

Ariel Prehistoria

Francisco Gracia Alonso

LA GUERRA EN LA PROTOHISTORIA

HÉROES, NOBLES MERCENARIOS Y CAMPESINOS



Ariel

Ariel Prehistoria



Diseño de la cubierta: Joana Gironella

1.ª edición: enero 2003

Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

ISBN: 84-344-6680-5

Depósito legal: B. 388 - 2003

Impreso en España

Gloria y Andrea, presente y futuro.

La guerra es una masacre entre gentes que no se conocen para provecho de gentes que sí se conocen pero que no se masacran.

PAUL VALÉRY

Las guerras deben ser justas. Ni aun esto basta; han de ser necesarias para el bien público.
No debe derramarse la sangre de un pueblo, sino para salvar a ese mismo pueblo, cuando no existen otros remedios.

FÉNELON, *Télémaque*, XVII

SUMARIO

INTRODUCCIÓN.
EL COMBATE DE BANDAS Y TRIBUS

La guerra es justa para aquellos a quienes es necesaria, y son sagradas las armas de aquellos a quienes no queda otra esperanza.

TITO LIVIO

El adjetivo *simple* aplicado al hecho de la guerra tan sólo tiene sentido por contraposición a la idea de la guerra avanzada o *compleja*. Como acto de destrucción, la guerra nunca es simple, ni aun cuando sus efectos puedan considerarse limitados en el tiempo y en el espacio. Aunque se haya inidicado en repetidas ocasiones que la guerra es la continuación de la política por otros medios, este aforismo no es sino una coartada moral para justificar la incapacidad para resolver los problemas, reales o inexistentes, creados entre hombres, grupos o estados, sin tener que recurrir al empleo de la violencia. Tucídides afirmó que en cualquier tiempo, *siempre, por una cualidad intrínseca de su naturaleza, todos los seres ejercen todo el poder de que disponen*, es decir, se sienten atraídos por el hecho de obtener por la fuerza aquello que se les niega o no pueden obtener mediante el empleo de otros procedimientos y, evidentemente, cuando existe una superioridad demográfica, económica y militar de un oponente respecto al otro, las probabilidades de que el enfrentamiento derive hacia un conflicto armado son mayores, puesto que como expresaba Nicolás Maquiavelo en sus recomendaciones al príncipe, *una guerra se inicia cuando se quiere*, aunque no es menos cierto que *se termina cuando se puede*. Es decir, cuando no se han calculado correctamente todas las posibilidades derivadas del enfrentamiento y, tras una secuencia inicial pautada y ajustada a la planificación del agresor, la resistencia del oponente y otros múltiples problemas alargan el conflicto causando más pérdidas de las esperadas, por lo que la agresión ya no permite conseguir los fines previstos con los costos que, en teoría, podían ser asumidos. La guerra es exactamente una consecuencia de lo enunciado por el político e historiador ateniense, la voluntad de un hombre o un grupo por imponerse a otros hombres o grupos.

Siendo sencillo, el aserto encierra lógicamente unas consecuencias funestas como son la muerte y la destrucción. Cabe preguntarse en qué momento surgió la idea de la guerra entendida como tal, es decir, como una canalización

racional[1] de la violencia del hombre para la obtención de sus fines. El concepto *matar* es inherente a la propia supervivencia del hombre, pero ello no significa que la violencia se ejerza desde un primer momento sobre otros seres humanos, sino que, en un estadio inicial, el desarrollo de las armas y el ejercicio de la violencia debían relacionarse exclusivamente con la obtención de recursos y la defensa en un medio hostil, dado que la cohesión de un grupo basada en el potencial demográfico era mucho más importante que cualquier otro planteamiento. Las luchas esporádicas que pudieran producirse entre las comunidades cazadoras-recolectoras, probablemente plasmadas simbólicamente en la pintura rupestre franco-cantábrica, corresponderían más al concepto de ejercicio de la fuerza que a la idea de la guerra, por cuanto no puede afirmarse la existencia de componentes tácticos, y porque esencialmente las armas empleadas no fueron concebidas para atacar a otros hombres, sino que su empleo principal era la caza. Bandas y clanes podrían luchar por la posesión del territorio o los recursos naturales, pero en estructuras demográficas reducidas, la muerte de algunos de sus miembros, esencialmente los que se encuentran en edad de procrear o los que ejercen tareas de abastecimiento del grupo, podría conllevar la desaparición del grupo en sí mismo, por lo que no es lógico pensar que existiera un concepto claro de combate de agresión en el que el agresor tendría tanto que perder como el agredido.

El crecimiento demográfico registrado durante el Paleolítico Superior y el Epipaleolítico motivó la denominada *crisis alimentaria de la Prehistoria* y el tránsito hacia estructuras económicas basadas en la producción alimentaria y el surgimiento de las primeras comunidades productoras. La producción agraria supone dos cambios esenciales respecto al período anterior: el desarrollo de la idea de territorialidad consecuencia de la sedentarización necesaria para llevar a cabo una explotación agraria sostenida, y la necesidad de proteger las reservas alimentarias formadas a partir del excedente de las cosechas. Ambas ideas dan lugar a un nuevo principio: el surgimiento de los recintos cerrados, es decir, el concepto de protección ante lo desconocido, la inseguridad. Ya sea mediante un sistema simple, como la unión de los muros traseros de las unidades de habitación, caso del poblado neolítico de Catal Hüyük (Turquía), o una arquitectura compleja como las murallas y torres de Jericó (Palestina), la construcción de los primeros sistemas defensivos es un exponente de la necesidad del hombre de defenderse de otros hombres, para lo que también se desarrollarán las primeras armas no relacionadas directamente con la obtención de alimentos.

1. El desarrollo de la guerra siempre es irracional. Sin embargo, y de un modo abstracto, la planificación de la misma deriva de una estructura de pensamiento y, por ello, es consecuencia de una secuencia lógica de raciocinio o reflexión destinada a obtener las mayores ventajas con los mínimos riesgos. En palabras del teórico militar chino Sun Tzu: «La guerra es de una importancia vital para el estado. Es el dominio de la vida y la muerte: la conservación o la pérdida del imperio dependen de ella; es imprescindible regularla bien. No reflexionar seriamente sobre aquello que la concierne es demostrar una indiferencia culpable por lo que respecta a la salvaguarda o pérdida de lo que más se aprecia, y eso no debe sucedernos a nosotros». Sun Tzu: *El arte de la guerra. Los trece artículos*, 1.

La densidad de población y la construcción de las fortificaciones condicionarán la organización de las actividades en las primeras agrupaciones urbanas. La arquitectura militar precisa de la existencia de un fuerte poder centralizado con capacidad para articular la prestación de corveas o esfuerzo de trabajo no retribuido de los integrantes del grupo destinado a una actividad comunitaria como es la construcción de las defensas, dado que tanto por el volumen de materiales necesario para realizarlas como por el tiempo empleado para erigirlas, su realización no puede corresponder sólo a una parte de los integrantes del grupo. Del mismo modo, y una vez construidas las fortificaciones, la guardia y defensa de las murallas necesita de la organización de un sistema de prestación personal destinada a fines militares que repercute asimismo en las relaciones internas del grupo, al definirse la defensa como el resultado de una acción colectiva.[2]

Bandas y tribus combatirían por el control del territorio y los recursos alimentarios, empleando para ello todos los medios a su alcance, planificando operaciones destinadas a asentarse definitivamente en un territorio o a saquear cíclicamente los de sus vecinos. Las grandes migraciones que tuvieron lugar durante la Prehistoria reciente europea fueron motivadas por la necesidad de reasentarse de amplias comunidades ante problemas de subsistencia o de pérdida de control territorial en sus áreas de origen, una causa que puede encontrarse también en desplazamientos masivos de población bien documentados en los archivos de los imperios del Próximo Oriente y Egipto: las invasiones de los *Pueblos del Mar* que asolaron el Mediterráneo oriental entre finales del siglo XIII y principios del siglo XII a.C., y cuyas consecuencias más perdurables fueron la reorganización social y política del área de Palestina a partir del 1190 a.C.

Se ha indicado en diversas ocasiones que la guerra durante la Prehistoria carecía de las características esenciales que permiten definir un conflicto armado complejo. Nada más lejos de la realidad. Los principios básicos de los enfrentamientos bélicos posteriores se encuentran ya presentes en ella. La definición de unos objetivos antes de iniciar la lucha, es decir la respuesta a la pregunta *¿qué fines se persiguen con la guerra?*, muestra el conocimiento del concepto de estrategia, o lo que es lo mismo, la selección de unas metas o ganancias territoriales o económicas que deben cumplirse inexorablemente y a las que se supeditarán todas las acciones posteriores para obtener una respuesta positiva al aserto que motiva la acción emprendida; al mismo tiempo, el planteamiento de un saqueo, combate o asedio, es decir, una parte específica del conflicto general, im-

2. Para una época muy posterior, Tito Livio proporciona un ejemplo muy significativo respecto a la colonia focea de Emporion: «Se preguntaría admirado quien los viese expuestos por una parte al mar abierto, por otra a los hispanos, nación tan bárbara y belicosa, cual era su defensa. La defensora de su debilidad era la disciplina, que enfrente de vecinos más fuertes se conserva siempre. La parte de la muralla que miraba a tierra estaba magníficamente fortificada, con una sola puerta y un magistrado por turno siempre de guardia en ella; por la noche, un tercio de los ciudadanos montaba la vigilancia en las murallas; y no era sólo por hábito o por formulismo, sino que ejercían la vigilancia y practicaban las rondas con el mismo cuidado que si el enemigo estuviese ante las puertas». *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 9.

plica, desde la definición de la idea *cómo debe realizarse*, el principio básico de la táctica militar: la consecución del objetivo asignado dentro de la estrategia del conflicto con el menor esfuerzo y bajas.[3]

La guerra en la Prehistoria sirvió también, como se ha indicado, para cohesionar los grupos sociales mediante la concentración del poder en sistemas de gobierno unipersonales, electivos o hereditarios, en los que un individuo ejercía el poder absoluto apoyado en muchas ocasiones en la fuerza militar y en el prestigio proporcionado por los triunfos en la guerra. Las armas, como elemento emblemático de un individuo, grupo de individuos o clase social, significarán el poder en el seno de las estructuras sociales jerarquizadas, estratificadas o preestatales, y la redistribución del derecho a portarlas y emplearlas para asegurar la defensa del grupo significará un cambio de estatus en gran parte de los individuos libres de una estructura social y de poblamiento al acceder tanto a los símbolos del prestigio como a las responsabilidades que representan.

La investigación sobre el armamento y la historia militar de las comunidades protohistóricas en la península Ibérica a partir del registro arqueológico se inició con la excavación, a finales del siglo XIX, de la necrópolis de Los Collados (Almedinilla, Córdoba), yacimiento que proporcionó las primeras espadas del tipo *falcata* identificadas, en esa época, como armas romanas, al igual que el conjunto de la necrópolis y, con ella, también la de Baza (Jaén), no siendo hasta las intervenciones de J. Rubio de la Serna en la necrópolis de Cabrera de Mar el año 1888 cuando se definió por primera vez un conjunto funerario como prerromano. Paralelamente, los trabajos de F. Fulgosio[4] supusieron en 1872 el primer estudio erudito sobre las armas ibéricas realizado a partir de las piezas conservadas en las colecciones del Museo Arqueológico Nacional de Madrid. En sus estudios introdujo comparaciones de los tipos formales analizados con las informaciones proporcionadas por las fuentes clásicas, y definió por vez primera los conceptos de *falcata* y *soliferreum*. Al igual que sobre otros muchos temas, el hispanista francés P. París puede ser considerado un pionero en la interpretación del armamento ibérico, puesto que propuso en 1904 una primera sistematización que recogía tanto ideas anteriores enunciadas por investigadores como E. Cartailhac, como un amplio estudio filológico tendente a identificar los tipos formales de las armas ibéricas con las descripciones de los clásicos.

Las excavaciones de E. Aguilera y Gamboa, marqués de Cerralbo, en las necrópolis celtibéricas durante las décadas de 1910 y 1920 permitieron identificar los primeros conjuntos de armas en el área de la Meseta. Paralelamente, J. Cabré

3. «Evitar hasta el más pequeño error quiere decir que haga lo que haga el enemigo, se asegura la victoria; conquista a un enemigo que ya ha sido derrotado; en los planes, nunca un desplazamiento inútil, en la estrategia, nunca un paso dado en vano. El comandante hábil adopta una posición en la que sea imposible sufrir una derrota, no desaprovecha ninguna circunstancia que le garantice el dominio de su enemigo». Sun Tzu, *El arte de la guerra. Los trece artículos*, IV.

4. Fulgosio, F. (1872): «Armas antiguas ofensivas de Bronce y de Hierro; su estudio y comparación con las que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional». *Museo Español de Antigüedades*, 1, pp. 353-372.

identificó nuevos materiales en sus intervenciones en las necrópolis ibéricas de Andalucía y el sudeste peninsular, entre las que destacan, por ejemplo, las realizadas en la necrópolis de Toya. Sin embargo, el mayor avance durante las primeras décadas del siglo XX corresponde sin duda a H. Sandars, quien publicó en 1913 su monografía «The weapons of the Iberians»[5] en la que interpretaba el armamento prerromano utilizando todas las fuentes de información disponibles: numismáticas, arqueológicas, literarias, etnográficas, e iconográficas, componiendo un corpus tipológico y erudito cuyas bases y aportaciones conclusivas fundamentales han perdurado a lo largo de más de medio siglo. Sandars realizó también el primer estudio metalográfico de una *falcata*, denunció falsificaciones de piezas destinadas al mercado de antigüedades en una época en que proliferaron este tipo de obras como consecuencia del Antiquarismo que influyó en la sociedad europea antes del la Primera Guerra Mundial, y propugnó tesis interpretativas que afirmaban la existencia de influjos mediterráneos en el armamento y la Cultura Ibérica, destacando en especial la referida al origen griego de la *falcata*.

En el período anterior a la Guerra Civil española destacan los trabajos de J. Cabré sobre las armas de las necrópolis celtibéricas y algunas piezas excepcionales de yacimientos ibéricos como la coraza de Calaceite, que completará con ayuda de su hija E. Cabré de Morán con estudios monográficos sobre diversos tipos de armas durante la década de 1930. Tras la guerra, será E. Cabré de Morán quien dedique más de cinco décadas al estudio y sistematización del armamento celtibérico. En paralelo, P. Bosch Gimpera analizó en sus obras de síntesis el armamento celtibérico e ibérico pero sin establecer opiniones duraderas.

Las décadas de 1950 y 1960 suponen un freno al estudio del armamento ibérico debido tanto a la ausencia de intervenciones y publicaciones sistemáticas, como a la difusión de una cierta creencia entre los investigadores españoles de que la Cultura Ibérica era un período de la Protohistoria del que ya se había extraído y analizado toda la información posible, no creyéndose que existiesen nuevas vías para profundizar y modificar los patrones interpretativos establecidos, siendo el mejor ejemplo de las ideas indicadas los capítulos sobre la España prerromana incluidos en la *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal,[6] y cuyo colofón se sitúa en la publicación de la obra de A. Arribas *The Iberians* en 1965,[7] primera síntesis sobre la Cultura Ibérica, y única hasta principios de la década de 1990.[8] No será hasta la edición en 1969 de la obra de W. Schüle *Die*

5. Sandars, H. (1913): «The weapons of the Iberians». *Archaeologia*, 44, pp. 205-294.

6. Maluquer de Motes, J.; García y Bellido, A.; Taracena, B.; Caro Baroja, J. (1954): *La Historia Prerromana*. Vol. 1, III. Madrid, 850 p. Almagro Basch, M.; García y Bellido, A. (1952): *España primitiva. La Protohistoria*. Vol. 1, II. Madrid, 719 pp.

7. La difusión en España de la obra se produjo a partir de su traducción al castellano. Arribas, A. (1968): *Los Iberos*. Ed. Aymà, Barcelona.

8. La síntesis más reciente sobre la Cultura Ibérica es: Ruiz Rodríguez, A.; Molinos, M. (1993): *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Ed. Crítica, Barcelona. Su traducción al inglés permitirá que en las obras de conjunto sobre la Protohistoria de la península Ibérica se emplee bibliografía y documentación de origen no anglosajón.

Meseta Kulturen der Iberischen Halbinsel en que se retomarán de nuevo los estudios tipológicos del armamento en la meseta con referencias a las influencias de la panoplia ibérica en el interior peninsular. No obstante, y aunque supuso una profunda revisión del material, la obra de Schüle no resolvió los problemas conceptuales más importantes.

El relanzamiento de la investigación arqueológica entre finales de la década de 1960 y principios de la siguiente marcó el inicio de un camino de progresión ininterrumpido en el estudio de los yacimientos protohistóricos entre los que destacan las intervenciones de E. Cuadrado en la necrópolis de El Cigarralejo[9] en las que definió los conceptos básicos de la distribución espacial y la significación social de los diferentes tipos de tumbas, estudiando al mismo tiempo la composición de los ajuares para establecer la diferenciación de estatus de los grupos sociales y, en concreto, la tipología de las armas.

Tras los estudios de William S. Kurtz[10] sobre el armamento celta e ibérico, especialmente sobre las corazas de la Europa protohistórica y el origen de la *falcata*, que relacionó con prototipos del Mediterráneo oriental, la investigación sobre la panoplia ibérica ha constituido el núcleo de la investigación de F. Quesada Sanz, quien ha tratado el tema en diversas obras desde finales de la década de los ochenta, entre las que destacan las monografías sobre la *falcata*,[11] el armamento de la necrópolis del Cabecico del Tesoro,[12] y su obra de síntesis *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos* VI-I *a.C.)* editada en 1997, y que constituye sin duda la obra de referencia fundamental en este apartado. En el ámbito del mundo celtibérico, el trabajo de conjunto *Los celtíberos* de A. Lorrio proporciona un análisis cronotipológico preciso del armamento protohistórico de la Meseta a partir del estudio de los ajuares de las necrópolis. Por otra parte, el tema de las fortificaciones ibéricas, estudiado ya por R. Pallarés en sus trabajos sobre el sistema poliorcético del poblado del Castellet de Banyoles (Tivissa) fue objeto de un coloquio específico en 1988 que permitió realizar una primera aproximación a los sistemas defensivos del levante peninsular durante la fase de los siglos V al II a.C. Posteriormente, P. Moret[13] ha sistematizado el tema para todo el área peninsular en un apartado que cuenta también en los últimos años con aportaciones de F. Quesada y F. Gracia que han puesto de relevancia opiniones encontradas sobre el origen y las influencias que sobre la poliorcética ibérica tu-

9. Cuadrado, E. (1968): «Tumbas principescas de El Cigarralejo», *Madrider Mitteilungen*, 9, pp. 148-186. Cuadrado, E. (1989): *La panoplia ibérica de «El Cigarralejo»*. Serie Arqueología, 1, Murcia.

10. Kurtz, W. F. (1991): «Elementos etrusco-itálicos en el armamento ibérico». *La presencia de material etrusco en la península Ibérica*, Barcelona, pp. 187-196.

11. Quesada, F. (1992): *Arma y símbolo. La falcata ibérica*. Ed. Diputación Provincial de Alicante, Alicante.

12. Quesada, F. (1989): *Armamento, Guerra y Sociedad en la necrópolis ibérica de El Cabecico del Tesoro (Murcia, España)*. BAR International Series, Oxford.

13. Moret, P. (1996): *Les fortifications ibériques de la fin de l'Âge du Bronze à la conquête romaine*. Ed. Casa de Velázquez, Madrid.

vieron los modelos de fortificación griegos y semitas, y tratadistas como Filón de Bizancio o Eneas el Táctico. La realización en 1997, por el Ministerio de Defensa, de la exposición *La Guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*[14] supuso la presentación de una visión de conjunto sobre la problemática de la historia militar en la Prehistoria y mundo antiguo peninsular desde el Paleolítico Superior hasta el Bajo Imperio romano, mediante un elevado número de aportaciones que resumieron las líneas básicas del conocimiento, y plantearon las posibilidades de evolución futura de los trabajos de investigación.

Junto al estudio del armamento y las fortificaciones, la historiografía peninsular ha tratado diversos temas relacionados con la guerra antigua, destacando especialmente los estudios sobre el mercenariado ibérico realizados a partir del análisis de las fuentes clásicas, trabajos que, iniciados desde una óptica convencional por A. García Bellido y continuados más recientemente por P. Barceló, han sido revisados desde una óptica crítica por F. Quesada. Otros autores han analizado diversos temas específicos de las relaciones sociales que implica la guerra, bien de forma directa con el estudio de los conceptos de la *fides* y la *devotio*, o partiendo de planteamientos más conceptuales como el análisis de la heroización y los sistemas de gobierno orientalizantes, ibéricos y celtibéricos. Con todo, aspectos fundamentales de la concepción de la guerra y el pensamiento militar, como la táctica y la estrategia militar, no han sido estudiados con profundidad hasta el momento presente. La mayor parte de los estudios sobre las guerras púnicas, tanto clásicos como recientes, corresponden en su mayor parte a autores anglosajones: Caven,[15] Bagnall,[16] Goldsworthy,[17] Lazenby[18] o Peddie,[19] y franceses como Le Bohec,[20] cuyo denominador común ha sido tratar las operaciones militares desarrolladas en la península Ibérica exclusivamente desde la óptica de las grandes potencias enfrentadas: Roma y Cartago, sin prestar especial atención a las tropas ibéricas y celtibéricas más que en su papel de auxiliares de los ejércitos estatales, y siempre siguiendo fielmente las informaciones proporcionadas por las fuentes clásicas.

Las líneas futuras de investigación deben unir las dos vías indicadas: un análisis cada vez más profundo y basado en una revisión filológica de las informaciones contenidas en las fuentes clásicas para aquilatarlas, y la profundización

14. Madrid, 29/04-29/06 de 1997. Catálogo: AA.VV. *La Guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, 384 pp.

15. Caven, B. (1980): *The Punic Wars*. Ed. Weidenfeld & Nicolson, Londres, 308 pp.

16. Bagnall, N. (1990): *The Punic Wars*. Ed. Hutchinson, Londres, 320 p.; Bagnall, N. (1999): *The Punic Wars. Rome, Carthage and the struggle for the Mediterranean*. Ed. Pimlico, Londres.

17. Goldsworthy, A. (2002): *Las Guerras Púnicas*. Ed. Ariel, Barcelona, 446 pp.

18. Lazenby, J. (1978): *Hannibal's War. A military history of the Second Punic War*. Ed. Aris & Phillips, Warminster, 340 pp.

19. Peddie, J. (1997): *Hannibal's War*. Ed. Sutton, Stroud, 232 pp.

20. Le Bohec, Y. (1996): *Histoire militaire des guerres puniques*. Éditions du Rocher, Mónaco, 342 pp.

en el estudio de las tipologías materiales, revisando publicaciones y catálogos museográficos antiguos, y sistematizando las intervenciones arqueológicas, en especial en las necrópolis, para obtener informaciones nuevas y/o complementarias sobre aspectos tan diversos como el ritual de amortización de la panoplia militar o la cuantificación de las armas respecto a los tipos y cantidad de tumbas que componen un área funeraria.

CAPÍTULO 1

LA BASE DOCUMENTAL

A partir de finales del siglo XVIII, la pintura barroca y, posteriormente, la corriente neoclásica, iniciaron la representación de temas relacionados con el mundo clásico y las comunidades prerromanas peninsulares. En España, los concursos para la provisión de las pensiones de aprendizaje y perfeccionamiento en Roma de los jóvenes aspirantes a artistas incluían por regla general unos temas fijos a partir de los que los postulantes a las ayudas reales debían demostrar su talento. Junto a los pasajes de la *Biblia*, los temas de la Historia Antigua de España estuvieron entre los más comunes propuestos por los examinadores de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. *Aníbal atravesando los Alpes* en 1778[1] y *La continencia de Escipión* en 1763 y 1799,[2] tema del que posterior-

1. El título exacto del concurso era: «Aníbal que con su exército de Españoles y Africanos rompe por las asperezas de los montes y asienta sus Reales en las faldas de los Alpes». De las obras presentadas al concurso se conservan los cuadros de Agustín Navarro y Rafael Jimeno. En el concurso de segunda clase de 1796 se volvió a recurrir a un tema anibálico: las ofrendas de Aníbal en el templo de Heracles-Melkart en Gadir, descrito del modo sigüiente: «Habiendo prevenido Aníbal un poderoso exército con el fin de pasar a Italia a hacer la guerra a los Romanos, visita en Cádiz el templo de Hércules, a quien ofrece sacrificios por la prosperidad de la expedición.» De este concurso se conservan los dibujos de Antonio Guerrero, quien presenta a Aníbal ataviado *a la romana* en el centro de la composición y rodeado de militares y sacerdotes ante la estatua de Heracles, y José Picado, quien muestra al general cartaginés arrodillado ante los símbolos del héroe, el león de Nemea y la porra *(clava)*, ofreciendo un sacrificio en un pebetero. En ambos casos se intentó mantener el concepto clásico de la indumentaria de los guerreros, destacando en el dibujo de José Picado los emblemas romanos *(fasces, signum)* que enarbolan los soldados junto a banderas propias del siglo XVIII.

2. El tema escogido para el premio ordinario de primera clase fue: «Luceyo, Príncipe de la Celtiberia presenta á Scipión en rescate una ilustre y hermosísima Doncella (con quien estaba tratado de casar) mucho dinero, joyas y otras riquezas, pero Scipión sin admitir cosa alguna se la entrega generosamente.» Para plasmar la composición correspondía un cuadro «pintado al óleo en un lienzo de dos varas de ancho, y vara y media de alto». De las diversas obras presentadas se conserva la realizada por Santiago Fernández, pensionado de la institución, que representa al cónsul de pie ante una tienda de campaña recibiendo las atenciones y regalos que le presentan los criados del *princeps* celtibero. Como en otras composiciones posteriores, la iconografía es una suma de arqueología romana e influjo oriental. El tema se repitió en 1799 para la «prueba de pensado»: «Después de haber tomado Publio Cornelio Scipión a Cartagena con todos los rehenes que en aquella ciudad había, se presentaron a él con una gran cantidad de oro los padres de una nobilísima y muy hermosa doncella para rescate de su hija, la cual estaba desposada con un príncipe de la celtiberia llamado Alucio, quien la amaba tiernísimamente; pero Scipión usando de su generosidad, entregó la doncella sin rescate alguno a sus padres y esposo, y dio a este la expresada cantidad en sobredote al que aquellos le habrían de dar, de lo cual agradecido el noble

mente José Ribelles realizaría una composición en 1802 y Federico de Madrazo otra en 1831, son algunos de los ejemplos más destacados. Para la realización de las obras citadas existía un grave problema: toda la información existente sobre el motivo reclamado procedía de la lectura de las fuentes escritas greco-latinas que, con escasas excepciones, no aportaban ninguna información respecto a la indumentaria o la panoplia de los guerreros que debían ser representados. No existiendo todavía ningún elemento de registro arqueológico, la solución empleada, obvia por otra parte, no era diferente a la que ya utilizaron los artistas del Renacimiento para representar los pasajes bíblicos: emplear la iconografía romana dotándola de un aspecto oriental al uso cuando debía mostrarse, por ejemplo, al ejército cartaginés, y latinizar el aspecto de los iberos, una costumbre que se extendió a lo largo del siglo XIX en obras como *La muerte de Viriato* (1808) de José de Madrazo, *Último día de Sagunto* (1869) de Francisco Domingo Marqués, *El último día de Numancia* (1857) de Ramón Martí Alsina; o *Numancia* (1881) de Alejo Vera.

Los problemas iconográficos se mantuvieron también durante el siglo XX. Desde los manuales escolares a la pintura oficial, pasando por otras fórmulas de difusión de la cultura como las obras infantiles o los compendios de Historia de España, la iconografía mantuvo unos patrones decimonónicos que no se correspondían en absoluto con el registro arqueológico, debido a que la principal fuente documental para la reconstrucción e interpretación de la historia prerromana de la península Ibérica continuaba siendo la lectura de las fuentes clásicas.

Sin embargo, la potenciación de la investigación arqueológica ha permitido la ampliación de la base documental para el estudio del armamento y la táctica militar ibérica y celtibérica sumando a las informaciones proporcionadas por los autores clásicos, ahora analizadas desde nuevas perspectivas, el estudio de la iconografía escultórica y pictórica, así como la identificación de los ítems que configuraban la panoplia ofensiva y defensiva de los contingentes militares prerromanos.

1.1. Las fuentes clásicas. Análisis crítico de la información proporcionada por los historiadores y tratadistas técnicos greco-latinos

El aparato documental básico para el estudio de la historia militar de la Protohistoria en la península Ibérica, pese al desarrollo de la investigación arqueológica, continúa siendo el análisis de las fuentes escritas griegas y latinas, puesto que en ausencia de una literatura ibérica o púnica propias, son las únicas que relatan con cierto detalle táctico y estratégico los pormenores de las campa-

---

español Alucio, vino después a servirle con mil y cuatrocientos caballos.» Las descripciones de los concursos se basaban en la obra del padre Mariana. Juan de Mariana, R.P.J. (1621): *Historia General de España*. Madrid, 1621.

ñas militares. Sin embargo, los textos clásicos no pueden ser empleados de forma indiscriminada como informaciones válidas y precisas sin ser analizados críticamente, ya que su utilización directa cuenta con múltiples problemas derivados de los condicionantes de su redacción, transcripción y transmisión. Incompletos y fragmentarios en muchas ocasiones, divergentes en otras, deben tenerse en cuenta algunos puntos fundamentales respecto a la mayor parte de las obras sobre las que obligatoriamente ha de trabajarse para analizar el componente militar de las sociedades tribales jerarquizadas preestatales de la Protohistoria peninsular.

En la mayor parte de los casos, las fuentes empleadas no son el resultado del conocimiento directo de los hechos, sino de la transcripción y adaptación de fuentes y tradiciones escritas, redactadas varios siglos antes de la composición de la obra a través de la cual se nos transmiten, y en muchas ocasiones obtenidas a partir de autores interpuestos, por lo que es difícil establecer que las versiones que han perdurado hasta el presente respondan literalmente a las informaciones originarias, y no hayan sido modificadas o ampliadas con interpolaciones antes de constituir la versión actual.

La relación de la mayor parte de los escritores con los hechos es circunstancial. Tan sólo Polibio, entre los más importantes relatores de las campañas peninsulares, estuvo en Hispania formando parte del séquito de amigos y clientes de Publio Cornelio Escipión Emiliano durante la campaña de Numancia, por lo que pudo recoger de primera mano informaciones referidas tanto al período de la Segunda Guerra Púnica como, especialmente, de las guerras celtibéricas y lusitanas. El resto de autores son, de hecho, compiladores que intentan presentar la información de la forma más atractiva posible a sus lectores desarrollado una visión propia de los acontecimientos que analizan, pero sin tener acceso a las fuentes originales. Evidentemente, cuanto más tiempo transcurre entre la cronología del hecho narrado y el narrador cuando lleva a cabo su obra, más posibilidades existen de que la información transmitida no se corresponda estrictamente con la realidad, sino que ésta sea ya una visión *normalizada* del suceso que narra. Una fuente clásica no es siempre *contemporánea* de los hechos que describe por el único factor de ser un texto antiguo. Así, por ejemplo, Veleyo Patérculo, considerado como la fuente más importante para la determinación de la fundación fenicia de Gadir en el siglo XII a.C., escribió *Historia Romana* entre los años 29-30 d.C., es decir, casi 1.200 años después del hecho que narra, lo que debe alertar sobre la fiabilidad de las fuentes a través de las que obtuvo la información para establecer la fecha del establecimiento de la colonia de Gadir, y del uso acrítico que se ha hecho en la historiografía de la misma. Por ello, y pese a otros condicionantes reseñados *infra*, la fiabilidad de una fuente respecto a aquello que describe empieza a medirse por la relación existente entre la cronología en que *sucedió* y la del momento en que se *redactó.*

Ninguno de los historiadores que trata el período objeto de estudio presenta los hechos de una forma objetiva. En mayor o menor medida, todos están condicionados por sus circunstancias personales, entre las que merecen destacarse

su ideología y la forma de entender la descripción histórica, no pudiendo compararse en plano de igualdad el rigor de Tucídides con la descripción etnográfica de Herodoto, puesto que un mismo hecho es narrado de forma diferente por diversos autores; y los condicionantes políticos y sociales del estado del que son miembros. A tal efecto debe recordarse, por ejemplo, que los relatos que han perdurado hasta nosotros sobre las Guerras Púnicas son las versiones romanas (o de influencia romana) del conflicto. En consecuencia, una visión extremadamente parcial en la que el objetivo último, con independencia de la variación en los detalles menores, era siempre salvaguardar el prestigio de Roma, la rectitud de sus acciones, y el derecho para acometer la contienda e imponerse sobre sus enemigos. Es, por tanto, *sólo una parte de la historia* la que la historiografía occidental ha convertido desde hace siglos en *única* y, lo que es aún más peligroso, *en verdadera*. Como es obvio, un problema tiene siempre dos caras, y al desconocer la versión cartaginesa de la Historia damos por sentado que el contenido de las versiones romanas corresponde estrictamente a la realidad, olvidando que las obras literarias en el mundo antiguo cumplían, al igual que ahora, un indudable papel de propaganda política de las acciones emprendidas por un estado y, en muchas ocasiones, eran un justificante de la acción de sus gobernantes o jefes militares. No quiere decirse con ello que todas las informaciones contenidas en las fuentes griegas y latinas sean falsas, en absoluto, tan sólo que son *una parte* de la Historia, y *una parte interesada*, por lo que sus datos tienen que ser estudiados siempre desde una perspectiva crítica.

En el ya citado caso del historiador arcadio Polibio de Megalópolis debe recordarse que en su calidad de hijo del político y *strategós* Licorta, fue enviado como rehén a Roma tras la derrota de los griegos en la batalla de Pidna el año 168 a.C., aunque su relación con la familia de los Escipiones, y especialmente su amistad con Escipión Emiliano, le facilitaron la obtención de la libertad el 150 a.C. Con Escipión Emiliano formó parte del séquito del militar romano durante su estancia en África el 151 a.C., a lo largo del asedio de Cartago el 146 a.C. y, como se ha indicado, en el asedio de Numancia el 134-133 a.C., siendo por tanto testigo ocular de los dos actos que determinaron el cenit de la supremacía romana en el Mediterráneo occidental: la conquista y destrucción de las ciudades de Cartago y Numancia. No obstante, de los 40 libros de sus *Historias* tan sólo se conservan completos los cinco primeros, incompletos los trece siguientes, y algunos fragmentos de los posteriores. Polibio es pues la fuente más importante para el estudio de la Primera Guerra Púnica, pero no tanto para las posteriores, dado que incluso se ha perdido una obra considerada como menor pero que hubiera complementado el relato conservado de Apiano: *La guerra de Numancia*. Evidentemente, sus implicaciones personales se trasladan al relato que realiza de la Historia de Roma, intentando hagiografiar la imagen de sus protectores, por lo que es difícil admitir sin cuestionar las acciones, por ejemplo, de Escipión Emiliano, a quien describe recitando los versos de la *Ilíada* relativos a la destrucción de Troya paseando entre las ruinas de la vencida Cartago.

Los condicionantes personales del paduano Tito Livio son, hasta cierto punto, similares. En tanto que amigo de los emperadores Augusto y Claudio, su obra puede calificarse como próxima a las ideas oficiales del poder sobre la historia romana. *Historia de Roma desde su fundación* abarca desde la fundación de la ciudad hasta la época del autor estructurada en 142 libros de los que tan sólo se conservan completos los diez primeros y el bloque comprendido entre los volúmenes 21 y 45, así como fragmentos sueltos de algunos otros. La obra de Tito Livio fue considerada en su época como la máxima expresión de la erudición histórica hasta el extremo que muchos autores intentaban ajustar sus relatos al discurso enciclopedista de Livio, creando y extendiendo la idea de que el contenido de la obra de Tito Livio estaba ajustada a la exactitud histórica, una creencia que se transmitió hasta, por ejemplo, la Edad Media, cuando autores como Dante se referían a ella indicando *Livio che non erra*.[3] Su relato de la Segunda Guerra Púnica, la *guerra anibálica*, se ha convertido en el más difundido de la contienda, así como en la base de todas las síntesis históricas modernas. No obstante, en la obra de Livio no existe recopilación de información propia, sino transcripción, con una prosa ágil, de la documentación recopilada por autores anteriores como Polibio, o contemporáneos como Diodoro Sículo, a su vez también un compilador de historiadores precedentes.

Los textos de Tito Livio tienen como objetivo no sólo explicar la historia del estado romano, sino realzar los valores fundamentales de la concepción del *hombre republicano*, la base del auge y grandeza de Roma según las ideas de Cicerón. Los personajes que desfilan por su obra destacan siempre por la rectitud moral, honradez, ascetismo, sencillez, y desinterés con que realizan las acciones que les han sido encomendadas, nunca en beneficio propio sino al servicio del estado, siendo por su personalidad más que por sus triunfos militares por lo que logran la sumisión y el apoyo de los pueblos antes vencidos y ahora aliados. La modestia de Publio Cornelio Escipión tras la batalla de Baecula (208 a.C.) o el célebre episodio de la *continencia de Escipión* tras la toma de Cartago Nova (209 a.C.) son claros ejemplos de su concepción del hombre romano como protagonista de la Historia. Por el contrario, en aquellos que se oponen a las conquistas romanas destaca siempre los rasgos más negativos de su personalidad como corresponde a una historia maniquea. Cuando Aníbal destruye una ciudad y se ensaña con sus habitantes, Tito Livio trata el hecho de crueldad, pero cuando es, por ejemplo, Escipión quien lo hace, lo interpreta como un acto de justicia, dado que siempre ha existido previamente una causa de la que los enemigos son responsables, que ha impulsado a los romanos a actuar como lo han hecho.

La obra de Tito Livio presenta otros condicionantes no menos importantes. Se ha indicado que su fama derivaba en gran parte del estilo de su prosa, que no sólo describía sino que sublimaba las acciones. El análisis de las descripciones de los enfrentamientos militares muestra la existencia de un patrón descriptivo

3. «Livio, que nunca se equivoca». Dante, *El infierno*, 28, 12.

constante e inalterable, siendo el esquema más común entre sus descripciones de un combate el que muestra inicialmente el despliegue de fuerzas de los adversarios insistiendo siempre en la inferioridad numérica de los romanos (factor que contribuye a *heroizar* por anticipado el resultado de la lucha al tener que demostrar un valor excepcional para sobreponerse a las dificultades), para continuar con la descripción de los primeros compases de la lucha que transcurre siempre de forma incierta para los romanos, incluso con momentos de crisis que hacen peligrar una victoria de *la que nunca se duda* en el planteamiento del discurso expositivo; no obstante, y para bien del ejército, el general, despreciando el peligro y asumiendo las funciones que de él se esperan como conductor de tropas representante de los ideales de la República romana, realiza una intervención personal en el combate, reanimando los decaídos ánimos de las tropas próximas a sucumbir, y conduciéndolas a una victoria espectacular. Los relatos concluyen siempre con la enumeración de las pérdidas de uno y otro contendiente en la lucha, cifras que, aunque han intentado ser validadas expresando que la mayor parte de las bajas en las batallas del mundo clásico se producían durante la persecución de las tropas enemigas que seguía a las batallas, distan de ser creíbles en atención a la desproporción entre las cifras indicadas, la duración del combate, y la *teórica* dureza del mismo.

Tras Polibio y Tito Livio, los historiadores que proporcionan más información, aunque fraccionada, son Diodoro Sículo, Apiano y Estrabón. Natural de Agirion de Sicilia, Diodoro compuso en 40 volúmenes denominados *Biblioteca Histórica*, un relato de la Historia de Roma desde su fundación hasta la conquista de Britania por Julio César según algunos autores, y hasta la fundación de la colonia romana de Tauromenio según otros; en todo caso, una fecha comprendida entre los años 54 y 21 a.C. marca el final de su obra. No obstante, tan sólo se han conservado íntegros los libros I a V y XI a XX, así como algunos fragmentos de los restantes. Para la península Ibérica, la importancia de la obra del historiador siciliano radica en el libro V en que describe los territorios y pueblos de Occidente. Como en otros casos, no se trata de material original sino principalmente de la traslación de las obras de Timeo *(Historias)* y Posidonio perdidas en su mayor parte. Sin embargo, las opiniones críticas vertidas por Polibio sobre la obra de Timeo han condicionado la fiabilidad de este escritor de quien decía que falseaba las informaciones. Al desconocerse qué partes de la obra de Timeo fueron transcritas por Diodoro Sículo es difícil establecer la fiabilidad de sus informaciones, aunque sus escritos son especialmente importantes cuando se refieren a la historia de los acontecimientos que tienen como marco Sicilia, aportando documentación específica para la historia militar de los pueblos peninsulares como las referencias a la participación de mercenarios iberos y celtiberos en los ejércitos púnico y siracusano.

Escritor del siglo II d.C., Apiano de Alejandría compuso en 24 libros su principal obra *Historia Romana* que abarca desde la fundación de Roma con la leyenda de Eneas dentro del ciclo troyano, hasta mediados del siglo II a.C., de los

que no obstante se han conservado tan sólo los libros 6-7 y 11-17, así como fragmentos diversos de otros más. La importancia del texto de Apiano para la historiografía peninsular deriva de tratarse del único relato completo que abarca la presencia romana en Hispania desde sus inicios hasta la destrucción de la ciudad de Numancia, y en el hecho de que el relato del alejandrino ha sido interpretado como una traslación de las partes perdidas de las obras de Polibio, dado que los detalles que aporta Apiano en *Iberia* no se documentan en otros autores, siendo además lógico que se copiara o adaptara la obra de Polibio debido a su presencia en la península Ibérica durante el desarrollo de la parte final de las guerras celtibéricas, aunque se ha indicado también que el relato de Apiano podría haberse basado en los Analistas del siglo I a.C.

Por último, Estrabón compiló el conocimiento geográfico e histórico de finales del siglo I a.C. y principios del siglo I d.C. en dos obras: los 17 libros de la *Geografía* y los 47 de *Memorias históricas*, estos últimos desaparecidos, pero de los que incluyó informaciones en su obra principal, documentos que se atribuyen en gran parte a los fragmentos perdidos de la obra de Polibio. A diferencia de otros autores, el escritor de Amasia realiza una introducción crítica de sus fuentes, comentando las informaciones contenidas en las obras de Posidonio, Polibio y Eratóstenes, por lo que puede deducirse que la mayor parte de la información contenida en el libro III de la *Geografía*, dedicado a la península Ibérica, fue tomado de Posidonio de Apameia, filósofo de la escuela estoica que recorrió el norte de África, la península Ibérica, la Galia y la península Itálica en sus viajes de estudio entre finales del siglo II y la primera mitad del siglo I a.C., y Artemidoro de Éfeso que compiló el conocimiento geográfico de fines del siglo II a.C. en 11 libros perdidos en su mayor parte, además del ya citado Polibio. No obstante, debe recordarse que la obra no es un tratado histórico, sino una descripción geográfica que sigue el esquema de los periplos clásicos con notables discursos etnográficos, informaciones estas últimas que componen la parte más apreciable de la documentación.

Además de los citados, otros autores han transmitido informaciones, en mayor o menor medida, sobre la península Ibérica, aunque de forma marginal, puesto que no era ése el objetivo principal de sus obras. Pueden citarse, a modo de ejemplo, las referencias a la monarquía tartésica contenidas en el texto de Herodoto, las referencias que realiza Platón de los mercenarios ibéricos, o las que sobre el mismo tema incluye Plutarco en alguna de sus *Vidas*. Con todo, se trata en la mayor parte de los casos de acotaciones marginales, reinterpretaciones o traslaciones más o menos ajustadas a las fuentes consultadas. A modo de ejemplo, el asedio de la ciudad de Arse/Sagunto por Aníbal el año 219 a.C. se conoce principalmente por la narración de Tito Livio y las amplias referencias conservadas de las obras de Polibio y Apiano. Junto a ellas, y también *in extenso* se cuenta con la obra de Juan Zonaras, autor bizantino del siglo XII que narró la historia universal desde sus orígenes hasta el año 1118, pero cuyas informaciones son un resumen modificado de Tito Livio; algunas referencias en Diodoro Sículo; Frontino,

político y escritor romano del siglo I d.C. que incluyó citas en su obra *Strategemata* compuesta durante el reinado de Domiciano y del que se ha perdido otro escrito interesante sobre la guerra, *De re militari*; Valerio Máximo, protegido de Sexto Pompeyo que redactó en época de Tiberio la obra *Facta et Dicta Memorabilia*, una recopilación de hechos extraordinarios pensada para ser citados por los oradores; Cornelio Nepote, autor del siglo I a.C. amigo de Cátulo, Cicerón y Varrón del que tan sólo se ha conservado, y aun de forma parcial, su obra *De viris illustribus*, colección de biografías de grandes personajes griegos y romanos; Publio Anio Floro, uno de los escritores de origen africano más influyentes durante el reinado de Adriano; y Paulo Orosio, teólogo cristiano, probablemente natural de Bracara Augusta, y autor de la primera historia universal realizada desde la óptica del cristianismo. Como puede verse, demasiado, o demasiado poco, para un mismo tema, ya que expurgando las aportaciones menores, tan sólo resta el relato de Tito Livio como pieza fundamental interpretativa de un hecho capital, no sólo para la Protohistoria peninsular, sino también para la determinación de las responsabilidades del origen de la Segunda Guerra Púnica.

Junto a las dificultades generadas por los condicionantes de los historiadores y escritores clásicos, y de las copias de sus obras que han perdurado hasta el presente, las traducciones de los textos objeto de estudio han provocado también considerables errores en el análisis e interpretación de diversos aspectos de la Protohistoria peninsular y, en concreto, de las cuestiones militares, al no existir un conocimiento avanzado de la investigación arqueológica en el momento de su realización, y aplicarse por tanto convencionalismos clasicistas en las traducciones que no sólo no se correspondían con el texto original que se interpretaba más que traducía literalmente, sino que posteriormente se ha demostrado no tenían base histórica. Es decir, que muchas traducciones ponían en boca de Polibio o Tito Livio hechos o conceptos que no estaban en la mente de estos escritores cuando redactaron su obra, y que, al darse por buena la traducción sin comprobar la fuente originaria, se han convertido en realidad dentro de las interpretaciones historiográficas. Basta comparar las ediciones francesas, inglesas y castellanas de determinadas obras para comprobar las diferencias que pueden existir en determinados pasajes, y las consecuencias que puede tener para la interpretación histórica la selección de uno u otro texto.

Las traducciones castellanas de las principales obras clásicas se establecieron y fijaron en el campo editorial durante las primeras décadas del siglo XX, momento en el que se desarrolló un importante movimiento de estudio del helenismo y la cultura clásica en España relacionado con la corriente de pensamiento similar que imperaba ya en la ciencia europea antes de la Primera Guerra Mundial con el predominio de la escuela germana de estudios clásicos, de la que fueron alumnos, discípulos y difusores, una gran parte de los filólogos e historiadores de la antigüedad que han marcado los estudios clásicos españoles a lo largo del mencionado siglo. Sin plantear un análisis exhaustivo, baste recordar, por ejemplo, que una gran parte de las traducciones de las obras de Homero de uso común en

la actualidad se deben a la erudición de Lluís Segalà, catedrático de la Universidad de Barcelona muerto durante un bombardeo de la ciudad el año 1938 en el transcurso de la Guerra Civil. Las traducciones de Segalà tienen un innegable valor filológico y literario, pero adolecen, como corresponde a su época, de un atraso en la investigación arqueológica. El empleo como sinónimos de tipos de armamento conocidos en el imaginario colectivo de principios del siglo XX, pero inexistentes en época griega o romana, con las tipologías descritas en las fuentes clásicas distorsiona el sentido del texto.

La tarea de compilación y difusión de los textos clásicos referidos a la península Ibérica fue emprendida por Pere Bosch Gimpera y Adolf Schulten en la década de 1920 con la serie *Fontes Hispaniae Antiquae*, a la que posteriormente se sumarían también como editores Lluís Pericot y Joan Maluquer de Motes. Las *Fontes* se convirtieron desde su aparición en un referente inexcusable en la investigación histórica y arqueológica, puesto que presentaban una selección exhaustiva de las informaciones referidas a la península Ibérica desde los primeros historiadores griegos hasta las fuentes de época bizantina y, lo que aún era más importante, los textos se presentaban en edición bilingüe con comentarios críticos obra de los editores y compiladores. La trascendencia de la obra iniciada por Bosch Gimpera y Schulten puede aquilatarse por el hecho de que, dejando aparte alguna selección puntual anterior, no se ha emprendido en España una tarea similar hasta la publicación por la Fundación de Estudios Clásicos de la serie *Testimonia Hispaniae Antiqua* en 1998. Las *Fontes* adolecen de los problemas de traducción ya indicados, a los que debe sumarse el criterio de selección de los textos y los extractos reproducidos de los mismos, dado que no constituyen toda la información de los autores indicados, y hacen necesaria la consulta concreta de la fuente original.

Los comentarios indicados no pretenden, en ningún caso, anular el valor de las fuentes clásicas para el estudio de la Protohistoria peninsular y, especialmente, de la historia militar prerromana, sino todo lo contrario. Las informaciones contenidas en la obra de los historiadores griegos y romanos no han sido analizadas y explotadas todavía con la suficiente profundidad en especial mediante un sistema cruzado de estudio comparativo de los textos con la documentación arqueológica. Dado que se trata de dos fuentes de información y *realidades*, aunque condicionadas, sobre un mismo período o hecho histórico, la investigación no puede desarrollarse en paralelo sino de forma conjunta, separando en las primeras las creaciones literarias y las interpolaciones de las descripciones que cuentan con mayor exactitud en su contenido y verosimilitud en cuanto a su origen, y aportando el registro de las segundas para interconectarlo con las anteriores. El registro arqueológico proporciona nuevas informaciones a diario que hacen precisa la relectura de uno de los pilares de la cultura occidental, especialmente dentro del concepto o idea generalizada de *koiné* que enlaza transversalmente el desarrollo de las culturas en el ámbito geográfico de la cuenca mediterránea.

1.2. El registro arqueológico. Las representaciones iconográficas

Si las fuentes clásicas constituyen el principal aporte *conceptual* al estudio de la guerra durante la Protohistoria, el registro arqueológico supone la aquilatación, partiendo de informaciones tangibles y absolutas, de las estrictas características y trascendencia social del armamento en las estructuras tribales jerarquizadas o preestatales en la península Ibérica.

La información se divide en dos grandes apartados: cultura material e iconografía, conceptos que no son en ningún modo excluyentes o paralelos sino que, por el contrario, se encuentran perfectamente entrelazados, dado que los ítems responden a las piezas representadas en la iconografía y viceversa. La panoplia ibérica y celtibérica está perfectamente definida por lo que respecta a sus tipos más emblemáticos y a la caracterización cronológica de los mismos, lo que hace posible una visión integrada de las diversas informaciones correspondientes al armamento.

El registro iconográfico se organiza en función del tipo de soporte y la técnica empleada para su realización, existiendo diferencias conceptuales sobre la base de la cronología y la concepción artística de las representaciones, correspondiendo en líneas generales las piezas escultóricas a los siglos VI-IV a.C., aunque existen interesantes conjuntos funerarios de fechas más avanzadas como las series A y B de Osuna (Sevilla) datadas en el siglo II a.C., mientras que la pintura sobre cerámica se desarrolla preferentemente entre finales del siglo III a.C. y la primera mitad del siglo II a.C. En paralelo, los exvotos de bronce cubren el arco cronológico del Ibérico Pleno y el Ibérico Tardío, dado que la ausencia de contexto estratigráfico para la mayor parte de los ítems englobados en esta categoría ha dificultado hasta la fecha la precisión cronológica de las figuras. La escultura honorífica en piedra, esencialmente naturalista y, por tanto, muy ajustada iconográficamente a los modelos que representa, incluye los conjuntos monumentales de Pozo Moro (Chinchilla), Cerrillo Blanco (Porcuna), El Pajarillo (Huelma) y Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla), además de los ya citados de Osuna como ejemplos más destacados por el número y calidad de piezas que los componen, conjuntos a los que debe sumarse una pléyade de imágenes aisladas que, sin duda, formaron también parte de monumentos heroizantes como los indicados, como el torso de guerrero de Elche (Alicante), así como piezas concebidas como remate de monumentos funerarios, como los dos jinetes de la necrópolis de Los Villares (Hoya Gonzalo).

La pintura antropomorfa sobre cerámica se incluye en el estilo decorativo Oliva-Llíria, conocido esencialmente a partir de los vasos procedentes del yacimiento del Tossal de Sant Miquel (Llíria) excavado por el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia desde la segunda mitad de la década de 1920, tareas que prosiguieron una vez finalizada la Guerra Civil. Los vasos pintados procedentes de Liria se incluyeron en la publicación del primer fascículo del *Corpus Vasorum Hispanorum*,[4] momento a partir del cual han sido estudiados

4. AA.VV. (1944-1954): *Corpus Vasorum Hispanorum*, 1. 2 vols. Ed. CSIC, Madrid.

en repetidas ocasiones como base documental indispensable para la definición de la estructura social de las tribus ibéricas del área levantina y, en especial, como punto de partida para la definición de algunos de los denominados rituales de cohesión social en la Cultura Ibérica, como las *danzas guerreras* o *de clase*. No obstante, la falta de informaciones propias de las tribus ibéricas sobre su estructura ideológica posibilita la definición de múltiples interpretaciones para las escenas indicadas, ya sea desde la aplicación estricta de algunos pasajes de las fuentes clásicas, especialmente de la *Geografía* de Estrabón, o en función de la comparación con ciclos mitológicos inscritos en el ámbito de la *koiné* mediterránea. Los estudios sobre la pintura vascular han permitido en los últimos años la definición de un sistema de estructura social complejo para las tribus ibéricas, especialmente en la región de la Edetania, en la que el Tossal de Sant Miquel/Edeta constituye el centro de una organización territorial articulada a partir de una elite social formada por los miembros de una nobleza guerrera asociados a la figura del *princeps*, *dux* o *dinastés* citado por las fuentes clásicas,[5] de los que la iconografía sería un fiel reflejo no sólo de estatus sino también de exaltación de linaje.

Sin embargo, el análisis del registro pictórico de los vasos ibéricos admite otras líneas de lectura no planteadas, o no suficientemente explotadas hasta la fecha, como son la interpretación de las escenas, no como una visión genérica de un cierto imaginario colectivo relacionado con la clase social o la heroización del personaje fundador del linaje que domina política y económicamente la sociedad, sino como la plasmación artística de hechos reales contemporáneos al momento de fabricación y decoración de los vasos cerámicos. Un nuevo concepto de registro en el que la tradición ancestral sería sustituida por las ideas contemporáneas orientadas a dotar a los grupos sociales de nuevos elementos de estructuración, y a los jefes tribales de un prestigio derivado de la representación plástica de sus hazañas más sobresalientes. La pintura vascular no sólo sustituiría cronológicamente a la gran escultura, sino que también lo haría conceptualmente al relevar a la antigua aristocracia por la nobleza militar, aunque subyace el problema cronológico de encajar la fecha del agotamiento de la escultura monumental (con notables excepciones como la ya citada de Osuna) y la aparición de las primeras series de vasos cerámicos decorados. Consideramos que los conjuntos pintados como el de Tossal de Sant Miquel no deben estudiarse de forma individual, sino como un conjunto de imágenes referidas al mismo tema pensadas para ser expuestas y contempladas de forma unitaria, constituyendo el hecho de que la mayor parte de estas piezas procedan del departamento 10 del poblado, calificado como un templo, un argumento a favor del planteamiento indicado.

Las esculturas ibéricas en bronce documentadas mayoritariamente en los santuarios ibéricos[6] han sido interpretadas por regla general como la representa-

5. Polibio, *Historias*, X, 34, 35; X, 40, 3; Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 17, 1.
6. Con alguna excepción sobresaliente como el llamado *Guerrero de Mogente*, localizado en el poblado de La Bastida de los Alcuses (Mogente).

ción individualizada (figura antropomorfa) o colectiva (figuras de animales emblemáticos o totémicos) del suplicante dentro de una estructura de culto y ritual religioso. Según esta idea, el fiel entregaría en el santuario a la divinidad su persona representada por la figurilla de bronce, aceptando con ello la supremacía y dependencia del principio divino superior que puede ejercer un poder omnímodo capaz de conceder los bienes, acciones o principios solicitados y, también, de ejecutar castigos que pueden alcanzar hasta la completa destrucción de la persona. La aceptación del planteamiento indicado supone que los exvotos son antropomorfizaciones individualizadas en las que se intentan reproducir todos los elementos emblemáticos y distintivos de la persona que realiza la petición y, por ello, constituyen una fuente iconográfica excelente de la que extraer conclusiones en cuanto a los tipos de armamento y clases de guerreros que configuran los ejércitos tribales y preestatales ibéricos.

Una clasificación tipológica básica de los exvotos divide las figuras en armadas y desarmadas, entendiendo que estas últimas cuentan con otros elementos iconográficos que permiten asociar a los representados con el grupo de los guerreros, como la túnica corta ribeteada y el cinturón ancho propio, por ejemplo, de las figuras heroizadas de Cerrillo Blanco (Porcuna) o El Pajarillo (Huelma). Entre las figuras armadas puede establecerse una diferenciación entre jinetes e infantes y, en ambos casos, en soldados correspondientes a contingentes diversos por el tipo de armamento que presentan, no coincidente en muchos casos, por lo que, si aplicamos la premisa anterior relativa a la representación realística y personalizada, debe convenirse en que cada guerrero representado lo es con las armas que porta, símbolos tanto de su estatus como de sus funciones militares.

El grupo más definido, los guerreros a caballo, incluye dos tipos de jinetes en función de su panoplia, los armados con lanza y aquellos que empuñan una *falcata*. En el primer caso, los guerreros suelen portar, además de la lanza, que presentan tanto en posición de marcha apoyada sobre el empeine como en actitud de combate presta a alancear al enemigo sosteniéndola por encima de la cabeza, tal y como se presenta también en el relieve de Almodóvar del Río, una *caetra*, que, o bien es empuñada, o se dispone colgada a la espalda para su transporte con ayuda del correaje *(talamon)*. En algunos casos, sin embargo, como en la escultura del santuario de La Luz (Murcia) del MAC en Barcelona, el tamaño del escudo es muy superior al considerado genérico para la *caetra*, por lo que podría tratarse de un escudo circular de gran tamaño similar al *aspis*, aunque carente de su característica forma cóncava, habiéndose representado un escudo de similares proporciones en la panoplia de uno de los jinetes del *lebes* 127 procedente del departamento 13 del poblado del Tossal de Sant Miquel (Llíria). Por lo que respecta al segundo grupo, los jinetes armados con *falcata* pueden portar, además de la espada como arma principal, una *caetra* en la mayor parte de los casos, o un *scutum* en ocasiones extraordinarias, dado que por el mayor peso de este tipo de escudo, sería mucho más difícil su manejo a caballo. La mayor parte de los jinetes visten la túnica corta con cinturón ancho de cuero provisto de un broche de cin-

turón rectangular, y se protegen la cabeza con un casco o casquete de cuero desprovisto de crinera, con la excepción del *Guerrero de Mogente,* que luce esa protección/emblema sobre el mismo tipo de casco que, por ejemplo, portan los guerreros a caballo del santuario del Collado de los Jardines. Aunque no puede afirmarse que la crinera constituyese un símbolo de mando, representada también en uno de los guerreros de infantería ligera del *lebes* 129 del departamento 12/13 del Tossal de Sant Miquel o en una figura de guerrero del santuario de La Luz conservada en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, su escaso número frente a la abrumadora mayoría de cascos desprovistos de ella permiten apuntar la idea.

Las posturas de los dos tipos de jinetes identificados, portadores de lanza o de espada, sugieren dos clases de unidades, o la plasmación de dos momentos diferentes en el combate de los mismos guerreros, una caballería pesada armada con lanzas o jabalinas cuya misión sería la de participar en el combate acosando a tropas formadas en batalla mediante el lanzamiento de venablos en una acción de hostigamiento continuado mediante avances y retiradas rápidas como la representada en la carga del ya citado *lebes* 129; y una caballería ligera, armada preferentemente con espadas cuya misión sería más la persecución y la transformación de la victoria en triunfo que el combate contra un ejército desplegado en línea de batalla. Tal y como ya se ha indicado, la opción contraria es, en función de la información disponible, igualmente válida, las figurillas pueden corresponder a un solo tipo de jinetes mostrados con armas diferentes en función del estatus o de la fase del combate en que se encuentren, dado que el único elemento ilógico en el despliegue de fuerzas de caballería es la afirmación de que dos grupos de jinetes armados con armas de asta o puño pudieran combatir al unísono en la misma formación, dado que en un caso se trata de un combate a distancia (lanzas y/o jabalinas) y en otro de una lucha de proximidad o cuerpo a cuerpo (espadas).

Los guerreros a pie provistos de armas se caracterizan mayoritariamente por haber sido representados tan sólo con una parte de la panoplia que normalmente se atribuye al infante ibérico, escudo y lanza o espada, siguiendo una idea más cercana al *psiloi* que al *peltasta*, aunque estas figuraciones no se correspondan con la iconografía de la cerámica del estilo Oliva-Llíria. Ante la imposibilidad de atribuir a la falta de conocimientos técnicos la ausencia de una u otra arma en las figuras, dado que sí se encuentran por separado, deben recordarse dos factores como apoyo a la interpretación. En primer lugar que se trata de piezas correspondiente a la fase media y final del Ibérico Pleno, es decir, a un momento cronológico en el que ya se ha producido el cambio en la concepción militar que conlleva la diferenciación de estatus entre los diversos individuos a los que se les reconoce el derecho a portar armas y que, en consecuencia, se han abandonado los conceptos de panoplia militar compleja que caracterizan las figuras de los héroes durante el siglo V a.C. y, en segundo lugar, que la distribución geográfica de las figuras en bronce, y las de las escenas pintadas sobre vasos cerámicos, aunque contemporáneas, no se simultanean en las mismas áreas, por lo que pueden perfectamente referirse a dos concepciones militares que, pese a estar próximas

geográficamente, no son exactamente iguales, por lo que la iconografía no sería en este caso excluyente sino complementaria.

Lo indicado anteriormente se ajusta al patrón representativo basado en el guerrero ibérico vestido con túnica corta. Sin embargo, existen otros tipos de figuras armadas cuya indumentaria se aleja del tipo tradicional; son los guerreros vestidos con túnica corta pero cubiertos con un manto cruzado anudado sobre el hombro izquierdo, probablemente con ayuda de una fíbula, que deja al descubierto el brazo derecho con el que se empuña el arma. Estas figuras no suelen cubrirse con un casco sino llevar una cinta que les recoge el pelo, así como portar como únicas armas una pequeña *caetra* con umbo circular central suspendida en la espalda mediante una correa, y una lanza o jabalina que sostienen con la diestra, bien rindiéndola ante la divinidad al extender los brazos hacia delante con la palma abierta en el caso de la mano izquierda, bien sosteniéndola sobre el hombro en actitud de marcha. Ambos tipos se encuentran representados entre las figurillas de las colecciones del Museo Arqueológico Nacional de Madrid procedentes del santuario del Collado de los Jardines.[7] Para las piezas indicadas pueden plantearse dos líneas interpretativas. En primer lugar, la presencia del manto y la panoplia militar simple podrían constituir la representación, no de una elite militar, sino de miembros de una estructura gentilicia dependientes de un *dinastés* o *dux* que han sido convocados para prestar un servicio de armas en función de los pactos de dependencia existentes entre los miembros de una estructura social específica. En este caso, su armamento sería el más simple dentro de la panoplia militar, la lanza y el escudo, destacando la ausencia de armas de puño como la *falcata*, considerada como el emblema de un grupo social específico. Un *lebes* procedente de la necrópolis del Castellar (Oliva) conservado en el Museu d'Arqueologia de Catalunya en Barcelona, muestra, entre otros guerreros que portan una panoplia convencional, un infante vestido con túnica larga y armado sólo con lanza y un escudo ovalado, en una escena que, entre otras muchas interpretaciones, podría presentarse como el combate de diversos guerreros de un mismo grupo, o representantes de diversas estructuras políticas y territoriales, contra un enemigo común. Siguiendo este planteamiento, las figuras del Collado de los Jardines representarían a artesanos, comerciantes, ganaderos o agricultores en el momento de servir en el ejército tribal, un esquema conceptual que se apoyaría también en la presencia en diversas tumbas de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula), de ítems correspondientes a oficios asociados a armas, y cuya identificación puede ajustarse a un patrón similar: el hombre armado cuyo principal oficio no es la guerra.

No obstante, el manto sobre la túnica corta puede ser considerado también como la indumentaria de un miembro preeminente de una estructura social, un

7. MAN: figuras núms. 28.617, 28.616, 28.611, 28.612 y 31.888. *Vide* iconografía en: Prados Torreira, L. (1992): *Exvotos ibéricos de Bronce del Museo Arqueológico Nacional*. Ed. Ministerio de Cultura, Madrid, 386 pp.

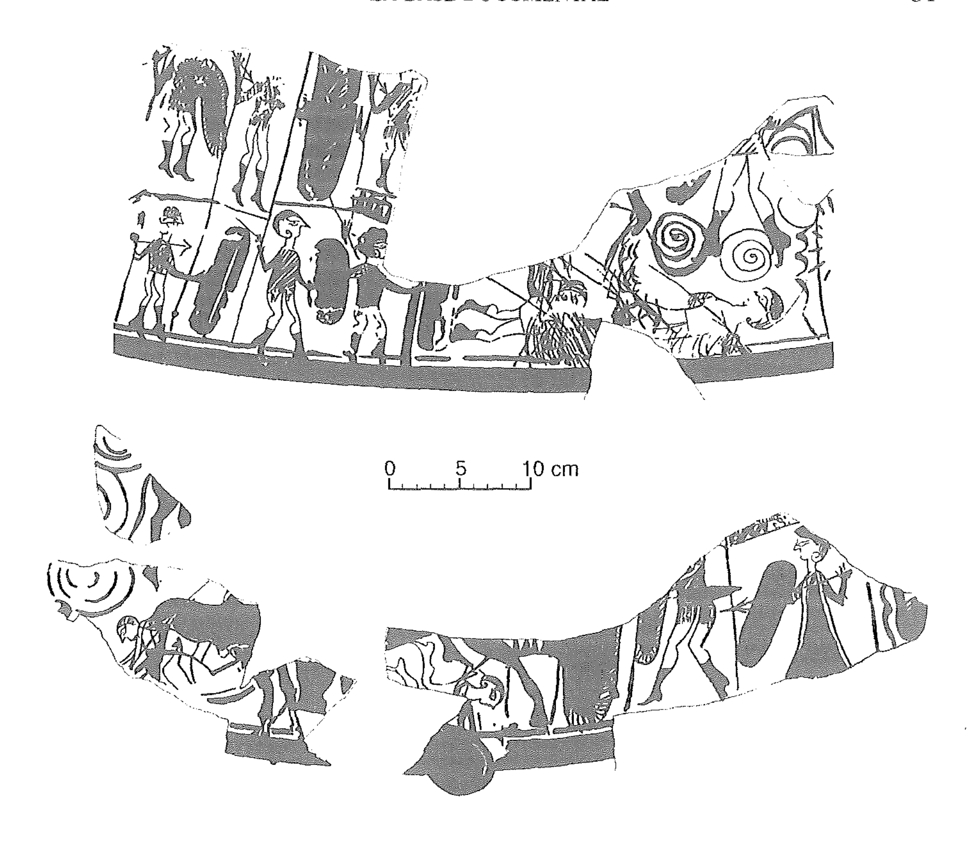


FIG. 1.1. *Necrópolis de El Castellar (Oliva, Valencia). Vaso de los guerreros, c. 250-150 a.C. Museu d'Arqueologia de Catalunya (Barcelona).*

princeps o un *dinastés* en atención, por ejemplo, a la iconografía del jinete del cipo escultórico de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla) que, aunque desprovisto de armas, ha sido representado en actitud de triunfo al aplastar los cascos de su caballo un mínimo de tres símbolos, humanos o animales, correspondientes a enemigos.[8] Profundizando en esta línea, y atendiendo a otros hechos de clara filiación mediterránea, como la importancia de la cinta anudada a la cabeza como símbolo de poder, incluso de naturaleza real, podría interpretarse a las figuras cubiertas por túnica y manto como los jefes políticos de las estructuras sociales ibéricas, representantes de unas estructuras de poder que no precisan revestirse

8. Consideramos que la concepción iconográfica de las tres caras del cipo que muestran al *dinastés* o *princeps* a caballo corresponde a la misma idea: la victoria sobre otros grupos tribales o estructuras políticas representadas por sus emblemas, de las que se mostrarían dos en cada cara aplastadas bajo los cascos del caballo, aunque el deficiente estado de conservación de una parte de los relieves haya provocado la pérdida de un símbolo en una de las caras, y los dos de otra.

de los emblemas militares para ejercer su autoridad en atención a que su posición social no depende del prestigio obtenido en el combate ni de su condición de guerrero, aunque ello no implique la renuncia al empleo de la fuerza para mantener o ampliar sus referentes de estatus, momento en el que sería representado al solicitar el apoyo de la divinidad para la guerra.

Por último, un tipo específico de guerrero armado es el representado desnudo. En el esquema indicado, la figura del guerrero muestra perfectamente los órganos genitales extendiendo los brazos en actitud de presentación de las armas que porta, o de desafío. Las figurillas de este grupo empuñan una *falcata* o cuchillo afalcatado y una *caetra* de dimensiones mucho más reducidas que las comunes para los escudos circulares, suelen portar también un cinturón, pero no un tahalí con funda para el arma, ni tampoco casco, aunque algunas cabezas pueden interpretarse como afeitadas. La desnudez militar se conoce ampliamente en el ámbito del mundo céltico, en el que los guerreros solían combatir desnudos como sistema para mostrar su valor, incluso cuando luchaban junto a los guerreros ibéricos,[9] como en el caso de la formación central del planteamiento táctico de Aníbal en la batalla de Cannas, pero no se cita en el caso de la Cultura Ibérica, donde incluso los muertos, tanto en la escultura como en la cerámica pintada, aparecen con sus vestiduras. La desnudez en los rituales es una práctica ampliamente conocida en el área del Próximo Oriente, en cuyos cultos iniciáticos, propiciatorios, o expiatorios, los fieles se presentaban desnudos ante la divinidad en señal de entrega, pero también de haber cumplido con los rituales propios de la purificación del cuerpo. En los templos de las ciudades-reino fenicias, los barberos formaban parte del personal propio de los recintos sagrados, teniendo como misión la de afeitar y/o tonsurar a los suplicantes antes de presentarse a la divinidad y realizar los sacrificios, ya que el afeitado y la depilación se entendían como un símbolo de pureza. El guerrero que se ofrece a la divinidad portando tan sólo sus armas se considera purificado y, por tanto, al estar bajo la protección de la divinidad, en caso de morir en el combate, su cuerpo no necesitaría ser incinerado para acceder al mundo de ultratumba y al ciclo de muerte y resurrección, dado que la purificación lustral que se incluía en el ritual de enterramiento se habría realizado previamente.

Debe entenderse que sólo se podría asegurar al guerrero muerto en campaña la celebración del ritual funerario que le correspondería en tanto que posee de un estatus y miembro de una estructura social específica, al que hubiera tenido acceso de haber fallecido en su lugar de residencia, en el caso de que la victoria militar comportara el mantenimiento de la posesión del campo de batalla y la posibilidad de acceder a los cadáveres de los caídos, mientras que en el contrario, los despojos de los difuntos quedaban a merced del enemigo que podía

9. «Celtas e iberos estaban dispuestos en grupos que alternaban; los celtas desnudos y los iberos con túnicas de lino de color púrpura, según la costumbre de su país, ofreciendo un aspecto impresionante y extraño». Polibio, *Historias*, III, 113-114.

abandonarlos o, en el mejor de los casos, enterrarlos o quemarlos en fosas y piras comunes.[10] Una de las fórmulas para mantener en el guerrero la idea de que incluso en la derrota y ante la imposibilidad de honrar a su cadáver tendría derecho a la vida de ultratumba que le aseguraba su estatus sería el de la purificación previa como sistema para suplir al ritual. En todo caso, la interpretación de los guerreros desnudos debe realizarse siguiendo un patrón conceptual de contenido religioso, y no, por ejemplo, a partir de la idea de la representación de una danza ritual.

10. En el desarrollo de la guerra en Grecia, la costumbre imponía establecer una tregua *(hupospondos)* tras el combate para que ambos bandos pudieran recuperar a sus caídos *(anaieromai)* y rendirles los honores correspondientes. En muchas ocasiones los vencedores devolvían los cuerpos sin exigir nada a cambio, pero en otras, como en el año 395 a.C. tras la derrota de los lacedemonios en Haliarte, los tebanos pusieron como condición, cumplida, el abandono de Beocia por los espartanos y sus aliados, para poder recuperar los cadáveres de los caídos.

CAPÍTULO 2

EL CONCEPTO DE LA GUERRA

¿Qué puede engendrar la guerra sino guerra sin fin?
JOHN MILTON

La falta de textos escritos impide afirmar la existencia de un corpus teórico sobre el sistema de hacer la guerra en las tribus ibéricas o celtibéricas y tampoco y en ningún caso puede afirmarse que se realizara una transmisión de ideas militares por escrito como sucede con las obras de los teóricos griegos y romanos. Sin embargo, diversos elementos permiten concluir con escaso margen de error que en las comunidades prerromanas se configuró un concepto específico, ampliamente conocido, sobre las formas y sistemas de combatir, que no permaneció en ningún modo inmutable sino que varió a lo largo del primer milenio a.C. tanto como consecuencia de las modificaciones internas de los grupos sociales, como por la influencia de los estados mediterráneos con los que iberos y celtiberos estuvieron en contacto, ya fuera como mercenarios, aliados o enemigos.

Junto a la idea del armamento como símbolo de prestigio social, la panoplia de cada fase cronológica tiene un decisivo carácter utilitario que responde a la premisa básica de que un tipo concreto de arma se diseña para ser empleado de una forma específica,[1] obteniendo con ello una supremacía sobre el adversario. Si se cumple el planteamiento indicado significa que el guerrero que se dota con ellas tiene una noción muy clara y profunda de cómo hará uso de las mismas, es decir, del sistema de combate que impera en su grupo social a partir de la aplicación del cual se han fabricado unas armas específicas. En el momento en que el combate se aleja de la idea heroica del enfrentamiento entre jefes tribales

1. Y no al revés. Es decir, un arma se diseña en función del uso que se le quiere dar o, dicho de otro modo, del sistema de combate en el que va a ser empleada. En el caso contrario, cuando el armamento no se ajusta al tipo de combate, las especifidades y mejoras técnicas de un tipo concreto de ítem sirven de poco, aunque su tecnología sea muy superior a la utilizada por sus adversarios. Si entendemos que la mayor parte de las armas se fabrican localmente es evidente que responden a una necesidad conceptual muy clara y asumida, la propia del sistema de combate entre las tribus ibéricas. Si se varía el tipo de armamento es porque, indefectiblemente, se varía el concepto y la forma de combatir de una estructura social.

o héroes explicitada literariamente en los relatos homéricos, el concepto de armamento individual, aun siendo importante, queda subordinado a la idea del empleo colectivo de las armas, es decir, cómo y en qué circunstancias un grupo de guerreros armados con un tipo concreto (unitario o diverso) de armas puede obtener el mejor partido de las mismas para imponerse a sus enemigos.

El concepto expuesto se encuentra en el origen de la idea del combate en orden cerrado o en formación, en el que el individuo no es importante ya por sí mismo sino como pieza integrante de un arma de mayor potencia y complejidad: el grupo de guerreros que combaten juntos. En la iconografía ibérica y en las referencias de las fuentes clásicas existen diversos ejemplos que permiten afirmar la existencia entre iberos y celtiberos de la idea del combate en grupo en formación compacta, alejado tanto del concepto de la lucha individual que caracterizaría, según una cierta corriente interpretativa, el combate durante la Edad del Bronce, como de las ideas de la lucha en guerrilla que la historiografía española empleó para definir la guerra protohistórica durante la segunda mitad del siglo XX y que, con matizaciones, algunos investigadores continúan empleando actualmente. Si un grupo combate con las mismas armas y de forma conjunta, dotándose de un mando unificado, un sistema de transmisión de órdenes e, incluso, de la idea de la unidad militar entendida como una agrupación de guerreros en unidades numéricas estables proporcionales del tipo de armamento empleado, significa que las comunidades que son capaces de articular un sistema como el indicado conocen también las fórmulas para desarrollar un combate complejo en campo abierto.

Puede discutirse sobre si la adopción de la idea del orden cerrado es propia de las comunidades peninsulares o fue adoptada por influencias foráneas, lo que parece claro es que como consecuencia de los cambios sociales que tienen lugar en las estructuras políticas ibéricas a partir de principios del siglo IV a.C. se introduce progresivamente el concepto del combate en grupos numerosos, un sistema que estará perfectamente desarrollado, si atendemos a las explicaciones de Tito Livio y Polibio, a fines del siglo III a.C. cuando las tribus ibéricas sean capaces de presentar batalla campal a los ejércitos cartagineses y romanos. En este último caso, es indudable la existencia de un concepto táctico en los ejércitos ibéricos, dado que los sistemas de formación, despliegue, definición de unidades y otros factores propios de la guerra compleja como la castramentación, la intendencia o la concentración del mando así lo indican. Por último, la existencia de una concepción militar compleja tiene su máxima expresión en el sitio y asedio de fortificaciones. Como se indica más adelante, el grado de conocimiento técnico desplegado por los iberos en la construcción y defensa de sus ciudades no es el resultado de una improvisación puntual, sino la consecuencia de una doctrina militar perfectamente conocida y asumida, al menos, desde el siglo IV a.C., y con toda seguridad en el siglo III a.C.

La falta de un mayor número de textos clásicos coetáneos, especialmente ibéricos, impide convertir algunos de los asertos expuestos en realidades indis-

cutibles. Sin embargo, un análisis no restrictivo de la información disponible permite afirmar, sin ningúna clase de duda, que iberos y celtiberos disponían de un concepto o sistema propio de cómo hacer la guerra, y que el mismo era lo suficientemente avanzado como para poder medirse, en muchas ocasiones con éxito, contra ejércitos estatales cuya estructuración respondía a una tradición teórica secular, y ello realizado, en algunas ocasiones, siguiendo las pautas de combate que se suponen propias de sus adversarios.

2.1. Guerra, ciudad y territorio

Las comunidades prerromanas peninsulares desarrollaron a partir del siglo VI a.C. un sistema de vida basado en la idea de la ciudad fortificada *(oppidum)* como estructura básica de residencia de las elites sociales, control y explotación del territorio dependiente. La relación del análisis espacial con la información proporcionada por las fuentes clásicas indica que, a partir de un concepto de *ethnos* tribal, se articularían sistemas u organizaciones de control político independientes que, inicialmente, no alcanzarían el estadio de unificación de la totalidad del territorio controlado por una tribu bajo un solo poder político, aunque, en algún caso, pudiera existir una dirección unificada de la guerra bajo un jefe o noble tribal con experiencia militar. Las estructuras políticas serían, por tanto, unidades de poder fraccionadas, de mayor o menor entidad según el número de poblados de entidad dependientes y subdependientes de un núcleo central, que pudiera abarcar bajo su control un *princeps* o un *dinastés*. Se ha indicado repetidamente que la extensión de estos dominios no era estable a partir del ejemplo de Chulcas, citado en dos ocasiones en las fuentes clásicas[2] como autoridad política de una cierta importancia, la suficiente como para ser incluido dentro de los relatos, aunque el de Chulcas sería un caso excepcional, dado que la documentación arqueológica indica que el modelo más común de control territorial se asemejaría con toda probabilidad al definido a partir del poblado del Tossal de Sant Miquel (Llíria), asimilado a la antigua Edeta. Del mismo modo, no es factible realizar una proyección que identifique el mismo sistema de control territorial en todo el ámbito de la Cultura Ibérica, dado que las específicas características regionales derivadas del proceso de formación indican modelos diferentes de control territorial y gobierno, un hecho que puede observase por ejemplo en las diferencias entre la densidad de poblamiento y la superficie de los poblados/ciudades existentes entre las zonas del nordeste y sur peninsular.

Un sistema político, con independencia de la extensión de territorio que controle, organiza siempre una estructura de referencias ideológicas que permite a la poblacion relacionarse ideológicamente con la estructura social, de rango y po-

2. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 13, 3; XXXIII, 21, 7; Polibio, *Historias*, XXI, 11, 7.

der, en función de determinados elementos emblemáticos. La ciudad o el poblado a través de las fortificaciones y los edificios comunitarios, las necrópolis, y los santuarios, configuran la vertebración del territorio al tiempo que un registro ideológico con el que se identifican sus habitantes. El concepto *frontera* establecido hasta hace pocos años en función de la definición de la superficie controlada por un asentamiento en base a la aplicación de modelos geográficos y su comparación con los accidentes naturales caracterizables como límites físicos de un área, puede compararse actualmente en algunos casos con la ubicación de construcciones honoríficas sin ningún valor de protección militar de las vías de acceso a un territorio, pero cuyo valor como simbolismo emblemático y de prestigio encierra un componente de disuasión y coerción mucho más decisivo que las fortificaciones. La historia, el orgullo y el derecho de un grupo a vivir y explotar un territorio se plasma en una iconografía fácilmente legible, en la que la monumentalidad sirve para fijar el papel de los dos partícipes en la transmisión de un mensaje a través del lenguaje visual, el emisor y el receptor. En estos casos, el prestigio inherente de la potencia económica necesaria para la construcción se transforma en respeto para el espectador, ocasionando con ello que la teatralidad del mensaje finalice la cadena de sensaciones en la idea del miedo derivada del poder del grupo emisor.

Lógicamente, los monumentos constituyen los exponentes de un lenguaje esencialmente disuasorio válido mientras se mantenga el prestigio del grupo que los ha erigido, pero carentes, en el caso contrario, de ninguna efectividad como elemento de protección o delimitación de fronteras. En este caso, cuando la heroización de un linaje como parámetro iniciático no tenga ya un valor de significación relevante, la defensa del territorio se organizará a partir de la ubicación de fortines o torres de vigilancia, intercomunicadas visualmente entre sí y con el *oppidum* central, con lo que la idea fundamental de la defensa no será ya la disuasión simple, sino la prevención derivada del control de las rutas de acceso al territorio de una comunidad.

La elección de lugares elevados de difícil acceso para la ubicación, en la mayor parte de los casos, de los núcleos de población, puede interpretarse como el resultado de un presupuesto económico consistente en restar a la zona de cultivo y explotación económica la menor porción posible de territorio, dado que el área de captación configurará una parte determinante del potencial económico del grupo y su extensión será siempre el resultado del crecimiento demográfico de la población empleado tanto para la explotación como para la protección del área productiva, por lo que la ubicación de los poblados en llanura significaría desaprovechar una parte de la potencialidad del área de captación, al tener que sumar a la superficie del propio asentamiento otros factores como la extensión de las rutas que conducen al mismo. No obstante, la elección de puntos elevados para el establecimiento de los asentamientos deriva esencialmente de la necesidad de defensa y protección, uniendo a la posición en altura la construcción del perímetro murario y la dificultad de acceso inherente a ambos conceptos. La posición de

dominio suponía también el control del área de captación situada en una cota inferior, así como la posibilidad de procurar una salvaguarda en caso de peligro a los miembros de la comunidad que habitaban en los asentamientos rurales dispersos relacionados directamente con la explotación de los recursos agrícolas. El control de las rutas de acceso era también esencial para la práctica del intercambio comercial a larga distancia, fundamentado en el tránsito de materias primas y productos manufacturados hacia los mercados indígenas y los puertos de comercio costeros, siendo lógico que para asegurar una circulación fluida se estableciese un control político férreo apoyado en la fuerza militar sobre toda la extensión de las vías de comunicación.

El territorio donde habita es la esencia de un grupo no sólo por los aspectos tangibles sino muy especialmente por los intangibles, las ideas que forman parte de la memoria colectiva de las comunidades, por ello la razón de ser de un grupo se encuentra directamente relacionada con el territorio que ocupa, aquel que contiene los espacios sagrados y las tumbas de los antepasados. No es de extrañar por tanto que una de las principales acciones de castigo que aplican los ejércitos estatales sean los traslados de la población vencida a otros puntos como sistema para impedir futuras revueltas al quitar a una población el anhelo de volver a controlar su destino en su propia tierra. El desarraigo se unirá en muchas ocasiones a la destrucción de la ciudad, la venta de los habitantes como esclavos, y la implantación de colonos que sustituirán en el control y la explotación de la tierra a los desplazados.

2.2. La guerra como factor de cohesión social

> Es preciso estar siempre aprestados para la guerra, para que no nos veamos jamás obligados a la desgracia de tenerla que aceptar.
>
> FÉNELON, *Télémaque*, XII

Los estudios antropológicos han demostrado que las estructuras organizativas de agregación humanas, independientemente de su medio geográfico, estructura económica y cronología, desarrollan siempre como potencial de relación el concepto de la convivencia pacífica que les permita profundizar y mejorar su sistema social. La inclusión del concepto de la guerra en las sociedades, el *espíritu guerrero*, es siempre el resultado de un factor externo al desarrollo principal del grupo. Las causas que motivan la introducción de la idea de la guerra suelen relacionarse con las crisis de subsistencia. Un período continuado de malas cosechas, el agotamiento del suelo como resultado de los cultivos intensivos, o la esquilmación de los recursos naturales del territorio, crean la necesidad de obtenerlos más allá de los límites territoriales de una estructura social y, con ello, el conflicto, la necesidad de utilizar la fuerza para conseguir inicialmente lo

imprescindible y, en una segunda fase, los elementos o bienes que aumenten y desarrollen la potencia económica y el prestigio de la comunidad.

Una vez asumida su práctica, la guerra es un recurso que puede ser empleado para solucionar problemas estructurales internos y externos. En las primeras fases, cuando tan sólo combaten las elites aristocráticas, la cohesión del grupo, organizado siguiendo una estructura piramidal en la que la base agraria no combate y la cúpula armada lleva a cabo los enfrentamientos, la acumulación del prestigio inherente al empleo de las armas y la victoria sirven para potenciar el mantenimiento de la estructura jerarquizada preestatal. No obstante, este sistema entrañaba un riesgo: la posible fractura del grupo si la elite era aniquilada, por lo que el tipo de combate rehuía el enfrentamiento directo hasta que éste se hacía inevitable, dando origen a la idea del combate de héroes, la *monomachia* griega. Prestigio y admiración por la fuerza física servirán para mantener y cohesionar la estructura social, un modelo que se aplicará indistintamente en los estados del Próximo Oriente, como Egipto y Asiria, y en la sociedad micénica griega, de la que los héroes de la *Ilíada* serían un reflejo tamizado por el paso de los siglos.

El surgimiento de las estructuras políticas basadas en el sistema de la *poleis* griega, el estado unión de la ciudad y su territorio dependiente, y la caída de los sistemas de gobierno asentados en las monarquías absolutas de raíz heroica, propició el surgimiento de una nueva clase social: los ciudadanos. Los ciudadanos conformaban el cuerpo social del estado, eran hombres libres y disponían, al menos en teoría, de los mismos derechos y oportunidades políticas con independencia de sus recursos económicos, a las que aunaban los deberes de protección de la ciudad. Los ciudadanos de las *poleis* griegas se adiestraban y combatían juntos bajo diferentes sistemas de organización táctica, llegando a constituir, en el caso de los lacedemonios, las murallas de la ciudad con sus escudos. Al combatir en formación cerrada, el guerrero, sin perder el componente básico de su individualidad, ya no era un ser aislado que combatía por un pueblo o territorio en una lucha heroica que le otorgara un prestigio social innegable al defender a la comunidad, el guerrero ejercerá ahora en la lucha junto a otros ciudadanos un derecho y una obligación: la defensa de la ciudad, su sistema político y económico. El hombre no desaparecerá en la masa de la formación, porque el concepto del ejército hoplítico no supone su anulación sino, por el contrario, la potenciación de un sistema, al ser todos los hombres que integran la formación iguales en cuanto a la responsabilidad que asumen en el momento de combatir. En el ejército estatal o en el tribal, el individuo ya no puede decidir por sí solo la victoria, ni tan sólo el *strategós* que planea y dirige la acción, es el resultado del esfuerzo conjunto lo que conduce a la victoria, aunque sigue siendo la acción individual, la cobardía o el desfallecimiento en la línea de batalla lo que puede provocar la ruptura de la formación y la derrota. Así, en las formaciones hoplíticas griegas los huecos provocados en las filas se cubrían por los soldados situados en las líneas posteriores para mantener el frente de combate cubierto, aunque, de hecho, las dos líneas de combate enfrentadas apenas podían moverse al tener que soportar

tanto la presión del enemigo como la de los propios compañeros que empujaban por detrás. En el momento en que se apercibía un ruptura en la línea enemiga, el esfuerzo colectivo del adversario llevaba a cabo el denominado empujón con los escudos *(othismos)* destinado a forzar la brecha para consolidar la ventaja con la ruptura total del frente de batalla *(pararrexis)*, lo que convertía en inevitable la derrota del ejército cuyo frente había sido roto.

El esfuerzo desarrollado para vencer significaba que todos los integrantes del ejército merecían igual prestigio. No triunfaba el combatiente, triunfaba el grupo, es decir, los ciudadanos y, a través de ellos, la ciudad. Las condenas que sufrieron los almirantes atenienses en las últimas fases de la Guerra del Peloponeso cuando, aun vencedores, no recogieron a los supervivientes (o los cadáveres de los muertos según otras interpretaciones) de los barcos hundidos, sólo se explican por la concepción indicada de la supremacía de la colectividad sobre el individuo.

La ausencia de datos, especialmente en las fuentes clásicas, dificulta trasladar los planteamientos indicados al ámbito territorial de la península Ibérica. No obstante, las relaciones entre el individuo y la colectividad en las que el primero tiene un papel destacado pueden estructurarse correctamente a partir del Ibérico Pleno. Al referirse a los jefes militares y políticos ibéricos, Tito Livio y Polibio anteponen los títulos con los que designan su autoridad, como *dux*, *princeps* o *dinastés*, pero no recurren a expresiones de las que pueda derivarse una relación unipersonal entre el gobernante y el territorio que gobierna, es decir, no existe, por ejemplo, un reino de Edecón, Chulcas o Indíbil, sino tan sólo un ejercicio del poder. Por el contrario, se cita siempre a las estructuras políticas bajo la idea de *territorio de* añadiendo a la expresión el gentilicio de una tribu. Dejando aparte el hecho de que de la expresión indicada se desprende que los historiadores citados no distinguirían más que un concepto de *ethnos* para cada tribu, y tan sólo un único sistema político, el principio indicado permitiría asumir una fuerte relación entre hombres y territorio, siendo la pertenencia global de este último al grupo, la identificación con la tierra como nexo de unión entre sus habitantes, el primer elemento de cohesión social. Por tanto, la guerra como elemento de cohesión social, significa la defensa colectiva del territorio y de la ciudad que lo controla y organiza.

Colectivamente, podemos comprobar cómo las mayores respuestas a las llamadas a la movilización, y el encono en la defensa de las comunidades indígenas se produce cuando de lo que se trata es de repeler una guerra de agresión desencadenada contra ellos por Roma. Con independencia, por ejemplo, de las incursiones de los ilergetas sobre sus vecinos, no se documentan guerras de expansión entre tribus en la Península, ni se implanta la idea de aprovechar la situación bélica para ampliar el territorio controlado, dado que, por ejemplo, cuando los numantinos derrotan repetidamente a las tropas romanas, nunca explotan sus triunfos con una persecución exhaustiva y la conquista de nuevos territorios, puesto que libran una *guerra defensiva* para enfrentarse a una agresión, defienden su territorio y su independencia. Justamente, el concepto de la guerra que llevan a cabo los numantinos es lo que les proporciona la cohesión social necesaria para mantener

y prolongar la lucha, la idea de que no se combate para obtener el beneficio de una elite, sino que se lleva a cabo la defensa de un bien común. La cohesión social se muestra también en la dirección de la guerra y en la decisión colectiva de resistir al agresor, como en los asedios de Sagunto y Numancia, en que son rechazadas las proposiciones de rendición formuladas por cartagineses y romanos, consideradas incluso algunas de ellas como benévolas en atención al margen de actuación que concede al vencedor el derecho de guerra,[3] y se sacrifica a los intermediarios que han solicitado al ya seguro vencedor las condiciones para la entrega de la ciudad.[4] En último extremo, el sacrificio de los líderes militares y de una parte de la elite social se interpreta como una acción inexcusable y necesaria para impedir la destrucción total del colectivo. Es evidente que tal decisión no se toma a propuesta de los afectados sino como resultado de la presión militar romana, pero también lo es que su aplicación significa la ruptura de una parte de la estructura social, el concepto de sistema gentilicio que vertebra a las estructuras preestatales ibéricas. El sacrificio de Mandonio impide la invasión por los romanos de los territorios de los ilergetas y los ausetanos,[5] y la entrega de los integrantes de la *iuuventus* de Lutia la destrucción de la ciudad por Escipión Emiliano.[6] No obstante, y aunque el grupo sobrevive más allá de sus líderes, la pérdida de prestigio ocasionado por la humillación producto del miedo provoca la desestructuración del mismo y el rechazo de los que anteriormente les eran fieles o respetaban, como demuestra que tan sólo diez años después de la derrota de Indíbil y Mandonio, los ilergetas sean incapaces de defenderse de aquellos a los que dominaban políticamente y dirigían militarmente, y deban solicitar el apoyo del ejército de Marco Porcio Catón para liberar sus ciudades asediadas.[7]

3. Según Tito Livio, Alorco terminó del modo siguiente su alocución a los saguntinos para transmitirles la oferta de rendición de Aníbal: «Esto es lo que os exige el enemigo vencedor; esto, aunque es duro y amargo, os lo aconseja vuestra situación. Yo, la verdad, abrigo alguna esperanza de que, cuando lo hayáis entregado todo en sus manos, rebajará algo estas condiciones; pero creo que es preferible soportarlas incluso tal cual a dejar que vuestros cuerpos sean destrozados y vuestras mujeres e hijos arrebatados y arrastrados ante vuestros ojos según el derecho de la guerra». *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 13, 8-9.

4. «Llevada esta respuesta a la ciudad, los numantinos, ya bastante irritados de por sí, acostumbrados como estaban a una libertad sin trabas e incapaces de recibir órdenes de nadie, se encendieron mucho más con sus nuevas desventuras y, fuera de sí, mataron a Avaro y a los cinco legados, como nuncios de desgracia y sospechosos de haber tratado con Escipión de salvaguardar sus propios intereses». Apiano, *Iberia*, 95-97.

5. «Cuando se ofrecieron a entregar las armas y rendirse se les respondió que se aceptaba su rendición a condición de que se entregasen vivos a Mandonio y a los demás inductores de la guerra; en caso contrario, los romanos invadirían con su ejército el territorio de los ilergetes y el de los ausetanos, y después el de los otros pueblos. Ésta fue la respuesta que se les dio a los embajadores y que transmitieron a la asamblea, Mandonio y los demás jefes fueron detenidos allí mismo y entregados a suplicio». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIX, 3, 4-5.

6. Apiano, *Iberia*, 93.

7. «Entretanto, en Hispania, el cónsul tenía su campamento cerca de Emporion. Allí acudieron tres representantes del régulo ilergete Bilistage —uno de ellos era su propio hijo—, y se quejaron de que sus plazas fortificadas estaban siendo atacadas y no tenían la menor esperanza de resistir a no ser que el romano enviase refuerzos». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 11, 1-3.

La cohesión social a través de la guerra no se obtiene tan sólo por la acción conjunta del grupo, sino que, especialmente durante el Ibérico Antiguo y la primera fase del Ibérico Pleno, la cohesión social derivaba del prestigio del guerrero heroizado que significaba ideológicamente el elemento vertebrador de la estructura de poder, al tiempo que simbolizaba la protección que, emanada de una clase dirigente, se extendía a los miembros de la comunidad con independencia de su posición social, dado que los nobles o miembros más próximos de la estructura de parentesco recibirían los bienes materiales obtenidos en las acciones militares siguiendo un proceso de redistribución de productos asociado a la idea del prestigio de corte clásico, y todos los individuos ubicados por debajo de los anteriores en la escala social recibirían también una parte proporcional entregada por el jefe tribal o algún miembro de la elite pero, sobre todo, se integrarían en un sistema ideológico del que se sentirían partícipes y representados por la figura del guerrero heroizado. No será hasta principios del siglo IV a.C. con la modificación de las estructuras sociales cuando la idea de cohesión social sufrirá una fuerte modificación, pasando a ser de meramente ideológica a participativa.

2.3. **El componente humano**

> Basta el instante de un cerrar de ojos para hacer de un hombre pacífico un guerrero.
>
> SAMUEL BUTLER

La guerra la hacen y la padecen los hombres. La guerra compleja desarrollada durante la Protohistoria en el Mediterráneo occidental y la península Ibérica es por su estructura, desarrollo y consecuencias, una guerra total. Los recursos humanos que se emplean suponen un gran esfuerzo demográfico a las poblaciones, tanto por la pérdida de mano de obra especializada que inicialmente suponen las campañas, como por el descenso del número de personas en edad fértil que forman parte del potencial de crecimiento humano de las estructuras sociales, factores que alcanzan su máxima expresión con las consecuencias de los asedios, finalizados con la aniquilación de las poblaciones o, en el mejor de los casos, su dispersión en los mercados de esclavos. Desde la conquista bárquida hasta la represión catoniana, los territorios del sur, levante y nordeste de la península soportarán 43 años de guerras más o menos continuadas, con constantes exacciones de hombres y recursos económicos que empobrecen gradualmente a las tribus organizadas en sistemas preestatales. A ello deben sumarse las consecuencias de las guerras lusitanas y celtibéricas que se extienden a lo largo de más de medio siglo hasta la caída de Numancia. Aun sin disponer de cálculos fiables sobre las variaciones cuantitativas experimentadas por la población prerromana peninsular, es evidente no obstante, tal y como se desprende de las informacio-

nes proporcionadas por las fuentes clásicas, que la conquista romana supuso un importantísimo descenso demográfico entre las comunidades indígenas, al tiempo que una dispersión y reubicación de un elevado número de contingentes como resultado de la aplicación de la política romana destinada a impedir nuevas sublevaciones.

La guerra compleja afectará, directa o indirectamente y de igual modo, a ambos sexos y a todas las franjas de edad. Las operaciones militares en la península se organizaron en función de los ciclos estacionales, empleándose para la realización de las expediciones el período comprendido, a grandes rasgos, entre el inicio de la primavera y mediados del otoño, retirándose las tropas a los principales acantonamientos (Tarraco, Cartago Nova) durante el invierno, cuando las condiciones climáticas dificultaban tanto los desplazamientos de las columnas como la obtención de suministros. La guerra, *alimentada a sí misma* según expresión de Catón,[8] precisaba de las épocas de cosecha para el saqueo de campos y graneros, obteniendo así una parte de los recursos necesarios para alimentar a las tropas, suministros evidentemente sustraídos a las poblaciones indígenas, enemigas o aliadas, que, privados de ellos, debían sobrevivir duramente hasta la siguiente cosecha, aunque para alcanzarla fuese necesario disponer de una mano de obra no siempre existente debido a los reclutamientos generalizados.

Organizados como *columnas móviles*, los ejércitos romano, cartaginés, ibero o celtibero, realizaban sus campañas en territorio adversario con dos objetivos: obtener, si era posible, la derrota total del enemigo mediante un encuentro en campo abierto, lo que difícilmente se conseguía, dado que los jefes militares de los ejércitos indicados no arriesgaban todas sus fuerzas en el mismo encuentro, puesto que preferían la retirada táctica a realizar un esfuerzo supremo en pos de un triunfo imposible, al disponer además de reservas de hombres y material con las que reorganizar sus fuerzas en caso de derrota; y, aún más importante, debilitarle políticamente en el territorio que controlaba mediante el desprestigio asociado a la derrota, haciendo patente ante sus aliados sus dificultades para conducir la guerra, forzando así cambios en las alianzas de los pueblos indígenas que minasen progresivamente la base social, económica y política del adversario, haciéndole con ello mucho más difícil reclutar los hombres y suministros que le permitieran restañar sus pérdidas. Una guerra de este tipo, sin frentes estables ni ocupaciones permanentes, convertía en campo de batalla o frente de combate cualquier punto dentro del teatro general de operaciones, por lo que una comunidad o ciudad, por muy seguros que pudieran sentirse en función de su posición geográfica, el número de sus hombres sobre las armas, o la potencia de sus murallas, podían, en muy pocos días, convertirse en lugar de combate, pasando de la seguridad al peligro sin previo aviso, siendo el caso de Cartago Nova, la principal base púnica en la península, sitiada y conquistada en pocos días por Publio Cornelio Escipión el año 209 a.C., sintomático de ello.

8. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 9.

Guerra total e inseguridad constante caracterizarán pues el decurso de las operaciones militares durante la última fase de los conflictos en la península. No obstante, las características de la guerra, reseguidas desde el siglo VI a.C., muestran una clara evolución en el número de individuos implicados y el concepto de participación de las comunidades en ellas. El concepto de la guerra desarrollado entre las comunidades del *Orientalizante* correspondía al patrón heroico en el que tan sólo los nobles o jefes tribales combatían en enfrentamientos que escasamente sobrepasarían la idea de la razzia, siendo especialmente con la monta y la caza como demostrarían sus habilidades y fuerza obteniendo el coeficiente de prestigio necesario para reafirmar el derecho que, por origen, les asistía para ejercer las funciones de gobierno. No creemos que en esta fase las pérdidas humanas entre los grupos que poblaban el área del sur y sudeste de la península Ibérica fuesen muy importantes, especialmente porque la investigación arqueológica constata un claro aumento demográfico con el establecimiento de nuevos puntos de población o la potenciación y ampliación de los ya existentes. La intensa actividad comercial propugnada por los comerciantes fenicios desde finales del siglo IX a.C., a la que se sumarán más tarde mercaderes griegos, necesita para consolidarse tanto de un poder o poderes fuertes con los que comerciar, como una estabilidad política que permita el desarrollo sin trabas de la producción económica. Tan sólo si se demostrara la existencia de esclavos asociados a la explotación minera o agraria como resultado de los cambios en las directrices del componente económico de la población, o bien el suministro de seres humanos a las colonias y puertos de comercio fenicios con destino a un tráfico de esclavos destinado a los propios centros o a otras áreas de la cuenca mediterránea, factor sobre el que es muy difícil mantener una argumentación basada en informaciones tangibles más allá del reconocimiento de la práctica genérica de la esclavitud en el mundo antiguo, podría intuirse la existencia de acciones o expediciones militares destinadas a la obtención de cautivos, un proceso que, asimismo, se integraría más en la idea de la razzia que en el de las campañas complejas y sostenidas.

No será hasta el siglo V a.C., con la transformación de las sociedades ibéricas que abandonan el modelo de las monarquías surgidas del *Orientalizante*, sustituyéndolas por la nobleza militar gentilicia creadora de nuevos linajes basados más en las hazañas y en la fuerza que en el derecho de nacimiento, cuando se incorporará un mayor número de hombres a las luchas. En nuestra opinión, el conjunto escultórico de Cerrillo Blanco (Porcuna) representa, entre otros aspectos de la ideología de las comunidades que habitaban el área de la antigua Obulco, el reflejo de las primeras luchas tribales desarrolladas en la Península, en las que un caudillo militar posteriormente heroizado consigue el control de un territorio amplio y forma una estructura social ya plenamente ibérica después de vencer a los jefes tribales de otros cinco grupos, según reflejarían las cinco *monomachias* con que cuenta, como mínimo, el monumento. En este caso, la guerra implica no sólo el saqueo estacional del territorio de otro grupo, una acción repetida en las fuentes que describen acciones de los siglos III y II a.C., sino la conquista del territorio

de los vencidos y la absorción integradora de la población de las comunidades derrotadas. Con el inicio de las campañas en el Mediterráneo central y las frecuentes reclutas de mercenarios, la guerra deja de ser una práctica reservada y ejercida esencialmente por las elites para convertirse en un oficio que canalizará tanto un excedente de población como el interés de miembros de distintos grupos familiares y clases sociales por obtener un componente de prestigio al tiempo que unos recursos económicos, que les permitan ascender o consolidarse en la escala social.

Al mismo tiempo, la obligación, gentilicia o ciudadana, de prestar servicio de armas en circunstancias extremas alcanza a una gran parte de la población que integra las comunidades ibéricas, probablemente a todos los hombres libres capaces de empuñar un arma o de realizar servicios auxiliares en campaña. Aunque no pueda afirmarse la existencia en la península del concepto estricto de ciudadanos-soldados, como en la *poleis* griegas o etruscas, el concepto, la idea, son equivalentes. El hombre libre cuyo oficio o función principal no está relacionado con las armas es reclutado y combate en ejércitos tribales preestatales bajo la dirección de las elites, cuya experiencia les acerca al concepto del soldado profesional. La diversidad de armamento y entrenamiento convertirá a estos ejércitos en una amalgama organizada de unidades con funciones específicas, es decir, en un ejército estructurado que desarrollará un tipo de guerra complejo.

La guerra compleja dará paso a la guerra total. Se ha especulado mucho sobre el conocimiento que de la estrategia y táctica militar tendrían las comunidades ibéricas y celtibéricas y, en especial, sobre si habrían alcanzado la complejidad organizativa suficiente como para plantear y entablar combates campales empleando los esquemas propios de la formación cerrada. Aunque topemos una vez más con los problemas derivados de la falta de referencias en las fuentes clásicas, es evidente que los jefes militares ibéricos y celtibéricos disponían de experiencia militar en este sentido, bien por haber servido como jefes de mercenarios en los ejércitos mediterráneos, por haber conducido contingentes auxiliares en las formaciones púnicas o romanas o, probablemente, porque el aumento del número de efectivos consecuencia de los cambios sociales y la presión demográfica indicadas había propiciado la reflexión y el desarrollo de sistemas tácticos propios adaptados a los sistemas de guerra complejos. El hecho, por ejemplo, de que iberos y celtiberos combatan en formación cerrada no sólo cuando se integran en las tropas de los ejércitos estatales, sino también cuando combaten en solitario contra romanos y púnicos, como en el caso de las sublevaciones del 206/205 y 195 a.C., indica que existía un conocimiento táctico avanzado respecto al movimiento de masas en batalla por parte de los *princeps* o *duces* ibéricos, que nunca recurren a la guerra de desgaste,[9] sino

9. La historiografía española en el siglo XX ha insistido en el empleo por parte de los iberos de las técnicas de combate discontinuo, de acoso, propias del concepto táctico de la *guerra de guerrillas*, como una aplicación, *avant la lettre* de algunas tácticas de la Guerra de la Independencia (1808-1814); sin embargo, no existe ninguna referencia en las fuentes escritas al empleo de tácticas de este tipo, con seguridad por el hecho de que no era la forma de combatir propia de los iberos, cuyas campañas se resolvían en encuentros en campo abierto.

que abiertamente plantean batalla campal, un hecho que no debe atribuirse al mantenimiento de la tradición heroica de la lucha, sino a que es éste el tipo de combate al que están acostumbrados cuando combaten entre tribus y, por tanto, el que aplican cuando se enfrentan a un enemigo exterior.

La guerra total con conflictos entre tribus se habría extendido ya durante el siglo III a.C. en la península Ibérica. Informaciones recogidas en los textos griegos y latinos sobre antiguos combates entre tribus, así como la iconografía de las series de vasos Oliva-Llíria, son claros ejemplos de ello.

2.3.1. La nobleza militar y los grupos gentilicios

Entre mediados del siglo V y principios del siglo IV a.C. se produce un cambio fundamental en la estructura social de los sistemas político-económicos ibéricos. Las monarquías heroicas identificadas bajo el patrón de jefaturas complejas en los sistemas de organización tribal, representantes de un poder unipersonal emanado del concepto de la transmisión hereditaria del poder basado en el linaje, son sustituidas por un nuevo sistema de gobierno en el que predominarán las elites aristocráticas con marcado carácter militar. La ausencia de información específica propia sobre las características de esta nobleza guerrera que, en ocasiones, asumirá funciones monárquicas aunque con un contenido conceptual muy alejado del imperante durante los siglos VI y V a.C., impide su caracterización, aunque las fuentes escritas referidas al período de la conquista romana incluyen conceptos terminológicos que pueden servir para caracterizar sus funciones en los sistemas de gobierno que representan.

El primer problema para la evaluación estricta de la información contenida en los textos citados es discernir si las palabras empleadas para definir el ejercicio del poder tenían para el redactor de la obra el sentido pleno que encerraban en el mundo greco-latino o, si por el contrario, se trataba tan sólo de una aproximación conceptual a una información genérica sobre las atribuciones de un enemigo o aliado, empleándose por tanto un término apto pero no estrictamente ajustado para facilitar la comprensión del lector. El interés de Polibio y Tito Livio, autores que constituyen la mejor fuente de información sobre el período, por diferenciar terminológicamente el rango de los personajes, atribuyendo incluso al mismo individuo diferentes títulos en función de la especifidad del contexto relatado, permite suponer la existencia tanto de una gradación en las funciones de los dirigentes políticos y militares de las comunidades ibéricas que era necesario resaltar, como un cierto conocimiento ajustado por parte del mundo romano de las particularidades de cada caso.

Polibio, probablemente la fuente más precisa por su formación, conocimiento del terreno, y proximidad entre la fecha de redacción de su obra y los sucesos que relata, realiza una clara diferenciación entre los conceptos *basileus*, *dinastés*, *tyranos* y *strategós*, mientras que otros autores griegos, como Apiano, Diodoro Sículo

o Dion Casio, separan también los conceptos *basileus* y *dinastés*. La interpretación del *basileus* correspondería a un monarca cuyo poder político está perfectamente asentado, idea que se corresponde con el caso del rey de los orisios en el 228 a.C. cuyo dominio se extiende sobre 12 *poleis*,[10] y a Indíbil, a quien se atribuye la condición real entre los ilergetas.[11] Las monarquías indicadas podrían perfectamente ser hereditarias si se tienen en consideración diversos elementos, como los matrimonios de los generales cartagineses con las hijas de monarcas iberos, hecho que aumentaba la intensidad de las relaciones establecidas por un pacto entre ellos, y el interés por mantener el linaje que muestra Indíbil cuando recupera a su hermana e hijas, rehenes de los cartagineses, en el 209 a.C. Del mismo modo, se ha señalado el papel religioso que los *basileus* del siglo III a.C. tendrían en función de las repetidas alusiones que realizaban dándoles gracias por las decisiones que toman.[12] Con todo las estructuras políticas que representan tienen un fuerte componente de organización gentilicia, especialmente cuando se establecen los pactos de dependencia personales con Publio Cornelio Escipión, en los que la *fides* implica claramente la dependencia personal de los iberos con el general romano, una entrega de sumisión y dependencia que tan sólo se rompería con la muerte, como constata el hecho de que Indíbil y Mandonio se sublevan el 206 a.C. tras difundirse el rumor de la muerte de Escipión, es decir, cuando había concluido el pacto personal establecido entre los jefes iberos y él. La compensación a la prestación de la *fides*, obligación enmarcada bajo el aspecto de exigencia plena, es la entrega de regalos valiosos *(dona)* con independencia de los pactos alcanzados, como muestran, por ejemplo, las 300 monturas que Escipión permite escoger a Indíbil después de la derrota de Asdrúbal,[13] caballos que, probablemente, redistribuiría a su vez para mantener sus pactos de dependencia. A un nivel menor al de la figura de *basileus*, el *princeps* celtibero Alucio obtiene presentes de Escipión después de someterse a él tras la liberación de su prometida inmediatamente después de la toma de Cartago Nova el 209 a.C.[14]

El concepto *dinastés*, aplicado por Polibio a Edecón,[15] y por Apiano y Dion Casio a Indíbil,[16] refleja una posición social de menor rango que el *basileus* al hacer referencia a un individuo noble que asume el ejercicio de los poderes rea-

10. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXV, 10, 3; XXV, 12, 1.
11. Polibio, *Historias*, X, 18, 7; IX, 11, 3.
12. Entre los ejemplos más claros se cuentan la invocación de Edecón al aliarse con los romanos el año 209 a.C. Polibio, *Historias*, X, 34: «Tuvo una conversación con Publio, y le dijo que daba gracias a los dioses que fuese él el primero de los señores del país que hubiese venido a su presencia»; y la de Indíbil y Mandonio en el mismo período. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 17, 13-14: «También aquellos que no pueden soportar la violencia y las injusticias de los hombres buscan, suplicantes, refugio en los dioses. A Escipión le pedían que el haber ellos cambiado de bando no se les tuviera en cuenta ni como un delito ni como un mérito; que valorase su colaboración según las pruebas que tuviera de la misma a partir de ese día.»
13. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 19, 1.
14. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVI, 50, 3.
15. Polibio, *Historias*, X, 34-35; X, 40, 3.
16. Apiano, *Iberia*, 37; Dion Casio, *Frag.*, 57, 42.

les aunque éstos no le pertenezcan por derecho. *Dinastés* puede referirse también a los nobles con funciones militares que controlan un territorio, o a dirigentes de estructuras gentilicias pertenecientes al mismo grupo étnico o tribal supeditados siempre a la acción, al menos nominal, de un *basileus*. Las funciones y el poder de ambos, al menos durante el período de la conquista bárquida, pudieron ser similares como indicaría el texto de Apiano[17] referido a la coalición de *basileoi* y *dinastoi* que derrotan a Amílcar Barca. La configuración de una estructura política en el ámbito del sudeste peninsular durante el siglo III a.C. basada en la idea de monarquías y nobles con poder territorial responde, por ejemplo y hasta cierto punto, a las diferencias de rango existentes entre los nobles aqueos durante la guerra de Troya,[18] reflejadas en el *catálogo de los barcos* donde el rango y poder se diferencian, entre otros principios, en función de las tropas que aporta cada uno de ellos a la coalición contra Príamo.[19] El concepto *tyranos*, aplicado a Indíbil por Polibio[20] durante la fase inicial de la conquista romana, es conceptualmente una contradicción con la idea del *basileus*, puesto que responde, en principio y dentro del ámbito griego, a la idea del individuo que detenta el poder absoluto habiéndolo obtenido por la fuerza, carente de un derecho legítimo a ejercerlo, y manteniéndolo en función del control de la fuerza militar. Como expresión de este último caso concordaría con su presencia junto a Hanón en la batalla librada junto a Cissis el 218 a.C.; aunque, de todas formas, el término puede hacer referencia exclusivamente al mando de las tropas ibéricas integradas en el contingente púnico. En este último caso, la referencia a un carácter exclusivamente militar del *tyranos* concordaría, en cuanto a funciones, con la del *strategós* de los iberos, cargo que el propio Indíbil ejerce en el marco de la sublevación del 206 a.C.[21] No obstante, tampoco existe una contradicción en los términos empleados, por cuanto al tratarse de una sublevación de diversos pueblos ibéricos contra los romanos, el *basileus* ilergeta podía dirigir a las tropas reunidas mediante un cargo estrictamente militar y no político que encajaría con la idea, no tanto del *strategós* griego, sino del *polemarchos* elegido por la *ekklesia*,[22] debiendo recordarse que el propio Indíbil comanda tropas de los suesetanos en el 211 a.C. contra Cneo Cornelio Escipión sin que se indique que detente una magistratura política sino, tan sólo, militar.[23] El hecho de que una vez finalizada la

17. Apiano, *Iberia*, 5.

18. «Néstor que era rey en la arenosa Pilos, y benévolo los arengó diciendo: ¡Oh amigo, jefes y príncipes de los argivos! Si algún otro aqueo nos refiriese el sueño, lo creeríamos falso y desconfiaríamos aún más; pero lo ha tenido quien se gloría de ser el más poderoso de los aqueos. ¡Ea!, veamos cómo podremos conseguir que los aqueos tomen las armas». Homero, *Ilíada*, II, 79-83.

19. Homero, *Ilíada*, II, 494-756.

20. Polibio, *Historias*, III, 76, 4-5.

21. Polibio, *Historias*, XI, 31, 4.

22. En la constitución ateniense, el comandante supremo del ejército era el arconte polemarca, miembro del Consejo del Aerópago. La *ekklesia* nombraba también 10 *strategós*, de los que cinco tenían funciones específicas: el territorio, los hoplitas, dos para el control del Pireo, y uno para la *sinmorias*. No parece que el sistema ibérico o celtibero tuviera una estructura tan compleja.

23. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 34, 6.

revuelta Indíbil y Mandonio regresasen a sus estados[24] sustentaría la idea del combate fuera de su reino y la existencia de una coalición de pueblos de la que habría ejercido el cargo de comandante militar. Diodoro Sículo utiliza también el concepto *strategós* en relación con el enfrentamiento de Amílcar Barca con una coalición formada por iberos, tartesios y celtas, de los que Istolacio es el jefe militar,[25] mientras que, una vez muerto, su hermano Indortes asumiría sus funciones en el nuevo intento de derrotar al ejército púnico que terminó también en fracaso. Como jefe militar, Indortes tenía asimismo la capacidad de reunir tropas además de dirigirlas en el combate. En el relato indicado, los contingentes celtas, tartesios e ibéricos corresponden, de hecho, a la situación de diversas estructuras tribales en el área del sudoeste peninsular, reconocibles a partir de las descripciones de Estrabón, por lo que el cargo de *strategós* puede referirse sin muchos problemas al mando unificado de las tropas de los tres contingentes.

Las fuentes latinas realizan una precisión terminológica equiparable en términos generales a la estructura propuesta por los historiadores griegos. La autoridad suprema estaría ejercida por un *rex*, magistratura que Tito Livio utiliza sólo una vez para referirse a un personaje ibérico en la persona de Culchas el 206 a.C. cuando presta su apoyo con tropas a Publio Cornelio Escipión,[26] siendo interesante destacar que cuando vuelve a ser citado en el 197 a.C. lo es bajo la denominación de *regulus*, un rango inferior. La explicación puede deberse a diferentes motivos, pero, básicamente, al hecho de que una vez completado el poder romano sobre la zona del levante y sur de la península Ibérica el concepto de un *rex* independiente no fuera acorde con la realidad, aunque sí lo sería un noble que, de acuerdo con los pactos de alianza o sumisión establecidos con Roma, mantuviera el control territorial sobre un área más o menos extensa, siendo significativo que, a pesar del apoyo que Culchas presta a los romanos durante la última fase de las guerras contra los cartagineses en Iberia, el número de las ciudades que gobierna se hubiera visto reducido de 28 a 17.[27] Debe recordarse también cómo el concepto de *rex (regem)* es el utilizado por los jefes ibéricos para dirigirse a Publio Cornelio Escipión después de la batalla de Baecula.[28]

Con todo, el término más empleado en las fuentes latinas para definir un concepto menor de realeza es el de *regulus*. Tilo Livio, en relación con el turdetano Attenes,[29] con el ya indicado Culchas, Indíbil y Mandonio,[30] Bilistages,[31] Luxinio,[32] e incluso con el celtibero Turro,[33] utiliza esta denominación que im-

24. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 31, 5.
25. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXV, 10, 1-2.
26. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 13, 3.
27. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 13, 3; XXXIII, 21, 7.
28. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 19, 1.
29. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 15, 15.
30. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 21, 3; XXVI, 49, 11; XXXIX, 2, 14.
31. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 11, 2.
32. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIII, 21, 7.
33. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XL, 49, 5.

plica un concepto de gobierno similar a la idea del *dinastés*, siendo posible que diversos individuos ostenten paralelamente el mismo rango de poder en un territorio al referirse a Indíbil y Mandonio como *reguli Hispaniae*. Del *regulus* conocemos esencialmente su función militar, aunque el ejercicio del gobierno se expresa claramente en el caso, por ejemplo, de la embajada que Bilistages envía a Marco Porcio Catón el 195 a.C. Funciones militares específicas serían las ejercidas por el *dux* citado en relación con los tartesios/turdetanos,[34] un ejercicio del mando basado en un derecho relativo al carácter nobiliar de la persona que lo ostenta: *nobilis dux*, pudiendo por tanto ser también el poder que ejerce el edetano Edecón de origen militar: *clarus inter duces*,[35] lo que contrastaría acertadamente con el sistema territorial, la arquitectura militar y las representaciones iconográficas de tema guerrero documentadas en la antigua Edeta, aunque la idea del mando militar pueda referirse no tan sólo a las tropas mandadas por un noble, sino a cualquier tipo de contingente armado, incluso de bandidos como las referencias a Indíbil y Mandonio cuando comandan la sublevación del 206 a.C., *latrones latronumque duces*, aunque en éste caso la expresión de Tito Livio está viciada por su rechazo a la ruptura del pacto entre los ilergetas y Publio Cornelio Escipión, que degrada a sus ojos la categoría moral de los primeros. Por el contrario, *princeps* expresa la idea del poder político basado en el concepto de un noble que controla un área geográfica, una tribu, casos de Amusico, *princeps* de los ausetanos[36] o Alucio de los celtiberos, o una ciudad como Corbis *princeps civitatis*,[37] siendo citados también como *Hispaniae principibus* Indíbil y Mandonio en el 209 a.C.[38]

Los textos referidos a las comunidades celtibéricas entre finales del siglo III a.C. y los siglos II y I a.C. definen la existencia de una elite social identificable como *nobiles* o *eugeneîs*, individuos que tendrían un ascendente sobre su comunidad en función de su valor militar *(furor)*, uno de los componentes más destacados del conjunto de ideales celtibéricos *(virtus)* como en el caso del numantino Retógenes,[39] del que esencialmente gozarían los miembros más destacados de la juventud *(iuuentus)* de las ciudades dispuesta a empuñar las armas, asociables a la figura de los *equites* en cuanto a posición social y preparación militar, dado que la guerra, el combate, sería el elemento principal que designaría y permitiría mantener su estatus. Los *equites*, pertenecientes a una elite social y ligados a un *princeps* constituirían, probablemente, unidades compactas como la que Alucio presenta a Publio Cornelio Escipión, estando representados en los ajuares de las necrópolis de la Meseta, en la que los bocados de caballo suelen asociarse a panoplias o equipos de guerrero completas.

34. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIII, 26, 6.
35. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 17, 1.
36. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61, 8.
37. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 21, 6.
38. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 17, 3.
39. Apiano, *Iberia*, 93.

La elite guerrera mantenía su cohesión a partir de la creencia y aplicación de un conjunto de ideas entre las que la heroización del valor del guerrero era el factor predominante. La muerte en el combate es el único fin digno para los guerreros, siendo una deshonra fallecer por enfermedad[40] o sin cumplir las expectativas que el grupo depositaba en el individuo como miembro del mismo, pudiendo llevar la asunción de esta indignidad al suicidio. Los numantinos, durante la fase final del asedio de su ciudad, y cuando habían perdido ya toda esperanza de ser socorridos o de poder romper el cerco al que les tenían sometidos las tropas de Publio Cornelio Escipión Emiliano, tan sólo exigen de éste, antes que traicionar sus creencias y entregarse, que acceda a presentarles batalla campal, no con la esperanza de derrotar a las legiones, sino con la idea de mantener su *esperit de corps* y morir con orgullo como hombres libres en la batalla.[41] La idea de la *virtus* llevaba también a la heroización del guerrero mediante el tratamiento del cadáver. El caído en el campo de batalla no era incinerado, puesto que la purificación era innecesaria al ser el propio hecho de sucumbir heroicamente en sí mismo una forma de purificación. El cadáver del caído permanecía en el campo del honor para ser devorado por los buitres,[42] entendiéndose que las aves transportaban junto a los dioses el alma del difunto tras la ingesta de su carne.[43] El ritual de la descarnación está representado en la cerámica pintada celtibérica y en otros soportes como la *Estela de El Palao* (Alcañiz, Teruel).

El ideal celtibérico del guerrero se expresaba en el combate individual *(monomachia)* que permitía demostrar el valor ante los *nobiles* de la propia estructura social. El combate de guerreros se representa, por ejemplo, en el *vaso de la lucha de campeones* de Numancia, una recreación de los combates individuales en los que retaban a sus enemigos para obtener el prestigio del triunfo. Así, los textos clásicos recogen, entre otras, las victorias de Quinto Ocio, legado del cónsul Quinto Metelo (143-142 a.C.) que se impuso en combate singular a dos miembros de la *iuuentus* de los celtíberos, uno de ellos Pyrresus, que sobresalía entre todos por su valor y nobleza, quien, en reconocimiento de su derrota, le hace

40. «Éstos saltan de alegría en el campo de batalla, porque se les ofrece la ocasión de morir gloriosa y felizmente; en cambio se entristecen durante las enfermedades como si hubieran de perecer de manera vergonzosa y desgraciada. Los celtiberos, además, consideraban que era un oprobio el sobrevivir en una batalla a quien habían ofrecido su propia vida con el juramento de defender la de él». Valerio Máximo, II, 6, 11.

41. Apiano, *Iberia*, 90; 97. Floro, I, 34, 11, lo expresa del modo siguiente: «Comprendió el general su determinación, y no se dio ocasión de lucha a los que estaban decididos a morir. Rodeados por un foso, una empalizada y cuatro campamentos, el hambre los apretaba; rogaban al general que les diese batalla para matarlos como a hombres; y, no obteniéndolo, hicieron una salida. Viniendo así a las manos, muchos murieron, y los demás, apretando el hambre, poco tiempo vivieron.»

42. «Los vacceos ultrajan los cuerpos de los cadáveres de los muertos por enfermedad, ya que consideran que han muerto cobarde y afeminadamente, y los entregan al fuego; pero a los que han perdido la vida en la guerra los consideran nobles, valientes y dotados de valor y, en consecuencia, los entregan a los buitres porque creen que estos animales son sagrados». Eliano, *De naturabilis ant*, 10, 22.

43. «Para éstos es un honor caer en el combate y sacrilegio incinerar un cuerpo muerto de este modo. Pues creen que son retornados al cielo, junto a los dioses de lo alto, si el buitre hambriento devora sus restos yacentes». Silio Itálico, III, 340-343.

entrega de los símbolos de su estatus: el *sagum* y la espada, el arma de puño emblema de su posición social.[44] Otro ejemplo es el del joven Escipión Emiliano el 151 a.C. durante la campaña del cónsul Lucio Licinio Lúculo contra la ciudad de Intercatia quien consiguió vencer a un jinete enemigo que se presentó varias veces ante las posiciones romanas retándolos a duelo sin que nadie se atreviera a responder a su desafío,[45] Floro indica, aunque probablemente sea una exageración, que el vencido era *rex*, lógicamente de los intercacenses, aunque no precisa este extremo.[46] El honor logrado por el guerrero pese a ser vencido fue tal que, según Plinio, su hijo firmaba con un sello que representaba esta lucha, por lo que se deduce que el prestigio obtenido en el combate sería un elemento clave para el ascenso social no sólo del vencedor, sino también de la estructura familiar o gentilicia a la que pertenecía,[47] manteniéndose la *virtus* hasta el punto que las mujeres llegaban a afear la conducta de los varones cuando con sus actos no honraban su tradición heroica.[48] La práctica del duelo tiene amplios paralelos en las sociedades estatales, de jefatura y clánico-tribales de todo el ámbito Mediterráneo, Próximo Oriente y Europa septentrional, siendo común que los combates se produjeran con anterioridad al inicio de la batalla, sirviendo la victoria para atemorizar al contrario, y considerándose la derrota como un mal presagio del resultado de la misma.[49]

La estructura de la *iuuentus* celtíbera se ha relacionado con la existencia de rituales iniciáticos como el entrenamiento militar o los primeros combates y expediciones de saqueo que permitirían articular una organización similar a la *fratría*, propia de las comunidades con un profundo componente guerrero de las que su máximo exponente es, sin duda, el sistema de formación lacedemonio y las relaciones sociales y militares de los miembros de la *andreia* o *syssitia*. La comida en grupo y los baños de vapor serían dos de las actividades que refirmarían

44. Valerio Máximo, III, 2, 21.
45. Apiano, *Iberia*, 53-54.
46. Floro, I, 33, 11.
47. Plinio, *Naturalis Historiae*, 37, 9. «Se lee en los historiadores que aquel intercatiense cuyo padre fue muerto por Escipión Emiliano en un duelo, firmaba con un sello con la imagen de esa lucha; siendo conocida la ocurrencia de Estilón Preconio que se preguntaba que hubiera hecho si su padre hubiese dado muerte a Escipión.»
48. «Las madres conmemoraban las hazañas guerreras de sus mayores a los hombres que se aprestaban para la guerra o el saqueo, donde cantaban valerosos hechos de aquéllos. Cuando se supo que Pompeyo se acercaba en son de guerra con su ejército, en vista de que los ancianos aconsejaban mantenerse en paz y cumplir lo que se les mandase y de que su opinión en contra no servía para nada, separándose de los hombres tomaron las armas y ocuparon el lugar cerca de Meo, diciendo a los hombres que, pues quedaban privados de patria, mujeres y libertad, que se encargasen ellos de parir, amamantar y demás funciones mujeriles». Salustio, *Historia*, II, 92. La invocación tiene sentido, puesto que un texto de Justino, 44, 3, 7, en el que define la estructura social de las comunidades célticas indica: «Las mujeres se ocupan de la tierra y la casa mientras que los hombres se dedicaban a la guerra y las razzias», describiendo con ello un claro sistema de división sexual del trabajo.
49. «Es su costumbre cuando están formados en batalla salir de sus líneas para desafiar al más valeroso de sus oponentes a un combate individual, blandiendo sus armas para atemorizar a sus adversarios. Y cuando algún hombre acepta el reto de luchar prorrumpen en cánticos alabando las hazañas de sus antepasados». Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, V, 29, 2-3.

la unión. En el primer caso, según Estrabón, el ritual de la ingesta tenía en cuenta cuestiones de rango y edad y solía ser frugal como se suponía de un grupo de guerreros entrenados,[50] mientras que los baños de sudor, asociados a unciones e incluso inhalación de sustancias alucinógenas, se interpretan como prácticas propiciatorias cuya finalidad era obtener la invulnerabilidad y el *furor* del guerrero. Otros rituales estarían relacionados con la figura del lobo como animal protector del guerrero celta, al igual que lo será del ibero como demuestra al *kardiophylax* dispuesto sobre el disco coraza del torso de guerrero de Elche. El lobo o *carnassier* era un animal con carácter apotropaico relacionado y protector del mundo infernal, símbolo del valor, la ferocidad y la guerra, adoptado como tal en múltiples estructuras sociales de carácter militar y origen indoeuropeo documentadas en Germania, Grecia, Roma *(lupercales)* y entre los samnitas *(hirpi sorani)*. La importancia del lobo como símbolo guerrero se ejemplifica en la *Estela de Zurita* en la que un guerrero cubierto con una piel de lobo contempla, junto a su caballo y un infante, cómo los buitres devoran un cadáver, y en la vestimenta del heraldo que los nergobrigenses envían al cónsul Claudio Marcelo el 152 a.C. para solicitar la paz.[51]

Los ritos de cohesión social incluían sacrificios sangrientos. Las hecatombes recogidas en los textos clásicos suponían tanto la ejecución de prisioneros como la matanza de caballos y carneros en honor de un dios de la guerra al que Estrabón asocia la figura de Ares;[52] otros ritos incluían la adivinación a partir del estudio de las entrañas de los prisioneros sacrificados, siendo los sacrificios humanos una práctica honorífica o expiatoria ampliamente conocida en las comunidades célticas e, incluso, en Roma, ciudad en la que se realizaron cuatro sacrificios humanos en el *Forum Boarium* el año 216 a.C. durante la peor fase de la Guerra Anibálica como sistema para obtener el favor de las divinidades ante el avance cartaginés en la península Itálica. Otra costumbre céltica, no documentada en las fuentes relativas a la península Ibérica, pero sí en la Galia, era la de cortar la cabeza del vencido y colgarla de la silla de montar.

Las relaciones entre jefes militares y guerreros celtibéricos incluían la práctica de la *devotio*, un concepto de vinculación derivado de la *fides*, por la que un guerrero se comprometía a mantener la fidelidad a un caudillo, apoyarlo en el combate, defenderlo, e incluso sacrificar su vida para preservar la suya, costumbre ampliamente recogida en las fuentes clásicas,[53] y a la que se considera co-

50. Estrabón, *Geografía de Iberia*, III, 3, 6. Del ritual de la comida de los habitantes del norte de Hispania indica que: «Beben "zýthos", y el vino, que escasea, cuando lo obtienen se consume enseguida en grandes festines familiares. En lugar de aceite usan manteca. Comen sentados sobre bancos construidos alrededor de las paredes, alineándose en ellos según sus edades y dignidades; los alimentos se hacen circular de mano en mano; mientras beben, danzan los hombres al son de flautas y trompetas, saltando en alto y cayendo en genuflexión.»

51. Apiano, *Iberia*, 48.

52. Estrabón, *Geografía de Iberia*, III, 3, 7.

53. «Es costumbre ibérica la de consagrarse a aquellos a quienes se unen hasta sufrir la muerte por ellos». Estrabón, *Geografía de Iberia*, III, 4, 18. «Siendo costumbre entre los hispanos que los que hacían

mún, al menos, a las comunidades celtibéricas, galas y germanas. La *devotio,* pese a que se ha relacionado con las tribus ibéricas por la sumisión que practican Indíbil y Mandonio respecto a Publico Cornelio Escipión,[54] debe indicarse que se trata esencialmente de un concepto de *fides* y, en todo caso, su existencia tendría más lógica si se valora que los ilergetas se ubicaban en una zona muy próxima al área celtíbera por lo que podrían compartir algunas de sus tradiciones y, al tiempo, los propios nombres de los *regulus* tienen un origen céltico e indoeuropeo antes que ibero.

Los integrantes de la *iuuentus*, exponentes de los guerreros de una estructura social, se enfrentaba en ocasiones con el consejo de ancianos o el senado de la ciudad por su intención de participar en la guerra con independencia de las consecuencias políticas que su acción comportara para la misma. Probablemente, el ejemplo más significativo y cruel de esta oposición se dio en la ciudad arevaca de Lutia, en la que los miembros de la *iuuventus*, después de oír la súplica de los numantinos transmitida por Retógenes intentaron que la ciudad les ayudase para socorrer a los sitiados, pero los ancianos avisaron a Publio Cornelio Escipión Emiliano, quien exigió que le fueran entregados los jefes guerreros so pena de destrucción de la ciudad. A los 400 jóvenes que el consejo de ancianos consistió en entregar a los romanos les fueron cortadas las manos.[55]

El castigo de la amputación encerraba un doble significado. En primer lugar era una pena física que evitaba que el guerrero, en caso de sobrevivir a la pérdida traumática de sus miembros, pudiera volver a ser un oponente militar, puesto que le impedía valerse por sí mismo en todos los ámbitos de la vida; en segundo lugar, la pérdida de las manos significaba que el guerrero no podría volver a empuñar las armas, símbolo de su estatus que, probablemente, perdería al no poder mantener la acción emblemática que servía para darle sentido. La costumbre de la amputación era practicada también por los lusitanos, que amputaban las diestras de los cautivos y las ofrecían a los dioses,[56] y por los numantinos, que en ocasiones exigían presentar la diestra de un enemigo como símbolo máximo del valor que daba derecho a elegir esposa.[57] Esta práctica, empleada como recuento de bajas y castigo a los vencidos se documenta ampliamente en el Mediterráneo oriental y el Próximo Oriente donde asirios y egipcios, entre otros, la aplicaron con profusión.

Las armas, como elemento emblemático del honor, eran al mismo tiempo el bien más apreciado por los guerreros y el símbolo físico que el ejército romano intentó eliminar de las manos de sus oponentes, no sólo para privarles de los ins-

---

formación aparte con el jefe, perecían con él si venía a morir, a lo que aquellos bárbaros llamaban consagración; al lado de los demás jefes sólo se ponían algunos de sus asistentes y amigos, pero a Sertorio le seguían muchos miles de hombres, resueltos a hacer esta especie de consagración». Plutarco, *Sertorio*, 14; Valerio Máximo, II, 6, 14.

54. Polibio, *Historias*, X, 37; Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 17.
55. Apiano, *Iberia*, 93.
56. Estrabón, *Geografía de Iberia*, III, 3, 6.
57. *De vir. ill.*, 59.

trumentos con los que hacer la guerra, sino también del elemento de prestigio que permitía la perduración de la estructura social. La requisa de las armas y su significado era una tradición común a las comunidades galas, iberas y celtiberas. Entre las primeras, el ejemplo más significativo es el de los aduáticos que, impelidos por César a entregar las armas, en principio rehusaron indicando que quedarían desprotegidos ante otros pueblos, y aún mantuvieron una tercera parte de las mismas con las que prefirieron morir antes que rendirse.[58] Las disposiciones de Marco Porcio Catón tras la sublevación del 195 a.C. son indicativas del prestigio de las armas entre los iberos,[59] aunque en función de las fuentes clásicas eran los celtiberos entre quienes más desarrollada estaba la relación con las armas. Los ejemplos incluyen referencias a las negativas de los segedenses en el 154-153 a.C.,[60] numantinos y termesios en el 140-139 a.C.[61] a entregar las armas.

Una estructura social con fuerte implantación de la influencia de los guerreros en tanto que estamento cohesionado como la celtibérica era dirigida por estructuras de poder colectivas, senados *(senatus)* o consejos de ancianos, surgidas de la representatividad de la oligarquía de los nobles *(princeps)* o jefes militares *(duces)* de los que dependería una estructura gentilicia. Los jefes militares podrían, en función de su prestigio obtenido a través de los triunfos militares, convertir su posición dominante en hereditaria como *reges*, mientras que las asambleas guerreras, siguiendo un principio similar a las *curias* tendrían el poder de decisión sobre las cuestiones clave de la comunidad, tales como la declaración de guerra o el establecimiento de la paz, así como el nombramiento, o ratificación en caso de que el prestigio de un miembro de la comunidad convirtiera en superfluo el hecho, del jefe militar para una campaña. Los ejemplos de la elección de jefes militares son múltiples, destacando los casos de Caro, natural de Segeda, escogido por su valor entre arevacos y segedenses,[62] o Viriato, aclamado por los lusitanos después de la traición de Galba el 147 a.C.[63] El mando se ejercía por

58. «Por tanto se entregaban con todas las cosas en sus manos. Que si por dicha, usando de su clemencia y mansedumbre, de que ya tenían noticia, quisiese perdonar también a los aduáticos, una sola cosa le pedían y le suplicaban, no los despojase de sus armas; que casi todos los comarcanos eran sus enemigos y envidiosos de su poder, de quienes mal podían defenderse sin ellas». César, *Guerra de las Galias*, II, 31-34.

59. «Impresionado por la rebelión de los bergistanos, y convencido de que la ocasión llegada las demás ciudades habían de seguir su ejemplo, desarmó a todos los hispanos de aquende el Ebro. Lo cual soportaron tan mal los hispanos, raza altiva, que muchos se dieron la muerte convencidos de que sin armas nada valía la vida». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 17.

60. «A pesar de haberse abstenido rigurosamente de participar en la guerra, se les impuso, como condición de una alianza formal, que entregaran las armas. Esto fue recibido por los bárbaros como si les ordenasen cortarse las manos; así, pues, empuñaron al instante las armas bajo la dirección del valeroso caudillo Megavico». Floro, I, 34, 3.

61. «Pero cuando se vino a la entrega de las armas, una noble lamentación se levantó y el amor a la libertad encendió las almas de la multitud; unánimemente se lamentaban que fuesen despojados, como mujeres, de sus armas [...] y renaciendo en ellos el antiguo ardor, se negaron a entregar las armas y reemprendieron la guerra contra los romanos». Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXXIII, 16.

62. Apiano, *Iberia*, 45.

63. Apiano, *Iberia*, 61-63.

aplicación del principio de la autoridad *(auctoritas)*, concepto de carácter ideológico que descansa en la plasmación de la idea de la admiración derivada de la trayectoria del individuo elegido, entre cuyos puntos principales destacarían además de la *virtus*, la riqueza, y la *fides*.

Por el contrario, la vida pública estaría encomendada a los magistrados *(magistratus)* que contarían con cargos a los que se encargarían funciones diversas relacionadas, por ejemplo, con la estimación de los catastros o el reclutamiento.

En los poblados de Mas Castellar (Pontós, Gerona), Turó del Vent (Llinars del Vallès, Barcelona), Puig de Sant Andreu e Illa d'en Reixac (Ullastret, Gerona) se han identificado, dentro de recintos calificables como espacios comunitarios asociados a estructuras sociales de carácter gentilicio, y correspondientes a la fase plena de la Cultura Ibérica (siglo III a.C.), dos elementos de ritualidad vinculados a la idea de la guerra y la exhibición del poder sobre el enemigo vencido: las armas amortizadas por clavos destinadas a ser expuestas, y los cráneos humanos, completos o fragmentados, enterrados bajo el pavimento de los recintos.

El tratamiento técnico para la amortización de las armas, esencialmente espadas y puñales, las más características del armamento individual y representativas de prestigio y el estatus del guerrero por ser piezas de puño con vaina, tenía como objetivo permitir fijar en soportes de madera, a modo de panoplias, los ítems. Se perforaba por separado tanto la vaina como la hoja de la espada mediante un proceso consistente en el calentamiento y gradual enfriamiento del metal destinado a preparar una perforación de excelente factura realizada con un punzón o taladro de acero, a la que seguía el pulido del orificio por abrasión. En otros casos se procedía a doblar las armas empleando para ello el calor. Una vez realizados los orificios, los ítems se unían a soportes de madera mediante clavos de hierro para facilitar su exposición. La práctica de la amortización se ha documentado con amplitud en diversos santuarios galos como Gournay-sur-Aronde, Arcy-Romance, Nanteuil-sur-Aisne y Ribemont-sur-Ancre, donde sacerdotes-herreros con conocimientos metalúrgicos ofrecían a divinidades relacionadas con el mundo infernal las armas tomadas al enemigo como ofrenda por el valor concedido por los dioses en la batalla, aunque en estos casos el procedimiento era diferente, puesto que las armas se exponían primero a la intemperie para iniciar la degradación del metal y, posteriormente, se destruían para ser depositadas en fosas, probablemente cuando su función política había terminado.

Las armas clavadas se asemejan conceptualmente a la idea de las ofrendas y trofeos del ámbito griego, normalmente conformados sobre el campo de batalla con los despojos del enemigo vencido, primero recubriendo un árbol, y más tarde mediante el empleo de una estructura cruciforme; depositados en los santuarios; o expuestos en lugares públicos como emblema político de la victoria. Probablemente, la razón de las panoplias ibéricas puede asimilarse conceptual, pero no ideológicamente, al modelo griego, preservando aquellas armas que por su significado tuvieran un mayor simbolismo para su poseedor. El hecho de que tan sólo una pequeña parte de las espadas de tipo *La Tène* documentadas en los

poblados del nordeste peninsular hayan sido amortizadas ritualmente permite ahondar en la idea del alto componente simbólico de las piezas que recibieron el tratamiento indicado, al no tratarse de una práctica generalizada. Por lo que respecta a las causas que la motivaron, se han apuntado diversas hipótesis entre las que figuran su pertenencia a individuos destacados como serían los antepasados, jefes militares, y/o de clan del grupo social o gentilicio asociado al recinto comunitario o cultual en el que se ubican; ofrendas relacionadas con sacrificios expiatorios o suplicatorios; trofeos militares; o recordatorios de ejecuciones. En todo caso, la determinación exacta del proceso sólo podrá afrontarse cuando se disponga de un número mayor de ejemplos.

El componente céltico de la amortización de armas en poblado deriva de su asociación con restos humanos. En los poblados ibéricos deben distinguirse dos tipos de restos de adultos en poblado: los cráneos clavados, y los cráneos y/o mandíbulas enterrados bajo pavimento, pertenecientes, probablemente, a dos tipos de rituales diferentes. En el primer caso, los cráneos traspasados por un clavo de hierro documentados en los poblados de Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet) y Puig de Sant Andreu (Ullastret) se han interpretado comúnmente como las cabezas cortadas de ajusticiados exhibidas ante o sobre las murallas o las puertas de los edificios comunitarios como ejemplo de aplicación de justicia. En el segundo caso, los restos humanos de Mas Castellar, Puig de Sant Andreu e Illa d'en Reixac muestran en algunos casos manipulaciones, similares a las de los ítems de la residencia aristocrática de La Fosse Muette de Montmartin (Francia) como el recorte del cráneo por debajo de la cavidad ocular, acción que se produciría después del proceso de descarnación. Aunque se ha defendido la posibilidad de que los restos indicados correspondiesen a personajes importantes del grupo social, aplicando pautas de comportamiento ampliamente conocidas en diversas comunidades del ámbito mediterráneo desde el Neolítico, la preservación de una sola parte del cuerpo y su posterior inhumación supone un ritual totalmente opuesto al empleado en el proceso de enterramiento ibérico. Es la práctica del rito de la cremación y la inhumación de los restos en el interior de la tumba la acción que mantiene y potencia la posición social del difunto. Por el contrario, mantener la cabeza de un individuo vencido o ajusticiado expuesta en un área publica sirve para aumentar el estatus de su poseedor y para impedir al vencido acceder al mundo de ultratumba, con lo que la derrota en vida se prolonga por la negación del ritual más allá de la muerte. Conservar partes del cuerpo del individuo vencido para su exposición o negarle la sepultura es una práctica habitual de diversas estructuras sociales sin distinción de continente o cronología, por lo que puede concluirse como el resultado inherente de la práctica guerrera.

Las interpretaciones sobre la preeminencia del cráneo como parte conservada son asimismo universales. El alma inmortal de los hombres radicaba en la cabeza, sede del pensamiento y sus acciones controladas y transmitidas por los sentidos y el habla. Ejercer un poder intemporal sobre estas facultades del ene-

migo vencido podría significar en muchos casos asumirlas como propias y reafirmar la superioridad de un individuo, grupo tribal o estructura política.

Entre los santuarios domésticos o dinástico-gentilicios ibéricos[64] destaca especialmente por la iconografía de los materiales cerámicos documentados en el mismo el del poblado del Tossal de Sant Miquel (Llíria, Valencia). Formado por múltiples estancias y abierto a la calle principal del poblado, hecho que reafirma la preeminencia social de la construcción, el núcleo principal del edificio está formado por las estancias 12, 13, 14a y 14b, entre las que destaca el recinto 14a, una gran estancia de 3,7 × 7,2 m acondicionada con un pavimento de adobes en su parte central que contaba en el centro de la sala con un bloque prismático enlucido y biselado en su parte superior de 0,43 m de arista en la base y 0,57 m de altura, interpretado como un betilo o pilar. Ante la sala 14a, a la que se accede por medio de dos escalones, se encuentra el espacio o recinto 13, accesible también desde el recinto 24 por sendos escalones; de planta trapezoidal, ha sido interpretado como un espacio abierto o *temenos* siguiendo el patrón de uso de estancias similares en recintos sacros orientales. Junto a los anteriores cabe destacar el espacio o departamento 12, un pozo cuadrangular de 1,5 × 2 m de lado y 2 m de profundidad cuyo interior apareció colmatado por cenizas y una gran cantidad de materiales amortizados entre los que se encontraban vasos cerámicos con decoración pintada del estilo Oliva-Llíria, y diversos fragmentos de terracota correspondientes a cabezas humanas votivas y un ítem con forma de paloma, todos ellos con evidentes muestras de haber estado expuestos a la acción del fuego, es decir, a una destrucción violenta. La presencia en el recinto 12 de restos de ofrendas animales y otros tipos cerámicos ha movido a su interpretación como una *favissa* o espacio en el que se acumularían las ofrendas rituales.[65]

El elemento que más nos interesa del conjunto de materiales, y sobre el que queremos reflexionar, son los vasos ibéricos decorados, sin ningún género de dudas el grupo más significativo de la cerámica pintada del poblado del Tossal de Sant Miquel. Son, entre otros, los llamados *vaso del combate naval* (*lebes*, 122), *vaso de la procesión de los flautistas* (*lebes*, 149), *vaso de los jinetes, vaso de los bailarines* (*lebes*, 149), *vaso del hombre de la sítula* (*lebes*, 169), *vaso de la dama en el trono*, *vaso de la danza de los guerreros* (*lebes*, 129), *vaso del combate* (*jarro*, 113), y *vaso de la danza «bastetana»* (*kalathos*, 107), a los que habría que añadir otras piezas del propio yacimiento, y el llamado *lebes* de la necrópolis del Castellar (Oliva) depositado en el Museu d'Arqueologia de Catalunya.[66]

64. *Vide* análisis tipológico en Almagro Gorbea, M.; Moneo, T. (2000): *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*. Biblioteca Archaeologica Hispana, 4. Ed. Real Academia de la Historia, Madrid. Recoge la bibliografía anterior.

65. *Vide* especialmente en el sentido indicado: Aranegui, C. (1997): «La favissa del santuario urbano de Edeta-Liria (Valencia)». *Quaderns de Prehistoria i Arqueología de Castelló*, 18, pp. 103-113.

66. Tipos y características de los vasos en Aranegui, C.; Mata, C.; Pérez Ballester, J. (1997): *Damas y caballeros en la ciudad ibérica*. Ed. Cátedra, Madrid, 180 p. Bonet, H. (1995): *El Tossal de Sant Miquel de Llíria: la antigua Edeta y su territorio*. Ed. Diputación de Valencia, Valencia.

La interpretación de los vasos indicados se ha centrado tradicionalmente en la tesis de que las escenas representan aspectos de la vida cotidiana y de los rituales de cohesión social de las estructuras sociales de la Edetania. Así, los registros iconográficos que incluyen representaciones de guerreros se han definido como danzas guerreras, escenas de combates de gladiadores, o prácticas de entrenamiento para la guerra, siguiendo el concepto de la danza armada común en otras áreas del Mediterráneo, mientras que las bandas de registro que incluyen figuras femeninas son normalmente interpretadas como danzas propias de una clase social específica. Sin embargo, debe recordarse que no existe ninguna razón determinante para seguir la línea interpretativa indicada más allá de la comparación etnográfica del ritual de la danza con las prácticas de otras comunidades cronológicamente contemporáneas pero geográficamente lejanas, y una cita de Estrabón ampliamente utilizada.[67]

Cabe preguntar la razón por la que un taller cerámico emplearía como motivos iconográficos básicos escenas de la vida cotidiana que podrían ser fácilmente reproducibles por los espectadores de los vasos en las que se representan. Es decir, carece de sentido que, a diferencia de lo que sucede en otros ámbitos iconográficos ibéricos, como la escultura en piedra o los exvotos de bronce, se reduzca el componente simbólico de las imágenes integradas en un soporte destinado, por la cronología de su fabricación, a ser el material más visto por los integrantes de un grupo social o tribal y, por ello, el mejor vehículo para la transmisión de ideas y mensajes que permitan estructurar el grupo citado e, incluso, servir de recordatorio de sus orígenes o incluso del derecho que tienen a ocupar su posición social. Del mismo modo, el hecho de que los vasos se documentasen amortizados en el interior del mismo recinto, calificado como una zona cultual adscrita a un grupo gentilicio, debe ser un indicio tenido en consideración para la interpretación iconográfica, dado que su presencia en un ámbito concreto supone también que en el momento de la fabricación y decoración de los ítems se tuvo presente el lugar en que iban a ser utilizados y/o expuestos.

Si las escenas correspondiesen a representaciones de lo cotidiano, no tendría sentido disponerlas en un recinto sacro más allá de su referencia específica a ritos de cohesión social que, por renovados y repetidos, tendrían más fuerza como *actos* que como imágenes del mismo. Supongamos otro escenario conceptual. Partiendo de la idea admitida de que el lugar en el que aparecieron los vasos formaba parte de un recinto gentilicio, es lícito suponer que las escenas representados en los vasos, unos objetos con funciones cultuales específicas aunque su detalle se nos escape,[68] podrían formar parte de la vida real, del pasado y la

67. «En Bastetania las mujeres bailan también mezcladas con los hombres, unidos unos y otros por las manos». Estrabón, *Geografía*, III, 3, 7. Sobre las danzas de los celtíberos y otras comunidades situadas más al norte de ellos, *ibid.*, III, 4, 16.

68. A modo de hipótesis, la forma del *lebes* puede tener las mismas funciones que un caldero en los ritos de libaciones por sus características morfológicas, y ya se ha indicado en repetidas ocasiones la asociación del *kalathos* con los rituales agrarios.

historia del grupo en tanto que hechos acaecidos bajo unas circunstancias y parámetros específicos y que, en función de esa especificidad, no pueden repetirse, tan sólo recordarse. Es decir, las representaciones iconográficas corresponderían a hechos reales que, por su trascendencia, se mostrarían plásticamente para que los participantes en un acto de culto o ritual de cohesión social identificaran perfectamente aquellos elementos de su historia común que les permite mantener el concepto de cohesión como grupo.

Tratándose de un hecho real, cabe preguntarse qué hecho en la vida de un grupo, tribu, o estructura política del levante peninsular puede ser tan importante como para que sea necesario guardar una memoria visual del mismo. La cronología atribuida a los vasos cerámicos del Tossal de Sant Miquel, entre finales del siglo III y primera mitad del siglo II a.C., proporciona un indicio muy claro: el desarrollo de la Segunda Guerra Púnica que, a tenor de lo que conocemos sobre la historia del territorio edetano y en general de la región occidental de la península Ibérica, significa el cambio más trascendental, político y económico, que tiene lugar en el área. Como indicamos en otros apartados, la conquista cartaginesa y la posterior presencia militar romana supusieron para las comunidades ibéricas la pérdida de su independencia, pero también el hecho de ser partícipes de una serie de acontecimientos que sobrepasaron con creces la rutina cotidiana de las comunidades jerarquizadas del territorio. Tiene sentido pensar que los artistas cerámicos de Edeta plasmaron los principales pasajes de la participación de su estructura política y social en un enfrentamiento que, por su magnitud, superó todo lo conocido. Si añadimos que en el marco de esos enfrentamientos, los frecuentes cambios de alianzas pudieron facilitar la obtención del poder de grupos o facciones distintos a los pertenecientes a la estructura de los *princeps* o *dinastés* hegemónicos anteriormente en el territorio, tendría mucho sentido intentar analizar las imágenes a partir de los acontecimientos que conocemos a través de los relatos de Tito Livio y Polibio.

Es evidente que carecemos de una prueba tangible que indique que las imágenes del Tossal de Sant Miquel de Llíria corresponden a hechos sucedidos a lo largo de la Segunda Guerra Púnica, pero no es menos cierto que es muy difícil negarlo por el mismo motivo. Del mismo modo, cabe recordar que existe en la plástica decorativa, sin distinción cronológica o territorial, una clara tendencia a plasmar hechos históricos en objetos tanto de uso cotidiano como en ítems pensados para su contemplación como recuerdo heroizado de los mismos. Baste recordar a modo de ejemplos extremos los relieves de los templos mandados erigir por los faraones Ramsés II y Ramsés III para conmemorar sus victorias durante los siglos XIII y XII a.C. o, en otro orden de cosas, la descripción de la conquista de Inglaterra por Guillermo el Conquistador (s. XI) narrada en el *Tapiz de Bayeux*, auténtico y único ciclo visual de la invasión culminada en la batalla de Hastings el año 1066. Los esquemas decorativos de la cerámica ática de figuras rojas en los que se incluyen los ciclos mitológicos griegos son sin duda el precedente más próximo de las producciones ibéricas.

Con una percepción amplia, cada uno de los vasos que componen el grupo del Tossal de Sant Miquel de Llíria, junto con la pieza del Museu d'Arqueologia de Catalunya, pueden explicarse, sin demasiados problemas, bajo la perspectiva indicada. En el caso de la última citada, los dos fragmentos de banda de registro presentan, en el primer caso, seis guerreros separados en cartelas y armados con escudo, lanza y coraza, orientados hacia la figura de otro guerrero de mayor tamaño y dos figuras de guerreros muertos, alanceados, colocados entre un signo de espirales y rayas múltiples. En el segundo registro se repiten los guerreros armados de lanza y escudo separados en cartelas, destacando uno de ellos que viste una túnica larga[69] en vez de la coraza y faldellín que caracteriza al resto de las figuras, un grupo formado al menos por tres caballos montados cabalga por encima de dos cadáveres que, como en el primer caso, han sido representados mediante el perfilado, carentes de cualquier tipo de indumentaria a excepción del calzado en uno de los cuatro casos.[70] Indudablemente, se trata de una escena de batalla, en la que se distinguen, al menos, dos acciones, una protagonizada por tropas de infantería y otra por jinetes que, en ambos casos, han conseguido derrotar a sus oponentes. La diferente indumentaria de las figuras de guerreros: túnicas cortas o largas, escudos de gran tamaño o de menores dimensiones, combinaciones diversas de armamento entre el que predomina la lanza, aunque la falcata se identifica en uno de los personajes y, especialmente, el hecho de que las figuras se separen por cartelas verticales constituidas por líneas verticales y horizontales, nos mueve a pensar que, a diferencia de otros casos (como el del *lebes* 129 del Tosal de Sant Miquel de Llíria o la crátera de El Cigarralejo), no se trata de una formación compacta sino de la representación individualizada, exponenciada en sus jefes tribales o gentilicios, de una coalición de pueblos o jefaturas políticas coaligadas contra un enemigo común bajo el mando de un *princeps* o *dinastés*, la figura de mayor tamaño presente tanto en el combate a pie como en el encuentro entre contingentes de infantería y caballería.

La presencia de cadáveres es significativa dentro de la iconografía ibérica por cuanto el número de casos en que un elemento así se representa es muy reducido, pudiendo citarse, por ejemplo, las *monomachias* de Cerrillo Blanco (Porcuna) y la nacela del cipo escultórico de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla) como casos más emblemáticos, aunque ambos corresponden a una cronología anterior en más de dos siglos a la del *lebes*. Las figuras de los dos muertos del primer registro clavados al suelo con una lanza son muy significativas, puesto que

69. La figura puede interpretarse como un jefe político cuya actividad bélica no es determinante para la obtención y mantenimiento de su poder, siendo un caso similar al de la figura equestre del cipo escultórico de Coimbra del Barranco Ancho, donde puede demostrarse su participación en acciones bélicas sin necesidad de revestir a la figura con los elementos propios de la panoplia militar.

70. Los muertos desprovistos de ropajes representan los cadáveres despojados de sus ropas y armas tras la batalla. Del mismo modo, la relación color/ausencia de color puede significar también la dicotomía de los conceptos vida/muerte, principio al que se uniría el empleo generalizado del color rojo (el propio de la pintura ibérica) en otros soportes como la escultura en piedra, en función del simbolismo del mismo como representación de la vida.

hunden sus raíces en una clara tradición literaria de origen mediterráneo en la que los héroes o los caudillos militares sucumben atravesados por las lanzas de sus oponentes como expresión máxima del concepto del combate heroico, un tipo de enfrentamiento que honra tanto al vencido como al vencedor.[71] Pero lo es aún más la interpretación tanto de las series de líneas entrecruzadas que se encuentran bajo ellos, como de las líneas onduladas situadas sobre los mismos, dado que la escena podría entenderse a partir de ellas como dos guerreros muertos por una lanza y posteriormente quemados, representando las líneas onduladas al fuego y el humo o, en menor medida, podrían significar un curso fluvial en el que se hundirían los guerreros tras ser alanceados.

Ambas hipótesis cuentan con la posibilidad de ser interpretadas en función de los textos clásicos. En el primer caso, la muerte de dos hombres por la acción combinada de tribus ibéricas y tropas cartaginesas (la diversa tipología en la representación de los guerreros) encaja con la derrota y muerte de Publio y Cneo Cornelio Escipión el año 211 a.C. Los dos generales romanos mueren en combate con veintinueve días de diferencia,[72] el primero como consecuencia de una lanza que le atravesó el costado mientras luchaba por romper el cerco que se cernía sobre su ejército,[73] y el segundo quemado en una torre en la que se había refugiado huyendo tras la desintegración de sus tropas.[74] En el segundo caso, la escena puede ajustarse a la campaña que Amílcar Barca realiza en el año 228 a.C. contra la ciudad de Helicen, en el curso de la cual, una coalición encabezada por el rey de los orisios fuerza su retirada que, transformada en derrota, finaliza con su muerte alcanzado por un dardo y ahogándose en un río, lo que concuerda sin gran dificultad con la escena.[75] Como puede comprobarse, la interpretación de las imágenes en función de un hecho real asociado con la cronología de las piezas, no sólo es posible, sino plausible.

71. Casos de Patroclo a manos de Hector, *Ilíada*, XVI, 828, y del propio Héctor vencido por Aquiles, *Ilíada*, XXII, 328, por citar tan sólo algunos de los casos más significativos.

72. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 36, 14.

73. «Una lanza atravesó el costado derecho del general cuando estaba peleando y dando ánimos y exponiéndose donde eran mayores las dificultades; cuando la cuña de enemigos que cargaron contra los que se apiñaban en torno al general vio que Escipión caía sin vida del caballo echaron a correr vibrantes de entusiasmo». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 34, 11.

74. «Según otros, escapó con unos pocos hombres hasta una torre cercana al campamento, ésta fue rodeada de fuego y de esta forma, al arder las puertas que no había habido forma de echar abajo, fue tomada y muertos todos los que estaban dentro, incluido el propio general». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 36, 15. «Persiguieron a Cneo, hasta que se encerró en una torre; entonces los africanos la incendiaron y Escipión murió carbonizado con todos los que le seguían.» Apiano, *Iberia*, 16; «Cneo y Publio Escipión, enviados a España, habían arrebatado a los cartagineses casi toda la provincia [...] pero las insidias púnicas acabaron con ellos, a uno con el hierro cuando establecía su campamento, al otro con el fuego cercándole en una torre donde se había refugiado». Floro, I, 22, 36.

75. «Cuando vio que su ejército estaba a salvo, volvió la grupa, deseoso desde ahora de no caer en manos de los iberos. Pero acuden los iberos y le cercan estrechamente, y él se lanza con su caballo demasiado impetuoso, y se echa a los remolinos del río. Al lanzarse, lo hiere un dardo por alguien disparado, y ahogándose, ni sin vida pudiéronle encontrar los iberos. Esto es lo que deseaba; pues las olas lo arrastraron». Diodoro Sículo: *Biblioteca Histórica*, XXV, 19, recogido por Tzetzes, *Historia*, I, 27.

No es, como se ha indicado, el único caso. El *lebes* 169 muestra en su escena principal[76] tres mujeres cogidas de la mano conducidas por un guerrero vestido con armadura, casco y falcata que lleva colgando en el costado mediante un tahalí, seguido por un jinete que empuña una lanza. La composición es muy diferente de la llamada *escena de danza* del *kalathos* 107 del mismo yacimiento y, especialmente, del relieve de la *danza bastetana* del Museo de Jaén, como para poder ser incluida en el mismo grupo conceptual. A diferencia de las dos piezas citadas en último lugar, en la primera los guerreros están provistos de sus armas y aparecen jinetes en actitud de combate. Creemos que el guerrero de la falcata (y el que se encontraría delante de él, puesto que se aprecian una mano entrelazada con la izquierda del citado) *conducen* a las mujeres más que *danzan* con ellas. Entre los años 217 y 209 a.C. existen dos pasajes citados por las fuentes clásicas que encajarían con la idea de la conducción de mujeres de rango o posición social elevada por guerreros, como son el rescate de los rehenes de las tribus ibéricas encerrados en Sagunto por Aníbal bajo la custodia de Bóstor que Abilix consigue entregar a Publio Escipión mediante una estratagema y que el romano devuelve por su mediación a sus parientes[77] y, especialmente, la entrega por Publio Cornelio Escipión de los rehenes de los cartagineses apresados durante la conquista de Cartago Nova, en la que destacan tres pasajes: el de la mujer de Mandonio y hermana de Indíbil,[78] la devolución de la prometida del príncipe celtibero Alucio[79] y la entrega de la mujer y los hijos de Edecón, *dinastés* de los edetanos por el general romano en Tarraco,[80] lo que le granjea la amistad y sumisión del territorio controlado por Edecón y otros pueblos situados en el área del Ebro que hasta el momento no apoyaban a los romanos. La idea de que los personajes que avanzan con las manos entrelazadas custodiados por un jinete sean los rehenes, y que el jinete que, desarmado, se presenta ante la figura entronizada pudiera simbolizar al propio Edecón y a Escipión presentado en función de su rango es, sin duda, muy atractiva. Otro factor apoyaría el planteamiento citado: la presencia de inscripciones sobre los personajes para recordar al espectador del vaso el nombre de las figuras que componen la escena, dado que en el caso de que se tratara de una escena de danza simbolizadora de un ritual de cohesión social (es decir, un concepto abstracto) no tendría sentido la identificación de los personajes; sí lo tendría, sin embargo, en el caso de que lo que se pretendiera mostrar fuese una *escena real* integrada en la tradición de un grupo, aunque con una diferencia de cronología (la recogida por la datación de los vasos) que haría necesario recordar el nombre de los personajes de un

76. Las secundarias muestran un jinete con la mano extendida denominado en la bibliografía como *el caballero de la flor*, un tubicen y un guerrero que porta un caldero o sítula, aproximándose a un personaje entronizado.
77. Polibio, *Historias*, III, 97-99.
78. Polibio, *Historias*, X, 18, 3.
79. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVI, 50.
80. Polibio, *Historias*, X, 34.

hecho por otra parte muy conocido pero raramente representado iconográficamente. Es lógico además recordar la relación de Edecón como partícipe de la historia con el hecho de que el poblado del Tossal de Sant Miquel de Llíria en donde se han documentado los vasos citados haya sido identificado concretamente con la antigua Edeta.

En un período de enfrentamientos bélicos continuados como la Segunda Guerra Púnica no es difícil pensar que las escenas de combate corresponderían a encuentros reales sostenidos por el grupo tribal del territorio edetano, no pudiendo adscribirse cada escena a una lucha concreta, aunque, en algunso casos, y como indicamos en otro apartado, existen posibilidades sugerentes como el caso del *lebes* 122 o *vaso del combate naval* que puede interpretarse sin muchas dificultades como una representación de la batalla naval que tiene lugar en la desembocadura del Ebro entre las flotas de Cneo Escipión y Asdrúbal a la vista del ejército cartaginés compuesto esencialmente por auxiliares y aliados iberos el año 217 a.C.[81]

La interpretación global de todos los vasos desde la misma perspectiva, fuera de lugar por su extensión en este trabajo pero al que los ejemplos indicados dotan de un corpus argumental fuerte, indicaría que en un recinto cultual de carácter gentilicio los vasos cerámicos con decoraciones pintadas que servirían al ritual de cohesión y culto de los miembros de un grupo representarían las acciones heroicas protagonizadas por los integrantes del mismo. La cohesión se reafirmaría por la idea de la pertenencia a un pasado común recordada tanto a los que vivieron los sucesos narrados como muy especialmente a aquellos que no los conocieron, a través de la iconografía.

2.3.2. Los mercenarios

El empleo de mercenarios y aliados como tropas auxiliares está ampliamente reflejado en el área del Mediterráneo Oriental y el Próximo Oriente durante la Edad del Bronce. Todos los imperios precisaban para configurar grandes ejércitos que permitiesen a un tiempo desarrollar las funciones propias de la invasión, ocupación y control de territorios y disponer de una gran *masa de maniobra* para afrontar las batallas campales, de la colaboración de las tropas suministradas de grado o a la fuerza por los estados vasallos o aliados, como se indica, por ejemplo, en la relación de la composición de los ejércitos de Ramsés II y Muwatallish que combaten en la batalla de Kadesh (*c.* 1285 a.C.) bajo los estandartes egipcio e hitita,[82] y del alistamiento de mercenarios.

81. Polibio, *Historias*, III, 95. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 19.

82. Un ejemplo de la importancia de las tropas suministradas por aliados y vasallos es precisamente la composición del ejército mandado por Muwatallish, formado por contingentes de 18 estados que sumaban 3.700 carros de guerra y 40.000 soldados de infantería, de los que sólo 500 carros y 5.000 infantes eran de Hatti, es decir, hititas en sentido estricto.

Las tropas mercenarias se diferenciaban de los soldados reclutados por medio de las levas realizadas entre el campesinado o las clases bajas de los núcleos urbanos en su preparación para la guerra y especialización en un tipo concreto de lucha. En el caso citado de Kadesh, las tropas egipcias estuvieron apoyadas por tres contingentes: *Hubsu*, *Srd* (Sherden) y *Prw* (Hapiru). Mientras que el término *Hubsu* se interpreta como el nombre genérico otorgado en usufructo a todos los mercenarios establecidos en Egipto a cambio de un lote de terreno entregado por el faraón mientras duraba la prestación del servicio en el ejército, llamada que sólo se realizaba en caso de conflicto militar, los *Hapiru* han sido considerados como una aristocracia militar entre los mercenarios especializados en el combate con carros de guerra *(merkhebet)* de origen cananeo y mitanio denominados *maryannu*, un grupo de guerreros ampliamente nombrados en los anales políticos y administrativos egipcios a partir del siglo XV a.C. establecidos, según la interpretación de algunas citas, en la *tierra de los Hapiru* situada en el área del Levante sirio-palestino. Los *maryannu* constituyeron el núcleo de las tropas de los reinos y principados del área del Próximo Oriente desde mediados del II milenio a.C. hasta la conquista asiria en la primera mitad del I milenio a.C. Por último, los *Srd* (Sherden) eran un grupo étnico o clase militar originario, según las fuentes egipcias, del *gran verde* o mar Mediterráneo, y en particular de las islas del área egea en función de la iconografía de estas tropas y de los tipos de navíos que emplearon durante la segunda oleada de las invasiones de los *Pueblos del Mar*, acaecida en el reinado de Merneptah (1290 a.C.). Los *Srd* aparecen citados en un texto procedente de Tanis como *rebeldes en la tierra*, lo que ha permitido calificarlos conceptualmente como *hubsu* por lo que respecta a su relación con el Imperio Nuevo egipcio. Las representaciones iconográficas egipcias de los *Srd*, especialmente las del *Ramesseum*, se caracterizan por presentar un faldellín arlequinado similar a los empleados por otras comunidades del Próximo Oriente durante los siglos XIII y XII a.C., un coselete compuesto de tiras de cuero superpuestas, una espada de hoja triangular alargada y doble filo similar a los tipos micénicos, un escudo circular y, especialmente, un casco adornado por dos cuernos y un disco central sobre un apéndice. Los problemas historiográficos, especialmente durante el siglo XIX para reubicar a los pueblos que forman parte de las corrientes migratorias que amenazan Egipto entre finales del siglo XIII y principios del siglo XII a.C., llevaron a identificar a los *Srd* con las comunidades sardas prerromanas de la isla de Cerdeña sin pruebas arqueológicas concluyentes, tan sólo sobre la base de comparaciones iconográficas de algunos materiales sardos y la afinidad filológica entre los antropónimos de ambos grupos.

Los mercenarios eran también un instrumento político al servicio de las monarquías del Próximo Oriente. Su dependencia de la compensación recibida por la prestación de sus servicios para sobrevivir (tierras en las que asentarse y botín de guerra) les convertían en un grupo militar fiel a aquel que les empleaba, por lo que podían ser utilizados como fuerza disuasoria en el ámbito interno, hasta el

extremo que a los ya mencionados *Srd* se les ha considerado en ocasiones como una especie de guardia personal de Ramsés II.[83]

El modelo básico de los mercenarios durante el primer milenio a.C. es el griego, derivado de la transformación de las estructuras de organización social que propiciaron el surgimiento de las ciudades-estado *(poleis)* en sustitución del sistema palacial propio de la época micénica en que los guerreros dependían de un monarca, organización de la que pueden ser un reflejo los poemas homéricos. La *poleis* y la condición de ciudadanos implicó a todos sus habitantes varones libres en la defensa del estado, surgiendo un nuevo tipo de guerrero, el hoplita, soldado de infantería pesadamente armado que combatía agrupado en un nuevo sistema de formación cerrada alejado del combate heroico que, probablemente, caracterizó las batallas durante la Edad del Bronce: la falange. Las armas de los nuevos guerreros, los llamados *hombres de bronce*, eran esencialmente el escudo redondo *(hoplon)*, la coraza anatómica, el casco y las grebas, empleando una larga lanza como principal arma ofensiva y una espada para el combate a corta distancia, armas que ya se encuentran, en mayor o menor medida, en la iconografía micénica, especialmente en el *Vaso de los Guerreros* de Micenas, datado en el LHIII, en el que ya se incluyen las piezas de armamento indicadas, siendo interesante ver cómo, de hecho, el modelo de panoplia prehoplítica se difundió en otras áreas del Mediterráneo Oriental a través de las migraciones de finales del segundo milenio a.C. en las que pudieron tomar parte los *Ahhiyawa* identificados como griegos micénicos, siendo el relato de la lucha entre David y Goliat un claro ejemplo de la difusión del tipo de armamento indicado.[84]

La organización de la guerra en Grecia derivada del nuevo sistema hoplítico se basaba en el combate cerrado y la formación compacta.[85] Las unidades

83. Es muy común el empleo de mercenarios como guardia personal, como en el caso de los *doriphoros* (portadores de lanza) al servicio de los sátrapas persas en el siglo V a.C., o los 300 hoplitas griegos que, constituyendo su escolta, acompañaron a Ciro a Susa a las órdenes de Jenías de Parrasia. Jenofonte, *Anábasis*, I, 1, 2.

84. «Salió al centro, de entre las filas de los filisteos, un hombre llamado Goliat, de Gath, que medía seis codos y un palmo de altura. Se cubría la cabeza con un casco de bronce y llevaba una coraza de escamas también de bronce, de 5.000 siclos de peso. En los pies llevaba botas de bronce, y en la izquierda un escudo, también de bronce. El asta de su lanza era como el plegador de un telar, y la punta, de hierro, pesaba seiscientos siclos. Delante de él caminaba su escudero». Samuel, 1, 17, 3-7.

85. Tirteo describe así el combate de una formación cerrada de hoplitas: «Los que se atreven, en fila cerrada a luchar cuerpo a cuerpo y a avanzar en vanguardia, en menor número mueren y salvan a quienes les siguen. Los que tiemblan se quedan sin nada de honra. Nadie acabaría de relatar uno a uno los daños que a un hombre le asaltan, si sufre la infamia. Pues es agradable herir por detrás de un lanzazo al enemigo que escapa a la fiera refriega; y es despreciable el cadáver que yace en el polvo, atravesado en la espalda por punta de lanza trasera. Así que todo el mundo se afiance en sus pies, y se hinque en el suelo, mordiendo con los dientes el labio, cubriéndose los muslos, el pecho y los hombros con el vientre anchuroso del escudo redondo. Y en la derecha mano agite su lanza tremenda, y mueva su fiero penacho en lo alto del casco. Adiéstrese en combates cumpliendo feroces hazañas, y no se quede, pues tiene su escudo, remoto a las flechas. Id todos al cuerpo a cuerpo, con la lanza larga o la espada herid y acabad con el fiero enemigo. Poniendo pie junto a pie, apretando escudo contra escudo, penacho junto a penacho y casco contra casco, acercad pecho a pecho y luchad contra el contrario, manejando el puño de la espada o la larga lanza». *Frag.*, 11.

variaron a lo largo del tiempo, pero un sistema representativo era el espartano. La agrupación básica era la *enomotia* formada por 36 hombres divididos en 3 filas de doce hombres o seis medias filas de seis hombres cada una mandada por un *enomotarca.* Dos enomotias constituían un *pentekostys* integrado por 72 hombres mandado por un *pentekoter* elegido entre los enomotarcas, teniendo como auxiliar al restante. Dos *pentekostys* formaban un *lochos* unidad fundamental en el sistema hoplítico integrado por 144 hombres bajo la dirección de un *lochagos.* Por último, cuatro *lochos* formaban una *mora* dirigida por un *polemarca,* constituyendo la reunión de seis moras el ejército del estado espartano puesto bajo el mando de uno de los dos reyes de Esparta. La especial configuración de Esparta propició que el número total de ciudadanos que constituían el ejército, condicionado por los lotes de tierra asignados *(kleros),* no superara los 9.000 hombres en el siglo VII a.C., descendiendo hasta los 3.600 en el siglo IV a.C. La dificultad y el tiempo necesarios para formar un hoplita propiciaría que Esparta intentara preservar al máximo sus efectivos hasta su ocaso en el siglo IV a.C. El sistema de división propio de los ejércitos ciudadanos se mantendrá entre los contingentes mercenarios como en el caso de los hombres reclutados por Ciro y mandados por Clearco, que permanecerán siempre bajo el mando directo del jefe militar o *strategós* que los ha reclutado, dividiéndose en *lochos* de 100 hombres subdividios en dos grupos de 50 y diferentes *enomotias.* Los *peltastas* y las otras tropas ligeras se dividirán en *taxis* bajo el mando de *taxiarcas.*

Los *hombres de bronce (kalkeoi andres)*[86] buscaron a partir del siglo VII a.C. soluciones para los problemas de subsistencia que se sucedieron en muchas *poleis* como consecuencia de las crisis económicas derivadas de la falta de tierras *(stenochoria)* y, tras descartar la emigración hacia las colonias del Mediterráneo central, pusieron sus conocimientos técnicos al servicio de diversos imperios, desde Egipto a Babilonia y Lidia entre los siglos VII y V a.C.,[87] interviniendo ac-

86. Es el termino empleado por Herodoto para referirse a los hoplitas. «Psamético [...] envió a consultar al oráculo de Leto, en la ciudad de Buto, donde está el oráculo más veraz entre los egipcios. Y obtuvo una profecía de que la venganza le llegaría del mar, cuando apareciesen los hombres de bronce. Grande fue su desconfianza de que le socorrieran hombres de bronce, pero no pasó mucho tiempo, cuando ciertos jonios y carios que iban en corso arribaron a Egipto, obligados por la necesidad. Saltaron a tierra con su armadura de bronce, y un egipcio que jamás había visto hombres armados de bronce llegó a los pantanos y avisó a Psamético que unos hombres de bronce venidos del mar saqueaban el llano [...] dio muestras de amistad a los jonios y carios, y a fuerza de grandes promesas les persuadió de ponerse de su parte». *Los nueve libros de la Historia,* II, 152. La historia se refiere al reinado de Psamético I, monarca de la XXVI dinastía que reinó *c.* 664-610 a.C. Alceo de Mitilene describe así el equipo de los hoplitas: «Destella la enorme mansión con el bronce; y está todo el techo bien adornado con refulgentes cascos, y de ellos cuelgan los albos penachos de crines de caballo, que engalanan el arnés de un guerrero. De ganchos que ocultan están enganchadas las grebas brillantes de bronce, defensas del más duro dardo, los coseletes de lino reluciente y cóncavos escudos cubren el suelo. Junto a ellos están las espadas de Cálcide, y muchos cintos y casacas de guerra. Ya no es posible olvidarnos de eso, una vez que a la acción nos hemos lanzado». *Frag.,* 54D.

87. Entre los contingentes mercenarios más famosos en ésta época se citan los mandados por Fanes de Halicarnaso que permitió la conquista de Egipto por Cambises al aliarse a él, según cuenta Herodoto (*Los Nueve Libros de la Historia,* III, 4-11), y de Euribato de Éfeso, reclutador de los mercenarios de Creso que se pasó a las filas de Ciro (547-546 a.C.), según Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica,* IX, 32.

tivamente en las luchas entre los sátrapas persas y el imperio durante el siglo V a.C., como en el caso del contingente mandado por Lycon de Atenas que apoya a Pisouthnes de Sardes contra Darío II en el año 420 a.C., o, al servicio de éstos en las luchas entre las ciudades de la Jonia y Atenas, como el contingente de *epicuroi* enviado por el sátrapa de Sardes en apoyo de los samios el 440 a.C.,[88] obteniendo un prestigio agrandado por la retirada de los mercenarios griegos por espacio de quince meses desde Cunaxa hasta el mar Negro sin que pudieran ser derrotados. El éxito motivó la participación constante de mercenarios griegos en los ejércitos persas en diversas zonas del Imperio, desde Egipto a Chipre y las satrapías occidentales, a lo largo del siglo IV a.C. hasta finalizar con el apoyo que Artajerjes prestó a la ciudad de Perinto asediada por Filipo de Macedonia, enviando un ejército mercenario al mando del estratega ateniense Apolodoro que obligó a la retirada de los macedonios. Esta derrota, unida a la del cuerpo macedonio de Parmenión en la Troade, el año 335-334 a.C. ante los mercenarios de Memnon de Rodas, pesó en el recuerdo y condicionó sin duda la actuación de Alejandro en la batalla del río Granico el mismo año cuando masacró a los mercenarios griegos.

Creta, Etolia y Arcadia, algunas de las regiones más desfavorecidas de Grecia y que por ello contaban con menos recursos, serán el origen de una gran parte de los mercenarios, uniéndose a la razón económica la política en muchos casos. Los cambios en el gobierno de las ciudades, el surgimiento de las tiranías, la inestabilidad en general, serán causa y efecto de la disponibilidad y contratación de mercenarios, soldados que, superado el concepto de la lucha por la patria que alumbraba el sistema del ciudadano en armas establecido por las *poleis*, combatirán esencialmente por su supervivencia. Los *mistophoros* (los que cobran la paga, *misthos*), llamados también *xenoi* (extraños) por su origen, o *apachar* (auxiliares) caracterizarán con su presencia las grandes guerras mediterráneas hasta la caída definitiva de Cartago. Jenofonte relata en la *Anábasis* la organización y estructura del contingente de mercenarios griegos *(los Diez Mil)* durante su retirada después de la muerte de Ciro en la batalla de Cunaxa (431 a.C.), probablemente la acción más conocida de hoplitas griegos a sueldo.[89] Con todo, la gran época del mercenariado griego es la correspondiente al período posterior al final de la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.), conflicto durante el que tanto lacedemonios como atenienses, y sus aliados, recurrieron a la contratación de mercenarios para completar sus ejércitos o reponer las bajas sufridas, empleando para ello contingentes de las más variadas procedencias, entre ellas la península Ibérica. Tras la guerra, un gran número de hombres fueron desmovilizados al finalizar sus contratos de alistamiento, con lo que perdieron su sistema de vida. A partir de este momento, un

88. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, I, 115, 4.

89. Ciro reclutó mercenarios empleando algunos jefes militares de prestigio como el lacedemonio Clearco, Aristipo de Tesalia, Próxeno de Beocia y Menón de Tesalia entre otros. En la revista militar de Celenas, Ciro tenía a su servicio 11.000 hoplitas, 2.000 peltastas y 200 arqueros cretenses. Jenofonte, *Anábasis*, II.

gran número de expertos hoplitas o auxiliares *dorioforoi* (los que portan lanza), *tureoforoi* (portadores de escudo oblongo o *tureos*) y *peltastas* (soldados de infantería ligera movilizados generalmente entre el campesinado caracterizados por usar un escudo de pequeño tamaño o *pelte*), no teniendo otro medio de subsistencia que la guerra,[90] se pusieron al servicio del mejor postor, sin importarles, en muchos casos, las razones de la lucha o el tener que enfrentarse a otros griegos, como en el caso de las batallas del río Granico e Issos,[91] en las que lo más selecto de las tropas de Darío III estaba formado por mercenarios griegos que fueron exterminados por los macedonios tras caer en manos del ejército de Alejandro Magno.[92]

Los mercenarios griegos fueron, sin duda, una tropa muy apreciada y temida, pero también odiada y despreciada. Cuando los siracusanos recurrieron a la antigua metrópoli, Corinto, para librarse de la tiranía, la *polis* ístmica alistó y envió a Sicilia un contingente de hombres de armas mandados por Timoleón reclutados en diversas zonas de Grecia, incluyendo incluso a los odiados guerreros que habían participado en el saqueo del santuario de Delfos, tropas que combatieron de forma excelente contra los cartagineses pero cuya pérdida no se consideró una desgracia sino un justo castigo a sus acciones.[93] La propia Cartago, después de padecer severas derrotas a manos de los mercenarios griegos, incluyó

90. Plutarco indica que cuando Perseo, rey de Macedonia, reclutó mercenarios para enfrentarse a los romanos, «se presentaron 10.000 jinetes y 10.000 infantes armados a la ligera, todos mercenarios, gentes que no sabían cultivar la tierra, ni navegar, ni vivir de la ganadería, que no ejercían más que un solo trabajo y oficio, que consistía en combatir sin cesar y vencer a sus enemigos». *Paulo Emilio*, 12, 4.

91. En la batalla de Isso, el núcleo profesional del ejército de Darío III estaba formado nuevamente por mercenarios griegos en número de 30.000 según las fuentes clásicas, aunque la cifra es, sin duda, exagerada. Junto a ellos, los infantes pesados persas *(kardakes)* intentaron realizar las mismas funciones que los mercenarios. De hecho, la carga de la falange griega al servicio de los persas estuvo a punto de hundir a la propia falange macedonia gracias a un error de Alejandro que separó en exceso su ala derecha del centro de la formación. No obstante, cuando la caballería macedónica consiguió derrotar al ala izquierda persa y atacar el flanco de los mercenarios, el centro persa se hundió provocando la huida de Darío III, aunque una parte del ejército consiguió mantenerse unida y embarcar en Trípoli. Por último, en la batalla de Gaugamela (331 a.C.) los mercenarios griegos, aunque en número más reducido continuaban formando en el centro del dispositivo persa, a ambos lados del contingente mandado personalmente por el rey. Los supervivientes, mandados por Patron de Focida y Glauco de Etolia, mantuvieron su fidelidad al rey persa incluso en su huida hacia la Bactriana, acabando por entregarse a Alejandro después del asesinato de Darío III por Bessos.

92. En la batalla del Granico, el contingente de hoplitas mercenarios griegos se elevaba, probablemente, a 5.000 hombres, mandados por el rodio Memnon que permanecieron en la segunda línea sin intervenir en el combate. Rodeados por la infantería y caballería macedonias, la mayor parte fueron exterminados pese a que intentaron pactar un acuerdo para sumarse a las filas del ejército de Alejandro, enviándose un contingente de 2.000 hombres como esclavos a Macedonia. Polieno, *Estratagemas*, V, 44, 4, indica que el contingente de mercenarios a las órdenes de Memnon durante el asedio de Magnesia era de 4.000 hombres.

93. «Cuando estuvieron todos reunidos en el territorio de Mesina (cartagineses y mercenarios), mataron a cuatrocientos mercenarios que Timoleón había enviado en apoyo de la ciudad; después prepararon una emboscada en el territorio de los cartagineses, en el enclave llamado Hieres y masacraron a los mercenarios mandados por Euthymos de Leucade. Estos reveses tuvieron por efecto mejorar el humor de Timoleón. En efecto, esos mercenarios habían formado parte de los que con los fócidos Philomelos y Onomarcos se habían apoderado de Delfos y habían tomado parte en el saqueo del santuario. Como todo el mundo los repudiaba y se guardaba de ellos como de individuos malditos, erraban por el Peloponeso, donde Timoleón los tomó a sueldo a falta de otros soldados». Plutarco, *Timoleón*, 30, 6-8.

diversos contingentes en sus tropas, destacando sin duda el papel del lacedemonio Jantipo durante la expedición de Marco Régulo a África durante la Primera Guerra Púnica,[94] pero fue incapaz de mantenerlo como comandante de las tropas por la envidia suscitada entre los cartagineses por sus éxitos y el temor a que interviniera en la política interna de la colonia tiria.

La fidelidad de los mercenarios se establecía, obviamente, a través de la paga.[95] El *misthos* consistía en una soldada establecida en el momento del contrato cuyo montante variaba según las circunstancias. Los hombres dirigidos por Jenofonte tenían establecida una retribución de un *dárico* mensual, equivalente a cinco óbolos diarios, o 25 dracmas al mes, paga que no varió en exceso a lo largo del siglo IV a.C.[96] La paga se completaba, como es lógico, con las rapiñas[97] producto del botín que incluía el saqueo de ciudades, campamentos, prisioneros y muertos, pero también, en ocasiones, la manutención *(sitos)* cuyo abono convertiría en neta la ganancia de la soldada. El reparto del botín era organizado por el general de cada ejército que nombraba a una serie de negociadores extraídos de entre la oficialidad para que llevaran a cabo las transacciones de lo obtenido con los comerciantes que acostumbraban a seguir a los ejércitos para aprovecharse de los despojos que los vencedores solían saldar a bajo precio, dado que acarrear el botín impedía la movilidad de los contingentes, y podía convertirse en una de las causas de su derrota al pensar más los soldados en conservar sus ganancias depositadas en el campamento que en luchar,[98] motivo por el cual, en otras ocasiones, los generales obligaban a desprenderse de sus bagajes a las tropas dejándolas en las bases de operaciones del ejército para incentivar así a los soldados a obtener el triunfo y poder regresar tanto a sus hogares como junto a sus bienes, como en el caso de Aníbal, cuyo ejército dejó los equipajes a recaudo

94. Polibio, *Historias*, I, 32.

95. Por ejemplo, en Caistropedio los mercenarios griegos reclaman abiertamente a Ciro los tres meses de paga adeudada, cantidad que tan sólo pudo sufragar con la ayuda de la reina Epiaxa, esposa de Siennesis, rey de Cilicia. Jenofonte, *Anábasis*, I, 2.

96. Por ejemplo, Ciro entregó 10.000 dáricos a Clearco para que reclutara tropas por seis meses, agrupando éste un contingente de 1.000 hoplitas, 800 peltastas, y 200 arqueros cretenses. Jenofonte, *Anábasis*, I, 1.

97. Una de las características de los mercenarios que mayor número de veces se reflejan en las fuentes clásicas es la codicia que les lleva incluso al saqueo de los templos, tenidos como lugares sagrados por los griegos y en los que cualquier persona podía acogerse en la creencia de la inviolabilidad tanto del recinto como de las personas refugiadas en él. No obstante, los templos y otros recintos sagrados, como el santuario de Delfos, no fueron respetados ni en Grecia ni en Sicilia en el transcurso de las guerras de los siglos V y IV a.C, sino que, por el contrario, las riquezas acumuladas en ellos como resultado de las ofrendas realizadas por ciudades y personas los convirtieron en un punto de especial codicia.

98. Uno de los casos más significativos respecto a la obtención de botín lo constituyó el campamento del ejército persa de Mardonio capturado por los griegos tras la batalla de Platea (479 a.C.): «Ellos, esparcidos por el campamento, hallaron tiendas alhajadas con oro y plata, lechos dorados y plateados, jarras, copas y otras vasijas de oro; encontraron sobre los carros sacos en los que aparecieron calderos de oro y plata; despojaron a los cadáveres que yacían allí de sus brazaletes, collares y espadas, que eran de oro, y no daban importancia a las ropas de variados colores. Allí los ilotas robaron mucho y lo vendieron a los eginetas, pero mucho lo mostraron, todo lo que no era posible esconder; de tal modo que las grandes fortunas de los eginetas tuvieron ese origen, pues compraron a los ilotas el oro como si fuese puro cobre». Herodoto, *Los nueve libros de la Historia*, IX, 80-81.

del cuerpo de observación del Ebro, bienes que fueron saqueados por los romanos tras su victoria en la batalla de Cissis el año 218 a.C.

La costumbre en los ejércitos de las *poleis* griegas consistía en reservar una parte o décima del valor del botín obtenido para consagrarlo en el templo de una divinidad como muestra de agradecimiento por la protección recibida de la misma que les había permitido alcanzar la victoria.[99] La misma práctica, integrante del *agon* griego, se llevará acabo también en las guerras entre siracusanos y cartagineses, puesto que, por ejemplo, el tirano de Siracusa, después de su victoria en Himera entregó en el santuario de Apolo en Delfos un trípode de oro por valor de dieciséis talentos.[100] Otras partes del botín correspondían al general del ejército[101] y al propio estado para sufragar los gastos de la guerra y, por último, el resto se repartía de forma proporcional o igualitaria, según los casos, entre los mercenarios, ya que en los ejércitos formados por ciudadanos era el estado el que obtenía el producto de la venta del botín.

Cuando la situación lo requería, ante un combate decisivo, la defensa o el asedio de una ciudad, los generales solían prometer complementos específicos por actos de valor o aumentos generales de la paga para incentivar a los hombres.[102] Las reclamaciones de los mercenarios cartagineses al finalizar la Primera Guerra Púnica se basaron inicialmente en las diferencias de criterio sobre las pagas complementarias que Amílcar Barca y otros generales se habían comprometido a abonar a las tropas destacadas en Sicilia. La previsión de Giscón, intuyendo que las reclamaciones de los mercenarios no serían atendidas por el senado pú-

99. Los ejemplos son numerosos. Herodoto describe esta práctica tras la victoria sobre la flota persa en aguas de Salamina el año 480 a.C.: «Ante todo, apartaron para los dioses, entre otros presentes, tres trirremes fenicias, para dedicar una en el Istmo, otra en Sunion y otra en Ayante, en la misma Salamina. Después de esto dividieron el botín, enviaron las primicias a Delfos y con ellas hicieron una figura de un hombre que tenía en la mano un espolón de nave, de un tamaño de doce codos. Se encontraba en el mismo lugar que la estatua de oro de Alejandro de Macedonia. Cuando hubieron enviado las primicias a Delfos, los griegos interrogaron en común al dios para preguntarle si los dones recibidos eran de su agrado; y él respondió que las había recibido de parte de los demás griegos, pero no de los eginetas, y les pidió el premio del combate de Salamina. Enterados de ello, los eginetas dedicaron unas estrellas de oro, las cuales están colocadas sobre un mástil de bronce las tres, en un rincón, muy cerca de la crátera de Creso». *Los nueve libros de la Historia*, VIII, 121-122. Otros ejemplos corresponden a las ofrendas de Pausanias tras la victoria de Platea: «Después de reunir todas las riquezas, apartaron el diezmo para el dios de Delfos, y con él se ofrendó el trípode de oro colocado sobre la serpiente de bronce de tres cabezas, muy cerca del altar; también separaron una parte para el dios de Olimpia, con la cual ofrendaron un Zeus de bronce de diez codos de alto, y otra para el dios del Istmo, con la que se hizo un Poseidón de bronce de siete codos». *Los nueve libros de la Historia*, VIII, 81.

100. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XI, 62, 3.

101. Pausanias recibe la décima parte del valor del botín tomado en Platea a los persas.

102. Ciro promete a cada soldado cinco minas de plata (500 dracmas) y el sueldo completo hasta el regreso a la Jonia cuando los mercenarios se rebelan al descubrir que marchaban contra Babilonia. Posteriormente prometerá nuevos pagos indicando: «lo que temo no es que me falte qué dar a cada uno de los amigos si las cosas salen bien, sino que no tenga suficientes manos a quienes dar. Por otra parte, a cada uno de vosotros, los griegos, os daré una corona de oro». Jenofonte, *Anábasis*, I, 4; I, 7. Dionisio de Siracusa entregó la ciudad de Motya al saqueo de sus hombres con el fin de que estuvieran más predispuestos a combatir en futuros encuentros sabiendo que su general les permitiría hacerse con un buen botín. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XIV, 53, 3.

nico, por lo que era preferible disgregar a los mercenarios antes que concentrarlos en la propia Cartago, no fueron atendidas, y cuando el propio Giscón intentó realizar una mediación para solucionar el problema fue detenido, y posteriormente muerto por los mercenarios, que, habiendo intuido la debilidad de Cartago, intentaron controlar el norte de África mediante una cruenta guerra. Las reclamaciones monetarias de los mercenarios incluyeron hasta el precio de los caballos perdidos en la campaña, en un claro intento por forzar la situación.[103] Sólo en casos muy excepcionales, como el de Eumenes de Pérgamo, se incluían otras compensaciones, como la limitación de la duración de la campaña a 10 meses, retribuciones para los huérfanos de los muertos en combate, o precios fijos en los alimentos (especialmente el trigo y el vino) que los mercenarios debían adquirir. Sin embargo, la máxima reclamación de los mercenarios era la obtención de tierras para poder instalarse con sus familias, cambiando la prestación militar por la condición de propietario agrícola. El sistema, similar al de los clerucos organizado por Atenas para asegurarse el control de determinadas áreas del Egeo, no era sostenible por cuanto el transcurso de los años restaba capacidad militar a los guerreros reconvertidos en campesinos estacionales, y el estado debía afrontar nuevos dispendios para mantener la fortaleza del ejército.

Pese a las remuneraciones,[104] la fidelidad de los mercenarios dependía en muchos casos de las posibilidades de victoria, produciéndose frecuentes cambios de bando durante las campañas y deserciones,[105] siendo el mejor sistema para impedirlas mantener a las tropas pagadas y abastecidas siguiendo la norma impuesta por Ifícrates, general de mercenarios del siglo IV a.C. al que se atribuye la remodelación de las tropas de fortuna introduciendo en gran número las tropas de infantería ligera *(peltastas)* y una infantería de línea basada en los hoplitas pero con armamento menos pesado.[106] Aunque en muchas ocasiones los castigos por el abandono no son expeditivos, dado que un soldado entrenado, si la

103. Ver detalles en Polibio, *Historias*, I, 69, 2-9.

104. Junto a la paga, y en los momentos en que la fidelidad de los mercenarios empezaba a flaquear, se recurría al sistema de dejarles rapiñar en las zonas próximas a los campamentos, como explica Jenofonte: «Mientras tanto salían todos los días con acémilas y esclavos y se traían al campamento, sin ser inquietados, cebada, trigo, vino, legumbres, mijo e higos; este país producía de todo, excepto aceite de oliva. Cuando el ejército estaba en el campamento se permitía a los soldados salir en busca de botín, y en estas salidas cada uno se apoderaba de lo que podía. Pero cuando salía el ejército entero, parte de lo que cada uno cogía se consideraba como propiedad común». *Anábasis*, VI, 6.

105. Existen múltiples ejemplos de deserciones. En la aproximación de Timoleón a Krimisos (341 a.C.), 1.000 de sus 4.000 mercenarios «se asustaron durante la marcha y se retiraron, persuadidos de que Timoleón había perdido el juicio y se había vuelto loco, al intentar atacar con 5.000 infantes y 1.000 jinetes a un ejército de 70.000 hombres y de llevar a su ejército a ocho días de marcha de Siracusa, puesto que a esa distancia no existía salvación en caso de derrota». Plutarco, *Timoleón*, 25, 5. Del mismo modo, Miltoquites de Tracia abandonó el campamento de los mercenarios griegos con cuarenta jinetes y 300 *peltastas*, pasándose a las filas de Artajerjes. Jenofonte, *Anábasis*, II, 2.

106. «Ifícrates mandó un ejército de tierra y mar numerosísimo, y le retenía la cuarta parte del sueldo de cada mes, que se guardaba como garantía para que nadie abandonase el ejército. Así, naturalmente, siempre tenía en su ejército soldados numerosos y sin apuros económicos, porque tenían guardada la cuarta parte del sueldo». Polieno, *Estratagemas*, III, 9, 51.

paga era buena y la causa tenía posibilidades de triunfar podía volver a emplearse pasado un tiempo. El propio Timoleón castiga sólo con la expulsión a los que hicieron defección de su ejército antes de la batalla del río Krimisos contra los cartagineses, aun sabiendo que el concurso de las tropas que se negaron a seguirle hubiera podido ser decisivo en el combate,[107] y Ciro no toma represalias sobre las familias de los mercenarios mandados por Jenias de Arcadia y Pasión de Megara que le abandonan en Miriando durante su marcha sobre Babilonia.[108] Era preferible, en todo caso, que los mercenarios y los aliados fueran de confianza, como demuestra el hecho de que Aníbal, antes de cruzar los Pirineos, prefiriera licenciar a una parte de sus tropas antes que mantenerlas en el ejército exponiéndose a sembrar la semilla de la discordia en sus filas.[109]

No todos los mercenarios reclutados en Grecia eran hoplitas. Las derrotas sufridas durante las guerras de los siglos V y IV a.C. de algunos contingentes de hoplitas espartanos a manos de tropas ligeras peor armadas pero más móviles,[110] como en Esfacteria (421 a.C.) o durante las campañas de Ifícrates de Atenas en la Guerra Corintia durante la que obtuvo la victoria de Lechaeum (390 a.C.) causando un cincuenta por ciento de bajas a una unidad de 600 hoplitas lacedemonios, y la costumbre de que el equipo corría a cargo de los propios guerreros, contribuyó a una variación fundamental en el concepto del mercenario. Si bien subsistió la idea de la falange mercenaria, adoptada por Siracusa durante las guerras para la expulsión de los tiranos (s. IV a.C.), Cartago en el mismo período, o Persia al inicio de la guerra contra Alejandro Magno (334-330 a.C.), se produjo el desarrollo de un nuevo tipo de mercenarios: los *peltastas* pesados empleados indistintamente como fuerzas de infantería de línea o de infantería ligera. Los *peltastas* eran en el momento de su aparición en los ejércitos griegos durante el siglo V a.C. guerreros tracios armados con un equipo ligero compuesto por botas de fieltro o cuero, túnica corta, un escudo de madera o mimbre con la parte superior recortada en forma de creciente lunar, jabalinas de entre 110 y 160 cm de longitud, y una lanza algo más larga que lanzaban por medio de un propulsor.[111] Muy útiles para lan-

107. Plutarco, *Timoleón*, 30, 2-3.

108. Jenofonte, *Anábasis*, I, 4. «Así, pues, que se vayan en buena hora, y sepan que nosotros nos hemos portado con ellos con respecto a nosotros. Y a pesar de que aún están en mi poder sus hijos y sus mujeres, guardados en Tralles, no les pienso privar, sino que se los devolveré teniendo en cuenta los servicios que antes me prestaron.»

109. «Cuando entraron por los desfiladeros de los Pirineos, y empezó a tomar certeza, entre los bárbaros, el rumor de que se llevaba la guerra a Roma, tres mil peones carpetanos retrocedieron. Lo cierto es que estaban asustados no tanto por la guerra como por la longitud del camino y los infranqueables pasos de los Alpes. Aníbal, no atreviéndose a llamarlos ni retenerlos por la fuerza, no fuese que los soberbios ánimos de los otros se enfureciesen también, envió a sus casas a más de siete mil hombres en los que sentía que la milicia pesaba, simulando que también había licenciado a los carpetanos». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 23.

110. Tirteo describe la función de los *peltastas*: «Y vosotros, tropas ligeras, uno acá y otro allá, agazapados detrás de un escudo, tirad gruesas piedras y asaeteadlos con vuestras pulidas jabalinas, permaneciendo cerca de los que portan armadura completa». *Frag.*, 11.

111. Herodoto describe así el aspecto de los tracios enrolados en el ejército de Jerjes (480 a.C.): «Los tracios marchaban llevando en la cabeza pieles de zorro; en el cuerpo, túnicas que cubrían con mar-

zar un gran número de proyectiles combatiendo en orden abierto contra los grupos de hoplitas con el objeto de desbaratarlos, eran, sin embargo, vulnerables en un combate directo que siempre se intentaba evitar mediante una rápida retirada que permitiera volver a encarar a la formación hoplítica para acosarla constantemente hasta provocar su ruptura por cansancio. Su presencia entre las tropas de la expedición de Ciro reclutadas por Clearco[112] es una de las últimas menciones a las mismas. Los nuevos *peltastas* pesados incorporaron a su equipo elementos de la panoplia como el escudo circular *(hoplon)* y la lanza larga, pero se desprendieron de las pesadas corazas y grebas para aumentar la movilidad; los cascos de fieltro o cuero sustituyeron en muchas ocasiones a los cascos de bronce. Los *tureoforoi*, soldados de infantería ligera armados con un escudo oval *(tureos)* constituirían la prolongación conceptual de los *peltastas* pesados hasta época helenística. No sólo se constituyeron nuevas tropas polivalentes capaces de tomar parte en combates en línea y luchas irregulares, sino que desempeñaron un papel destacado otros tipos de guerreros: los arqueros y los honderos.

Durante el gobierno de Pisístrato en Atenas (560-527 a.C.), el tirano reclutó una fuerza de arqueros escitas con el objetivo de prestar apoyo a los hoplitas atenienses confiriéndoles un poder de fuego del que carecían. No obstante, la principal función de los arqueros fue la de ejercer como fuerza de orden público en Atenas, siendo su imagen ampliamente repetida en la decoración de los vasos áticos. Con todo, su presencia entre las tropas atenienses fue de corta duración, ya que no figuran en la composición del ejército que combate en Maratón (490 a.C.) y, por el contrario, se encuentran en el listado de las tropas de Jerjes que toman parte en la invasión de Grecia (480 a.C.) según el relato de Herodoto, bajo el nombre de *sacas*.[113] El arma de los arqueros escitas era el arco compuesto de cuerpo doble convexo, fabricado mediante una combinación de hueso, madera, asta, tendones, corteza y cuero. El arco compuesto, surgido durante la Edad del Bronce en el Próximo Oriente, marcará una época de la arquería a pie y a caballo destacando su empleo por múltiples pueblos, desde los partos que lo emplearon profusamente en su victoria de Carrae (53 a.C.) frente al ejército romano de Marco Licinio Creso Dives, a los persas sasánidas. Los escitas disponían de diversos tipos de proyectiles con puntas de bronce o hierro, macizas o con aletas, según la función, que guardaban en un carcaj *(gorytos)* decorado. La arquería en el mundo griego fue ejercida especialmente por los cretenses, ampliamente empleados en la Guerra del Peloponeso y presentes en la retirada de los *Diez Mil*, aunque es probable que, con el tiempo, el concepto *cretense* referido a los arqueros no correspondiera tanto a una unidad cohesionada por su origen territorial sino que se

lotas de varios colores, en pies y piernas calzado de piel de cervatillo; tenían venablos, peltas y dagas pequeñas». *Los Nueve libros de la Historia*, VII, 75.

112. Jenofonte, *Anábasis*, II.

113. «Los *sacas* escitas llevaban en la cabeza gorros puntiagudos, derechos y tiesos; vestían bragas; tenían sus arcos nacionales, dagas, y además unas hachas o sagaris». *Los Nueve Libros de la Historia*, VII, 64.

refiriera a un tipo concreto de soldado en función del arma empleada, de forma similar a las citas en las fuentes romanas referidas a los honderos baleáricos que, tras una primera fase, se referirían a todos aquellos guerreros especializados en el combate con hondas. Los cretenses descritos por Jenofonte llevan además del arco compuesto una vestimenta ligera y un escudo de bronce de pequeño tamaño *(pelta)* que emplearían en el combate cuerpo a cuerpo, citándose también cretenses armados con escudos pequeños *(aspidiotai)* al servicio de los seléucidas a finales del siglo III a.C., con corazas entre las tropas de Antíoco mandadas por Polixénidas de Rodas[114] e incluso entre las tropas de Perseo derrotadas en la batalla de Pidna (168 a.C.) por Lucio Emilio Paulo, donde los cretenses fueron, por codicia de los tesoros del rey, los últimos en abandonarle.[115]

Todo y la concepción del combate cerrado característico de las *poleis* griegas y el supuesto desprecio hacia el empleo del arco como arma noble siguiendo la tradición literaria que lo considera como un arma afeminada,[116] existen ejemplos del empleo de arcos por soldados con armadura completa claramente identificables como hoplitas, en un *dinos* atribuido al *Pintor de Altamura* (*c.* 450 a.C.) y, especialmente, en el *Monumento de las Nereidas* de Xantos (*c.* 400 a.C.) en que dos arqueros protegidos por corazas de lino *(linothorax)* y cascos corintios protegen la escalada de los hoplitas a las murallas.

Los honderos formaban también unidades especializadas de mercenarios. Junto a los rodios, acaios y acarnanios obtuvieron justa fama ya durante la Guerra del Peloponeso por la potencia y precisión de su tiro, como el contingente del golfo de Melida reclutado por los beocios antes del asedio de Delion.[117] Aunque sin duda es en la *Anábasis* donde se muestra con mayor claridad la necesidad de disponer de honderos para hacer frente a las acometidas de las tropas de Mitrídates, llegando los comandantes de los mercenarios griegos a primar a los soldados, especialmente *peltastas*, que aceptaron constituir la unidad de honderos del ejército en retirada,[118] demostrándose su utilidad en el combate de Drilae donde lucharon intercalados con los hoplitas.

Los mercenarios griegos constituían, a pesar de su diversa procedencia, un grupo hasta cierto punto uniforme debido al hecho de compartir elementos co-

114. Polibio, *Historias*, X, 29, 6.

115. Plutarco, *Lucio Emilio*, 23, 7. «De todos sus soldados, los cretenses fueron los únicos que le siguieron, no por devoción, sino porque se mantenían próximos a sus riquezas como las abejas a la miel».

116. Homero, *Ilíada*, XI, 380; Aristófanes, *Acarnienses*, 707; Sófocles, *Ayax*, 1120-1130; Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, IV, 40, 2.

117. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, IV, 100, 1.

118. «Necesitaremos lo antes posible honderos y jinetes. Me parece que en nuestro ejército hay rodios, muchos de los cuales, según dicen, saben manejar la honda, lanzando las piedras a una distancia doble a la alcanzada por los persas. Éstos no pueden llegar muy lejos, pues emplean piedras muy gruesas: los rodios, en cambio, saben usar balas de plomo. Si lográramos saber quiénes de entre los rodios tienen hondas, y se las pagáramos; si diéramos también dinero al que quisiera tejer otras y buscáramos alguna otra exención para todo aquel que se presente a manejarlas contra los enemigos, seguramente se presentarían honderos aptos para esta clase de servicios [...] Todos aceptaron este parecer, y aquella noche se logró reunir más de doscientos honderos». Jenofonte, *Anábasis*, III, 3.

rrespondientes a un mismo *ethnos* y, especialmente, a proceder de un sistema de combate común. Las dificultades que Ciro tiene para transmitir sus órdenes al contingente mercenario,[119] reflejadas también en las experiencias de Orontes (385 a.C.) con contingentes mercenarios griegos y bárbaros[120] y el ateniense Cabrias con mercenarios griegos y soldados egipcios (384-382 a.C.)[121] se multiplicarán en el ejército cartaginés,[122] en el que los generales tendrán dificultades para transmitir sus órdenes, dado que el fenicio, *lingua franca* en los dominios de Cartago, no era comprendida por una buena parte de los hombres alistados bajo su enseñas;[123] Aníbal, por ejemplo, cuenta con intérpretes para dirigirse a los auxiliares masaisilios durante el asedio de Salmantis.[124]

El senado de Cartago, después de los desastres de las guerras de Sicilia de los siglos V y IV a.C. en que perecieron un gran número de ciudadanos púnicos, optó por potenciar la composición de sus ejércitos terrestres sobre la base del empleo masivo de mercenarios, un sistema que había iniciado ya a fines del siglo VI a.C. aunque en menor medida. Por ello, los reclutadores púnicos recorrieron todos los confines del Mediterráneo[125] atrayendo a los dominios cartagineses una pléyade de hombres de armas, aventureros y esclavos fugitivos que formaron, junto a los pueblos aliados, un ejército plural que consiguió su mayor efectividad cuando un mando decidido y con ascendiente sobre la tropa fue capaz de conjugar grupos tan heterogéneos para combatir siguiendo los parámetros de la guerra compleja de grandes formaciones que requerían, por ejemplo, las campañas contra Roma.

Celtas, galos, ligures, númidas, africanos, griegos y, sobre todo, iberos, fueron reclutados ampliamente por Cartago. Los mercenarios ibéricos al servicio de

119. «Tras haber recorrido toda la línea, Ciro detuvo su carro ante la falange y junto con Pigres, el intérprete, dio orden a los generales griegos de que mandaran avanzar las tropas con las armas en posición de combate. Los generales transmitieron la orden a los soldados, y al sonar la trompeta avanzaron». Jenofonte, *Anábasis*, I, 2.

120. Polieno, *Estratagemas*, VII, 14, 4.

121. Polieno, *Estratagemas*, III, 11, 7.

122. «Allí había iberos y galos, algunos ligures y baleares, y no pocos semigriegos que en su mayoría eran desertores y esclavos. Pero la mayoría eran africanos [...] Era impensable que el general dominara las diversas lenguas de cada grupo, y la organización de una asamblea por medio de un gran número de intérpretes, que debían repetir lo mismo cuatro o cinco veces, era casi más imposible». Polibio. *Historias*, I, 67, 7-9.

123. «Autárito era muy eficaz en la asamblea, puesto que muchos entendían su lengua (era galo). Pues como hacía mucho tiempo que se dedicaba a la milicia, sabía hablar fenicio, y el uso de esta lengua halagaba a la mayoría, porque estaban familiarizados con este idioma, debido a la gran duración de la campaña anterior». Polibio, *Historias*, I, 80, 5-6.

124. Plutarco, *Virt. Mul.*, 248.

125. Por ejemplo, en el relato de la llegada de Jantipo a Cartago: «Por aquel entonces navegó hacia Cartago un reclutador de mercenarios, uno de aquellos que habían sido enviados antes a Grecia, llevaba consigo un gran número de soldados, entre los cuales estaba un cierto Jantipo». Polibio, *Historias*, I, 32, 1, o en la captura de reclutadores púnicos cerca de Sagunto el año 203 a.C.: «Por esos mismos días vinieron legados de Sagunto conduciendo unos cartagineses apresados con una cantidad de dinero que habían pasado a Hispania para reclutar tropas auxiliares. Depositaron en el vestíbulo de la Curia doscientas cincuenta libras de oro y ochenta de plata». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXX, 21, 3.

la metrópoli púnica empiezan a citarse en las fuentes clásicas a fines del siglo VI a.C. entre las tropas estacionadas en Cerdeña,[126] iniciando una presencia continuada que se extenderá hasta la definitiva derrota de Cartago. No será hasta el 396 a.C., y como consecuencia de la huida de Himilcón, que algunos contingentes entrarán al servicio de Siracusa, participando incluso en las guerras sostenidas en Grecia durante el siglo IV a.C. Por último, en el transcurso de la Segunda Guerra Púnica, tropas ibéricas formaron también como auxiliares y aliadas en los ejércitos romanos desplegados en la península Ibérica. Partiendo de los diversos tipos de relación existentes entre empleadores y mercenarios pueden establecerse dos fases en el reclutamiento de mercenarios peninsulares. La primera, entre el siglo VI a.C. y la conquista bárquida (s. III a.C.), se circunscribe en sentido estricto a la práctica del mercenariado, mientras que con posterioridad a esa fecha, y tanto en el caso de púnicos como romanos, las alianzas establecidas a partir de pactos de amistad o dependencia sirvieron para engrosar las filas de ambas potencias con un gran número de contingentes, aunque se siguió manteniendo paralelamente la contratación clásica de mercenarios, especialmente entre las tribus del interior de la Península.

La historiografía ha debatido ampliamente sobre las causas del alistamiento de los guerreros ibéricos como mercenarios, citándose en primer lugar, y como motivo fundamental, las dificultades económicas, tesis sustentada en un texto de Diodoro Sículo[127] en el que se alude al bandolerismo como una de las prácticas más frecuentes entre los iberos. La unión entre saqueo y necesidad por pobreza se ha asociado también a los problemas estructurales internos de las sociedades ibéricas al final del Ibérico Antiguo, período en el que las transformaciones sociales que permitieron el tránsito de los grupos aristocráticos a los sistemas nobiliares gentilicios provocaron una creciente inestabilidad por el reparto de la propiedad de los bienes de producción. Un ejemplo de la inestabilidad serían las destrucciones de los emblemáticos monumentos funerarios del sudeste peninsular, símbolos del poder aristocrático. Con todo, la causa económica indicada no deja de ser un trasunto interpretativo de los problemas económicos que motivaron el surgimiento del primer mercenariado griego. El atractivo de una buena paga y la posibilidad de obtener un apreciable botín de guerra podrían suponer una solución para un buen número de individuos correspondientes a los grupos más desfavorecidos de las estructuras sociales ibéricas, unidas, en algunos casos, a la vaga promesa de obtención de tierras para su reasentamiento en las zonas en disputa. La asignación de tierras se utilizará también como pago a la traición que supone la deserción de los mercenarios de un ejército. En el caso de guerreros iberos conocemos dos ejemplos significativos. Merico, un ibero que ostentaba la graduación de prefecto *(praefectum)* en Acradina durante el asedio de Siracusa por Marco Claudio Marcelo (213-212 a.C.) contribuyó decisivamente a la toma

126. Pausanias, *Descripción de Grecia*, X, 17, 5-9.
127. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, V, 34, 6.

de la ciudad al pasarse con sus tropas al ejército sitiador convencido por una embajada de los auxiliares iberos que formaban en las filas de los romanos,[128] obteniendo como recompensa una corona de oro con la que participó en el desfile de la ovación *(ovatio)* del cónsul, y una ciudad de Sicilia con su territorio, de entre las que se habían opuesto a Roma.[129] Del mismo modo, tras el combate de Nola (215 a.C.), 272 jinetes númidas e iberos abandonaron a Aníbal y se pasaron al ejército de Marcelo, combatiendo junto a él durante el resto de la campaña y recibiendo al final de la guerra tierras en Hispania y Numidia para los supervivientes.[130]

Una segunda tesis ha mantenido la obtención del honor y el prestigio militar como fórmula de ascenso social en estructuras jerarquizadas no estatales como se interpreta a las ibéricas y celtibéricas. Antropológicamente, en una sociedad en la que la guerra jugase un papel determinante por tradición y necesidad en las relaciones internas de los miembros de un grupo como fórmula de mantenimiento u obtención de un estatus social específico, disponer de una aureola bélica podía, efectivamente, significar un camino para la promoción negada por otras vías, fama a la que debería contribuir el poder económico derivado de los salarios y el botín obtenido. Con todo, es difícil suponer que un número elevado de personas se sintiera atraído por el servicio bajo otras enseñas en tierras lejanas y sin grandes posibilidades de regreso y, aún más, que existiera la masa, en apariencia inagotable por mucho que las cifras proporcionadas en las fuentes sean, sin duda, exageradas, de hombres dispuestos a enrolarse. Una posible solución, sustentada en la cohesión que muestran algunos contingentes de mercenarios ibéricos como los pasados al servicio de Dionisio I de Siracusa a principios del siglo IV a.C.,[131] sería entender que los mercenarios ibéricos seguirían no de forma individual a un reclutador púnico, sino a un jefe militar ibérico al que deberían algún tipo de fidelidad, dado que una de las fórmulas para mantener el espíritu de combate y la cohesión de los contingentes de mercenarios es conservar su propia estructura, e integrar ésta, y no los individuos aislados, en el sistema táctico del ejército. El reclutamiento podía ser, por tanto, individual o, con mayor probabilidad, colectivo. Aunque Tito Livio lo presenta como el resultado del agradecimiento de Alucio a Escipión por la liberación de su prometida, el reclutamiento por el celtibero de 1.400 jinetes en pocos días sólo puede entenderse por la existencia de mecanismos de dependencia clientelar con obligaciones militares.[132] Si en Grecia el cabo Taenarum era uno de los enclaves más importantes para el alistamiento, en la península es evidente que los grandes centros comerciales como Emporion o Gades pudieron ejercer esta misión junto a otros puntos considerados como capitales geográficas de amplios territorios, caso de Cástulo,

128. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 30, 2.
129. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVI, 21, 12.
130. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 46, 6-7.
131. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XIV, 75, 9.
132. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVI, 50.

o puntos de embarque, como Villaricos, Ilici, Helike, Cartago Nova y, en general, todos los *emporiae* costeros.

Otro punto de debate se cifra en el regreso de los mercenarios a sus lugares de origen. Mientras que la historiografía tradicional consideraba a los mercenarios como agentes de la helenización que difundieron en diversas áreas de la península materiales y conceptos de todo tipo dentro de un planteamiento más amplio de aculturación, en los últimos años se ha defendido una opción inversa, manteniendo que los agentes comerciales griegos, especialmente foceo-ampuritantos, pero también púnico-ebusitanos, habrían cumplido mucho mejor el papel de transmisores de ideas como consecuencia de la frecuencia de los contactos comerciales que el escaso número de mercenarios que regresaría a su tierra después del alistamiento. Resultado de la gran mortandad de las guerras, la forma de vida, y las distancias, la mayor parte de los mercenarios, con la excepción de algunos jefes concretos, no habrían regresado nunca a Iberia, bien por haber perecido o por realistarse de forma sucesiva en cuantos ejércitos reclamaran sus servicios.[133] La falta de elementos significativos en el registro arqueológico, como los tesorillos correspondientes al período de los siglos V y IV a.C., y algunas citas sobre los baleáricos empleadas de forma extensa para los iberos indicando que no guardaban nada de sus pagas,[134] sustentaría ésta idea. No obstante, el planteamiento presenta un problema, puesto que si los mercenarios nunca regresaban, no existía el elemento fundamental que permitiera el alistamiento de nuevos contingentes; la desaparición de su núcleo social, más próxima a una emigración permanente e incierta, y no un modo de aumentar su estatus económico y social pasado algún tiempo, sería la visión que las comunidades ibéricas tendrían del mercenariado, por lo que es difícil pensar por consiguiente en un alistamiento voluntario. En este planteamiento interpretativo parece pesar en exceso el modelo griego del soldado profesional que, como en el caso de los integrantes de la retirada de los *Diez Mil*, prefieren alistarse de nuevo en otros contingentes antes que regresar a sus casas una vez superado el peligro. Con todo, la hipótesis de la falta de un elevado número de piezas monetales datadas entre los siglos V y III a.C. como argumento negativo, debe precisarse.

Los textos comerciales sobre lámina de plomo escritos en lengua jonia documentados en Ampurias y Pech Maho demuestra la existencia de pagos en moneda siguiendo modelos complejos entre comerciantes griegos con iberos o en presencia de éstos, como mínimo a partir de mediados del siglo VI a.C., siendo ilógico suponer que no circulara moneda en los intercambios de grupos habitua-

133. Cuando se produce el repliegue de los mercenarios púnicos a Cartago, organizado por Giscón, el general cartaginés espera que los mercenarios, entre los que se incluyen iberos y baleares, regresen a sus hogares tras cobrar la paga: «Pretendía dar un respiro a los cartagineses, para que los que iban desembarcando y cobrando el resto de lo que se les adeudaba se marcharan de Cartago hacia sus puntos de origen, antes de que les cogieran por sorpresa». Polibio, *Historias*, I, 66, 3.

134. Timeo, XVII, 4. «En las campañas acaecidas antiguamente a los cartagineses, no se llevaron los salarios a la patria, sino que gastaron profusamente toda la paga en comprar mujeres y vino».

dos a ella como los griegos foceos, fenicios occidentales o púnico-ebusitanos y, por extensión, entre las tribus y estructuras sociopolíticas ibéricas relacionadas con ellos. Si bien es cierto que las acuñaciones monetales de cecas ibéricas no se inician hasta una fase avanzada del siglo III a.C., la ceca de Emporion acuña desde mucho antes y no sólo para una circulación interna u orientada hacia los mercados Mediterráneos. Por otra parte, si los mercenarios cobraban su paga en numerario, como indican todas las fuentes, es evidente que el reclamo o valor de estas pagas debería tener trascendencia entre las comunidades de las que surgían los mercenarios en el momento del reclutamiento. Dado que, en caso contrario, el elemento básico del alistamiento, la paga, no tendría ningún sentido y, tal y como indican los textos, el oro y la plata acuñados eran el mejor argumento para ganarse fidelidades y reemplazar tropas, como indican, por ejemplo, las cantidades de dinero acumuladas por Asdrúbal antes de iniciar su marcha a la península Itálica.[135] Sobre los motivos por los que no se han documentado conjuntos monetales correspondientes a esas fechas pueden apuntarse diversas hipótesis, pero una simple valoración de las contribuciones impuestas por Roma a las tribus ibéricas durante el período de transición entre los siglos III y II a.C. es harto elocuente del saqueo a que Roma somete a los nuevos territorios que controla.

En el año 480 a.C., coincidiendo con la invasión persa de Grecia, un ejército púnico mandado por Amílcar, hijo de Hannón, desembarcó en Panormo y avanzó sobre Himera. Aunque Herodoto[136] indica que el ejército lo componían 300.000 hombres, cantidad exagerada, Diodoro Sículo[137] explica que se tardaron tres años en reclutarlo, por lo que, de todas maneras, debía ser numeroso y el resultado de una gran inversión económica, al estar formado, además de por cartagineses, por libios, iberos, ligures, elisicos, sardos y corsos. Gelón, tirano de Siracusa, derrotó a Amílcar en la batalla de Himera (23 de septiembre de 480 a.C.), aunque, según Polieno,[138] los iberos plantaron cara a los siciliotas que les acosaban en su campamento hasta que fueron rodeados y, aun así, se replegaron hacia las naves muriendo la mayor parte en la retirada. El texto indicado se cifra también durante el reinado de Hieron I en Siracusa (478-467 a.C.), por lo que podría corresponder a una nueva recluta realizada por Cartago o bien a un contingente superviviente del alistamiento anterior. Con todo, supone el final de la primera presencia de iberos en las guerras de Sicilia.

Las siguientes menciones corresponden al período de la Guerra del Peloponeso, cuando el ateniense Alcibíades intentó reclutar en la isla a diversos contingentes de bárbaros (es decir, no griegos), iberos y de otros grupos étnicos que tenían fama de belicosos.[139] Sobre cómo se produjo el contacto entre los reclutadores enviados por el ateniense y los iberos cabe apuntar diversas hipótesis,

135. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 19, 1.
136. Herodoto, *Los Nueve Libros de la Historia*, VII, 165.
137. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XI, 1, 5.
138. Polieno, *Estratagemas*, I, 28.
139. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, VI, 90.

entre las que se contarían la existencia permanente de contingentes de mercenarios establecidos en la isla de forma independiente traídos por Cartago durante el siglo V a.C. para mantener sus guarniciones en ella, o bien por la existencia en Sicilia de uno o varios centros y/o sistemas de reclutamiento que pudieran abastecer de tropas procedentes del Mediterráneo occidental mediante las vías de contacto comercial. En todo caso, Siracusa, una de las *poleis* con mayor proyección hacia el área foceo-masaliota occidental, no podría ejercer en ese momento el papel de intermediario en beneficio de Atenas por el enfrentamiento entre ambas ciudades que desembocó en el fracaso de la expedición de Nícias y Demóstenes en el 414 a.C. De alguna forma, un grupo de mercenarios ibéricos pasaron al servicio ateniense en el 411 a.C. bajo el mando de Aristarco, siendo posible que participaran en el asedio y expugnación de Oinoe.[140]

No obstante, será al inicio de la Segunda Guerra Greco-Púnica en Sicilia cuando se cite de forma frecuente a los mercenarios ibéricos englobados en el ejército púnico, presentes, bajo el mando sucesivo de Aníbal e Himilcón en los ataques a Selinunte, Himera, Agrigento y Gela hasta el acuerdo de paz (405-404 a.C.) suscrito con el tirano Dionisio I (406-367 a.C.). Reclutados durante el invierno del 410-409 a.C., algunas fuentes indican que los contingentes ibéricos, muy numerosos,[141] podrían estimarse entre 25.000 y 30.000 hombres. En la toma de las dos primeras ciudades, los mercenarios ibéricos fueron empleados como fuerza básica de choque para penetrar por las brechas abiertas en las murallas, consiguiendo en ambos casos la victoria haciendo gala de una gran ferocidad. Para la siguiente fase de la campaña, los reclutadores cartagineses, escogidos entre los ciudadanos más influyentes de la ciudad, realizaron nuevas levas de iberos y baleares que combatieron bajo las órdenes de Himilcón.[142] Los iberos, junto a los libios, participaron en las operaciones de asedio de Akragas, establecidos, junto a ellos, en un campamento independiente del de los cartagineses, constituyendo la masa de maniobra del ejército púnico cifrada en 40.000 hombres. Este contingente fue enviado a detener el avance de las tropas siracusanas, a las que se enfrentaron en el río Himera, siendo derrotadas después de una fuerte lucha que se saldó con más de 6.000 bajas, aunque la victoria de los siracusanos no consiguió impedir la caída de Akragas. Intentando cambiar el curso de la guerra, el recién proclamado tirano de Siracusa, Dionisio I, intentó levantar el sitio de Gela acometiendo al ejército de Himilcón. En la batalla planteada, los mercenarios ibéricos derrotaron a los aliados italiotas y siciliotas de Siracusa, decantando a favor de Cartago el combate. La contienda tendría, no obstante, un final inesperado al diezmar las enfermedades al ejército cartaginés que asediaba Siracusa ya en el año 405 a.C. obligando a Himilcón a suscribir una tregua definida como paz que nadie deseaba cumplir, y regresar a África con el resto de las tropas.

140. Esteban de Bizancio, *Fragmenta Attic. Comicorum*, 550-551.
141. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XIII, 44, 6.
142. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XIII, 80, 2.

Dionisio preparó cuidadosamente el nuevo enfrentamiento con Cartago, la Tercera Guerra Greco-Púnica (397-395 a.C.), aprovechando la debilidad de recursos de la metrópoli púnica causada por la epidemia llevada a suelo africano por los restos de las tropas de Himilcón, y una acción política teñida de demagogia en la que solicitaba la libertad de las ciudades griegas de Sicilia. Cartago replicó reclutando un nuevo ejército en el que, una vez más, libios e iberos constituyeron los principales contingentes, probablemente una cuarta parte del total de efectivos, por lo que, siguiendo las estimaciones más cautas proporcionadas por las fuentes, debe convenirse en un número de guerreros procedentes de la península Ibérica no inferior a 20.000 hombres. Una vez más, el ejército y la flota cartaginesa se mostraron superiores a los siracusanos. Tras la toma de Mothia y Mesina y la derrota de la flota de Dionisio en Katana, los cartagineses se presentaron de nuevo ante Siracusa, bloqueándola por tierra y mar. Pero de nuevo la combinación de las defensas aprestadas por Dionisio entre las que se contaban ahora la construcción de la fortaleza de Euryalo en la llanura de Epipoliae entre los años 402-401 a.C., dotada de los nuevos sistemas poliorcéticos y multitud de máquinas de guerra,[143] unida a una nueva epidemia que azotó el campamento púnico, permitieron al tirano de Siracusa derrotar al ejército cartaginés, pactando Himilcón su retirada y la del contingente púnico, abandonando a los mercenarios que fueron masacrados con excepción de los iberos. Éstos, ante el ataque de los siracusanos, mantuvieron la cohesión y serenidad, formaron en orden de batalla y enviaron un heraldo para pactar con el vencedor que, conociendo su valía en el combate, los incorporó a sus tropas.[144]

Aunque no existen más menciones hasta el 368 a.C., es de suponer que los iberos combatirían en las filas de los mercenarios siracusanos durante las guerras de expansión promovidas por Dionisio I. En esa fecha, Esparta le solicita contingentes auxiliares para oponerse a la hegemonía tebana establecida después de la victoria de Epaminondas en Leuctra (371 a.C.), recibiendo el envío de 2.000 celtas e iberos que combaten contra Sición y en el fuerte de Darias,[145] causando una excelente impresión hasta el punto que el año siguiente fue enviado un nuevo contingente de tropas celtas e iberas de caballería ligera que combatieron contra los soldados tebanos aplicando una táctica de acoso continuado. Los mercenarios al servicio de Siracusa son citados incluso por Platón, quien los conoció durante su tercera estancia en la isla el año 361 a.C.,[146] y de los que relató su revuelta por el impago de los salarios contra Dionisio II (367-344 a.C.)

Cuando los siracusanos quisieron librarse de los tiranos y pidieron ayuda a la metrópoli, Corinto, Timoleón y sus mercenarios fueron enviados a la isla. Cartago reclutó un nuevo ejército en el que otra vez figuran mercenarios ibéricos en gran número, casi medio siglo después de las anteriores levas masivas. Las nuevas

143. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XIII, 89, 4; XIII, 91, 1; XIII, 93, 1.
144. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XIV, 54, 5-6.
145. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XV, 70, 1; Jenofonte, *Hellenicas*, VII, 1, 20-22.
146. Platón, *Las Leyes*, I, 637.

tropas ibéricas tomaron parte en la masacre que siguió a la derrota de Krimisos (341 a.C.).[147] No existen nuevas menciones a mercenarios peninsulares o baleáricos hasta la época de la tiranía de Agatocles en Sicilia (317-289 a.C.). Tras el inicio de las hostilidades, un ejército cartaginés mandado por Amílcar desembarcó en la isla para enfrentarse a los siracusanos, figurando entre las unidades que componían su ejército 1.000 honderos baleáricos[148] que se distinguieron en la batalla de Ecnomus cuando fueron dispuestos en primera línea por Amílcar para evitar el hundimiento de su línea de combate; la potencia de fuego y la destreza en el tiro de los baleares, alabada en el relato de Diodoro Sículo, cambió el signo de la contienda al destrozar las filas siracusanas con sus proyectiles.[149] En la misma contienda, y durante la expedición de Agatocles a África, se cita la presencia de mercenarios celtas considerados comúnmente como de origen peninsular.[150]

El desarrollo de la Primera Guerra Púnica supuso la potenciación del alistamiento de mercenarios para combatir en el ejército púnico, tanto en Sicilia como en África. Las primeras menciones se sitúan en el año 262 a.C., formando parte los mercenarios iberos de los contingentes iniciales de refuerzo enviados a la isla ante el paulatino avance romano.[151] Pese a que las citas se espacian en el tiempo y no vuelven a ser mencionados hasta la evacuación del ejército de Amílcar estacionado en el monte Herkte al concertarse el acuerdo que puso final a la guerra, es lógico suponer que el número de mercenarios ibéricos aumentase a lo largo de las hostilidades, en especial después de que Amílcar Barca asumiera el mando de las tropas púnicas en la isla (247-246 a.C.), y que participasen en la mayor parte de los combates, tanto terrestres como navales, puesto que las citas a los mercenarios al servicio de Cartago se suceden a lo largo de todo el relato de Polibio sobre la guerra. Tras la derrota cartaginesa, los mercenarios ibéricos y baleares figuran también entre la relación de los contingentes sublevados contra la ciudad púnica como consecuencia de las reclamaciones por el impago de los salarios prometidos durante la última fase de la guerra, siendo de suponer que tanto unos como otros perecerían casi en su totalidad durante la guerra que siguió (240-237 a.C.), ya que Cartago se mostró inflexible con los sublevados y, tras tres años de penalidades, los supervivientes fueron exterminados por las tropas de Amílcar Barca.[152]

Tras el inicio de la conquista bárquida de la península Ibérica, en que Amílcar alista como mercenarios en su ejército a los prisioneros capturados en su primer combate contra iberos y tartesios,[153] es difícil discernir entre los conceptos de tropas aliadas y contingentes a sueldo. Las fuentes clásicas concuerdan al afirmar que durante su gobierno en Iberia, Asdrúbal obtuvo la sumisión y apoyo de las

147. Plutarco, *Timoleón*, 28, 11.
148. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XIX, 106, 2.
149. Sobre la precisión y potencia en el tiro de los honderos baleáricos *vide* Timeo, *Historia*, XVIII, 3, y Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, V, 18, 1-4.
150. Polibio, *Historias*, I, 67, 7.
151. Polibio, *Historias*, I, 17, 4.
152. Polibio, *Historias*, I, 85, 6-7.
153. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXV, 10.

tribus ibéricas mediante tratados de amistad e incluso por su matrimonio con la hija de un jefe ibero,[154] una práctica que mantuvo también Aníbal al casarse con una mujer de Cástulo.[155] Si Aníbal empleó con profusión a los guerreros aliados norteafricanos desde sus primeras campañas en Iberia, como en el sitio de Salmantis en que cita a los masaisilios, después de la caída de Sagunto y en el reparto de tropas que el general púnico hace en el 218 a.C. antes de partir hacia la península Itálica, se cuenta un grupo mayor de guerreros de diversos pueblos a los que puede darse incluso el calificativo de rehenes,[156] una práctica muy extendida para asegurarse la fidelidad de los pueblos aliados que los cartagineses emplearán profusamente manteniendo a los retenidos primero en Sagunto[157] y, posteriormente, en Cartago Nova,[158] ciudad en la que se acumularon más de 300 rehenes, madres, esposas e hijos de jefes iberos, uniéndose a los dejados por Aníbal los exigidos por Asdrúbal. Antes de realizar este reparto, sin embargo, Aníbal revista a sus tropas después del descanso invernal que les había concedido, indicándose que los contingentes eran auxiliares de todas las naciones, y no mercenarios; la deserción sin represalias de 3.000 infantes carpetanos en los desfiladeros de los Pirineos, unido a la licencia de otros 7.000 infantes de fidelidad insegura,[159] no puede entenderse desde la perspectiva del guerrero a sueldo, sino de tropas aliadas de las que se espera una mayor fidelidad cuando deban combatir en guerras más próximas a su lugar de origen.

Las primeras menciones a la presencia de iberos en el ejército de Cneo Cornelio Escipión el año 218 a.C. corresponden a guerreros de las tribus costeras próximas a Emporion, incorporados en calidad de aliados mediante pactos de amistad, probablemente por el ascendiente de la colonia focea sobre las comunidades de su hinterland, y por el hecho de que los cartagineses, en su marcha hacia los Pirineos, evitan la costa. Con las tropas así obtenidas formó cohortes auxiliares[160]. La presencia del ilergeta Indíbil entre los vencidos del primer encuentro es conforme a los pactos de Aníbal con las comunidades del interior,[161] pactos que se mantuvieron con la llegada de Asdrúbal junto al que devastan los campos de las tribus que habían pactado con Escipión.[162] Parece claro, además, que el número de auxiliares iberos del ejército romano creció continuamente hasta el ex-

154. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXV, 12; Polibio, *Historias*, II, 36, 1; Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 2, 3; Apiano, *Iberia*, VI.

155. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIV, 41, 7.

156. «Eran los que pasaron a África, los tersitas, martianos, oretes, iberos y olcades; todos estos sumaban mil doscientos caballos y trece mil ochocientos cincuenta infantes; además de éstos, ochocientos setenta baleares, los que propiamente se llaman honderos». Polibio, *Historias*, III, 33, 7. Tito Livio es aún más claro cuando indica que hizo conducir a Cartago a 4.000 jóvenes escogidos de las ciudades, en calidad de tropas, pero también de rehenes. *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 21.

157. Polibio, *Historias*, III, 97, 2.

158. Polibio, *Historias*, X, 18, 3.

159. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 23. Frontino, II, 7.7.

160. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 60.

161. Polibio, *Historias*, III, 76, 1.

162. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61.

tremo que al plantear su campaña del 217 a.C., Asdrúbal no se atreve a atacar por tierra a los romanos y lo intenta por mar.[163] Al no existir informaciones que indiquen la llegada de refuerzos desde la península Itálica debe convenirse que el aumento de los efectivos de Escipión corresponde a los aliados. El incremento de tropas auxiliares en el ejército romano se complementó con la contratación de mercenarios celtiberos, los primeros que, según Tito Livio, fueron admitidos en el ejército. La recluta de los nuevos mercenarios se realizó durante el invierno de 212-211 a.C., de modo que cuando en la primavera, Cneo Cornelio y Publio Escipión quisieron arremeter a los cartagineses, contaban con 20.000 celtiberos en sus filas, una desproporción que les resultaría fatal cuando Asdrúbal se apercibió que en las filas del contingente mandado por Cneo Cornelio había más mercenarios que tropas romanas.[164] Aprovechando la facilidad de comunicación entre las tropas auxiliares de ambos ejércitos consiguió sobornar a los mercenarios para que abandonasen el campo romano precipitando la derrota de Escipión.[165] La consecuencia de la derrota fue la decisión de los generales romanos de no volver a utilizar en campaña un número de auxiliares superior al de las tropas romanas, temor que se reproducirá en varias ocasiones a lo largo de la contienda.[166] La razón no era otra que la confianza en que si el número de legionarios y aliados de nombre latino era superior al de las tropas auxiliares indígenas, éstas se mantendrían fieles ante el temor de ser masacradas por unas fuerzas más numerosas y mejor entrenadas.

Roma empleó de otra forma a los aliados ibéricos. Como en el ejército de Aníbal en la península Itálica, los infantes y jinetes iberos constituían el núcleo de sus mejores tropas y, aunque victoriosas, las formaciones de Aníbal estaban condenadas a ocupar una franja de terreno muy restringida bajo la vigilancia de las legiones, factor que impedía el regreso de los contingentes aliados a sus lugares de origen, se ideó acentuar la desmotivación de éstas tropas consiguiendo debilitar las fuerzas del ejército púnico que, por otra parte, no estaba en condiciones de recibir refuerzos significativos. Así, en el 212 a.C. se enviaron a la península Itálica 300 iberos pertenecientes a familias nobles para conseguir la deserción de los auxiliares de Aníbal,[167] que perdió en un goteo continuado parte de estas tropas, como en el caso de asedio de Arpos en que casi un millar de iberos desertaron.[168]

A lo largo de la campaña en Hispania (218-204 a.C.) el ejército cartaginés continuó contando con tropas iberas aliadas, como las dirigidas por el ilergete Indíbil que reúne contingentes en diversas ocasiones participando, por ejemplo,

163. Polibio, *Historias*, III, 95.
164. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 33.
165. «Pues nunca los romanos habían sido vencidos por el valor de los cartagineses, sino por la traición de los celtiberos». Polibio, *Historias*, X, 6, 2.
166. Polibio, *Historias*, XI, 20.
167. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIV, 49, 7.
168. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIV, 47, 8.

en la derrota de Publio Escipión el 211 a.C. a la cabeza de 7.500 suesetanos,[169] diferenciando claramente entre aliados y auxiliares mercenarios, como en el caso del ejército de Asdrúbal en el 215 a.C.[170] Sin embargo, la acumulación de derrotas de las tropas cartaginesas, rematadas con la pérdida de Cartago Nova a manos de Publio Cornelio Escipión en el 209 a.C., hizo variar muchas alianzas, entre ellas la del propio Indíbil, que reconoce como *rex* a Escipión y pone sus tropas, mediante un pacto personal, al servicio del ejército romano.[171] En otras ocasiones será la intencionada generosidad de los romanos, liberando a los prisioneros después de la batalla de Baecula (208 a.C.) sin exigir rescate, el sistema para conseguir la defección de los iberos de las filas cartaginesas,[172] aumentando sus propias filas con múltiples contingentes como los reclutados durante el invierno de 207-206 a.C. Chulcas, señor de veintiocho ciudades que se le unió cuando fue requerido con 3.000 infantes y 500 caballos[173] poco antes de la batalla de Ilipa, o las consecuencias de la derrota, como en la defección de Attenes, rey de los turdetanos[174] y una parte de sus guerreros. En última instancia, las represalias y el terror permitieron completar la dominación de las tribus del sudeste y sur de la península Ibérica, como en los asedios de Iliturgis y Cástulo a cuyos habitantes, Publio Cornelio Escipión reprochaba no haber ayudado a los supervivientes del desastre en que sucumbieron su padre y su tío,[175] aunque tampoco podían evitarse revueltas como la de Indíbil en 206 a.C.[176]

Los resultados de la política de aproximación a las tribus ibéricas de Escipión surtieron efecto con rapidez debiendo a partir de ese momento reclutar mercenarios los generales púnicos en el interior de la Celtiberia,[177] o entre los baleares,[178] intentando al mismo tiempo que los guerreros iberos no pudieran entrar en contacto con las tropas romanas para impedir su más que probable defección. Celtiberos serán también los últimos mercenarios reclutados por Cartago durante la Segunda Guerra Púnica, fiando en un contingente de 4.000 a 10.000 hombres sus mayores esperanzas durante la batalla de Las Grandes Llanuras en 203 a.C.[179] Algunos de los veteranos iberos que Aníbal llevó con él en su expedición itálica fueron reembarcados en 203 a.C. y estuvieron presentes en la batalla de Zama (202 a.C.) entre las tropas de los veteranos púnicos.

La contratación de mercenarios celtiberos se extendió más allá del final de la Segunda Guerra Púnica. Durante las sublevaciones del 195 en Hispania, los tur-

169. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 34, 6.
170. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 29.
171. Polibio, *Historias*, X, 38.
172. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 19, 2.
173. Polibio, *Historias*, XI, 20; Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XVIII, 13.
174. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 15.
175. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 19.
176. Polibio, *Historias*, XI, 32.
177. Apiano, *Iberia*, 24. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 1.
178. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 20; XXVIII, 37.
179. Polibio, *Historias*, XIV, 7, 5.

detanos se enfrentaron al ejército del pretor Quinto Minucio y, tras ser derrotados, tomaron a sueldo 10.000 celtiberos para reforzar su ejército, frente a los que el cónsul Catón no deseó entrar en batalla, puesto que les ofreció, además de establecer formalmente un día para combatir, acción del todo ilógica, ya que impide definir y obtener ventajas estratégicas antes del combate, dejarles franca la retirada con la promesa de no intentar represalias, o sumarse al ejército romano obteniendo el doble de la paga prometida por los turdetanos.[180]

2.3.3. Los campesinos armados

Aunque las cifras de hombres que componían los ejércitos ibéricos y celtibéricos citadas en las fuentes clásicas son, sin duda, exageradas, un cálculo proporcional simple de las relaciones numéricas existentes entre las elites y el resto de hombres libres correspondientes a una clase social inferior que configuran los ejércitos tribales preestatales que combaten, solos o formando alianzas, con o contra las fuerzas romanas o púnicas, indica que tan sólo una pequeña parte de los contingentes empleados en las guerras ibéricas, celtibéricas y lusitanas correspondía a guerreros profesionales pertenecientes a la nobleza militar o a las fratrías emergidas de la *iuuentus* de una estructura social. Por el contrario, la mayoría de los hombres alistados ejercerían con preferencia otros oficios, especialmente los relacionados con la explotación agrícola y ganadera, pero también habría artesanos y comerciantes, siendo reclutados en función de los pactos o alianzas que les ligaban a los *princeps* o *dinastés* de los que dependían, o a las estructuras sociales a las que pertenecían, con otros jefes tribales o un caudillo militar púnico y/o romano, destinados a proporcionar un número determinado pero a la vez suficiente y representativo de guerreros para componer los contingentes tribales. Es difícil establecer el número hombres dependientes o reclutables por una estructura social o un noble que encabezara una organización gentilicia, variando probablemente según la demografía del grupo tribal y la riqueza de la *gens*, aunque uno de los ejemplos más interesantes citados por las fuentes clásicas, indica que el celtíbero Alucio, agradecido a Publio Cornelio Escipión se unió a él con un contingente de 1.400 jinetes reclutados entre sus clientes,[181] agrupación de tropa montada cuyo número responde no tanto a una cantidad aleatoria, sino a la idea organizativa de unidades entre las tropas celtibéricas que se cifra en torno a los 1.500 hombres. A diferencia de lo indicado por otros autores, los reclutas de Alucio no son caballeros *(hippeis/equites)* en el sentido social del término, sino jinetes, guerreros capaces de desplazarse y combatir a caballo, dos conceptos que no siempre responden a una relación de

180. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 17-19.
181. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVI, 50. «*Itaque dilectu clientium habito cum delectis mille et quadrigentis equitibus intra paucos dies ad scipionen revertit*».

causa-efecto. Una clientela de 1.400 nobles supondría, a su vez, un número elevadísimo de hombres en edad militar integrantes de una estructura social, a los que habría que añadir ancianos, mujeres y niños, para obtener el volumen teórico de la población a la que pertenece Alucio, quien, por otra parte, podría no ser el único *princeps* de esa tribu, lo que potenciaría aún más la proyección demográfica, pudiendo utilizarse como punto de referencia el escaso número de tumbas con armas documentado en las excavaciones del marqués de Cerralbo en las necrópolis celtibéricas en las que la panoplia militar estaba representada en menos del 10 % de los enterramientos.

Continuando la misma línea de razonamiento, y pese al debate y las reticencias existentes y ya expresadas sobre las cifras de soldados proporcionadas por los historiadores y escritores griegos y latinos, debe convenirse que el número de hombres puesto sobre las armas por las estructuras tribales ibéricas es demasiado elevado para que todos ellos puedan ser interpretados como guerreros perfectamente adiestrados. A partir del empleo por Apiano del concepto «hombres» *(andrôn)* para referirse, por ejemplo, a las tropas reunidas por arevacos y segedenses dirigidas por Caro en el 153 a.C. contra el cónsul Quinto Fulvio Nobilior[182] se ha indicado que dichas tropas corresponderían a la totalidad de los hombres movilizables por ambas comunidades, afirmación contrastada por otras cifras del mismo período relativas al ejército celtibérico ante Contrebia, o a las tropas que pudieron reunir los numantinos para oponerse a la fase final de las guerras contra Roma, muy inferiores en número. Sin embargo, la proyección demográfica de las comunidades peninsulares muestra que las proporciones existentes entre el número de hombres sobre las armas y el global de la población era muy restringida incluso en los períodos en los que se produjo una generalización del empleo de las armas como resultado de la modificación de las estructuras sociales y la ampliación de la posibilidad de portar armas como símbolo de un estatus social. En éste, como en otros casos, es más útil aplicar conceptos de reclutamiento correspondientes a etapas históricas posteriores antes que utilizar sin ninguna corrección los retazos de información proporcionados por los historiadores clásicos.

La participación de los estratos más bajos de la escala social, los campesinos armados, en los ejércitos tribales, implica diversos problemas o condicionantes de análisis que deben tenerse en cuenta. Dado que la guerra es esencialmente estacional, la planificación y desarrollo de una campaña significa que la tribu o sistema político que decida emprenderla debe tener en cuenta que la marcha del ejército significará una disminución drástica de la mano de obra disponible para la realización de las actividades ligadas con la producción económica y, especialmente, de las relacionadas con el ciclo agrario: cosecha, tratamiento del cereal, roturación de los campos y siembra, a los que deben añadirse otros como, por ejemplo, la manipulación de la uva para la fabricación del vino, o el esqui-

182. Apiano, *Iberia*, 45.

lado de las ovejas y, aunque las producciones industriales como la extracción del mineral o la fabricación de cerámica se puedan realizar a lo largo del año, otras tareas, como la construcción mediante el empleo de adobe o tapial, son propias de la estación cálida. Aunque como se ha demostrado en los estudios sobre la fuerza de trabajo de las comunidades ibéricas, y la prestación de corveas o esfuerzos de trabajo no remunerados como resultado de una obligación social de los miembros de un grupo, las relaciones entre necesidades de producción y recursos demográficos disponibles son mucho más ajustados de lo que pudiera parecer por la aplicación indiscriminada de las ideas más comunes referidas a la producción en el seno de las comunidades de base agraria preindustriales, y que en el global de la fuerza de trabajo disponible deben incluirse ineludiblemente tanto a las mujeres como a ancianos y niños de ambos sexos, una reducción temporal corta o prolongada, del número de hombres adultos dedicado a tareas productivas tenía sin duda que repercutir en la productividad y en la obtención de los recursos alimentarios necesarios para la subsistencia del grupo. Una campaña corta y ocasional no tendría una excesiva incidencia sobre la estructura económica debido, por ejemplo, a la acumulación de reservas o a la obtención de botín si el resultado de la contienda fuese favorable, pero la permanencia constante sobre las armas provocaría a corto o medio plazo el empobrecimiento generalizado del grupo cuyas consecuencias, tanto económicas como sociales, serían imprevisibles. Las derrotas y la incidencia de la mortandad en las curvas demográficas agravarían el problema.

Es sintomático que las referencias a los mayores contingentes de tropas ibéricas correspondan a los períodos en los que se dirime la independencia política de tribus y estructuras de poder indígenas, tanto al principio de la conquista bárquida como en las sublevaciones de Indíbil y las campañas de Catón. En todos lo casos, este esfuerzo máximo se correspondería con el reclutamiento generalizado de hombres, incorporando a filas no sólo aquellos que tuvieran experiencia militar, sino a cualquiera capaz de empuñar un arma. La razón de las movilizaciones generales no es otra que el carácter propio de los conflictos en los que se producen; hasta ese momento, la participación de tropas ibéricas en el conflicto entre romanos y cartagineses respondía a la voluntad política y los intereses de la elite tribal que intentaban con su juego de alianzas obtener ventajas más a título personal que para la comunidad, siendo por ello el número de soldados empeñado muy restringido, como se observa, por ejemplo, en los reducidos contingentes que Aníbal distribuye entre los ejércitos cartagineses de Iberia y África antes de partir hacia la península Itálica. Las grandes *sublevaciones* tienen otra motivación: mantener la libertad y la independencia política de las estructuras sociales indígenas frente a una guerra de agresión cuya finalidad es cambiar radicalmente el sistema social imponiendo el dominio de una potencia ocupante. Se trata por tanto de una *guerra justa*, una guerra de liberación como lo serán también las guerras celtibéricas, lusitanas y cántabras, que sociológicamente recibe el apoyo de toda la población. En este caso, la implicación de la comunidad en

la guerra es absoluta, posibilitando la movilización general, dado que el campesinado entiende que las razones o los beneficios de la guerra ya no se circunscriben a los intereses de las elites dirigentes, sino que afectan al conjunto de los individuos de un grupo social.

La pregunta que cabe hacerse ante planteamientos de este tipo es si los campesinos ibéricos tenían experiencia militar o habían recibido entrenamiento antes de entrar en combate. Para llevar a cabo una lucha de acoso o *guerrilla* en la que tan sólo en contadas ocasiones se llega al combate cuerpo a cuerpo, y nunca en formaciones organizadas, la sorpresa, posición y el empleo de armas arrojadizas de cualquier tipo acortan las distancias y el valor militar existentes entre un recluta y un soldado experimentado; sin embargo, y tal como hemos indicado, los ejércitos ibéricos combaten en campo abierto, no hostigan a sus enemigos mediante emboscadas, por lo que debe suponerse que existe una formación militar de todos los integrantes de los contingentes, no ya mínima, sino incluso avanzada, puesto que el combate en orden cerrado con opciones de victoria es siempre el resultado del entrenamiento y dominio de múltiples factores, tales como el apoyo entre los guerreros cercanos, o el reconocimiento de las órdenes transmitidas mediante los toques de los instrumentos musicales.

A diferencia de la nobleza, para la que puede indicarse que la experiencia de la caza le proporcionaría el entrenamiento físico y la destreza en el manejo de las armas necesarias para el combate, el campesinado, acostumbrado también a una actividad física dura pero diferente de la necesaria para combatir, precisaría de la realización de ejercicios prácticos para dominar el empleo de las armas. Quizás no sea casual que las citas referidas a la contratación de mercenarios ibéricos por Cartago durante las guerras de Sicilia incluyan menciones al adiestramiento de los contingentes antes de entrar en combate.

El combate podía significar también para el campesino una forma de ascender en la escala social como consecuencia del valor o la sagacidad que demostrase en el combate. La propia elección de Viriato como jefe militar de los lusitanos después de la aniquilación de una gran parte de los contingentes de guerreros por los romanos tras entregarse es un claro ejemplo de la posibilidad de romper las barreras sociales mediante el comportamiento en las acciones militares.

En los ajuares funerarios ibéricos, pero especialmente en los de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula), una de las más extensas y mejor estudiadas del sudeste peninsular, se documentan asociaciones de armas con otros tipos de ítems carentes de relación con la panoplia militar, como pesos de telar *(pondera)*, juegos de pesas para balanzas, utensilios para el curtido y trabajo de las pieles, o instrumental agrícola, cuya presencia ha sido interpretada como una referencia a la actividad principal de los individuos enterrados en estas tumbas, que no sería por tanto la bélica, sino la producción económica. Sin embargo, en función de su pertenencia a un grupo gentilicio ligado a un *princeps*, *dinastoi* o *regulus* tendrían el derecho a portar armas y la obligación, en el caso de ser requeridos para ello,

de formar parte del contingente de hombres que, comandado por un noble, se integraría en el ejército tribal. Las referencias iconográficas a soldados de infantería armados tan sólo con dos lanzas o jabalinas pero carentes de cualquier otro elemento de la panoplia militar básica mostraría a estos guerreros ocasionales, los *psiloi* de las comunidades indígenas.

El empleo a gran escala de campesinos armados para formar los ejércitos tribales a partir de principios del siglo IV a.C. implica determinados problemas de función a los que cabe hacer mención. En primer lugar, una vez finalizado el período del servicio de armas debe procederse a la desmovilización de la tropa, lo que, en principio, representa el regreso del soldado a su estatus anterior; ¿cuál es entonces su ganancia en la guerra? Junto al cumplimiento del fuerte compromiso moral adquirido con el grupo o el noble de su estructura gentilicia, podría decirse que el botín obtenido en el combate. No obstante, es el jefe militar quien acapara el prestigio de la victoria y reafirma su poder y quien, probablemente, controlaría también los réditos económicos del triunfo para redistribuirlos entre los miembros del ejército siguiendo las normas de los rituales de cohesión social. No obstante, es difícil que un campesino obtuviera un beneficio tangible que fuera más allá de lo que habría podido rapiñar personalmente, al tiempo que constituía una pieza, cada vez con mayor experiencia, de la fuerza militar. Es complicado realizar un paralelo entre los guerreros ibéricos y los miles de *peltastoi*, antiguos campesinos armados que se quedaron sin ocupación al finalizar en Grecia la Guerra del Peloponeso y que, no queriendo (o más correctamente no pudiendo) regresar a su antiguo modo de vida empezaron a ejercer como mercenarios en el área del Egeo y el Próximo Oriente, pero no debería descartarse que una parte de los mercenarios iberos y celtiberos fueran excedentes de soldados de guerras peninsulares atraídos por la idea de continuar con un determinado estilo de vida y a los que los agentes de reclutamiento púnicos ofrecieron una salida satisfactoria, probablemente con el beneplácito de las estructuras de poder ibéricas deseosas de desembarazarse de un problema potencial. La experiencia militar previa explicaría en buena medida el interés de Cartago por reclutar mercenarios en una zona como el extremo Mediterráneo en la que apenas mantenía territorios bajo su control en los siglos V y IV a.C. y en la que aún no había combatido. La actividad militar de los pueblos prerromanos debería ser por tanto un elemento muy conocido, a la par que prestigioso, entre las estructuras estatales mediterráneas.

Por otra parte, el concepto del campesino armado que asume funciones de protección y defensa de su estructura social y territorial entronca claramente con los conceptos de la milicia ciudadana y el papel de los hombres libres en relación con la defensa en las *poleis* griegas, etruscas y, por supuesto, en Roma. La asunción de responsabilidades que comportaban un grave riesgo debería, por lógica, haber iniciado un camino similar de cambios en las estructuras políticas. Dado que no se dispone de ningún dato que demuestre que tal proceso ocurrió a fines del siglo III y principios del siglo II a.C., debe realizarse otra lectura teó-

rica. La diferencia estructural entre la elite de la nobleza gentilicia y el campesinado armado cuya preocupación principal no era la de mantener un estatus ejemplificado en la panoplia de guerra podría explicar las causas de la aceptación el 195 a.C., sin excesiva resistencia, de las duras condiciones impuestas por el cónsul Marco Porcio Catón a las tribus ibéricas del nordeste peninsular tras su sublevación: entrega de las armas y demolición de las fortificaciones o, lo que es lo mismo, pérdida de la independencia política y cercenamiento de un elemento incuestionable de la estructura social. La razón fundamental es que ambas premisas afectaban tan sólo a las cúpulas de la nobleza gentilicia, no a la totalidad de la población, dado que ambas cláusulas no significaban cambios en la organización económica ni desplazamientos forzosos de la población, como ocurrirá en otros casos durante la conquista romana del interior peninsular, por lo que la gran masa de la población ibérica debió acoger de buen grado una solución que, de hecho, hacía repercutir tan sólo sobre la elite dirigente de las comunidades las consecuencias de la guerra. Los textos clásicos indican que son los Senados de las ciudades o tribus los que toman la decisión de someterse, es decir, una autoridad civil diferenciada del concepto de los *princeps* o *duces* característicos de la organización del poder y del ejercicio de la guerra en la zona desde finales del siglo III a.C. Aunque podría argumentarse que las relaciones de dependencia gentilicia condicionaban las decisiones de la población sujeta por lazos próximos al concepto de la *fides*, la presencia en la península Ibérica de un poder militar con una fuerza coercitiva superior a la que podían ejercer las elites militares después de su derrota en la batalla de Empúries debió decantar fácilmente la balanza hacia la opinión de los partidarios de cesar la resistencia armada.

La caída del poder de las elites militares no significaría de forma inmediata el ascenso al poder del campesinado, puesto que, de hecho, las diferencias de clase en el seno de las comunidades ibéricas se mantuvieron, aunque se incrementó su peso específico en función de la preponderancia de la producción económica sobre la actividad política en las comunidades ibéricas a partir de principios del siglo II a.C. La producción económica agraria excedentaria dependiente de una organización centralizada se mantuvo y aumentó en importancia hasta el extremo que Tito Livio[183] recoge la protesta que el año 171 a.C. realizan ante el Senado romano los legados de algunas tribus de la Ulterior y la Citerior respecto a las exacciones y la actuación de los magistrados romanos en la península respecto a la determinación de los precios del trigo que, cultivado por los iberos, era mayoritariamente adquirido por la administración romana. No se trata de una protesta política, sino económica, agraria, y, para defenderla, los representantes de la Citerior eligieron como patronos a Marco Porcio Catón y Publio Cornelio Escipión, que, si bien ayudan a tapar el escándalo impidiendo que se persiga a los que han abusado de sus atribuciones, obtienen del Senado compromisos sobre di-

183. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XLIII, 2.

versas cuestiones de índole económica. La importancia de la producción agraria en la estructura económica de las comunidades ibéricas durante el siglo II a.C se muestra, por ejemplo, en la adopción de la espiga de trigo como símbolo de las acuñaciones monetarias de la ceca de Ibolka (Obulco, Porcuna) en las que en el reverso se representa una espiga de trigo y un arado, correspondiendo la emisión de estos ases de bronce al período 195-175 a.C.

CAPÍTULO 3

GUERRA, PRESTIGIO Y SISTEMAS POLÍTICOS

> Para llevar a feliz término toda una guerra o cada uno de sus actos a los que denominamos campañas se precisa de un profundo criterio en las altas razones del estado. Dirección de la guerra y política actúan en consenso, y el general en jefe se hace también estadista.
>
> CLAUSEWITZ

La guerra, como expresión de la problemática de una estructura social, supone, en determinados períodos, y como resultado de condicionantes diversos, la expresión de una realidad política. El inicio de un conflicto bélico depende siempre de la voluntad de un individuo o grupo de individuos por llevar a cabo una agresión contra otro colectivo aunque ese ataque se justifique como preventivo argumentando la propia defensa ante un peligro inminente. La responsabilidad de la guerra corresponde siempre al poder político que la provoca, alimenta, o impulsa, en definitiva, a quienes ejercen y tienen la responsabilidad de definir la estrategia genérica de la política económica y territorial de un estado o estructura jerarquizada. Todos los acontecimientos que se desarrollen con posterioridad al inicio de las hostilidades serán siempre el resultado de la decisión inicial, y las decisiones que tomen los comandantes militares sobre el terreno, aunque sujetas igualmente a la crítica y exigencia de responsabilidades, serán asimismo el resultado de la primera acción, siendo en consecuencia a quienes tomaron la decisión a quienes deben imputarse siempre, y en última instancia, las consecuencias de la guerra. Publio Cornelio Escipión Emiliano lleva a cabo una guerra de destrucción y aniquilación despiadada contra Numancia los años 134-133 a.C.,[1] pero su campaña no es el resultado de una decisión personal,[2] sino la consecuencia de la política del senado romano que mantiene inalterable su línea de actuación destinada a acabar con la resistencia de Numancia a cualquier precio, rechazando incluso los acuerdos alcanzados por Hostilio Mancino con los numantinos

1. Apiano, *Iberia*, 84-97.
2. Aunque, evidentemente, Escipión Emiliano asume por segunda vez el consulado para obtener un beneficio político de su previsible triunfo sobre los numantinos. Plutarco, *Escipión*, 15.

el 137 a.C.[3] No es el único ejemplo; la cuestión de Sagunto, debatida ampliamente por la historiografía, es otra clara muestra de instrumentalización política de un hecho. Los límites del acuerdo del 226 a.C. situaban a la ciudad de Arse/Sagunto de forma indudable dentro del área de influencia púnica en la península Ibérica al estar situada al sur del río Ebro, límite territorial establecido por el acuerdo que, de hecho, situaba el reparto de las zonas controladas en el Mediterráneo occidental por Roma y Cartago, así como por sus aliados, más al norte de lo que había estado hasta la fecha. Con todo, la actuación del Senado romano respecto a los saguntinos, con los que tenía sin duda un tratado de amistad y socorro, como indica Polibio, desde mucho antes del ataque de Aníbal,[4] es claramente una felonía al incumplir un pacto que obligaba a Roma. El envío de mensajeros a Aníbal para instarle a deponer su actitud, y la amenaza de éstos de acudir a Cartago para obligar al caudillo bárquida a levantar el asedio, deben considerarse como meros intentos de apaciguamiento carentes de todo valor real, dado que la idea principal de Roma era claramente la de disponer de un *casus belli* para intervenir en la península Ibérica, tomando el problema de Sagunto como referente para ello. La rapidez con que Roma es capaz de enviar, ya en el 218 a.C., un ejército a Hispania pese a la amenaza del avance de Aníbal hacia la península Itálica, demuestra que la estrategia general de la guerra era eminentemente ofensiva y no defensiva, y que Roma sabía perfectamente que la aniquilación de Cartago pasaba por privarla de sus principales reservas estratégicas, tanto humanas como materiales, lo que, tras la anexión de Sicilia y Cerdeña después de la Primera Guerra Púnica, situaba a Iberia como el objetivo principal del expansionismo romano.

En términos generales, una guerra se inicia cuando se quiere y el agresor se siente en posición de cumplir rápidamente con sus objetivos de conquista, y se termina cuando se puede, es decir, en el momento en que los objetivos iniciales se han cumplido o bien cuando siendo imposible alcanzarlos un acuerdo finaliza, en muchas ocasiones de forma provisional o temporal, el conflicto hasta el rearme de los contendientes. Las premisas indicadas encierran un elemento fundamental: la guerra se inicia y mantiene para consolidar y aumentar el prestigio de un estado, tribu, linaje o jefe militar. Si el conflicto finaliza sin que este objetivo se haya cumplido mínimamente, el resultado del mismo es diametralmente opuesto a las causas que lo provocaron: la debilitación del estado que ha sido incapaz de cumplir con las expectativas generadas. La propaganda es un elemento decisivo en el mantenimiento y la potenciación del prestigio. Ramsés II no venció sino que, como mucho, salió relativamente bien librado de la batalla de Kadesh al impedir la total aniquilación de su ejército frente a las tropas de los hititas y sus aliados, dado que no sólo no consiguió ningún avance territorial o estratégico en su campaña, sino que se vio obligado a firmar un tratado con Hatti pocos años después para intentar oponerse al poder emergente del Imperio neoasirio.

3. Apiano, *Iberia*, 83.
4. Polibio, *Historias*, III,30.

Pese a ello, el desarrollo de la representación de la batalla en los relieves del *Ramesseum* proclama una total y absoluta victoria del faraón sobre sus enemigos, una iconografía que debe leerse partiendo de la idea del consumo interno de la información: oficialmente se había obtenido una victoria y el prestigio alcanzado con ello reafirmó la posición del faraón.

La propaganda política indicada tiene múltiples ejemplos en las estructuras estatales, desde los relieves de los palacios asirios hasta los arcos honoríficos romanos pasando por los trofeos ofrecidos por los *strategós* griegos en los santuarios. Es por tanto el estado el que en una guerra compleja arriesga su prestigio y, por ello, la derrota tiene unas consecuencias mucho más profundas y duraderas que la pérdida de una batalla. Cannas en el 216 a.C. demostró que Roma podía ser vencida en suelo itálico, y Teotoburgo el 9 d.C. significó el fin del expansionismo romano más allá del *limes* germánico, por ello, en uno y otro caso la respuesta de Roma buscó de inmediato la recuperación del prestigio perdido y la afirmación de la voluntad de continuar con las líneas genéricas del planteamiento geoestratégico iniciado aunque hubiera significado una derrota temporal. Un estado fuerte puede asumir los reveses e incluso los desastres militares con mayor posibilidad de restañarlos que una estructura social jerarquizada tribal o preestatal. Cartago aguanta durante tres años las penurias y derrotas en su guerra contra los mercenarios sublevados después de la Primera Guerra Púnica entendiendo que cualquier solución al conflicto que no sea la victoria total sobre los sublevados conllevará el debilitamiento del propio estado por la pérdida de *autoritas* sobre las comunidades norteafricanas hasta ese momento dependientes.

El prestigio del estado no es el único que se dirime sobre el campo de batalla. Los comandantes militares arriesgan en los embates la aureola de invencibilidad sobre la que se asienta buena parte de su ascendente sobre las tropas y que constituye, en muchos casos, la base de sus aspiraciones políticas o sociales. Las guerras celtibéricas y Lusitanas fueron la tumba política de muchos prohombres romanos hasta su conclusión, pero el servicio militar en la península entrañaba también la posibilidad de obtener triunfos militares durante el ejercicio del mando, triunfos que, una vez en Roma, servían para apuntalar el estatus de los vencedores. Los intentos de los jefes militares para obtener los máximos honores a su regreso a Roma y la oposición política que encuentran en el Senado o en los tribunos de la plebe para cumplir sus deseos son ejemplificadores.[5] La idea de obtención de prestigio impulsaba a conseguir la victoria a ultranza, incluso cuando la situación militar había perdido ya sus objetivos iniciales. El empecinamiento de Aníbal ante Sagunto durante ocho meses no responde ya en la fase final del asedio a una necesidad militar, puesto que las posibilidades de los saguntinos para

5. Por ejemplo, el procónsul Lucio Cornelio Léntulo obtuvo en el 200 a.C. la ovación contra el parecer del tribuno de la plebe Tito Sempronio Longo; y Cneo Cornelio Basio obtuvo el mismo premio en el 197 a.C., pero Lucio Stertinio no fue premiado y dedicó dos arcos en el *Foro Boario* y otro en el *Circo Máximo* para que se recordaran sus hazañas. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXI, 20; XXXIII, 27.

inquietar los territorios de los cartagineses y sus aliados después del castigo recibido eran mínimas, y el coste para el ejército cartaginés cada vez mayor en hombres, una carga que, en principio, se asemejaría insoportable contemplando las pérdidas en función de la proyectada invasión de la península Itálica. Sin embargo, el prestigio del comandante no podía resentirse con un fracaso antes del inicio de la campaña, por lo que la ciudad debía ser tomada al precio que fuera. En este caso, la determinación de vencer y el prestigio conseguido por la victoria eran un activo más apreciado para Aníbal que el tercio de su ejército que quedó ante los muros de la ciudad.

Los jefes militares debían recuperar rápidamente su prestigio tras una derrota, puesto que la cohesión de su ejército y el mantenimiento de los pactos con los aliados dependían en gran medida de las victorias o derrotas. Tras la aniquilación del ejército romano y la muerte de Publio y Cneo Cornelio Escipión en el 211 a.C., los aliados hispanos de los romanos más allá de la línea del Ebro hicieron defección de su bando para aliarse de nuevo a los cartagineses. Ni la presencia de otras tropas romanas, ni la posibilidad de que Roma enviase nuevos contingentes, consiguieron detener las deserciones que serían duramente castigadas cuando las tropas de Cartago empezaron a ser definitivamente derrotadas, pero, tras la victoria de Asdrúbal, la fuerza militar y el prestigio a ella asociado se encontraban del lado de los cartagineses. El prestigio del jefe militar permite el establecimiento de alianzas de dependencia personal basadas en el concepto de la *fides*. Las deserciones citadas se debieron probablemente a la extinción de los pactos establecidos con los Escipiones tras su muerte, del mismo modo que Indíbil y Mandonio se alzaron, o más exactamente recuperaron sus funciones plenas como *regula*, al extenderse el rumor del fallecimiento de Publio Cornelio Escipión al que habían rendido homenaje de fidelidad.

En este último caso, el pacto entre los *regula* y *princeps* ibéricos y el cónsul romano se había basado en el prestigio obtenido por el militar romano tras sus triunfos en Cartago Nova y Baecula, por lo que el prestigio de los nobles ibéricos no se había resentido ante su propio pueblo al someterse al vencedor que además los honraba en público con expresiones de amistad y regalos. Sin embargo, la supuesta desaparición de quien ostentaba el ascendente imposibilitaba que Indíbil y Mandonio continuaran manteniendo pactos de fidelidad con otros militares romanos carentes del prestigio de Escipión, la fidelidad personal se habría transformado entonces en sumisión permanente como pueblo y habría minado el prestigio sobre el que se asentaba su poder. La declaración de independencia respecto a Roma era, pues, una cuestión de supervivencia política. El conocimiento por parte de los romanos del significado del prestigio personal en las estructuras políticas tribales preestatales y de los símbolos que representaban ese prestigio motivará algunas de las decisiones tomadas por cónsules y pretores para terminar con la oposición de las comunidades indígenas. La ejecución de Mandonio y los otros *princeps* supervivientes de la batalla del 205 a.C. suponía una advertencia para el resto de *princeps*, pero también una clara humillación a la clase di-

rigente ibérica, dado que la muerte por ajusticiamiento suponía privar al *regulus* y a su linaje del prestigio que se obtenía al morir en el campo de batalla, rebajando su estatus al de un condenado del que se podían exponer los despojos en público (aunque las fuentes no indican que éste fuera el caso) como escarnio supremo, y la orden de Marco Porcio Catón de entregar las armas en el 195 a.C. suponía desposeer de los símbolos del prestigio y el estatus social a los miembros de las elites de las tribus del nordeste peninsular, contribuyendo con ello a limitar su ascendiente sobre los integrantes de su sistema social, e impidiendo futuros levantamientos al descabezar ideológicamente a las tribus.

La transcendencia de la pérdida de las armas en tanto que símbolos del poder suponía la ruptura de una estructura ideológica mantenida al menos desde el siglo VI a.C. en el ámbito de la Cultura Ibérica. La heroización de los antepasados, y especialmente de sus hazañas guerreras en la etapa de formación de las estructuras sociales ibéricas, constituía un elemento fundamental de la base ideológica de las comunidades ibéricas. La heroización supuso la aceptación del derecho de una estructura de origen familiar a detentar y ejercer el poder en una estructura política, un derecho reafirmado posteriormente con la organización de noblezas militares consolidadas sobre sistemas gentilicios clientelares en los que las armas y el pasado mítico constituían las bases de la cohesión social, la definición de unos referentes ideológicos de un pasado común en tanto que miembros del grupo cuya pérdida sólo podía significar su disgregación, ya que la substitución de unos referentes míticos idealizados por otros reales próximos en el tiempo tan sólo podría realizarse mediante la creación de un nuevo sistema o ciclo heroico, como el reflejado, probablemente, en los registros decorativos de los *lebes* del templo del poblado del Tossal de Sant Miquel (Llíria), en que las imágenes han sido calificadas como ejemplos de los rituales, pero de los que puede llevarse a cabo una lectura en clave de hechos históricos basados en el ciclo de la antigua Edeta y las acciones de Edecón, el *dinastés*, *clarus inter duces* citado en las fuentes clásicas.

3.1. La heroización del guerrero

El concepto de la heroización del guerrero en las estructuras sociales protohistóricas se relaciona con la definición de la figura del héroe fundador mitificado de una estructura social y política. La sublimación por engrandecimiento de un pasaje violento que dio origen al núcleo formativo de la estructura actual tenía como objetivo principal la legitimación del poder en la misma, comúnmente a partir de una idea de linaje surgido violentamente de la lucha entre cabecillas o nobles que controlaban sistemas clánicos extensos dentro de una misma tribu o grupo humano con relación basada en una cierta idea de *ethnos*. La actuación real del héroe fundador se transforma en legendaria con el paso del tiempo, y la repetición engrandecida de sus hazañas hasta convertirlo en un personaje semi-

divino o héroe al estilo griego, uniendo por tanto a la fuerza necesaria para la creación de un sistema social la idea de la voluntad y apoyo divino en sus acciones, es lo que le confiere un componente de prestigio añadido. Por tanto, un proceso formativo real se sublima y complejiza hasta convertirse en un referente cultural y político para el grupo que lo detenta y, por extensión, en un elemento de prestigio que potencia su influencia sobre sus vecinos o dependientes.

La heroización en la península Ibérica se documenta ampliamente en la iconografía tartésica, desde las estelas decoradas del sudoeste en las que se mitifica la figura conceptual del guerrero, puesto que entre los elementos representados no existe ningún identificativo específico de su pertenencia a una estructura social o política, hasta los registros decorativos de la orfebrería del *Orientalizante* en el que se incluyen principios iconográficos relacionados con los héroes más comunes en los ciclos mitológicos del Próximo Oriente como el *señor de los animales*. Como en cualquier registro iconográfico incluido dentro de los procesos básicos del difusionismo cultural y la aculturación ideológica, la reflexión básica que debe hacerse ante las imágenes indicadas es intentar identificar el grado de comprensión o decodificación del mensaje iconográfico por parte de las estructuras sociales indígenas en las que un determinado ítem actuará formalmente como bien de prestigio, e iconográficamente como transmisor de conceptos ideológicos.

En el ámbito territorial y cronológico de la Cultura Ibérica el registro iconográfico que introduce el concepto de la heroización del guerrero fundador o benefactor de una estructura social son los relieves del sepulcro turriforme de Pozo Moro (Chinchilla).[6] Sostenidos formalmente por cuatro leones acostados de diferente factura con función apotropaica o de protección del acceso al mundo de ultratumba, los sillares seudoisódomos de piedra calcárea tallados siguiendo un módulo formal específico y colocados a soga y tizón presentan relieves escultóricos cuya posición concreta en el registro decorativo es imposible establecer debido a la destrucción intencionada del monumento.[7]

6. Desde la excavación de la necrópolis de Pozo Moro a mediados de la década de 1970, los intentos de restitución de la construcción realizada con sillares decorados con relieves han adoptado la forma de una torre compuesta por un podio o zócalo escalonado de 3,65 m de lado, teniendo los dos escalones superiores un retranqueo de 20 cm por lado y, por tanto, una arista máxima de 3,35 y 2,85 m. En cada ángulo del último escalón, un león sirve de soporte conceptual al cuerpo del edificio de perímetro rectangular compuesto por los sillares decorados que alcanzaría una altura cercana a los 4 m. Por último, una moldura separa el cuerpo del remate de la construcción, parte para la que se han ideado diversas soluciones con formas que varían desde la solución plana a la piramidal. No obstante, el estudio de la documentación gráfica de la excavación indica que la parte central de la construcción era hueca, conservándose *in situ* sólo el primer escalón del podio, por lo que podría apuntarse la idea que la construcción de Pozo Moro no correspondiese a una estructura turriforme, sino a una forma de altar próxima al modelo griego, en el que, a modo de friso corrido, se situasen los relieves decorativos constituyendo una escena continuada. Las líneas de retranqueo de las piedras de los tres escalones que componen el podio demuestran la imposibilidad de que la base de la estructura pudiera soportar una construcción como la indicada en las reconstrucciones propuestas por M. Almagro Gorbea, dado que, simplemente, el edificio se caería. La función honorífica, representativa y política del monumento sería no obstante la misma con independencia de su forma.

7. Estratigráficamente, el monumento corresponde al estrato IV de la necrópolis, dividido en dos fases sucesivas, de las que la primera corresponde a la construcción y empleo del monumento, que puede

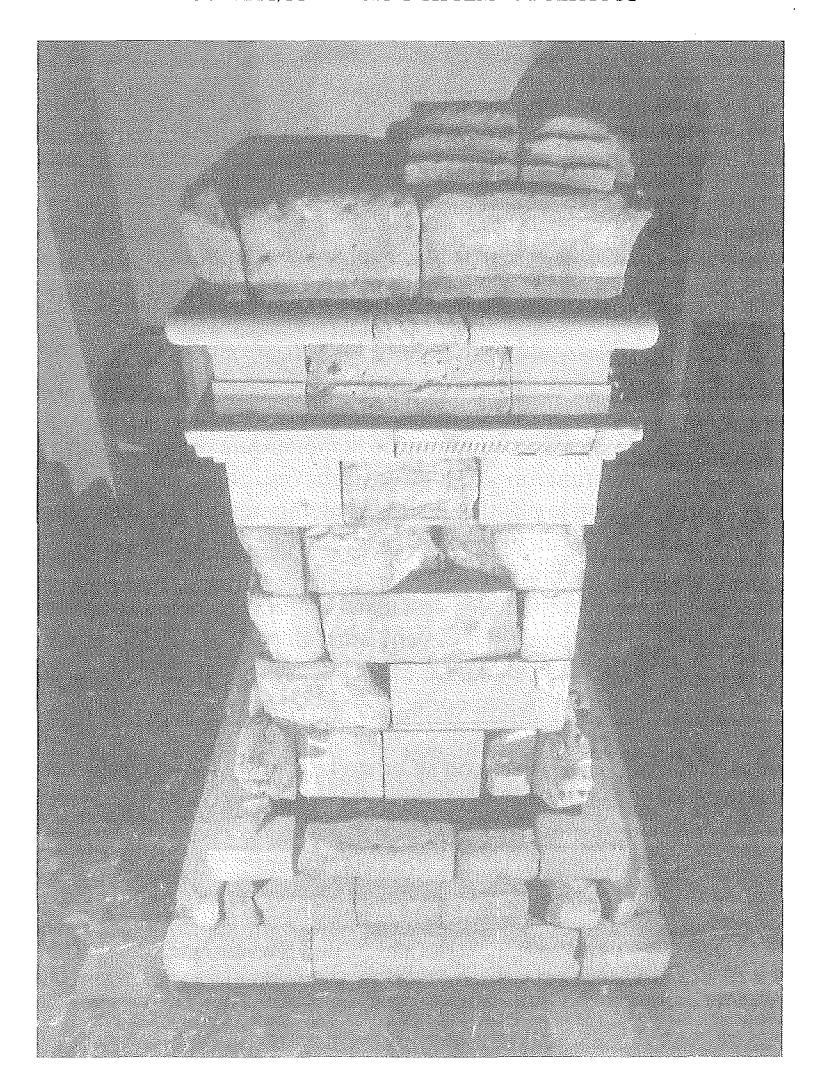


FIG. 3.1. *Sepulcro turriforme de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete). Reconstrucción actual en el Museo Arqueológico Nacional (Madrid). Foto: Juan Blánquez.*

---

fecharse en función del ajuar del *bustum* situado en su base alrededor del 500 a.C. La segunda fase corresponde a la destrucción del monumento, representada por los sillares caídos y cifrada antes de mediados del siglo V a.C., puesto que algunas sepulturas del estrato III de la necrópolis reutilizan materiales procedentes de esta construcción. Entre los materiales cerámicos del *bustum* figuran ítems de oro, plata y bronce (entre ellos un asa de un jarro piriforme con la figura de un joven desnudo que agarra a dos leones por la cola, una posible interpretación de la figura del *despotes theron*), una cílica ática del *tipo C* del estilo de figuras rojas cuyos motivos decorativos corresponden a los comunes del *Círculo del Pintor de Pithos*, y un lecitos de la clase *Atenas 581*. La cronología de los materiales permite datar la construcción entre el 500 y 490 a.C.

El conjunto del registro iconográfico permite establecer que corresponden a un mismo ciclo representativo, probablemente las hazañas de un héroe mítico o fundador, aunque no es posible establecer la secuencia de las empresas que protagoniza. La diferencia cronológica existente entre la fecha de construcción del monumento y la concepción de los relieves que lo integran pertenecientes con seguridad a la plástica orientalizante y no a la ibérica, permite enunciar la teoría de que los relieves localizados en Pozo Moro no se habrían realizado para la construcción de finales del siglo VI a.C., sino que los bloques serían reaprovechados a partir de la amortización de una construcción anterior perteneciente a los siglos VIII-VII a.C., posiblemente un templo o un edificio dinástico. La calidad de las imágenes, la posibilidad de conferirles una nueva lectura durante el Ibérico Antiguo, y el componente de prestigio que supondría para una estructura nobiliar gentilicia el empleo de elementos propios de la monarquía orientalizante, podrían explicar tanto la nueva función sacra de los relieves, como las incuestionables diferencias estilísticas con la plástica ibérica contemporánea, y la dificultad de establecer los pormenores del ciclo mitológico representado en las escenas partiendo del conocimiento actual sobre la religión ibérica.

Entre las escenas identificables destacan la figura del héroe armado; el robo o recuperación del árbol de la vida; el banquete infernal; el matrimonio hierogámico; y la imagen de la diosa alada. La escena del héroe armado muestra una figura masculina vestida con túnica corta, cinturón ancho, grebas metálicas o de cuero *(cnemides)* y casco con cimera y crinera; se protege con un escudo circular de pequeño tamaño que sujeta con su brazo izquierdo, teniendo el derecho alzado en actitud de golpear, aunque el arma que empuña no se ha conservado. Al tratarse de un esquema oriental similar al del *smiting god* o dios golpeador propio de la mitología e iconografías del Próximo Oriente, el arma debería ser una lanza, propia de los dioses y los héroes cuando se enfrentan a sus enemigos. La escena se ha interpretado como la figura del héroe protagonista del ciclo legendario al que se refiere el conjunto de relieves y, aunque la indumentaria ha sido calificada en ocasiones como oriental, lo cierto es que algunos de los elementos como la túnica, el escudo, o el cinturón amplio, son fácilmente identificables dentro de la panoplia y la iconografía peninsular del tardo-orientalizante y la primera fase de la Cultura Ibérica. La figura del guerrero armado dispuesto para el combate ha sido interpretada como parte de una *monomachia* o combate heroico entre guerreros, concepto muy extendido en el Mediterráneo Oriental,[8] y que encontrará su máximo apogeo en la plástica ibérica en el conjunto escultórico del Cerrillo Blanco (Porcuna) durante el siglo V a.C. y, posteriormente, en la cerámica pintada del estilo Oliva-Llíria.

Un segundo sillar incompleto presenta una escena confusa en la que el mismo guerrero, protegido por casco y grebas, se enfrenta a un ser demoníaco con ca-

8. Pueden recordarse las luchas entre campeones como el enfrentamiento entre David y Goliat y, especialmente, los combates de los héroes de la *Ilíada*.

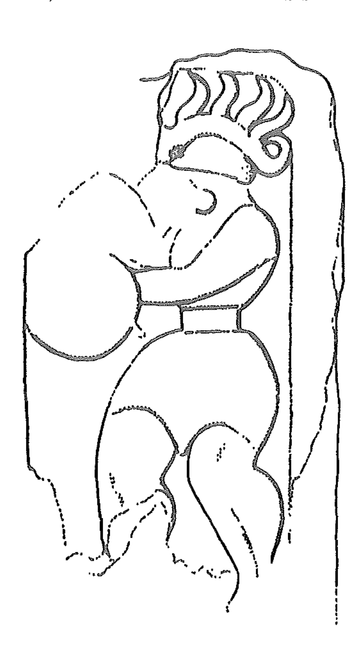


FIG. 3.2. *Sepulcro turriforme de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete). Escena de guerrero/héroe armado con casco provisto de crinera,* caetra *y lanza. Siglo* VI *a.C (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).*

beza de felino que escupe fuego por la boca; el héroe carga con dos ramas pertenecientes probablemente a un árbol de la vida proximooriental en el que anidan diversas aves, probablemente palomas, animal emblemático de las divinidades protectoras del ciclo de muerte y resurrección.[9] En la parte inferior de la escena, tres figuras humanas de pequeño tamaño intentan, con ayuda de tridentes, capturar a las palomas o impedir que el héroe se lleve el árbol. El tamaño desproporcionado de la figura humana respecto al resto de la escena puede considerarse como un indicio de su carácter sobrehumano. La interpretación de la escena debe relacionarse con el concepto del héroe benefactor a través de cuyo esfuerzo

9. El concepto del árbol de la vida es propio de la estructura ideológica del Próximo Oriente, donde se definen unas características muy similares a las representadas en los relieves, sirviendo como ejemplo de ello el sueño de Nabucodonosor interpretado por Daniel/Baltasar: «Miraba yo, y vi en medio de la tierra un árbol alto sobremanera. El árbol había crecido y se había hecho muy fuerte, y su cima tocaba en los cielos, y se le veía desde los confines de toda la tierra. Era de hermosa copa y de abundantes frutos, y había en él mantenimiento para todos. Las bestias del campo se resguardaban a su sombra, y en sus ramas anidaban las aves del cielo, y todos los vivientes se alimentaban de él. En las visiones de mi espíritu en mi lecho vi que bajaba del cielo uno de esos que velan y son santos, y, gritando fuertemente, dijo: Abatid el árbol y cortad sus ramas, sacudid su follaje y diseminad los frutos, que huyan de debajo de él las bestias y las aves del cielo de sus ramas». *Daniel*, 4, 7-11.



FIG. 3.3. *Sepulcro turriforme de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete). Escena de banquete funerario. Siglo* VI *a.C. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).*

y sacrifico los hombres acceden al conocimiento, ejemplificado en la fertilidad en este caso, reservado sólo a los dioses, y cuyo prestigio se reafirma por la realización de una hazaña que tiene la consideración de sobrehumana.

En la iconografía oriental, el león es el animal emblemático de reyes y dioses, y como tal aparece en la escena, desafiando al héroe mediante sus fauces flameantes, intentando impedir que culmine su misión. Ser apotropaico, protector del descenso a los infiernos a la par que símbolo real, los leones ubicados en la base del monumento cumplirían también la doble misión citada. El ciclo mítico del árbol de la vida en las estructuras políticas y sociales del Próximo Oriente tiene también otro significado. El tronco del sueño de Nabucodonosor es interpretado por Daniel como el origen del linaje, de la realeza, la concesión del derecho a reinar por parte de los dioses después de que el rey acate su poder. El robo del árbol por el héroe de Pozo Moro puede interpretarse por tanto como una escena de legitimación del origen de una dinastía, dado que el fundador de la misma en sus hazañas fue capaz de arrebatar el símbolo a los dioses, equiparándose en cierto modo con ellos y proclamando así su derecho a reinar.

La tercera escena se sitúa también en el mundo infernal. Un banquete funerario, similar conceptualmente a los ritos de cohesión social presentes en las escenas reales o nobiliarias del Mediterráneo Oriental, presenta, estructurado en

un registro de lectura orientado de izquierda a derecha, a una figura fantástica con cuerpo humano y bicefalia animal entronizada que alza su mano derecha con un cuenco o patera en el que aparecen restos humanos, mientras que con la izquierda arranca la pata de un jabalí dispuesto frente a ella sobre una mesa.[10] Ante la principal, una segunda figura, femenina con cabeza animal y lengua bífida, vestida con túnica y cubierta con un tocado alto, le presenta un segundo cuenco, mientras que en el extremo derecho del sillar, un ser mitológico con piernas humanas pero tronco, extremidades superiores y cabeza animal, probablemente un hipopótamo, está descuartizando con un gran cuchillo afalcatado a varios seres humanos a los que cuece en un cuenco o caldero situado sobre una parrilla.

La interpretación inicial básica de la escena, un banquete canibálico destinado a describir y enmarcar el mundo de ultratumba al que descendería el héroe en busca de la renovación del ciclo agrario, puede interpretarse con otros matices. La cocción del hombre en un caldero, escena situada a la izquierda de la composición, se relaciona con el ritual griego de la huida o el regreso de la muerte *(apothanatismós)*, con lo que la cocción ritual en una escena de banquete sacrificial o funerario podría ser una imagen de la asunción de la inmortalidad por el héroe que, junto a su victoria sobre la muerte, consolidaría el linaje.

La cuarta escena principal, fragmentada en su parte superior, muestra un acto sexual *(symplegma)* de carácter heterosexual. El mayor tamaño de la figura femenina ha inducido a considerar a esta figura como una diosa y, en consecuencia, al relieve como una representación del matrimonio hierogámico que explicita el ritual de la cópula sagrada con la que se sellaban en las estructuras sociales y políticas del Próximo Oriente las alianzas entre una comunidad y las divinidades principales y protectoras de la misma, introduciendo al hombre en el ritual de fertilidad que anteriormente era patrimonio exclusivo de los dioses.[11] La unión carnal entre el rey y la reina sustituía a la teórica entre el monarca como máximo representante de la estructura de culto y la divinidad. En sentido estricto, la hierogamia supone una ejemplificación del ritual de la fertilidad que, en el contexto del monumento, puede tener un doble significado: el estricto de la consecución de la abundancia y la referencia al origen noble de un linaje aristocrático. La pre-

10. Los estudios del prof. Juan Blánquez sobre las escenas de Pozo Moro permiten apuntar la hipótesis de la existencia de diversos planos de registro en esta escena, atendiendo a la posición superpuesta de diversas partes de manos y figuras. Así, el personaje entronizado no sería un ser bicéfalo sino, que, de hecho, se trataría de dos divinidades situadas una a continuación de la otra, presentándose las cabezas superpuestas al no poder el artesano resolver los problemas de la perspectiva en la imagen. Una de las divinidades recibiría el cuenco con las partes de los hombres sacrificados, y la otra la libación. Un paralelo estético de la propuesta indicada podría ser un relieve procedente de Locri conservado en el Museo Nazionale de Reggio Calabria y datado *c.* 500 a.C. en que se representa a Hades y Perséfone investidos con los emblemas de la fertilidad. Ambos dioses están sentados en paralelo, pero la perspectiva de la imagen muestra tan sólo un trono y un escabel, haciendo aparecer la cara del dios por detrás del de la diosa.

11. Uno de los mejores ejemplos se encuentra en el *Poema de Dumuzi*: «¡Ara mi vulva, mi amor! Señora, tus pechos son tu campo, ancho campo rebosante de plantas, ancho campo rebosante de grano. Aguas que manan en lo más alto, para tu señor, pan, pan de lo más alto, derrámalas para el señor que ha sido designado que quiero beberlas de ti.»

sencia de la base de una posible columna de fuste torsionado o salomónico situaría la escena en el templo de la diosa, el lugar sacro al que tan sólo tendría acceso el héroe por su condición de tal. Los estudios de S. N. Kramer sobre el concepto del matrimonio sagrado indican cómo esta práctica hunde sus raíces en las concepciones ideológicas sumerias, en relación probablemente con el cambio en la organización política de los primeros estados en los que las monarquías incipientes debían asentar su poder mediante la plasmación de la idea del carácter divino de su derecho a gobernar. En el sentido indicado, la cópula con la divinidad y la transmisión mediante su simbolismo a la comunidad del concepto de rey-benefactor escogido y protegido por los dioses serviría para el fin indicado, siendo probablemente el mejor ejemplo de ello el *Poema de Gilgamesh.*[12]

Claramente orientalizante, la escena de la cópula sagrada no vuelve a repetirse en el ámbito de la plástica ibérica, aunque se ha apuntado que el relieve del conjunto escultórico de Osuna (Sevilla) denominado *El beso* podría representar también el mismo principio en el marco cronológico del Ibérico Tardío. Una de las peculiaridades del *hierós gamos* de Pozo Moro es el hecho de que las figuras se representen de pie, apoyándose los pies de ambas en la cenefa o franja inferior que delimita la escena, simbolizando la procesión o acceso al santuario donde tendría lugar la unión, del mismo modo que Zeus y Hera recorrían también ceremonialmente el camino hasta el recinto sacro en el que se les preparaba el tálamo nupcial durante las ceremonias hierogámicas que tenían lugar en diversos puntos de Grecia para conmemorar la unión de los dioses, establecidas, según la tradición, por Alalcomeneo, héroe fundador de la ciudad de Alacómenas en Beocia, junto al que fue a resguardarse Hera, cansada de las constantes infidelidades de Zeus, ocasión que aprovechó el héroe para sugerir a la diosa que renovara periódicamente su rito de boda. Por el contrario, la mayor parte de las representaciones de hierogamias en Mesopotamia y el Próximo Oriente presentan el acto sexual con sus protagonistas acostados sobre el tálamo nupcial.[13]

La presencia de personajes itifálicos en la Cultura Ibérica se circunscribe al sileno simposiasta de Capilla (Badajoz) y al sátiro del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete), tratándose en ambos casos de piezas asociadas a objetos broncíneos de origen griego y, como tales, relacionables con el ciclo de Dioniso a cuyo cortejo estaban incorporados y, por tanto, estrechamente ligados a los rituales de la fertilidad. Por último, los exvotos con miembros viriles

12. «La gloriosa Isthar levantó un ojo ante la belleza de Gilgamesh: ¡Ven, Gilgamesh, sé tú mi amante. Concédeme tu fruto! Serás mi marido y yo seré tu mujer. [...] en la fragancia de los cedros entrarás en nuestra casa. Cuando en nuestra casa entres, ¡El umbral y el tablado besarán tus pies! ¡Se humillarán ante ti reyes, señores y príncipes! El producto de colinas y de llano te ofrecerán por tributo. Tus cabras engendrarán crías triples, tus ovejas gemelos. Tu asno en la carga sobrepujará a la mula. Los corceles de tu carro serán famosos por su carrera. Tu buey bajo el yugo no tendrá rival». Tablilla VI.

13. *Vide*, por ejemplo, la plaqueta de arcilla *ANE 115719* (1923-1-16,1) del British Museum, procedente de Babilonia y fechada *c.*1800 a.C. El cordaje que une el tejido del lecho a la estructura de madera de la cama recuerda por su torsión la base de columna situada tras la figura masculina en el relieve de Pozo Moro.

erectos de tamaño en ocasiones descomunal procedentes de los santuarios ibéricos, interpretados comúnmente como una imagen rogativa de fertilidad para el individuo representado, su estructura familiar, o bien su estructura gentilicia, podrían corresponder perfectamente a la tradición del héroe fecundador a la que corresponde la escena de Pozo Moro.[14] Si se aceptase la interpretación propuesta para las figuras con el falo erecto, podrían reinterpretarse igualmente algunas de las imágenes femeninas caracterizadas por presentar una desnudez ritual y los brazos extendidos en señal de acogida,[15] el mismo esquema conceptual del relieve de Pozo Moro.

El quinto relieve muestra una figura femenina con peinado hatórico, hexáptera, sentada sobre una silla de tijera, que sujeta en ambas manos el tallo de una flor de loto. La escena representa una diosa de la fecundidad, probablemente en el momento de su nacimiento o epifanía representado por la fertilidad de las plantas; una figura relacionable sin duda con algunas de las representaciones más características del orientalizante tartésico como el *Bronce Carriazo* (Sevilla) y los *Bronces del Berrueco* (Salamanca), en las que se aúna el carácter alado de la representación femenina con el peinado hatórico derivado de los prototipos egipcios mutados en el ámbito iconográfico semita, y el disco solar. Del mismo modo, la figura de la divinidad femenina, en este caso no alada, se muestra contemporáneamente en la figura entronizada de la *Astarté del Carambolo* en la que la figura femenina completa su ciclo de antropomorfización. Aunque es difícil traspasar el culto orientalizante que se encierra en las representaciones indicadas a la Cultura Ibérica, existen algunos puntos de referencia interesantes que cabe apuntar. La figura broncínea de la diosa del Carambolo tenía, por la posición sentada de la representación, que presentarse sobre un trono, probablemente de carácter alado, tal y como será posteriormente el de la Dama de Baza en el siglo IV a.C., momento en que la figura femenina, completamente antropomorfizada ya, mantiene una parte de los emblemas de la divinización en los objetos asociados que le son indispensables para transmitir la imagen de la majestad. Los personajes alados en la iconografía ibérica se mantendrán hasta el Ibérico Tardío, esencialmente en las dos figuras aladas de los vasos de La Alcudia (Elche), una de ellas representada en la acción de domar caballos, es decir, la prolongación de la idea del señor o señora de los animales que ya caracterizaba la parte fundamental de la iconografía religiosa orientalizante por ejemplo en los bronces con motivos similares de los yacimientos de Cástulo (Jaén) y Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz).

Al margen de las escenas descritas, el resto de los relieves son muy fragmentarios, por lo que su interpretación es compleja. La secuencia narrativa no hace referencia a la persona enterrada ni a los miembros coetáneos de su estruc-

14. Por ejemplo la figura 22.811 del Museo Arqueológico Nacional en la que un guerrero muestra un falo de tamaño descomunal.

15. Por ejemplo, y entre otras muchas, las figuras núms. 28.639 y 37.710 del Museo Arqueológico Nacional procedentes del santuario del Collado de los Jardines.

tura social, sino que responde a una concepción religiosa muy compleja en la que se suman las ideas de la fecundidad, el origen del hombre y el ciclo de muerte y resurrección. La presencia de seres infernales y apotropaicos refleja la idea mitológica de la lucha entre el bien y el mal, el descenso a los infiernos y la vida tras la muerte, concepciones que no son exclusivas de la Cultura Ibérica, sino que corresponden a una idea común mediterránea *(koiné)* de los mitos creadores surgida en el Próximo Oriente, y extendidos hacia el Mediterráneo central y occidental durante el período *Orientalizante* a partir del siglo VIII a.C. Las interpretaciones del concepto del monumento como de origen siriohitita o neohitita abundan en la explicación indicada.

De factura plenamente ibérica, la representación de las hazañas del héroe cuenta con su mejor ejemplo en el conjunto honorífico de Cerrillo Blanco (Porcuna). Los más 1.500 fragmentos escultóricos recuperados de fosas de amortización componen un vasto catálogo iconográfico integrado por escenas de cacería noble; combates heroicos entre guerreros *(monomachias)*, con grifos *(grifonomaquia)*, o leones *(leontomaquia)*; antropomorfizaciones de divinidades femeninas; escenas relacionadas con la fertilidad humana (jóvenes desnudos, masturbación); y una pléyade de figuras animales tanto reales (lobos atacando corderos, águilas, leones) como mitológicos (esfinges y grifos). El problema básico planteado en función de la variedad tipológica del material, complejidad ideológica, y circunstancias del hallazgo, es organizar la recomposición del discurso ideológico-iconográfico propuesto por los autores del monumento; básicamente consiste en discernir si se trata de una única composición narrativa en la que todas las escenas forman parte de un mismo ciclo, o si bien las figuras corresponden a escenas aisladas pertenecientes a narraciones diferentes. En función de los dos principales paralelos conceptuales existentes en la península Ibérica, Pozo Moro y el conjunto monumental de El Pajarillo (Huelma), puede deducirse que las esculturas de Cerrillo Blanco forman parte de un único discurso narrativo de carácter legendario-religioso destinado a narrar las hazañas de un héroe mítico al estilo del *Poema de Gilgamesh* o de los trabajos de Heracles; héroe que puede considerarse como el antepasado real o mitificado fundador del linaje o de la elite aristocrática dominante en el territorio, cuyo prestigio y referente cultural sirve de referente y nexo de unión para los integrantes de las sucesivas generaciones del grupo social referido.

Un segundo problema, no menos importante, consiste en determinar las bases conceptuales del significado del discurso iconográfico, asumiendo que las leyendas recogidas y expresadas en él forman parte de la superestructura ideológica ibérica (al menos del área de la Alta Andalucía), o bien son la adaptación a tradiciones locales de elementos foráneos propios de la tradición mediterránea de héroes y dioses indicada. Determinados elementos del grupo escultórico, como por ejemplo la leontomaquia, se inscriben en los ciclos mitológicos de Dumuzi, Melkart, Heracles o Sansón. Al igual que sucede en otros registros iconográficos ibéricos complejos, no puede discernirse si el significado último del ciclo repre-

sentado podía ser comprendido por la totalidad de la población que lo contemplara o tan sólo por una elite social que conservara entre sus lazos de cohesión la memoria de los ciclos mitológico-heroicos de fundación influidos, en muchos casos, por la plástica y la tradición oral relacionada con la difusión de modelos iconográficos orientalizantes por los agentes comerciales. Con todo, el prestigio emanado de la construcción de este tipo de monumentos depende no tan sólo de la decodificación de la información, sino también de la potencia económica y la fuerza política del sistema que es capaz de acometer su construcción. Aun y en el caso de que la lectura de los contenidos fuera diferente para las diversas clases integrantes de un mismo grupo social, la sola existencia del monumento ya cumpliría su función de transmisión de la heroización.

Entre los grupos escultóricos destaca el de los guerreros. Formado por diez figuras emparejadas en cinco combates singulares *(monomachias)*, constituye una excelente representación de las ideas básicas del combate heroico en el mundo ibérico: la lucha individual realizada por los aristócratas, reflejo a un tiempo del combate entre héroes del mundo clásico y de la supremacía de una casta nobiliar o elite militar sobre el resto de la población, un tipo de combate que pervivirá hasta la formación de los ejércitos de base gentilicia y el empleo masivo de guerreros a partir de finales del siglo V a.C. y, especialmente, durante la conquista bárquida y la Segunda Guerra Púnica. Las figuras de los guerreros muestran claramente la idea de la proeza militar realizada por un grupo de ellos que consigue sorprender y derrotar a otro grupo o, con mayor probabilidad, los cinco combates representan otras tantas victorias en combates individuales de un mismo héroe, la figura del fundador del linaje. Para ello, el escultor ha plasmado con total crudeza la idea de la victoria asociada a la muerte, destrucción y subyugación de los vencidos al mostrarlos yacentes en tierra y con parte de su armamento inutilizado, como los escudos doblados, en referencia a las prácticas funerarias de amortización de las armas durante el ritual funerario.

La panoplia de los guerreros responde a la tipología del armamento ibérico en el siglo V a.C. conocida en función de los ajuares de las necrópolis contemporáneas del sur y sudeste peninsular. La figura del héroe combatiendo desmontado mientras sujeta por las riendas a su caballo ha sido interpretada como la confirmación de los pasajes de Diodoro Sículo en los que se indica que los iberos y lusitanos descendían de sus monturas para combatir a pie, un caso que también se documenta durante la batalla que pone fin a la segunda sublevación de Indíbil en el 205 a.C. cuando el caudillo militar y sus hombres más fieles desmontan para reforzar a la línea de infantería; sin embargo, la presencia del caballo debe interpretarse como un elemento más de la representación del estatus del héroe, manteniendo la tradición que el jinete representaba ya entre las estructuras sociales de la Edad de Bronce y que en el ámbito ibérico se reproducirá iconográficamente con gran profusión, desde las esculturas de equinos como el caballo de Casas de Juan Núñez (Albacete) a los exvotos de los santuarios, entre los que destacaría por su profusión tipológica y amplitud cronológica el de El Cigarralejo (Mula).

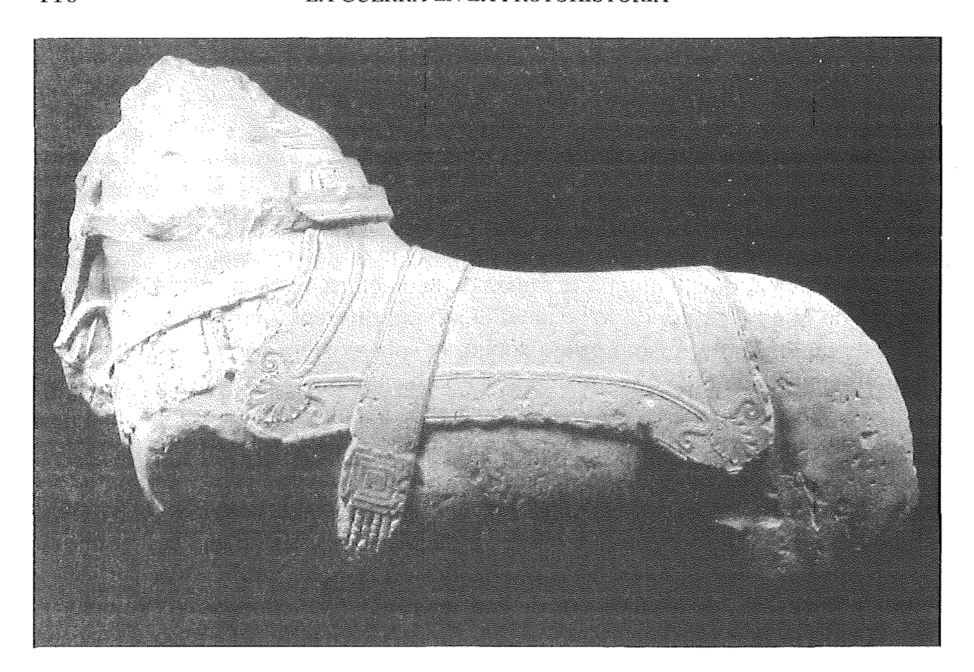


FIG. 3.4. *Caballo de Casas de Juan Núñez (Albacete). Siglo* V *a.C. (Museo de Albacete). Foto: Juan Blánquez.*

El conjunto iconográfico indica que la idea de los constructores del monumento fue la de relatar un ciclo mitológico legendario en el que se combinan las hazañas realizadas en el mundo de los vivos (los combates de guerreros), con los rituales de la fertilidad (escenas de masturbación, jóvenes desnudos y divinidades femeninas), la lucha contra los peligros que acechan al grupo ejemplificadas en las hazañas sobrehumanas (*leontomaquias* y *grifonomaquias*), y el descenso al mundo infernal para proclamar el triunfo del héroe sobre la muerte, su relación con las divinidades protectoras e infernales, y ejemplificar por el ritual muerte-resurrección los cultos de fertilidad. No debe considerarse al conjunto como una representación aislada. Bajo ideas plásticas diferentes, muchos de los elementos del ciclo se encuentra en otras áreas de la Cultura Ibérica en cronologías diversas, pudiéndose, por ejemplo, relacionar las antropomorfizaciones de la divinidad femenina en el mismo nivel conceptual que la entronizada *Dama de Baza*, mientras que la idea de la masturbación masculina como referente simbólico a la fertilidad se documenta también en los exvotos de bronce de los santuarios ibéricos en la misma forma o bajo el patrón del priapismo.

La heroización funeraria se documenta a fines del siglo V a.C. en la necrópolis de los Villares (Hoya Gonzalo), en la que dos sepulturas tumulares estaban coronadas por otras tantas figuras ecuestres de diferente factura identificadas como

pertenecientes a dos generaciones. Representan el viaje al mundo de ultratumba de los difuntos dentro de un concepto de *koiné* mediterránea muy difundido por ejemplo en Etrutria donde el caballo, y especialmente el pegaso, desempeñaban el papel de ser transportador de almas *(psicopompo)*, siendo la montura además un recordatorio del estatus y pertenencia a una clase social específica del difunto. Caballo y jinete son en este caso un exponente indiscutible del discurso político que refuerza la idea del linaje de la elite de poder que controla el territorio del que depende la necrópolis. Aunque ambas figuras no presenten armamento completo, el vestido y calzado de ambos jinetes se relaciona con la indumentaria de los guerreros de las *monomachias* de Cerrillo Blanco. Estatus, caballo y linaje se relacionan también en los relieves del cipo escultórico de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla) datado a mediados del siglo IV a.C.

El cipo escultórico formaba el cuerpo de un pilar-estela asentado sobre un podio de tres escalones. Sobre el prisma, una nacela troncocónica decorada con figuras de guerreros muertos desprovistos de armas pero vestidos con la túnica corta y el cinturón ancho propios de la indumentaria ibérica, un motivo sin paralelos en la península Ibérica pero próximo conceptualmente a los de otras nacelas de las necrópolis de El Cigarralejo (Mula), Cabecico del Tesoro (Verdolay) y, especialmente, al *relieve de las damitas* de la necrópolis de Corral de Saus (Moixent). El pilar-estela estaba rematado por una escultura zoomorfa de bovino similar estilísticamente a los ejemplares de Caudete de las Fuentes y Monforte del Cid, cuya interpretación debe relacionarse con la idea de símbolo o emblema totémico de un grupo social extenso, familiar clánico o, en menor medida, personal, pero en todo caso lo suficientemente conocido como para que su presencia coronando un monumento funerario pudiera ser rápidamente comprendida por un posible espectador. Las cuatro caras del cipo presentan otras tantas escenas en relieve que forman parte del mismo registro iconográfico. La primera presenta a un hombre adulto entronizado que extiende su mano sobre la cabeza de un joven que, a su vez, posa su mano izquierda sobre la rodilla del adulto en lo que puede interpretarse como una escena de presentación, sumisión gentilicia o filial, o un rito de paso de edad bien conocido en el mundo griego dentro de la práctica de la guerra en la que se pide la protección en la batalla con este gesto.[16] Como súplica, tocar las rodillas de quien ostenta el poder es el gesto de sumisión que Mandonio

16. Los ejemplos son múltiples. Entre ellos destacan la sumisión de Lycaon a Aquiles durante el combate que les enfrenta: «Aquiles continuaba inmóvil. Lycaon, asustado, se le acercó a tocarle las rodillas, pues en su ánimo sentía vivo deseo de librarse de la triste muerte y de la negra Parca. El divino Aquiles levantó enseguida la enorme lanza con intención de herirle, pero Lycaon se encogió y corriendo le abrazó las rodillas [...] Te lo ruego abrazado a tus rodillas, Aquiles; respétame y apiádate de mí. Has de tenerme, ¡oh alumno de Zeus!, por un suplicante digno de consideración». Homero, *Ilíada*, XXI, 65-74, o las plegarias de Ulises a los dioses cuando busca un lugar en que poner pie en la costa: «¡Óyeme, oh soberano! Quienquiera que seas, te imploro. Vengo huyendo del mar porque en él Poseidón me sojuzga. Incluso a los dioses, digno es de respeto el que llega errabundo, lo mismo que yo a tus riberas me acerco, y estoy ya a tus rodillas después de pasar tantos males. ¡Oh señor, ten piedad del que a ti suplicándote acude!». Homero, *Odisea*, V, 445.

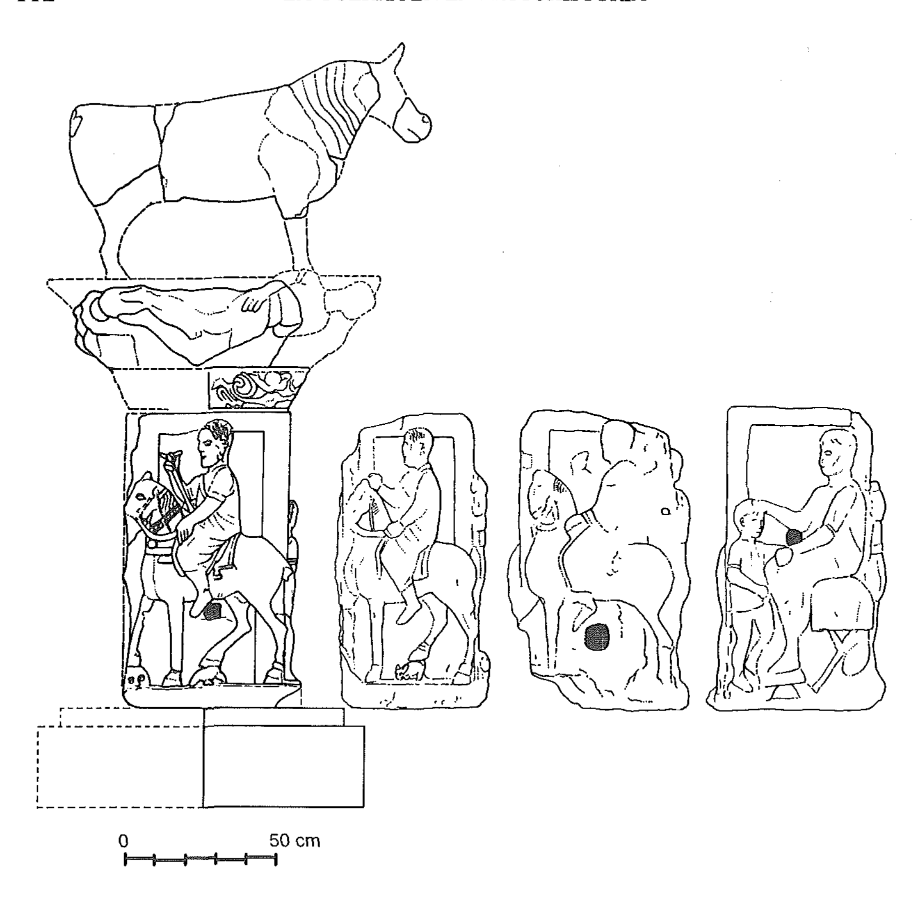


FIG. 3.5. *Cipo escultórico de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). Siglo IV a.C. (Museo Arqueológico de Murcia).*

realiza ante Publio Cornelio Escipión tras la fracasado sublevación del 206 a.C. para implorar su perdón.[17] Las otras tres escenas muestran un jinete que avanza siempre en el mismo sentido, reflejo del concepto del tránsito y discurrir del ciclo vital, vestido con una túnica y los emblemas de clase y poder (pendiente en el lóbulo de la oreja, bastón de mando), cuya montura aplasta sucesivamente en las tres caras un ave, una liebre y una cabeza demoníaca, elementos ya representados en otros conjuntos heroizantes y que pueden interpretarse como el recordatorio de victorias militares sobre estructuras sociales cuyos emblemas totémicos fuesen los indicados. Conceptualmente, la idea del cipo escultórico se aproxima a

17. «Qui advolutus genibus fatalem rabiem temporis eius accusat». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 34.

las estelas funerarias atenienses en las que se representaban escenas de la vida o alegorías genéricas del difunto y su grupo social, como en el caso de las estelas de Hegéso y Dexileo en la necrópolis de Eridano, datadas entre finales del siglo V y principios del siglo IV a.C.

La estructura del cipo de Coimbra del Barranco Ancho no es un caso aislado dentro de la escultura funeraria ibérica. En la necrópolis del Corral de Saus (Moixent) se documentó en 1972 un gran sillar monolítico de 104 cm de altura, 44 de ancho y 38 de fondo, muy degradado por la acción antrópica y las condiciones de conservación.[18] En una de sus caras, probablemente la única que fue trabajada, presentaba el relieve de un jinete del que se había eliminado intencionadamente la parte superior, zona que permitiría con toda probabilidad la identificación de la persona representada en el monumento funerario, por lo que es posible que se trate de una acción intencionada relacionada con la idea de la eliminación física del recuerdo del personaje *(damnatio memoriae)*, un proceso ampliamente conocido en las estructuras políticas y sociales del ámbito circunmediterráneo. El caballo avanza hacia la izquierda levantando la pata del mismo modo que en el relieve de Coimbra del Barranco Ancho, destacando el acabado de pezuña abierta de las patas en los dibujos publicados de la pieza. Sin embargo, el análisis de las fotografías muestra que entre el final de la pezuña y la línea de la moldura de la escena queda un espacio libre, por lo que es muy probable que, de hecho, en los dibujos, y debido al mal estado de conservación, se haya unido la parte inferior de las extremidades del animal con los animales que aplasta en su andadura. La interpretación del gesto de aplastar a los animales símbolo emblemático de otros grupos sociales o políticos permitiría constatar en Corral de Saus la misma idea de mensaje político enunciada para el ejemplar de la necrópolis murciana. A diferencia del cipo de Jumilla, el jinete podría estar en este caso armado, portando un escudo circular *(hoplon/aspis)* de gran tamaño, aunque es probable que se trate de una mala interpretación y, de hecho, la figura representase a un *princeps* o *dinastés* ataviado con túnica y desarmado, dado que la exhibición de la panoplia militar no sería ya necesaria como elemento determinante de la representación del poder.[19] La ausencia de contexto estratigráfico impide datar la pieza, aunque por comparación con la de Coimbra del Barranco Ancho podría cifrarse en el siglo IV a.C. La heroización ecuestre sería un elemento ampliamente difundido en las regiones del levante y sudeste de la península, puesto que un total de 46 estelas muestran la relación conceptual entre hombre y caballo en el seno de las elites ibéricas bajo cuatro patrones o esquemas figurativos: jinete desarmado, jinete armado, escenas de caza, y asociación hombre-caballo.

18. Pieza SIP 13.568, localizada en 1972 como consecuencia de tareas de remoción agrarias, careciendo, por consiguiente, de contexto arqueológico.

19. Compárense en la obra Izquierdo Peraile, I. (2000): *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela*. Ed. Diputación Provincial de Valencia, Serie Trabajos Varios del SIP 98, Valencia, especialmente la fig. 145 y las fotos 78, 79 y 80.

La concepción iconográfica del cipo de Coimbra del Barranco Ancho mantiene los rasgos de sublimación de las hazañas de un miembro destacado o gobernante perteneciente al linaje principal de un grupo social, pero se constatan cambios significativos respecto al registro iconográfico de los siglos VI y V a.C. La figura principal no es ya básicamente un héroe guerrero, símbolo de la aristocracia, sino un noble que detenta el poder en un grupo gentilicio. Por tanto, una figura real y no legendaria o mítica en la que el gobierno representado por sus símbolos es el factor de mayor peso en su recuerdo, aunque, ocasionalmente, haya obtenido la victoria en crisis bélicas como indican los emblemas aplastados por su caballo, pero estos triunfos no se obtienen ya como resultado de una acción individual, sino colectiva del grupo, en los que el noble no es ya el ejecutor de la hazaña sino el dirigente que la organiza y obtiene.

A principios del siglo IV a.C. la idea del héroe fundador del linaje se presenta en el monumento y conjunto escultórico de El Pajarillo (Huelma). A diferencia de Cerrillo Blanco, su situación en un enclave que controla la vía de paso entre el Alto Guadalquivir y la hoya de Guadix-Baza (Granada) permite interpretarlo como un monumento de prestigio destinado a marcar la frontera del territorio controlado por una estructura política mediante una iconografía escenográfica específica, potenciando así su papel preponderante en el área mediante una función de propaganda. El hecho de que los dos núcleos de población más importantes de la zona, los poblados de la Loma del Perro y Úbeda la Vieja, se encuentren distantes del monumento, ratifica el carácter fronterizo enunciado.

Situado sobre una doble terraza sobre el río Janduilla, y enmarcado por una doble pareja de leones y grifos con función apotropaica, la escena principal está formada por cinco figuras: un noble armado, un joven desnudo caído, un lobo o carnicero y dos perros. El personaje principal, una figura masculina vestida con una túnica corta y cubierto con capa, ha sido representado en actitud de alerta frente a su enemigo, el lobo, desenvainando la espada y protegiéndose de la embestida con la capa enrollada en su brazo izquierdo; el estudio anatómico de la pieza incluye la representación de los genitales del héroe, sólo visibles desde una perspectiva inferior, exactamente la prevista para la contemplación del monumento. Entre los elementos que indican la posición social del héroe salvador se cuentan la cinta o cenefa del borde de la túnica, conocida en otras esculturas, y la *falcata*, arma de puño por excelencia en la Cultura Ibérica que indica en este caso el estatus del noble puesto que la porta en ausencia de otro tipo de elemento de la panoplia militar, dado que al no tratarse de una lucha entre guerreros sino de una zoomaquia, el arma más lógica para una acción cinegética sería la lanza.

La segunda figura antropomorfa, un varón desnudo con el sexo explícito, fue representado caído en el suelo tras ser atacado por el lobo, siendo significativo que aunque la figura humana desnuda se conoce en la plástica ibérica, es más propia de los exvotos, donde la desnudez adquiere un carácter religioso en los ritos de súplica, es poco común en la escultura en piedra. Junto al noble, las dos figuras de mastines permiten relacionar las escenas de cacería de Cerrillo Blanco

con el carro votivo de Mérida (Badajoz) en el que un noble a caballo, ayudado por sus perros, intenta alancear un jabalí. La idea del peligro representada por el lobo se relaciona con el carácter apotropaico de este animal en la plástica ibérica, presente, por ejemplo, en el *kardiophylax* del disco coraza de la escultura de guerrero de La Alcudia (Elche) y en el omphalos de una de las páteras mesomphalos del poblado del Castellet de Banyoles (Tivissa), aunque en ambos casos ejercen una función contraria: la protección de acceso al mundo de ultratumba. El lobo en el caso de El Pajarillo significa muerte y es claramente equiparable a las zoomaquias mediterráneas en las que un héroe salvador se enfrenta a animales dañinos para proteger a una comunidad. El joven tendido e indefenso supondría un reflejo del grupo social salvado del peligro por el noble guerrero, aunque, y en una variante más compleja de lo anterior, la escena podría representar al protector de la fertilidad y la abundancia reflejada en el joven frente a su aniquilamiento por la muerte o las divinidades infernales propias del ciclo muerte-resurrección simbolizadas por el lobo. En último caso, la escena podría representar la idea del fundador de un linaje de poder. El hecho de que a los pies del monumento discurra un curso fluvial, y que hayan podido identificarse áreas de celebración periódica de rituales con empleo de fuego permite afirmar que la escena del monumento de El Pajarillo, cualquiera que fuese su significado último, constituía un referente cultural e ideológico básico del grupo social que la había erigido, manteniéndose el recuerdo de la misma como símbolo de cohesión social a través de la celebración de ofrendas y ritos periódicos.

En los ejemplos de heroización indicados existe un rasgo de función ideológica pasiva que los relaciona: su destrucción violenta. Entre finales del siglo VI a.C. y a lo largo del siglo V a.C. se documenta la destrucción progresiva de los grandes conjuntos de la escultura monumental en piedra ibérica como consecuencia de actos violentos. Los cambios sociales integrados en la sustitución de las estructuras sociales de carácter monárquico ejemplificadas en la escultura honorífica podrían haber sido simbolizados por la amortización de los monumentos por ser los símbolos externos de un poder periclitado. El hecho de que El Pajarillo y Coimbra del Barranco Ancho se amortizasen por causas naturales en diferentes períodos del siglo IV a.C. permite suponer que los cambios profundos acontecidos en la sociedad ibérica habían finalizado ya cuando se erigieron los monumentos en los que se representaba a la nueva clase social dominante de los grupos gentilicios, que evolucionaría entre la segunda mitad del siglo IV a.C. y principios del siglo III a.C. hacia una concepción de los sistemas de poder más alejados aún de las jefaturas unipersonales basadas en los linajes, lo cual no significa la desaparición de este sistema de gobierno basado en el poder personal, sino que sus detentadores no corresponderían ya a la estirpe de los nobles que habían caracterizado los sistemas sociales ibéricos a partir del siglo VI a.C. Con todo, el mantenimiento de diversas prácticas rituales en El Pajarillo aun después del arrasamiento del grupo escultórico permite indicar que las ideas de los héroes guerreros forjadores míticos de los grupos sociales se mantendrían en la estructura



FIG. 3.6. *Torso de guerrero provisto de un disco coraza decorado con* kardiophylax *representando una cabeza de lobo. Siglo* IV *a.C. Museo de la Alcudia (Elche). Foto: Juan Blánquez.*

ideológica y el pensamiento colectivo de, al menos, una parte de la población, probablemente con un sentido diferente al que tenían en el momento de su construcción, pero manteniendo también una cierta idea intangible de elemento vinculador intemporal de la cohesión social del grupo.

La idea colectiva de las hazañas de los héroes míticos de la Cultura Ibérica se prolongará más allá de la amortización de la gran escultura en piedra. A partir del siglo III a.C., la cerámica con decoración figurada del estilo Oliva-Llíria introduce en sus series iconográficas dos de las ideas principales reflejadas ya en el discurso del Cerrillo Blanco casi tres siglos antes: la caza como práctica he-

roica de la nobleza, y la *monomachia*, el combate entre guerreros que simbolizaba la fuerza y el valor. No obstante, y si bien el patrón iconográfico deriva de concepciones anteriores, es posible que en las nuevas representaciones de lo heroico influyan otros aspectos.

La estructura social de las tribus ibéricas durante el siglo III a.C. cuenta con nuevos referentes por lo que respecta a la caracterización iconográfica del combate; ya no son sólo las hazañas míticas de los héroes fundadores las que pueden representarse, sino también las de los caudillos militares o jefes de mercenarios que han participado en las guerras mediterráneas desde el siglo V a.C., y cuyas hazañas pudieron configurar un nuevo concepto de ciclo legendario. El cambio en el tipo de soporte con el abandono de la escultura monumental en piedra para pasar a la pintura sobre cerámica, hecho que implica una redefinición del concepto de la figura humana que pierde el realismo naturalista que tuvo a partir del siglo VI a.C. para convertirse en un figurativismo más abstracto en un sentido en el que las ideas expresadas en los registros decorativos han pasado de poder relacionarse directamente con un linaje estricto a formar parte de un imaginario colectivo que supera las adscripciones particulares. La representación de lo concreto pasa a convertirse por tanto en la idealización de lo genérico. La universalización de la idea se refleja también en el soporte empleado para representarla. Si los monumentos honoríficos que albergaban los grandes conjuntos escultóricos estaban concebidos desde la óptica de la teatralidad majestuosa pensada para impresionar e influir en el ánimo del espectador para reafirmar las diferencias de estatus que englobaba el discurso, el empleo de los vasos cerámicos muestra la pérdida del carácter emblemático de lo heroico; su utilización preferente en el ámbito doméstico[20] y gentilicio, en especial en los recintos comunitarios o santuarios urbanos, muestra una relación de comprensión diferente respecto al registro iconográfico, al que puede ahora atribuirse una función más decorativa que simbólica. Por último, no puede obviarse, en el ámbito de la cerámica pintada, un componente de copia y adaptación de los ciclos mitológicos más comunes en la cerámica ática de los estilos de figuras negras y figuras rojas, a las propias tradiciones indígenas, con patrones iconográficos e interpretativos más próximos al espectador.

La cerámica del estilo Oliva-Llíria incluye un mínimo de tres conceptos reconocibles pertenecientes a los ciclos representativos del registro heroico: la cacería, la doma de animales, y el combate individual entre guerreros, así como un referente a los rituales de cohesión social de carácter militar: el desfile de guerreros y las llamadas «danzas de hombres armados».

20. En el caso del departamento 12 del poblado de Sant Miquel de Llíria, el recinto se ha interpretado como un espacio de amortización ritual relacionado con el templo en el que se integra, por lo que también podría defenderse que se emplearan en los rituales de culto, con lo que las series decorativas adquirirían un papel ideológico más profundo al poder reflejar, por ejemplo, los ciclos mitológicos relacionados con las divinidades, factor que implicaría, incluso, la idea de la divinización de los héroes fundadores mostrados en sus hazañas siguiendo el modelo de la pintura cerámica griega.

Las escenas de cinegética responden a un patrón simple: la cacería de grandes rebaños de ciervos, jabalíes, o *carnassier*, practicada indistintamente por jinetes e infantes, siendo el acoso para alancearlas la forma de cobrar las piezas.[21] Ejemplos de la caza como práctica nobiliar son el vaso 144 del departamento 41, y el vaso 222 del departamento 15 de Sant Miquel de Llíria, un patrón decorativo en el que el noble, solo o acompañado por miembros de su grupo social o sus servidores, persigue a las presas más emblemáticas socialmente, que, una vez cobradas, serán la prueba de su destreza y valor. La caza nobiliar forma parte de una amplia tradición reflejada en los ciclos mitológicos circunmediterráneos, de la que son ejemplos dos de las pruebas que conforman el ciclo principal de los trabajos de Heracles: las capturas del jabalí de Erimanto y de la cierva de Cerinia, no por casualidad los mismos tipos de animales presentes en las escenas de caza de la cerámica pintada ibérica.

El ciclo de las hazañas de un mismo individuo se refleja en la decoración del *lebes* 3 del departamento 40, donde en una banda de registro horizontal continua enmarcada por series combinadas de líneas y franjas horizontales se muestran varios elementos significativos del imaginario colectivo heroico, como son la doma del caballo, los juegos de valor ante los bovinos, y el combate de guerreros. En el primer caso, las escenas de doma de caballos, divididas en embridado y monta, pueden relacionarse con las representaciones del señor de los animales conocidas ya en el *Orientalizante* tartésico, del que serían las muestras más tardías las piezas laterales de bocado de caballo en bronce del palacio santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena) y Cástulo (Jaén) en las que se representa la figura del domador *(despothes theron)* o señora de las bestias *(pothnia hippon)* especialmente relacionados con el culto al caballo como animal emblemático del estatus nobiliar, practicado en el ámbito de los palacios del grupo Mata de Campanario-Cancho Roano en la periferia tartésica como mínimo a lo largo del siglo V a.C., un tipo de iconografía que se documenta asimismo en los relieves ibéricos de Mogón (Jaén) y Villaricos (Almería).

Los juegos o ritos de valor con bovinos no cuentan, por el momento, con otras manifestaciones en el seno de la Cultura Ibérica, pero constituyen otro claro referente de *koiné* mediterránea incluido también en el ciclo de Heracles mediante las leyendas de los bueyes de Gerión y del toro de Creta en tanto que acciones ligadas con la fertilidad animal; mientras que la *monomaquia* o combate singular es, como ya se ha indicado, uno de los referentes más amplios de la iconografía ibérica. El conjunto no puede interpretarse como la suma de escenas aisladas sino como un ciclo heroico unitario en el que todas las imágenes se relacionan con el mismo individuo, del mismo modo que en el contenedor del poblado de La Serreta (Alcoy) donde a las escenas de cacería a caballo de ciervos, o a pie de lobos, se

21. Tan sólo en un caso, el vaso 131 del departamento 15 del poblado de Sant Miquel de Llíria, se constata el empleo de redes para la caza de animales, una práctica que indicaría una motivación alimenticia primaria antes que nobiliar.



FIG. 3.7. *Poblado del Tossal de Sant Miquel (Llíria, Valencia),* lebes *149. Escena de* monomachia. *Finales del siglo III o principios del siglo II a.C.*

suma el combate entre guerreros en presencia de una *auletris* representativa de la procesión fúnebre, similar conceptualmente a la tañedora incluida en el cortejo del monumento funerario de Osuna (Sevilla).

Una variante conceptual es la reflejada en el *lebes* 149 del departamento 41, que muestra una *monomachia* entre dos guerreros armados ambos con *scutum* y lanza o *falcata*. El componente de ritualidad de la escena, así como su carácter pretérito, lo confieren la *auletris* y el *tubicen* que enmarcan la acción, por ser dos elementos característicos del ritual funerario (los sonidos rítmicos que anuncian a las divinidades infernales el tránsito del hombre), y el caballo sin jinete ubicado tras la flautista; otras figuras del mismo vaso muestran diferentes actitudes del guerrero cabalgando en solitario en actitud de cacería dentro del ámbito del mundo funerario al igual que en una de las páteras mesomphalos del Castellet de Banyoles (Tivissa), puesto que en el friso se ubican más allá del combate en que muere el héroe. El guerrero, el héroe, tras su muerte recorre por tanto el mundo funerario realizando las acciones propias de su estatus social del mismo modo que las realizaba en vida, acción que debe relacionarse con las características específicas del ritual funerario, en especial la arquitectura funeraria y la composición de los ajuares, destinados a facilitar al difunto los medios necesarios para continuar después de la muerte con sus actividades más emblemáticas. Los combates entre guerreros se muestran también en el vaso 113 del departamento 11 en que dos jinetes armados con lanza cargan contra dos infantes provistos de *scutum*, *falcata* y lanza mientras un *tubicen* y un *aluòs* se sitúan próximos a la escena pero desentendidos de ella.

El ciclo de los combates heroicos cuenta con su máxima expresión en un vaso del estilo Oliva-Llíria conservado en el Museo Arqueológico de Barcelona. El *lebes* presenta una escena no enmarcada en la que un guerrero de gran ta-

maño armado con la panoplia característica se enfrenta a una pléyade de guerreros representados a menor escala que la figura principal, siendo el rasgo más determinante de los mismos la diversidad de indumentaria que presentan, distinta para cada una de las figuras. Aunque no ha podido establecerse hasta el momento un concepto de vestido con especificidad tribal dentro del ámbito ibérico, es significativa la diversidad de los atuendos de esta pieza si la comparamos con el resto de vasos de la serie de Oliva-Llíria en los que los guerreros, especialmente en las llamadas procesiones o desfiles, presentan una indumentaria muy similar cuando no idéntica, como en el vaso 148 del departamento 41, el kalathos 107 de los departamentos 12 y 13 de Sant Miquel de Llíria, o la crátera de El Cigarralejo. Si establecemos que las decoraciones pintadas son el reflejo plástico de una tradición oral específica, y que los grandes vasos pintados se ubicarían en lugares en los que pudieran ser contemplados por un gran número de personas capaces de *leer* y comprender las escenas, y recordamos que la iconografía tribal o estatal es un recurso ampliamente utilizado en la Antigüedad como sistema de propaganda de un hecho concreto, como sucede en los relieves egipcios del Imperio Nuevo en que se narran las invasiones de los pueblos del mar, puede establecerse la idea de que el artista no sólo representaba la lucha de un héroe semidivinizado contra guerreros siguiendo un concepto abstracto, sino que en el vaso se ha plasmado un combate de un héroe fundador de linaje contra diversas tribus durante el proceso de formación de la estructura social en la que ahora se representa el hecho. La diversidad de vestidos no sería un mero recurso artístico para enumerar los triunfos militares del héroe guerrero, sino que permitiría al espectador recordar cuáles fueron las tribus o clanes vencidos. Con ello, el artista seguiría a caballo entre los siglos III y II a.C. un modelo iconográfico idéntico al que inspiró las *monomachias* de Cerrillo Blanco en el siglo V a.C.: las victorias del héroe fundador en el origen del sistema político.

La interpretación de las escenas de *monomachia* en la pintura ibérica tiene un componente de identificación añadido: las inscripciones que acompañan en algunos casos a las diversas figuras de una banda de registro. Desconociéndose el contenido de las mismas, puede apuntarse, no obstante, que podrían ser un recordatorio de las hazañas descritas o los nombres de los hechos, héroes y/o grupos sociales a los que se refieren las escenas. No por conocidas las imágenes se obviaban siempre los identificadores, como en el caso, por ejemplo, de la etrusca *Tumba del Orco*, en la que los comensales de un banquete funerario, divinidades y difuntos, cuentan con inscripciones identificativas aunque los elementos iconográficos que los distinguen han sido representados con exactitud. Otra interpretación de las luchas singulares en la cerámica del estilo de Oliva-Llíria descarta cualquier referencia heroica o de combate a muerte *(munus)* entre los guerreros representados e indica que se trataría de una competición de adiestramiento entre miembros de la juventud *(iuuentus)* ibérica e incluso se ha apuntado que podría representar combates de gladiadores *(luctatoria)* por referencia a las luchas

descritas en los funerales de Viriato,[22] aunque consideramos más probable la interpretación de las escenas basada en la representación de hechos reales.

Las procesiones o desfiles de guerreros son un referente común en la plástica protohistórica. Desde el *vaso de los guerreros* de Micenas del siglo XIII a.C., hasta la sítulas de bronce del valle del Po en los siglos VII-VI a.C., el concepto de la serie de guerreros armados muestra una base conceptual común: la representación de un grupo social unido por el estatus que confiere la posesión de las armas y la práctica de la guerra. La crátera de El Cigarralejo es probablemente el mejor ejemplo de esta idea en el ámbito ibérico. Cuatro guerreros formados en parejas avanzan portando *scutum* y lanza al ritmo marcado por un *aulòs* y un tañedor de lira; dado que los instrumentos musicales conferían el ritmo de avance en muchos ejércitos y que las órdenes se transmitían con sonidos que sobrepasaran el ruido provocado por el fragor del combate, las interpretaciones simples de este registro por las que se resumía la escena con una idea de danza armada, pueden no ser las únicas viables, sino que la descripción de la marcha al combate de un grupo de infantes es también plausible. El guerrero, como individuo de rango en la estructura social, se identifica también en las procesiones rituales cuyo motivo principal se diferencia de la guerra. Así, el kalathos 107 de los departamentos 12 y 13 de Sant Miquel de Llíria muestra una procesión encabezada por un *tubicen* y una *auletris* a los que siguen tres guerreros con casco pero sin armas y cuatro mujeres tomados de las manos, integrantes de la elite social, dado que algunos de los elementos de la indumentaria de las mujeres, como los pectorales o la decoración arlequinada de las túnicas, se encuentran en ejemplos emblemáticos de la escultura en piedra como la *Dama de Elche* o la *Dama de Baza*, mientras que en el *lebes* 169 del departamento 14 muestra en una escena similar, aunque con un estilo pictórico diferente, un guerrero vestido con armadura de lino, casco con crinera y falcata que encabeza un desfile integrado por tres figuras femeninas y dos jinetes, uno de ellos armado de lanza; otros fragmentos del mismo vaso incluyen un *tubicen* con la misma indumentaria que el guerrero de la procesión.

Un último concepto de representación de la heroización, no personal, sino, en principio, de grupo, por no existir en las series de registro ninguna figura o personaje sobresaliente, lo constituyen las escenas de combate, en ocasiones interpretadas como danzas rituales de exhibición guerrera. El *lebes* 129 del departamento 12/13 de Sant Miquel de Llíria es el ejemplo más completo de batalla campal en el que, incluso, pueden deducirse tácticas de combate entre tribus ibéricas. Atendiendo a la orientación de las figuras, cuatro infantes armados con *scutum* y lanza hacen frente a dos infantes armados con falcata y lanza, pero carentes de escudo, y seis lanceros a caballo que cargan contra ellos. El concepto de uniformidad y grupo de los infantes pesados se constata por presentar los cuatro escudos el mismo esquema decorativo, hecho que implica unos símbolos o ense-

22. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXXIII, 22; Apiano, *Iberia*, VI, 75.



FIG. 3.8. *Poblado del Tossal de Sant Miquel (Llíria, Valencia),* lebes *129. Escena de batalla. Finales del siglo* III *o principios del siglo* II *a.C.*

ñas de tribu como los indicados para los ausetanos durante la represión del cónsul Marco Porcio Catón el 195 a.C.,[23] asimismo, el hecho de que todos los infantes se representen en la misma posición podría ser un indicativo del combate en formación cerrada. Frente a ellos se sitúa lo que parece ser un ataque de infantería ligera destinado a fijar a los infantes contrarios, apoyado por la caballería que carga para hundir sus filas mediante la táctica del acoso continuado.

Las luchas de infantes contra jinetes se muestran también en el vaso 156 del departamento 95, con dos escenas. En la primera, un infante combate contra un jinete según el método clásico de los jinetes iberos y celtas, y en la segunda un jinete es acosado por otro con la ayuda de un peón. Otros ejemplos son el *lebes* 127 del departamento 13, y el vaso 142 del departamento 31. Como en casos anteriores, la interpretación de las escenas de batalla, y de las asociadas cabalgatas de jinetes, no puede determinarse con total exactitud por cuanto las distancias entre lo real y lo imaginario son difíciles de discernir en el terreno de la representación iconográfica, aunque creemos que son válidos los mismos argumentos indicados en el caso del combate heroico.

Los ítems indicados, a los que deberían sumarse, en el marco de una posible heroización, otras piezas escultóricas como el torso de guerrero de La Alcudia (Elche) o, incluso, algunos bronces de los santuarios y poblados ibéricos como el *Guerrero de Mogente*, muestran la existencia de unos elementos específicos en la superestructura ideológica ibérica, uniendo los conceptos del héroe guerrero fundador y el papel emergente de la nobleza militar y, posteriormente, los caudillos militares con control sobre las estructuras gentilicias. Atendiendo a los tipos de ítems y su distribución geográfica, puede concluirse que el concepto de la heroización se documenta en la Alta Andalucía y el Sudeste entre los siglos VI-V a.C. y en la Edetania durante los siglos III-II a.C. El problema consiste en discernir hasta qué punto dos áreas geográficas, dos estilos y técnicas iconográficas, y dos cronologías son representativas del mismo proceso, aunque podría argumentarse, por ejemplo, que las áreas indicadas son las que aparecen reflejadas en las fuentes escritas como las que mantienen a fines del siglo III a.C. dos de los sistemas políticos más estructurados y potentes entre las tribus ibéricas, representados por Edecón y Chulcas. Formas de gobierno unipersonales podrían haber preservado, dentro de una iconográfica pública probablemente de carácter religioso, conceptos iconográficos que sirviesen de refuerzo ideológico a su prestigio y poder por estar fuertemente arraigados en la población.

3.2. Armamento y mundo de ultratumba

El concepto y estructura del ritual funerario en la Cultura ibérica se relaciona directamente con el desarrollo de la estructura social basada en la concen-

23. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 20, 6.

tración de las elites y una parte considerable de la población en los núcleos de poblamiento en aplicación del sistema *oppidum* como lugar central político, administrativo y económico de un territorio. La división en clases sociales y la estabilización del modelo de sociedad jerarquizada o preestatal provocaron una gradación en la distribución y aun una apropiación de los elementos de carácter ideológico entre los miembros de una comunidad, hecho que desembocó en concepciones diferentes sobre el significado de la muerte y la práctica de su ritual asociado en el seno de una comunidad. La muerte, entendida como un principio ideológico, sería empleada para mantener y potenciar las diferencias en los niveles de estatus entre los integrantes de un grupo social.

El tratamiento de la muerte y, en especial, del ritual postmortem es un rito de tránsito y cohesión social que afecta a los miembros de una estructura familiar, clánica, tribal, o poblacional, según la importancia del estatus del difunto, siendo en relación con los conceptos de prestigio y clase que deben interpretarse las obvias diferencias en el tratamiento del cadáver y la diversidad de tipos de tumbas que se emplean contemporáneamente en el marco territorial de la Cultura Ibérica. El conjunto de ceremonias que componen el ritual funerario se reserva a los individuos del grupo que tienen, en función de su pertenencia a una clase o elite clánico-tribal, derecho a recibir el tratamiento honorífico de sus restos mortales, ya que el análisis demográfico comparativo entre el potencial de población en los núcleos de hábitat y el número de tumbas identificadas en las necrópolis coetáneas, demuestra que no todos los miembros de una comunidad recibían el mismo ritual, coexistiendo prácticas específicas de honra del difunto con enterramiento en tumbas provistas de estructuras constructivas, con la más generalizada de los pudrideros al aire libre sin enterramiento posterior de los restos descarnados del difunto. La diferencia conceptual es aún más importante si se recuerda que las prácticas funerarias se basan en las creencias del ciclo de muerte y resurrección propias de todas las comunidades de base agrícola, es decir en la esperanza de la existencia de una vida de ultratumba y en la vuelta a la vida, por lo que, una separación tan clara en el trato funerario en función de la clase social podría significar que las creencias de un grupo tan sólo afectarían a la elite del mismo, negando a las clases inferiores la posibilidad de la regeneración futura al no llevarse a cabo un ritual de preservación completo, una cuestión tanto más problemática por cuanto la cohesión interna de un grupo social y el mantenimiento del orden establecido es el resultado de la asunción por todos los miembros del grupo de una serie de creencias de carácter religioso sobre las que se asienta la autoridad de los nobles o jefes tribales.

El ritual funerario ibérico, relacionado con una muerte no violenta, se inicia con la agonía o predicción de la próxima muerte del individuo, factor que implica la reunión de los miembros dependientes o relacionados con el mismo por parentesco o dependencia clientelar para la celebración de la exposición ritual del cadáver *(prothesis)* en el lugar de fallecimiento, antes del traslado ceremonial a la necrópolis *(ekphora)*. Junto a la pertenencia a un grupo social y el

estatus, la edad es un factor clave para acceder a la ritualidad funeraria. El sistema de enterramiento ibérico corresponde a individuos adultos o subadultos, mientras que las personas correspondientes a los grupos de edad infantil I e infantil II son minoritarios en las necrópolis, al tiempo que los individuos perinatales son enterrados en los poblados bajo el pavimento de las unidades de habitación o, preferentemente, de los recintos comunitarios de tipo suprafamiliar destinados a la práctica de los rituales como grupo. En el caso de los enterramientos infantiles existe también una clara diferencia en cuanto al tratamiento en función de la inclusión del neonato difunto en un grupo social específico, dado que los cálculos demográficos referidos a la mortandad infantil son siempre muy superiores al número de inhumaciones encontradas en los poblados para las fases de ocupación correspondientes. La idea de que el difunto perinatal no superaba los rituales de paso iniciáticos relacionados con la admisión como miembro de un grupo, la *anfridromía* griega, conllevarían aparejada la práctica de la inhumación fuera de las necrópolis, rito que puede relacionarse con el ritual griego del *enchytrismos* y con el ciclo de la fertilidad al entender que el cadáver devuelto al seno de la madre tierra actúa como semilla futura de la procreación entre los miembros del grupo al que pertenece el fallecido.

Una vez finalizadas las honras en el poblado, se realizaba el traslado del cadáver a la necrópolis, empleando un carro, símbolo del prestigio, como el documentado en la necrópolis de Toya (Peal de Becerro). El cortejo estaba encabezado por las plañideras profesionales y los músicos *(auletris)* que tocaban el *biaulòs* o flauta doble, tal y como se representan en los relieves de Les Lanetes (Alcoy), cuya función era la de atraer la atención de las divinidades infernales sobre el difunto con la suma de gritos, expresión de locura, la sangre vertida por la laceración del rostro, y el dolor causado por la muerte del difunto. En la Cultura ibérica, la cremación o incineración del cadáver responde conceptualmente a la idea de un enterramiento secundario, dado que el cuerpo se somete a un tratamiento de transformación por el fuego. La cremación, primaria si la pira se ubicaba en el mismo lugar que la tumba, o secundaria, si se llevaba a cabo en un lugar específico *(ustrinum)*, consistía en la disposición del cadáver amortajado sobre un montón de leña en un punto previamente acondicionado para ello, normalmente una fosa de escasa profundidad. El fuego tiene un componente sagrado, puesto que es capaz de otorgar la inmortalidad acercando al hombre al bien más preciado de los dioses. La cremación *(kremai)* supone la preservación conceptual del cuerpo del difunto al sustraerlo a la descomposición, y en su purificación, la conversión en humo que asciende a la bóveda celeste. Desconocemos la estructura de las creencias ibéricas sobre el cuerpo y el espíritu, pero, por comparación con la ideología de las *poleis* etruscas, con las que mantiene evidentes similitudes en el ritual funerario, en las que el cuerpo tenía dos almas *(hinthial)*, una de las cuales permanecía en la tumba ocupando su lugar en la estructura familiar, y la otra era trasladada por los seres psicopompos hasta las Islas de los Bienaventurados donde moraba junto a los dioses, podría apuntarse que el sistema de creencias ibé-

rico desarrollase una percepción similar del mundo de ultratumba, en atención al común ciclo agrícola y al sincretismo de los principios religiosos greco-semitas.

El ritual de la cremación del cadáver constaba de tres partes bien diferenciadas: el aporte de leña para formar la pira; la combustión del cuerpo en el *ustrinum*; y el rito de apagar las brasas con sustancias de precio para permitir la recuperación de los restos del difunto y su posterior purificación con agua *(lavatio)* antes de envolverlos en un sudario y depositarlos en el interior de la urna cineraria. La pira se componía de diversos tipos de madera obtenidos en las zonas próximas a la necrópolis,[24] aunque algún tipo de árbol pudiera tener connotaciones rituales por su presencia en los ciclos mistéricos. La propia composición de la pira formaba parte de la honra del difunto, puesto que al participar los deudos del difunto en la obtención de la leña se reafirmaban los lazos de cohesión social del grupo;[25] la cantidad y calidad de la leña, así como el tamaño del *ustrinum,* determinaban la duración de la combustión y, con ello, el grado de consumición del cadáver.

La cremación se consideraba en Grecia como la forma de acceso al Hades, según refleja Homero al reclamar Patroclo a Aquiles que le rinda culto funerario para poder ser admitido en el mundo de ultratumba,[26] puesto que la cremación propiciaba la separación del cuerpo y el alma como indican el propio Homero[27] y Virgilio,[28] dado que el fuego que quemaba los cuerpos tenían un carácter sagrado al asociarse a Hefesto.[29] El recinto del *ustrinum* se purificaba mediante la cremación de perfumes y el vertido de substancias olorosas, práctica documen-

24. Los análisis antracológicos han permitido identificar el empleo de encina en las necrópolis de Los Villares (Hoya Gonzalo) y Cástulo (Jaén), y el del pino silvestre y la genista en Castellones de Ceal (Jaén), especies propias del ámbito mediterráneo, puesto que Virgilio, *Eneida*, IV, 256, relata cómo la pira en la que se inmola Dido, reina de Cartago, estaba compuesta por pino y encina.

25. Los nobles aqueos conforman la pira de Patroclo: «Puesto que acatarán los aqueos mejor tus palabras, manda, Atrida, que habrá tiempo para saciarse el llanto, que la pira abandonen los hombres y arreglen la cena. Cuidaremos del resto nosotros, pues nos corresponde especialmente honrarlo. Que sólo los jefes se queden. Cuando oyó Agamenón, el señor de los hombres, lo dicho, dispersó a los guerreros entre las naves armónicas, y quedaron los íntimos que iban reuniendo la leña, construyendo una pira de cien pies de largo por lado». Homero, *Ilíada*, XXIII. En otro pasaje, será la hermana de Dido quien formará la pira de la reina. Virgilio, *Eneida*, IV.

26. «¿Duermes ya? ¿De esta forma, tan pronto, me olvidas, Aquiles? Vivo, te preocupabas por mí y me abandonas ya muerto. Entiérrame, y podrán darme entrada las puertas del Hades, pues las almas que son de los muertos imagen me apartan lejos de ellas, y el río no quieren dejarme que pase, y ante el Hades de puertas tan anchas camino errabundo. ¡Dame ahora la mano; lo pido llorando! Ya nunca, entregado mi cuerpo a las llamas, vendré desde el Hades». Homero, *Ilíada*, XXIII.

27. «¡Dioses! Cierto es que en casa del Hades el alma y la imagen permanecen; no obstante, el aliento vital ya no existe». *Ilíada*, XXIII.

28. «Rendimos a Polidoro nuevas honras fúnebres, hacinamos más tierra sobre el cerro, erigimos altares a los Manes que enlutamos con ínfulas oscuras y con negro ciprés. Están alrededor las mujeres troyanas, suelta la cabellera como es norma. Ofrecemos los cuencos espumantes de tibia leche y copas de sangre sagrada y encerramos su espíritu en la tumba y dando una gran voz lo despedimos con el último adiós». Virgilio, *Eneida*, III, 68.

29. «Cuando ya consumieron tus carnes las llamas de Hefesto, recogimos ¡oh Aquiles!, al alba tus huesos ya blancos, que en purísimo vino y perfumes guardamos. Tu madre nos dio entonces un ánfora de oro que dijo le había regalado Dionisos, una obra del ínclito Hefesto. Ella guarda tus pálidos huesos, Aquiles ilustre, como los del difunto Patroclo, hijo de Meneteo». Homero, *Ilíada*, XXIV.

tada en la necrópolis ibérica de Cabezo Lucero (Guardamar de Segura), que también podían disponerse sobre el cadáver para ungirlo. En la cremación era muy importante la circulación de aire entre la madera para avivar la combustión, que podía propagarse mediante el empleo de determinadas sustancias, aunque era común creer en la intervención divina para avivar las llamas.[30]

Cuando la combustión de la pira llegaba a su fin se procedía a apagar la brasa. En los textos homéricos se indica que tal función se realizaba con vino,[31] mientras que Virgilio destaca el carácter sacro del vino empleado en los sacrificios, recalcando que el vino puro debe ofrecerse a los demonios infernales, mientras que el mezclado o consumido de forma civilizada se ofrenda a Zeus.[32] La obtención del vino, elemento preciado dentro de las sociedades indígenas del Mediterráneo occidental, y el ritual de su distribución entre los miembros de la misma clase o grupo social, era ya en sí mismo un rito de cohesión social. Tras la recuperación de los restos de la cremación se realizaba el banquete funerario en el que deudos, difunto y divinidades consumían los mismos presentes de forma física, depositados en el interior de la tumba, o a través del humo. La libación ritual del líquido de precio, de nuevo el vino, terminaba la ceremonia mediante el vertido del vino sobrante en tierra como alimento de las divinidades infernales y la rotura y posterior cremación de los vasos cerámicos empleados en ella en un punto específico junto a la tumba, el *silicernium*, donde el fuego consumía los fragmentos cerámicos, purificándolos.

Uno de los elementos más característicos del tratamiento del ajuar funerario en las necrópolis ibéricas es el rito de la amortización de las armas que configuran la panoplia del difunto o que le son ofrendadas por su grupo social como elemento determinante de su estatus.[33] A pesar de la opinión generalizada, asentada en los relatos de las exequias de Viriato,[34] de que los cadáveres eran que-

30. «Mientras tanto, no ardía la pira en que estaba Patroclo. Y el de los pies ligeros, Aquiles, pensó en otra cosa: se apartó de la pira y se puso a rezar a los vientos». Homero, *Ilíada*, XXIII.

31. «¡Oh tú, Atrida y caudillos de todos lo hombres aqueos! Con el vino sombrío apagad totalmente la hoguera en el sitio en el que el fuego reinó, y recojamos los huesos de Patroclo, hijo del gran Menetio [...] Al mostrarse en el día la Aurora de dedos de rosa, se reunió todo el pueblo rodeando la pira de Héctor. Y una vez encontráronse todos reunidos en torno, con el vino sombrío apagaron del todo la hoguera en el sitio en que el fuego reinó, y acabado ya esto, recogieron los pálidos huesos hermanas y amigos». Homero, *Ilíada*, XXIV.

32. Virgilio, *Eneida*, IV, 455-456; Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, IV, 3.

33. La trascendencia de las armas como símbolo de la posición social se repite en diversas ocasiones en los textos clásicos. Así, tras la derrota de Indíbil y Mandonio en 206 a.C., Publio Cornelio Escipión les permite conservar las armas: «Además no les iba a quitar las armas ni a exigir rehenes, garantías que exigen en realidad quienes temen una rebelión; él les dejaba el libre uso de las armas y los liberaba a ellos». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 34, una decisión que Marco Porcio Catón revocó en 195 a.C. tras la última gran sublevación ibera como sistema de romper la cohesión social de las estructuras sociales ibéricas: «desarmó a todos los iberos del lado de acá del Ebro. Este hecho les resultó tan intolerable que muchos se quitaron la vida ellos mismos, pues aquel pueblo indómito estaba convencido de que la vida sin armas no es tal». *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 17, 6.

34. Apiano, *Iberia*, 71. «El cadáver de Viriato, magníficamente vestido, fue quemado en una altísima pira»; Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXXIII, 21, «El cadáver de Viriato fue honrado magníficamente y con espléndidos funerales».

mados en las piras funerarias con toda su panoplia, no creemos que la totalidad de los objetos metálicos que constituían el ajuar funerario se depositaran en el *ustrinum* junto al cadáver, ya que su amortización no puede entenderse sólo como el resultado de la acción calórica de la combustión de la madera.

Aunque en las necrópolis del sur y sudeste peninsular se han documentado en ocasiones restos de carbones junto a las armas, hecho que se interpreta como la recuperación genérica de todos los materiales presentes en el *bustum* después de apagada la pira, práctica que no concuerda con el tamizado, selección y lavado ritual *(lavatio)* de los restos óseos, la amortización de los objetos de la panoplia militar requiere de una acción metódica destinada a doblar e inutilizar *falcatas*, cascos o *soliferrea* como los ejemplares de la necrópolis de Cabecico del Tesoro (Verdolay), el *soliferreum* de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla) o la *falcata* de Fuente Tojar, acción para la que sería necesario el empleo del instrumental propio de una forja, aunque pudiera pensarse en la torsión de las piezas en caliente después de la combustión de la pira, pero incluso en este último caso subsistirían los problemas de la temperatura que debería alcanzar y mantener una pieza después de la acción del apagado ritual de los restos de la pira mediante el vertido de líquidos y el enfriamiento del *bustum*, para hacer posible su manipulación. Es posible que la inutilización de las armas no se llevara a cabo en la pira sino en el poblado, transportándose las armas a las necrópolis ya preparadas para ser amortizadas en el interior de las tumbas, o bien, purificando la primera acción de amortización mediante su inclusión en la pira.

Referente a la amortización de los elementos más característicos de la panoplia restan diversos aspectos sin resolver como son la falta de universalidad en el rito de la destrucción sistemática del armamento y la evolución cronológica del ritual. Así, si bien los escudos podrían quemarse en las piras puesto que la presencia de las manillas en el interior de las urnas cinerarias muestra que la madera de tales piezas había desaparecido antes de la disposición de la empuñadura de metal, y pese a que el escudo podría tener otro tipo de usos rituales como en el caso de la necrópolis de Cabezo Lucero (Guardamar de Segura), la posición de otras armas tanto dentro como fuera de la urna podría responder a otro tipo de causas, tanto prosaicas como rituales. El estudio de las armas expuestas en los recintos comunitarios y/o sacros de los poblados ibéricos del nordeste peninsular indica que la amortización de espadas del tipo *La Tène II* en Mas Castellar (Pontós), Puig de Sant Andreu e Illa d'en Reixac (Ullastret) era un proceso complejo en el que se empleaba el fuego y, por tanto, en el que participaría un experto asociable a los sacerdotes-metalúrgicos del mundo céltico.

El análisis del significado de la presencia de armas en las tumbas parte de la propia definición del concepto de su posesión. La asignación en la antigüedad del derecho a portar armas tan sólo a los hombres libres indicaría que ése sería el estatus de los enterrados en las necrópolis, un condicionante de clase reflejado en las fuentes clásicas en las referencias a los grupos tribales que prefieren la destrucción o la inmolación a la entrega de las armas al ejército romano como sím-

bolo de su sumisión y de la pérdida del estatus de libertad e independencia del grupo tribal. El análisis cuantitativo de los ajuares de las necrópolis del sudeste peninsular muestra que si bien la presencia de armas es frecuente en las tumbas de una necrópolis, su acumulación se concentra en los enterramientos que agrupan un mayor número de objetos calificables como unidades de riqueza. En las necrópolis de El Cigarralejo, Cabecico del Tesoro, La Senda, Coimbra del Barranco Ancho, y Cabezo Lucero, las armas están presentes en casi todas las sepulturas ricas y en buena medida de las relacionadas con el segmento medio-alto de la población, mientras que su número es menor en las sepulturas atribuibles a los miembros con estatus medio-bajo del grupo, siendo sus resultados similares a la distribución de otros ítems de prestigio como las cerámicas griegas. Pese al avance de los estudios de asociación en las necrópolis del Levante, Sudeste y Andalucía, es todavía difícil discernir quién tenía derecho a la posesión de armas y si existía una diferenciación específica respecto a determinadas piezas de la panoplia en función del estatus. No obstante, las tumbas datadas a partir del siglo IV a.C. muestran un cambio generalizado en la distribución de este tipo de objetos.

Si las tumbas datadas en el siglo V a.C. presentaban ítems atribuibles a la panoplia del guerrero correspondiente al sistema monárquico-nobiliar heroizado, por ejemplo, en el monumento escultórico de Cerrillo Blanco (Porcuna), en el siglo siguiente existe una generalización de las tumbas con armamento que, si bien no corresponden a la totalidad de los individuos que configuraban el grupo social, sí introducen cambios significativos. La asociación en la misma tumba de armas y otros ítems metálicos asociados claramente a actividades productoras como la agricultura, el curtido de pieles, o el esquilado de animales permiten suponer que un número mayor de personas, y de menor posición social o estatus tenían acceso al armamento en este período, correspondiente a la generalización del sistema gentilicio y a la sustitución de las estructuras sociales basadas en los linajes nobiliares. Al mismo tiempo, se constata también una clara simplificación en las tipologías de las armas depositadas en las necrópolis, ejemplificada en la disminución del número de ítems correspondientes a la panoplia defensiva corporal, mientras que son generales las armas de ataque y los escudos, adaptadas al nuevo tipo de combate en orden cerrado, alejado de la lucha heroica, que se impone en esa fecha por la suma de la influencia mediterránea exponenciada en el reclutamiento de mercenarios y en la propia dinámica interna de las comunidades. El aumento del acceso a las armas que se constata en las necrópolis significaría también la asunción de responsabilidades de defensa entre los miembros libres de una comunidad, asociados probablemente de un jefe clánico o gentilicio como se muestra en algunos pasajes de las fuentes clásicas, como el ya citado de los jinetes que es capaz de reclutar Alucio en el 209 a.C. entre sus dependientes, iniciando en las estructuras de poder ibéricas un modelo ampliamente conocido, por ejemplo, en las reformas atenienses de los siglos VI y V a.C.

La cuantificación de las tumbas con armas en las necrópolis permite apuntar la existencia de dos tipos de zonas de enterramiento. Aquellas necrópolis en

las que el número de tumbas con armas es superior o equivalente al de las que carecen de ellas podrían calificarse como necrópolis de clase asociadas a elites militares con exclusión de la presencia de otros grupos sociales en el lugar de enterramiento. Sería el caso, por ejemplo, de las necrópolis de Castellones de Ceal (21 tumbas sin armas por 17 con armas); Coimbra del Barranco Ancho (38 y 34), Los Nietos (19 y 12), La Serreta (31 y 22) y, especialmente, Cabezo Lucero (43 y 51) en que el 60,5 % de las tumbas contenía armas; un modelo extrapolable a otras zonas aunque con ausencia de datos numéricos, como la necrópolis de Turó de Dos Pins (Cabrera de Mar). Por el contrario, las necrópolis en las que la proporción de tumbas carentes de ítems de panoplia militar es muy superior a la de los que los tienen, marcaría un modelo diferente de área funeraria en el que estaría representado un espectro de población mayor, aunque el hecho de que sea en éstas donde existe un mayor número absoluto de tumbas con armas sirve para indicar hasta qué punto, incluso en las sociedades en las que el prestigio guerrero alcanza a un menor número de individuos, se ha generalizado la posesión y el empleo de las armas. Las necrópolis de El Molar (178 y 80), El Cigarralejo (383 y 162), Cabecico del Tesoro (472 y 129) y Baza (135 y 43) son ejemplos de lo indicado.

Las armas, objetos representativos del estatus, pueden no serlo del sexo. La asociación tradicional de armas a enterramientos masculinos, y objetos como agujas o pesas de telar a tumbas femeninas siguiendo una idea de repartición de roles basada más en la tradición occidental que en el registro arqueológico, ha sido cuestionada a partir del estudio paleoantropológico de los restos de las cremaciones. Si bien en las necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho, Turó de dos Pins y Cabezo Lucero los análisis paleoantropológicos fiables sólo asocian armas a tumbas masculinas o bien las excluyen de las femeninas por no poder asociarse ninguna tumba perteneciente claramente a un individuo de este género, aunque en otros casos, como en la Yunta o El Mercadillo se afirma la existencia de tumbas femeninas con armas, aunque, en general, y en atención a los paralelos con otras sociedades coetáneas, como el mundo céltico de la Europa Central y Occidental, o las *poleis* etruscas, las armas se asocian de forma casi exclusiva a enterramientos masculinos. Del mismo modo, los enterramientos infantiles en necrópolis con presencia de armas corresponden a tumbas asociadas a individuos varones, hecho que permite contrastar las armas como elementos de estatus con independencia de la edad, y permite asignar la idea de la posesión de un arma con los ritos de tránsito de edad y la aceptación del individuo como miembro de un grupo.

Las armas en algunas tumbas pueden corresponder a ofrendas y no a enterramientos específicos. En el caso de la tumba 155 de la necrópolis de Baza en la que se documentó la escultura entronizada como *Dama de Baza*, la presencia de cuatro panoplias de armas ha sido interpretada como ofrendas emblemáticas de grupos gentilicios en la tumba de un personaje, posiblemente femenino, con poder o representatividad específica.

No ha podido establecerse la existencia de un rito generalizado respecto a la forma de depositar las armas en el interior de las tumbas ibéricas. Las diferencias tipológicas de los enterramientos existentes en una misma necrópolis y los condicionantes específicos de cada grupo social motivan que en cada necrópolis pueda documentarse un sistema diferente, aunque el cuidado con el que son tratadas las armas, símbolo del estatus del difunto, indica la posible existencia de un código ideológico en la forma de ubicarlas. En la necrópolis de Cabezo Lucero (Guardamar de Segura) la intervención arqueológica permitió identificar la existencia de un patrón respecto a la disposición de las armas por el que las *falcatas* se orientaban siempre en sentido este-oeste, en una posible referencia al tránsito solar y una cierta relación simbólica con el ciclo vital desde el nacimiento al ocaso; una parte de las armas, especialmente los escudos, no fue quemada en la pira, con lo que, en principio, no habrían sido purificadas por la acción del fuego; y el armamento se disponía ordenado constituyendo la base el escudo sobre el que se colocaba la *falcata* y, por último, la lanza, con lo que, simbólicamente, es la lanza la pieza que adquiere un mayor prestigio, hecho que aunque puede relacionarse con la importancia que la lanza tiene como principal arma emblemática del guerrero en otras estructuras culturales, como Grecia o Roma, supondría una línea interpretativa que contradeciría el papel simbólico como arma de puño de la falcata en el mundo ibérico. Con todo, y aunque es probable que en las necrópolis ibéricas la posición de las armas pudiera responder a criterios de utilidad, el alto valor simbólico de todas las partes en que se divide el ritual de enterramiento permite suponer un criterio con presupuestos ideológicos para las distintas formas de disponer las armas. Así, del análisis de la posición de las armas en las necrópolis de Turó de Dos Pins (Cabrera de Mar) y El Cigarralejo (Mula) podría interpretarse que las ubicadas en el interior de la urna significarían la posibilidad de que el difunto las utilizara en el mundo de ultratumba, manteniendo junto a él los símbolos de su prestigio, mientras que las presentadas alrededor de la urna tendrían un carácter apotropaico de protección de los restos del difunto, simbolizando con ello la conjunción con los individuos de su misma clase social que protegen la morada expresados por las armas que les simbolizan. Del mismo modo, otro tipo de ritos, como el de clavar las lanzas o las falcatas en el suelo alrededor de la urna, acción documentada entre otras en las necrópolis de El Cigarralejo y La Oriola (Amposta), responden a una costumbre de señalización honorífica del lugar del enterramiento practicada por otras estructuras sociales de carácter tribal cuyo significado se conoce por comparación etnográfica. En este sentido, la lanza o lanzas hincadas podrían tener un significado similar al de las estelas de los siglos II y I a.C., en las que el número de lanzas en ellas representadas suele relacionarse con el de enemigos vencidos por el guerrero en honor del que se ha erigido la misma.

Las armas depositadas en las necrópolis son, como se ha indicado, un símbolo del estatus y del prestigio personal del individuo enterrado. Por ello, la composición de las panoplias no responde, como tampoco lo hace en el caso de los

enterramientos de las necrópolis celtibéricas del alto Duero y el alto Tajo, a una definición aleatoria de la presencia de las armas en las tumbas. Los enterrados no lo son *con armas* siguiendo un ritual genérico, dado que no en todas las tumbas aparece este tipo de ítems, sino *con sus armas*, representativas no sólo de su papel en la elite social, sino también del tipo de actividad bélica que desarrollaban en el ejército gentilicio-tribal. Por ello, la panoplia básica del guerrero ibérico sería, en función de las asociaciones de los ajuares, la representada por la escultura y la cerámica pintada: *falcata*, escudo, lanza pesada para el combate, y lanza o jabalina arrojadiza, pudiendo sumarse a estos elementos otros característicos de una posición social o rango militar más elevada como los cascos o discos coraza. No debe olvidarse, no obstante, que los elementos indicados constituyen la parte metálica de la panoplia militar, mientras que las piezas no metálicas, como los cascos o las corazas de cuero y/o lino, se consumirían totalmente en la pira hurtando su existencia al registro arqueológico.

La gradación en el nivel del armamento en las tumbas que diferencia al guerrero profesional del campesino, ganadero, artesano o comerciante armado se inicia por la desaparición en los conjuntos no sólo de los elementos ornamentales de la panoplia, sino de las armas de puño: falcatas y cuchillos afalcatados, manteniendo, no obstante, las lanzas pesadas y/o arrojadizas, y el escudo, e incluso, en algunos casos, se prescinde de este último. Los lanceros o piqueros debían constituir por tanto el escalafón más bajo en la estructura militar de las tribus ibéricas. Las estadísticas confeccionadas por F. Quesada sobre el armamento ibérico indican que el mayor número de armas depositado en las necrópolis ibéricas corresponde a las lanzas con el 27,1 %, seguido de las espadas con el 25,3 %, los *soliferrea* y *pila* con el 10,2 %, las jabalinas 4,5 % y los puñales 2,1 %, mientras que los regatones, asociados o no a las lanzas, constituyen el 19,7 %, y las armas arrojadizas de tiro, puntas de flecha y glandes suman el 11 %, manteniendo las necrópolis celtibéricas unas proporciones similares. Un análisis básico de las cifras indica que son las armas de puño, espadas y puñales, las que constituyen el elemento determinante de la panoplia, puesto que definen al guerrero equipado con un armamento completo, mientras que la superioridad absoluta y proporcional de las armas de asta arrojadizas: lanzas, jabalinas y *soliferrea* es el resultado de la presencia en las necrópolis, discernida a través de los ajuares, tanto de *psiloi* o guerreros con armamento ligero, como de las panoplias completas con dos armas de asta por individuo.

La proporción 1:1,5 indicada se mantiene en las principales necrópolis ibéricas. Así, en El Cigarralejo, espadas y puñales suponen el 29,6 % de las armas de la necrópolis mientras que las de asta suman el 43,7 %, obteniéndose proporciones similares en Cabecico del Tesoro: 34,9 % y 53,4 %, Coimbra del Barranco Ancho y La Senda: 39 % y 35,4 % aunque en este caso el número de regatones supera al de puntas, lo que es ilógico, y Cabezo Lucero: 25,3 % y 50,5 %. El estudio de parte de las representaciones iconográficas de guerreros cuando son mostrados en actitudes o escenas que, en principio, no se relacionan con la guerra

como los registros con *escenas de danzantes* del Tossal de Sant Miquel de Llíria muestran cómo el guerrero, cuando no toma parte en una acción bélica mantiene el símbolo de su estatus por el hecho de portar la espada colgada de un tahalí, pero no la lanza ni el escudo, un patrón similar al documentado en la figura del héroe en el monumento escultórico de El Pajarillo.

Un elemento significativo tanto para la contrastación de la importancia de los jinetes en la sociedad ibérica, así como para la defínción de los tipos de guerreros que integrarían un ejército ibero o participarían como aliados o auxiliares en los ejércitos estatales, es la documentación en los ajuares de las tumbas de elementos relacionados con los arreos de caballo (bocados, frontaleras) o con la monta (espuelas), dado que en el ámbito ibérico no se conoce la silla de montar, empleándose una manta que, en ocasiones, podía estar muy adornada, como en el caso de la escultura del caballo de Casas de Juan Núñez (Albacete) datado en el siglo V a.C.

Los estudios de F. Quesada indican que en las necrópolis ibéricas el 93,3 % de las tumbas con armas no presentan arreos de caballo frente al 6,7 % que sí integran algún elemento; la proporción aumenta en las necrópolis celtibéricas hasta el 21,4 %, siendo el 78,6 % la proporción de enterramientos que, contando con elementos de panoplia bélica, no tienen ítems relacionados con la monta. Las proporciones de bocados y espuelas frente al total de armas son también significativas, dado que en ambas áreas constituyen el 7,3 % de las panoplias. La distribución de los ítems por necrópolis es también significativa. Así, mientras que en los conjuntos funerarios de Cabezo Lucero (Guardamar de Segura) y La Senda (Jumilla) no se documentan elementos de panoplia ecuestre en ninguna tumba, y en la necrópolis de Cabecico del Tesoro tan sólo dos enterramientos de un total de 601 tumbas los presentan (factor que podría extrapolarse hacia interpretaciones de carácter social a falta de otros elementos), en las necrópolis del Poblado (Jumilla), y especialmente de El Cigarralejo (Mula), la proporción de tumbas con arreos y espuelas es significativamente similar: el 8,6 y 8,5 % respectivamente, y más teniendo en cuenta la cronología de siglo IV a.C. de las necrópolis indicadas, lo que presenta un registro muy uniforme. La conclusión de las cifras aportadas es que en el período de substitución de las estructuras militares basadas en la heroización por las desarrolladas en función de la nobleza gentilicia, el caballo continúa siendo un elemento de estatus y prestigio indiscutible, reservado tan sólo a una parte proporcionalmente muy reducida de los guerreros constituida por los *princeps* o *dinastés* y sus núcleos más próximos, por lo que en diversos casos se ha negado la existencia de una verdadera caballería en el sentido de la existencia de un cuerpo montado que ejerciera funciones decisivas en el planteamiento táctico de los combates. No obstante, la escasa representación de los arreos de caballo en las tumbas no se corresponde con las informaciones reflejadas en las fuentes clásicas tanto para el período de la Guerra del Peloponeso y la presencia de jinetes peninsulares combatiendo junto a los espartanos a fines del siglo V a.C., como, y principalmente, para el período de las Guerras Púnicas, durante las que

los jinetes ibéricos son citados ejerciendo funciones reservadas tanto a la caballería ligera como a la pesada, al tiempo que se representan en actitud de cargar en la cerámica del estilo de Oliva-Llíria, como en el *lebes* 129 del poblado del Tossal de Sant Miquel (Llíria). En nuestra opinión, el germen de la caballería ibérica como tropa específica se encuentra en la transición de los siglos V al IV a.C, representada tanto en los ajuares de las necrópolis como en los exvotos de bronce de los santuarios.

Las estelas con lanzas hincadas procedentes en su mayor parte del área del Bajo Aragón han sido datadas entre mediados del siglo III a.C. y el siglo I a.C. Aunque en su mayor parte carecen de contexto, se han interpretado como señalizadores de sepulturas a partir de un texto de Aristóteles en el que el filósofo griego indicaba que los iberos ubicaban junto a sus tumbas un *obeliskoi* mediante el que se indicaba el número de guerreros a los que había dado muerte el difunto,[35] siendo el primer problema para la confrontación del registro arqueológico y la fuente escrita la diferencia cronológica entre ambos, aunque es posible que la cita del siglo IV a.C. correspondiera a una tradición recogida de otro autor, o bien de la constatación de un ritual funerario conocido en Grecia a partir de la estancia de mercenarios ibéricos durante la Guerra del Peloponeso. Se documentan fundamentalmente tres tipos de estelas: las que presentan un jinete armado solo o representando un combate junto a la parte superior (puntas o moharras) de las lanzas; las que presentan únicamente lanzas;[36] y las que muestran escenas de combate o ritual funerario sin la presencia de las armas.[37] No obstante, el hecho de que la mayor parte de estas piezas se haya documentado en estado fraccionario posibilitaría que la mayor parte de los ítems se circunscribiera al primer tipo.

Las estelas de Palermo (Caspe), y San Antonio (Calaceite), consideradas exponentes del tipo básico, muestran un jinete armado con escudo ovalado *(scutum)* y lanza, sobre o bajo diversas series de lanzas hincadas dispuestas en líneas de registro horizontales. El hecho de que el número de lanzas sea diferente en cada caso, 18, 8 y 20, se ha empleado como argumento básico para relacionar cada una de ellas con la idea de un enemigo abatido, significando en el arma emblemática del guerrero desde una óptica interpretativa basada en el combate heroico y el empleo de la lanza como arma básica de la panoplia militar mediterránea. Sin entrar en el detalle de las piezas, el factor más interesante de las estelas es la perduración de la idea de la heroización ecuestre en el ámbito del mundo funerario en un período cronológico y área territorial en los que, en principio, no se constatan enfrentamientos bélicos de importancia durante el período al que corresponden la fabricación y empleo de las mencionadas estelas. Podría tratarse,

35. «Entre los iberos, pueblo belicoso, se elevan tantos obeliscos en torno a la tumba de un hombre como enemigos haya aniquilado». *Política*, VII, 2, 11.

36. O bien lanzas y escudo. Entre ellas destacan los ejemplares de El Palao (Alcañiz), Torre Gachero (Valderrobles), Tossal de les Forques, Mas de Magdalenes, Mas de Pere la Reina, Mas de Perchades y Val de Vallerías.

37. En especial las estelas de El Palao (Alcañiz) y Torre Gachero (Valderrobles).

pues, de una rememoración del pasado heroico de un grupo gentilicio, político-territorial, o tribal, más que de la relación específica a un individuo concreto. En este sentido, debe recordarse que las estelas son contemporáneas a la acuñación de las principales series de monedas ibéricas en las que también se utiliza la figura del guerrero armado con lanza como uno de los elementos iconográficos más representativos de las cecas. Caballo, jinete y lanza constituirían pues todavía durante los siglos II y I a.C. uno de los elementos determinantes del prestigio social de las comunidades ibéricas y, como tales, se emplearían profusamente en su iconografía.

3.3. **Las consecuencias de la guerra**

> La guerra es el hambre, la peste, el robo, el asesinato, el sacrificio, el olvido de todos los deberes, la violación de todos los derechos, la destrucción erigida en arte, el imperio de la fuerza, el verdugo de la ley, el escarnio del dolor; una cosa ciega como la materia, feroz como un tigre, todos los malos instintos tomando consejo de la ira, las pasiones sin freno, la desolación sin límites, la perversidad sin castigo, y el crimen sin remordimiento. ¡Ésa es la guerra!
>
> CONCEPCIÓN ARENAL

Las consecuencias de la guerra con independencia del territorio y el arco cronológico y temporal que abarquen son siempre las mismas: muerte y destrucción. Carecemos de informaciones respecto al desarrollo de las guerras en la península Ibérica durante el período Ibérico Pleno, centrándose los datos en la fase comprendida entre el inicio de la conquista bárquida y el final de las guerras celtibéricas, por lo que es difícil afirmar cuáles eran las consecuencias concretas de las llamadas guerras heroicas antes de la formación de las estructuras militares gentilicias y, especialmente, de la presencia de grandes ejércitos en la península a partir de mediados del siglo III a.C. Con todo, algunas prácticas son introducidas claramente por las potencias mediterráneas (pago de tributos, toma de rehenes), mientras que otras se inscriben en la lógica de cualquier enfrentamiento bélico, como el saqueo.

Cartago y Roma desarrollaron una política claramente imperialista destinada a la obtención del control territorial y político del territorio de Iberia que les permita su explotación económica. Ya sea con la excusa de obtener fondos para hacer frente a las reparaciones de guerra exigidas por Roma al finalizar la Primera Guerra Púnica, o simplemente por aplicación del derecho de conquista que Roma se arroga tras su victoria sobre los cartagineses, no reconociendo la diferencia entre combatir en un territorio estratégico dominado por el enemigo, y apoderarse del mismo después de su derrota ignorando los derechos de las co-

munidades autóctonas que incluso habían apoyado con firmeza su causa contra Cartago en algunas ocasiones desde el primer desembarco romano en Ampurias y, mayoritariamente, después de la conquista de Cartago Nova.

3.3.1. Pérdida de la independencia política

La independencia política de las estructuras políticas peninsulares empieza a ser conculcada por Amílcar, que derrota a sangre y fuego a iberos, tartesios y celtas, matando o ejecutando a los principales jefes tribales,[38] obteniendo algunas sumisiones por la persuasión del terror, pero debiendo someter otras regiones y ciudades por la fuerza, como Helike, en cuya campaña fue muerto por las tropas del rey de los orisios.[39] Asdrúbal debió modificar esta política y, si bien derrotó a los que habían vencido a Amílcar para impedir la extensión de los opositores y reafirmar el poder militar de Cartago ante los iberos y su propia competencia ante sus tropas, finalizó la conquista del sur y sudeste peninsular mediante el establecimiento de pactos, acuerdos que no le evitaron una muerte violenta cuando un celta[40] vengó en él las ofensas inferidas a su señor, probablemente un ibero y no un celta como dicen las fuentes, dado que la venganza indicada parece corresponder a las obligaciones de una estructura de relación gentilicia.

Las primeras campañas de Aníbal son un ejemplo del mantenimiento de su dominio por los cartagineses mediante la fuerza. Antes del asedio de Sagunto asuela a los olcades, vacceos y carpetanos, destruyendo sus ciudades e introduciendo, en el caso de Salmantis, la costumbre de exigir tributos y rehenes, extremo que no impide una sublevación de los carpetanos y oretanos mientras está empeñado del sitio de la ciudad,[41] no dudando en exterminar a toda la población una vez conquistada, más como advertencia ante futuras sublevaciones que como escarmiento de los vencidos. La inestabilidad del territorio hispano, pese al rechazo que algunas tribus como los volcianos expresaron a los legados romanos por no haber prestado apoyo a Sagunto en aplicación del tratado existente, se refleja en dos hechos: la necesidad que tiene Aníbal de dejar un fuerte ejército para proteger el territorio, e incluso afianzar la sumisión de las tribus mediante un hábil reparto de los efectivos que habían proporcionado a su ejército, y la necesidad de remontar el curso del Ebro para atravesar los Pirineos al norte del país de los ilergetas, sometiendo a bargusios, ausetanos y lacetanos pero debiendo mantener un cuerpo de observación de 10.000 hombres al mando de Hannón sobre la línea del Ebro. Como no era previsible para Aníbal la maniobra de flanco que

38. Entre ellos Istolayo e Indortas. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXV, 10.

39. Por regla general, en la bibliografía se ha traducido y empleado Orison como nombre propio cuando la traducción correcta del texto de Diodoro es la de *rey de los orisios*. *Biblioteca Histórica*, XXV, 10, 3; 12, 1.

40. Polibio, *Historias*, II, 36, 1.

41. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 11.

supuso el desembarco romano en Ampurias, es evidente que las tropas dejadas en la península tenían como objetivo garantizar la fidelidad de las tribus ibéricas al sur (ejército de Asdrúbal) y al norte (ejército de Hannón) del Ebro.

La inestabilidad o inexistencia de alianzas con los cartagineses se manifiesta cuando Cneo Cornelio Escipión recibe el apoyo de las tribus situadas al norte del río, debiendo someter, sin embargo, a otras comunidades. Tras la batalla de Cissis (218 a.C.) en la que son derrotados y capturados Hannón e Indíbil, los romanos reciben los primeros rehenes peninsulares, pertenecientes a la tribu de los ilergetas,[42] entrega que no impide una sublevación de esta tribu, incitada por Asdrúbal, el mismo año, aunque Cneo Cornelio Escipión pudo sofocar la revuelta capturando la capital, Atanagro, exigiendo nuevos rehenes y, además, una reparación económica, sanción que aplica por primera vez, y que también impuso a los ausetanos por valor de veinte talentos de plata después de derrotar a los lacetanos, asediar su ciudad, y huir su caudillo Amusico,[43] ni tampoco al año siguiente, cuando Indíbil y Mandonio subleven de nuevo su tribu.[44] Ejemplo constante de cambio de partido, los caudillos ilergetas contribuirán a la derrota de Publio Escipión en el 211 a.C.,[45] pero su fidelidad a Cartago fue puesta en duda por Asdrúbal Giscón una vez finalizada la campaña al exigirles una contribución en plata y la entrega de sus hijas como rehenes,[46] lo que provocó su abandono del campo cartaginés y el inicio de negociaciones con Publio Cornelio Escipión, que aprovechó la devolución de los rehenes que estaban en su poder después de su victoria en Cartago Nova para convenir un pacto con los caudillos iberos por el que éstos se vincularon a Escipión mediante una dependencia personal *(adoratio)* que les permitió recuperar su estatus a cambio de poner sus tropas al servicio de los romanos. Tras la victoria de Baecula, Indíbil y otros caudillos iberos, como Edecón de la tribu de los edetanos, reafirmaron sus lazos de dependencia recibiendo a cambio valiosos dones entre los que se contaron 300 caballos, regalo que debe analizarse no sólo como un presente de indudable valor económico sino como un símbolo de prestigio en función del significado del caballo entre las comunidades protohistóricas.[47]

Los compromisos adquiridos por Indíbil con los romanos se circunscribían para él al pacto personal realizado con Escipión. Por ello, cuando circula la noticia de la muerte del general romano por enfermedad en el 206 a.C.,[48] se considera libre del pacto y, constatando que los cartagineses ya no constituyen ningún peligro para las tribus ibéricas, se subleva intentando recobrar su independencia, hecho para el cual intenta incluso atraerse la voluntad de una parte del ejército

42. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61,
43. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61, 10-11.
44. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 21, 2-4.
45. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 34.
46. Polibio, *Historias*, IX, 11.
47. Polibio, *Historias*, X, 40, 10.
48. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 24, 3-4.

romano amotinado al no percibir sus salarios. El ejército romano reacciona con presteza y, tras sofocar el motín, acude raudo a la línea del Ebro y derrota a los ilergetas en batalla campal, aunque perdona a los cabecillas, factor que probaría la razón de los motivos de los jefes ilergetas, no para *sublevarse*, sino para recuperar su independencia.[49] Una nueva y última tentativa en el 205 a.C. se produce tras el regreso de Escipión a Roma, que, según la visión de Indíbil y Mandonio, les libera de sus compromisos personales, adoptados entre caudillos militares y no como pueblos. Lógicamente, la visión romana es muy diferente, como se constata en el texto de Tito Livio, en el que los jefes ilergetas pasan de ser considerados como representantes de sus pueblos a ser tratados de jefes de bandoleros que precisan un escarmiento definitivo concluido con la muerte de Indíbil, la captura y posterior ejecución de Mandonio, y la entrega de rehenes y contribuciones económicas. De hecho, la represión romana del 205 a.C. sirvió para que los ilergetas mantuvieran su fidelidad a Roma incluso durante la última gran sublevación acaecida el 195 a.C., hasta el punto que envían legados al cónsul Marco Porcio Catón, entre los que figura el hijo del *regulus* Bilistages para reclamar su ayuda ante el asedio que sufren algunas de sus ciudades, siendo la primera ocasión en que se presenta a los ilergetas como atacados en vez de atacantes respecto a otros pueblos indígenas.[50]

Aunque las fuentes romanas presenten sus relaciones de dominio sobre las tribus ibéricas como el resultado de un proceso continuado impelido en muchas ocasiones por la marcha de la guerra contra Cartago, lo cierto es que la asunción del poder político fue sistemática después de la victoria de Cneo Cornelio Escipión en la batalla del Ebro (217 a.C.) y el posterior saqueo de las costas del Levante, cuando recibió legados de 120 pueblos que le entregaron rehenes.[51] Las subsiguientes victorias militares potenciaron el proceso como en los casos ya citados de Edecón e Indíbil, y sólo el desastre del 211 a.C. interrumpió su consolidación, aunque por poco tiempo. Tras la división política efectiva de Hispania en dos provincias, Ulterior y Citerior el año 197 a.C., todas las acciones de las tribus ibéricas serán consideradas como sublevaciones contra Roma, por ello, Marco Porcio Catón no tiene tan sólo como misión restablecer el poder de la república en Hispania el año 195 a.C., sino asegurarse de que no pudiesen llevarse a cabo nuevos intentos de rebelión. Sus decisiones, encaminadas a privar a las élites políticas ibéricas de los símbolos de su prestigio y poder: las fortificaciones y las armas, tan sólo pueden ser entendidas bajo una óptica, la de reducirles a la servidumbre, como indica Tito Livio.[52]

49. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 33; Polibio, *Historias*, XI, 32.
50. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 11.
51. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 20, 3.
52. «Por esto el someter a los enemigos les era más dificultoso de lo que había sido para los primeros que vinieron a Hispania, porque los hispanos, por odio al dominio de los cartagineses se pasaban a los romanos, mientras que ahora Catón debía arrancarlos de la libertad a que se habían acostumbrado y como reducirles a servidumbre». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 18.

3.3.2. La destrucción de las ciudades

La toma y destrucción de ciudades tenía como objetivo provocar la ruptura de las estructuras sociales y de poder ligadas a los núcleos urbanos. Por ello, se eligen siempre como objetivos de los asedios los principales *oppida* con la convicción que su caída arrastrará la del resto de los asentamientos que integran una estructura territorial. El asedio de las ciudades, por su dificultad y el elevado número de bajas que puede provocar entre los asaltantes, finaliza en la mayor parte de los casos con su saqueo, ofrecido a las tropas como incentivo y premio del esfuerzo que deben realizar. El botín se obtendrá también con la toma y rapiña de los campamentos de los ejércitos de campaña, lugar en el que se guardan los bagajes de las tropas, así como los suministros del ejército.

Destruir una ciudad se consideraba dentro de las prácticas de la guerra compleja establecidas y desarrolladas en el ámbito geográfico del Mediterráneo Oriental y el Egeo, como una práctica ajustada al derecho de la guerra, entendiendo que, si una ciudad decide resistir a un ejército sitiador hasta el final de sus fuerzas, o bien no aceptan las condiciones de rendición que le son ofrecidas por su oponente, el vencedor está en su derecho de destruir la ciudad y tomar de ella todo lo que pueda; tanto personas como bienes como parte legítima del botín.[53] La reducción de los vencidos a la esclavitud fue la decisión acordada por los atenienses respecto a los habitantes de Scion y Melos, tomadas los años 422 y 416 a.C. durante la Guerra del Peloponeso,[54] aunque, en algunos casos, la *Ekklesia* ateniense podía modificar la suerte de los vencidos, caso de la ciudad de Mitilene que, tras ser expugnada el 426 a.C., debía ver la ejecución de todos los hombres adultos y la venta como esclavos de las mujeres y los niños, aunque, posteriormente, tan sólo se ejecutó a los considerados responsables de la sublevación contra Atenas, manteniéndose la vida y la libertad para el resto de la población.[55] La práctica de las ejecuciones masivas fue aplicada también por los espartanos, antagonistas de Atenas en múltiples ocasiones, entre las que destaca la orden dada por el rey espartano Archidamos, de asesinar a toda la población de Cariai (Arcadia) sin distinción de sexo y edad, tras tomar la villa el año 368 a.C.[56]

Sería sin embargo en el Mediterráneo central donde la práctica del exterminio de las poblaciones derrotadas alcanzase, según los historiadores griegos,

53. Herodoto pone en boca del rey persa Darío las siguientes amenazas a las ciudades griegas de la Jonia si osan resistirse a su dominio: «Jonios, ahora muéstrese cada uno benefactor de la casa real; cada cual procure apartar a sus súbditos del resto de sus aliados. Anunciadles y prometedles que no padecerán disgusto alguno por su sublevación, que ni abrasaremos sus templos, ni sus casas particulares, ni se hallarán en nada peor que antes se hallaban. Pero si no lo hacen y a todo trance se empeñan en entrar en batalla, les amenazaréis ya con lo que realmente les espera: que, derrotados en la batalla, serán vendidos como esclavos, que haréis eunucos a sus hijos, transportaremos sus doncellas a Bactria y entregaremos a otros sus territorios». *Los nueve libros de la Historia*, VI, 9.

54. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, V, 32; V, 116.

55. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, III, 50.

56. Jenofonte, *Helénicas*, VII, 1, 28.

mayor virulencia como resultado de una doble problemática: las guerras entre Cartago y Siracusa por el control de la isla de Sicilia, y las luchas entabladas entre las propias *poleis* griegas para establecer o erradicar el predominio del sistema de gobierno basado en la tiranía frente a la democracia. Tras la toma de Selinunte por los cartagineses en el año 409 a.C. se produjo una auténtica carnicería de la que Diodoro Sículo recoge los detalles más macabros,[57] que concluyó con la muerte de 16.000 de sus habitantes y la captura y posterior venta como esclavos de otros 5.000. Una suerte similar corrió la ciudad de Himera, conquistada también el 409 a.C., cuando las tropas auxiliares púnicas recorrieron la villa a sangre y fuego hasta que Aníbal mandó detener la masacre entregando a mujeres y niños a la soldadesca y reservándose 3.000 prisioneros que hizo conducir al punto en que Amílcar había sido derrotado por los siracusanos y allí los ejecutó.[58] La consecuencia de tales acciones, además de mantener el espíritu de las tropas mercenarias mediante la obtención del botín por el saqueo, extendió el terror a las otras ciudades griegas de la isla, hasta el punto que los habitantes de Agrigento y Gela huyeron masivamente ante el avance cartaginés, siendo pasados a cuchillo los que se quedaron atrás, sin que el vencedor respetara siquiera la protección sagrada de las divinidades a los acogidos en los templos.

Las actuaciones indicadas muestran cómo la práctica del asedio y la forma de comportarse del vencedor con las ciudades que conquistaba correspondía, de hecho, a una tradición común en las guerras complejas mediterráneas, basada en la idea de que el vencido quedaba a la merced del vencedor y éste podía disponer libremente de él. La culminación última de la toma de la ciudad consitía en arrasarla totalmente entegrándola al fuego y destruyendo sus fortificaciones después de haber extraído de ella cualquier objeto de valor y haber capturado a sus habitantes. Aníbal arrasó completamente la ciudad de Himera en el 409 a.C., e Himilcón mandó destruir Mesina hasta los cimientos en el 396 a.C., aunque probablemente la destrucción más conocida es la ordenada por el general del ejército persa Mardonio de la ciudad de Atenas ante el avance de las tropas griegas coaligadas. Sin embargo, la idea y el acto de arrasar la ciudad del vencido no se circunscribe tan sólo a cartagineses y persas; griegos y romanos harán otro tanto con toda la saña de la que sean capaces, aunque adornen sus decisiones con un falso halo de remordimiento y melancolía como Publio Cornelio Escipión Emiliano recordando la caída de Troya entre las ruinas de la ciudad de Cartago que había mandado arrasar el año 146 a.C.

Romanos y cartagineses rivalizarán en determinación y crueldad en los asedios que emprenden en la península Ibérica. Aparte de algunos fracasos, como el

57. «Según la costumbre de su pueblo mutilaron los cadáveres, unos llevaban un cinturón de manos alrededor del cuerpo, otros cabezas en la punta de sus jabalinas.» La cita corresponde, de hecho, a las tropas mercenarias al servicio de Cartago, que sólo respetaron a las mujeres resguardadas en los templos, no por piedad, sino porque el hecho de quemar los edificios les habría privado de apoderarse de las riquezas que contenían. *Biblioteca Histórica*, XIII, 57, 1-5.

58. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XIII, 62, 3-4.

de Amílcar ante Helicen,[59] la superioridad técnica y numérica de los asaltantes les confiere en la mayor parte de los casos el triunfo. Así, Aníbal expugnó las ciudades de Althea,[60] Arbucala,[61] Salmantis,[62] Cartala,[63] Hermandica[64] y Sagunto,[65] saqueando cuando menos Salmantis y Cartala, aunque permitió salir de la primera a todos los habitantes vestidos sólo con una túnica, cosa que no hizo en la segunda, cuya destrucción fue tan violenta que provocó el terror en el resto de las ciudades de la región. El sitio de Sagunto, políticamente emblemático, es sintomático de las características generales de un asedio destinado a solucionar un supuesto problema territorial pero también a enriquecer a un ejército, dado que su elección como objetivo tiene una motivación económica al ser la ciudad la más rica de las situadas en el área del Levante,[66] por ello Aníbal promete en lo más duro del asedio que todo el botín obtenido en la ciudad sería para las tropas,[67] o intenta conseguir la rendición de los saguntinos prometiéndoles poder salir con vida de la ciudad pero sólo con la túnica, como en el caso de Salmantis, a cambio de entregar todo el oro y la plata, y debiendo trasladarse al lugar decidido por el vencedor, aunque en último término opta por el escarmiento cruel que le asegura la fidelidad, basada en el terror, de las otras comunidades bajo dominio político cartaginés. Todos los hombres en edad de portar armas fueron pasados a cuchillo, aunque, de hecho, fueron masacrados habitantes de todas las edades, quedando los supervivientes en poder de los soldados para ser vendidos como esclavos, y se envió un cuantioso botín a Cartago. El sacrificio voluntario de una parte de la población cuando el asedio estaba a punto de finalizar, utilizado por un sector de la historiografía española con finalidades políticas durante la segunda mitad del siglo XX, es esgrimido incluso por Tito Livio como justificación para la masacre realizada por los cartagineses.[68]

La crueldad con los sitiados no es privativa exclusivamente del ejército púnico. El año 206 a.C., con la excusa de vengar el cambio de bando de los iliturgitanos tras la derrota de los Escipiones el 211 a.C., Publio Cornelio Escipión asedia y ataca la ciudad de Iliturgis animando a sus tropas a combatir con mayor

59. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXV, 10.
60. Polibio, *Historias*, III, 13, 5.
61. Polibio, *Historias*, III, 14, 1.
62. Polibio, *Historias*, III, 14, 1; Polieno, *Estratagemas*, VII, 48; Plutarco, *Virt. Mul.*, 248.
63. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 5, 2.
64. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 5, 2.
65. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 7-14; Zonaras, VIII, 21; Apiano, *Iberia*, 10; Floro, I, 22, 3; Orosio, IV, 14, 1.
66. «Esta ciudad era en mucho la más opulenta de las situadas allende el Ebro, emplazada cerca de una milla del mar. Sus habitantes pasan por oriundos de Zacinto, mezclados con algunos rútulos de Ardea. Pero en breve tiempo habían alcanzado una gran opulencia, sea por su comercio de mar y tierra, sea por el aumento de población o por la fuerza de su disciplina, que les hizo guardar la fidelidad debida a los aliados hasta su ruina». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 7.
67. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 11.
68. «¿Quién podía ser perdonado de unos hombres que, o encerrados con sus mujeres e hijos se quemaron en sus propias casas, o con las armas en la mano no ponían otro término a la lucha que la muerte?». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 14.

denuedo que contra los cartagineses para vengar la ofensa recibida. Cuando las fortificaciones de la ciudad cayeron, las tropas romanas recorrieron la ciudad a sangre y fuego matando a todos sus habitantes sin discernir sexo o edad en sus víctimas.[69] El resultado inmediato de tal encarnizamiento fue, sin duda, la rendición de la cercana ciudad de Cástulo, donde el jefe de las tropas iberas, Cerdubelo, pactó en secreto con los romanos y les entregó la guarnición cartaginesa mandada por Himilcón. La forma de comportarse del ejército romano no tuvo durante esta guerra su único ejemplo en Iliturgis. Durante el asalto a Cartago Nova el 209 a.C., cuando las tropas consiguieron entrar en la ciudad, Escipión lanzó a sus hombres contra los habitantes sin concederles cuartel con el mismo objetivo: causar el terror para provocar la rendición de los defensores de la ciudad.[70] Finalizado el combate, de los 10.000 prisioneros tomados entre los varones libres presentes en la ciudad, devolvió la libertad a los ciudadanos, pero envió a la flota como remeros forzados a todos los jóvenes, además de los esclavos sanos, convirtiendo en esclavos del pueblo romano a todos los artesanos y trabajadores especializados capturados en número de 2.000. La clemencia respecto a los habitantes de la ciudad, por lógica mayoritariamente púnicos, sólo puede comprenderse en relación con el episodio de la liberación de los rehenes ibéricos y celtibéricos que tuvo lugar al mismo tiempo, como un gesto político destinado a socavar el prestigio cartaginés.

Las noticias del terror que ejercían los romanos en la conquista de las ciudades se extendió por todo el sur y sudeste peninsular. Cuando en el 207 a.C. Lucio Escipión asedió Orongis para privar a Asdrúbal de la base desde la que llevaba a cabo sus incursiones hacia el interior de la península y, tras una denodada resistencia, las tropas romanas consiguieron penetrar en la ciudad, los defensores, temerosos de ser exterminados, intentaron rendirse pero fueron igualmente masacrados[71] y, al año siguiente, cuando Lucio Marcio Séptimo se dirigió

69. «Entonces sí que quedó patente que el ataque a la ciudad era debido a la rabia y el odio. Nadie pensó en coger prisioneros, nadie pensó en el botín a pesar de que todo se ofrecía al saqueo; degollaron indiscriminadamente a los que tenían armas y a los que estaban desarmados, a las mujeres y a los hombres; en su airada crueldad llegaron a dar muerte a los niños de corta edad. Después prendieron fuego a las casas y arrasaron lo que no podía ser consumido por las llamas, tales ansias tenían de borrar incluso las huellas de la ciudad y hacer desaparecer el recuerdo del lugar donde residían sus enemigos». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 20, 6-7.

70. «Destacó la mayor parte contra los vecinos, según costumbre, con orden de matar a cuantos encontrasen, sin dar cuartel a ninguno ni distraerse con el saqueo antes que se diese la señal. En mi opinión, obran así para infundir terror. Por eso se ha visto muchas veces que los romanos, en la toma de las ciudades, no sólo quitan la vida a los hombres, sino que abren en canal los perros y destrozan a los demás animales; costumbre que con especialidad observaron entonces, por el gran número que habían cogido [...] tomada la ciudadela se dio la señal para que cesase la carnicería y se entregaron al saco». Polibio, *Historias*, X, 12, 1.

71. «Los habitantes cogieron miedo a que el enemigo, en caso de penetrar en la ciudad, degollase a mansalva a todo el que encontrase, cartaginés o hispano indiscriminadamente. Abriendo, pues, repentinamente la puerta, se echaron en masa fuera de la ciudad poniendo los escudos por delante por si les disparaban venablos desde lejos y mostrando desnudas las diestras para que se viera bien que habían arrojado las espadas. No se sabe con certeza si la distancia impidió captar bien esta circunstancia o si se sospechó una trampa; se cargó con saña contra los tránsfugas y fueron destrozados como si fuera una formación que presentaba batalla». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 3, 11.

contra Astapa, ciudad a cuyos habitantes se acusaba no sólo de apoyar a los cartagineses, sino también de asaltar a los mercaderes y los soldados perdidos,[72] los astapenses, sabiendo que debían elegir entre una muerte honorable o la esclavitud, se decidieron por la primera, concentrando sus familias y bienes rodeados de leña en el foro de la ciudad con una guardia de cincuenta guerreros a los que se dio la orden de acabar con vidas y bienes en caso de que el combate que iban a emprender contra los sitiadores les fuese adverso. Tras la aniquilación de los guerreros ante la empalizada romana se cumplió el designio y los romanos no pudieron capturar esclavos ni botín, pereciendo entre el fuego los soldados que quisieron rescatar de las llamas el oro y la plata que se fundía ante sus ojos.[73]

Las tropas romanas expugnaron ciudades a partir del 218 a.C. En su marcha hacia el Ebro, Cneo Cornelio Escipión asedia y expugna todas las ciudades de aquellos que le niegan sumisión,[74] toma Cisis[75] tras derrotar al ejército de Hannón,[76] y finaliza su conquista de los territorios al norte del río mediante la rendición de Atanagrum y la capital de los suesetanos.[77] Al año siguiente, en una incursión sobre el territorio enemigo, toman y saquean Onusa, devastan la campiña y las casas próximas a Cartago Nova, los depósitos de Longuntica, y, en las Baleares, los campos próximos a Ebusus;[78] y en el 216 a.C. pone sitio a Hibera, aunque no llega a tomarla, puesto que Asdrúbal replica asediando una ciudad aliada de los romanos para obligar a éstos a levantar el sitio. La maniobra contraria la realizan los romanos en el 215 a.C. obligando a Asdrúbal, Magón y Amílcar a levantar el sitio de Iliturgis.[79] Al año siguiente, como venganza por el papel jugado por los turdetanos en la toma de Sagunto, el ejército romano arrasó su capital y exterminó a sus habitantes.[80]

Los asedios continuaron a lo largo de las guerras del siglo II a.C. siguiendo patrones de comportamientos similares a los indicados el 195 a.C. durante la última gran sublevación ibérica, Marco Helvio mandó degollar a todos los jóvenes en edad de combatir capturados en la toma de Iliturgis,[81] y Catón ajustició o vendió a los bergistanos sublevados tras tomar su ciudad.[82] Los asedios y destrucciones de ciudades iberas, celtiberas y lusitanas continuaron a lo largo de la primera mitad del siglo II a.C. hasta culminar en la gran ordalía de Numancia el 133 a.C.

72. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 22.
73. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XVIII, 22, 7-11.
74. Polibio, *Historias*, III, 76, 2.
75. La toma de Cisis no reportó grandes beneficios a las tropas romanas, puesto que el botín obtenido fue de baja calidad, consistente en «ajuar bárbaro y esclavos miserables».
76. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 60.
77. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61.
78. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 20, 3.
79. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 49, 15.
80. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIV, 41. Zonaras, IX, 3, 8.
81. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 10.
82. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 21.

3.3.3. La destrucción de los recursos económicos

La guerra realizada por ejércitos estatales o tribales compuestos por un gran número de hombres es un asunto caro. No sólo debe atenderse al pago de los salarios de conscriptos y mercenarios, sino que el problema fundamental para un jefe militar es asegurar el avituallamiento y sustento en campaña de las tropas bajo su mando, dado que sólo una buena alimentación le permitirá disponer de una fuerza combativa preparada y predispuesta al combate. Por ello, del estudio de la duración de las campañas militares en la Protohistoria se constata claramente cómo el año se divide en dos grandes períodos de actividad bélica, la campaña militar propiamente dicha, iniciada en primavera y finalizada en otoño, y la etapa invernal, en la que las tropas se repliegan a sus cuarteles de invierno con la única excepción de los asedios de las ciudades que, en diversas ocasiones, continúan tras el final del buen tiempo. La principal razón para que las campañas se lleven a cabo en el buen tiempo estriba no sólo en la mayor facilidad de movimientos al no existir graves condicionantes climatológicos, sino en la posibilidad de alimentar a las tropas sobre el terreno ocupado apoderándose de las cosechas.

En el modelo de guerra occidental, un ejército en marcha se avituallaba esencialmente de los suministros que pudiera rapiñar en el territorio por el que transitaba, práctica que se endurecía cuando se encontraba en territorio enemigo,[83] puesto que la requisa de productos y la destrucción de los recursos económicos no sólo significaban un beneficio a corto plazo para el que se apropiaba de ellos, sino un perjuicio a largo plazo para el enemigo, que debería rehacer su infraestructura de producción económica una vez finalizado el conflicto o expulsado al invasor, hecho que provocaba, además de la derrota militar, dificultades económicas y sociales en los territorios devastados. Las guerras entre las *poleis* griegas se distinguieron especialmente por la brutalidad de estas prácticas. Cuando en el año 431 a.C., Archidamo invadió el territorio del Ática la devastación superó a cualquier otra conocida, incluso la sufrida durante la invasión persa del 480 a.C.[84] Durante la Guerra del Peloponeso, los lacedemonios invadieron anualmente el Ática para devastar las cosechas hasta que la amenaza de los atenienses de ejecutar a los prisioneros tomados en la batalla de Esfacteria les conminó a cesar en sus incursiones. No obstante, acciones similares se llevaron a cabo durante las contiendas del siglo IV a.C. hasta el extremo de que Platón recoge en

83. Las requisas se extendían incluso a las comunidades con las que un ejército no se encontraba en guerra abierta, como en el caso de la retirada de los mercenarios griegos a través de la península de Anatolia. «Pero si llegamos a un sitio y no nos venden, ya sea tierra de los bárbaros, ya de los griegos, tomamos lo que nos hace falta, no por licencia, sino por necesidad. Así hemos hecho la guerra a los carducos, taocos y caldeos, gente muy temible y que no son súbditos del rey, porque era preciso tomar lo necesario, ya que no querían vendérnoslo. En cambio, a los macrones, que se prestaron a ello en la medida de sus recursos, les hemos tenido por amigos y nada les tomamos por la fuerza». Jenofonte, *Anábasis*, V, 1.

84. En relación con la devastación sufrida por algunos *demos* atenienses dice Tucídides: «Los más jóvenes no habían visto nunca un espectáculo parecido, pero tampoco los más viejos, salvo en la época de las guerras médicas». *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 21.

sus escritos la necesidad de prohibir la devastación de los campos y el incendio de las casas de los usos de la guerra.[85]

Es difícil establecer las necesidades alimentarias y de otro tipo de suministros de un ejército de la Antigüedad en campaña, dado que la reglamentación de alimentos para la tropa y las monturas no siempre se ha conservado en las fuentes, pero, a modo de ejemplo, puede recordarse que los mercenarios griegos de la expedición de Ciro transportaban sus suministros y pertenencias en un convoy de casi 400 carromatos, y el propio rey guardaba en algunos transportes una reserva estratégica de harina y vino con que aplacar los ánimos de sus mercenarios griegos en el caso de que no pudieran conseguirse suministros, provisiones que, al igual que el resto de los bagajes, fueron saqueados durante el transcurso de la batalla de Cunaxa. Aunque estimado sobre cuantificaciones de soldados y auxiliares totalmente desproporcionadas, una idea extrema de lo que suponía la alimentación del ejército en campaña corresponde al ejército que Jerjes moviliza para invadir Grecia para el que, según Herodoto, eran necesarios 110.340 *medimnoi* de trigo diarios, entendiendo que cada soldado recibiera tan sólo un *quénice* de trigo diario, y ello sin contar la alimentación de los civiles que seguían al ejército.[86]

Las prácticas de la requisa y la esquilmación de los campos se llevaron a cabo con profusión en las guerras que tuvieron lugar en la península Ibérica. Durante su campaña contra los iberos en el nordeste peninsular el año 195 a.C., Marco Porcio Catón despide a los abastecedores romanos indicándoles que la guerra se alimentaba a sí misma *(bellum se ipsum alet)*.[87] La sentencia del cónsul puede considerarse arriesgada por cuanto supone en la práctica la necesidad de alimentar a un ejército compuesto por unos 26.000 hombres a los que deben sumarse 800 monturas de la caballería más los animales de tiro de la impedimenta. Aplicando de forma rigurosa las normativas de alimentación del ejército romano,[88] y aun pudiéndose convenir que en campaña las raciones podrían no

85. Platón, *La República*, 469.

86. En aras de magnificar la victoria de los griegos sobre los persas, es evidente que Herodoto exagera las cifras, dado que cifra al ejército del Gran Rey en 2.641.610 hombres a los que acompañaba un número igual de sirvientes, eunucos, mujeres y auxilares, en total, pues, más de cinco millones de personas que debían recibir su alimento diario, junto a una pléyade de animales de combate y bestias de carga. Según el historiador, parece imposible que obtuvieran el alimento necesario para subsistir, llegando incluso a agotarse el caudal de algunos ríos. *Los nueve libros de la Historia*, VII, 184-188.

87. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 9.

88. La ración alimentaria de las legiones romanas estaba formada, en esencia, por harina de trigo preparada de diversas formas: *panis militaris, panis militaris mundus* y *panis castrensis*, salazón de carne, tocino y queso, constituyendo una dieta similar a la de las clases bajas de la población de Roma. Galieno (VI, 507), Celso, (2, 18, 4); Polibio, *Historias*, VI, 38, 6; y Apiano, *Illyria*, 26, indican que el trigo era el único cereal que podían consumir los soldados, dado que la distribución de cebada como alimento básico para la tropa se consideraba un castigo. Polibio, *Historias*, VI, 39, 13-14, cifraba la alimentación básica de un legionario: «la ración de trigo de un soldado de infantería es de dos terceras partes de un medimno ático, y la de un jinete, de siete medimnos de cebada y dos de trigo mensuales. Entre los aliados, los soldados de infantería recibían lo mismo que los romanos, mientras que los jinetes tan sólo cuatro terceras partes de un medimno de trigo y cinco medimnos de cebada». A modo de comparación, la ración de un

ajustarse debido a múltiples problemas a las ordenanzas, los cálculos indican unas necesidades anuales de alimento cifradas en 1.674.000 modios de trigo (15.484,5 Tm) y 403.200 modios de cebada (3.729,6 Tm) cuyo valor monetal se situaría en 5.022.000 sestercios para el trigo y 1.209.600 sestercios para la cebada. Es cierto que Catón llega a Emporion en la época en que los iberos tenían el trigo en las eras[89] y que puede suponer por ello que las requisas le permitirán alimentar a su ejército, pero esta premisa no es aplicable a otros contingentes militares.

El ejército y la flota de Cneo Cornelio y Publio Escipión en el 218 a.C. precisaba 738.000 modios de trigo (6.826 Tm) por valor de 2.211.786 sestercios y 352.800 modios de cebada (3.263 Tm) valoradas en 1.057.341 sestercios, a los que deben sumarse 1.512.000 modios de cereal para los marinos y soldados embarcados en las naves, por un valor total de 4.531.464 sestercios, lo que implica un coste global anual para el mantenimiento de la expedición de 7.800.591 sestercios que, en su práctica totalidad, debían ser aportados por el erario romano. El ejército de refuerzo enviado bajo el mando de Marcelo tras la muerte de los Escipiones (210 a.C.) precisaría consumir 792.000 modios de trigo (7.326 Tm) valorados en 2.373.624 sestercios y 504.000 modios de trigo (4.662 Tm) equivalentes a 1.510.488 sestercios, para un total de 3.884.112 sestercios, cantidad a la que habría que añadir los montantes y valor de los suministros para los restos del ejército vencido reagrupados por Lucio Marcio. Lógicamente, y en las primeras fases de la guerra, los aportes de cereal deben provenir desde Roma con los peligros que ello entrañaba, puesto que en el 217 a.C., unas naves de transporte romanas procedentes de Ostia fueron capturadas por la armada cartaginesa cerca del puerto de Cosa,[90] por lo que no es de extrañar la alegría del campamento romano en Tarraco cuando Publio Cornelio Escipión consiguió llegar el mismo año con una flota de aprovisionamiento y refuerzos,[91] aunque la falta de suministros fue endémica.[92] No obstante, es significativo que inmediatamente después de finalizada la guerra en la península Ibérica, el año 203 a.C., Marco Valerio Falto y Marco Fabio Buteo estuviesen ya en condiciones de aportar a Roma grandes cantidades de trigo que fueron distribuidas entre la población de los barrios más desfavorecidos de la ciudad por los ediles curules a razón de cuatro ases el modio de trigo para paliar la escasez de abastecimientos.[93]

---

esclavo urbano en el siglo II a.C. era, según Plauto (*Persa*, 471), de dos panes, mientras que Catón, en el mismo período indica unas raciones de 660 grs de trigo por día en invierno y 999 grs en verano para trabajos no pesados, mientras que los esclavos que realizaban un ejercicio físico pesado podían recibían entre 1.309 y 1.367 grs diarios, cifras que no están muy alejadas de los 865 grs por día reflejados por Polibio para la tropa.

89. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 9; XXXIV, 16, 3.
90. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 11, 6.
91. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 22.
92. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 48, 4.
93. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXX, 26, 5.

Es evidente que la unión entre los dos datos: la dificultad de obtener todos los recursos disponibles y la posibilidad de realizar una exportación de cereal una vez se ha conseguido el control militar y político del territorio, sólo puede explicarse de una forma: la obtención de los recursos agrarios de las comunidades ibéricas, una producción de cereal eminentemente excedentaria desde, al menos, el siglo V a.C., fase en la que bajo el impulso de los *emporos* y *naukleros* foceomasaliotas, las estructuras sociales ibéricas sustituyeron el sistema de producción de autoabastecimiento por el cultivo intensivo del cereal como elemento básico del comercio a larga distancia destinado a incidir, no sólo en los *emporiae* costeros, sino también, y mediante su inclusión en el circuito comercial mediterráneo en las ciudades griegas de Sicilia e incluso Atenas. Las contrapartidas en forma de distribución masiva de productos manufacturados áticos, y la adopción de la representación antropomorfa para las divinidades femeninas indígenas protectoras de la fertilidad por influencia de los cultos agrarios greco-púnicos de Demeter y/o Tanit en las mismas fechas son ejemplos determinantes del tráfico comercial indicado.

La solución para alimentar al ejército en campaña consistía en establecer depósitos de trigo en plazas fortificadas, almacenes que fuesen capaces de suministrar el cereal necesario para el abastecimiento de un ejército. En una guerra carente de frentes como la librada entre romanos y púnicos en la península, en la que la estrategia consiste en realizar incursiones en el territorio enemigo mediante un sistema de marchas y contramarchas que induzca al adversario a plantear un enfrentamiento en campo abierto con la esperanza de que, una vez derrotado el ejército de campaña enemigo, sea muy fácil controlar todo el territorio, abandonando con ello, y siempre que sea posible, el asedio y toma de ciudades cuya conquista haría preciso el establecimiento de guarniciones cuyo número debilitaría la masa de maniobra de los ejércitos de campaña. Por ello, Asdrúbal tenía un depósito de cereal y provisiones en Ascua en el 217 a.C.,[94] y los Escipiones otro en Castro Albo el 212 a.C.,[95] aunque por lógica sería en las bases principales, Tarraco y Cartago Nova,[96] donde se guardarían los mayores depósitos de cereal, dado que eran los lugares de invernada de los ejércitos romano y púnico. Tras la toma de la base púnica, el inventario de cereal capturado incluyó 400.000 modios de trigo y 270.000 de cebada, así como varias naves cargadas de trigo,[97] hasta el extremo que Tito Livio indica que la toma de la ciudad casi fue lo menos importante ante la abundancia del material de guerra capturado; aunque la cantidad es en sí misma importante si se compara con las cifras apuntadas anteriormente para un gran ejército, debe recordarse que cuando Publio Cornelio Escipión se presenta ante los muros de la ciudad para tomarla, hay tres ejércitos cartagineses en

94. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 27.
95. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIV, 41.
96. En época de Amílcar Barca, la principal base púnica era Akra Leuke. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, 25, 10.
97. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVI, 47, 8-9.

campaña al mismo tiempo, ejércitos que, obviamente, deberían llevar consigo suministros extraídos de la ciudad.

Otra práctica habitual es exigir suministros a las comunidades aliadas o sometidas, como en el caso de la sublevación ilergete del 205 a.C. a cuyo término los romanos imponen la entrega, no sólo de un *stipendium* doble, sino también de trigo para seis meses, y túnicas y togas para el ejército.[98] Pese a la posibilidad de exigir suministros, la práctica más habitual, como se ha indicado, es tomarlos procediendo a la siega de los campos cuando la mies está crecida, una práctica que también realizaban las tribus ibéricas como los saguntinos en el territorio de los turbuletas, la causa esgrimida para el asedio de la ciudad,[99] la acción de los ilergetas, animados por Asdrúbal, sobre los pueblos de la costa del nordeste peninsular que habían establecido pactos con los romanos después de su desembarco,[100] o bien de nuevo los ilergetas en el 206 a.C. al devastar los campos de los suesetanos y sedetanos.[101] Las referencias a la tala de los campos y la acción de los forrajeadores son constantes en las fuentes, abarcando los ejemplos desde la acción de Asdrúbal contra los tartesios de Chalbo el 216 a.C.,[102] aunque se trata de una misión no exenta de peligro, puesto que, por ejemplo, los de las tropas navales de Cneo Cornelio Escipión son sorprendidos y aniquilados por Asdrúbal en las proximidades del Ebro el 218 a.C.,[103] y los enviados por Publio Cornelio a recorrer los campos durante su avance al sur del Ebro en el 214 a.C. corrieron la misma suerte,[104] hasta las incursiones sobre el territorio de los indiketas ordenado por Catón el 195 a.C.

3.3.4. La mortandad y la descomposición del sistema demográfico

Pese a que las cifras de bajas incluidas en las fuentes clásicas deben considerarse inexactas tanto por lo que se refiere a las de los enemigos de Roma, sin duda exageradas, como a las de los romanos y sus aliados, reducidas con fines políticos, y a que se ha indicado repetidamente que la desproporción entre unas y otras sería la consecuencia del diferente sistema de combate de los ejércitos de Roma y las comunidades ibéricas y celtibéricas, favorable a los primeros, y al hecho de que la mayor parte de las bajas se produciría durante la persecución inherente a la derrota cuando el ejército vencido no constituye ya una unidad cohesionada sino dispersa y ya no opone resistencia, por lo que la persecución adquiere visos de cacería, las cifras de bajas pueden analizarse como indicios del número y la

98. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIX, 3, 5.
99. Polibio, *Historias*, III, 15, 7. Apiano, *Iberia*, 10.
100. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61.
101. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 24.
102. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 26.
103. Polibio, *Historias*, III, 76, 1. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61.
104. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIV, 41.

potencia de las concentraciones militares ibéricas y de la demografía de los territorios.

Diodoro Sículo,[105] al describir la primera campaña de Amílcar Barca en la península Ibérica, constata que su victoria sobre iberos y tartésicos se saldó con la aniquilación de éstos, cuyo número no especifica, con la excepción de 3.000 prisioneros que pasan a su servicio en calidad de mercenarios; pese al desastre, Indortas pudo reunir en poco tiempo un nuevo ejército de 50.000 hombres, de los que perecieron casi todos, a excepción de 10.000 cautivos. Si ambos ejércitos fuesen equiparables en número significaría que las pérdidas humanas de iberos y tartesios ascenderían en poco tiempo a más de 80.000 hombres. Es difícil calibrar las cifras, puesto que no disponemos de una estimación, siquiera aproximada, de la demografía de las comunidades ibéricas del sur peninsular a mediados del siglo III a.C., pero aplicando cálculos generales de movilización de tropas, los hombres en armas dependientes de una estructura política no suelen sobrepasar, al inicio de una contienda, el 15 % del total de la población,[106] lo que indicaría que 100.000 guerreros corresponderían a una población aproximada de 6.500.000 habitantes. Unas pérdidas humanas como las indicadas en el texto de Diodoro, siempre en el caso de admitirlas, significarían también un fuerte hándicap para el sostenimiento futuro de la estructura poblacional de los vencidos, al disminuir la fuerza de trabajo y desestructurarse las unidades familiares de procreación. Siguiendo con las cifras, y centrándonos en los dos historiadores más fiables, Polibio y Tito Livio, Aníbal derrota a carpetanos y olcades causándoles graves daños y poniendo en fuga no menos de 10.000 hombres[107] de un ejército que algunas fuentes cifran en 100.000 guerreros,[108] por lo que deberían suponerse 90.000 muertos, dado que no se indica la toma de prisioneros; Cneo Cornelio Escipión acaba con 6.000 hombres y captura otros 2.000 el año 218 a.C. del cuerpo de 10.000 que Aníbal deja a Hannón para proteger los pasos de los Pirineos y la zona interior del nordeste peninsular,[109] ante Iliturgis el 214 a.C. los cartagineses y sus aliados sufren 12.000 muertos y 1.000 prisioneros, y unos días después, en Munda, volvieron a perder otros 12.000 hombres a los que se sumaron 3.000 prisioneros y, pasado poco tiempo, y una vez completado de nuevo el ejército púnico con mercenarios celtiberos, sufrió una tercera derrota con pérdida de 8.000 hombres más 1.000 prisioneros.[110] En Baecula, el año 208 a.C., la mayor

105. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXV, 10.

106. A título comparativo, a principios de la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña, con una población estimada de 46.000.000 de habitantes, podía movilizar tan sólo 711.000 soldados incluyendo las tropas coloniales, Francia, con 39.500.000 habitantes, podía poner en armas a 3.500.000 soldados, Alemania, defensora de un sistema militarizado, a 8.500.000 soldados extraídos de una población de 65.000.000 de personas y, por último, Rusia podía disponer de 4.423.000 soldados frente a una población de 167.000.000 de personas. Evidentemente, las diferencias proporcionales responden al concepto de ejército permanente y al particular sistema de reclutamiento de cada país.

107. Polibio, *Historias*, III, 13, 5.

108. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 5, 2.

109. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 60.

110. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIV, 41.

parte de los 10.000 infantes y 2.000 jinetes capturados son iberos,[111] a los que deben sumarse 8.000 muertos.[112] Silano consigue acabar con 4.000 celtiberos en el 207 a.C.[113]

Cuando el ejército romano combate directamente contra contingentes exclusivamente ibéricos, sin presencia de tropas cartaginesas, las proporciones de bajas son similares. De un ejército de 20.000 infantes y 2.500 jinetes reunido por Indíbil y Mandonio el 206 a.C. consiguió salvarse una tercera parte, contándose entre las bajas 3.000 prisioneros, es decir, un 66 % de pérdidas frente a los 1.200 muertos y 3.000 heridos que sufrieron las fuerzas de Publio Cornelio Escipión.[114] En la siguiente sublevación, el 205 a.C. los mismos caudillos consiguen reunir un nuevo ejército de 30.000 infantes y 4.000 jinetes, de los que perecen 13.000 y 1.800 son capturados, frente a unas pérdidas de apenas 200 hombres en el bando romano.[115] Años después, en el 196 a.C., Quinto Minucio derrota a los caudillos Budar y Besadines cerca de la ciudad de Turba causándoles 12.000 bajas; Marco Helvio derrota a un ejército de 20.000 celtiberos ante Iliturgis, de los que mueren 12.000 el 195 a.C. y, el mismo año, Marco Porcio Catón causa 40.000 muertos a las tribus del nordeste en la batalla de Emporion. Las cifras de bajas se alargan durante toda la duración de las guerras celtibéricas siguiendo unas proporciones similares con la excepción de los desastres del 153 a.C.[116]

A las muertes de los guerreros en el campo de batalla deben sumarse la venta por los cuestores como esclavos de los prisioneros y, especialmente, el exterminio completo de poblaciones consecuencia de algunos asedios. En otras ocasiones, los castigos infligidos a prisioneros y aliados inseguros incluyen mutilaciones masivas destinadas a fomentar el terror e impedir futuras sublevaciones; la amputación de las manos condena a quien padece el suplicio a depender de otros para todas las acciones de la vida, y le desprestigia ante su comunidad al no poder portar armas, símbolo de la libertad y la independencia como individuo y como integrante del grupo. Escipión Emiliano amputa las manos de 400 jóvenes de Lutia que pretendían ayudar a los numantinos durante la última fase del asedio de la ciudad,[117] y Fabio Máximo Serviliano ordena el mismo suplicio para todos los hombres del lusitano Connoba en el 141 a.C.[118]

No se ha realizado hasta la fecha un análisis exhaustivo de las modificaciones demográficas acaecidas en la Península desde el inicio de la conquista cartaginesa hasta el final de las guerras celtibéricas y lusitanas, pero la suma de víctimas provocada por las acciones militares como batallas, extracción de mer-

111. Polibio, *Historias*, X, 40.
112. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 18.
113. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 2.
114. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 34. Apiano, *Iberia*, 37, indica que el mismo número de bajas entre las tropas romanas y cifra el de los ilergetas en 20.000.
115. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIX, 2, 17-18.
116. Apiano, *Iberia*, 45.
117. Apiano, *Iberia*, 93.
118. Apiano, *Iberia*, 68.

cenarios, asalto y destrucción de ciudades, unido a la aniquilación o venta como esclavos de un elevado número de civiles, y la destrucción o pérdida de control sobre los recursos económicos, ocasionó el progresivo desmembramiento de las estructuras sociales indígenas y su sustitución por contingentes de colonos. En diversas ocasiones, las fuentes clásicas afirman la total destrucción de las ciudades, la obligación de abandonar los territorios propios de las tribus para reasentarse en otras zonas impuestas por el ejército romano e, incluso, la necesidad que tienen algunas comunidades, otrora prósperas, de dedicarse al bandidaje para subsistir. Toda la política de Roma parece siempre encaminada no sólo a la conquista del territorio, sino también a la destrucción de los sistemas sociales, políticos e, incluso, poblacionales. En ningún caso los romanos consideran seguras las provincias de Hispania mientras sigan alentándose guerras, conflictos que ellos mismos inician, puesto que entienden que mantener comunidades irredentas puede ser el mejor estímulo para incitar a otras a una nueva sublevación, siendo, en este sentido, muy significativo el temor que Emilio Lépido expresa en el 137-136 a.C. sobre una retirada en su lucha contra Numancia, ayudada por los vacceos, y el efecto que una nueva derrota tendría sobre los iberos del levante y sur de la Península, animando una posible nueva sublevación, aun cuando ya habían transcurrido sesenta años desde la última.[119]

3.3.5. Exigencia de rehenes y esclavitud de los cautivos

Entre las comunidades plenamente estructuradas, el elemento que define a sus miembros es la libertad. La pérdida de la condición de hombres libres en el ámbito de la Protohistoria era el resultado de una acción violenta, consecuencia de la guerra, ya fuesen las derrotas militares, la expugnación de las ciudades, o los asaltos de piratas y bandidos, circunstancias en las que, tras apoderarse de las personas, el destino de los cautivos era su venta como esclavos para convertir en dinero la desgracia de los vencidos. No todas las sociedades trataron igual a sus ciudadanos presos. En la Grecia clásica, un ciudadano cautivo continuaba teniendo la condición de ciudadano aun y reducido a la esclavitud *(política sômata)*, mientras que los *éleuthéra sômata* eran las personas de antigua condición libre ahora esclavas. Los cautivos tenían importancia por diversos motivos, tanto políticos como económicos. En primer lugar, significaban un recordatorio viviente del triunfo alcanzado sobre otra *polis*, al tiempo que una advertencia ante futuras deserciones de otras ciudades, en especial durante los conflictos de los siglos V y IV a.C.; económicamente, suponían una inestimable fuente de ingresos para el vencedor que podía extraer de los cautivos tanto su fuerza de trabajo o su equivalente en dinero al venderlos en los mercados de esclavos. El vencido pagaba pues con su cuerpo parte de los gastos militares de su vencedor. La recuperación de prisioneros y

119. Apiano, *Iberia*, 80.

rehenes estaba en consonancia con su importancia política, social, y las circunstancias de su captura. Así, mientras que en la Guerra del Peloponeso se intercambiaron con frecuencia prisioneros correspondientes a las elites de las *poleis* en conflicto a cambio de un rescate o de pactos entre estados, en otros casos, las ciudades, incluso vencedoras en las guerras y sobradas de recursos, no quisieron recuperar a sus cautivos si las causas de su derrota eran de infausta memoria. Roma, al iniciar las conversaciones con Cartago para poner fin a la Segunda Guerra Púnica en el 203 a.C. exige que la metrópoli púnica le reintegre los prisioneros de guerra sin pago de rescate,[120] mientras que los ciudadanos romanos capturados tras la batalla de Cannas el 216 a.C. y vendidos por Aníbal no pudieron regresar de sus lugares de cautividad en el Mediterráneo oriental hasta el final de la campaña de Tito Quincio en Grecia el 194 a.C.,[121] e incluso en el 188 a.C. aún regresaron algunos cautivos, casi treinta años después de ser apresados.

En las guerras entre estados desarrolladas en el Mediterráneo oriental, la reducción a la esclavitud podía llegar a ser un mal menor para los vencidos, dado que los ejemplos de la crueldad del vencedor son muy numerosos. Samios y atenienses marcaban respectivamente a los prisioneros de la otra *polis* con un hierro al rojo que representaba en el primer caso a la lechuza de Atenas, y en el segundo a un barco símbolo de Samos, mientras que los desgraciados que fueron capturados tras el fracaso de la expedición de Nicias contra Siracusa a finales del siglo V a.C. fueron marcados con la figura de un caballo. No sólo se trataba de hacer visible el triunfo mediante la humillación del hierro en la frente, sino que, en ocasiones, la crueldad llegaba a la mutilación destinada a impedir que los ahora cautivos, como resultado de una incierta mejora de su situación, pudieran volver a empuñar las armas contra sus vencedores, decisión que tomó, por ejemplo, el ateniense Filocles al decidir cortar el pulgar a todos los prisioneros que capturaba para que no pudieran volver a empuñar una lanza.[122] Con todo, los atenienses, antes de su derrota en la batalla naval de Egos Potamos habían llegado a acordar que cortarían la mano a todos los vencidos que fueran capturados; lógicamente, tras su derrota, los vencedores se vengaron matando a 3.000 prisioneros atenienses.[123]

120. Polibio, *Historias*, XV, 8, 7.

121. «Quincio les pidió que buscasen a los ciudadanos romanos que pudieran haber como esclavos en sus países y se los remitiesen a Tesalia antes de dos meses, que era un deshonor también para ellos que los libertadores sirvieran como esclavos en la tierra que habían libertado. [...] Era muy elevado el número de prisioneros de la Guerra Púnica que habían sido puestos en venta por Aníbal al no ser rescatados por los suyos. Prueba de lo elevado de su número es el hecho de que, según escribe Polibio, su rescate les costó cien talentos a los aqueos, habiéndose fijado en quinientos denarios por cabeza el precio a abonar a sus dueños. Según esas cuentas, pues, Acaya reunió mil doscientos. Puede hacerse un cálculo proporcional de los que probablemente había en toda Grecia». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 50, 2-6.

122. Jenofonte, *Helénicas*, II, 2, 31. La decisión fue tomada por la *Ekklesia* ateniense. El motivo de cortar tan sólo el pulgar no era otro que emplear como remeros a los cautivos, reducidos ahora a la esclavitud, que sí podían manejar el remo con los cuatro dedos restantes.

123. Jenofonte, *Helénicas*, II, 31.

Los prisioneros de guerra eran vendidos como esclavos inmediatamente después de su captura. No existen muchas informaciones sobre su destino, pero la embajada de los legados de Sagunto que se presenta ante el Senado romano el 205 a.C. indica que los antiguos habitantes de la ciudad habían sido distribuidos por diversas ciudades del sur de la Península, especialmente en la Turdetania, de donde fueron rescatados por los romanos y devueltos a su ciudad,[124] siendo la redención de la esclavitud de los saguntinos una prioridad exigida por el Senado a sus generales en Hispania. En otros casos, los esclavos eran transportados fuera de la Península; el año 141 a.C., Quinto Pompeyo Aulio derrotó a Tangino en la Sedetania, vendiendo a sus hombres como esclavos, indicando Apiano que se sublevaron durante la travesía que los conducía a su destino, matando a los compradores y hundiendo las naves.[125] Las ventas de prisioneros como esclavos fueron muy frecuentes en las guerras de la Celtiberia y Lusitania. Escipión Emiliano vendió a todos los habitantes de Numancia que se rindieron, con la excepción de cincuenta, a los que reservó para su desfile triunfal en Roma;[126] Servio Galba vendió también en el 151-150 a.C. a una parte de los lusitanos que pudo atraer con la falsa promesa de entregarles tierras a cambio de su sumisión, asesinando al resto;[127] Fabio Máximo Serviliano entregó a los mercaderes a 9.500 de los cautivos que hizo en la toma de las ciudades de Iscadia, Gemela y Obolcola el 141-140 a.C. cuando luchaba contra las tropas de Viriato;[128] Tito Didio vendió a todos los habitantes de Coleda el 98 a.C. después de obtener la rendición de la ciudad[129] y, por las mismas fechas, Sertorio, tribuno a las órdenes de Tito Didio, masacró a los habitantes de la ciudad celtibera de Catulo, vendiendo a los supervivientes.[130]

La práctica de la entrega de rehenes entre estados o estructuras políticas de inferior rango era una práctica común en los imperios del Próximo Oriente y Mesopotamia, como también en Egipto y, posteriormente, en el mundo griego. Entre las principales razones esgrimidas para llevar a cabo tal práctica se indican la necesidad de obtener una garantía que asegure la sumisión de los vencidos, dado que ni la ocupación militar ni la imposición de sanciones económicas o reparaciones de guerra pueden asegurar, más bien al contrario, que no se producirá un nuevo enfrentamiento bélico; reforzar un tratado de alianza; o bien para mantener sojuzgado a un teórico aliado político. La práctica griega se basaba en la desconfianza hacia los juramentos, tan pronto establecidos como rotos. Cartago

124. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 39, 6. «Desde que llegaron a la provincia, Publio y Cneo Escipión no cesaron ni un momento de hacer lo que nos favorecía a nosotros y perjudicaba al enemigo. Antes de nada nos devolvieron nuestra ciudad; enviaron a buscar a nuestros conciudadanos por toda Hispania, que habían vendido como esclavos, y los convirtieron de esclavos en libres de nuevo.»
125. Apiano, *Iberia*, 77.
126. Apiano, *Iberia*, 98.
127. Apiano, *Iberia*, 60. Valerio Máximo, IX, 6, 2.
128. Apiano, *Iberia*, 68.
129. Apiano, *Iberia*, 99.
130. Plutarco, *Sertorio*, 3.

utilizaba también la práctica de la obtención de rehenes para asegurarse fidelidades políticas, destacando el hecho de la entrega de los hijos de Anaxilao, tirano de Rhegio, a Amílcar durante la campaña del 480 a.C.[131]

Para que tenga valor el arma de la entrega de rehenes y el incumplimiento de los acuerdos signifique la pérdida de ciudadanos y personas con relevancia dentro de la comunidad, los elegidos para formar parte de las entregas debían atenerse a una doble condición, bien tratarse de las personas más ricas de la *polis*, de cuyos intereses económicos dependía una parte fundamental de la actividad productiva y mercantil de la ciudad, al tiempo que por su estatus disponían de una elevada influencia política, como en el caso de los rehenes exigidos por los espartanos a los eginetas el año 491 a.C. y confiados por los primeros al cuidado de los atenienses,[132] o bien tratarse de los hijos del rey o de un personaje principal, dado que la pérdida de estos últimos comprometería gravemente el futuro del linaje o de la dinastía reinante, según los casos. No obstante, la confianza en el hecho de que nadie pondría en peligro a los miembros de su propia familia desatendiendo los compromisos adquiridos, no siempre era confirmada por los hechos, siendo especialmente significativo el caso del noble persa Reomitres que, sublevado contra su rey, pidió auxilio al rey Teos de Egipto[133] a cambio de entregarle como rehenes a su mujer e hijos, así como a los hijos de algunos de sus aliados, a los que abandonó tras someterse de nuevo a Ciro.[134] Con los precedentes indicados es lógico que en la península Ibérica los estados contendientes utilizaran los mismos sistemas de coacción.

Roma aplica la exigencia de rehenes como sistema para asegurarse la fidelidad de las tribus sometidas o aliadas desde el inicio de su presencia en la península, siendo las comunidades del nordeste las primeras que los entregan. Ya en el 218 a.C., tras la rendición de Atanagrum se obtiene un número de rehenes mayor que el entregado con anterioridad,[135] sobre el que no se tienen, empero, datos. Al año siguiente, tras su victoria naval en las bocas del Ebro y el saqueo de las costas del levante, son 120 los pueblos de la región próxima al río e incluso del interior los que se someten entregando rehenes en garantía,[136] que, de con-

131. «Como general venía Amílcar, hijo de Hannón, rey de Cartago, a quien había convencido Terilo por la amistad de huésped que tenía con él y principalmente por la diligencia de Anaxilao, hijo de Cretines y señor de Rhegio, quien entregó a sus dos hijos como rehenes a Amílcar y le llevó a Sicilia en socorro de su suegro. Porque Anaxilao estaba casado con la hija de Terilo, por nombre Cidipa». Herodoto, *Los nueve libros de la Historia*, VII, 165.

132. «Demarato tomó consigo a Leotíquidas y se dirigió contra los eginetas, poseído de un terrible enojo por la afrenta que se le había hecho. No osaron entonces los eginetas, viendo venir contra ellos a los dos reyes, continuar la resistencia; aquéllos escogieron diez hombres de Egina, los de mayor consideración por su riqueza y su linaje, entre ellos Crío, hijo de Polícrito, y Casambo, hijo de Aristócrates, los que tenían más poder; les condujeron al Ática, y les confiaron en depósito a los atenienses, los peores enemigos de los eginetas». Herodoto, *Los nueve libros de la Historia*, VI, 73.

133. Monarca de la XXX Dinastía, reinó entre los años 362 y 361 a.C.

134. Jenofonte explica los detalles de la historia, *Ciropedia*, VIII, 8, 4.

135. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61.

136. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 20.

cordar la noticia con otra posterior del propio Tito Livio, serían celtiberos, entendiéndose por ello probablemente su ataque contra el territorio de los cartagineses que provoca el retroceso de Asdrúbal desde su campamento en el país de los Ilercavones hacia el sur para hacer frente a la nueva amenaza, el resultado de una acción combinada con Cneo Cornelio Escipión.[137]

Cartago intentó asegurarse la fidelidad de las tribus ibéricas del mismo modo. Aníbal recluyó en Sagunto a los hijos *(pueorum)* de los principales jefes iberos para asegurarse su fidelidad,[138] aplicando el principio común entre las estructuras sociales jerarquizadas por el que la preservación de la transmisión hereditaria del poder político o económico se fundamentaba en los vástagos, especialmente los primogénitos. Las relaciones de dependencia personal que los iberos adquirían respecto de aquellos que les favoreciesen con la devolución de los rehenes se encuentra en la base de la propuesta que Abilix (Abelux)[139] realiza al cartaginés Bostar cuando los romanos se acercan a Sagunto el 217 a.C., así como el hecho de que Publio Cornelio Escipión acogiese con alegría la propuesta que le hizo el tránsfuga de entregarle a él los rehenes para que Roma obtuviese el mérito y el rédito político de su devolución.[140] Niños y mujeres son también los 300 rehenes entregados por las tribus ibéricas y celtibéricas a los cartagineses que Publio Cornelio Escipión encuentra en Cartago Nova al capturar la ciudad.[141] El relato de Polibio indica que el general romano intentó ganarse la voluntad de los más jóvenes mediante la entrega de regalos[142] y la promesa de que pronto serían devueltos a sus familias. La *continencia de Escipión*,[143] tema recurrente en la plástica española desde finales del siglo XVIII, se basa en el decoro con que trató a las mujeres e hijas de los nobles iberos mantenidas como rehenes y tratadas ignominiosamente por los cartagineses,[144] y en el episodio de la liberación de la prometida del celtibero

137. «Toman por asalto tres ciudades y entablan con insigne valor dos combates con Asdrúbal, al que matan 15.000 hombres y le cogen 4.000 con muchas enseñas». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 21.

138. Polibio, *Historias*, III, 98, 2.

139. Polibio considera que la propuesta de engañar a los cartagineses traicionando la palabra dada es digna «de un ibero y de un bárbaro», es decir, no corresponde a un hombre civilizado.

140. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 22.

141. Polibio, *Historias*, X, 18, 3.

142. Puñales y espadas a los niños, lo que concuerda con la querencia hacia las armas por razones de estatus y formación entre los iberos, y pendientes y pulseras a las niñas.

143. El relato de la continencia de Escipión tiene mucho de literario. De hecho, el pasaje recuerda extraordinariamente a la clemencia que Alejandro Magno demuestra a las mujeres de la familia de su enemigo Darío III tras su captura en la batalla de Isso. «Pero el obsequio más loable y más regio que de él recibieron unas mujeres ingenuas y honestas reducidas a la esclavitud fue el no oír, ni sospechar ni temer nada indecoroso, sino que les fue lícito llevar una vida apartada de todo trato y de la vista de los demás, como si estuvieran, no en un campamento de enemigos, sino guardadas en templos y relicarios de vírgenes». Plutarco, *Alejandro*, 21.

144. De hecho, las mujeres retenidas como rehenes fueron violadas por sus captores. La violación era una práctica habitual con las cautivas, puesto que eran entregadas a la soldadesca como una parte más del botín de guerra. Tras la conquista de Selinunte en el 409 a.C. las mujeres capturadas fueron entregadas a la sevicia del vencedor. «Algunas eran obligadas a ver cómo sus hijas aún vírgenes eran obligadas a

Alucio, con los que Escipión fundamentó su política utilizando la libertad de los rehenes, ofrecida sin rescate, como moneda de cambio.[145] Al concentrar en su cuartel de invierno de Tarraco a los rehenes trasladados desde Cartago Nova provocó que los nobles ibéricos tuvieran que presentarse ante él para recuperar a sus mujeres e hijos, como en el caso del edetano Edecón y sus amigos, o de Indíbil y los suyos, término que debe interpretarse como clientes. En ambos casos, el reconocimiento de la deuda para con los romanos se transformó en un tratado de dependencia militar. La dependencia personal por agradecimiento tras la salvaguarda y devolución de familiares es aprovechada también por Tiberio Sempronio Graco para asegurarse la sumisión del régulo Thurro, uno de los más importantes nobles de la Celtiberia *(longe potentissimus omnium Hispanorum),* cuyos hijos e hija fueron capturados en la toma de Alce el 179 a.C.[146] Incluso Viriato intentó congraciarse de esta forma el año 146 a.C. con los segovienses devolviéndoles los rehenes, hijos y esposas que estaban en poder de los romanos y que había liberado, aunque, según relata Frontino, en esta ocasión optaron por permanecer fieles a los pactos con Roma arriesgándose incluso a la ejecución de los rehenes.[147]

Tras la batalla de Baecula, la política de acercamiento de Publio Cornelio Escipión a las tribus ibéricas tuvo un nuevo capítulo con la liberación de los prisioneros ibéricos, que constituían la mayor parte de los 10.000 infantes y 2.000 jinetes tomados al ejército de Asdrúbal en función de la disposición de las tropas, mientras que los púnicos fueron vendidos por los cuestores,[148] consiguiendo con su actitud el apoyo de la mayor parte de las comunidades ibéricas a los romanos.[149] Escipión mantuvo incluso su línea de actuación después de la primera sublevación de Indíbil y Mandonio al renunciar a tomar rehenes sobre los que tomar venganza en caso de una nueva defección.

La política romana cambió una vez asegurado el control del territorio. Tras la segunda sublevación de ilergetas, ausetanos, suesetanos y otras tribus ibéricas, Lucio Léntulo y Lucio Manlio Acidino exigieron la entrega de los cabecillas de la rebelión, incluido Mandonio, que fueron ajusticiados, y rehenes de treinta pueblos o tribus,[150] y en el 195 a.C. los bergistanos, sublevados en dos ocasiones con-

realizar actos que no se correspondían con su edad, dado que la crueldad de los bárbaros no respetaba ni a los niños de condición libre ni a las jóvenes, y hacían sufrir a estos infortunados terribles suplicios». Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XIII, 58.

145. Publio Cornelio Escipión se encargó de recordar a Indíbil que él había capturado a las mujeres en calidad de prisioneras y esclavas, es decir, en un estatus más bajo que el de rehenes, y que, aun así, se había comportado con ellas como lo habría hecho un padre. Polibio, *Historias*, X, 38.

146. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XL, 49.

147. Pseudo Frontino, IV, 5, 22.

148. Polibio, *Historias*, III, 10, 40. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 19, 1.

149. «El otro Asdrúbal y Magón coincidían en que la generosidad de Escipión había ganado la voluntad de toda la población tanto en el ámbito público como privado, y que no se pondría fin a las defecciones hasta que todos los soldados hispanos fuesen retirados a los últimos confines de Hispania o trasladados a la Galia». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 20, 5.

150. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIX, 3, 5.

secutivas, fueron en su totalidad vendidos en subasta.[151] A lo largo de las Guerras Celtibéricas, la exigencia de rehenes se convirtió en una petición frecuente: Tiberio Sempronio Graco recibió rehenes de Munda y 40 caballeros nobles en prenda de fidelidad de Certima en el 179 a.C.,[152] Claudio Marcelo los obtuvo de Ocilis el 152 a.C.,[153] devolvió los suyos a los celtiberos el mismo año, y los exigió de belos, titos y arevacos, aunque en un gesto político les devolvió la libertad en el mismo momento en que le fueron entregados, en un intento de apaciguar definitivamente la guerra contra los numantinos que el Senado romano estaba dispuesto a llevar a cabo a cualquier precio. Si los rehenes debían mantener la fidelidad de los pueblos sometidos a Roma, en muchas ocasiones su entrega no servía para contener la ira de los romanos; la ciudad de Cauca entregó rehenes a Lucio Lúculo el 151 a.C. al tiempo que cumplía otras exigencias impuestas por el cónsul, pero no impidió con ello el saqueo y exterminio de la ciudad y sus 20.000 habitantes,[154] el lógico resultado de esta actuación fue la desconfianza de las poblaciones celtibéricas hacia Lúculo y su dificultad para conquistarlas, lo que redundó en nuevas y más fuertes exigencias de tributos y rehenes a los vencidos, como los 50 impuestos a la ciudad de Intercatia.[155]

La fase final de la guerra contra los celtiberos y, en especial, las operaciones contra Numancia, demuestran la fragilidad de las conquistas romanas. Las continuas derrotas y la falta de avances decisivos en la campaña impelen una y otra vez a la sublevación a las ciudades que se mantenían fieles mientras la suerte de las armas favorecía a Roma. Las consecuencias del continuo cambio de bando son, por regla general, la destrucción de las ciudades, la esquilmación de los recursos económicos y la toma de un número cada vez mayor de rehenes. Quinto Pompeyo Aulo los obtiene en número desconocido de Malia en el 141 a.C. después de que los habitantes de la ciudad acabaran con la guarnición numantina allí instalada,[156] y recibe 300 de Numancia y otros tantos de Termancia en el 140-139 a.C. como parte de las condiciones exigidas para establecer una nueva paz.[157]

3.3.6. Exigencia de contribuciones

La imposición de contribuciones económicas a las poblaciones iberas y celtiberas se inicia durante la campaña de Aníbal contra Salmantis, ciudad a la que exige 300 talentos de plata y 300 rehenes para levantar el asedio, petición que es

151. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 16, 3.
152. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XL, 17.
153. Apiano, *Iberia*, 48-49.
154. Apiano, *Iberia*, 50-52.
155. Apiano, *Iberia*, 53-54.
156. Apiano, *Iberia*, 77.
157. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XXXIII, 16; Apiano, *Iberia*, 78-79.

rechazada por los sitiados,[158] provocando con ello el saqueo de la ciudad; el mismo Aníbal, antes de la campaña contra Sagunto, exige y obtiene tributo de las ciudades de los olcades tras saquear su capital, Cartala.[159] Esta práctica no es exclusiva de los cartagineses, puesto que ya en el 218 a.C., a poco de su desembarco en la península, Cneo Cornelio Escipión exige contribuciones en dinero a los ilergetas después de la rendición de su capital, Atanagrum, y a los suesetanos, veinte talentos, después del asedio de su capital,[160] aunque, en general, las contribuciones obtenidas debían ser muy escasas, dado que por motivos políticos le convenía más al ejército romano en Hispania intentar separar a las tribus ibéricas del dominio cartaginés que obtener recursos de ellas, recursos que, por otra parte, le eran muy necesarios por cuanto, por ejemplo, en el 215 a.C. Publio y Cneo Cornelio Escipión comunican a Roma que debido a la escasez de dinero no pueden obtener trigo para alimentar a las tropas, ni pagarles la soldada.[161] La exigencia de dinero a los pueblos tenidos como aliados mediante pactos de amistad supuso en diversas ocasiones la ruptura de los acuerdos existentes, al no entender los caudillos ibéricos que se dudase de la lealtad empeñada con un pacto personal. La insistencia de Asdrúbal Giscón para asegurarse la lealtad de Indíbil mediante la entrega de una gran cantidad de plata y rehenes fue la causa de su ruptura con él y de su paso al bando romano.[162] La suma de los botines de guerra obtenidos de los ejércitos y plazas cartaginesas vencidas, más que de las tribus ibéricas, permitieron a Publio Cornelio Escipión entregar 14.342 libras de plata y una gran cantidad de plata sin acuñar al erario a su regreso a Roma en el 206 a.C., aunque debe recordarse que sólo en la toma de Cartago Nova, el botín ascendió a 276 pateras de oro de una libra de peso, 18.300 libras de plata trabajada o acuñada, y un gran número de vasos de plata, por lo que, en principio, debe suponerse que los gastos de mantenimiento del ejército en los tres años siguientes se realizaron, en gran parte, a costa de lo capturado, dado que el monto de lo aportado a la hacienda romana es netamente inferior a lo consignado únicamente en el botín de la ciudad.[163]

La exigencia de contribuciones se convertiría en impuesto regular *(stipendium anni)* doblado en ocasiones como la exigida a los ilergetas después de su sublevación en el 205 a.C. A partir del 200 a.C. se inicia un saqueo continuado de los recursos económicos de las estructuras políticas ibéricas, exigiendo continuas reparaciones y contribuciones, destinadas, en su mayor parte, a potenciar la influencia política y social en Roma de los mandos militares destinados en Hispania. Así, el procónsul Lucio Cornelio Léntulo aporta como botín 43.000 libras de plata y 2.450 libras de oro en 200 a.C., Lucio Manlio Acidinio ingresó

158. Polieno, VII, 48.
159. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 5, 2.
160. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61.
161. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 48, 4.
162. Polibio, *Historias*, IX, 11; X, 35.
163. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVI, 47.

el 198 a.C. 1.200 libras de plata y 30 de oro, producto de sus campañas en la Hispania Ulterior; Cneo Cornelio Blasio regresó en el 197 a.C. de la Hispania Citerior con 1.515 libras de oro, 20.000 de plata y 34.550 libras de plata acuñada, mientras que el mismo año, Lucio Stertinio volvió a Roma desde la Ulterior con 50.000 libras de plata, pudiendo erigir con su parte del botín dos arcos honoríficos en el *Forum Boarium* y uno ante el *Circo Máximo* ornados con estatuas doradas.[164] El saqueo continuó en el 195 a.C. una vez sofocada la rebelión del sur de Hispania, Marco Helvio ingresó en el erario 14.732 libras de plata en lingotes, 17.023 libras de plata acuñada con la biga, y 119.439 de plata oscense, mientras que su sucesor Quinto Minucio pudo regresar a Roma con 34.800 libras de plata, 73.000 marcadas con la biga y 278.000 de plata oscense. Catón, vencedor de los iberos en el 195 a.C., exprimió también la provincia con impuestos sobre las minas de hierro y plata y repartió a cada uno de sus soldados, sin distinción, una libra de plata que éstos sumaron al enorme botín reunido durante la campaña, lo cual, y en función del tamaño de su ejército consular, significa un mínimo de 24.000 libras de plata destinadas a compensar de forma extraordinaria a las tropas; a la prodigalidad de Catón debe sumarse, según el texto de Plutarco, el pago de 200 talentos de plata (casi 1.530 kg) a los mercenarios celtiberos que reclutó para la campaña, cantidades que, obviamente, se abonaron a partir del botín obtenido de las tribus iberas vencidas.[165] Las cantidades obtenidas por Catón son aún más significativas sobre el potencial económico de Hispania si les sumamos las 25.000 libras de plata en lingotes, 23.000 con el cuño de la biga, 540 libras de plata oscenses y 1.400 de oro que aportó a Roma en el 194 a.C. Tres años después, el procónsul Marco Fulvio Nobilior llevó a Roma una cantidad mucho menor pero aún significativa: 12.000 libras de plata, 130 con la marca de la biga y 127 libras de oro. En resumen, y en sólo una década, los cónsules y procónsules romanos fueron capaces de aportar al tesoro de Roma la respetable cifra de 200.732 libras de plata en lingotes, 545.672 libras de plata acuñada y 5.522 libras de oro, a las que deben sumarse los pagos a las tropas, las cantidades invertidas en las compras de alimentos, y el saqueo realizado por las tropas como botín de guerra.

Si se comparan las cifras indicadas con las reparaciones de guerra exigidas a Cartago al final de la Segunda Guerra Púnica: 10.000 talentos de plata de Eubea pagaderos en 50 años a razón de 200 talentos anuales, puede comprenderse hasta qué punto era una esquilmación sin precedentes lo obtenido en Hispania, razón por la que se guardó el registro de los ingresos,[166] aunque las sumas obtenidas no dejaban de considerarse como normales, dado que no sirvieron, en muchas ocasiones, para que los procónsules obtuvieran los máximos honores por parte del senado romano.

164. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXII, 27.
165. Plutarco, *Catón*, 10.
166. Polibio, *Historias*, XV, 18, 7.

Las exigencias de reparaciones y los saqueos continuaron en años posteriores, aunque de forma más espaciada debido a las alternativas de las guerras sostenidas con lusitanos y celtiberos. Aun así, el procónsul Lucio Manlio pudo llevar a Roma el año 186 a.C. 52 coronas de oro y 132 libras del mismo metal y 16.300 libras de plata, mientras que el cuestor Quinto Fabio aportó 10.000 libras de plata y 80 de oro,[167] Quinto Fulvio Flaco 124 coronas y 32 libras de oro, y 133.200 monedas de plata oscense el año 179 a.C.,[168] y Marco Claudio Marcelo 10 libras de oro y 1.000.000 de sestercios en plata.

3.3.7. Exigencia de hombres para la guerra

Los pactos de alianza o sumisión incluían frecuentemente la recluta de hombres para completar los efectivos de los ejércitos. Ya se ha indicado que tanto cartagineses como romanos exigieron de sus aliados la incorporación como tropas auxiliares de un número cada vez mayor de guerreros y el papel que éstos tuvieron en el desarrollo de las campañas. Múltiples, los motivos de la recluta forzada pueden dividirse en dos grandes grupos: políticos y tácticos. La incorporación de efectivos indígenas aseguraba el mantenimiento de los lazos de dependencia personal establecidos entre los nobles o jefes tribales y los generales romanos, como en los casos de Edecón, Indíbil o Culchas, pero también suponía un medio para obtener en rehenes a una parte de lo más granado de las tropas de un grupo indígena, por cuanto al desproveerlos de los individuos más aptos para el servicio de armas era mucho más complicado que intentasen cualquier revuelta contra Roma. La recluta de hombres permitía, en muchos casos, afianzar el estatus del grupo como aliado del vencedor frente a otros más tibios o que habían aportado menor número de guerreros.

Las tropas indígenas compensaban también las carencias de unos ejércitos obligados a moverse en territorio desconocido y, en gran medida, hostil. El conocimiento del terreno que permite la función de guías y exploradores son nota frecuente en los relatos de las campañas; así, por ejemplo, Aníbal envió por delante de su ejército emisarios para comprar el apoyo de las tribus galas una vez atravesados los Pirineos en el 218 a.C.,[169] mientras que Marco Silano empleó desertores celtibéricos como guías para su incursión en la Celtiberia cuando intentó impedir, el año 207 a.C., que los cartagineses Hannon y Magon reclutaran un nuevo ejército en esa región para suplir las pérdidas de anteriores combates.[170] Eran también los mejores informadores para detectar la posición y los movimientos del enemigo, así como el estado de ánimo del ejército rival, dado que al existir iberos y celtiberos, según la ocasión, en los ejércitos enfrentados, la comunica-

167. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIX, 29, 4.
168. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XL, 43, 4.
169. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 23.
170. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 1.

ción entre las tropas era constante, circunstancia por ejemplo empleada por Asdrúbal para provocar la deserción de los celtiberos del ejército de Cneo Cornelio Escipión antes del enfrentamiento que significó la más grave derrota romana en Hispania durante la Segunda Guerra Púnica el año 211 a.C.[171] Dos años después, sería Publio Cornelio Escipión quien emplearía informadores para saber que los ejércitos de campaña púnicos en Hispania se encontraban muy lejos, a diez días de marcha de Cartago Nova empeñados en otros combates, por lo que les sería muy difícil acudir en ayuda de su principal base de operaciones y, mucho menos, actuar para ello de forma coordinada;[172] pescadores indígenas le informaron también de las características de las fortificaciones de la plaza, así como de la forma en que un ejército podría atravesar las marismas para atacar la ciudad por el lugar más desprotegido.[173]

Es difícil definir una estructura concreta de las obligaciones que comportaban los pactos de alianza por lo que respecta al número de hombres que deberían entregarse y el tiempo de servicio. En todo caso, la heterogeneidad del ejército que Aníbal envía a África es significativa del número restringido de los diferentes componentes tribales, aunque es difícil discernir, en algunos casos, entre soldados reclutados por pactos de dependencia y mercenarios. En todo caso, el propio Aníbal concede permiso a los soldados iberos de su ejército tras la conquista de Sagunto[174] para que vuelvan a sus hogares durante el invierno ante la proximidad de las futuras campañas, un tipo de actuación difícil de asociar a tropas mercenarias cuya retribución se establecía, en muchos casos, en función de los días del contrato, regresando a sus puntos de origen o centros de contratación, como en el caso de los mercenarios ibéricos reclutados para servir en la Guerra del Peloponeso, al finalizar los contratos de alistamiento. En el caso indicado, la expresión *omnium gentium auxilia* con que Tito Livio se refiere a los contingentes que regresaron sin dilación en la primavera es significativa. Tampoco podría entenderse más que como tropas aliadas y no mercenarias a los 3.000 guerreros carpetanos que desertaron al extenderse el rumor de que Aníbal los conducía contra Roma, ni a los 7.000 hombres con poca formación militar que licenció seguidamente como coartada de la deserción anterior.[175] En todo caso, el número de auxiliares por tribu no podía ser mucho más elevado que el indicado, en función de la distribución territorial y el número de poblados que integran cada estructura social.

Los historiadores romanos recuerdan repetidamente que Numancia aguantó una guerra de catorce años contra Roma con un cuerpo social que no le permitió reunir nunca más de 8.000 guerreros (4.000 según otras fuentes), a los que se deben sumar otros casos, como el de Culchas. El compromiso de este *regulus,* que

171. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 33.
172. Polibio, *Historias*, X, 7, 4.
173. Polibio, *Historias*, X, 7, 6.
174. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 21.
175. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 23.

gobernaba sobre 28 ciudades, era aportar 3.000 infantes y 500 jinetes, reclutados entre sus súbditos durante el invierno del 207-206 a.C.,[176] un contingente menor si se tiene en cuenta que su nombre es citado en repetidas ocasiones como ejemplo de los *regula* que mantuvieron sus dominios con el apoyo de los romanos, o el del celtibero Alucio que recluta entre sus clientes una tropa de 1.400 jinetes. Probablemente, los mayores contingentes de tropas aliadas fueron los reunidos por Servio Galba el 151-150 a.C. después de su derrota ante los lusitanos cuando convocó 20.000 aliados, y el exigido conjuntamente a las tribus de los belos y titos por el cuestor Cayo Vetilio el año 147-146 a.C. para enfrentarse a Viriato, un contingente de 5.000 hombres que fue masacrado por el caudillo lusitano.[177] Escasas o proporcionadas a las propias tropas romanas y aliadas de nombre latino, los auxiliares celtibéricos continuaron reclamándose durante las guerras Numantina y Lusitana, especialmente tropas de caballería, como la exigida por Lucio Lúculo en sus pactos con Cauca antes de masacrar la ciudad en el 151 a.C.[178]

Las tropas de caballería hispana estarán siempre entre lo más granado de las unidades al servicio de Roma. Junto al *Bronce de Asculum* del 89 a.C. que recoge la concesión de la ciudadanía romana a 30 hispanos integrantes de una *turma*, las menciones a los jinetes o caballos peninsulares son frecuentes en el relato de César,[179] e incluso se cita un contingente de 2.000 jinetes iberos junto a otro de 4.000 lusitanos mandado por Casio en los prolegómenos de la batalla de Filipos el año 42 a.C.,[180] y otro de 10.000 jinetes celtas e iberos entre las tropas con que Marco Antonio emprendió la campaña de Armenia el 40 a.C.,[181] aunque, en los dos últimos casos, debe pensarse más en mercenarios que en aliados.

176. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 13.
177. Apiano, *Iberia*, 63.
178. Apiano, *Iberia*, 50-52.
179. César, *Guerra de las Galias*, V, 26, 3; VII, 55, 3; *Guerra Civil*, III, 22.; *Guerra Africana*, 39.
180. Apiano, bc IV, 88.
181. Plutarco, *Marco Antonio*, 32.

Capítulo 4

EL DESARROLLO DE LA GUERRA

> Frente al enemigo, todas las ventajas son buenas, y por mi parte, si pudiese conjurar a todos los demonios del infierno para machacar los sesos de mi enemigo antes de que machacara los míos, lo haría de todo corazón.
>
> Blaise de Montluc

Los enfrentamientos militares en la cuenca mediterránea durante la Protohistoria responden al concepto de guerra compleja. La sustitución progresiva de los ejércitos reducidos de origen nobiliar propios de la Edad de Bronce por las grandes armadas que los estados organizan durante los conflictos a gran escala en los que pretenden variar la estructura geoestratégica de amplias regiones implica una nueva concepción de la táctica y la estrategia militar, pero supone también la introducción de nuevos elementos en la organización y mantenimiento de la guerra. La obtención de los recursos humanos y materiales aumentará proporcionalmente al tamaño de los ejércitos, cuestiones ante las que los estados y estructuras jerarquizadas preestatales adoptarán soluciones tan diferentes como la movilización de los ciudadanos en atención a sus recursos económicos, o la contratación de un gran número de mercenarios para constituir el núcleo de la fuerza de maniobra. La guerra precisará ahora también de intrincadas relaciones políticas que permitan desde el tránsito libre por los territorios, a la sumisión de pueblos mediante el empleo de la fuerza o la conclusión de tratados; consumirá recursos económicos en una proporción que hará necesaria la explotación intensiva de los propios territorios, la conquista de otros nuevos para incautarse de su producción, y la exigencia de tributos a los vencidos y, en menor medida, a los aliados; motivará la especialización de funciones en los cuerpos militares, entendiendo al ejército como un todo interdependiente antes que la suma de los guerreros más capacitados. La logística, el aprovisionamiento de víveres y armas, la construcción naval o las fortificaciones avanzadas serán algunas de las consecuencias del nuevo tipo de guerra.

Por último, pero no menos importante, el tránsito de la guerra heroica a la guerra estatal supondrá también la variación de la táctica y el planteamiento de

las batallas. La victoria no se medirá ya por la derrota del adversario sino por su aniquilación política y, especialmente, física. Adquirir ventaja sobre otro ejército no supondrá tan sólo derrotarle en el campo de batalla, sino intentar impedir que vuelva a constituirse como una fuerza de combate capaz de poner en peligro los frutos de la victoria alcanzada. En el momento en que el enemigo flaquee y su línea se quiebre se intentará por todos los medios transformar la derrota en huida, y la huida en masacre matando o capturando al mayor número posible de adversarios para emplearlos como rehenes o, con mayor frecuencia, venderlos como esclavos consiguiendo así una nueva fuente de financiación para la guerra. Las nuevas tácticas incluirán la movilidad conjunta y coordinada de elevadas cantidades de hombres de los que se tendrá que extraer sus mejores cualidades durante el combate, por lo que el entrenamiento previo a la batalla y la disciplina serán moneda común en todos los ejércitos, así como los sistemas de transmisión de órdenes, visuales o acústicos, siendo interesante constatar que prácticamente no se citan o producen errores de interpretación de las órdenes durante el período analizado.

La nueva concepción de la guerra modificará también el tipo del caudillo militar. Los nobles, origen de los grupos tribales y preestatales, dejarán su puesto al frente de los ejércitos a los generales *(duces)* nombrados por los poderes políticos de los que, en principio, dependerán, aunque en muchos casos la victoria, la gloria militar y el prestigio convertirán a algunos mandos en independientes hasta el extremo de rechazar o modificar las directrices de la guerra emanadas de los estamentos de las ciudades a las que pertenecen y por las que combaten, aunque en ocasiones, las tradiciones literarias intentaron disfrazar el prestigio de los caudillos formando una aureola nobiliar falsa, como la leyenda de la paternidad de Amílcar atribuida a Jantipo, lo que convertiría a Aníbal en nieto del primer salvador de Cartago. La guerra será también el vehículo para que se produzcan modificaciones en la estructura social por lo que respecta al mando de las tropas y la obtención del prestigio inherente a la victoria. La táctica y la forma de combatir se modificarán también, superando la estructura rígida del combate propia de la Primera Edad del Hierro para adecuar cada planteamiento táctico al enemigo y al terreno en que se desarrolla la acción hasta el punto que determinados planteamientos tácticos, como la tenaza Aníbal en Cannas, se convirtieron en clásicos dentro del arte militar.

4.1. **La organización de los ejércitos**

El concepto de ejército durante la Protohistoria del área mediterránea y la Europa septentrional es diverso en función de la zona geográfica y el período estudiados. La complejidad creciente de las estructuras sociales y políticas condiciona el surgimiento de estructuras y unidades militares adaptadas a las funciones de la defensa del territorio y las guerras de conquista territorial o saqueo

de los territorios próximos. La concentración de la población en los núcleos urbanos propiciará un cambio en las estructuras sociales de origen clánico y tribal representadas por la nobleza militar del Bronce Final que agrupa bajo su dominio un reducido número de hombres de armas dependientes de la figura de un caudillo o jefe militar por relaciones de parentesco o dependencia económica. La evolución de este modelo serán los ejércitos tribales que caracterizarán, por ejemplo, a las comunidades celtas e iberas a lo largo de la Segunda Edad del Hierro, aunque con las diferencias lógicas derivadas de los condicionantes particulares. Por el contrario, las *poleis* del Mediterráneo central, especialmente Cartago, las ciudades de la Liga Etrusca, y las colonias griegas de la Magna Grecia y Sicilia, optaron por el desarrollo de ejércitos de carácter estatal superando el marco de la guerra heroica con dependencias personales alistando a un gran número de ciudadanos en las filas de la milicia, aunque manteniendo diferencias en el armamento y funciones asignadas a partir de las propias de las clases sociales. Con todo, los ejércitos estatales pueden dividirse en dos modelos principales: el representado por las ciudades etruscas en que los soldados corresponden casi íntegramente al conjunto de los ciudadanos, con una escasa participación de mercenarios, y el modelo púnico y griego occidental en el que, junto a un núcleo importante de ciudadanos, el grueso de las tropas está formado por mercenarios. La eclosión del enfrentamiento entre los dos tipos de organización indicados tendrá su máxima expresión durante las Guerras Púnicas, cuando el ejército de la Roma republicana, integrado básicamente por ciudadanos (con el apoyo de tropas auxiliares iberas o númidas) derrote finalmente a las tropas cartaginesas, que habían fiado su solidez a una pléyade de mercenarios alistados en África, Iberia o las llanuras del Po.

4.1.1. Los ejércitos ciudadanos y estatales

En Etruria no puede reconocerse un ejército estatal al no existir unidad política entre las diferentes ciudades-estado, aunque sí se configura un mismo tipo de sistema militar consecuencia del sustrato vilanoviano a partir del que evolucionan las *poleis* etruscas, y de las influencias griegas adoptadas durante los siglos VIII y VII a.C., esencialmente el armamento hoplítico. La defensa de las ciudades se asignaba a estructuras militares formadas por ciudadanos, con levas de hombres en los casos de riesgo con independencia de su condición de libres o siervos, y contingentes mercenarios que combatían bajo el mando de un tirano. En consecuencia, cada ciudad contaba con su propio ejército y su participación en las guerras no respondía a un concepto de *ethnos* o estado unificado sino a los intereses particulares de cada ciudad.[1]

1. El primer ejemplo citado por Tito Livio de la existencia de ejércitos propios de cada ciudad etrusca corresponde a los intentos de Tarquinio por recuperar el trono de Roma después de su expulsión en 509 a.C.:

Los ejércitos urbanos de las ciudades etruscas fueron numéricamente poco importantes, dado que la principal función de los oligarcas era el control de la producción económica, hecho al que se añadía la no participación de las *poleis* en conflictos militares más allá de las disputas entre ciudades. Durante los siglos VII y VI a.C. se produjo un cambio en la organización del ejército de las ciudades-estado, al sustituirse el antiguo modelo por un patrón de inspiración griega basado en el esquema dominante en la Grecia Arcaica. Los aristócratas, clase dirigente, constituirán ahora el núcleo de la milicia ciudadana, los hoplitas y la caballería, mientras que el restos de las clases sociales formarán el resto de las categorías de hombres sobre las armas, siendo las dependencias económicas y personales los motivos básicos de la adscripción a uno u otro grupo militar. La Roma etrusca empleará también la división sectorial del ejército, pudiendo considerarse como uno de los puntos de partida de la organización de las legiones de época republicana.

En el ejército-tipo de una ciudad etrusca se distinguen cuatro clases de soldados a partir de principios del siglo VI a.C. La *clase I* correspondía a los hoplitas, soldados con armadura completa al estilo griego correspondientes a la aristocracia de sangre o económica; la *clase II*, formada por los ciudadanos con rentas medias que contaban con experiencia de la guardia cívica de las ciudades; la *clase III*, integrada por guerreros pertenecientes a la clase media baja, esencialmente artesanos, equipados con armamento ligero, cuyos miembros carecían por regla general de experiencia militar; y la *clase IV*, integrada por los miembros de la clase baja, esencialmente campesinos carentes de tierras,[2] los siervos y los mercenarios. Es indudable que la división del ejército ciudadano etrusco en cuatro clases se inspira en la organización que Solón impone en Atenas en 594 a.C. por la que los habitantes de la ciudad realizaban su prestación militar en función de los ingresos: *pentakosiomédimnoi*, *hippeis*, *zeugitai* y *thetes*, con la diferencia de que en Atenas, la adscripción a un grupo militar basado en el poder económico significaba también una especialización en el tipo de combate, siendo, por ejemplo, los *thetes* quienes nutrían las filas de los contingentes navales y los remeros de la flota ateniense, y los *zeugitai* quienes componían las filas del grueso de la infantería. Asimismo es innegable que la división cuatripartita recuerda claramente, como se ha indicado, la base de la legión romana dividida también en cuatro grupos: *princeps*, *hastati*, *triarii* y *velites*.

«Estos argumentos hicieron mella en los de Veyos: todos a porfía gritan en tono amenazador que hay que borrar las afrentas, al menos ahora que los guía un romano, y recobrar lo que se ha perdido en la guerra. A los de Tarquinios los mueve el nombre y el parentesco: les parecía un honor el que los suyos reinasen en Roma. Dos ejércitos de las dos ciudades siguieron, así, a Tarquinio para reclamar el trono y castigar por las armas a los romanos». *Historia de Roma desde su fundación*, II, 6, 4-5.

2. Tras la derrota etrusca de Sutrium y la penetración por la selva Cimina en 310 a.C., Tito Livio relata cómo las legiones se vieron atacadas por «tropeles de campesinos etruscos, reunidos deprisa y corriendo por los jefes de aquella comarca y en un gran desorden». En el mismo pasaje se explica que las armas de los campesinos serían las hoces y dos jabalinas o picas. *Historia de Roma desde su fundación*, IX, 36, 6-12.

La iconografía más clara de los diversos tipos de guerreros que configuraban un ejército ciudadano etrusco se encuentra en los vasos del denominado *arte de las sítulas,* producciones de vajilla metálica datadas en el siglo VI a.C. entre las que destacan los vasos de bronce *Arnoaldi, Providence* y *Pania*, en cuyos frisos decorativos se presentan desfiles de guerreros armados con panoplias diversas, en los que destaca la amplia variedad de tipos de escudos ejemplo de las múltiples influencias tipológicas y formales existentes en el armamento etrusco: escudos circulares griegos *(hoplon)*, redondos de madera y umbo central derivados de prototipos vilanovianos, y *scutum* ovales celtas; en las pinturas y relieves murales funerarios, y en los ajuares de las tumbas. La panoplia ofensiva etrusca se centraba en la lanza, las jabalinas, el arco, el hacha de una hoja y las espadas, correspondiendo estas últimas a los tipos céltico o al de hoja curvada y amplia derivada de la *machaira* griega introducida en el península Itálica durante el siglo VI a.C. El armamento defensivo cuenta, junto a los escudos y las grebas anatómicas de bronce, con tres tipos de corazas: anatómicas, formadas por peto y espaldar con forro interior de tela o cuero unidos por correas en los costados y decoración que representa los músculos del plexo solar y los omoplatos; de lino, copiada de prototipos griegos propia de los siglos V al II a.C. cuya sucesión de capas de tejido permitían proteger perfectamente el cuerpo sin los inconvenientes de las rígidas y pesadas corazas anatómicas, factor que permitió la generalización de su empleo tal y como se representa en el sarcófago de *Ramtha Huzcnai Thuiati* (Tarquinia), y las urnas cinerarias de *Larth Purni Circe* y *Arnth Purni Curcesa* (Pieve); y el disco-coraza conocido ya en la panoplia vilanoviana y ampliamente difundido entre samnitas, volscos y sabinos. Los cascos presentan una decoración de crinera longitudinal o transversal, pudiendo corresponder estos últimos a un distintivo del comandante de un *lochos* o grupo básico de la falange hoplítica, copiando el empleo que de ellas se hacía en el mundo griego, a partir de la placa de Ancona (siglos VI-V a.C.). Los principales tipos son el *Negau* (siglos VI-III a.C.) documentado en las necrópolis de Malpasso, Osteria y San Cerbone-Populonia, caracterizado por la decoración incisa o aplicada especialmente en las carrilleras *(paragnatides)*; de campana o semicircular empleados desde finales del siglo VII hasta el siglo III a.C. tanto por los etruscos como por otros pueblos itálicos, de los que se conservan ejemplares en las necrópolis de Populonia, Vetulonia, y en Città di Castello-Perugia; corintio, que a imitación del prototipo griego se empleará entre los siglos VII y IV a.C., y representará profusamente como en las estatuas votivas de Broglio-Arezzo; y el *Montefortino*, empleado básicamente por las clases III y IV, relacionado con prototipos celtas y, posteriormente, con el equipo militar romano republicano.

Las funciones militares básicas eran ejercidas por la primera clase, los hoplitas, a los que se encargaba la defensa de las murallas y puertas de la ciudad en época de paz, la escolta de los navíos, y el control del orden público en las ciudades, aunque en algunos documentos como la *Estela de Fiésole* se representa un cuerpo de protección interpretable como guardia cívica con funciones similares

a las descritas y cuyo reducido armamento, consistente en un hacha y una jabalina, no permiten suponer que desarrollasen un papel básico integrados en el ejército de campaña.

La táctica militar etrusca era, en función de los tipos de guerreros y de su armamento, una mezcla de las concepciones del combate hoplítico griego y de las tácticas de lucha de la legión romana. Basado en el orden cerrado, el sistema de la falange precisaba el mantenimiento de un núcleo de guerreros muy especializado, armado y mantenido a expensas de la ciudad o de los propios integrantes del cuerpo hoplítico, cuyo inmovilismo conceptual solía relacionarse con la estructura política de las *poleis*, siendo en último término un sistema que no se adaptaba a los tipos de lucha necesarios para enfrentarse a los grupos celtas del área septentrional de la península Itálica, ni al emergente poder romano republicano. Por ello, desde el siglo V a.C. se produjo una modificación sustancial en el sistema de combate, abandonando las formaciones en línea (recta, oblicua, media luna, medio cuadro abierto y cuña abierta) por otras basadas en la organización de clases.[3] La batalla la iniciaban las clases II y III, restando la I (infantería pesada) en reserva interviniendo sólo en la lucha en los momentos decisivos para apoyar la ruptura del frente contrario y asegurar la victoria, o bien proteger la retirada de las tropas en caso de derrota amedrentando al enemigo victorioso con la idea del esfuerzo que supondría enfrentarse a las mejores tropas del ejército derrotado, frescas y descansadas, tras el esfuerzo que había supuesto la lucha. El planteamiento táctico indicado suponía asimismo un intento de preservar a los hoplitas como núcleo del ejército, tanto por la calidad técnica de estas tropas como por el hecho de estar formadas por miembros de la elite de la sociedad urbana. La clase IV, las tropas peor armadas, realizaban esencialmente tareas de apoyo y exploración, hostigando al adversario al inicio de la batalla, pero protegiendo los flancos junto a la caballería durante el desarrollo de las principales fases del mismo.

La caballería etrusca se dividía en dos grupos: ligera, formada por mercenarios o miembros de los pueblos itálicos, cuyas misiones básicas eran la exploración, escolta de suministros y flanqueo de la infantería, y pesada, esencialmente infantería montada que combatía a pie. Las ciudades etruscas introdujeron también en sus ejércitos numerosas especialidades militares de apoyo a la fuerza de choque principal: arqueros, hacheros y honderos, así como responsables de in-

3. Un ejemplo de la importancia de los hoplitas de la clase I se encuentra en el relato de Tito Livio sobre el primer combate de Sutrium entre un ejército etrusco formado por guerreros de todas las ciudades tirrénicas excepto Arretium contra las legiones del cónsul Quinto Emilio Bárbula en 311 a.C.: «Luego, para no retirarse sin haber llegado a nada, brota el grito de guerra del lado etrusco, suenan sus tubas y avanzan las enseñas. Con la misma prontitud entablan combate los romanos. Van al choque con saña; los enemigos son superiores en número, los romanos en valor; en la incierta batalla cayeron muchos por ambos bandos, los más valientes, además, y la situación no se decantó hasta que la segunda línea romana, en plenitud de fuerzas, reemplazó a los de vanguardia, agotados. Los etruscos, como su primera línea no se vio reforzada con ninguna fuerza auxiliar de refresco, cayeron todos delante y en derredor de las enseñas [...] el ejército enemigo había visto destruida toda su formación principal en un solo combate, quedando únicamente las tropas auxiliares, que apenas bastaban para defender el campamento». *Historia de Roma desde su fundación*, IX, 31, 6-12.

tendencia. La logística o *impedimenta* estaba al servicio de los guerreros de la clase I, puesto que un cuerpo basado en los hoplitas necesitaba transportar una gran cantidad de armas y bagajes, estando representado en las urnas cinerarias de Volterra y Fiésole el empleo de asnos cargados con bultos que siguen el desfile de los guerreros. Los músicos que acompañaban a las tropas cumplían un papel esencial en la transmisión de las órdenes que definían la secuencia del combate, tarea para la que empleaban tanto el cuerno *(cornicen)* como la flauta doble *(aulos)* en la transmisión de un código de señales prefijado. Médicos y adivinos completaban los auxiliares. El profundo concepto religioso de la estructura social etrusca se documenta en los preparativos del combate, durante los que el ejército, formado en orden de batalla, presenciaba los sacrificios realizados por los arúspices *(haruspex)* consistentes por regla general en el sacrificio de un animal *(hostia consultatoria)* y el análisis de sus entrañas, con especial atención al hígado *(epastoscopia)*; si la interpretación dada por los adivinos de la voluntad de los dioses era positiva, el sacrificio reafirmaba la voluntad de combatir del ejército, dado que los etruscos creían que todos los aspectos de su vida eran voluntad de las divinidades y no podían hacer nada para cambiar el destino, mientras que si el sacrificio era negativo se evitaba combatir hasta que las señales fuesen favorables. Otras prácticas adivinatorias eran el estudio de los prodigios *(ostenta)* y la observación del vuelo de las aves *(avispicina)*.

El mando unificado de las tropas era ejercido por el *macstre (magister)* al que se concedía un poder absoluto *(imperium)* con poder discrecional de vida y muerte durante la campaña. Como emblemas del cargo utilizaba la doble hacha (elemento formal de marcado carácter simbólico derivado de la *pekelys* de las comunidades egeas presente en las tipologías materiales vilanovianas en determinados tipos de navajas de afeitar) muy frecuente en la iconografía etrusca desde las tumbas de Poggio Gallinaro (Tarquinia) y Acquastrini (Vetulonia) datadas en el siglo VII a.C., hasta las pinturas de la del Convegno (Tarquinia) en el siglo III a.C., pasando por los depósitos votivos de Strozi y Genio (Talamon); las fasces, presentes en la tumba de Acquastrini; y la biga *(currus)*, común en la iconografía etrusca a partir del siglo VII a.C. El carro se empleaba en Etruria como un símbolo de prestigio a la usanza del modelo griego, por el que los héroes o jefes militares se dirigían al combate en el vehículo símbolo de su poder seguidos por los miembros de su séquito o guerreros, y del que descenderían para combatir a pie, según muestran las representaciones de los siglos VII y principios del VI a.C. en los que las bigas permanecen próximas al cuidado de los aurigas mientras tiene lugar el combate, ya se trate de *monomachias* o *leontomaquias*, como en el caso de la píxide de la tumba Regolini Galassi. El carro etrusco se empleó también en las ceremonias nupciales, de las que son un ejemplo excelente las lastras del palacio de Murlo, y las carreras, practicadas tanto en los juegos *(ludi)* de los festivales como en los certámenes funerarios en honor de los difuntos. En todos los casos, la biga, pero también un vehículo de dos ruedas arrastrado por tres caballos (triga), y una carroza de eje central adornada por un parasol, se documentan

en la plástica tirrénica, al tiempo que aparecen citados en las fuentes clásicas como expresión máxima de la *tryphe* (clase ociosa) etrusca, preocupada tan sólo por el lujo y la diversión *(habrotes)*.

Entre las representaciones más conocidas de jefes militares etruscos, las más significativas son las de *Larth Ninia* (Fiésole) y *Avele Feluske* (Vetulonia), ambas estelas funerarias del siglo VII a.C. cuyas inscripciones indican su carácter de ofrenda honorífica. Para desarrollar las funciones del mando, el *macstre* debía disponer de un grupo de oficiales de menor rango que ejecutasen sus órdenes guiando a los soldados en combate, aunque no se conocen los nombres de sus cargos y funciones. La documentación arqueológica no ha demostrado la existencia de enseñas militares etruscas al estilo, por ejemplo, de los pendones samnitas de las pinturas de Pesto (Lucania) o las insignias romanas,[4] pero sí puede afirmarse la existencia de elementos emblemáticos de las ciudades presentes en la decoración de los hoplones de la clase I, en los que la rosa de seis pétalos constituiría el símbolo de Vetulonia, el ánfora y el jabalí lo serían de Orvieto y Tarquinia respectivamente, y la gorgona de Populonia, un referente iconográfico presente también, en este último caso, en las series numismáticas acuñadas en la ceca de la ciudad. En algunas ocasiones la gorgona se asocia a otros símbolos en el mismo escudo, como en el representado en el frontal de la caja del carro broncíneo de Monteleone (Spoleto) en la que el escudo que recibe (junto a un casco corintio) el noble de su mujer en una escena de clara inspiración griega[5] presenta igualmente un lobo o felino, dualidad repetida en un lateral del mismo vehículo, pero invirtiendo la posición de ambas figuras.

Sobre una parte de las tropas, y en determinadas circunstancias, tenían mando los tiranos *(thyranos)*, una adaptación etrusca del modelo griego en la que un jefe militar no perteneciente a la nobleza ciudadana obtenía el poder con el apoyo de las clases más bajas, artesanos, mercaderes, y pequeños comerciantes, de los núcleos urbanos, proceso que alcanzó su máximo desarrollo en los siglos VI y V a.C. por oposición a la nobleza tradicional que no respondió a los cambios sociales acaecidos en el siglo VII a.C. Apoyado en un ejército reclutado personalmente y sobre el que tenía un poder absoluto, se le atribuían dos funciones básicas: la instauración y mantenimiento de la paz social, y la mejora económica y social de la *polis*, en muchos casos mediante la implantación de sistemas religiosos y artísticos de origen griego.

Por último, a partir de la idea del *ethnos* y el *agon* cultural común, las ciudades-estado etruscas organizaron tardíamente una liga basada en el modelo de la liga jonioasiática griega, cuyos lazos de dependencia se reafirmaban anualmente

4. Las fuentes latinas indican, no obstante, la existencia de estos emblemas, por ejemplo, en la segunda batalla de Sutrium en 310 a.C., en la que el cónsul Quinto Fabio derrotó totalmente al ejército etrusco apoderándose de 38 enseñas militares. Tito Livio. *Historia de Roma desde su fundación*, IX, 35, 8.

5. Una interpretación mitológica de la escena permitiría afirmar que se trata de Teti, madre de Aquiles, entregándole las armas forjadas para él por Hefesto en sustitución de las suyas, prestadas a Patroclo y perdidas después de la muerte del amigo del héroe a manos de Héctor.

durante la celebración del *Fanum Voltumnae*, un conjunto de festivales religiosos y juegos sagrados realizado en el santuario de Voltumna, inspirado en los juegos griegos de Olimpia, Delfos y Corinto. Durante el *Fanum Voltumnae* se elegía el cargo de jefe de la liga etrusca *(zilath mexl rasnal)* entre los *zilath* (magistrados supremos) o reyes *(lauchmes)* de las ciudades etruscas,[6] un cargo denominado *praetor etruriae XV populorum* por los romanos durante el período de la conquista. Entre las atribuciones del jefe de la liga se contaban la dirección de los sacrificios durante las fiestas y del ejército etrusco en caso de inestabilidad durante el período de tregua.

Pese a la precisa organización y armamento, los ejércitos etruscos fueron siempre poco numerosos y combatieron de forma independiente hasta fines del siglo IV a.C. Con anterioridad a esta fecha destaca tan sólo la participación de la flota de Tarquinia en la batalla naval de Alalia (545 a.C.) en la que los tirrenos, aliados a Cartago, se enfrentaron con la flota foceo-massaliota con resultado incierto, y la batalla de Cumas (474 a.C.) que marcó el fin de la influencia etrusca sobre la región de la Campania tras la derrota ante el ejército de Dionisio de Siracusa. Ya fuere por el recuerdo de esta derrota, o por la propia debilidad de Tarquinia a fines del siglo V a.C., esta ciudad tan sólo pudo enviar el año 412 a.C. en socorro de Siracusa, sitiada por los atenienses durante la Guerra del Peloponeso, un contingente de 3 pentecoreas y 100 hoplitas mandados por el pretor Velthur Spurinna.

El ejército púnico, condicionado por la extensión de los territorios dependientes de Cartago, precisaba combinar un potente contingente terrestre con una amplia flota que asegurara las rutas comerciales y de comunicación entre Cerdeña, Sicilia, el norte de África y la península Ibérica. Pese a las guerras sostenidas contra Siracusa los siglos V y IV a.C., Cartago fue incapaz de organizar un ejército permanente bien entrenado y dotado de una idiosincrasia propia y, lo que es más importante, de un sistema de mando óptimo que le permitiera definir un modelo de combate estricto; las derrotas sufridas ante Marco Régulo en el territorio africano a principios de la Primera Guerra Púnica, motivaron el rechazo a los generales cartagineses y la entrega del mando al lacedemonio Jantipo que asombró a los ciudadanos al dirigir las maniobras del ejército.[7] Los gastos ocasionados

6. «Considerando que éstas serian inviolables para aquellos hombres rudos únicamente si él mismo se hacía respetable con los símbolos externos de la autoridad, resaltó su majestuosidad con los demás elementos de su presentación externa, pero sobre todo con la autoadscripción de doce lictores. Creen, unos, que se atuvo a esta cifra por el número de aves que habían presagiado en augurio su reinado: yo, por mi parte, no dudo en unirme al parecer de los que opinan que esta clase de servidores fue importada de los etruscos limítrofes, de donde proviene la silla curul y la toga pretexta, y no sólo la clase, sino también el número; y los etruscos actuaban así porque, al elegir de entre doce pueblos un rey para todos ellos, cada uno de los pueblos aportaba un lictor». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, I, 8, 3-4.

7. «Aceptaron aquellas palabras, y convencidos, al punto le confiaron el mando de sus fuerzas. Según se iba divulgando esta opinión de Jantipo, se producían en el pueblo rumores y conversaciones llenas de esperanza. Y cuando sacó el ejército delante de la ciudad y lo dispuso en orden, y empezó a hacer maniobrar a la formación, a transmitir órdenes según las reglas militares, evidenció una diferencia tan

para pagar la flota y un ejército compuesto esencialmente por mercenarios provocarán una elevada carga en las finanzas de Cartago hasta el punto de condicionar algunas de las decisiones políticas más importantes del siglo III a.C., como la de no abonar las soldadas a los mercenarios del ejército de Amílcar repatriado de Sicilia al finalizar la Primera Guerra Púnica, lo que ocasionó la sublevación de los años 240-238 a.C. dirigida por Mathos, o la conquista bárquida de la península Ibérica a partir de 238 a.C. para controlar las explotaciones mineras del sudeste peninsular.

La falange, formada por los ciudadanos de Cartago, era el núcleo del ejército durante el siglo IV a.C., un cuerpo de elite similar al *batallón sagrado* tebano que no combatía fuera del territorio africano[8] y que se situaba en el centro de la formación del ejército, inmediatamente detrás de los elefantes, y protegido en las alas por los auxiliares mercenarios y la caballería. Esta fuerza escogida contaba con 2.500 hombres en la batalla de Krimisos (Sicilia) el año 341 a.C. cuando el ejército cartaginés fue vencido por el corintio Timoleón que mandaba el ejército siracusano y el *batallón sagrado* aniquilado.[9] Tras su lamentable participación en la batalla de Túnez contra Agatocles de Siracusa en el 310 a.C., sus efectivos aumentaron hasta los 12.000 hombres en la batalla de Bagradas el 255 a.C., una cifra similar a la reclutada para oponerse a la sublevación del 240 a.C. Con todo, el máximo de la recluta puede fijarse a partir de la capacidad de los cuarteles situados en los tres anillos de murallas que protegían la ciudad en 24.000 infantes, 4.000 jinetes y 300 elefantes, aunque en estas cifras debe contarse, probablemente, un amplio contingente de tropas auxiliares mercenarias. El equipo de estos soldados constaba de una lanza pesada de 5 a 7 m de longitud con punta y contera de hierro que se manejaba con ambas manos en una formación cerrada de la que sobresalían las lanzas de las primeras filas de piqueros; una espada larga para el combate a corta distancia; y un escudo redondo de 60 cm de diámetro y forma cóncava, pensado para embrazarlo, que contaba con una empuñadura *(antilabé)* en su extremo y una correa *(telamon)* que permitía transportarlo con co-

---

enorme respecto a la impericia de los generales anteriores, que el gentío aplaudía y clamaba que se apresurara al máximo el choque contra el enemigo, convencido de que nada malo ocurriría si mandaba Jantipo». Polibio, *Historias*, I, 32, 5-7.

8. Polibio, *Historias*, I, 33, 5-7

9. Plutarco describe del modo siguiente al ejército cartaginés que se aproximaba al río Krimisos: «Vieron entonces el río Krimisos y a los enemigos a punto de vadearlo. A la cabeza venían las cuadrigas formidablemente armadas para el combate y, detrás, diez mil hoplitas con escudos blancos. Se adivinaba que esos eran los cartagineses por su brillante equipo, la lentitud y lo ordenado de su marcha. Después de ellos venían las tropas de las otras naciones que se peleaban entre ellos para flanquear el río». Plutarco, *Timoleón*, 27, 4-6. Plutarco cifra los muertos en 10.000 hombres, de los que 3.000 eran cartagineses, «gran duelo para su ciudad, puesto que eran los ciudadanos más distinguidos por su nacimiento, riqueza y fama y, jamás, hasta donde alcanza la memoria de los hombres, habían perecido tantos cartagineses en una sola batalla. Como normalmente empleaban libios, iberos y númidas en las batallas, era a los extranjeros a los que correspondía pagar los gastos de sus derrotas». *Timoleón*, 28, 10-11. Diodoro indica que los muertos del batallón sagrado fueron 2.500, junto a 10.000 mercenarios y 15.000 prisioneros. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XVI, 80, 4-5.

modidad al tiempo que, enrollada en el brazo izquierdo y pasada alrededor del cuerpo, permitía fijarlo mejor en la carga.[10] Los elementos defensivos de la panoplia se completaban con un yelmo tracio de carrilleras fijas, crinera metálica y cogotera saliente, aunque en la descripción de la batalla de Krimisos (341 a.C.) se cita que el batallón sagrado cartaginés usaba cascos de bronce cónicos carentes de visera; coraza metálica musculada realizada en hierro, utilizada indistintamente junto a la griega de lino que, posteriormente, durante el siglo III a.C. sería sustituida por las cotas de malla de procedencia itálica; y grebas de bronce decoradas de caña alta que protegían la pierna desde el tobillo hasta el inicio del muslo por encima de la rodilla y se aseguraban con correas de cuero.[11]

Los ciudadanos configuraron también una parte significativa de la caballería púnica diferenciada de los jinetes libios y númidas. Armados de forma similar a la infantería, constituían una auténtica caballería pesada reclutada entre las filas de la nobleza y equipada a su costa; su valor en el combate era significativamente inferior al de la caballería aliada o mercenaria y, en muchos casos, formaban la guardia personal de los jefes del ejército. En Zama (202 a.C.) y tras la defección de las fuerzas númidas de Masinisa, la caballería ciudadana púnica no pudo reunir más que 1.000 jinetes para oponerse a los 2.000 de la caballería romana de Cayo Lelio en el flanco izquierdo del dispositivo táctico de Aníbal, con la única misión de impedir el envolvimiento de sus tropas por el flanco, restándole al militar cartaginés, por su debilidad en las fuerzas montadas, el ataque frontal como única esperanza para batir el dispositivo de Publio Cornelio Escipión. Iniciado el combate, la caballería púnica, desordenada en parte por algunos elefantes enloquecidos por el dolor que les causaron los dardos de los *velites* romanos, fue rápidamente vencida y expulsada del campo de batalla por la romana dejando el flanco del ejército cartaginés desprotegido.

Los oficiales superiores, surgidos principalmente de las filas de las principales familias de la nobleza agraria o ciudadana cartaginesa, constituyeron una elite unida por lazos de parentesco que les aseguraban el acceso al mando de las tropas antes que su propia capacidad, aunque su estatus no les protegía siempre de las consecuencias de sus errores, dado que era frecuente la ejecución de los mandos militares acusados de incompetencia.[12] En algunos casos, como el de

10. Los escudos de la falange cartaginesa estaban ricamente decorados. Los despojos de la batalla de Krimisos formaron el trofeo de Timoleón, cuyas tropas tardaron dos días en recoger los equipos del ejército cartaginés. Las armas que envió a Corinto decoraron los templos de la ciudad y fueron la envidia de todas las ciudades de Grecia no sólo por su riqueza sino por ser los únicos que no habían sido obtenidos por la victoria sobre otros griegos. Los mismos escudos son descritos por Mamercos, tirano de Catania, tras tomarlos a una parte de los mercenarios griegos de Timoleón: «Estos escudos teñidos de púrpura, incrustados de oro, marfil y coral, los hemos tomado con la ayuda de pequeños y pobres escudos carentes de valor». Plutarco, *Timoleón*, 31, 1.

11. «Gracias a ello aguantaron el primer choque con vigor y, gracias a sus corazas de hierro, sus cascos de bronce y los grandes escudos que les cubrían, pudieron rechazar los tiros de jabalina». Plutarco, *Timoleón*, 28, 1.

12. Los ejemplos son múltiples. El terror al castigo provocaría, por ejemplo, el suicidio de Magon tras haber abandonado el sitio de Siracusa el año 342 a.C. sin combatir como consecuencia de una

los Barca en la península Ibérica en la segunda mitad del siglo III a.C., el comando supremo del ejército permanecía siempre en la misma familia. No se conoce la estructura de mando cartaginesa durante los períodos de paz, ni cómo se aplicaba o adaptaba ésta después del inicio de las hostilidades, aunque un texto de Polibio[13] correspondiente a principios de la Primera Guerra Púnica permite suponer la existencia de dos generales o mandos supremos en el ejército cartaginés, uno de los cuales permanecería inicialmente en África con las tropas de reserva y el otro, con el grueso de los mercenarios y el apoyo de la flota combatiría en el frente, en este caso, Sicilia, un sistema similar al papel militar de los dos reyes lacedemonios. Durante el sitio de Agrigento al que se refiere el pasaje (262-261 a.C.) no se establece primacía ni coordinación en el mando entre ambos ejércitos,[14] lo que resulta fatal para el desarrollo de la batalla que culmina con la derrota de Hannón y el ejército de socorro, la huida de Aníbal y sus tropas, sitiadas en la ciudad y su posterior expugnación por las tropas de Lucio Postumio Megelo y Quinto Mamilio Vitulo. Es lógico que en ejércitos tan numerosos como el púnico, el sistema de mando debía englobar un escalafón muy estricto; no obstante, se conocen pocas denominaciones de cargos para el cuerpo de oficiales, destacando el de *boetarco* (jefe de tropas auxiliares) con el que Polibio cita al cartaginés Bostar durante la sublevación de los mercenarios en Cerdeña. Es lógico suponer también que los mercenarios contarían con sus propios sistemas de mando para asegurar la cohesión de las tropas; el papel, por ejemplo, de Masinisa al frente de la caballería númida es indicativo en este sentido. La uniformidad de estos oficiales era similar al modelo griego helenístico, destacando, en los estados mayores, los *cornu* para transmitir las órdenes y los emblemas de la ciudad de Cartago: un disco solar coronado por un creciente lunar con dos cintas sobre un asta, representado, por ejemplo, en la figura de un portaemblemas de caballería grabada en una estela púnica del santuario de Baal Hammon, el llamado *tophet de Salammbó* en Cartago, datada en los siglos IV-III a.C.

Las frecuentes referencias que las fuentes clásicas realizan a los *africanos* corresponden realmente a tropas reclutadas entre las poblaciones libias, púnicas

añagaza del estratega corintio Timoleón. Su muerte no impidió que la furia de los ciudadanos de Cartago acabara colgando su cadáver de una horca. Plutarco, *Timoleón*, 22, 8. Aníbal, almirante de la flota durante la Primera Guerra Púnica, tras ser derrotado por los romanos y asediado en un puerto de Cerdeña, fue detenido por los propios cartagineses supervivientes y crucificado. Polibio, *Historias*, I, 24, 6-8. Durante la misma contienda, el general cartaginés expulsado de la ciudadela de Mesina por los mamertinos que reclamaron la ayuda del cónsul Apio Claudio Caudex en el 264 a.C. fue crucificado bajo la acusación de abandonar la ciudadela por negligencia y cobardía. Polibio, *Historias*, I, 11, 5.

13. Polibio, *Historias*, I, 18, 7-8.

14. Y ello pese a que el ejército cartaginés había desarrollado un código de señales luminoso realizado por medio de fuego. Polibio, *Historias*, I, 19, 6. El propio Polibio, basándose en la obra de Eneas el Táctico *Poliorcética*, describe los diversos sistemas para realizar señales mediante la combinación de fuego y luz dispuesta en el interior de recipientes cerámicos. No obstante, el problema básico para estas transmisiones era lo restringido de la comunicación, puesto que todo debía hacerse según combinaciones preestablecidas para noticias concretas. Los instrumentos musicales y las banderas eran otros sistemas de transmisión de noticias y órdenes. Polibio, *Historias*, X, 43-45.

del norte de África, y en las *poleis* de su imperio. La infantería libiofenicia se equipaba comúnmente siguiendo el modelo de las tropas mercenarias griegas, empleando corazas de lino de las que Gelón de Siracusa ofrendó un gran número en el santuario de Olimpia, después de su victoria sobre los cartagineses en Himera en 480 a.C.; en otras ocasiones, los veteranos africanos vestían las armaduras metálicas capturadas a los *princeps* y *hastati* romanos, especialmente tras el triunfo de Aníbal en la batalla del lago Trasimeno (218 a.C.),[15] completando el equipo con cascos tracios como primera opción, aunque utilizaban asimismo piezas capturadas. Sus armas eran un escudo circular cóncavo de tipo griego de uso embrazado y una lanza corta o jabalina *(longche)* de la que derivaba su nombre: *longchoporoi*, siendo posible por el empleo que de estas tropas se hace compararlas con los *thureophoroi* helenísticos.

Con todo, el núcleo principal de las tropas de infantería cartaginesas eran los mercenarios. Captados por los reclutadores en todo el Mediterráneo a lo largo de las guerras de Cartago, griegos de diferentes *poleis*, lacedemonios, númidas, galos, celtiberos, iberos y baleares, combatieron desde África a Italia con valor y suerte diversa, por la paga y el botín, al servicio de la metrópoli púnica.

Una parte fundamental de la caballería cartaginesa la constituían los jinetes númidas, presentes en todos los enfrentamientos importantes de las Guerras Púnicas hasta la derrota final de Cartago a partir del pacto acordado entre Amílcar Barca y Navaras en tiempos de la sublevación mercenaria. Excelentes como caballería ligera, cumplían misiones de exploración,[16] enlace, y persecución de las tropas vencidas para ampliar el número de bajas,[17] siendo empleados también como cebo en las emboscadas por su movilidad y rapidez para replegarse. Los númidas, magníficos jinetes que podían pasar de una montura a otra en pleno combate,[18] no empleaban sillas ni bridas para montar, guiando sus caballos con la presión de las piernas; utilizaban un escudo circular embrazado como arma defensiva y jabalinas para atacar, vistiendo por regla general una túnica corta sin ninguna

15. En Cannas: «Aníbal quería que sus africanos durante la batalla le sirvieran de retaguardia [...] el armamento de los africanos era romano, pues a todos ellos Aníbal les había dotado con él, escogiéndolo del botín de las batallas anteriores». Polibio, *Historias*, III, 113, 9; 114, 1.

16. «Ya se había disuelto aquella asamblea cuando llegaron los númidas enviados en misión de reconocimiento. La mayoría de los que habían salido había muerto y los restantes habían huido precipitadamente, porque no lejos de su propio campo se habían tropezado con la caballería romana, enviada por Publio con la misma finalidad, y ambos destacamentos pusieron tal coraje en la escaramuza que murieron en ella ciento cuarenta jinetes entre galos y romanos, y más de doscientos jinetes númidas». Polibio, *Historias*, III, 45, 1-2.

17. Un ejemplo claro se encuentra en el relato de la batalla de Cannas. «Cuando Asdrúbal y los suyos, tras matar, junto al río, a casi todos los jinetes romanos, desde el ala izquierda corrieron a apoyar a los númidas, entonces la caballería de los aliados previó el asalto, lo esquivó y se retiró. En aquella ocasión parece que Asdrúbal se comportó de manera práctica y prudente. Sabedor, en efecto, de que los númidas, que eran muchos en número, eran muy eficaces y terribles contra los que ya se daban por vencidos, les dejó los que huían». Polibio, *Historias*, III, 116, 6-7.

18. «Pero no situó en el ala derecha a todos los númidas, sino a los que, como los acróbatas, llevaban dos caballos y tenían por costumbre saltar armados del caballo cansado al fresco, muchas veces en lo más encarnizado de la pelea: tal era su agilidad y tal la docilidad de los caballos de aquella raza». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 29, 5.

protección corporal, por lo que no podían resistir la acometida de tropas de caballería pesadamente armadas. La táctica más empleada por estas tropas consistía en acercarse al enemigo hostigándolo con el lanzamiento de dardos sin trabar combate en proximidad, atrayéndolo hacia un terreno desfavorable donde, en inferioridad de condiciones, sería derrotado por el grueso de la caballería y las tropas de infantería púnicas.[19] Los jinetes alistados por Cartago en el norte de África podían ser asimismo libios o getulos.

En el siglo IV a.C. la caballería cartaginesa empleaba también los carros de guerra arrastrados por un tiro de cuatro caballos según el modelo asirio. Durante la expedición del 341 a.C. contra Timoleón, las cuadrigas cartaginesas avanzaban al frente del ejército, jugando un papel determinante para evitar que la caballería siracusana de Damareto pudiera desordenar las filas púnicas con un ataque imprevisto sobre las tropas que cruzaban el río Krimisos. La movilidad de los carros de guerra y su potente armamento, basado con seguridad en las cuchillas dispuestas en las ruedas, desbarataron a la caballería siracusana obligándola a retroceder continuamente, hasta el extremo de que Timoleón se vio obligado a atacar frontalmente a los cartagineses con sus mejores tropas, obteniendo en su victoria la captura de 200 carros de guerra. En los combates que siguieron a la invasión de África por Agatocles, el ejército púnico alineó hasta 2.000 carros y 1.000 jinetes frente a los siracusanos, que carecían de tropas montadas, una desproporción de fuerzas que, sin embargo, no proporcionó la victoria a los púnicos mandados por Hanón, puesto que la carga inicial de la caballería y los carros de guerra se estrelló contra la entrenada formación de la infantería griega que minimizó el impacto de jinetes y vehículos, al tiempo que el tiro de arqueros y honderos, dispuestos en las alas de la formación, los hostigaban con el lanzamiento masivo de proyectiles obligándoles a retroceder sobre su propia infantería, desbaratándola. El carro de guerra no volvió a ser empleado de forma generalizada por los cartagineses después de la campaña del 310 a.C.

Introducidos en Occidente por Alejando Magno, que los conoció durante su expedición a la India, dado que eran una parte esencial del ejército de Poros, y los incorporó al ejército macedonio, formando un cuerpo con animales de origen indio en los que un soldado de infantería pesadamente armado combatía desde el lomo del elefante sosteniéndose con ayuda de una especie de cordaje-estribo mientras que un *mahout* indio guiaba al animal,[20] los elefantes fueron un arma fre-

19. Un ejemplo de ello se recoge en el avance de Hannon desde Heraclea a Agrigento: «Había ordenado previamente a la caballería númida que avanzara por delante y, una vez cerca del atrincheramiento enemigo, lo hostilizara e intentara provocar a la caballería romana. Después volverían grupas y se replegarían hasta reunirse con él. Los númidas ejecutaron estas órdenes y atacaron uno de los campamentos, pero los romanos hicieron al punto una salida con su caballería y acometieron con ardor a los númidas. Éstos siguieron sus instrucciones y se replegaron hasta reunirse con Hannon y sus hombres, pero luego se revolvieron, se desplegaron y atacaron al enemigo matándole muchos soldados y acosando al resto hasta el atrincheramiento». Polibio, *Historias*, I, 19, 2-5.

20. El origen indio de los elefantes se traspasa a las fuentes clásicas por cuanto Tito Livio emplea esta palabra para referirse a los conductores de los elefantes cartagineses.

cuente en las guerras de los siglos III y II a.C. como fórmula para imponerse a las cada vez más disciplinadas e imbatibles formaciones de infantería pesadamente armadas. Aunque Cartago obtuvo inicialmente algunos elefantes asiáticos a través del Egipto Ptolemaico que también le proporcionó conductores indios base del futuro cuerpo de *mahouts*, Cartago no podía abastecerse permanentemente de animales indios, y obtenía los suyos, africanos, en el área del Sahara, aunque eran de menor tamaño que los asiáticos. Con todo, las primeras batallas en el Mediterráneo central en las que se emplearon elefantes corresponden a las campañas de Pirro en Sicilia y el sur de la península Itálica, cuando crearon un gran terror entre las legiones romanas que no sabían cómo enfrentarse a ellos, hasta el extremo que Dionisio de Halicarnaso describe que los romanos emplearon en Asculum 300 carricoches erizados de artefactos cortantes y fuego para asustar a los animales. El mantenimiento de los elefantes era complicado, como lo era su desplazamiento en campaña. Polibio relata las dificultades que el ejército de Aníbal tuvo para conseguir hacer atravesar el Ródano a sus elefantes, para lo que construyó un puente de barcas y balsas, aunque los animales acabaron atravesando el río respirando con ayuda de sus trompas cuando la construcción de fortuna se hundió.[21] El tránsito de los animales supervivientes por los Alpes ha quedado plasmado en el imaginario colectivo, pese a que Aníbal tan sólo pudo emplear a los animales supervivientes en la batalla de Trebia (218 a.C.),[22] dado que la mayoría

21. «El paso de los elefantes se efectuó como sigue: Construyeron un gran número de balsas muy sólidas, ataron fuertemente entre sí a dos de ellas y las adosaron a la tierra firme, a la orilla misma del río; entre ambas tenían una anchura como de cincuenta pies. Por la parte externa de éstas ataron otras que encajaran con ellas, y alargaron así la plataforma hacia el curso del río. Consolidaron el lado de la corriente con cables fijados en tierra, atándolos a los árboles que crecían en la orilla para que toda la obra resistiera y no cediera, yéndose río abajo. Cuando hubieron construido el conjunto de esta plataforma proyectada hacia delante, de una anchura de dos peltros, añadieron a las últimas balsas dos más excepcionalmente resistentes, atadas estrechamente, y a éstas otras, de la misma manera, pero de modo tal que las amarras fueran fáciles de cortar. Además, habían fijado a las balsas muchas correas: con ellas, los esquifes que iban a remolcar las balsas impedirían que éstas fueran arrastradas por el río, y al retenerlas con fuerza contra la corriente permitirían transportar y pasar a los elefantes sobre tales artilugios. Recubrieron las balsas con mucha tierra, que echaron encima hasta nivelarlas; las allanaron y les dieron el mismo color del camino que conducía al vado a través de la tierra firme. Los elefantes están acostumbrados a obedecer a los indios hasta llegar al agua, pero en modo alguno se atreven a penetrar en ella. Los indios hicieron avanzar por la tierra apisonada a un par de hembras, que los elefantes siguieron. Así que situaron en las últimas balsas a los elefantes, cortaron las amarras que las unían a las otras, tiraron con los esquifes de los cables y pronto separaron de la tierra apisonada a los elefantes y las balsas que los transportaban. Tras esta operación, los animales en principio se pusieron a dar vueltas y embestían hacia todas partes; pero, rodeados por la corriente, se acobardaron y se vieron forzados a permanecer en su sitio. De esta manera, atando cada vez dos balsas, hicieron cruzar encima de ellas la mayoría de los elefantes. Algunos, con todo, se lanzaron aterrorizados al río a mitad de la travesía, y ocurrió que sus indios murieron todos, pero los elefantes se salvaron. Pues gracias a la fuerza y longitud de sus trompas, que levantaban por encima del agua, inspirando y exhalando a la vez, resistieron la corriente, haciendo erguidos la mayor parte de la travesía». Polibio, *Historias*, III, 46, 1-11.

22. «Distribuyó su caballería por las alas, en número de más de diez mil, contando la de los aliados galos; dividió a sus elefantes y los situó delante de las dos alas [...] Al final las dos alas de las fuerzas de Tiberio, presionadas fuertemente por los elefantes y en los flancos por la infantería ligera [...] La mayoría de los restantes murió junto al río por la acción de los elefantes y de la caballería cartaginesa». Polibio, *Historias*, III, 73-74.

murieron en el transcurso del crudo invierno del 218-217 a.C. Es posible que al no disponer del principal elemento de la fuerza de choque, Aníbal variara sus planteamientos tácticos para enfrentarse a los ejércitos consulares romanos, introduciendo los principios básicos que le conducirían al triunfo de Cannas (216 a.C.), aunque regresó a los orígenes de la estrategia púnica cuando dispuso otra vez de animales en la llanura de Zama, un sistema táctico que, como se reveló, era totalmente ineficaz ante unas legiones que sabían perfectamente cómo formar pasillos para permitir que los elefantes atravesaran las formaciones sin causar daños, siendo después rodeados y muertos en la retaguardia.[23]

Los cartagineses emplearon por primera vez los elefantes contra los romanos el año 262 a.C., y obtuvieron su máximo triunfo en el 255 a.C. cuando en la llanura de Bargadas los elefantes dispuestos por Jantipo al frente de la formación púnica aplastaron a la infantería de Marco Régulo en el que puede considerarse el mayor éxito de la fuerza de elefantes cartaginesa.[24] La fama obtenida quedó compensada unos años después cuando el cónsul Lucio Cecilio Metelo obtuvo en la batalla de Panormo (250 a.C.) un triunfo sobre las tropas de Asdrúbal en el que los romanos comprobaron cómo los elefantes, heridos por multitud de proyectiles, se revolvían contra sus propias tropas.[25] La victoria sirvió además para que las legiones superaran el miedo a combatir contra los elefantes,[26] dado que el cónsul pudo exhibir 120 animales capturados en su desfile triunfal. Unos años más tarde, y también en Sicilia, se produjo la mayor concentración de estos animales en el ejército púnico, al poner en línea al mismo tiempo 140 elefantes. Con suerte diversa, los cartagineses persistieron en su empleo, en ocasiones con fortuna como en la victoria de Amílcar Barca en la batalla de Macara sobre los

23. «Precisamente a éstos, los velites, les mandó iniciar el combate. Si la embestida de los elefantes les obligaba a retroceder, los hombres que pudieran correr debían enfilar directamente los espacios libres que quedaban entre los manípulos, hasta situarse detrás de toda la formación; los que se vieran acorralados por las fieras debían dirigirse a los espacios libres laterales que quedaban entre los estandartes». Polibio, *Historias*, XV, 9, 9-10.

24. «Jantipo hizo salir a los elefantes y los dispuso en hilera de a uno al frente de toda la fuerza [...] ordenó a los conductores de los elefantes avanzar y romper las filas enemigas [...] los alineados en el ala izquierda esquivaron la acometida de las bestias [...] en cuanto a los que se oponían directamente a los elefantes, los primeros cayeron ante la violencia de las bestias, y rechazados y pisoteados, perecieron a montones ante aquella fuerza descomunal [...] rodeados por todas partes por la caballería, se vieron forzados a revolverse y a luchar contra ésta, y cuando los que intentaban abrirse paso hacia delante a través de los elefantes y se reagrupaban en la formación [...] puestos en aprieto, los romanos fueron en su mayoría pisoteados por la fuerza extraordinaria de las fieras». Polibio, *Historias*, I, 34, 4-8.

25. «Los que conducían a los elefantes quisieron emular a Asdrúbal. Con el deseo de lograr por sí mismos el éxito, se lanzaron todos contra la primera fila romana, que pusieron en fuga fácilmente y persiguieron hasta el foso. Pero al llegar allí, los elefantes fueron heridos desde el muro por los arqueros y acribillados por los eficaces y nutridos disparos de jabalina y de azagaya que lanzaban las tropas de refresco que se hallaban alineadas ante el foso. Agobiados por las flechas y llenos de heridas, se desordenaron rápidamente, se revolvieron y se dirigieron contra los suyos, pisoteando y matando a muchos cartagineses, desbaratando las formaciones y destruyéndolas». Polibio, *Historias*, I, 40, 10-14.

26. «Capturó diez elefantes con los indios que los guiaban y, después de la batalla, cercó a las restantes fieras, que se habían deshecho de sus guías, y se apoderó de todas [...] los romanos se llenaron de gozo, no tanto por aquella derrota del enemigo, que se vio despojado de los elefantes, como porque los suyos habían cobrado ánimo, tras haber superado a las fieras». Polibio, *Historias*, I, 40, 15; 41, 1.

mercenarios sublevados,[27] pero sin reverdecer los primeros laureles, especialmente en lucha contra los romanos. Después de Zama abandonaron su empleo.

El análisis de los textos indica que los elefantes se empleaban básicamente utilizando su fuerza y masa corporal para hundir las líneas y pisotear las tropas, en ningún caso se hace mención a la existencia de torres de madera dispuestas sobre el lomo de los animales desde las que combatirían piqueros y, probablemente, arqueros. No obstante, en diversas terracotas y cerámicas pintadas se representan las torres de madera que también habrían sido utilizadas por Pirro y los príncipes seléucidas.

Roma, tras haber sufrido a los elefantes como arma de guerra, y aun sabiendo las dificultades inherentes a su empleo en el campo de batalla, los introdujo en su ejército, empleándolos especialmente en la península Ibérica durante las Guerras Celtibéricas. El cónsul Quinto Fulvio Nobilior empleó el año 153 a.C. diez elefantes enviados por Masinisa junto a 300 jinetes númidas contra los numantinos, consiguiendo atemorizarlos, dado que era la primera vez que veían a estos animales, pese a lo cual, al resultar uno herido, las bestias se asustaron desbaratando al propio ejército romano, es decir, lo mismo que les había sucedido a las tropas cartaginesas en múltiples ocasiones durante la Segunda Guerra Púnica.[28] Pese al desastre, los generales romanos no renunciaron a su empleo, y en el 151-150 a.C., Publio Cornelio Escipión Emiliano, legado en el ejército de Lucio Lúculo, fue enviado a África para pedir nuevos refuerzos y más elefantes a Masinisa,[29] empleados probablemente en la campaña contra Palantia. Cecilio Metelo mantiene también elefantes entre sus fuerzas en el 142 a.C., al igual que el procónsul Fabio Máximo Serviliano los años 141-140 a.C. mientras combate contra los lusitanos, elefantes que le fueron suministrados por el rey de Numidia, Micipsa; por último, Yugurta, sobrino del anterior, aporta 12 animales al ejército de Escipión Emiliano el verano del 134 a.C. durante la última fase del asedio de Numancia.[30]

Durante las guerras de Sicilia, las ciudades griegas de la isla, especialmente Siracusa, optaron por un sistema de organización de sus ejércitos similar al empleado por los cartagineses, uniendo a un núcleo reducido de tropas formadas por ciudadanos, contingentes de mercenarios de la más diversa procedencia, ya desde

27. «Amílcar iba avanzando con los elefantes en primera línea, tras ellos los jinetes y la tropa ligera, y al final la infantería pesada [...] cuando la caballería cartaginesa se aproximó a sus unidades [...] los africanos cedieron al instante y se lanzaron a la fuga como si actuasen en desorden y en desbandada. Unos, al caer sobre los que avanzaban desde atrás, morían y traían el desastre sobre sí mismos y sobre sus compañeros, aunque la mayoría murió pisoteada y a manos del acoso de la caballería y de los elefantes». Polibio, *Historias*, I, 76, 3-8.

28. «Hasta que uno de los elefantes, herido en la cabeza por una enorme piedra, se enfureció, volviose contra los suyos en un inmenso rugido y se puso a acometer a todos los que encontraba, fuesen amigos o enemigos. El resto de los elefantes, enloquecidos por aquel rugido, le siguieron y se lanzaron contra los romanos, aplastándolos y estrellándolos, cosa que acostumbran a hacer los elefantes cuando se enfurecen, tomando a todos por enemigos, y es por esta infidelidad que algunos les han llamado enemigos comunes». Apiano, *Iberia*, 46.

29. Apiano, *Libia*, 71

30. Apiano, *Iberia*, 89.

el siglo v a.C., pero especialmente durante los gobiernos de Agatocles (317-289 a.C.) y Hieron II (265-215 a.C.). Un ejemplo de la heterogeneidad de las fuerzas siracusanas es la composición de las tropas de Agatocles durante su expedición a África el año 310 a.C.: 1.000 hoplitas mercenarios, 3.000 mercenarios griegos de infantería ligera *(peltastoi)*, 3.500 siracusanos, 2.500 infantes ligeros proporcionados por los aliados sicilianos, 3.000 mercenarios samnitas, etruscos y galos, y 500 arqueros y honderos. El ejército contaba también con un cierto número de jinetes desmontados que fueron provistos de monturas sobre el terreno, aunque su número fue siempre muy reducido, no sobrepasando inicialmente los 800 hombres; el contingente aumentó posteriormente con las llegada de nuevos refuerzos de mercenarios procedentes tanto de Sicilia como del norte de África, en especial númidas y libios, aunque el refuerzo más importante fue el proporcionado por Ophellas, el gobernador macedonio de Cirene que acudió en su apoyo con 10.000 infantes, 600 jinetes y 100 carros de guerra, en su mayoría mercenarios griegos, en el 307 a.C. El armamento de las tropas siracusanas respondía a los modelos propios del equipo militar griego del siglo IV a.C.

No obstante, y como en todo el Mediterráneo oriental y central, el ideal básico de las ciudades de la Magna Grecia y, como se ha indicado, también de Cartago, era la repetición de la falange macedónica, formación elevada al cenit de su efectividad por Alejandro Magno, y que en el mundo griego se consideró como un sistema de combate invencible hasta las derrotas de Cinoscéfalos (197 a.C.) y, especialmente, Pidna (168 a.C.) ante las legiones romanas. La falange macedonia surgió, de hecho, como una respuesta ante las modificaciones tácticas que los *strategoi* tebanos Epaminondas y Pelópidas desarrollaron a principios del siglo IV a.C. para oponerse a la superioridad, aunque ya decadente, que la formación hoplítica espartana había ejercido en los combates terrestres entre las *poleis* griegas hasta esa fecha.

La falange macedónica, organizada en unidades de 256 hombres *(syntagma)*, se conoce a partir de las descripciones de Polibio[31] y Asclepiodotus. La formación ideal constaba de 64 *syntagmas* mandada cada una de ellas por un *syntag-*

31. Polibio, *Historias*, XVIII, 29, 1-6. «Teniendo, como tiene, la falange sus características propias y su potencia, es fácil entender que nadie puede resistir su ataque frontal ni su arremetida. Cuando su formación se aprieta para entrar en liza, cada hombre con sus armas ocupa un espacio de tres pies de ancho; la longitud de las picas, según su diseño primitivo, fue de dieciséis codos, pero, adaptada a las necesidades actuales, es de catorce, de los cuales hay que descontar la distancia entre las dos manos del que la empuña y la longitud de la parte propiamente llevada detrás, que sirve para tenerla abatida, cuatro codos en total. Es evidente, pues, que se alarga diez codos por delante del cuerpo de cada hoplita cuando éste va contra el enemigo y la aferra con ambas manos. El resultado es que las picas de la hilera segunda, tercera y cuarta sobresalen más, y las de la quinta, dos codos por delante de los hombres de la primera fila [...] De ahí se puede ver fácilmente la potencia de ataque, la fuerza que, naturalmente, tiene la falange de dieciséis hileras de profundidad. Los que están detrás de la quinta hilera no pueden intervenir directamente en la embestida, por lo que no levantan las picas contra el adversario: las llevan sobre los hombros para asegurar por arriba el conjunto de la formación; las picas, compactas, defienden de aquellos proyectiles que vienen lanzados por encima de los combatientes y que pueden caer en las filas delanteras o en las que las siguen inmediatamente».

matarchos. La estructura de una *syntagma* partía de la idea de la fila de 16 hombres *(lochoi)* mandada por un *lochagos* (primer soldado de la fila) ayudado por el *ouragos* (último soldado de la fila). El *lochoi* se dividía a su vez en cuatro grupos de cuatro soldados *(enomotia)* mandados cada uno de ellos por un *enomotarchos*; a su vez, la *enomotia* era el resultado de sumar los guerreros de dos filas impares *(protóstatas)* y dos filas pares *(epistatas)*. Horizontalmente, dos filas constituían una *diloquia*, unidad de 32 soldados formados de dos en fondo bajo el mando de un *dilochites*, cargo que correspondía al *lochagos* de la fila derecha. La suma de dos *diloquias* constituía una *tetrarquía*, unidad de 64 hombres mandada por un *tetrarca*; dos *tetrarquías* constituían una *taxiarquía* de 128 guerreros bajo el mando de un *taxiarca*, cargo que correspondía al *lochagos* de la octava fila contando desde la izquierda de la formación, y, por último, la suma de dos *taxiarquías* constituía una *syntagma*.

Como unidad básica, dos *syntagmas* se agrupaban en una *pentekosiarquia* integrada por 512 hombres; la agrupación de dos formaciones de este tipo constituía una *chiliarquia* de 1.024 soldados. Las formaciones de mayor rango incluían, siempre en módulo doblado, la *merarchia* (2.048 guerreros), la *phalangarchia* (4.096 guerreros) agrupadas en dos alas *(keras)* constituidas por la suma de 32 *syntagmas* dispuestas bajo el mando de un *kerarka*, en total 8.192 hombres. La suma de ambas alas formaba el ejército *(phalanx)* mandado por el *strategós*. La falange completa contaba por tanto con 16.384 hombres, a los que debían sumarse los miembros supranumerarios de cada *syntagma*: heraldos, señaladores y trompetas. Por supuesto, la movilización del ejército contaba también con un elevado número de tropas auxiliares y empleos destinados al transporte de los bagajes y las máquinas de guerra, así como al aprovisionamiento y distribución de los suministros. Contando con la pieza básica de la *syntagma*, entendida como una unidad independiente, un jefe militar podía disponer estas tropas, lo más granado de un ejército helenístico, en diversas formaciones dependiendo de las características del terreno, la estrategia del adversario, y su propio planteamiento táctico, pero, como sucederá en el ejército romano con la organización de las tropas en cohortes, sistema empleado probablemente por primera vez en la península Ibérica por Publio Cornelio Escipión durante el período de la Segunda Guerra Púnica, las unidades de pequeño número pero perfectamente compactadas podían disponerse en múltiples esquemas de formación en línea, desde el clásico frente recto hasta la formación oblicua, pasando por la formación en media luna o en cuña, y el medio cuadro abierto, utilizado básicamente para el avance de las tropas durante las marchas de una campaña.

La falange, aunque constituyera una máquina de guerra de primer orden, no podía combatir aislada, precisando de tropas auxiliares con armamento más ligero y, especialmente, de unidades de caballería destinadas inicialmente a misiones de reconocimiento, escolta y combate contra las unidades de caballería enemigas, pero que, sin embargo, no desdeñaban la carga contra unidades de infantería cuando la posición de estas últimas no era lo suficientemente fuerte.

Aunque incorporó a su ejército unidades de caballería ligera compuestas por jinetes armados de jabalinas y arqueros, el grueso de las unidades montadas del ejército de Alejandro Magno estaba constituido por soldados de caballería pesada. El núcleo inicial de las tropas montadas macedónicas fueron los nobles o compañeros que constituían inicialmente la guardia personal de Alejandro. En número de 1.800 jinetes, se dividían en ocho escuadrones *(ilai)*, siete de ellos compuestos por 215 jinetes a los que se sumaba el escuadrón real formado por 300 hombres. Cada *ilai* se dividía a su vez en dos *ilaii*. En el año 329 a.C. la caballería macedónica fue reorganizada creándose un nuevo tipo de unidad, la *hipparchiai*, formada por un número variable de jinetes comprendidos entre 400 y 500 hombres subdividida también en dos *ilaii* como unidad básica de caballería, aunque en esta última subdivisión no todos los jinetes eran de origen macedónico, sino que se incorporaron ya a las filas de la caballería de Alejandro jinetes persas, normalmente pertenecientes a la nobleza.

Las fuertes pérdidas sufridas durante las campañas contra Darío II, y especialmente a lo largo de las marchas por los desiertos iranios y en la expedición a la India, hicieron disminuir el número de efectivos de la caballería macedónica, tanto en hombres como en monturas, lo que era aún más grave, puesto que los caballos entrenados constituyen la auténtica fuerza de la caballería y son difíciles de sustituir mediante una remonta indiscriminada. Para solucionar el problema se introdujeron nuevos tipos de unidades ligeras, destinadas a la exploración, los *prodromoi* o escoltas de caballería,[32] también llamados *sarissophoroi* en función de su principal armamento.

Las tácticas de la caballería del final del período clásico en Grecia eran muy incipientes, dado que hasta la batalla de Platea durante la Segunda Guerra Médica no se intuyó la necesidad de introducir tropas montadas en los ejércitos. La formación inicial era el cuadro, una disposición táctica en la que los jinetes formaban en líneas de 16 hombres de frente por ocho de fondo. Al modelo simple descrito le sustituyó el dibujo táctico tesalio organizando en rombo los efectivos, definiendo la posibilidad de cargar el peso de la fuerza de ataque sobre el vértice apuntado hacia el enemigo; derivada del anterior, las fuerzas montadas macedónicas adoptaron una formación triangular o de cuña a cuya cabeza se situaba el comandante de la unidad, apoyado por dos jefes de ala dispuestos en los ángulos de la base del triángulo, y un jefe de la retaguardia situado detrás de la formación.

El problema básico de la falange macedónica y, por extensión, del empleo de las formaciones estructuradas conforme al modelo citado en las ciudades griegas, era la escasa flexibilidad del sistema. Prácticamente invencible en un ataque frontal, la falange precisaba, sin embargo, de un terreno llano y despejado para desplegarse, dado que la rigidez de la *syntagma* dificultaba en gran medida el combate en terrenos abruptos. Dado que no siempre los generales macedóni-

32. Conceptualmente correspondería a los *cazadores* de caballería de los siglos XVIII y XIX.

cos podían elegir el terreno, la propia fuerza de su ejército se convertía en su principal problema al no disponer de la flexibilidad necesaria para adaptarse a un modelo de lucha diferente del basado en la carga frontal. Los ejércitos, especialmente romanos, que debieron enfrentarse a los monarcas macedónicos durante el siglo II a.C. optaron esencialmente por el flanqueo de la falange que, una vez privada de sus tropas auxiliares, era atacada por todas partes sucumbiendo sin remedio incluso en planteamientos tácticos en los que disponía de superioridad numérica como en las batallas de Cinoscéfalos[33] y Pidna.[34]

En otros casos, como en la sublevación de Judas Macabeo contra los ejércitos seléucidas, la falange era inoperativa ante las emboscadas, jugando su propia fuerza en su contra al combatir en un territorio inapropiado.

Las ciudades de la Magna Grecia no pudieron, no obstante, conseguir reclutar el número suficiente de hombres bien entrenados para poder establecer una organización militar basada completamente en la falange, por lo que debieron desarrollar un sistema de combate basado en el empleo de tácticas mixtas en las que a la potencia de la falange se unía la versatilidad en el empleo de las unidades formadas por guerreros armados de forma más ligera. En el caso de Siracusa, el ejército reunido por Timoleón en el siglo IV a.C. estaba compuesto por un núcleo de 4.000 mercenarios apoyados por 3.000 ciudadanos armados y 5.000 aliados, probablemente pertenecientes a otras ciudades y pueblos de Sicilia, siendo las tropas en su mayor parte *peltastoi.* Otro ejemplo es la composición del ejército de Agatocles *(vide supra)* que lo largo de la campaña sumaría nuevos refuerzos procedentes de Sicilia, mercenarios griegos, e incluso númidas, pero tropas tan heterogéneas no pudieron mantener la iniciativa por mucho tiempo en suelo africano antes de su derrota final.

Una de las características del mercenariado al servicio de Siracusa a finales del siglo IV a.C., y especialmente en el siglo III a.C., fue el progresivo cambio de los centros de reclutamiento de las tropas, al sustituir progresivamente a los *peltastoi* de origen griego por un número cada vez mayor de tropas samnitas, oscas y campanas originarias de la región central de la península Itálica. El equipo de estas topas se asemejaba al de los mercenarios griegos, siendo las unidades más destacadas las constituidas por infantes provistos de un *scutum* ovalado *(thureophoroi)* o de un *aspis* decorado en su cara exterior con diversos emblemas, entre los que destaca una estrella de doce rayos o puntas, y jinetes armados con escudos circulares u ovalados y jabalinas. Las pinturas murales de Pesto (Lucania, Italia) muestran con detalle otras piezas del equipo de los guerreros de las regiones centrales de Italia, por lo que puede afirmarse que empleaban cascos de bronce abiertos dotados de cubrenuca, carrilleras móviles que podían fijarse bajo el mentón con una correa, y un adorno de plumas en la parte

33. Polibio, *Historias*, XVIII, 18-27; Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIII, 3-10, Plutarco, *Flaminio*, 8.

34. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XLIV, 40-43; Plutarco, *Paulo Emilio*, 18-23.

superior dispuesto longitudinal u horizontalmente a partir de unas piezas cilíndricas o portaplumas unidas al casco mediante remaches; los ejemplares de Sant Angelo y Boviano permiten afirmar una amplia variedad en la decoración de las carrilleras móviles, cuyos tipos abarcaban desde la superficie completamente lisa hasta los motivos de tres círculos concéntricos presentes en los cascos célticos del norte de Italia y Europa occidental desde el siglo IV a.C. Sobre túnicas cortas teñidas de diversos colores pero especialmente rojo (color de la vida) con ribetes azules usaban placas-coraza anatómicas y discos coraza simples o decorados, protección que combinaban con un cinturón o ceñidor realizado también en bronce, al igual que las grebas con las que protegían las piernas. Las armas fundamentales de los infantes eran las jabalinas con punta de hierro, para las que empleaban una cinta de propulsión destinada a aumentar el alcance del tiro en el momento de lanzarlas.

Los jinetes usaban un armamento similar, aunque en la iconografía aparecen siempre desprovistos de grebas, probablemente para no dañar los costados de las monturas a las que, según se muestra en los murales de Pesto, montaban a pelo con la sola ayuda de las bridas. En sustitución de las grebas empleaban un tipo de vendas o protecciones cortas para los tobillos. Tanto para la infantería como para la caballería se documenta el empleo de estandartes de tela fijados a un asta con motivos arlequinados e *insignia* de bronce rematadas por figuras de animales, esencialmente gallos, toros y lobos, interpretados como símbolos tribales.

Como combatientes alcanzaron una gran fama durante las luchas de los siglos IV y III a.C., obteniendo victorias como la de las Horcas Caudinas sobre las legiones romanas. Roma necesitó entablar hasta tres guerras (las llamadas Guerras Samnitas) con las poblaciones de la Italia central para asegurarse el dominio de sus territorios, algo que tan sólo conseguiría después de la victoria en la batalla de Sentinum (295 a.C.) en la que las tropas de los cónsules Fabio Rulliano y Publio Decio Mus derrotaron a una coalición de tropas etruscas, umbras, samnitas y galos senones a los que infligieron 25.000 bajas y capturaron 8.000 prisioneros contra unas pérdidas propias de 8.700 hombres.[35]

4.1.2. Los ejércitos tribales

El concepto de la guerra en el mundo céltico parte de la idea de la nobleza militar formada a partir de las estructuras sociales del Bronce Final, apoyada en los ideales del combate heroico como parte fundamental de un sistema de vida en el que el valor personal demostrado en combate, probado mediante la costumbre de cortar la cabeza a los enemigos muertos para colgarlos posteriormente de la silla del caballo, en las puertas de las ciudades o en los recintos comunitarios y de culto, se reflejaba en el estatus que el individuo asumía en el seno de

35. *Vide* detalles en Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, X, 25-29.

la sociedad. Afrontar el combate desnudos y batirse en duelo serían otros elementos empleados para reafirmar el valor de los guerreros, como relata Diodoro Sículo,[36] y mantener la forma física una condición indispensable para el tipo de combate que practicaban, siendo más un deber de los guerreros que una opción personal el aprestarse correctamente para el momento de combatir, según indica Estrabón.[37]

Las tribus galas del norte de la península Itálica, cuya forma de combatir describen los historiadores romanos, combinaban dos elementos fundamentales, el griterío y la apariencia personal para obtener una ventaja psicológica sobre el adversario. Los cánticos o peanes y el estruendo de los *cornu* de guerra atronaban el campo de batalla paralizando la decisión de sus enemigos hasta el extremo de constreñirles a la pérdida de la iniciativa y poner en duda su propia capacidad para vencer. Al mismo tiempo, el cuerpo desnudo, ataviado tan sólo con las joyas de rango o estatus, que algunas tribus llegaban a decorar mediante el empleo de colorantes vegetales como los *britannii* y los *harii*, significaba en su desprotección la total renuncia a la vida y el deseo de combatir con todas sus fuerzas, en expresión máxima del *furor* céltico.[38]

El terror céltico, teñido de componentes mágicos, se consideraba en Roma la causa de la derrota en Etruria el 390 a.C. que propició la toma de la *Urbs* por Brennus, jefe de los bitúriges; del desastre sufrido en la batalla de Allia el 362 a.C.;[39] o de las dificultades con que se encuentran los ejércitos del dictador Camilo en el 387 a.C., el cónsul M. Popilio Lenate en el 350 a.C., y Cayo Mario durante su enfrentamiento con los ambrones en el 104 a.C., batalla en la que el general romano obliga a sus hombres a mirar fijamente al adversario para superar el temor atávico que los cánticos y el griterío de los galos infundía a los romanos.[40] La diferencia en la visión que los romanos tenían de sus enfrentamientos con los ejércitos galos y con los de otras estructuras estatales, como cartagineses o macedonios, estribaba en el hecho de la ausencia de *racionalidad* en el comportamiento de los primeros. A igual determinación entre los componentes de los diversos ejércitos, el desprecio por la vida y la necesidad de reafirmar el valor

36. «Es su costumbre, cuando están formados para la batalla, salir al frente de su línea para desafiar al más valiente de sus adversarios a un combate singular. Cuando un hombre acepta el desafío cantan una canción en honor de las proezas de sus antepasados y se jactan de sus mayores triunfos, se ríen de sus oponentes intentando hundir su confianza y valor, en una palabra, irritándolos y llevando el espíritu de su sangre al combate». Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, V, 29.

37. «Los celtas se esforzaban en no engordar y no tener el vientre prominente, siendo todo hombre joven cuya cintura sobrepasase la medida marcada por un cinturón, severamente castigado.»

38. La desnudez ritual se practicaba también en Roma con ocasión de la fiesta de la *Lupercalia* celebrada en honor de Fauno Luperco el 15 de febrero, durante las que los *luperci* acostumbraban a correr desnudos alrededor del Palatino golpeando con correas hechas de la piel de un macho cabrío a las nulíparas con la idea de provocar en ellas la fertilidad. La carcajada ritual que proferían los *luperci* cuando el sacerdote machaba sus cuerpos con la sangre de la víctima inmolada al principio de la ceremonia, y el propio hecho de correr desnudos, eran considerados por los romanos como muestras de locura.

39. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, V, 37, 8.

40. Plutarco, *Mario*, 15, 21.

convertía en irracionales las acciones de los primeros que, aunque podían combatir en orden cerrado, cifraban su concepto de combate en la lucha individual, la superioridad del guerrero sobre el conjunto, por lo que, en el momento en que el desarrollo de la batalla se volvía contra ellos, afrontaban con preferencia una muerte cierta antes que iniciar una retirada, aunque ésta se realizara con el pensamiento puesto en el reagrupamiento de las tropas para plantear un nuevo combate. El resultado de tal comportamiento era que los legionarios romanos sabían que el enemigo galo no cedería ante la superioridad táctica ni valoraría preceptos estratégicos, considerando tan sólo dos opciones en el momento de entrar en combate: la victoria o la muerte.[41]

La organización del ejército en las tribus célticas no respondería, según las fuentes clásicas, a un sistema organizado, aunque sí lo es, en contra de lo mantenido hasta fechas recientes, el tipo de formación de combate. En el primer caso, los guerreros dependen de su estructura social y tribal y, específicamente, de sus relaciones de supeditación respecto de un noble junto al que luchan, ya que con toda probabilidad los guerreros celtas de la época de *La Tène* eran en esencia campesinos armados. Es muy factible la existencia de vínculos de dependencia similares a las fratrías griegas y la *devotio* romana, puesto que algunos escritores, como Pausanias, explican la existencia de asociaciones de guerreros como la *trimarkisia* de los gálatas en lucha contra los griegos formada por tres jinetes que, de hecho, eran un noble y dos subordinados.[42] En relación con la formación de combate, las diferencias de organización se establecían más allá de la división básica entre soldados de infantería, caballería y carros de guerra; los estandartes y las decoraciones de los escudos serían las fórmulas principales para reconocer las diferentes agrupaciones de guerreros.

Pese a que según las informaciones de los textos latinos podría deducirse que las tribus célticas tan sólo utilizaban como recurso táctico el ataque en masa destinado a bascular y hundir la formación del oponente por la fuerza del número, ataque que se iniciaba con la acción ritual de golpear las armas de puño contra los escudos y con los cantos de guerra, en un intento psicológico de debilitar la determinación del adversario que esperaba recibir la carga. En una segunda fase, los guerreros avanzaban hasta situarse cerca del enemigo, inten-

41. La descripción de Polibio de la batalla de Telamón es muy significativa: «Éstos no podían repeler a los que tiraban por la distancia y por el número de dardos que les caían encima, y su situación acabó siendo muy grave. Unos se abalanzaron temerariamente, con un coraje irracional, contra el enemigo, se entregaron a la lucha y murieron por su propia voluntad [...] la masa de insurbes, de boios y de tauriscos cayó sobre ellos en un choque cuerpo a cuerpo. *Historias*, II, 30, 4-9.

42. «Cada noble era seguido por dos sirvientes, ellos mismos buenos jinetes, que, junto a sus señores, llevaban un caballo. Cuando los jinetes gálatas luchaban, los sirvientes permanecían en las filas colaborando eficazmente en la lucha. Sólo cuando el noble o su caballo eran abatidos, el esclavo se aproximaba al jinete; si había muerto, el esclavo montaba el caballo en su lugar, si tanto el caballo como el jinete habían sido abatidos, los reemplazaba. Cuando un jinete resultaba herido, un esclavo lo llevaba a lugar seguro, mientras que el otro ocupaba el lugar del herido en las filas. Esta organización se conoce con el nombre de *trimarkisia*, ya que el nombre celta para referirse al caballo es marca». Pausanias, *Descripción de Grecia*, 10, 19, 5.

tando destruir la cohesión de su formación mediante el lanzamiento de proyectiles y armas de asta arrojadizas, para realizar a renglón seguido el principal esfuerzo de choque en el que la suma de los combates individuales sostenidos por cada guerrero podría abrir una brecha en la línea de batalla enemiga. Los ataques se sucedían continuamente hasta que el agotamiento físico y el elevado número de bajas hacía imposible continuar con el combate. Cuando la batalla se libraba contra un ejército acostumbrado a luchar en formación cerrada pero entrenado también en el combate cuerpo a cuerpo, como era el caso de las legiones romanas, las bajas eran muy elevadas, alcanzando, según Polibio,[43] en el enfrentamiento de Telamón (225 a.C.) los 40.000 muertos y 10.000 prisioneros entre las tribus celtas, siendo sólo las pérdidas, en los combates masivos y frontales, las determinantes para la conclusión de la acción. En las formaciones celtas tenía especial importancia la movilidad aportada por los carros de guerra y la caballería, utilizadas tanto para desestabilizar a las formaciones enemigas, como para asegurar la persecución de un enemigo vencido, transformando la victoria en triunfo decisivo al causar un gran número de bajas entre los fugitivos durante el acoso.

Durante los combates de la época de *La Tène*, las órdenes de los jefes militares se transmitían mediante los cuernos de guerra *(carnyx)* cuyo atronador sonido se empleaba también apara atemorizar al enemigo *(tumultus gallicus)* según las descripciones de Diodoro Sículo[44] y Polibio.[45] La organización del sistema de mando dependía de la estructura social de las tribus controladas por la nobleza militar, dado que el poder político aunaba a la capacidad de decisión el mando sobre las tropas como fórmula de confirmación explícita del prestigio de los jefes tribales. No obstante, el planteamiento indicado sólo es válido para los sistemas políticos de la Edad del Hierro antes del inicio de los enfrentamientos con Roma, cuando el número de integrantes de un ejército consular (legionarios y auxiliares) excedían las posibilidades de alistamiento de una tribu para oponerse a ellas, y las grandes coaliciones precisan sistemas de mando unificados y, por consiguiente, supratribales, como sucede en la batalla de Telamón (225 a.C.) o en la sublevación de Vercingétorix (52 a.C.) en la que los contingentes que for-

43. «Se produjo un duro combate. Los galos se veían destrozados, pero su coraje no disminuyó [...] Y cuando los jinetes romanos atacaron desde la cumbre de la colina, por el flanco, y entraron valientemente en liza, entonces la infantería gala quedó aniquilada en el mismo sitio en que había formado, y la caballería se dio a la fuga. Murieron unos cuarenta mil galos, y fueron cogidos prisioneros no menos de diez mil; entre ellos estaba el rey Concolitano. El otro, Aneroesto, logró huir a un lugar con unos pocos familiares; luego se suicidaron todos». *Historias*, II, 30-31.

44. «Tienen trompetas de un tipo muy particular y muy bien hechas para ser de los bárbaros: soplan y obtienen un sonido muy fuerte que sirve muy bien al tumulto de la guerra». *Biblioteca Histórica*, V, 30, 4.

45. «Los romanos estaban sorprendidos por las forma y los movimientos del ejército de los celtas; era incontable el número de guerreros que tocaban los cornos y las trompetas, y todo el ejército cantaba sus canciones de guerra: el resultado era un clamor tan grande y formidable que no sólo las trompetas y las tropas, sino también los lugares próximos, por resonancia, parecía que gritasen». *Historias*, II, 29, 5-7.

maban el ejército galo se agrupaban por tribus.[46] El orden de batalla en Alesia, especificado en los textos de César,[47] indica que las tropas de Vercingétorix estaban compuestas por contingentes de 28 tribus y estructuras étnicas dependientes diferenciadas, manteniendo un grado diverso de importancia en función del número de guerreros que aportaba cada una, oscilando entre los 35.000 de los aeduos y los avernos y los 2.000 de los rauracios y los boios. En este caso, el caudillo militar, Vercingétorix, era miembro de la tribu de los Avernos, la más importante del área del macizo central, y fueron sus cualidades de orador, fuerza y experiencia en el mando las que hicieron posible su aceptación como jefe de la revuelta contra Roma, pese a que su padre, Celtillus, fue ajusticiado por orden del consejo tribal averno acusado de intentar establecer un poder personal absoluto.

La elección del jefe militar se realizaba sobre la base del prestigio personal del candidato, elegido por aclamación en las asambleas convocadas por los consejos tribales,[48] aunque en otras ocasiones las discusiones entre tribus tienen en consideración argumentos diferentes a la fuerza militar, como la riqueza, cuestión lógica habida cuenta de los costes materiales que implica un conflicto a gran escala. La concepción del combate como rito se refleja también en la costumbre de cortar la cabeza al enemigo vencido[49] para conservarla como un inapreciable trofeo o para presentarla a los jefes tribales como muestra de valor incluso en el fragor del combate, como en el caso de la muerte del cónsul Cayo Atilio al principio de la batalla de Telamón. En el arte céltico son frecuentes las esculturas de guerrero o de divinidades protectoras de la guerra en las que se representan las cabezas cortadas de los enemigos, como el grupo escultórico de Entremont, y en el nordeste de la península Ibérica se ha identificado el ritual de las cabezas clavadas en los poblados de Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet) y Puig de Sant Andreu (Ullastret), en ambos casos con el cráneo perforado por gruesos clavos de hierro, existiendo además en la torre 5 del perímetro defensivo de Ullastret, cuya remodelación se data en el siglo IV a.C., la escul-

46. «Los galos formaron a los gesatos alpinos en el frente de su retaguardia; por allí esperaban a los hombres de Lucio Emilio. Detrás de los gesatos situaron a los insurbes. En vanguardia colocaron a los tauriscos y a los boios que viven al sur del río Po [...] La formación de los galos, dispuesta en dos frentes, resultó imponente, y al mismo tiempo eficaz». Polibio, *Historias*, II, 28, 3-7.

47. *Guerra de las Galias*, VII, 75.

48. «Si alguno de los presentes se ofrece al consejo para ser el jefe de la tropa, gritando a todos los que quieran seguirlo, se ponen en pie los que le dan su apoyo a la empresa y la persona, y prometen acompañarlo. El pueblo los aclama, y los que no cumplen aquello que han prometido son considerados desertores y traidores, quedando desacreditados para siempre». César, *Guerra de las Galias*, VI, 23.

49. Diodoro Sículo describe la costumbre en los términos siguientes: «Cuando los enemigos caen, les cortan la cabeza y las cuelgan junto al cuello de sus caballos, y dan a sus servidores las armas de sus oponentes, y totalmente cubiertos de sangre se llevan esto como botín, cantando y profiriendo grandes gritos como expresión de victoria, posteriormente cuelgan con clavos estos primeros frutos de la batalla delante de sus casas [...] las cabezas de sus enemigos más importantes las embalsaman con aceite de cedro y las guardan en un arcón para poderlas exhibir ante los extranjeros; rechazan siempre entregar alguno de estos trofeos obtenidos, ya sea por sus antepasados, por su padre, o por ellos mismos, incluso a cambio de grandes sumas de dinero». Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, V, 29.

tura de una cabeza sobre uno de los sillares a la que puede atribuirse una función similar a los cráneos clavados. En este último poblado, así como en el de Illa d'en Reixac (Ullastret), se han identificado también recintos comunitarios bajo cuyos pavimentos se depositaron fragmentos recortados de calavera y mandíbulas humanas, una costumbre que no puede, en ningún caso, relacionarse con los rituales de enterramiento, dado que entre las tribus ibéricas del nordeste peninsular, la práctica común para el tratamiento de los cuerpos de los difuntos era la cremación; es significativo también que la práctica indicada se ajuste a las costumbres descritas por Diodoro Sículo.

Las ofrendas tras los combates incluían la amortización de partes considerables del botín en enclaves considerados sagrados. Los cursos fluviales, las fuentes o los lagos, considerados moradas de las divinidades y lugar de celebración de los ritos de paso, eran los puntos escogidos para las ofrendas.[50] Imbuida por la tradición del honor, la costumbre exigía que los jefes militares perecieran en el combate en caso de derrota, o, en todo caso, se suicidaran si podían escapar al desastre, como Catuvolcus, jefe de los Eburones. Esta costumbre, no demasiado alejada de prácticas similares propias de algunas comunidades mediterráneas, implicaba también el sacrifico de los guerreros dependientes de un jefe tribal, aunque se aceptaba que si la preparación táctica del combate por parte de los jefes militares había sido incorrecta, y ya desde el inicio de la batalla podía adivinarse una derrota imposible de evitar, la retirada o la huida se aceptaba como una solución puntual que permitiría entablar una nueva lucha en condiciones más favorables. Tan sólo la deserción, infrecuente, se castigaba con el exilio a perpetuidad y la pérdida de todos los derechos del infractor como miembro de la tribu.

La panoplia de los guerreros de infantería celtas se caracteriza por un tipo de armamento específico que, aun y presentando una amplia variación tipológica entre los siglos VIII y I a.C., responde a unos patrones específicos que permiten afirmar el mantenimiento de unas características de combate concretas. Las fuentes clásicas indican como determinados grupos de guerreros combatían desnudos para cumplir un ritual junto a otros que protegían su cuerpo con piezas concretas de panoplia o incluso contaban con corazas anatómicas, como las de Marmesse (Francia) compuestas por peto y espaldar datadas en el siglo IX a.C. y cuya tipología se relaciona con producciones de la Cultura Vilanoviana y de la Europa oriental, o protecciones similares a las cotas de malla, comunes entre los siglos III y I a.C. y representadas en la escultura de Vachères (Francia) interpretada como la efigie de un jefe militar del período de la conquista romana.

50. «Marte preside la guerra, y a a él, cuando entran en combate, acostumbran a ofrecerle como exvoto los despojos del enemigo. Los animales que sobran del pillaje son sacrificados, el resto se amontona en su lugar. En muchas ciudades se ven conjuntos de ofrendas en lugares sagrados. Sólo en muy contadas ocasiones hay alguien que osa, despreciando la religión, ocultar algo de lo que obtuvo, o robar lo que se ha depositado, ya que este delito se castiga con la pena de una muerte horrible». César, *Guerra de las Galias,* VI, 17.

El armamento céltico, descrito por Diodoro Sículo[51] constaba básicamente de armas arrojadizas de asta: lanzas y jabalinas con punta y contera de hierro que alcanzaban los 2,5 m de longitud durante el período de *La Tène*, entre los que se contaba un tipo de jabalina específico llamada *materis*, similar a una lanza pero de punta mucho más larga, arco, profusamente empleado en el combate; dos tipos de escudo: ovales y rectangulares de un metro de longitud;[52] casco, entre cuyos tipos principales destacan el *Montefortino*, documentado a partir del siglo V a.C. en los ajuares de las tumbas del norte de la península Itálica, *Coolus*, fechado entre los siglos III y I a.C. y caracterizado por la protección horizontal de la nuca, *Agen*, del período final de *La Tène* con paragnatides decoradas, y *Port*, propio de los siglos II y I a.C., aunque una amplia variedad de cascos itálicos, etruscos y griegos fueron empleados con mayor o menor profusión por el mundo céltico; y espadas, siendo las más características las de doble filo con mango evolucionado del tipo antenas propias de *La Tène* plena y final.

En las espadas de *La Tène* pueden analizarse diversas modificaciones técnicas a lo largo de su vigencia. En *La Tène* B se introdujo el proceso de soldadura por martillado consistente en doblar en repetidas ocasiones el lingote de hierro sobre sí mismo; posteriormente, la difusión de la técnica del forjado empleando diversos tipos de mineral de hierro permitió mejorar la dureza de la punta sin pérdida de las otras cualidades. Pese a todo, los escritores clásicos, en especial Polibio, tenían una pésima opinión de las espadas celtas.[53] Las armas de puño se completaban con puñales y cuchillos, citados repetidamente más como piezas de caza, prestigio o ritual que como armas de guerra. Los tipos más característicos son los puñales de antenas del período de *Hallstat*, y los de mango antropomorfo de las fases de *La Tène*.

La caballería celta contaba, al igual que el resto de las tropas montadas de la época, con el problema técnico de la falta de estribos, de los que no se ha conservado ninguna documentación mueble, iconográfica o referencia escrita, aunque algunos investigadores apuntan la posibilidad, improbable, de que pudieran haber existido estribos realizados con cuerdas. No obstante, los jinetes celtas introdujeron una novedad técnica para permitir la lucha contra la infantería que aguantara una

51. «Su armamento incluye escudos macizos decorados con motivos individualizados, algunos de los cuales llevan representaciones animalísticas realizadas en bronce con una técnica muy depurada. En la cabeza llevan grandes cascos de bronce que confieren a sus figuras apariencia de grandeza. En algunos casos los cascos están decorados con cuernos y en otras con figuras en relieve que representan pájaros y otros animales». Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, V, 30, 2-3.

52. Polibio explica que los escudos galos no alcanzaban a proteger todo el cuerpo del guerrero y que los celtas se vieron muy comprometidos por ello en la batalla de Telamón cuando debieron soportar el tiro de los *pila* de los legionarios romanos. *Historias*, II, 30, 2-3.

53. «En peleas anteriores habían observado que todos los linajes galos son muy temibles y arrojados en el inicio del ataque mientras todavía están intactos. Se ha notado ya que, por su construcción, las espadas galas sólo tienen eficaz el primer golpe, después del cual se mellan rápidamente, y se tuercen de largo y de ancho de tal modo que si no se da tiempo a los que las usan de apoyarlas en el suelo y así enderezarlas con el pie, la segunda estocada resulta prácticamente inofensiva [...] Así éstos emplearon sus primeros golpes contra las lanzas, con lo que sus espadas quedaron inútiles. Los romanos entonces acudieron al combate cuerpo a cuerpo y los galos perdieron en eficacia, al no poder combatir levantando los brazos, que es la costumbre gala, puesto que sus espadas no tienen punta». Polibio, *Historias*, II, 33, 3-6.

carga a pie derecho: la silla de cuatro pomos que permitía al jinete asentarse sobre la montura y le facilitaba la dirección del caballo con la presión de las piernas, liberándole de guiar con las riendas durante el combate, acción que reducía considerablemente la libertad de movimientos de los brazos para usar a un tiempo el escudo de protección y la lanza o la espada para alcanzar al adversario. Con todo, y pese a la importancia simbólica del caballo como símbolo del prestigio aristocrático en las comunidades del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en la Europa central, plasmado en la iconografía de los vasos de bronce de la necrópolis de *Hallstat* y en las sítulas del valle del Po, que ha permitido indicar incluso la existencia de dos tipos de caballería, pesada y ligera en función del armamento de los jinetes, parece seguro que su empleo masivo por las tribus celtas en los combates en campo abierto fue muy restringido hasta la segunda mitad del siglo III a.C., existiendo referencias a unidades de caballería tanto en las campañas desarrolladas en la península Itálica contra Roma antes de las Guerras Púnicas, como en los ejércitos de Aníbal. Posteriormente, la caballería celta, especialmente gala, adquirió fama como tropa auxiliar mercenaria en los ejércitos romanos de la República y el Alto Imperio.

La fama de la caballería gala, junto a la germana, se constituyó en una leyenda temida entre las tropas romanas, siendo el grupo de guerreros a los que César dedica más atención en su relato la *Guerra de las Galias*. Dado que en él indica una proporción de 1/5 o 1/6 de caballería respecto a la infantería en la composición de los ejércitos, puede deducirse que durante la sublevación de Vercingétorix el año 52 a.C. el ejército galo por él dirigido dispondría de entre 46.000 y 51.000 jinetes de los 281.000 guerreros que forman contra el ejército romano durante el sitio de Alesia. Es probable, no obstante, que la cifra incluya a todos los hombres que se desplazan a caballo, una verdadera infantería montada entre la que se contarían los arqueros, cuya finalidad sería la de apoyar las acciones de la caballería, como en el caso de los jinetes helvecios mandados por Ariovisto,[54] siendo el número real de fuerzas de caballería el de 8.000, una cantidad más ajustada a la potencialidad de monturas y suministros del área. La caballería gala ejercía las funciones propias de la caballería ligera: exploración del territorio para determinar la posición y número del adversario; enlace entre las diversas agrupaciones tribales o unidades del ejército; protección del avance y, especialmente, de la retirada, mientras que en el combate su capacidad de carga era muy limitada. La superioridad numérica de la caballería se veía limitada por la intendencia. La falta de forraje para alimentar a los caballos de guerra provocaba una limitación de su período operativo al comprendido entre principios de verano y el otoño, cuando era posible complementar la alimentación con grano.

54. «El sistema de combate que habían organizado los germanos era el siguiente: seis mil caballos iban escoltados por un número igual de infantes, más ligeros y valientes, que los propios jinetes escogían personalmente y, al tiempo que unos protegían a otros, los primeros les ayudaban en todas las situaciones. En el momento en que, heridos, caían del caballo, se adelantaban para cubrirlos. En las grandes marchas y en las retiradas más rápidas, era tal su ligereza por el continuo ejercicio, que cogidos a las crines de los caballos corrían tanto como ellos». César, *Guerra de las Galias*, I, 48.

El carro de guerra fue empleado profusamente por las comunidades celtas de Europa septentrional especialmente durante los períodos del *Hallstat C* y *La Tène* antigua. Conceptualmente se trata de una biga de dos ruedas de la que tiraban dos caballos y que contaba con dos tripulantes sobre una pequeña plataforma: un conductor y un guerrero que lucha con armas arrojadizas. Derivado de los carros de prestigio de los *Campos de Urnas Antiguos* (siglos XIII-XII a.C.), que forman parte de los ajuares funerarios de diversas tumbas y necrópolis en Suiza, Austria y Alemania (p. ej., Hart a.d. Alz y Poing) y, posteriormente, del *Hallstat antiguo*, período en el que tras un paréntesis de casi cuatro siglos se documentan los mismos tipos que caracterizarán las estructuras principescas de la Primera Edad del Hierro, en la que los carros tenían claramente un fin ceremonial y de prestigio asociando las ideas del jefe militar con el anfitrión de los banquetes y las procesiones ceremoniales dentro del concepto de los ritos de cohesión social de los que son ejemplos las piezas de las tumbas de Vix-Mont Lassois y Apremont (Francia) y Hochdorf (Alemania) sobresalientes entre las más de 240 tumbas de carro documentadas hasta ahora. Se trataba básicamente de piezas con caja rectangular de 2,60 m de longitud y cuatro ruedas bajas de 80 cm de diámetro cuya ubicación permitía un giro muy limitado al vehículo, negándose con ello la posibilidad de desempeñar un papel decisivo en el combate, asociadas al poder ceremonial masculino unipersonal, puesto que sólo el 4,5 % de los individuos enterrados en tumbas de cámara o fosa con carro *(Fürstengräbe)* dependientes de los *Fürstensitze* o centros principescos eran mujeres.

El carro de guerra de la Segunda Edad del Hierro desarrollado durante *La Tène Antigua* (450-275 a.C.) tendrá unas dimensiones menores, alcanzando la anchura de la caja 1,30 m como máximo, montada sobre un eje con ruedas de 1 m de diámetro. Más pequeños y manejables, serán empleados profusamente en la batalla de Telamón, donde el contingente de caballería y carros alcanzará los 20.000 hombres y, especialmente, en la campaña de Britania (55 a.C.), de la que César destacará el gran empleo que la tribu de los Cantacios (región de Kent) hace de los carros,[55] siendo de notar que el rey Cassivellaunus pudo formar casi 4.000 carros de guerra contra las legiones romanas.

55. «Fue el caso que sólo quedaba por segar una partida, dado que el resto de los campos ya lo había sido, y se preveía que los enemigos irían; se emboscaron de noche en los bosques y, en el momento en que los nuestros, dispersos y sin armas, trabajaban en la siega, los atacaron de repente matando algunos, y a los otros, antes de que pudieran cerrar filas, los asaltaron y rodearon con la caballería y los carros. Su sistema para combatir con estos vehículos es el siguiente: corren primero por todas partes disparando proyectiles; con el terror de los caballos y el ruido de las ruedas desordenan las filas, y, si llegan a introducirse entre grupos de caballería, desmontan y combaten a pie. Los conductores de los carros, entretanto, se retiran algunos pasos del campo de batalla, y se preparan de forma que si los guerreros se ven en dificultades ante el enemigo, tienen próxima la seguridad de los carros. Así, juntan en la batalla la ligereza de la caballería con la fuerza de la infantería; y gracias a la continua práctica, es tanta su habilidad, que incluso por las colinas y barrancos pueden detener a los caballos durante una carrera y dar la vuelta con una sola maniobra, corren sobre el eje, se sostienen en pie sobre el yugo, y con un salto vuelven a la barquilla». César, *Guerra de las Galias*, IV, 22-23.

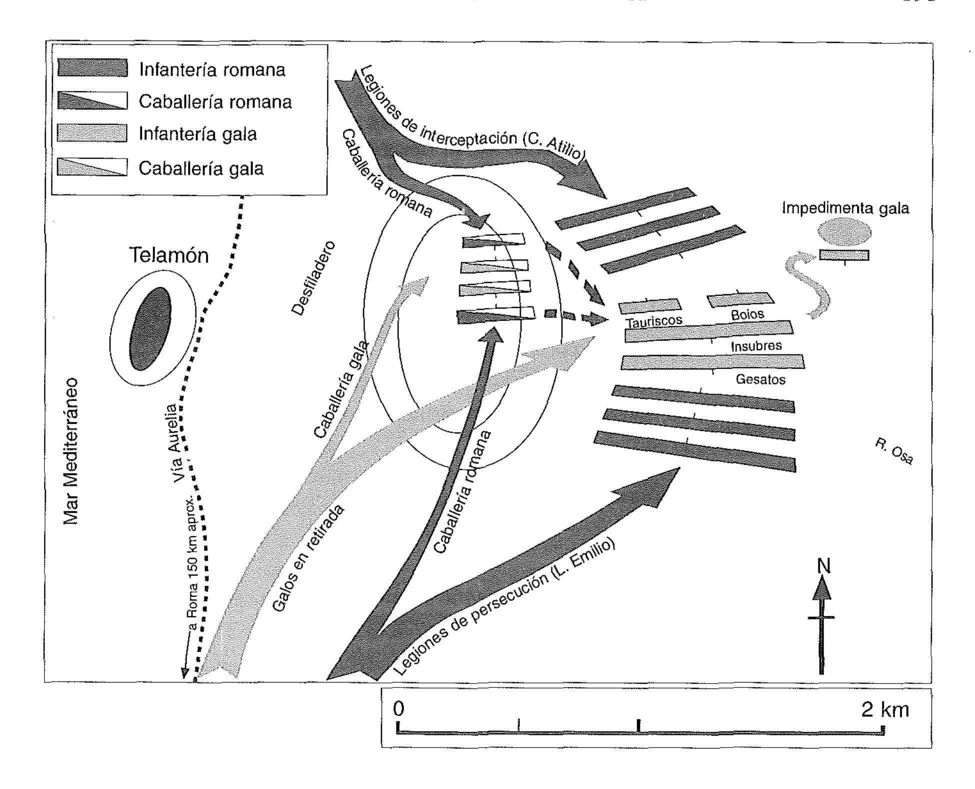


FIG. 4.1. *Planteamiento táctico de los ejércitos romano y galo en la batalla de Telamón, 225 a.C.*

4.2. Evolución de la panoplia militar

Con independencia de la panoplia empleada como símbolo de prestigio o parada, las piezas que componen el armamento de un guerrero o grupo de guerreros en cada período y estructura social se ajustan a dos elementos básicos como son que su fabricación responda a la mejor tecnología disponible, y que las armas se adapten al tipo de combate que deberá afrontar el portador de las mismas. El armamento en ningún caso permanece inmutable, puesto que las variaciones en el concepto de la guerra suponen constantes transformaciones en su tipología y función.

Durante el período de la Edad del Bronce y principios de la Edad del Hierro, las características formales del armamento responden a las necesidades militares de la nobleza dirigente de los grupos sociales: piezas pensadas para el combate individual o heroico en cuyo conjunto se compensan las armas de carácter defensivo y ofensivo intentando que el guerrero cuente con la máxima protección

posible en el momento de entrar en combate: corazas, escudos, grebas y casco serán fundamentales en esta etapa, por lo que su costo y el entrenamiento necesario para emplearlas restringirán su empleo a una elite social específica que convertirá los ítems citados en el símbolo de su prestigio representándolos en el ámbito funerario como en el caso de las estelas decoradas del sudoeste. La complejización de los sistemas políticos y la presión demográfica supondrán el acceso de nuevas clases sociales a las funciones de la defensa de las comunidades. El sistema hoplítico verá el nacimiento de los guerreros-ciudadanos en el que las diferencias de clase se mantendrán en función de los recursos económicos de cada guerrero, medios que le permitirán disponer de los elementos de panoplia necesarios para desarrollar las funciones de cada grupo de guerreros. Las corazas y el armamento pesado que caracterizan a los soldados de infantería son la evolución natural del sistema nobiliar, pero el combate en formación cerrada supone también un cambio conceptual determinante en el sistema de lucha tanto por el hecho de que ahora es el grupo y no el individuo el que primará en el campo de batalla, como por la extensión de la idea de que las armas y su empleo, como símbolo social, serán esgrimidas por un mayor número de personas.

La complejización de la táctica militar y la extensión de los conflictos provocará la movilización de un número cada vez más elevado de fuerzas, así como la aparición de un nuevo tipo de soldado: el profesional remunerado que presta sus servicios al mejor postor, el mercenario. Los mercenarios podrán adaptar su forma de combatir a los principios tácticos del ejército de sus empleadores (como en el caso de los mercenarios iberos y celtiberos que combaten en el ejército púnico a partir del siglo V a.C.) peleando en un principio con sus propias armas y adoptando después aquellos elementos de panoplia que mejor se adapten a sus funciones, pero también serán un vehículo de difusión de las tácticas militares, por cuanto el prestigio de una determinada forma de combatir llevará a su contratación (como las unidades de hoplitas por las ciudades griegas de Sicilia), todo y que la homogeneización de la táctica permitirá mantener en algunos casos la forma de combatir y la panoplia para hacerlo de algunos grupos de mercenarios (como los iberos que luchan en Grecia durante la Guerra del Peloponeso, o los númidas al servicio de Cartago y, posteriormente, de Roma). La proliferación de los conflictos supondrá la aparición de nuevos contingentes de soldados profesionales armados con un equipo más ligero que el de los hoplitas, las tropas de infantería ligera, *peltastoi* y *psiloi*, adaptadas a un tipo de lucha mixto en el que, según las necesidades, pueden combatir en formación cerrada o en orden disperso. La polivalencia de las tropas se plasmará en el tipo de armamento, mucho más ligero, en el que las corazas metálicas anatómicas serán sustituidas por corazas de lino o discos-coraza, y las lanzas de gran tamaño por jabalinas o venablos de menor longitud y peso.

En la península Ibérica, el registro arqueológico de las necrópolis muestra a partir de principios del siglo IV a.C. un aumento significativo del número de tumbas que contienen entre los ítems del ajuar armas, pudiéndose deducir de los



FIG. 4.2. *Relieve escultórico de Osuna (Sevilla). Guerrero ibérico armado con* scutum, falcata *y casco de cuero. Siglo II a.C (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).*

tipos y porcentajes de las mismas un progresivo abandono de los elementos más característicos de la panoplia defensiva del Ibérico Antiguo: corazas, discos-coraza, grebas, cascos de metal y umbos metálicos de gran tamaño. El guerrero gana movilidad al desprenderse de parte del peso de los objetos, y aumenta su capacidad ofensiva al generalizarse el uso de la *falcata* como arma básica de puño, acortarse el tamaño de la lanza y potenciarse el empleo de armas arrojadizas de asta como las jabalinas y el *soliferreum*, sin menoscabo de la generalización del arco y la honda como armas básicas para aumentar la potencia de fuego y la lucha a distancia. La amortización del armamento antes de ser depositado en el interior de las sepulturas redundará en la interpretación de las armas como elemnto caracterizador del prestigio social de su poseedor. Tal y como hemos indicado en

otros apartados, las variaciones en los tipos de armamentos no significan una especialización en un tipo de combate alejado del combate en grupo y de la táctica de la formación cerrada, sino, por el contrario, la aparición de un guerrero polivalente cuya importancia en los conflictos se verá potenciada durante las Guerras Púnicas en la segunda mitad del siglo III a.C. En la última fase de la cultura ibérica la panoplia se verá condicionada por la generalización de nuevos tipos de armas adaptadas al combate en formación cerrada, como el escudo ovalado *(scutum)* portado, por ejemplo, por los guerreros del *lebes* 129 del poblado del Tossal de Sant Miquel (Llíria) o el guerrero del relieve de Osuna, y los cascos metálicos adoptados de prototipos célticos como el *Montefortino* empleado profusamente por los guerreros ibéricos como se muestra en la iconografía de los vasos del estilo Oliva-Llíria.

La importancia del armamento como elemento destacado de la estructuración de los grupos sociales marcará el destino de los mismos cuando los generales romanos introduzcan de forma repetida a partir de la orden del cónsul Catón, la entrega de las armas como fórmula de sumisión de las tribus ibéricas y celtibéricas.

4.2.1. El armamento tartésico

La fuente documental básica sobre el armamento tartésico son las llamadas *estelas del sudoeste* o *estelas de guerreros del sudoeste,* grandes bloques pétreos datados entre los siglos XI y VII a. C. destinados probablemente a coronar los túmulos funerarios de la nobleza tartésica en los que se representan los elementos básicos de la panoplia personal, entre los que se incluye el armamento, distinguiéndose cuatro grandes grupos en función de su dispersión geográfica: *grupo I*: Sierra de Gata; *grupo II:* Valle del Tajo-Sierra de Montánchez; *grupo III:* Valle del Guadiana-valle del Zújar; y *grupo IV*: Valle del Guadalquivir. El equipo de un guerrero tartesio estaba formado por cuatro piezas fundamentales: escudo, espada, lanza y casco, a las que deben sumarse el arco y la coraza, presentes también, aunque de forma minoritaria, en los grabados.

Las representaciones de las estelas muestran tres tipos básicos de escudos: *escudos con escotadura en V*, *escudos sin escotadura*, y *escudos sin círculos concéntricos*, pudiendo realizarse diversas subdivisiones, especialmente en el primer grupo, en función del tipo de la manilla (rectangular, recto, doble o en forma de I) y la presencia de remaches de clavos. El *escudo con escotadura en V* es el más característico o representativo del mundo tartesio. Constaba, según los casos, de dos, tres o cuatro discos de cuero superpuestos, encolados y prensados en un molde para obtener consistencia y dureza. El corte en forma de V ha sido interpretado tanto como una necesidad técnica para impedir la contracción del cuero durante el proceso de secado, como una prestación técnica destinada a proteger el cuello si la escotadura se orientaba hacia arriba, o bien facilitar el avance al im-

pedir que el borde del escudo golpease en el muslo si la escotadura se orientaba al contrario. En todo caso, la posición de la escotadura era siempre vertical, como demuestra la alineación de la manilla empleada para empuñar el escudo. La manilla o asa, fabricada en metal, podía ser una tira simple unida a la última capa de cuero por remaches dispuestos en sus extremos, o bien estar reforzada con dos tiras metálicas transversales sitas igualmente en los extremos por remaches. La presencia de punteados en algunos de los escudos representados en las estelas permite suponer el empleo de tachones de bronce para reforzar la cohesión de las capas de cuero que componían la pieza. A diferencia de lo que sucederá posteriormente con los escudos ibéricos y, en mayor medida con los *aspis* o *hoplones* griegos, los escudos tartésicos no debían llevar ningún tipo de identificación externa de clan, tribu o individuo, dado que siempre se representan por su cara interior.

Los escudos carentes de escotadura siguen las mismas pautas de fabricación del tipo anterior, dividiéndose morfológicamente también en función del tipo de manilla en tres grupos: de asa simple recta o en I; doble; y un tercer grupo formado por los escudos representados por su cara exterior, en los que se aprecia la presencia de un umbo central que, en algunos casos, como en la estela de El Viso III, no pasa de ser un siple remache o tachón. El tercer grupo, los *escudos sin círculos concéntricos*, se conocen tan sólo a partir de cinco estelas, por lo que son minoritarios en el conjunto total; sin embargo, las características técnicas que presentan, en el caso de que el artista haya realizado una representación fiel de los mismos, son muy interesantes, puesto que varían radicalmente el patrón expuesto en los dos tipos anteriores en el que los escudos se fabricaban a partir de planchas de cuero prensadas. Se dividen en tres grupos: liso y con asidero; de líneas paralelas; y radial. Mientras que el primer subtipo, representado por la estela de Esparragosa de Lares I, es un círculo con una manilla horizontal, lo que puede indicar una pieza de cuero o bien un escudo enfundado, el segundo muestra perfectamente un escudo formado por listones de madera trabados con un umbo metálico central de tipo circular (Torrejón el Rubio III) o cuadrado (Ategua), un concepto técnico muy próximo a los tipos formales de la *caetra* ibérica y, especialmente, a los escudos circulares célticos; por último, el tercer tipo, formado por lo que parecen ser diez planchas metálicas remachadas a partir de un umbo metálico central de gran tamaño, puede relacionarse conceptualmente con los umbos de algunos tipos de escudos ibéricos e, incluso, celtibéricos.

Las espadas tartésicas, fabricadas en bronce, de larga hoja corresponden a dos tipos formales: hojas pistiliformes de doble filo, y hojas más estrechas correspondientes al tipo de espadas atlántico de *lengua de carpa*. Estas últimas presentan una nervadura central, prolongándose la hoja hasta formar la empuñadura de la que la separa una guarda en forma de uve invertida; guarda y empuñadura de pomo rectilíneo se completaban y adornaban con piezas de madera unidas mediante remaches. Una de las características principales de las espadas representadas en las estelas tartésicas es la escasa definición morfológica de los

tipos, lo que hace difícil, en muchos casos, una asociación precisa con los tipos conocidos. Al igual que sucede con otras armas, se produce una clara diferenciación de los tipos de espadas por grupos zonales. Así, mientras que en el grupo I predominan las espadas de hoja rectilínea con un mango carente de guarda cuya empuñadura parece de tipo rectangular hueca pensada para que la mano se cierre sobre uno de los laterales sirviendo el opuesto como guarda del reverso, en el grupo II coexiste este tipo con los indicados anteriormente, que son mayoritarios en los grupos III y IV, sin que pueda realizarse una diferenciación cronológica basada en los conceptos indicados. Con todo, la espada, como arma de mano, parece ser la emblemática del guerrero tartésico al estar presente, aún más que la lanza, en la totalidad de las estelas conocidas.

Aunque las proporciones de los elementos representados en las estelas, como en el caso de la de Solana de Cabañas (Cabañas del Castillo,Badajoz), no son proporcionales a la figura humana, puede afirmarse que la lanza tartésica tendría una longitud cercana a los dos metros; punta y regatón se fabricaban en bronce uniéndose al asta mediante remaches a través del cubo de ambas piezas. Las lanzas están presentes en todas las estelas de los grupos I y II, mientras que su proporción desciende al 75 % en las correspondientes al grupo III, y alcanza tan sólo a estar representada en el 40 % de las estelas del grupo IV, correspondiente al área del valle del Guadalquivir. Las puntas tienen por regla general una hoja de contorno ovalado, siendo en menor proporción apuntadas; aunque no se representa en muchos casos, es muy factible que ambos tipos dispusieran de nervadura central.

Las armas ofensivas se completaban con el empleo del arco probablemente difundido en gran escala por el contacto con colonos y mercaderes semitas durante el *Orientalizante*, dado que los ejemplos de puntas de flecha con aleta son frecuentes a partir del siglo VIII a.C. A diferencia de tipos anteriores, los arcos no se representan en las estelas del grupo I, son puntuales en el II, y están ampliamente representados en los grupos III y IV en los que aparecen en el 27 y 45 % de las piezas respectivamente. En opinión de S. Celestino, la presencia del arco como exponente conceptual de la idea del cazador se une a los principios del guerrero en la definición de la posición social que reflejan los grabados. En todos los casos, es interesante que el arco aparezca tensado, listo para ser empleado al tener una flecha montada en la cuerda. Si se conviene que la figuración de las estelas es naturalista y precisa en los conceptos que quiere representar, podría indicarse que en el ámbito tartésico se empleaban dos tipos de arco: simples (caracterizados por el perfil curvo) y compuestos (representados mediante líneas rectas con dos inflexiones en sus extremos), lo que permitiría asumir la existencia de una doble tradición, correspondiendo el tipo simple a un arco evolucionado localmente, y el compuesto a las influencias de la panoplia fenicia. Del mismo modo, las flechas muestran también una clara dualidad en función de las puntas, que pueden ser de tipo simple carentes de aletas (por lo que la punta podría ser, por ejemplo, el extremo del astil endurecido mediante la acción del fuego), y con aletas y pedúnculo para ser enmangadas. En todos los casos en que el proyectil

carece de aletas se encuentra asociado con un arco simple, mientras que las puntas avanzadas se asocian tanto a arcos simples como compuestos.

No se conoce ningún ejemplar de casco tartésico, siendo, como en el resto de los materiales indicados las estelas grabadas, la única fuente de información. Se documentan dos tipos de cascos, uno cónico, mayoritario en las estelas del grupo II, que probablemente correspondería a un casco abierto lateralmente, similar formalmente a un capacete o a la sesera sajona del siglo XIV, no habiendo influido en su tipología los cascos corintios cerrados hallados en el depósito de Huelva y en Cádiz propios del sistema hoplítico, probablemente por el hecho de que al ser cerrados impedían una correcta audición y no se adaptaban al sistema de combate propio de la nobleza militar tartésica. Los cascos cónicos podrían, a su vez, subdividirse en dos variantes; aquellos que presentan una cresta apuntada, y los que cuentan con un extremo superior redondeado. En uno de los casos, la pieza representada en la estela de Santa Ana (Trujillo), el casco pudo haber contado con una crinera. La forma cónica se conoce en la panoplia de los cascos micénicos durante los siglos XIV y XIII a.C., especialmente la serie denominada *Boar's Tusk Helmets* que, aunque no dispone de una prolongación hasta el período geométrico, sí que pueden reseguirse algunos elementos de los mismos en los cascos griegos de períodos posteriores. Sobre su distribución en la península Ibérica, cabe indicar dos posibles vías: la atlántica, indicando las relaciones formales existentes entre las piezas tartésicas y diversos ejemplares de la Europa central y septentrional, en especial del área Sena-Oise-Marne y la cabecera del Ródano, zonas en las que aún perdurarían los cascos de tipo cónico al principio del periodo de *La Tène*, habiéndose indicado que la transmisión de los prototipos egeos se realizaría a partir de las influencias sobre los grupos iniciales de los Campos de Urnas Antiguos; y la mediterránea, dado que el casco cónico es muy corriente entre el armamento de los ejércitos de diversos imperios del Próximo Oriente, como es el caso del asirio. Las conexiones con Chipre y la distribución de prototipos de otros ítems chipriotas durante el período *Orientalizante* posibilitarían su presencia en el área sudoeste de la península Ibérica.

El segundo tipo de cascos, exclusivo en el grupo III de estelas y mayoritario en el grupo IV, se caracteriza por presentar un adorno de cuerno dispuesto en forma de U, V o lira según los casos, aunque en ninguno de los ejemplos se puede apreciar la forma del cuerpo de la pieza, sustituido por un punto o elemento circular. Los apéndices de cuernos corresponden a un modelo decorativo similar al existente en otras áreas del Mediterráneo centro-occidental, como Cerdeña, y muy común tanto en el Egeo (por ejemplo el casco de capacete —*koreto*— micénico decorado con piezas de marfil y colmillos de Dendra) como en el Próximo Oriente, donde tanto los *sherden/shardana* entre los grupos de los Pueblos del Mar citados en los reinados de Merneptah y Ramsés III (1230-1190 a. C.), como los *maryannu* cananeos, utilizan este tipo de adornos. Aunque es muy sugerente relacionar los apéndices de los cascos tartésicos con la leyenda de los bueyes de Gerión, el simbolismo del toro y de los cuernos es ampliamente conocido en el

Mediterráneo y el Próximo Oriente desde el Neolítico como representación de la fertilidad y la fuerza y, posteriormente, del poder. Del mismo modo, las decoraciones de cuernos se encuentran también en piezas de la panoplia de la Edad del Bronce en Europa septentrional, por lo que podría argumentarse también una procedencia norteña para este tipo de piezas.

El ejemplo más sobresaliente de coraza en el ámbito tartésico es la representada en la estela de Ategua (Córdoba), una de las más complejas en cuanto a la profusión de motivos decorativos. La coraza está formada por tres franjas horizontales y un disco separadas por una línea horizontal, que tanto pueden definir una combinación de placas metálicas con tiras de cuero, como un coselete asociado a un disco metálico antecedente de los posteriores discos-coraza. El tipo de coraza indicado puede tener su origen en el Mediterráneo oriental a partir de su comparación con una pieza similar del museo de Nicosia (Chipre). Otras piezas que podrían compararse con la coraza de ategua proceden de la península Itálica, especialmente la llamada *coraza-poncho* de Narce, datada alrededor del 700 a.C. y realizada en bronce, pero cuyo carácter claramente ceremonial se concluye por la presencia de una pieza similar, realizada en oro, en la *tumba Regolini-Galassi* de Caere. En todo caso, no deja de ser interesante la posibilidad de relacionar algunos elementos de las panoplias tartésicas con piezas del armamento villanoviano, sumando a las corazas indicadas los cascos de tipo cónico con cresta y algunos escudos decorados, como es el caso de la pieza ceremonial de Bisenzio (Florencia), equiparable al escudo del tipo III c de El Viso. Cronológicamente, la asociación es factible.

El último elemento determinante de la iconografía de las estelas es el carro. Corresponde formalmente a un tipo de origen mediterráneo de dos ruedas, caja cuadrada y asideros laterales, tirado por dos caballos, es decir, tipológicamente se trata de una biga. Aunque en algunos casos se ha intentado mantener una función militar para estos vehículos,[56] no existe ningún elemento que permita mantener la idea citada, ya sea por tradición bélica local como por préstamo cultural, por lo que generalizadamente se admite el empleo funerario del mismo, especialmente a partir del hallago del carro de la necrópolis de La Joya (Huelva) datado en el siglo VII a.C. Los diversos investigadores que han tratado el tema del carro[57] en

56. En el sustrato de la hipótesis mencionada se encontraba, obviamente, el recuerdo de las descripciones homéricas de los héroes de la Guerra de Troya dirigiéndose al combate en carro y descendiendo de ellos para combatir a pie, una idea que se hace encajar con los elementos de panoplia (casco, escudo, lanza, espada) presentes en la iconografía de las estelas.

57. Sobre el carro en Tartessos *vide*: Quesada, F. (1999): «Datos para una filiación egea de los carros grabados en las estelas del suroeste». *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, pp. 179-187; Mederos, A.; Harrison, R. J. (1996): «Patronazgo y clientela. Honor, guerra y festines en las relaciones sociales de dependencia del Bronce Final atlántico en la península Ibérica». *Pyrenae*, 27, pp. 31-52; Fernández Miranda, M.; Olmos, R. (1986): *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la península Ibérica*. Ed. Ministerio de Cultura, Madrid; Celestino, S. (1985): «Los carros y las Estelas Decoradas del Suroeste. Estudios de Arqueología Extremeña». *Homenaje a Cánovas Pessini*, Badajoz, pp. 45-55.; Celestino, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Ed. Bellaterra, Barcelona.

el ámbito funerario disienten en una doble vía interpretativa, por la cual, en un caso se trataría del medio empleado para transportar el cadáver del difunto hasta la necrópolis, siguiendo un modelo ampliamente conocido en fechas posteriores en Grecia, Etruria y la cultura ibérica; mientras que en la otra el carro no sería un elemento tangible sino ideológico, importado del Mediterráneo oriental, cuya función sería la de transportar al difunto al Más Allá. En el último caso citado, las estelas representarían a un individuo ejerciendo diversas funciones: la lucha (armas), la caza (arco) o el canto (lira) emblemáticas de su estatus y posición social, mientras que el carro simbolizaría su muerte y acceso al mundo de ultratumba. En todo caso, sea un elemento de prestigio o con funciones psicopompas, parece claro que su empleo no estaba relacionado con la guerra.

4.2.2. El armamento ibérico

La panoplia militar ibérica no presenta unas características uniformes, tipológicas o territoriales, a lo largo del desarrollo de la Cultura Ibérica (ss. VII-I a.C.), siendo el resultado de la evolución interna de las tradiciones locales abiertas a las influencias mediterráneas. No obstante, la especial relación entre un tipo específico de armamento con la forma y/o sistema de combatir provocará que los tipos de armas empleados por los iberos presenten una menor permeabilidad tipológica que otros aspectos de su cultura material, siendo este elemento muy destacable debido a la constante participación de mercenarios ibéricos en los grandes conflictos bélicos del Mediterráneo a partir del siglo V a.C., factor que les permitió conocer de primera mano tanto las panoplias militares más avanzadas como su modo de empleo. Pese a que todas las armas tienen al mismo tiempo un componente defensivo y ofensivo como partes de un todo común, diferenciamos como armas defensivas las destinadas a proteger el cuerpo y detener los golpes del adversario, y como ofensivas las utilizadas para herirle.

4.2.2.1. *Armamento defensivo*

Los tipos básicos del armamento defensivo ibérico son cuatro: escudo, casco, grebas y coraza. Existen dos tipos básicos de escudos ibéricos, el circular o *caetra*, y el ovalado o *scutum*. La *caetra*, calificada comúnmente como el tipo específico de los escudos ibéricos, es por definición una pieza circular de tamaño variable que puede adaptarse indistintamente al combate individual o a lucha en formación cerrada según las necesidades del combate. Partiendo de la documentación iconográfica de las *caetras* en las representaciones escultóricas en piedra de guerreros ibéricos, y de los exvotos de bronce ofrendados y amortizados en los santuarios de la Alta Andalucía y el Sudeste peninsular, puede indicarse que existieron diversos tipos de *caetra* por su tamaño, material en que fueron fabricadas, y sistema de empleo.

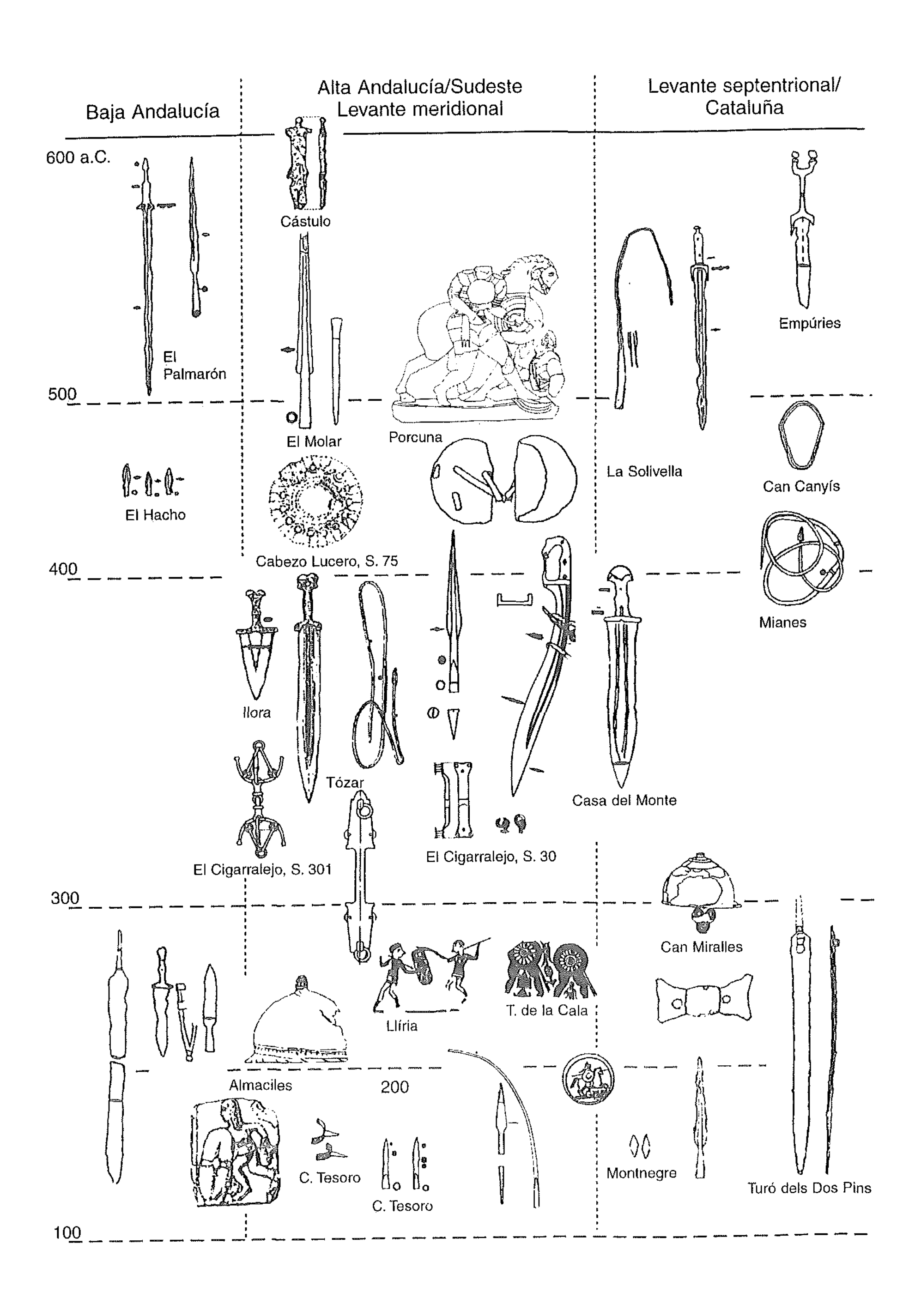


FIG. 4.3. *Evolución de la panoplia militar ibérica entre los siglos* VI *y* II *a.C., con indicación de las particularidades zonales (según F. Quesada).*

Una *caetra*-tipo presentaba una forma circular perfecta de 60 cm de diámetro aproximadamente. Su construcción se realizaba mediante tablas de madera de anchura regular recortadas y encajadas mediante el empleo de sustancias vegetales como la resina y, probablemente, cuñas laterales siguiendo un sistema similar al del encaje de las tablas que componían el forro de un navío. La madera se enceraba para protegerla de la humedad, aunque es muy posible que, especialmente durante las Guerras Púnicas, los iberos aprendiesen el empleo de fundas de tela para proteger el escudo antes de la batalla, siguiendo el sistema empleado por los hoplitas cartagineses y los legionarios romanos. El círculo de madera se reforzaba exteriormente con cuero o piel de animal estirada y trabada en la cara interior del disco mediante clavos de bronce o hierro. En el centro de la cara interior de la *caetra*, una pequeña concavidad servía para introducir el puño, protegido por una pieza de lana destinada a evitar rozaduras en la mano y asegurar la estabilidad. Para aguantar el escudo la mano se aferraba a una manilla metálica formada por dos piezas triangulares y un pasador central; esta empuñadura se clavaba a los listones de madera reforzando así transversalmente su estabilidad, dos argollas sobre la misma permitían anudar una correa *(telamon)* que servía tanto para transportar el escudo colgado del hombro como para, una vez enrollada en la muñeca, ser empleada como fiador del escudo evitando que un fuerte golpe sobre el mismo obligara al guerrero a soltarlo perdiendo así su defensa. En el centro de la cara exterior, un umbo metálico o de madera de forma circular, liso o decorado, clavado al armazón de madera, propiciaba una defensa inicial del escudo, sirviendo tanto para detener o desviar los golpes, como para proteger la mano que lo asía, ubicada en la concavidad posterior sita tras él. Una pieza como la descrita podía tener un grosor de entre 15 y 20 cm, y un peso de 4 a 5 kg.

Los guerreros del conjunto escultórico del Cerrillo Blanco (Porcuna), datado en el siglo V a.C., muestran un tipo de *caetra* diferente. Claramente representadas, tres capas superpuestas de madera, o más probablemente, de cuero prensado, definen un arma más ligera que la descrita anteriormente, pero asimismo muy útil por la consistencia de las capas de cuero prensadas y cosidas. El menor tamaño, próximo a los 45 cm, y peso, facilitaría su empleo por jinetes debido a la inestabilidad manifiesta para entablar un combate a caballo por la ausencia de estribos. No obstante, y en el caso del conjunto escultórico de Porcuna, las *monomachias* muestran que los jinetes combatirían a pie manteniendo sujeto al caballo por las riendas. Las *caetras* de capas de cuero cuentan también con umbo central, manilla rectangular simple y dos argollas reforzadas para sujetar el *telamon*. Un tercer tipo de *caetra* correspondería al representado en los exvotos de bronce del santuario del Collado de los Jardines cuyo tamaño no excede de los 20 cm de diámetro. La desnudez ritual de estas figuras puede corresponder a oferentes que representen un tipo específico de ritual o combate sagrado, similar al descrito por las fuentes clásicas en los funerales de Viritato.

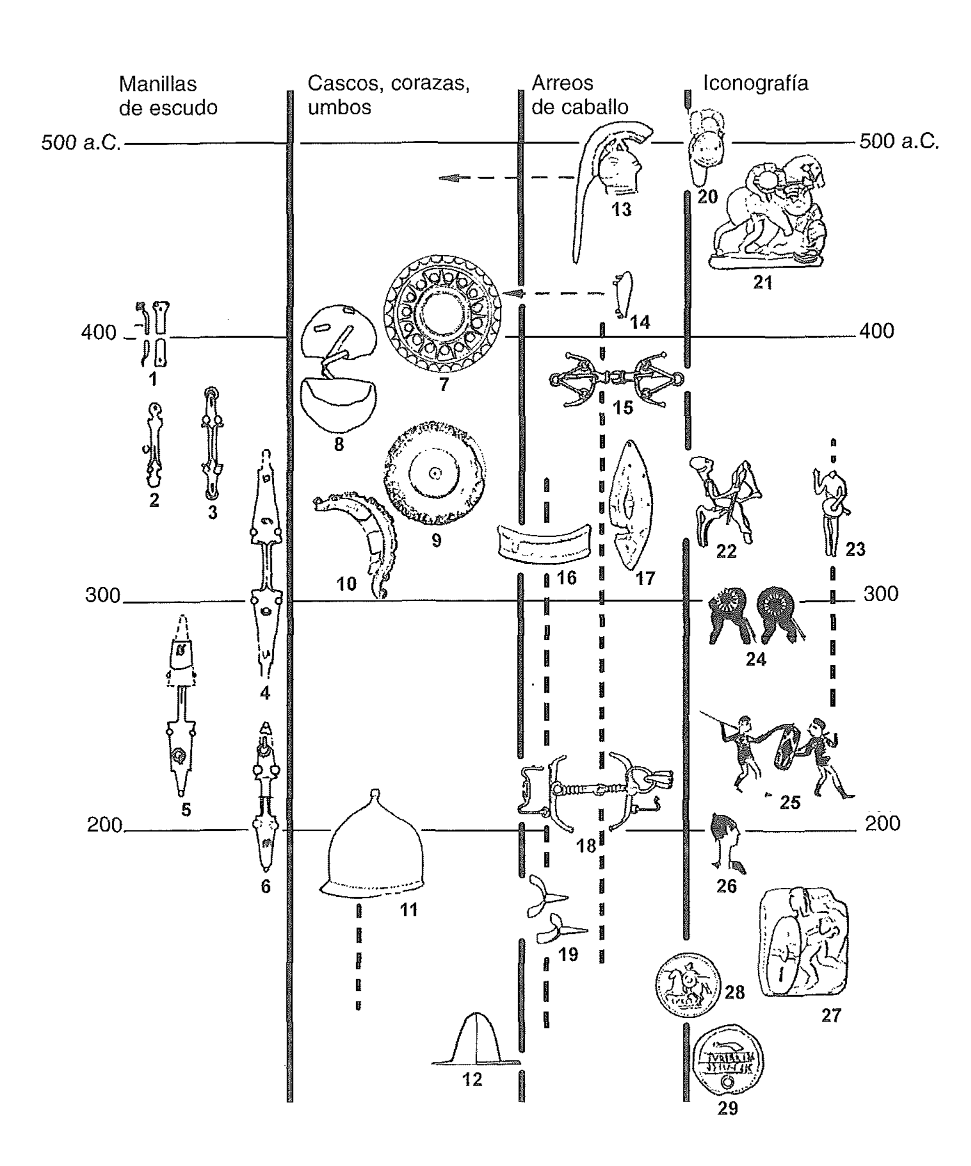


FIG. 4.4. *Evolución tipológica de la panoplia de armas defensivas ibéricas (según F. Quesada). Manillas de escudo. 1, 2, 3, 5, 6: Cigarralejo (Murcia); 4: Coimbra (Murcia). Cascos, corazas, umbos: 7: Puente del Obispo (Jaén); 8, 12: Cabecico del Tesoro (Murcia); 9: La Serreta (Alicante); 10: Cigarralejo (Murcia); 11: Alcaracejos (Córdoba). Arreos de caballo: 15, 16: Cigarralejo (Murcia); 17: La Serreta (Alicante); 18: Almedinilla (Córdoba); 19: Cabecico de los Jardines (Jaén); 24: Tossal de la Cala (Alicante); 25: San Miguel de Liria (Valencia); 27: Osuna (Sevilla); 28: Ituci (Sevilla); 29: Turrirecina (Badajoz).*

Uno de los problemas básicos relativos a la *caetra* es la forma de sostenerla y emplearla. Si se acepta que la manilla sirve para empuñar el escudo y no para embrazarlo, éste no puede emplearse para proteger el cuerpo en proximidad tal y como se haría, por ejemplo, con el *hoplon* o *aspis* griego en el que se utiliza una embrazadera central *(porpax)* y una empuñadura sita en el borde *(antilabé)* para sostener el escudo, sino que se debe realizar con él una defensa agresiva manteniendo la *caetra* alejada del cuerpo, adelantándose a detener el golpe del contrario antes de que éste descargue toda su fuerza, y no esperando a recibirlo para absorber su potencia y replicar después. El empleo avanzado del escudo implica también el predominio del combate singular sobre la formación cerrada por cuanto al sostener el escudo con el brazo extendido o proyectado hacia delante, es difícil formar el frente continuo que precisa una formación cerrada. La decisión de emplear un escudo de las características de la *caetra* se basa en la tradición local y no en el desconocimiento de los escudos de tipo griego. En la península Ibérica, tanto las representaciones de guerreros en los vasos áticos de los estilos de figuras rojas y figuras negras, como el propio armamento de las comunidades foceas, respondía a los tipos propios de la panoplia hoplítica, por lo que su conocimiento entre las comunidades ibéricas debe considerarse seguro a partir, como mínimo, de la segunda mitad avanzada del siglo VI a.C.

Pese a lo indicado, el escudo circular de tamaño reducido no es un arma exclusivamente ibérica, puesto que se empleó ampliamente en otras áreas del Mediterráneo. Durante la Guerra del Peloponeso (s. V a.C.), las tropas ligeras atenienses *(psiloi)* y los *peltastas* o infantería con armamento más ligero que los hoplitas utilizaban un escudo circular de pequeño tamaño *(pelte)* de origen tracio, conocido en Atenas durante el gobierno de Pisístrato (s. VI a.C.), quien alistó un cuerpo de mercenarios originarios de Tracia; fabricado en bronce o madera recubierta con pieles de animal, podía ser liso o, como en el caso de los infantes etolios, disponer de un umbo circular o convexo *(sakkos)* para proteger la parte central exterior del escudo. Los *thureophoroi* o soldados armados con escudos samnitas utilizaron también en el área central de la península Itálica escudos redondos de menor tamaño que el *hoplon*.

El *scutum*, representado por ejemplo en los relieves del conjunto escultórico B de Osuna (Sevilla), siglos III-II a.C.; los vasos cerámicos decorados del Tossal de Sant Miquel (Llíria), siglos III-II a.C.; y los exvotos en bronce de los santuarios andaluces, es un tipo de escudo alargado con extremos semicirculares ampliamente difundido en diversas áreas del Mediterráneo a partir del siglo VIII a.C. en que se documentan los primeros ejemplares en el norte de la península Itálica. Bajo conceptos diferentes y con modificaciones formales, el *scutum* será empleado por los guerreros de las clases II y III etruscas entre los siglos VII y IV a.C., las tribus célticas a partir del siglo IV a.C., los *tureoforos* helenísticos entre los siglos III y I a.C. y los legionarios romanos, que adoptaron el *scutum* con forma de teja o envolvente en el siglo V a.C. con características formales similares al pos-

terior escudo ovalado ibérico,[58] manteniendo la vigencia del mismo hasta principios del Bajo Imperio en dos modelos principales: el ovalado de la caballería auxiliar, y el casi rectangular o de *tipo teja* de las tropas de infantería.

El *scutum* se fabricaba con listones o placas de madera encoladas entre sí con resina; un forro exterior de cuero unía el conjunto y lo protegía tanto de la inclemencia como de los golpes, dado que un impacto sobre la madera podía astillar fácilmente el escudo. El forro de cuero se unía a la madera en el borde interior empleando remaches metálicos, al tiempo que un refuerzo de hierro o bronce situado en ambos extremos permitía ampliar la solidez de la pieza y facilitaba su apoyo en el suelo, previniendo así el desgaste por rozadura sobre la madera. Escudo de empuñadura antes que de abrazadera, el *scutum* contaba con una concavidad central para introducir la mano que se aferraba a una manilla recta de hierro, al tiempo que una pequeña almohadilla de lana o cuero protegía el dorso de la mano de las rozaduras contra el interior del escudo. En la parte exterior destacaba una pieza longitudinal de madera maciza *(spina)* unida al cuerpo mediante remaches metálicos que, abultada en su parte central, se protegía mediante una pieza metálica o *umbo* cuya forma varió según las áreas geográficas, dado que si en el mundo céltico primaron los refuerzos de alas rectangulares, en la península Ibérica, especialmente en el nordeste, son mayoritarios los *umbos* de alas extendidas denominados *alas de mariposa*, como las piezas de la necrópolis de Turó de dos Pins (Burriac), aunque también están representados en los relieves de Osuna. Las medidas de estos escudos varían según las épocas y los ejércitos, siendo comunes para las piezas celtas e iberas unas dimensiones de 110-120 cm que permitían cubrir en carrera al guerrero desde el hombro hasta la mitad de la pierna, mientras que con una anchura de 60-70 cm puede protegerse frontalmente todo el cuerpo, por lo que es un arma que cabe emplear tanto en combate individual como en formación cerrada. El peso del *scutum* varia en función del tamaño y el tipo de materiales empleados en su fabricación, aunque puede apuntarse una media de 4-5 kg. Como se ha indicado, se trata de un escudo para ser empuñado antes que embrazado, pero debe señalarse que para efectuar ambas funciones la posición de la manilla debía ser vertical antes que horizontal. En el caso de emplearse en formación cerrada, podría existir una abrazadera no metálica en la parte izquierda de la pieza que permitiera afianzar el escudo a la altura del codo.

Como muestran los vasos pintados de Llíria, los escudos ibéricos estaban decorados en su cara exterior. Los motivos pictóricos, al igual que sucedía con los escudos griegos o etruscos en los que se representaban los símbolos de las ciu-

58. Polibio describe del siguiente modo el *scutum* utilizado por los *hastati* romanos: «el romano consta, en primer lugar, de un escudo de superficie convexa, de dos pies y medio de longitud y de cuatro de anchura. El espesor de su reborde es, más o menos, de un palmo. Está construido por dos planchas circulares encoladas con pez de buey; la superficie exterior está recubierta por una capa de lino y, por debajo de ésta, por otra de cuero de ternera. En los bordes superior e inferior, este escudo tiene una orla de hierro que defiende contra golpes de espada y protege el arma misma para que no se deteriore cuando se deposita sobre el suelo. Tiene ajustada una concha metálica *(umbo)* que lo salvaguarda de las piedras, lanzas y, en general, contra choques violentos de proyectiles». *Historias*, VI, 23.

dades-estado,[59] podían responder a emblemas de tribu, clan o, incluso, estructura política. Debe recordarse que a partir del siglo V a.C. se conocen ejemplos de figuras emblemáticas representativas de grupos sociales en el ámbito funerario ibérico, por ejemplo en los remates escultóricos de los pilares-estela de las necrópolis del sudeste y levante, y que determinados animales como el lobo o el león se utilizaron como seres apotropaicos en los enterramientos, o bien en objetos de prestigio con función ritual como las pateras mesomphalos del poblado del Castellet de Banyoles (Tivissa), amortizadas a fines del siglo III a.C. Las fuentes clásicas indican que los guerreros ibéricos eran reconocibles por sus enseñas y sus armas, siendo por tanto uno de los elementos que pueden ilustrar este hecho los motivos pintados en los escudos. El llamado *vaso de los guerreros* del poblado del Tossal de Sant Miquel (Llíria) muestra una serie de infantes armados de *scutum* y lanza en una disposición similar a la formación, en todo caso combate en grupo, siendo significativo que la decoración de todos los escudos sea idéntica: una combinación de franjas, triángulos rellenos y signos serpentiformes estilizados; la idea de los símbolos repetidos es un claro argumento hacia el concepto clánico no personal de los motivos.

Pese a que se conocen ejemplos de cascos metálicos del tipo corintio en Huelva, Jerez de la Frontera y la desembocadura del Guadalquivir, interpretados como ofrendas fluviales (ss. VII-VI a.C.), la pieza del mismo tipo de Aguilar de Anguita, y cascos de tipo etrusco y greco-itálico en el yacimiento de Les Sorres (Gavà) datados por paralelos estilísticos y formales en los siglos V-IV a.C., los cascos metálicos de origen mediterráneo no tuvieron continuidad en la panoplia ibérica, donde el concepto del casco cerrado, propio del combate en formaciones cerradas de tipo hoplítico, no tenía razón de ser. Por ello, los ejemplares de cascos metálicos ibéricos son muy reducidos, inexistentes durante el Ibérico Antiguo, muy escasos en el Ibérico Pleno, destacando las piezas de tipo Alpasenque (s. V a.C.) y diversos ejemplos aislados en la necrópolis de El Cigarralejo (Mula), no siendo hasta finales del siglo IV a.C., y especialmente durante las convulsiones bélicas del siglo III a.C., en que se documentan bastantes ejemplares del tipo *Montefortino* o *etrusco itálico*, común e incorrectamente llamado *gorra de jockey*, con claros precedentes célticos e itálicos, representado, por ejemplo, en las necrópolis de La Pedrera (Vallfogona de Balaguer), Turó de Dos Pins (Burriac), La Carrova (Amposta), Cabecico del Tesoro (Verdolay), Los Castellones (Ceal) y Pozo Moro (Chinchilla), así como en la cerámica de Llíria, fácilmente identi-

59. Los motivos decorativos de los escudos en Grecia podían responder, según G. H. Chase, a múltiples significados: diseños estrictamente decorativos, símbolos para atemorizar al enemigo, símbolos de una divinidad, símbolos de las ciudades-estado, emblemas de grupos familiares o tribales, referencias a los hechos heroicos del portador del escudo, divisas de rango, o nombres propios. Por ejemplo, a las iniciales de los nombres como la letra *lambda* de los *Lakedaimon* (lacedemonios), o la *sigma* de Sicion, o a elementos emblemáticos como la porra o clava de Herakles en los escudos tebanos o la lechuza de Athenea en los atenienses, aunque en el caso de los escudos atenienses, las series de vasos de los estilos de figuras negras y figuras rojas muestran una amplia variedad de emblemas ornamentales. En el caso de Cartago, los tipos más característicos eran la estrella, la palmera, o el caballo, símbolos de la ciudad.

ficables por el botón superior, siendo muy factible que un elevado número de estas piezas procedan, bien de su adquisición por mercenarios ibéricos en diversas áreas del mediterráneo, o por el reequipamiento que los generales púnicos, como Aníbal, solían hacer de sus tropas cuando obtenían un abundante botín de armas romanas, puesto que el casco *Montefortino* es el propio de la infantería legionaria republicana hasta la época de Mario (s. I a.C.) en que fue sustituido por el *Buggennum*.

La escultura antropomorfa en piedra y bronce y la cerámica pintada indican el empleo por los guerreros iberos de un amplio tipo de prendas para proteger la cabeza. Junto al relieve de Pozo Moro (s. VI a.C.) que muestra al héroe tocado por un casco cerrado, posiblemente una interpretación del casco corintio, es en el conjunto escultórico de Cerrillo Blanco (Porcuna) donde se presentan los ejemplos más claros del Ibérico Pleno. Se trata de cascos cerrados lateralmente realizados en cuero que cuentan con amplios refuerzos sobre los parietales y la nuca, rectos o en forma de roleo, y una cresta o cimera destinada a sostener un penacho realizado probablemente con pelo de caballo.[60] Aunque se ha indicado un posible origen jonio para estas piezas, el carácter local del resto de la panoplia representada en el conjunto escultórico permite calificarlos como locales, existiendo un notable paralelo de los cascos de Porcuna en el jinete de bronce de La Bastida de los Alcuses (Mogente), datado en los siglos V-IV a.C. Los tipos principales de caso ibérico serían piezas realizadas en cuero, próximas al concepto del capacete simple o con cresta, según se aprecia en los exvotos de bronce, o más complejos, como el casco de cuero con cubrenuca larga y cresta del relieve de Osuna.

Las grebas o espinilleras, protecciones para la pierna realizadas en bronce o cuero, constituyen uno de los elementos básicos del armamento hoplítico, pensadas como protección de un guerrero que combate en grupo y no debe realizar un esfuerzo de carrera considerable en función tanto del peso del equipo que porta como de la incomodidad de movimientos que confiere. Las piezas metálicas documentadas en contextos ibéricos como las de las necrópolis de Mas de Muslos (Tortosa), Can Canyis (El Vendrell), Llinars del Vallès, la Granja Soley (Santa Perpètua de Mogoda), La Oriola (Amposta), La Solivella, o Cabezo Lucero (Guardamar de Segura), se datan dentro del siglo VI a.C. o principios del siglo V a.C., muestran decoración repujada en los bordes, así como orificios que permiten su unión a una pieza de cuero interior que impediría las rozaduras. Normalmente han sido calificados como objetos de prestigio o parada *(realia)* más que como piezas destinadas al combate. Las grebas o *cnemides* se represen-

60. Aunque los autores clásicos atribuyen a las crineras o adornos del casco una función eminentemente simbólica destinada a potenciar la imagen del guerrero y causar pavor al adversario, de hecho, la crinera tiene una función utilitaria, puesto que supone una protección añadida a la cabeza y, especialmente, a la nuca frente a los golpes de espada. «Además los hastati se adornan con una corona de plumas con tres plumas rojas o negras, de un codo cada una. Cuando se la ponen en la cabeza y empuñan las armas, dan la impresión de ser el doble de altos, su figura es arrogante e infunde pánico al enemigo». Polibio, *Historias*, VI, 23, 12-14.

tan en las esculturas del Cerrillo Blanco (Porcuna) y la Alcudia de Elche (s. V a.C.) con un complejo sistema de fijaciones mediante correajes. En todo caso, las protecciones para las piernas debieron ser muy escasas durante el final del Ibérico Pleno y el Ibérico Tardío, ya que no se representan en la cerámica del estilo de Llíria, en el que sí aparecen diversos tipos de calzado abierto y cerrado carente de caña.

La protección del tronco, en ningún caso generalizable a todas las representaciones de guerreros ibéricos, se realizaba mediante dos tipos de piezas: los pectorales metálicos o discos-coraza, y las corazas de escamas. Junto a un único ejemplar de coraza anatómica documentado en la península procedente de Calaceite (Teruel) datado en el siglo V a.C., el tipo más significativo de protección metálica del torso es el disco-coraza. Las esculturas de Cerrillo Blanco muestran la disposición sobre el pecho de discos de 25 cm de diámetro sujetos por correas de fijación a ambos lados del tronco y sobre los hombros, empleando sobre estos últimos almohadillas de cuero o lana a modo de hombreras para impedir la acción del correaje sobre la piel, protecciones que también podrían haberse empleado de forma independiente, puesto que su presencia se documenta también en el conjunto de esculturas de Elche, el jinete de la necrópolis de Los Villares (Hoya Gonzalo) y diversos exvotos de bronce.

El disco-coraza puede ser liso como en el caso citado, o estar decorado por un *kardiophylax* con cabeza de lobo apotropaico como el ejemplar del torso de Elche, en el que la presencia de bellotas decorando el correaje podría interpretarse como una representación del roble de Dodona, símbolo vegetal de Zeus. Los discos-coraza se documentan en la península Itálica a principios del siglo VII a.C., siendo propios de las fases finales de la Cultura Vilanoviana, a la que pertenecen los ejemplares de Tarquinia y el área del Lacio de forma rectangular y 22 cm de anchura máxima decorados con motivos de círculos concéntricos repujados. El disco circular se empleó también en Etruria, especialmente entre los guerreros de las clases III y II, tal y como se muestra en las pinturas murales de Caere del siglo V a.C. Otras comunidades de la Italia central, hérnicos, volscos y eucos, utilizaron asimismo el disco-coraza decorado, como se documenta en los ejemplares de Alfedena, Campovalano y Caserta, y se representa en la escultura del *Guerrero de Capestrano*. Los guerreros samnitas, campanos y apulios emplearon también una variante de las protecciones metálicas no anatómicas: la coraza de tres discos, introducida en el siglo V a.C., de la que destaca el ejemplar de Pesto, así como los soldados de infantería pesada púnicos. a los que corresponde la coraza de tres discos decorada con una cabeza hatórica del Museo del Bardo (Túnez), s. III a.C. Los *hastati* y *princeps* de las legiones republicanas emplearon igualmente placas cuadrangulares como coraza.[61]

61. «La mayoría de estos soldados *(hastati)* completan su armamento con una plancha rectangular de bronce, de un palmo de lado, que se colocan a la altura del corazón; esta pieza se llama pectoral, con la cual completan su equipamiento». Polibio, *Historias*, VI, 23, 14.

Las representaciones de la cerámica del estilo Oliva-Llíria ha dado origen a diversas interpretaciones sobre si los guerreros ibéricos utilizaron corazas de escamas (*scale armour*, similar a la posterior *lorica squamata*), placas (*lamellar armour* de origen asirio y empleada en Etruria) metálicas o incluso corazas de anillos de hierro unidos en forma de malla *(lorica hamata)*. Las interpretaciones más plausibles apuntan a una representación de guerreros ibéricos vestidos con *lorica hamata* tomada de los *triarii* romanos, diversos tipos de coseletes acolchados similares al *spolas* griego, o bien auténticas corazas de escamas, siendo en este último caso las protecciones de los caballos lo más difícil de interpretar, dado que el peso que debería soportar el animal lo convertiría en un precedente de los catafractos de caballería pesada bizantina y sasánida.

4.2.2.2. *Armamento ofensivo*

Podemos distinguir dos tipos de armamento ofensivo dentro de la panoplia ibérica: el destinado a herir mediante la acción de golpear o ensartar manteniendo el arma empuñada o enristrada: espada y lanza, y el pensado para causar daño a distancia, es decir, las armas arrojadizas entre las que destacan el *soliferreum*, la *falarica*, la honda y la flecha.

El tipo más característico de espada ibérica es la *falcata*. Denominada *machaera* por las fuentes latinas, es un tipo de arma similar a la *machaira* o *kopis* griega, ampliamente empleada en otras zonas como Etruria, destacando su representación junto a un *hoplon* en el frontis del *Hipogeo de Volumni* (Perugia), ss. IV-II a.C. Los primeros prototipos de *falcata* proceden del área de Iliria y se fechan a fines del siglo VIII o principios del siglo VII a.C., foco desde el que se extendieron a Grecia, la península Itálica y, desde allí, a la península Ibérica. En las diferentes zonas de expansión citadas fue adaptada a las necesidades y gustos locales. Los primeros ejemplares de falcata se datan en Iberia en el siglo V a.C., concentrándose las piezas documentadas en las regiones de la Alta Andalucía y el Sudeste, siendo, por el contrario, muy escasos entre las tribus del nordeste peninsular, por lo que se ha considerado como un tipo de arma propia de la Bastetania, la Oretania, y la Contestania ibéricas.

Tácticamente, la *falcata* puede emplearse para hendir por la punta y para cortar con el filo, siendo muy útil tanto para los golpes laterales que busquen el costado o las piernas en el combate entre infantes, o para los golpes dados desde arriba en los que su fuerza causaba estragos,[62] siendo por ello un arma muy útil

62. Un texto de Séneca (*De Beneficiis*, V) indica los efectos de la falcata: «Recuerdas, César, aquella ocasión en la campaña de Hispania? Te habías torcido el tobillo, no podías andar, y estabas sediento. Uno de tus soldados recogió agua en su casco y te la trajo. Tú crees, César, que podrías recordar perfectamente a aquel soldado que te ayudó. Y sin embargo no me reconoces, porque en aquel entonces yo era todavía un hombre completo; después, en la batalla de Munda, perdí un ojo y parte de los huesos de mi cabeza... Tampoco reconocerías el casco que llevaba, porque una falcata hispana lo partió por la mitad.»

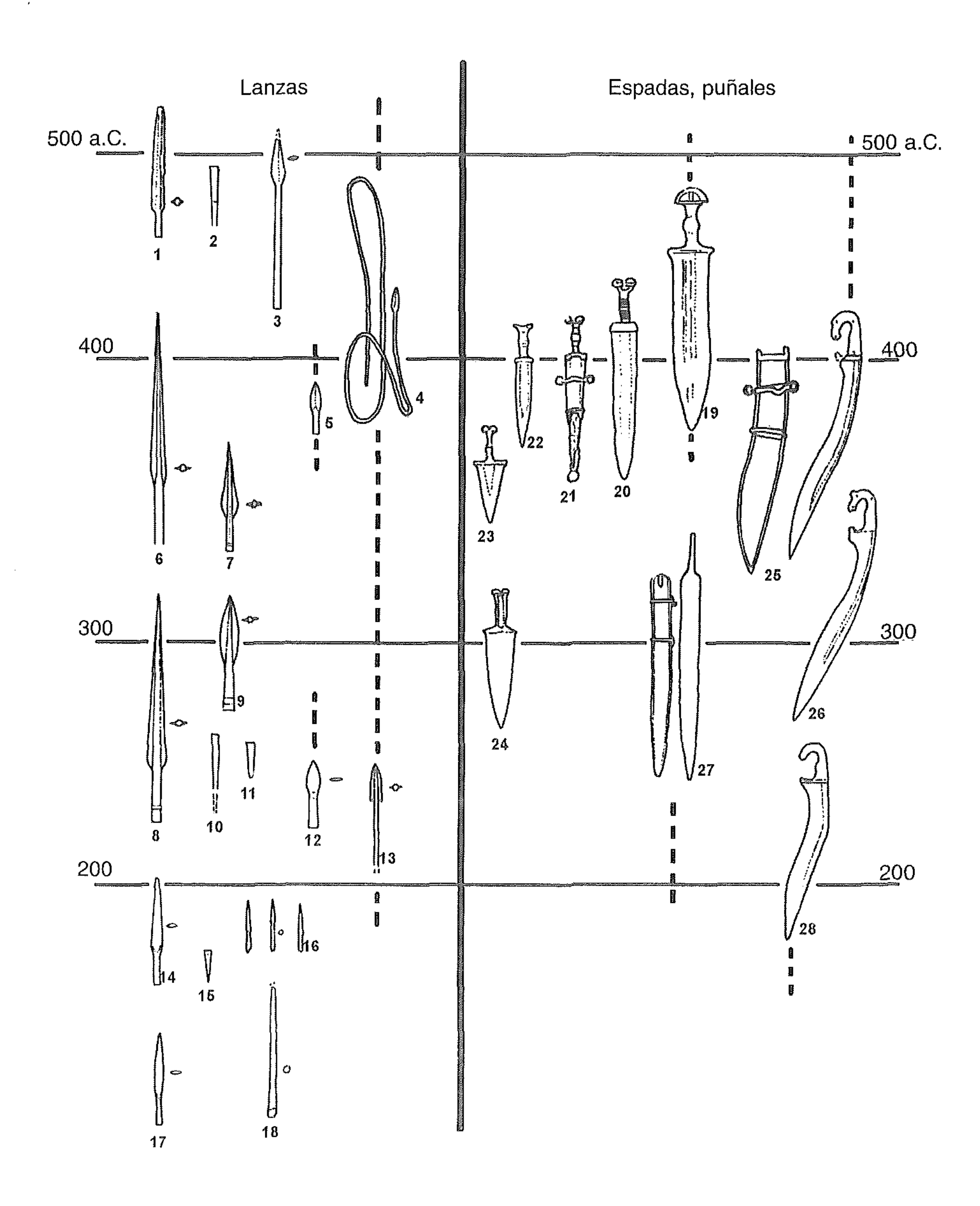


FIG. 4.5. *Evolución tipológica de la panoplia de armas ofensivas ibéricas (según F. Quesada). Lanzas: 1: El Molar (Alicante); 2, 3, 5, 6, 7, 8, 10, 11, 12, 14, 15 y 16: Cigarralejo (Murcia); 13: Illora (Granada); 17: Cerro de la Cruz (Córdoba). Espadas y puñales: 19: Hoya de Santa Ana (Albacete); 20, 21: Illora (Granada); 22, 23: Almedinilla (Córdoba); 24, 25, 26, 27: Cigarralejo (Murcia); 28: El Tesorico (Albacete).*

para la caballería que podría emplearla a modo del posterior sable, aunque otras opiniones apuntan al hecho que el filo dorsal sería sólo un sistema de potenciar la acción de hendir de la punta y la *falcata* no se utilizaría para cortar sino únicamente para hincarla en el adversario. Las *falcatas* presentan por regla general una hoja curva de 50-55 cm de longitud, siendo la parte próxima a la empuñadura más estrecha que la cercana a la punta; solía estar fabricada mediante tres láminas de hierro soldadas entre sí y contaba con una nervadura decorativa en ambas caras de la hoja que durante mucho tiempo ha sido calificada como un sistema para provocar desgarro y agudizar las heridas causadas, pero que en la actualidad se interpreta como una fórmula para aligerar el peso del arma sin pérdida de la cohesión y dureza de la hoja. La lámina central se prolongaba para formar el ánima de la empuñadura, carente de guarda, que solía estar terminada y decorada con dos cachas de madera o metal sujetas por remaches por regla general en forma de equino o ave, dos tipos comunes desde principios del siglo IV a.C. En muchos casos, casi en la cuarta parte de los ejemplares conocidos, como en los de La Almedinilla (Córdoba) o Mianes (Santa Bárbara), las hojas presentan decoración damasquinada de hilo de plata y motivos zoomorfos, vegetales o antropomorfos, lo que indica que en estos casos no se trataba de armas destinadas al combate, sino objetos de parada o prestigio. La *falcata* se llevaba en una funda de cuero con perfiles de hierro y uniones transversales; tres anillas servían para pasar las correas de un tahalí de cuero que, a diferencia de otros tipos de espadas, permitía que el guerrero llevara el arma prácticamente horizontal a la altura de la cintura y no pendiendo de un costado. Este sistema permitía desenvainar con rapidez el arma, acción que realiza, por ejemplo, y ante la inmediatez del peligro, el guerrero del conjunto escultórico del Pajarillo (Huelma), datado a principios del siglo IV a.C. Con casi 600 ejemplares identificados, en su mayoría procedentes de necrópolis, la *falcata* no es, como se ha indicado repetidamente, el arma de puño ibérica por excelencia, pero sí el más conocido, ampliamente representado en las *monomachias* del Cerrillo Blanco de Porcuna y, en tanto que cuchillo afalcatado de menor tamaño, en el relieve del banquete funerario canibálico de Pozo Moro.

Otros tipos de espadas característicos del mundo ibérico son las de empuñadura de frontón, con prototipos en el Mediterráneo oriental e introducidas en la península Ibérica durante el siglo VIII a.C. por mediación del comercio fenicio. Su empleo se prolongó en Andalucía y el sudeste hasta el siglo IV a.C. en que fue mayoritariamente sustituida por la *falcata*. Antes, en el siglo V a.C., su uso se extendió hacia la Meseta, donde se adaptó y desarrolló tipológicamente en diversas series formales hasta el siglo II a.C. Las espadas con empuñadura de antenas se documentan el nordeste peninsular a partir de la segunda mitad del siglo VI a.C., y paralelamente en la zona meseteña del Alto Duero, Alto Tajo y Alto Jalón desde donde se difundieron hacia el área de Andalucía en el siglo V a.C. formando un núcleo de producción local. En la Meseta, y durante el siglo V a.C. se desarrollará la producción de los modelos *Aguilar de*

Anguita y *Echauri*, de hoja más corta que los originales, prolongada hasta el siglo III a.C., en que las espadas de antenas desaparecen del ámbito ibérico y en el interior peninsular los tipos citados evolucionan hacia las formas *Atance* y *Arcóbriga*, sustituidos a su vez en el siglo II a.C. por puñales de gran tamaño. Por último, en el siglo IV a.C. se difunden, especialmente en el área de Cataluña, las espadas de los tipos *La Tène I* y *La Tène II*, identificadas por ejemplo en Ampurias y Burriac, desplazando a las espadas de antenas; las espadas de *La Tène* se conocen también, aunque minoritariamente, en el sudeste peninsular (necrópolis de El Cigarralejo y Cabecico del Tesoro), siendo interesante indicar que en el área meseteña la evolución de estos tipos se considera como el prototipo del *gladius hispaniensis* romano.[63]

La lanza constaba de tres partes: punta, realizada en hierro y, en menor medida, en bronce; asta de madera; y contera o regatón metálico cuya función era proteger la base del asta permitiendo clavar la lanza en el suelo sin que se astille la madera. Arma básica de ataque durante el Ibérico Antiguo y Pleno, la lanza pesada podía emplearse tanto para el combate individual como para la lucha en formación cerrada, siguiendo un empleo similar a la formación cerrada hoplítica griega. El conjunto escultórico del Cerrillo Blanco de Porcuna muestra a la perfección el empleo de una lanza enristrada por un jinete desmontado para acabar con un enemigo abatido. Durante la fase indicada, la longitud de las puntas alcanza los 40 cm, mientras que los regatones pueden llegar a medir 20 cm. Tras el cambio de concepción militar que se opera a fines del siglo V a.C. con la sustitución de la nobleza militar por los ejércitos gentilicios y el desarrollo del mercenariado, las lanzas pesadas son sustituidas por otras más cortas con puntas de hasta 15 cm susceptibles de ser empleadas a corta distancia o como arma arrojadiza.

El grupo de armas arrojadizas de asta lo componen las jabalinas y el *soliferreum* (llamado también *saunion olosideron* en las fuentes clásicas), cuya función, próxima a la de *pilum* romano y el *gaesum* galo, consistía en ser lanzadas contra la formación adversaria para obligarla a protegerse permitiendo de este modo al atacante cubrir sin excesiva oposición la distancia que separaba a ambos ejércitos para trabar combate cuerpo a cuerpo. Las armas arrojadizas debían combinar dos elementos principales: escaso peso que permitiera lanzarlas a una

63. Sobre el origen peninsular del *gladius hispaniensis*, investigaciones recientes indican que los auténticos prototipos serían las espadas fabricadas en Iberia a partir del modelo galo de *La Tène I*, que daría origen a una pieza de hoja recta y 60-70 cm de longitud utilizable tanto de punta como de filo, prototipos, a su vez, de las espadas de las series *Mainz* y *Pompeya* del Alto Imperio. El prestigio del *gladius hispaniensis* es atestiguado por Tito Livio en un pasaje correspondiente a la Primera Guerra Macedónica: «griegos e ilirios no habían visto hasta entonces más que heridas de pica y de saeta, raras veces de lanza; pero cuando vieron los cuerpos despedazados por la espada hispana, brazos cortados del hombro, cabezas separadas del cuerpo, truncada enteramente la cerviz, entrañas al descubierto y toda clase de horribles heridas, aterrados se preguntaban con qué armas y contra qué hombres tendrían que luchar». *Historia de Roma desde su fundación*, XXXI, 34, 4. Polibio describe esta arma del modo siguiente: «le acompaña la espada, que llevan colgada sobre la cadera derecha y que se llama hispana. Tiene una punta potente y hiere con eficacia por ambos filos, ya que su hoja es sólida y fuerte». *Historias*, VI, 23, 6-8.

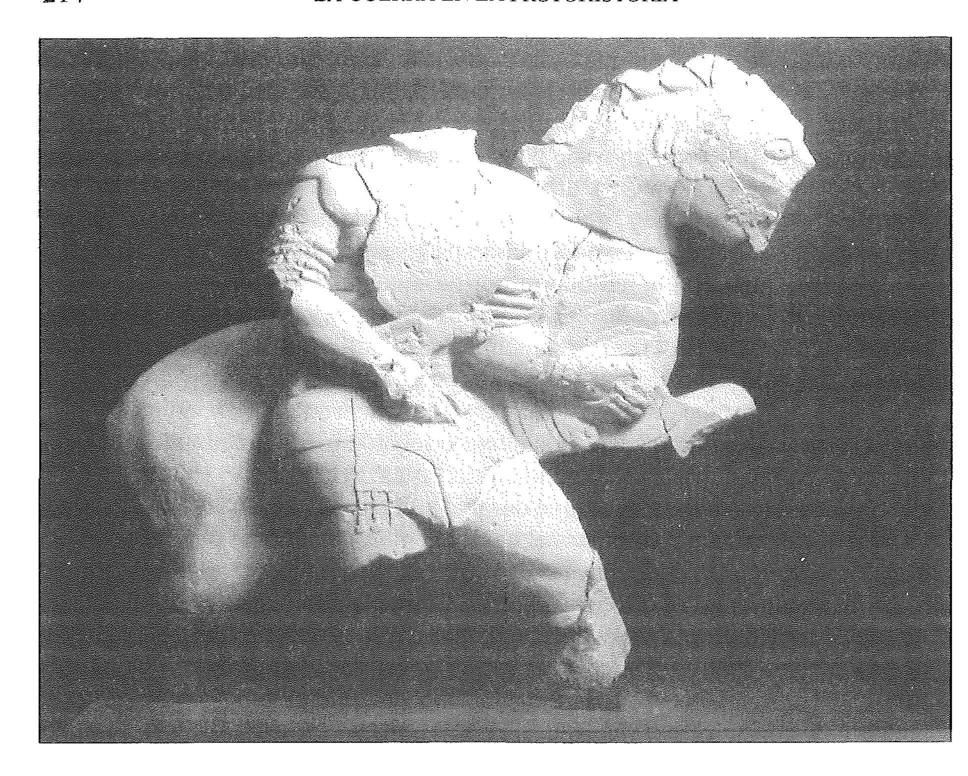


FIG. 4.6. *Conjunto escultórico de Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén).* Monomachia *representando el alanceamiento de un guerrero caído por otro que guía por las riendas a su montura. Museo de Jaén. Foto: Juan Blánquez.*

distancia mínima de 35 metros y compensación entre sus materiales para que el impacto hiciera posible que el arma atravesara el escudo del oponente y llegara a impactar con su cuerpo o bien que éste debiera desprenderse del escudo al no poder arrancar el arma en él clavada por la presencia de aletas en la punta, que dificultaba su manejo, quedando así en desventaja frente al adversario que se le echaba encima blandiendo su arma de puño y protegido por su escudo. El *soliferreum* ibérico deriva de prototipos célticos del sur de Francia datados en el siglo VI a.C., extendiéndose por la Meseta hasta el área ibérica andaluza donde fue adoptado y desarrollado, empleándose ininterrumpidamente hasta finales del siglo I a.C. A diferencia de las jabalinas de asta y del *pilum* romano, la característica esencial del *soliferreum* era el estar fabricado enteramente en hierro forjado, hecho que por su longitud próxima a los dos metros indica una notable destreza en la práctica metalúrgica. La *falarica* era otra arma arrojadiza similar al *pilum* que en ocasiones se recubría con estopa impregnada de materia combustible encendida

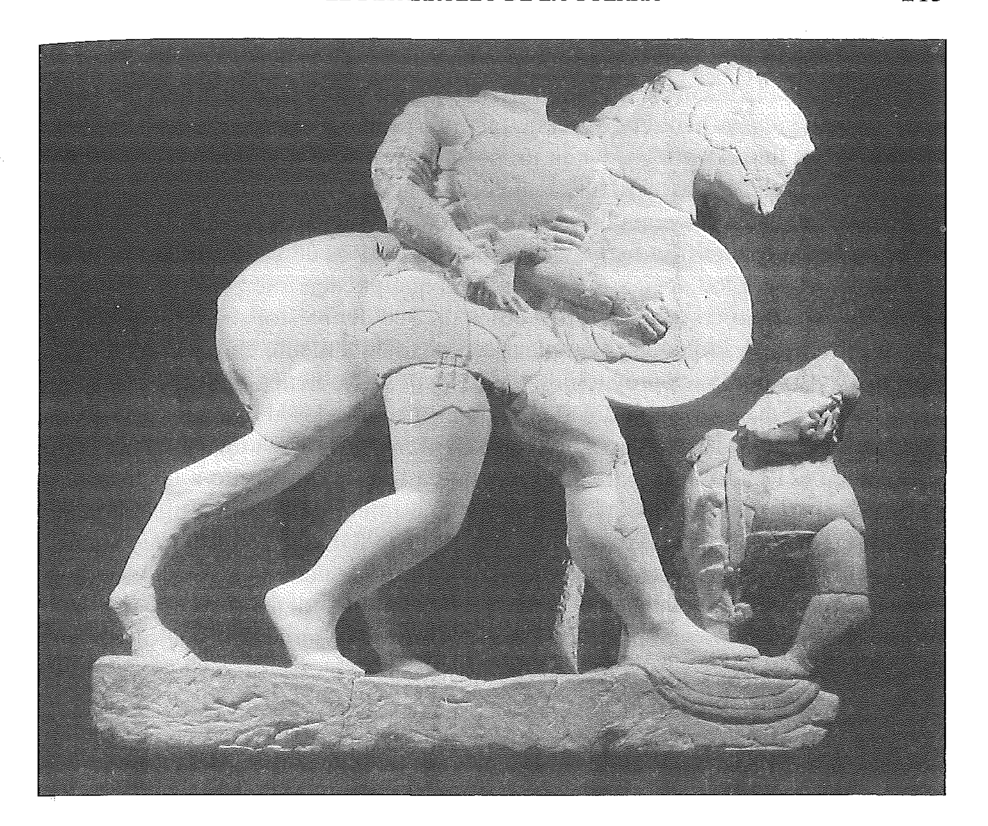


FIG. 4.7. *Conjunto escultórico de Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén).* Monomachia *representando el alanceamiento de un guerrero caído por otro que guía por las riendas a su montura. Reconstrucción parcial de la escena. Museo de Jaén. Foto: Juan Blánquez.*

contra los asaltantes de una fortificación, como en el caso del sitio de Saiganthe por Aníbal el año 219 a.C.[64]

El empleo de la honda por parte de los iberos y los baleáricos está ampliamente documentado en las fuentes clásicas, especialmente en los textos de Tito Livio, Silio Itálico y Estrabón, indicando este último que los baleáricos llevaban

64. Tito Livio la describe del modo siguiente: «Usaban los saguntinos un arma arrojadiza llamada falarica, cuya asta era de abeto y redonda en toda su extensión excepto en el extremo donde se colocaba el hierro; éste, cuadrado como en el pilum, estaba rodeado de una estopa empapada en pez. El hierro era largo de tres pies para poder traspasar la armadura y el cuerpo. Pero aun en el caso de quedar clavado en el escudo y no penetrar en el cuerpo, llenaba de terror, pues como se lanzaba encendido y su carrera avivaba su llama, obligaba al soldado a despojarse de sus armas y exponerse a los golpes siguientes». *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 8.

hasta tres hondas diferentes al combate enrolladas en la cabeza,[65] extendiéndose su fama desde el siglo v a.C. como reflejan Timeo y Diodoro Sículo.[66] Los proyectiles de honda podían ser de arcilla, piedra o plomo,[67] siendo estos últimos corrientes en el mundo griego,[68] con un peso de entre 30 y 35 gr,[69] pudiendo alcanzar el disparo del proyectil hasta una distancia de 200 m con un elevado índice de acierto. Pese a que en algunos yacimientos como Puig de Sant Andreu (Ullastret) y Pech Maho (Francia) se han documentado depósitos de cantos rodados en las torres o en los edificios anexos a las mismas que pueden interpretarse como pequeños arsenales o reservas de proyectiles, lo que demuestra su empleo y eficacia en los asedios, la honda se emplearía fundamentalmente en los combates en campo abierto donde los proyectiles serían fáciles de obtener, y donde el disparo a bulto tendría mayores posibilidades de obtener resultados al realizarse sobre formaciones cerradas. En su dispositivo táctico al inicio de la campaña en la península Itálica (218 a.C.), Aníbal sitúa en primera fila de su ejército a las tropas ligeras y a los honderos baleáricos, con los que inicia la lucha hostigando a los romanos,[70] dispositivo que repite en Cannas el año 216 a.C., siendo muy significativo el hecho de que estas tropas se citen expresamente en las relaciones de la distribución de contingentes que Aníbal realiza antes de dejar el mando del territorio cartaginés en la península Ibérica a su hermano Asdrúbal,[71] y ello pese a la

65. «En el combate se presentan sin ceñir, teniendo el escudo de piel de cabra en una mano y en la otra una jabalina endurecida al fuego; raras veces una lanza provista de una pequeña punta de hierro. Alrededor de la cabeza llevan tres hondas de junco negro, de cerdas o de nervios: una larga, para los tiros largos; otra corta, para los cortos, y otra mediana, para los intermedios. Desde niños se adiestran en el manejo de la honda, no recibiendo la comida si no la han acertado antes con ella; por esto, Metelo, cuando navegando hacia las islas se acercó a ellas, mandó tender pieles sobre la cubierta de los navíos para defenderse de los tiros de honda». Estrabón, *Geografía*, III, 5, 1.

66. «En cuanto a su uso en la guerra, lanzan piedras mucho mayores que los demás, y tan enérgicamente que lo lanzado parece que es disparado desde una catapulta. Por ello en los asaltos de ciudades amuralladas golpean en sus lanzamientos a los que están sobre los parapetos y los ponen fuera de combate, y en las batallas campales rompen los escudos y cascos y cualquier arma de protección». Timeo, *Historia*, 18, 3, reproducido posteriormente por Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, V, 18, 1-4.

67. Pese a que se ha indicado repetidamente que los glandes de plomo sólo se introducirían en el contexto ibérico a fines del siglo III a.C. y, especialmente, en el siglo I a.C., en los poblados del Puig de Sant Andreu y la Illa d'en Reixac (Ullastret) se han identificado proyectiles de plomo en contextos estratigráficos de la primera mitad del siglo IV a.C.

68. Los glandes de plomo griegos, pero también púnicos, ibéricos y romanos podían llevar inscripciones en relieve realizadas en los moldes, cuyo contenido variaba desde los textos ofensivos para el enemigo hasta los oficiales de la unidad a la que pertenecía el hondero.

69. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XIX, 109, indica que en el año 311 a.C. los honderos baleáricos podían lanzar piedras de una mina de peso, equivalente a 400 grs.

70. «Iniciaron la lucha los baleares [...] Quedaron cubiertos por una nube de dardos *(misilibus)* lanzados por los baleares». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 55, 2-6.

71. «Envió a África trece mil ochocientos cincuenta infantes de escudo ligero, con ochocientos setenta honderos baleares y mil doscientos jinetes de varias naciones» [...] «Creyendo que no era prudente descuidar Hispania, y menos sabiendo que los legados romanos la habían recorrido intentando atraerse a los jefes, la confió a su hermano Asdrúbal, hombre diligente, dejándole un ejército formado principalmente de tropas africanas; eran éstas once mil ochocientos cincuenta infantes de África, trescientos ligures, quinientos baleares, además, como refuerzo a la infantería, cuatrocientos cincuenta jinetes libiofenicios, raza medio fenicia medio africana, hasta mil ochocientos númidas y moros de las riberas del océano, una pequeña

importancia que confiere a estas tropas, a las que intentará proteger a lo largo de la campaña como soldados de elite irreemplazables. El motivo de la protección de los honderos no es otro que el mayor alcance y precisión que la honda tenía sobre el arco.[72]

Por otra parte, el empleo de la honda en los ejércitos del Próximo Oriente y Grecia es muy común. Los relieves del palacio de Asurbanipal muestran honderos asirios protegidos en el tiro por soldados provistos de escudos, una asociación repetida posteriormente en el *dathabam* persa, mientras que Jenofonte indica la necesidad que los auxiliares griegos de Ciro el Joven tuvieron de procurarse honderos escogidos de entre las filas de sus tropas para hacer frente a los honderos persas durante su mítica retirada el año 400 a.C.[73] tras la batalla de Cunaxa. Cretenses, rodios y beocios asumieron fama en el empleo de la honda, distinguiéndose los del golfo de Mélida en el asedio de Delion durante la Guerra del Peloponeso.[74]

El empleo del arco en combate por las tribus ibéricas ha suscitado una ardua polémica entre historiadores. Se ha indicado, ante la ausencia de representaciones escultóricas o pictóricas de arcos, que no formarían parte habitual de la panoplia del guerrero ibérico por tratarse de un arma que hiere a distancia, no siendo éste el tipo de combate, caballeroso y heroico, más apreciado por el mundo ibérico. Según esta tesis, en la que la nobleza militar reafirma su estatus mediante las luchas individuales heroicas y heroizadas reflejadas en los grandes conjuntos escultóricos de la Alta Andalucía, recordándose que, incluso en los relatos homéricos, cuando Paris emplea una flecha para alcanzar desde las murallas de Troya a Aquiles, y aunque su acción sea guiada por la mano de Athenea, este proceder no parece correcto a sus contemporáneos, existiendo en el relato homérico otros ejemplos del desprecio que para una sociedad de héroes y nobles tenía el empleo de un arma que alejaba el ideal del combate singular o *monomachia*.[75] Otros

tropa de ilergetas de Hispania, trescientos jinetes, y para que no les faltase ningún arma de tierra, veintiún elefantes». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 21-22.

72. Un ejemplo de ello es: «También la honda es un arma de mayor alcance que el arco, pues ocurrió que Pirecmes, provisto de una honda, en lucha singular con Esquines, armado de un arco, lo venció». Polieno, *Estratagemas*, V, 48.

73. «Apareció ante sus ojos Mitrídates con unos doscientos jinetes y unos cuatrocientos arqueros y honderos, terribles por su agilidad y por ser muy buenos corredores [...] sus jinetes e infantes comenzaron a lanzar flechas sin previo aviso y los honderos, por su parte, arrojaron piedras que causaron muchos heridos [...] necesitaremos, lo antes posible, honderos y jinetes. Me parece que en nuestro ejército hay rodios, muchos de los cuales, según dicen, saben manejar la honda, lanzando las piedras a una distancia doble a la alcanzada por los persas. Éstos no pueden llegar muy lejos, pues emplean piedras muy gruesas: los rodios, en cambio, saben usar balas de plomo. Si lográramos saber quiénes de entre los rodios tienen hondas, y se las pagáramos; si diéramos también dinero al que quisiera tejer otras y buscáramos alguna otra exención para todo aquel que se presente a manejarlas contra los enemigos, seguramente se presentarían honderos aptos para esta clase de servicios [...] Todos aceptaron este parecer, y aquella noche se logró reunir más de doscientos honderos». Jenofonte, *Anábasis*, III, 3.

74. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, IV, 100, 1.

75. De todos modos, no siempre es así en los textos griegos. Deben recordarse, por ejemplo, los arcos que forman parte de las panoplias de Herakles y Artemisa, o el hecho de que en la *Odisea*, el

textos enaltecen por el contrario el dominio del arco como en la respuesta que Teucro da a la invectiva de Menelao, quien insiste en considerar al arquero a un nivel menor que el hoplita.[76] El rechazo al empleo del arco tiene un claro origen de estatus de clase social. Con armas de puño, un noble o un guerrero entrenado será siempre superior a un soldado de leva o campesino apresuradamente armado y carente de experiencia militar, manteniendo las diferencias existentes entre ellos también por el uso de la fuerza. El arco, para cuyo uso no se requiere de un equipo costoso, nivela las diferencias entre ambos tipos de combatientes, aunque la iconografía griega, en especial los vasos áticos de figuras rojas, mostraran con cierta frecuencia a los hoplitas tensando arcos,[77] todo y que serán los auxiliares, en especial tracios, quienes empleen preferentemente esta arma. La rendición en Esfacteria el año 425 a.C. de un contingente de 400 hoplitas espartanos impotentes ante la lluvia de flechas y piedras lanzadas contra ellos por las tropas ligeras *(psiloi)* atenienses es un claro ejemplo de lo indicado.

Aun con el vacío documental indicado, el empleo de flechas en el ámbito ibérico se documenta en contextos del siglo VI a.C. en el poblado de La Rábita (Guardamar de Segura), siendo frecuentes asimismo en otros yacimientos a lo largo del Período Ibérico Antiguo y Pleno.[78] Con la presencia púnica en la península Ibérica después de la conquista Bárquida, el número de puntas de flecha en contextos ibéricos aumenta espectacularmente. Los arcos ibéricos deberían ser tanto del tipo simple como compuesto, dado que este último es el propio del área del Próximo Oriente y como tal el que sería traído a la península por fenicios y púnicos. Los arcos se emplearían tanto para el tiro individual como para el fuego en masa o de cobertura, buscando causar mayores estragos por el número de proyectiles que por la precisión del tiro.[79] Un grupo de arqueros bien entrenado

---

reconocimiento de la superioridad del héroe en su retorno al gobierno de Itaca se determina por el hecho de que Ulises es el único que puede tensar su arco (XXI), que ha sido enunciado por Penélope, por designio de Atenea, como el símbolo del derecho a su mano y al trono. En la *Ilíada* se describen también enfrentamientos hoplíticos en los que el arco juega un papel importante (XV, 313-314), (III, 76-78): «detuvo las falanges troyanas, que al momento se quedaban quietas. Los aqueos de larga cabellera le arrojaban flechas, dardos y piedras».

76. «No es vil el oficio en el que soy maestro [...] incluso sin escudo me bastaría contra ti, el armado». Sófocles, *Ajax*, 1120-1122.

77. Por ejemplo en un *dinos* del Pintor de Altamura *c.* 450 a.C. En el *Monumento de las Nereidas* de Xantos *c.* 400 a.C. se constata perfectamente la colaboración entre hoplitas y arqueros pesadamente armados en la toma de una ciudad, hecho reflejado también por Jenofonte, *Anábasis*, V, 2, 12 y V, 22-26; Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, IV, 100, 1.

78. En algunos casos, como en el poblado de la Illa d'en Reixac (Ullastret), junto a puntas de flecha claramente ibéricas se identifican otras claramente griegas como las formas *A6 Olimpia* de la clasificación de Snodgrass en contextos de mediados del siglo IV a.C.

79. «Marcharon primero a través de las asperezas, sin más obstáculo que los del camino. Después, llegados ya al alcance del tiro, una fortísima lluvia de proyectiles de todo género cae sobre ellos; contestan a su vez con piedras que esparcidas por doquier y arrojadizas casi todas el lugar les ofrece [...] pese a lo difícil del ascenso y a que los dardos y las piedras los cubrían casi, su práctica en escalar muros y la obstinación de su ánimo hicieron llegar a unos cuantos a la cima». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 18.

podía crear, por ejemplo, un fuego de barrera denso y preciso ante las murallas de una ciudad, puesto que la cadencia de tiro alcanzaba los 10 o 12 disparos por minuto para un alcance máximo de 400 m y efectivo (tiro de precisión) no superior a los 50 m. Estudios teóricos realizados sobre diversos tipos de arcos simples y compuestos indican que la velocidad de salida de las flechas en los arcos simples sería de 30-35 mps, mientras que en los arcos compuestos podría alcanzar los 40-47 mps, lo que confiere a los proyectiles un mayor poder de penetración. El hecho de que Publio Cornelio Escipión debiera incluir, durante sus campañas en la península Ibérica, a un grupo de arqueros *(sagitarii)* en cada centuria el año 207 a.C. según relata Tito Livio, siendo la primera vez que los romanos introdujeron esta arma en su ejército, muestra la necesidad de contrarrestar la profusión del empleo del arco entre sus adversarios, cartagineses e iberos.[80]

4.2.3. El armamento celtibérico

El análisis de los ajuares de las necrópolis celtibéricas de la zona oriental y occidental de la meseta ha permitido definir las principales características de la panoplia celtibérica. Las tumbas correspondientes al siglo VI a.C. muestran la configuración del armamento del guerrero celtibérico partiendo de la diferenciación del número y tipo de armas presente en las tumbas. Así, el tipo más simple de tumbas con armas, ejemplificado en los enterramientos 549 de Carratiermes y 7 de Altillo de Cerropozo en Atienza, incluye cuchillos de hierro de hoja recta o curva asociadas a fíbulas de doble resorte, mientras que un ajuar más desarrollado, que incluye junto a los anteriores puntas de lanza de nervadura central, se identifican en las tumbas 57 y 69 de La Mercadera y 7 de Sigüenza, constituyendo éstas un ajuar indiscutible de guerrero al presentar un arma ofensiva. Por último, los ajuares complejos de guerrero con varias puntas de lanza con hojas de nervadura central de diversos tamaños, regatones y cuchillos se constatan en las tumbas 11 de Sigüenza, 639 de Carratiermes, y 83 de La Mercadera.

A partir de principios del siglo V a.C. se produce una división en la tipología de los elementos que integran la panoplia de guerrero entre las zonas oriental y occidental de la Meseta. En las necrópolis del alto Tajo y alto Jalón se constata un aumento del número de armas depositadas en las tumbas principales, definiendo ajuares en los que la presencia de un mayor número de ítems puede relacionarse con diferencias en el estatus de los individuos enterrados. La sepultura B de la necrópolis de Aguilar de Anguita incluye una panoplia representativa formada por un *soliferreum*, dos puntas de lanza de nervadura central con los

80. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVII, 38. La cita es más interesante por lo que sugiere que por el dato concreto que aporta: el envío por parte de Cayo Mamilio de 3.000 arqueros y honderos desde Sicilia a Italia para combatir a los cartagineses. La tropa reclutada por Mamilio tenía que ser indefectiblemente mercenaria, pudiendo ser los *funditores* baleares, iberos o griegos y los *sagitarios* númidas o cretenses por comparación con otras fuentes.

correspondientes regatones de hierro, un cuchillo de hoja curva y una espada de antenas del tipo *Aguilar de Anguita* como armas ofensivas, mientras que las defensivas consistían en un umbo central para un escudo de madera circular de empuñadura, no de embrazado, y un disco-coraza ornamental, sumándose a las armas un bocado de caballo; de composición similar, la tumba A de la necrópolis de Alpasenque incluía sólo una punta de lanza a la que se sumaba un casco cónico de bronce en forma de ojiva, un *umbo* de escudo igualmente de bronce de entre 30 y 35 cm de diámetro, decorado y provisto de dos anillas para facilitar su transporte mediante una correa o *talamon*, un cuchillo de hoja curva afalcatado, y una espada del tipo *Frontón*.

Las espadas de antenas tipo *Aguilar de Anguita*, cuya longitud varía entre 40 y 50 cms, consisten en una hoja recta o pistiliforme con acanaladuras longitudinales y empuñadura de sección circular resultado de la disposición de dos cachas de sección semicircular sobre el vástago prolongación de la hoja unidas por un anillo situado en el centro del mango. Las antenas que prolongan el mango y dan nombre a la pieza se consideran *atrofiadas* al separarse poco del talón de la empuñadura, siendo, de hecho, dos botones esféricos o lenticulares. En la misma fase coexisten otros tipos de espadas de antenas, los llamados *Aquitano*, características de las necrópolis contemporáneas del sudoeste de Francia, y *Echauri*, más cortas que las primeras con guarda semicircular, empuñadura más estilizada y hoja recta de doble bisel. Las espadas de *Frontón* tienen hojas rectas o pistiliformes con acanaladuras paralelas a los filos, siendo más anchas que las de antenas; la empuñadura se forma a partir de un vástago o lengüeta prolongación de la hoja terminado en un remate semicircular, al que se unen dos cachas de madera, dependiendo su evolución tipológica de las diversas soluciones dadas al frontón.

Los diferentes tipos de espadas se guardaban en vainas metálicas formadas por guías longitudinales y horizontales rematadas en una contera de forma comúnmente circular, sirviendo las guías laterales externas para encajar los cuchillos e incluso las puntas de lanza de repuesto para su transporte; tres anillas de hierro unidos a las guías horizontales aseguraban la sujeción de la vaina a un tahalí de cuero que permitía colgar el arma, aunque no es probable que se suspendiera lateralmente, no existiendo ejemplos de tahalíes de anillas metálicas al estilo de los guerreros célticos de Europa septentrional. Las especiales características de la Meseta como zona de tránsito facilitan la presencia en los ajuares de armas y otros ítems de diversa procedencia, como el puñal tipo *Monte Bernorio* de la tumba 10 de la necrópolis de Alpasenque.

La necrópolis de Altillo de Cerropozo presenta en un momento más avanzado, tres tipos de panoplias de guerrero en los ajuares funerarios. El primero, similar a los anteriores, lo componen escudo, lanza, espada y cuchillo afalcatado, mientras que el segundo está formado por dos puntas de lanza con regatón, espada y cuchillo; y el tercero tan sólo por dos o tres puntas de lanza, con o sin regatones, y cuchillo. Los materiales foráneos incluyen armas ibéricas como la *falcata* de la

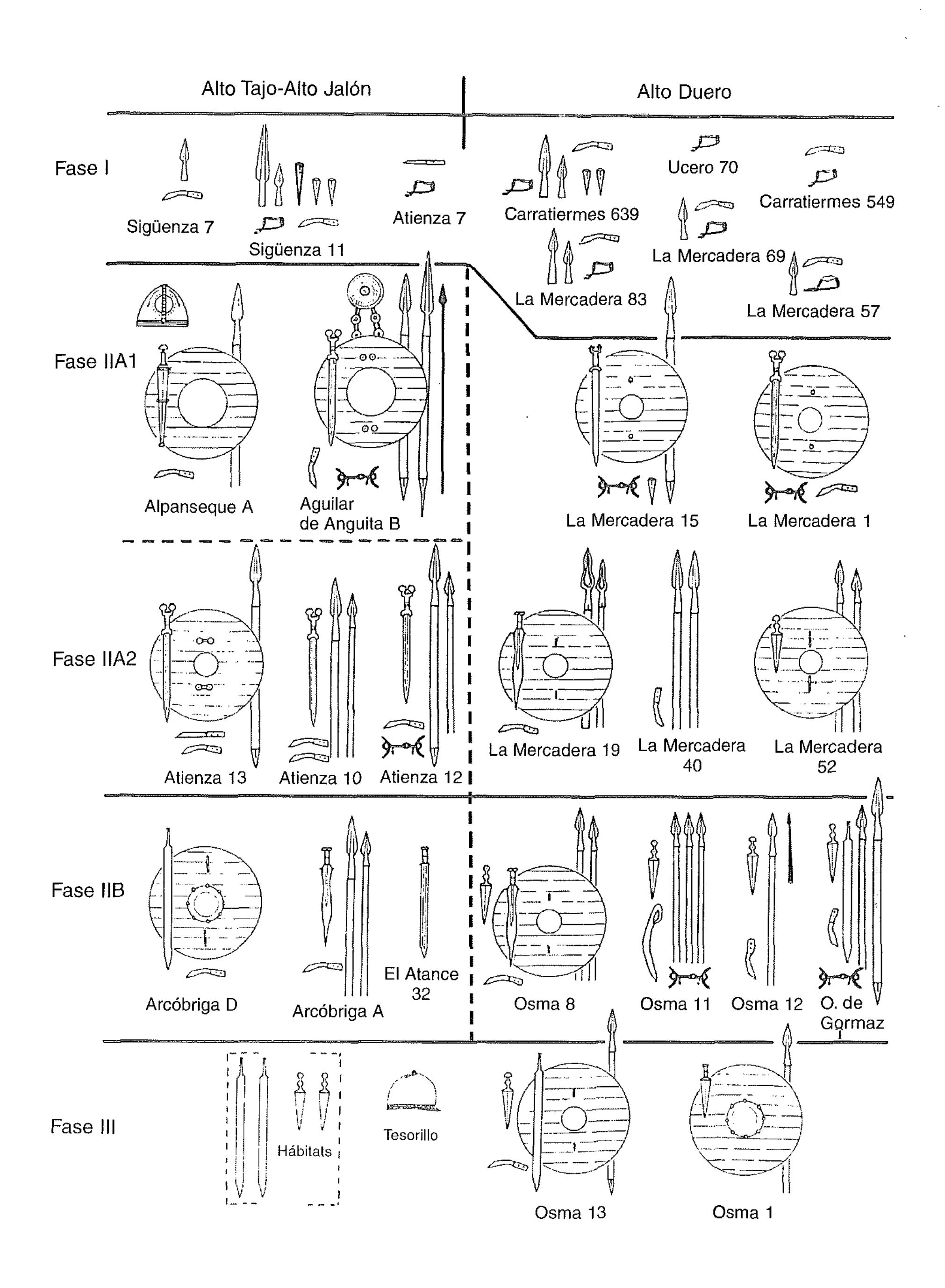


FIG. 4.8. *Evolución de la panoplia militar celtibérica en las regiones del Alto Tajo-Alto Jalón y Alto Duero (según A. Lorrio).*

necrópolis de Carabias, y las primeras espadas del tipo *La Tène* a partir de mediados del siglo IV a.C. Las líneas generales indicadas permiten marcar una diferenciación entre los diversos tipos de personas con derecho a portar armas por la diferente riqueza de los ajuares, a los que se suma la presencia o ausencia en las tumbas de bocados o arreos de caballo. Con todo, la existencia de un patrón no significa uniformidad tipológica, una cuestión muy difícil de establecer cuando se trata de armamento, puesto que a la utilidad o el valor representativo de un tipo concreto de pieza debe sumarse el gusto particular del guerrero. Así, a lo largo del siglo IV a.C. coexistirán las espadas de antenas de los antiguos tipos *Aguilar de Anguita* y *Echauri* con los evolucionados *Atance* y *Arcóbriga*. Las espadas del tipo *Atance* se caracterizan por disponer de hoja recta con acanaladuras y una empuñadura simple de lámina de hierro alrededor del vástago central prolongación de la hoja, mientras que las del tipo *Arcóbriga*, de entre 50 y 70 cm de longitud, se caracterizan por presentar una hoja pistiliforme con acanalados paralelos al filo, empuñaduras de sección ovalada o circular realizadas a partir del vástago prolongación de la hoja, y antenas totalmente atrofiadas en las que se insertan dos botones que rematan la empuñadura por el talón; a diferencia de otros tipos de espadas, las piezas del grupo *Arcóbriga* cuentan con decoración damasquinada de hilos de plata y cobre en la empuñadura y, especialmente, la vaina, que también puede decorarse con placas caladas con simbología diversa, como los símbolos apotropaicos relacionados con el culto solar de un ejemplar de la necrópolis de Las Cogotas (Cardeñosa).

Ya desde finales del siglo IV a.C., pero sobre todo durante el siglo III a.C., se constata una disminución en la variedad tipológica y número de armas presentes en las necrópolis de la zona oriental de la Meseta, sin que pueda avanzarse una explicación para este hecho más allá de un posible cambio en el ritual de configuración de los ajuares, o en el hecho de que la cada vez más numerosa participación de contingentes mediterráneos en las guerras desarrolladas fuera de la zona de la Celtiberia contribuirían a disminuir el número de tumbas de guerreros en las necrópolis. Otras cuestiones, como la requisa de armas, permitirían explicar, al menos en parte, el descenso de elementos de panoplia indicados. Los conjuntos de las tumbas de las necrópolis de Arcóbriga y Atance permiten indicar la presencia de algunos ajuares constituidos por escudo, cuchillo de hoja curva-afalcatada y espada, aunque son más abundantes los integrados por la asociación de puntas de lanza y regatones, cuchillos y espadas de hoja pistiliforme del tipo *Arcóbriga*, así como tumbas cuyo único elemento de panoplia sería la espada. Junto al tipo mayoritario indicado se constatan ahora espadas del tipo *La Tène I* clásico o producciones locales de hoja y tamaño similares con empuñadura derivada de las series típicas de antenas atrofiadas.

En la región del Alto Duero se identifica un número mayor de tumbas con presencia de armas en las necrópolis, hecho que ha permitido afirmar la existencia de una sociedad más militarizada asociada principalmente a la tribu de los arevacos, citada en la fuentes clásicas como los principales opositores

de Roma durante las Guerras Celtibéricas en el siglo II a.C., pero que ya a finales del III a.C. tomaron parte en diversas acciones militares dentro y fuera de la península Ibérica.

Los ajuares mejor estudiados, correspondientes a la necrópolis de La Mercadera (Soria), permiten definir hasta ocho combinaciones de panoplias militares en función de los tipos de ítems depositados en las tumbas. El conjunto más característico, próximo al 45 % de las tumbas con armas[81] son las que presentan solamente puntas de lanza, con o sin regatones, seguida por las tumbas con panoplia completa (13,6 %) formada por espada, escudo, una o dos lanzas y regatones, a los que se asocian en diversos casos, como en la tumba 15, bocados de caballo. Otras agrupaciones incluyen asociaciones de puntas de lanza con espada o puñal (11,4 %), tumbas con espada o puñal como única arma (9,1 %); y tumbas con puntas de lanza asociadas a un escudo (11,4 %).

La inexactitud de las descripciones de los textos clásicos respecto al armamento y composición de unidades militares en el seno de los ejércitos tribales celtibéricos impide concluir si los tipos de panoplia indicados corresponden a contingentes militares diferentes, o bien se trata simplemente de que el armamento de los guerreros variaba por motivos no estrictamente militares, o bien que aun tratándose del mismo ritual, sólo una parte de las armas de la panoplia teórica estarían posesión del difunto y, por tanto, se enterrarían con él. No obstante, no deja de ser significativo que determinados elementos iconográficos abunden en representar guerreros cuya panoplia podría reflejar la diferenciación de funciones observada en necrópolis como La Mercadera. Así, en la *Estela de Lara de los Infantes* (Burgos) se muestra un jinete armado con la panoplia completa acompañado por un infante que porta tan sólo espada o cuchillo y lanzas, significativamente los dos tipos de asociaciones más abundantes en la necrópolis. En los siglos IV y III a.C., las espadas características en la necrópolis corresponden a los tipos *Frontón*, y de antenas, con ejemplares asimilables a los tipos *Echauri*, *Atance* y *Arcóbriga*, y algunas piezas del tipo *La Tène* en las necrópolis de Quintana de Gormaz y Arcóbriga, caracterizadas como piezas extrapeninsulares, siendo también importaciones obtenidas por contacto con el área del norte de la península-alto Ebro los puñales tipo *Monte Bernorio* que, difundidos desde finales del siglo IV a.C., se mantendrán a lo largo del siglo III a.C. Las puntas de lanza y jabalina incluyen ejemplares con nervadura o arista central, mientras que los escudos correspondientes al tipo de empuñadura, según indican las series de manillas documentadas, presentan *umbos* metálicos de los tipos *Aguilar de Anguita* y *Monte Bernorio*; las manillas, como en el caso de la tumba 10 de la necrópolis de Gormaz, terminaban en dos anillas a las que se ataba la correa o *telamón* pensada para

81. En la necrópolis de La Mercadera se han identificado un total de 100 tumbas, de las que 44 presentaban armas y 56 no. Como comparación, en la necrópolis de Gormaz (Soria) se identificaron 45 conjuntos cerrados con armas de un total de 1.200 tumbas excavadas, mientras que en la necrópolis de Osma (Soria), los conjuntos con armas eran tan sólo 400 de un volumen de enterramientos superior a las 800 tumbas.

colgar el escudo, de madera o cuero, durante su transporte, y para enrollarla a la muñeca en el combate, permitiendo así un mejor control del arma. Entre finales del siglo III y a lo largo del siglo II a.C., la panoplia de la zona del alto Duero cuenta con nuevos elementos, entre los que se incluyen la presencia de falcatas ibéricas como la de la tumba 11 de la necrópolis de Osma, la proliferación de las espadas de *La Tène*, representadas en la necrópolis de Quintana de Gormaz o en la tumba 13 de Osma, los puñales biglobulares presentes ya en el siglo anterior, y piezas de panoplia foránea como el casco *Montefortino* de Quintana Redonda.

El hábitat y la necrópolis de Numancia han proporcionado también otros elementos significativos como los estandartes de bronce con enmangue tubular coronados por dos protomos de caballo unidos por el cuerpo con decoración de círculos concéntricos estampados y cabezas cortadas, formalmente similares a los tipos de las fíbulas de caballito celtibéricas.[82] Los emblemas militares celtibéricos *(signa militaria)* se citan repetidamente en las fuentes clásicas, en las que se relaciona, entre otros casos, que el procónsul Cayo Cornelio Cetego capturó 78 enseñas militares de los sedetanos en el 200 a.C. en una batalla en la que les causó 15.000 bajas;[83] Quinto Fulvio Flaco obtiene 62 enseñas tras la capitulación de la ciudad de Contrebia el 181 a.C.;[84] y 72 más en un nuevo encuentro con los celtíberos al año siguiente.[85] La importancia de los emblemas citados se constata, por ejemplo, en el hecho de que en las series de monedas de las cecas de *Seteisken* y *Sekaisa*, acuñadas en la primera mitad del siglo II a.C., se incluyan estandartes. La presencia de emblemas militares entre las comunidades célticas era muy común, citándose entre las tribus de la Galia *signa* de asta con regatón de bronce coronados por figuras de animal, esencialmente aves y jabalíes, ampliamente representados en las series numismáticas galas, siendo las enseñas galas muy conocidas por las tropas romanas que pueden identificar sus contingentes a través de ellas.[86]

La importancia de los emblemas radica en su significado, dado que por el número de las piezas capturadas en los combates no pueden interpretarse como emblemas únicos de tribu sino, más probablemente, como enseñas de carácter nobiliar-gentilicio *(signa equitum)* destinadas a agrupar bajo una enseña a los diversos miembros integrados en un sistema de dependencia o servicio militar conjunto ejemplos de la *virtus* y el *furor*. Del mismo modo, las cifras comúnmente repetidas sobre la proporción de los contingentes de las tropas ibéricas y celtibéricas a partir de la enunciación canónica expresada por Diodoro Sículo e inter-

82. Otros ejemplos interesantes proceden de la necrópolis de Miraveche (Burgos), Pradoredondo (Guadalajara) y La Hoya (Álava).

83. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXI, 49, 7.

84. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XL, 33.

85. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XL, 11.

86. «Al amanecer, cuando ya Labieno estaba en la cumbre del monte y César a milla y media del campo enemigo, sin que se trasluciese su venida ni la de Labieno, como supo después por los prisioneros, viene a él a la carrera abierta Considio con la noticia de que los enemigos ocupan el monte que había de tomar Labieno como le habían cerciorado sus armas y divisas». *Guerra de las Galias*, I, 22.

pretada a partir de algunos pasajes de las fuentes clásicas, especialmente en las obras de Tito Livio y Apiano, permitirían interpretar que las unidades militares celtibéricas tuviesen diversos tipos de insignias en función de su número y especialidad en el combate (infantería ligera o pesada, y caballería). Por último, los *signa* podrían ser símbolos del estatus de los *equites* más importantes de las estructuras sociales celtibéricas, como tambien lo serían las fíbulas de caballito con las que comparten elementos iconográficos. Siguiendo una línea interpretativa ya enunciada por G. Alföldi, los *signa* situados en el extremo de un asta podrían tener atribuidos poderes divinos *(mana)* como en Grecia, o serían empleados como emblemas ante los que se realizarían los juramentos militares *(coniuratio)*. Con todo, el elemento más interesante de las citas sobre emblemas del período de la Segunda Guerra Púnica y las Guerras Celtibéricas y Lusitanas es el hecho de que en el 211 a.C, cuando los celtiberos abandonaron a los romanos antes del combate gracias a los manejos de Asdrúbal, la forma de retirarse del ejército romano consistió en desclavar sus insignias del lugar en el que estaban acampados *(signis repente sublatis Celtiberi abeunt)*.[87] Otros elementos emblemáticos de las comunidades celtibéricas eran las trompas de cerámica *(cornu)*, el extremo final del tubo de las cuales representa una cabeza de lobo, similares a los *carnyx* galos.

4.3. **Poliorcética. Las fortificaciones**

> Ataque ciudades tan sólo cuando no haya otra alternativa, porque preparar grandes corazas y furgones y alistar las armas y los equipos necesarios requiere lo menos tres meses; amontonar rampas de tierra contra las murallas requiere tres meses más. El general que no pueda controlar su impaciencia ordenará a sus tropas que suban en tropel a las murallas como hormigas. Como resultado, un tercio de esas tropas perderá la vida sin tomar la ciudad. De ahí que atacar ciudades sea una calamidad.
>
> SUN TZU

El *oppidum*, definido como un poblado fortificado en altura, es el tipo esencial de organización del sistema de poblamiento que, partiendo de la idea del lugar central, vehicula la estructura de la concepción socioeconómica del patrón de control y explotación de un territorio dependiente en el ámbito de la Cultura Ibérica entre los siglos VII y I a.C. El *oppidum* aúna las funciones de centro político y administrativo de un territorio; dirige la producción económica de las zonas de captación; define la ubicación de los mercados (*emporiae* o *port-of-trade*)

87. «De suerte que no confíen en las tropas auxiliares extranjeras hasta el punbto de tener en los campamentos un contingente inferior de fuerzas de su propia patria. Los celtiberos desclavaron inesperadamente sus enseñas y se marcharon, y cuando los romanos les preguntaron la razón y les rogaron encarecidamente que se quedasen, su única respuesta fue que los reclamaba una guerra intestina». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 33, 6-7.

indispensables para la exportación de materias primas que constituye la base de la estructura de los intercambios comerciales y la riqueza de las comunidades ibéricas a partir de mediados del siglo V a.C.; domina las rutas de comunicación; concentra los lugares (santuarios clánicos y domésticos, templos) en los que se realizan los ritos religiosos destinados a la cohesión social y a la reafirmación del papel preponderante de las elites; los enclaves de hábitat de rango inferior (*oppida* de menor tamaño, fortines de defensa y límite territorial, granjas y explotaciones industriales) en los que se concentra la mayor parte de la población; y, por último, las necrópolis o zonas de enterramiento de grupo o clase.

El sistema de delimitación de un *oppidum* puede ser el resultado de dos ideas principales: la defensa militar y la definición del perímetro de la superficie construible. En el primer caso, el trazado de la muralla delimita una zona comunitaria en el interior de la cual se estructuran las unidades constructivas del grupo siguiendo los patrones de la arquitectura prefijada (planificación apriorística) o arquitectura por defecto (construcción carente de directrices previas), siendo, en este caso, un elemento complementario del código ideológico de la sociedad, como es la integración en un recinto constructivo que expresa una idea social o de grupo a partir de la concepción arquitectónica. La fortificación como límite cumpliría una función similar al *spitzgraben* o foso perimetral de las ciudades reino fenicias y sus colonias/mercados en el Mediterráneo centro-occidental, como en Toscanos, modelo transportado posteriormente al *Orientalizante* tartésico y aplicado, con una óptica político-ritual, en el palacio-santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena). En el plano legendario, el surco trazado por Rómulo en el relato de la fundación de Roma, exponente de la concepción de los límites de la ciudad entendidos como una parte del pensamiento del grupo, es un ejemplo del mismo planteamiento.

En el segundo caso, el muro de delimitación no tiene una función defensiva, tanto porque no se considera necesaria la construcción de una fortificación, como porque la concepción de prestigio y las relaciones de vecindad con otros grupos de la misma estructura tribal no contemplan las murallas como un paradigma. La muralla sería, según este concepto, tan sólo el sistema de delimitación simple del espacio de un grupo y un elemento clave en la planificación arquitectónica, en tanto que la mayor parte de las unidades de habitación se adosarán a ella.

El conocimiento, adopción y desarrollo de los sistemas defensivos complejos en la arquitectura ibérica se produjo mediante la combinación de dos fuentes de información: las experiencias de los mercenarios ibéricos a partir del siglo V a.C. y la visión de las fortificaciones de los enclaves y colonias griegas en la península Ibérica. El sistema defensivo de *Emporion* (Empúries, La Escala) presenta, a partir del siglo VI a.C., adaptaciones sucesivas a la introducción de las nuevas concepciones poliorcéticas. La secuencia de las murallas de la ciudad griega incluye un trazado datado en la segunda mitad del siglo V a.C. del que forma parte una torre cuadrangular edificada mediante una técnica mixta asociando bloques de piedra poligonales e isódomos con un relleno interior de material de cons-

trucción de menor tamaño. Aunque esta muralla se date correctamente *c.* 430 a.C., históricamente no puede considerarse como el primer perímetro defensivo de la *Nea Polis* ampuritana (aunque no se haya identificado hasta la fecha ningún trazado anterior), puesto que significaría que el establecimiento griego carecería de protección entre el inicio de la ocupación focea y la segunda mitad del siglo V a.C. (575-430 a.C.), lo que no se corresponde con la idea arquitectónica de las *poleis* griegas en el Mediterráneo central y occidental, con la potencia económica del enclave expresada ya en el siglo VI a.C. por las cartas comerciales escritas en lengua jonia sobre lámina de plomo y con las descripciones realizadas en los textos de Tito Livio y Estrabón, aunque en este último caso, las características topográficas de *Emporion* enunciadas corresponderían lógicamente a fechas más avanzadas. Por último, es impensable que el desarrollo arquitectónico de las fortificaciones indígenas próximas sea anterior y más complejo que el del asentamiento foceo.

Un segundo trazado de las murallas se data a principios del siglo IV a.C. Esta segunda muralla delimita la ciudad por los lados oeste y sur, constituyendo el sistema defensivo más completo de *Emporion*. La parte occidental de la ciudad estaba protegida por una muralla en cremallera con acodamientos continuados entre la torre SO y el sector del Museo Monográfico. La muralla sur cuenta con un sistema complejo definido por dos torres cuadrangulares situadas a intervalos regulares de 30 m entre los sectores del templo de Asclepios y el de Serapis, y una puerta de acceso acodado que marca un paso difícil y estrecho hacia el interior de la ciudad. La puerta, asentada sobre un muro aterrazado datado en el siglo V a.C., estaba protegida por una torre rectangular (10 × 5 m) orientada hacia el sector del parking, sobre el que se han identificado estructuras construidas en el siglo III a.C. La fortificación se completa con un foso de entre 20 y 25 m de anchura. El problema principal de la combinación puerta-torre descrita es el hecho de que la fortificación avanzada que forma parte del conjunto de *proteichisma* y *epikampion* ha sido datada en la segunda mitad avanzada del siglo III a.C. e interpretada como un complemento defensivo construido como consecuencia de la inestabilidad política que precedió al inicio de la Segunda Guerra Púnica y, especialmente, ante el temor de la progresión de Aníbal hacia los Pirineos en el 218 a.C. La *proteichisma*, de 2 m de anchura, se ubica delante de la torre y no del espacio de la puerta como sería lógico en el marco de la aplicación rigurosa de las teorías poliorcéticas, siendo otro problema conceptual la inexistencia de una poterna junto a la torre. Pese a ello, y desde la concepción táctica de las fortificaciones complejas, la existencia de una obra avanzada debe relacionarse siempre con una salida secundaria y la protección del acceso directo al interior de la ciudad, siendo cualquier otra forma de emplear la *proteichisma* inútil, puesto que su situación impide la sorpresa de la salida imprevista para la que se concibe.

El sistema de defensa avanzado de *Emporion* es muy similar a la descripción de los tratados de los ingenieros militares griegos, y se asemeja en concepción y tipología a las fortificaciones avanzadas del *oppidum* de Saint-Blaise (Francia)

y a la fortaleza del Euryalo (Siracusa), teniendo en el ámbito de la colonización focea en la península Ibérica un referente significativo en la fortificación de La Picola (Santa Pola). Los trabajos realizados hasta el presente sobre el sistema defensivo de *Emporion* han intentado mantener el criterio de ajustar los hechos históricos a la información arqueológica, olvidando que una concepción defensiva es siempre unitaria para todos los elementos que la forman, especialmente si el trazado de las murallas es el resultado de la aplicación de una concepción militar específica. La aceptación de la interpretación propuesta para la muralla meridional de *Emporion* significaría, por ejemplo, que una vez conocidas las reglas de la poliorcética, su aplicación fuese irregular menoscabando con ello la propia capacidad defensiva de las fortificaciones desde el momento de su construcción, o bien, que algunos *oppida* ibéricos situados en el territorio próximo a la colonia griega, de la que reciben por tanto influencias de todo tipo, adoptarían las nuevas técnicas militares antes que el enclave a partir del cual se habrían difundido. Las ideas de prestigio asociadas a la construcción de fortificaciones permiten afirmar que esto último no es probable, dado que la arquitectura de prestigio copiando modelos de tipo griego sería uno de los elementos clave para reafirmar el papel de las diferentes elites y tribus respecto a sus privilegiadas relaciones con el núcleo de desarrollo económico que significaba la colonia griega.

El ciclo constructivo de las fortificaciones de *Emporion* se cierra en el siglo II a.C. con la construcción de los templos en honor de Asclepios y Serapis, obra para la que se amortiza la muralla del siglo IV a.C. y la *proteichisma* asociada, definiéndose un tercer trazado para la muralla compuesta ahora por una puerta protegida por dos torres cuadrangulares avanzadas y un muro lineal del que se han suprimido los conceptos poliorcéticos aplicados en los anteriores recintos militares de la ciudad, probablemente porque con la pacificación del territorio por Roma a partir de principios del siglo II a.C., la fortificación habría perdido su función defensiva restando tan sólo las ideas de delimitación y unidad topográfica y administrativa como motivos prioritarios para su edificación.

Las características arquitectónicas de las fortificaciones ibéricas presentan múltiples variantes zonales y cronológicas. No obstante, puede ejemplificarse la influencia de las tesis poliorcéticas mediterráneas y la asunción por las comunidades ibéricas de los preceptos de la guerra de asedio en dos yacimientos, los poblados del Castellet de Banyoles (Tivissa) y el Puig de Sant Andreu (Ullastret). El *oppidum* del Castellet de Banyoles es una construcción *ex novo* correspondiente a una fase avanzada del Ibérico Pleno, probablemente el último cuarto del siglo III a.C., respondiendo a los profundos cambios en la estructura socioeconómica de las comunidades del curso inferior del Ebro, haciendo posible la implantación de un modelo defensivo complejo y la elección de un punto de control sobre la vía de comunicación que representa el río. Los hallazgos recientes de ocultaciones monetales y objetos de joyería de uso personal, a los que se sumaría el conjunto de páteras mesomphalos y vasos argénteos descubierto en la

década de 1920 y que, en función del registro arqueológico reciente, podría corresponder, no a la existencia de un importante centro de culto en el poblado como se había creído, sino como parte de un notable botín de guerra. La inestabilidad política y militar que asuela la zona en la fase anterior y los primeros compases de la Segunda Guerra Púnica podría tomarse como una causa factible para los ocultamientos indicados.

El *oppidum* tenía la puerta principal protegida por dos torres pentagonales construidas con adobes sobre una base de piedra, técnica que constituye una aplicación exacta de las tesis de Filón de Bizancio y Eneas el Táctico, definida como la mejor forma de protección de las puertas de las ciudades contra la generalización de la artillería de cuerda o torsión capaz de lanzar proyectiles de gran peso a partir de principios del siglo IV a.C. El sistema defensivo se completaba con un *epikampion* avanzado y una poterna situada en la parte posterior de la torre izquierda que permitía el flanqueo de la torre para la práctica de una defensa agresiva. La muralla perimetral, al menos en el sector sur, correspondería probablemente al tipo de casamatas. Cuando se construyó este sistema defensivo no existía nada similar en el territorio de la Ilercavonia ibérica, por lo que debe atribuirse a un préstamo cultural la edificación de las torres pentagonales. En este sentido, el estudio de los parámetros modulares de las torres ha llevado a sugerir que la aplicación del sistema poliorcético complejo basado en torres pentagonales se habría realizado sin los conocimientos técnicos específicos necesarios, es decir, como una copia imperfectamente asimilada. Sin embargo, los trabajos recientes en el *oppidum* de La Serreta (Alcoy) han permitido estudiar una torre pentagonal de tipología similar a las del Castellet de Banyoles, inscrita en un sistema de protección de una puerta calificable dentro del tipo de brazos paralelos de la clasificación de J. P. Adam para la arquitectura militar griega. La torre de La Serreta permite una defensa avanzada del acceso junto a la posición avanzada de la muralla y por tener un flanqueo a partir de un muro proyectado hacia delante que convierte la aproximación a la puerta en un cuello de botella estrecho. La fortificación indicada se ha datado en el primer cuarto del siglo II a.C. en función de las tipologías materiales documentados en los niveles de ocupación asociados, aunque es difícil precisar las razones de la construcción de un sistema defensivo complejo en una época en que el control romano del área del sudeste peninsular era absoluto.

Pese a los ejemplos indicados, el mejor exponente de la adopción de técnicas defensivas complejas en las fortificaciones ibéricas es sin duda el trazado de las murallas del poblado del Puig de Sant Andreu (Ullastret). El poblado presenta un sistema de fortificaciones muy complejo erigido a partir de mediados del siglo VI a.C. en cuyas diversas fases constructivas tuvieron un peso específico las influencias edilicias mediterráneas introducidas en el área del nordeste peninsular a través de la colonia focea de Emporion, como muestra que en el estrato asociado al nivel fundacional del primer sistema defensivo del poblado el elemento más significativo sean las copas jonias del tipo *B-2*. Las fortificaciones de Ullastret cuentan al menos con tres modificaciones o remodelaciones importan-

tes del trazado inicial: la reestructuración de la *muralla Frigoleta* a principios del siglo IV a.C.; la construcción de la fortificación del Istmo en la misma fecha; y el acondicionamiento de los accesos a las puertas 1 y 3 probablemente a mediados del siglo III a.C., aunque algunos elementos como las poternas y su necesaria asociación conceptual con un *epikampion* permitan mantener la hipótesis de una cronología anterior. En el caso de Ullastret, como en el de los otros poblados fortificados del nordeste peninsular, el problema interpretativo básico radica en establecer tanto la cronología de la introducción de los nuevos planteamientos poliorcéticos como determinar si los mismos son la consecuencia de la asunción plena de unos modelos y su significado, o tan sólo la adaptación por prestigio pero carente de contenido utilitario de unos modelos contructivos cuyo empleo estaba alejado de los usos de la guerra ibéricos.

La construcción de la segunda muralla del lado Este del *oppidum*, la llamada *muralla Frigoleta*, se realizó a mediados del siglo V a.C. a partir del trazado de la muralla del siglo VI a.C. que le sirve de base y a la que amortiza en parte. Esta muralla presenta una longitud de 408 m entre las puertas 1 y 3, englobando cinco torres circulares y una torre cuadragular que delimitan cinco secciones o tramos de muralla. La secuencia de proporciones de los diversos sectores responde a un sistema estricto tanto para las torres (su diámetro oscila entre 9,36 y 10,02 m) como para los tramos (longitudes comprendidas entre 27,05 y 29,58 m), adaptable a un sistema de medición basado en reglas de origen griego al igual que sucede en La Picola (Santa Pola), proporciones metrológicas que posteriormente serían adaptadas a un canon ibérico en la edificación de otras fortificaciones como en los poblados del Turó del Montgrós (El Brulll), Cassol de Puig Castellet (Folgueroles) o Castellet de Banyoles (Tivissa).[88] La característica de las torres es el hecho de que no están integradas en la construcción del trazado de la muralla, sino que se apoyan o adosan a la misma. La torre cuadrangular citada, datada a principios del siglo IV a.C., se inscribe en el conjunto de construcciones del mismo tipo propias del área del nordeste peninsular, tanto exentas como integradas en el trazado de las murallas, como las incluidas en el sistema defensivo del poblado de Burriac (Cabrera de Mar).

A principios del siglo IV a.C. se construyó una *muralla en cremallera* en el Istmo, es decir, una línea de muralla carente de torres en su trazado pero en la que cada cuerpo o tramo se avanza al precedente formando así una defensa avanzada desde el flanco del sector de la cortina muraria que queda más atrasado, constituyendo la base de una defensa activa sin necesidad de construir torres. Una concepción muy similar se observa en la llamada *muralla griega* del *oppidum* de Saint Blaise (Saint-Mitre-les-remparts) en la fase *Saint Blaise V*, datada a fines del siglo III a.C., siendo este tipo de fortificaciones, según J. P. Adam, una

88. *Vide* para tramos y proporciones: Moret, P. (1999): «Rostros de piedra. Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones ibéricas». *Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, pp. 83-92; Gracia, F. (1997): «L'artillerie romaine et les fortifications ibériques dans la conquête du Nord-est de la péninsule ibérique (218-195 av. J.C.)». *JRMES*, 8, pp. 201-231.

evolución del trazado de las murallas de las ciudades griegas surgido durante el siglo IV a.C., cuyos primeros ejemplos se encuentran en la acrópolis de Samikon (Trifilia) y en el sector sudeste de las murallas de Mileto. Al igual que sucede en el sector de la *muralla Frigoleta*, las fortificaciones del Istmo guardan una proporción de escala en los tramos de los muros. El sector se cierra con una torre cuadrangular hueca construida con el mismo tipo de aparejo que la torre cuadrangular de la *muralla Frigoleta*, similar conceptualmente a la disposición de la torre meridional de la fortaleza de Aegosthenes. La posición de la torre indicada, ubicada en el extremo de la fortificación, tiene como objeto proporcionar una defensa cenital a los diversos tramos de muralla que domina y puede emplearse como plataforma para la ubicación de máquinas de guerra. La estructura de la muralla del Istmo incluye ya dos poternas de 1 m de anchura situadas una junto a la puerta 2, y otra en las proximidades de la torre; su ubicación, la anchura de la muralla que alcanza los 2,5 m en este sector, la disposición de la trama urbanística del Istmo que presenta dos calles a partir de las poternas, y el trabajo de cantería de las mismas muestra que la construcción de las poternas se realizó al mismo tiempo que la muralla, es decir, ambas entradas menores formaban parte del planteamiento arquitectónico de la fortificación del Istmo. Las excavaciones de M. Oliva permitieron identificar ante las poternas restos de construcciones avanzadas correspondientes a *proteichismas* de tipología muy simple pero efectiva y acorde con las descripciones y utilidades indicadas por los tratadistas militares griegos.[89] Su importancia no se circunscribe tanto al *tipo* como al *hecho* de la existencia de obras avanzadas carentes de sentido táctico sin asociación con las poternas, por lo que si las segundas, como se ha indicado, cabe datarlas en el siglo IV a.C., las primeras deben obedecer también al mismo planteamiento edilicio o, al menos, al conocimiento de que la construcción rápida de un muro permitiría completar rápidamente y con eficacia el nuevo sistema defensivo.[90] Es interesante constatar también que en el segundo trazado de la *muralla Frigoleta* se han documentado recientemente dos nuevas poternas asociadas a torres, cuya cronología corresponde también al siglo IV a.C., por lo que puede concluirse que, al menos en el sector oeste del yacimiento, el más expuesto en función de la topografía a un posible ataque, el concepto de las poternas se generalizó en una cro-

89. «[…] con ello quedaron puestas inicialmente al descubierto una serie complicadísima de estructuras, tanto de la muralla propiamente dicha, como otros restos de edificaciones avanzadas a ella y situados en el enclave formado por el espacio exterior frente a la muralla […] entre otras construcciones apareció primero un potente muro transversal de 1,30 m de ancho, en dirección E-O; la longitud del citado muro no quedó puesta al descubierto, faltando completarse la excavación a ambos extremos del mismo, parecece tratarse de una construcción complementaria al sistema defensivo de Ullastret». Oliva, M. (1968): *Diario de excavaciones*. Inédito.

90. «[…] al final de la excavación de las murallas del Istmo, ya casi en el extremo del mismo, apareció otra construcción más avanzada, de momento no terminada de descubrir, que presenta igual técnica constructiva, el mismo tipo de aparejado y despiezo de los sillares, en una situación más al oeste aún del lienzo de muralla más avanzado hacia poniente. Esta construcción parece responder a una avanzadilla o bastión, también de defensa o protección del extremo final de las fortificaciones de Ullastret por el extremo norte […]». Oliva, M. (1968): *Diario de excavaciones*. Inédito.

nología muy inicial de la aplicación de los sistemas de defensa ofensiva en el Mediterráneo.

A lo largo del siglo III a.C. se produjo la remodelación del perímetro y la forma de dos de las puertas del *oppidum*, cambiando el trazado de la torre 5 de planta circular a mixta, con un lado recto formando un espacio estrecho junto a la puerta 2, y modificando el trazado de la torre 6 de circular a pentagonal mediante la adjunción de una estructura triangular. En ambos casos, la intención era crear corredores de acceso a las puertas estrechos y alargados con el fin de que un posible asaltante quedara atrapado en el interior de la construcción y bajo el fuego de dos torres dominantes situadas a la derecha de ambos accesos. La parte posterior de la torre 5 corresponde a la habitación 2 y puede considerarse como el cuerpo de guardia de la misma, comunicando con la estructura defensiva a través de una escalera de piedra interior. La localización de un depósito de armas, esencialmente proyectiles de honda, en el interior de la habitación citada confirmaría su función defensiva. Ante las puertas 1 y 2 se lleva a cabo la construcción de *proteichismas*, formadas por un conjunto de muros cuya finalidad era complicar el acceso a las puertas. La estructura de la defensa avanzada en la puerta 1 presenta un tipo de acceso en chicane protegido en la derecha por la torre 6 y a la izquierda por el trazado de la muralla que, desde la torre 1 o *torre circular Frigoleta 1*, tiene una forma acodada mediante la yuxtaposición de tres tramos y dos acodamientos en ángulo de 90º.[91] La planta resultante de las modificaciones realizadas en las defensas de la puerta 1 puede relacionarse conceptual y tipológicamente con la muralla acodada y la torre cuadrangular de la puerta de Sydima, y con el principio de la puerta en tenaza de la fortaleza del Euryalo (Siracusa) ante la que se construyó una doble línea de *epikampion* en la *proteichisma*.

Las modificaciones técnicas se extienden a otras fortificaciones del área del nordeste peninsular. Las puertas constituyen uno de los elementos arquitectónicos esenciales de los *oppida*. El análisis de su tipología formal indica una tendencia progresiva hacia la complejización del acceso con soluciones muy similares al tipo de la puerta en tenaza griega. Aunque con reservas, pueden atribuirse a la influencia de la poliorcética griega algunas características de las puertas protegidas por sistemas acodados y vías de acceso situadas entre dos secciones de muralla como en los *oppida* del Castellet de Bernabé (Llíria), Castellar de Meca (Ayora) y, especialmente, Burriac (Cabrera de Mar), la construcción de la cual se ha datado en la segunda mitad del siglo IV a.C. por comparación con el registro

91. «[...] esta construcción al sur de la entrada aparecía junto al paramento norte de la edificación de la torre SO. Este macizo de sillares acumulados, entorpecimiento más que construcción en sí, medía 2,05 m N-S por 2 de profundidad E-O y formaba un ángulo casi recto con el paramento de 5,15 metros que forma el costado norte de la construcción adosada por este sector en la torre del SO, muro que forma el paramento norte de ella, otras veces aludido, y que se trata de un aditamento posterior sin ninguna clase de duda, a aquella construcción que luego sigue hacia el sur, en una distancia de 12,25 metros hasta llegar al ángulo del SO asimismo escarpado como el anterior. Todo el aspecto aparecido durante la excavación daba a pensar que se trataba de una construcción de entorpecimiento de la puerta levantada en un momento de peligro». Oliva, M. (1968): *Diario de excavaciones*. Inédito.

estratigráfico y constructivo de otros sectores del *oppidum*, cuya amortización se fija en la segunda mitad del siglo I a.C. Las torres cuadrangulares, tanto huecas como obtenidas mediante un cuádruple acodamiento de la muralla, son las más comunes de los poblados del nordeste durante el Ibérico Pleno con ejemplos destacados en los recintos de Burriac, Montbarbat (Lloret de Mar), Mas Boscà (Badalona) y Puig Castellet (Lloret de Mar).

La fortificación del *oppidum* del Turó del Montgrós (El Brull) es un exponente de la penetración y adaptación de las ideas poliorcéticas de origen mediterráneo entre las comunidades del interior de la región del nordeste peninsular. En el poblado se han determinado murallas correspondientes a tres fases de construcción datadas entre la primera mitad del siglo V a.C. y finales del siglo III a.C. La primera fase de construcción, fechada alrededor del 475 a.C., aunque su cronología puede remontarse al siglo VI a.C., está formada por una muralla construida con la técnica de muros paralelos y relleno interior. Correspondiente a finales del siglo V o principios del siglo IV a.C. la muralla más significativa del poblado se caracteriza por la combinación de diversos elementos. La muralla está formada por una serie de casamatas o *phulacteria* seriadas, construcción relacionada con una poterna y la puerta principal de tipo acodado, cuyo corredor está protegido por un doble muro lateral de 12 m de longitud; la defensa avanzada estaba formada por un foso construido a partir de un glacis natural del terreno reforzado por un muro de contención inscrito en una *proteichisma*, cuyo trazado general se asemeja en gran medida a la definición del sistema defensivo de Emporion correspondiente a la fase de transición entre los siglos V y IV a.C. En la segunda mitad del siglo III a.C. el sistema defensivo se mejoró con la construcción de una torre cuadrangular maciza situada delante de los *phulacteria*, junto a la poterna de la fase anterior, cuya finalidad sería la instalación de máquinas de guerra, y una *proteichisma* a la derecha de la puerta. El abandono de la fortificación se ha relacionado con las acciones que el ejército romano desarrolla en el área a principios del siglo II a.C.

La fortificación de El Brull, correspondiente al tipo de *poblados de barrera*, tiene un paralelo en el poblado del Cassol de Puig Castellet (Folgueroles), cuya muralla principal, asociada a una torre rectangular maciza, está formada por una sucesión de 10 *phulacteria*. La cronología de la fortificación se ha fijado en función de las tipologías materiales asociadas en el último cuarto del siglo III a.C., y su destrucción a principios del siglo II a.C., constituyendo un claro ejemplo de fortificación erigida en una fase de convulsiones políticas.

Pese a que se ha defendido el carácter exclusivamente indígena de las fortificaciones ibéricas, atendiendo al hecho de que la aplicación de algunos elementos de procedencia mediterránea tan sólo copian modelos pero incorrectamente, consideramos que deben rastrearse los elementos de fortificación compleja en las fortificaciones del levante, sudeste y sur de la península Ibérica. A modo de ejemplo, el poblado de Castro de Capote (Higuera la Real), datado entre los siglos IV y I a.C., presenta una estructura muy desarrollada con torres de planta poligonal,

construcciones de protección en el acceso, entrada acodada, secciones de la muralla construidas siguiendo el sistema de cremallera, un foso con piedras hincadas y una *proteichisma*, elementos que simbolizan sin duda un gran conocimiento de las técnicas constructivas propias de la poliorcética helenística. Otro ejemplo son los elementos defensivos de La Picola (Santa Pola), datados en función de las importaciones de materiales áticos entre mediados del siglo V a.C. y principios de la segunda mitad del siglo IV a.C. Sus defensas muestran una complejidad conceptual similar a la de las fortificaciones de Emporion y Atenas, incluyendo, junto a la muralla dotada de torres cuadrangulares, una *proteichisma* avanzada y un foso. La relación de las tipologías indicadas con el empleo que de las mismas realizan las sociedades ibéricas, según se recoge en las fuentes clásicas *(vide infra)*, constituyen fuertes elementos de convicción para afirmar la difusión y aplicación de las ideas de fortificación complejas en el ámbito de la cultura ibérica.

Las influencias indicadas no deben entenderse como procedentes exclusivamente de los planteamientos de la arquitectura militar griega. Ejemplos de la influencia militar púnica se cuentan, entre otros, en los poblados de Les Toixoneres (Calafell) en el que la torre A-F es similar formalmente a las torres de la fortificación de Mothia (Sicilia), y Torreparedones (Baena-Castro del Río) cuya metrología coincide con las dimensiones del codo púnico recogido en la tabla de medidas de Thibilis (Argelia) correspondiente a época romana. La torre de Torreparedones, correspondiente al tipo de cuatro cámaras ampliamente difundido en Sicilia a fines del siglo IV a.C., plantea la idea del medio de transmisión de los conocimientos técnicos a la península Ibérica, que, en este caso, tanto podría haberse producido por la acción de un púnico o un mercenario ibérico que conociera los tipos durante su estancia en la isla.

Junto a la vertiente militar, la fortificación en el ámbito de la Cultura Ibérica debe analizarse a partir de la idea genérica de que las fortificaciones suponen la reafirmación del prestigio de un grupo explicitado en los siguientes conceptos: prestigio derivado de la potencia económica (imprescindible para concentrar los recursos materiales y humanos necesarios para la construcción de las murallas); prestigio derivado de un sistema de organización político y social (fundamental para organizar la prestación de mano de obra necesaria para la construcción, entendiendo que la misma, al realizarse de forma continuada por las especiales características de la tipología edilicia y los condicionantes climatológicos, supone la modificación de la totalidad del sistema de producción de un grupo social, no sólo mediante el trabajo comunitario no remunerado en forma de corveas, sino por la redistribución de la fuerza de trabajo en las actividades de producción de alimentos y transformación de materias primas, siendo para ello imprescindible la ascendencia del poder político); prestigio de la clase social o grupo dirigente (sostenido por la estructura ideológica de un grupo que acepta el poder político jerarquizado como una fórmula de cohesión social) que dispone de la fuerza necesaria para ordenar la construcción de recintos representativos y honoríficos (funerarios, religiosos, administrativos) no relacionados con las actividades básicas

ligadas a la supervivencia del grupo; y prestigio procedente de las relaciones económicas y sociales con los comerciantes y colonos griegos (foceos, masaliotas, ampuritanos) y semitas (fenicios, fenicios occidentales y púnicos) que posibilitaría la participación de técnicos o arquitectos mediterráneos en la construcción o la transmisión de las ideas constructivas aplicadas en los *oppida* ibéricos. La acumulación y distribución por las elites de los bienes de prestigio obtenidos por los intercambios comerciales son un elemento clave para reforzar su papel en el seno del grupo.

Las ideas de prestigio en relación con las fortificaciones no son exclusivas de la Cultura Ibérica. Y. Garlan indica acertadamente que los conceptos de prestigio, reconocimiento e identificación de y con un grupo, son muy frecuentes en la concepción de los sistemas defensivos del mundo griego, en el que la defensa de la ciudad-estado *(polis)* está directamente relacionada con la protección de su núcleo urbano, ejemplificando esta tesis en la construcción de los *largos muros* del sistema defensivo de Atenas y el puerto de El Pireo durante el siglo V a.C. Otro ejemplo significativo de la construcción de fortificaciones basado en el prestigio es la muralla de la fase IV del *oppidum* de la Heuneburg (Alemania) erigida en el siglo VI a.C. mediante el empleo de adobes, un sistema insólito en la Europa septentrional sólo comprensible a partir de las relaciones económicas entre las comunidades célticas centroeuropeas de la primera Edad del Hierro y los comerciantes foceos y etruscos siguiendo las rutas de los valles del Po y el Ródano, a través de los que se habría difundido el tipo constructivo citado que fue rápidamente sustituido por el tradicional de compartimentos de piedra y madera al afectar irremediablemente la lluvia y la humedad a la construcción de adobes. La concentración de una parte importante de la población en un núcleo urbano representa un cambio profundo en la concepción de las relaciones sociales; la proximidad de una gran masa de población a la elite dirigente de la estructura política puede interpretarse en función del papel de los jefes clánicos y de sus dependientes económicos y sociales, pero especialmente en función de un modelo coercitivo en el que las fortificaciones constituirían un factor esencial.

La fortificación como centro exponencial del poder de una estructura político-social es un instrumento de presión de una clase o grupo dirigente sobre los estratos sociales inferiores de la comunidad en un sistema fuertemente jerarquizado, preestatal o estatal como es el caso de la Cultura Ibérica. Los conceptos de estatus y poder tienen una clara representación en el ámbito arquitectónico, marcando las diferencias de clase en función del análisis espacial de la posición de las construcciones en el interior de un núcleo urbano, en el que las alturas relativas de los edificios y la proximidad de los espacios abiertos que prestigian las construcciones son elementos determinantes. Con todo, la existencia de un poder represivo étnico o económico basado en un sistema de gobierno de raíz militar que precisara de la fortificación como apoyo de sus decisiones no ha podido demostrarse arqueológicamente en la península Ibérica, aunque las destrucciones de la arquitectura funeraria en la zona del Sudeste a fines del siglo VI a.C. han

sido interpretadas frecuentemente como el resultado de un proceso de inestabilidad social derivado de una crisis económica. Por último, y especialmente en el terreno de la estrategia, la definición de las murallas como el resultado del apoyo a los intereses de un grupo no puede admitirse sobre la base de factores diversos que indican, por ejemplo, que la concentración de la población en el interior de un hábitat principal, sin diferenciación de barrios de residencia específicos por factores de clase sea un factor de riesgo, dado que aquellos de los que intentaría protegerse una elite habitarían en el mismo lugar que ella; la ausencia de zonas protegidas en el interior de los poblados; y, en menor medida, las tesis que abonan por la inexistencia de un ejército permanente en las comunidades ibéricas, factor que privaría a las elites del recurso a la fuerza para imponer sus decisiones.

La fortificación ibérica tiene por tanto un papel como elemento de prestigio y cohesión del grupo pero también un innegable carácter militar, dado que si no fuese así, la complejidad y la remodelación constante de los trazados no tendría sentido ni amortizaría la inversión de tiempo, trabajo y materiales dedicados a su construcción. En consecuencia, deben replantearse y analizarse las características que definen el empleo con fines militares de las fortificaciones, y el hecho de que las mismas fueran esencial y prioritariamente concebidas para la defensa de los núcleos de población, como base de su análisis interpretativo. Las fuentes básicas para analizar la estrategia de asedio y las tácticas de asalto en la península Ibérica son las fuentes clásicas, pese a que sus particularidades implican que para ser tomadas como base de estudio de la poliorcética ibérica es necesario contrastarlas con la información arqueológica desde una óptica crítica.

Un segundo grupo de textos está formado por las obras de los tratadistas que enuncian los conceptos teóricos y la aplicación práctica de los principios poliorcéticos. Vegecio y Vitrubio defendieron las siguientes ideas fundamentales para la defensa eficaz de las ciudades: *noción de protección*, la fortificación debe proteger a los defensores del tiro de los asaltantes; *concepción de la defensa en profundidad*, el acceso a las plazas debe dificultarse mediante el empleo de diversos métodos entre los que necesariamente ha de incluirse la combinación de fosos y murallas; *concepción activa de la defensa*, la defensa pasiva o estática está condenada a ser expugnada a corto o medio plazo; *flanqueo*, todo el perímetro exterior de las fortificaciones debe situarse bajo el fuego de las torres y murallas impidiendo la existencia de ángulos muertos; y *protección de las puertas*, que al tratarse de los puntos más débiles del sistema murario debían disponer del sistema más complejo posible de defensa.

Los conceptos indicados no fueron introducidos por Roma, sino que se basaban en las teorías expuestas y defendidas por los tratadistas griegos a partir del siglo V a.C. Junto a Eneas el Táctico *(Poliorcética)* y Filón de Bizancio (*Poliorcética y Máquinas de Guerra*), autores o compiladores de los textos más conocidos, otros escritores e ingenieros recogieron las innovaciones técnicas y teóricas en el campo de la estrategia y táctica del asedio. Así, Bitón (s. III a.C.) en su obra *La construcción de las máquinas de guerra y las catapultas*, describe el *petrobolon*, in-

genio para lanzar piedras obra de Caronte de Magnesia, el *gastraphetes* desarrollado por Zopirus de Tarento en Mileto, el *elepolis*, inventado por Posidonio de Mileto, y la *sambuca* definida por Damio de Colofonte; Ctesibios de Alejandría, autor de un trabajo sobre las máquinas según Vitrubio; y Ateneo el mecánico (siglos III-II a.C.), autor de *Las máquinas de guerra*, texto dedicado al cónsul Marcelo, conquistador de Siracusa durante la Segunda Guerra Púnica. Siendo evidente que las informaciones recogidas en estas obras son en muchos casos teóricas, su impacto en la teoría militar a partir del siglo V a.C., fecha de la introducción por Cartago de las máquinas de guerra en el Mediterráneo central durante la segunda guerra de Sicilia, fue muy importante,[92] y sus ideas (o bien otras relacionadas) pudieron perfectamente difundirse en la península Ibérica a través del comercio y la colonización de poblamiento focea o púnica y, especialmente, por mediación de los mercenarios iberos que participan en las guerras griegas y greco-púnicas a partir del siglo V a.C. y que conocen de primera mano tanto los nuevos avances militares como los sistemas de defensa de las fortificaciones, y con cuyo regreso a principios del siglo IV a.C. se pudieron difundir los nuevos sistemas de tecnología militar, y bien ellos, o más probablemente técnicos púnicos o foceos al servicio o relacionados con las estructuras de poder indígenas, introducirlas en la arquitectura militar ibérica.

El asedio de Sagunto el año 219 a.C. por el ejército de Aníbal Barca es el más antiguo entre los acaecidos en la península Ibérica del que se ha conservado información escrita. No obstante, las características de la poliorcética descrita por Tito Livio, y el empleo que los saguntinos realizan de los sistemas de defensa mixta ante las tácticas de asedio púnicas, indican un grado de conocimiento de la teoría poliorcética que se remonta lógicamente a una fecha anterior al último cuarto del siglo III a.C., por lo que debe deducirse que la adquisición y adaptación de los sistemas defensivos avanzados en el mundo ibérico tuvo que realizarse en una fecha anterior a la indicada, probablemente como consecuencia de una doble dinámica, interna y externa, a las estructuras sociales ibéricas. Destrucciones como las de las fortificaciones del poblado del Puig de Sant Andreu (Ullastret) atribuidas sin un corpus argumentativo claro a invasiones galas acaecidas alrededor del 400 a.C., o la remodelación coetánea de las fortificaciones de *Emporion* son ejemplos de la existencia de razones que potencian la necesidad de mejora de los sistemas defensivos en el ámbito ibérico desde fines del siglo V a.C.

La premisa fundamental de la defensa de un núcleo de población se basa en la complejidad del sistema defensivo que se opone a un teórico enemigo. Cuanto más potentes sean las murallas y fortificaciones, tanto más difícil será que se intente el asalto de las mismas, por cuanto el número de bajas que sufriría el atacante

92. El año 409 a.C. los cartagineses emplearon en Sicilia por vez primera la torre de asalto y el ariete cubierto, armas que les permitieron obtener una rápida sucesión de impactantes triunfos. Estos avances técnicos provocaron a su vez la respuesta de los ingenieros de Dionisio de Siracusa, quienes desarrollaron a partir del año 398 a.C. las primeras catapultas de ballesta *(gastraphetes)* y, posteriormente, de torsión.

sería muy elevado, sin que, por otra parte, existiesen garantías de que el esfuerzo se viera coronado finalmente por el éxito.[93] El fracaso en un asedio comporta frecuentemente un deterioro de la moral de las tropas y el descrédito del jefe militar que lo ha dirigido, hecho que en estructuras sociales en las que el poder militar está unido al político, y ambos dependen en gran medida del ascendiente sobre los miembros de una comunidad, supone un riesgo excesivo. No se conocen textos que indiquen la existencia de trabajos de bloqueo de *oppida* en el mundo ibérico antes de la presencia bárquida en la península, o del empleo de técnicas de sitio y maquinaria compleja anteriores a esa fecha, pero probablemente el asedio debía producirse con relativa frecuencia como indican las rápidas respuestas de los saguntinos a los ataques púnicos como el empleo de una serie de contramedidas fundamentales para liberar una plaza, entre las que se cuentan la obtención de socorros exteriores que bloqueen o acosen a su vez al asaltante, como el desbloqueo por el rey de los orisios de la ciudad de Helicen asediada por Amílcar; la persecución de un enemigo en retirada agotado por el esfuerzo de tomar una ciudad como en la acción de los carpetanos contra el ejército de Aníbal;[94] la preparación de los habitantes de las mismas para resistir asedios prolongados, como en el caso de la defensa de Arbocola ante Aníbal; o la realización de salidas como en el asedio de la capital de los lacetanos por Marco Porcio Catón, serie de consejos tácticos ampliamente recogida en los tratados de estrategia anteriormente citados.

Analizada en función de su empleo, la arquitectura militar responde siempre conceptualmente a las necesidades tácticas que han motivado su construcción. Si el sistema de guerra desarrollado en la península Ibérica a partir del siglo V a.C. fuera tan sólo el tipo de lucha heroico que se ha interpretado y propuesto a partir del estudio iconográfico de los conjuntos escultóricos del sur y sudeste, y de la cerámica pintada del levante, o la razzia puntual derivada de los relatos de algunos escritores clásicos,[95] la existencia de sistemas de fortificación complejos sería innecesaria, por cuanto en el primer caso la victoria de un *héroe* en combate singular supondría la asunción de un derecho de conquista sobre el vencido y, en el segundo, el concepto del asedio es incompatible con el de la rapiña derivada de una destrucción rápida. Por tanto, y con independencia de las razones que justifican la arquitectura de prestigio, la fortificación compleja responde a la existencia de contingentes de tropas permanentes o fácilmente reclutables

93. Un ejemplo de las pérdidas que puede acarrear un asedio, aun victorioso, se encuentra en Polibio: «(Aníbal) cruzó el río Ebro y sometió a las tribus de ilergetas y bargusios, también a los ernesios y a los andosinos, hasta llegar a los llamados Pirineos. Redujo a todos estos pueblos, tomó por la fuerza algunas ciudades más pronto de lo que hubiera esperado, pero le costaron numerosas y duras luchas en las que perdió no pocos hombres». *Historias*, III, 35, 2-4.

94. «Ya se retiraba, cuando se vio expuesto súbitamente a los más graves peligros: le salieron al encuentro los carpetanos, que quizás sea el pueblo más poderoso de los de aquellos lugares; les acompañaban sus vecinos, que se les unieron excitados principalmente por los ólcades que habían logrado huir; les atacaban, también enardecidos, los salmantinos que se habían salvado. Si los cartagineses se hubieran visto en la precisión de entablar con ellos una batalla campal, sin duda alguna se habrían visto derrotados». Polibio, *Historias*, III, 14, 2-4.

95. Por ejemplo, Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 32, 9.

que puedan llevar a cabo acciones militares a gran escala entre las que se incluyan los asedios, un tipo de práctica militar diametralmente opuesto al combate heroico.

En contra de las tesis que indican que las torres de los perímetros amurallados tenían tan sólo una función de vigía para prevenir ataques por sorpresa a las puertas, considerado como el único método por el que un ejército ibero podría expugnar una ciudad, dados sus limitados recursos militares, el estudio arquitectónico de las fortificaciones indica lo contrario. La potencia de las defensas deber relacionarse con la existencia de ejércitos numerosos frente a los que era necesario presentar un sistema complejo de protección en el acceso a los *oppida*, dado que menciones en las fuentes al asalto y toma de ciudades por parte de iberos y celtiberos son corrientes.[96]

El acceso a las puertas se encontraba protegido por torres avanzadas y sistemas de *proteichisma* y *epikampion* que dificultaban el acceso a las mismas. Las torres se proyectan hacia delante de la línea de muralla avanzando sobre el flanco más expuesto de puertas y poternas, forzando al asaltante a realizar un recorrido concreto para alcanzarlas, siempre de manera forzada y siguiendo el planteamiento táctico de la estrategia de defensa y no de la de ataque. Los sistemas defensivos de los poblados de Les Toixoneres (Calafell) y Puig de Sant Andreu (Ullastret) son ejemplos sobresalientes de ello. Al situar los accesos a la derecha de las torres avanzadas se crea una zona de terreno batido en la que el asaltante recibe los proyectiles de frente y de flanco, siempre por su costado derecho, aunque en ocasiones puede además encontrarse enfilado también por torres y lienzos de muro situados a su izquierda; este hecho es fundamental por cuanto la iconografía ibérica muestra claramente cómo el escudo de los *caetratum* se sostiene con la mano izquierda, dejando la diestra libre para blandir las armas ofensivas.[97] Si el guerrero es constreñido a cambiar su armamento de mano para protegerse de los proyectiles que se lanzan sobre él y no puede emplear con la zurda sus armas al no estar preparado o acostumbrado a ello, su capacidad ofensiva se anula y el defensor tendrá siempre ventaja sobre el asaltante, que se verá imposibilitado para responder de forma conveniente.

Como se ha indicado, los puntos débiles de los trazados defensivos son las puertas y las poternas, por lo que constituyen los lugares en los que se concentra

96. *Vide* como ejemplos: «Los celtiberos, que habían sido los primeros de esta región en enviar legados y rehenes a los romanos, excitados por un mensajero de Escipión, toman las armas e invaden la provincia de los cartagineses con un fuerte ejército. Toman por asalto tres ciudades y entablan con insigne valor dos combates con Asdrúbal, al que matan quince mil hombres y le cogen cuatro mil, con muchas enseñas». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 21. «Estos tránsfugas provocaron un levantamiento entre los Tartesios, arrastrando con ellos algunas ciudades y tomando una por asalto» (*ibid.*, XXIII, 26). «Se dirigen a asaltar Ascua, donde Asdrúbal, al entrar en aquel país, había dejado el grano y demás provisiones, y se apoderan del campo alrededor» (*ibid.*, XXIII, 27).

97. La forma en que portaban las armas los guerreros iberos es descrita por Tito Livio en el relato sobre el asedio de Orongis: «Abriendo, pues, repentinamente la puerta, se echaron en masa fuera de la ciudad poniendo los escudos por delante por si les disparaban venablos desde lejos y mostrando desnudas las diestras para que se viera bien que habían arrojado las espadas». *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 3.

la capacidad defensiva. La regla básica de la función poliorcética es mantener alejados de los muros a los asaltantes, para lo que debe contarse tanto con las obras avanzadas como con la capacidad de fuego. Por ello, la estrechez del espacio dejado por los muros que constituyen los *epikampion* existentes ante las puertas tiene por objetivo convertir al mismo en una ratonera que restrinja la movilidad de los asaltantes y permita la concentración del tiro por parte de los defensores con una mínima respuesta de los primeros que, en función de lo estrecho del paso, no pueden hacer valer su número.

El desarrollo de un asedio supone la contraposición de dos estrategias. Si bien el asaltante cuenta con la ventaja de poder escoger el lugar o lugares por los que intentará penetrar en la ciudad en función de sus fuerzas y/o de la posibilidad de sorprender al enemigo, siendo el caso de la toma de Cartago Nova por Publio Cornelio Escipión el año 209 a.C. un excelente ejemplo de ello, por lo que actuará siempre en función de sus recursos y de la topografía del terreno, como muestra la elección que Aníbal realiza de los puntos para atacar Sagunto,[98] el defensor cuenta con los mismos factores y, conociendo las particularidades de la aglomeración que debe defender, puede y debe anticiparse a los movimientos de su oponente y deducir cuáles son los puntos débiles del perímetro murario para concentrar en ellos su esfuerzo bélico. El defensor debe intentar dificultar al máximo la progresión de su oponente, conservando el mayor tiempo posible el control táctico sobre el terreno inmediato a las murallas que puede batir con su fuego de barrera, aumentando las bajas del asaltante y retrasando (o impidiendo) que éste alcance la base de los muros o las puertas y pueda emplear torres móviles, arietes, zapas o escalas para penetrar en el interior del recinto. En el momento en que las fortificaciones de la ciudad cedan, el número provocará que el triunfo se decante siempre del lado del asaltante,[99] dado que uno de los problemas básicos con los que se enfrenta el estratega que dirija la defensa de una ciudad es el número de efectivos disponible. Por regla general, un sitio se produce después de que el ejército de campaña de la ciudad asediada haya sido vencido, por lo que sus contingentes se habrán visto mermados por las pérdidas sufridas, hecho que condiciona la ubicación de los defensores en las fortificaciones, concentrándolos en los puntos más vulnerables, como indica Eneas el Táctico, quien sostiene que los enclaves más amenazados deben ser defendidos por los ciudadanos de mayor prestigio.[100] Tito Livio indica que durante el asedio de Sagunto los defensores carecían de efectivos suficientes para guarnecer todo el perímetro, lo que dificultaba

98. «Con su temible ejército, devastó a su paso los campos y atacó por tres puntos la ciudad. Había un ángulo de la muralla que avanzaba hacia un terreno más llano y abierto que todo el territorio alrededor. Contra él mandó instalar los manteletes para poder por ellos aproximar los arietes a la ciudad». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 7.

99. Eneas el Táctico advierte sobre este problema: «Es preferible bloquear los espacios abiertos de la ciudad que no tengan utilidad, para evitar que sea necesario destinar tropas a ellos, cavando fosos y dejándolos tan inaccesibles como resulte posible para quienes quieran provocar un levantamiento y ocupar con antelación dichas posiciones». *Poliorcética*, II, 1.

100. *Poliorcética*, XXII, 15; XXVI, 10.

su defensa.[101] La falta de soldados será especialmente grave cuando no puedan formarse reservas para acudir a los puntos más amenazados durante los asaltos, por lo que con frecuencia participarán en la defensa de la ciudad todos sus habitantes, como en el caso de Iliturgi,[102] o en la toma de Salmantica por Aníbal en la que algunas mujeres combaten junto a los hombres.[103]

El concepto del fuego defensivo o de barrera parte de la potencia o alcance medio de las armas de mano que se suponga vayan a ser empleadas con mayor frecuencia por los defensores, estimándose preferible realizar los cálculos básicos de la defensa sobre el volumen de fuego que pueden sumar las acciones individuales de los guerreros, que sobre la calidad y precisión de los disparos hechos mediante el empleo de máquinas, puesto que la recarga de las mismas era muy lenta y, en consecuencia, su empleo deficiente e inadecuado para contrarrestar el mayor peligro con el que se enfrentaban los defensores de una plaza: impedir que el asaltante recorriera con cierta comodidad la distancia existente entre sus posiciones de partida situadas fuera del alcance del tiro de los defensores de la ciudad y la base de los muros, en la que plantaban las escalas o bien intentaban derribarlos con ayuda de arietes, eligiendo por regla general ángulos muertos situados a cubierto del tiro defensivo; a modo de ejemplo, cabe citar que en el sitio de Orongis el año 207 a.C., la potencia del fuego de los defensores fue de tal magnitud que impedía la aproximación de los soldados de Lucio Escipión.[104]

Filón de Bizancio, en sus tratados *Poliorcética* y *Máquinas de guerra*, indica que los tramos de muralla entre torres u obras avanzadas no debían sobrepasar el alcance del tiro efectivo de las armas de mano, cifrando como media un máximo de 100 codos (46,2 m) que corresponde, por ejemplo, a la mitad del tiro de precisión con honda fijado en 100 m para los experimentados honderos cretenses del relato de Jenofonte (ss. V-IV a.C.).[105] El concepto modular en la construcción de los sistemas defensivos ibéricos adaptados a cánones concretos de balística se refleja, por ejemplo, en la longitud de los tramos de la *Muralla Frigoleta*

101. «El ejército cartaginés era muy numeroso, calculándose sus efectivos hasta ciento cincuenta mil hombres; los sitiados, no bastando para defenderlo y vigilarlo todo, se vieron obligados a dispersarse». *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 8.

102. «Consiguientemente, no intervienen sólo los hombres en edad militar, ni sólo los varones sino las mujeres y los niños, más allá del límite de sus fuerzas físicas y morales, les alcanzan las armas a los combatientes, les llevan piedras a los que refuerzan los muros». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 19.

103. «Los bárbaros le suplican que les permita salir con sus mujeres y con la ropa de diario y dejar armas, bienes y esclavos. Las mujeres, tras ocultar espadas en su regazo, salieron con los hombres. Los soldados de Aníbal, efectivamente, saqueaban la ciudad, y las mujeres, alentando con sus gritos a los hombres, les dieron las espadas; y algunas incluso, sacándolas ellas mismas, atacaron con los hombres a los que saqueaban la ciudad, de suerte que derribaron a unos y rechazaron a otros y en tropel se abrían camino a golpes. Aníbal, admirado del valor de las mujeres, devolvió por ellas a los hombres la patria y los bienes». Polieno, *Estratagemas*, VII, 48; Plutarco. *De Virt. Mul.*, X, 248.

104. «Cuando el primer cuerpo inició el ataque hubo una lucha terrible pero de resultado incierto: no resultaba fácil acercarse a los muros ni aplicar escalas debido a los proyectiles que caían». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 3.

105. *Anábasis*, III, 3.

del Puig de Sant Andreu (Ullastret), que miden respectivamente 29,45 m en el sector F-G; 29,58 en el H-I, 28,56 en el J-L y 27,05 en el M-O, tramos enmarcados siempre entre dos torres avanzadas de medidas asimismo regulares que responden a una modulación de origen griego observada también en otros asentamientos de la costa del levante peninsular como es el caso de La Pícola (Santa Pola). La aplicación de las tesis de W. Marsden al trazado de ésta y otras fortificaciones ibéricas siguiendo sistemas poliorcéticos complejos indica que el terreno existente ante las murallas se encuentra siempre batido desde múltiples puntos, organizándose de esta forma una defensa con fuego de apoyo por tramos que incluye, como mínimo, el procedente de dos torres y un tramo de muralla para un mismo sector; si en la construcción de los tramos de muralla se incluían además segmentos concatenados, aplicando el sistema del trazado de muros en cremallera propio del mundo griego a partir de la segunda mitad del siglo V a.C. como propugnaba Filón de Bizancio, la propia cortina muraria disponía de zonas avanzadas para proteger con tiro lateral secciones de la misma reduciendo su dependencia respecto a las torres de flanqueo.

Polibio relata[106] que Publio Cornelio Escipión, durante el combate del istmo de Cartago Nova (209 a.C.), se hacía acompañar por tres soldados que le protegían de los proyectiles que lanzaban desde las murallas, siendo este dato especialmente significativo por cuanto el cónsul romano se encontraba tras las líneas de su ejército que combatía ante los muros de la ciudad con la parte más escogida de la guarnición púnica, por lo que se deduce que todo el campo de batalla se encontraba bajo el fugo de barrera de los defensores apostados en los muros, que alcanzaba una distancia superior a dos estadios (casi 354 m), distancia que sólo podía ser cubierta con máquinas, ya que el alcance máximo del arco o de la honda son inferiores, incluso en el tiro por salvas de poca precisión. La hagiografía de Polibio exagera, no obstante, la importancia y trascendencia del fuego realizado desde los muros de la ciudad, por cuanto difícilmente podría un escudo cubrir de forma efectiva contra los proyectiles lanzados por máquinas, dado que la fuerza del impacto de los mismos no tan sólo derribaba filas enteras de soldados como cuenta Julio César con relación al sitio de Avaricum (52 a.C.), sino que podía partir a un hombre por la mitad, proyectando su cabeza a más de tres estadios de distancia (casi 530 m), como ocurrió en el asedio de Jotapata de Galilea (63 d.C.),[107] atravesando cascos y corazas, y provocando graves heridas como la recibida por Alejandro Magno en el sitio de Gaza (332 a.C.).

La importancia del fuego defensivo de Cartago Nova puede cuantificarse por el hecho de que en el recuento de material tomado al conquistar la ciudad figuraban 120 catapultas grandes, 280 catapultas pequeñas, 23 balistas grandes, 52 balistas pequeñas, así como escorpiones, dardos y diversos tipos de armas

106. «Llevaba consigo tres soldados armados, los cuales, cubriéndole y defendiéndole con sus escudos de los tiros que venían del muro, procuraban su seguridad». *Historias*, X, 13, 1.

107. Flavio Josefo. *La Guerra de los Judíos*, III, 243-247.

arrojadizas,[108] lo que supondría un arma pesada cada siete metros si tenemos en consideración que el perímetro de la muralla era de veinte estadios (casi 3.540 m),[109] no siendo probable que todas ellas entrasen en acción durante el combate, puesto que el gobernador de la ciudad, Magón, disponía tan sólo de cuatro mil hombres (dos mil pertenecientes a la guarnición y otros dos mil reclutados de emergencia entre los habitantes de la ciudad), de los que más de la mitad combaten fuera de la ciudad. Siendo necesario un mínimo de cuatro servidores para accionar y proveer las máquinas de este tipo con una cadencia de disparo óptima, es evidente que el parque de artillería descrito correspondería más a la reserva del ejército de campaña cartaginés que al armamento de defensa de la ciudad.[110]

La aplicación de los principios poliorcéticos de origen mediterráneo en la construcción de fortificaciones como las del Puig de Sant Andreu (Ullastret), Castellet de Banyoles (Tivissa), Turó del Montgròs (El Brull), Les Toixoneres (Calafell), La Serreta (Alcoy) o, incluso, Cerro de Capote (Higuera la Real), no puede comprenderse si no se realiza sobre la base del conocimiento de las máquinas de guerra. No obstante, no se ha documentado arqueológicamente ninguna máquina de este tipo en asentamientos ibéricos, correspondiendo los dos ejemplos más antiguos conocidos en la península Ibérica, las *euthytonon* de *Emporion* y La Caridad (Caminreal), al período romano republicano, aunque este tipo de catapulta de torsión se desarrolla a partir de mediados del siglo IV a.C. Frente a la negación del empleo de máquinas de guerra por los iberos debido a su inexistencia en el registro arqueológico debe indicarse que no se pone en duda su empleo por los ejércitos púnicos aun cuando tampoco se ha localizado ninguna máquina adscribible a las armadas de Cartago. Aunque se trata de una obra más literaria que histórica, Silio Itálico indica que los defensores de Sagunto empleaban balistas foceas[111] en referencia a las máquinas opuestas a los cesarianos por los defensores de Massalia el año 48 a.C.,[112] y aunque la cita pueda ser apócrifa, es mucho más plausible el relato de Tito Livio cuando indica que los defensores de la capital de los ausetanos el año 218 a.C. llegaban con sus tiros hasta la posición de las máquinas de Publio Cornelio Escipión, lo que tan sólo puede ser posible con el empleo de máquinas, puesto que de no ser así, lo lógico sería que el ejército romano mantuviera fuera del alcance máximo del tiro

108. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVI, 47, 5.

109. Polibio, *Historias*, X, 10, 1.

110. Tal y como Publio Cornelio Escipión dice a su ejército: «Aquí están las catapultas, las armas y todo el material bélico, que os equipará a vosotros y al mismo tiempo dejará sin nada al enemigo». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVI, 43.

111. «La balista focea lanza bloques de piedra, se la recarga con un nuevo proyectil, enorme, un vástago armado con hierro que golpea las filas enemigas y las aplasta». Silio Itálico, *Púnica*, I, 334-335.

112. «Pero tal era, desde hacía mucho tiempo, la reserva de máquinas guerreras que había en la ciudad y tanta la cantidad de artefactos de artillería, que no podía contrarrestar su poderío ningún mantelete revestido de zarzos. Porque vigas de doce pies, provistas de aguijones, disparadas por enormes catapultas, aun después de atravesar cuatro setos de zarzos, quedaban clavadas en tierra». Julio César, *Guerra Civil*, II, II, 1-2.

de los defensores su propia artillería para disparar con seguridad contra las murallas.[113]

La ubicación de las máquinas de guerra en las fortificaciones se concentraba en las torres, que debían disponer de plataformas a diferentes alturas dotadas de troneras para facilitar el disparo, puesto que las balistas realizaban un tiro de trayectoria tensa y no parabólica. La ubicación en altura de las máquinas permitía ampliar el alcance de las armas, ya que la distancia obtenida al disparar desde una altura concreta se duplicaba al aumentar la altura. Algunas torres de los poblados anteriormente citados responden perfectamente a las descripciones clásicas sobre la construcción de casamatas o puntos de tiro, como es el caso de la torre del Istmo de la muralla del Puig de Sant Andreu (Ullastret), o las torres de Turó del Montgròs (El Brull) y Les Toixoneres, estas últimas relacionadas tipológicamente con las fortificaciones púnicas de Mothia (Sicilia).

En las máquinas de guerra se empleaban proyectiles de piedra, pero asimismo los de ánima metálica concebidos como soporte de materias inflamables. El fuego se empleaba ya contra las máquinas de guerra asirias, puesto que en los relieves del palacio de Senaquerib (704-681 a.C.) en los que se relata el asedio y toma de la ciudad de Lachish (701 a.C.) se muestran soldados ubicados en el interior de los arietes cubiertos lanzando agua sobre el armazón de madera para impedir que el fuego prenda. Eneas el Táctico[114] indica que las mezclas de pez, estopa y azufre son el mejor combustible para oponerse a las máquinas utilizando ánimas de hierro como soporte, siendo un sistema muy similar al utilizado por los saguntinos, denominado *falarica* por Tito Livio[115] y Silio Itálico,[116] con el que intentaban entorpecer el avance del ejército cartaginés.

Los proyectiles de fuego tenían un doble fin: quemar las máquinas y obras de asedio que los asaltantes intentaban aproximar a la muralla, y causar el terror entre los soldados por el tipo de heridas que causaban las mezclas de materias inflamables utilizadas, hasta el punto que los tratadistas militares indicaban las

113. «Treinta días duró el asedio, durante los cuales raras veces el espesor de la nieve fue inferior a cuatro pies; de tal modo había cubierto las máquinas y manteletes de los romanos que ella sola se bastó algunas veces para defenderlas del fuego que el enemigo les echaba». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 61.

114. *Poliorcética*, XXXIII, 1-2. Debía emplearse del modo siguiente: «Preparad palos parecidos a los mazos de mortero, pero de un tamaño mayor; en los extremos del palo clavad puntas de hierro, unas grandes, otras más pequeñas, y en el resto del palo, arriba y abajo, atad, por separado, preparados de alto poder incendiario. Su apariencia debe ser similar a la de un rayo como los que son representados en las pinturas. Este preparado debe ser lanzado contra la máquina que se esté aproximando, dispuesto de manera que quede fijado sobre la máquina y que el fuego, como está clavado, se mantenga.»

115. *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 8.

116. *Púnica*, I, 350-364. «La falarica, que para lanzarse precisa de muchos brazos. Es una terrible pieza de madera de abeto obtenida en las cumbres nevadas de los Pirineos erizada de puntas de hierro, ingenio destructor presente siempre en las murallas, cuyo fuste está recubierto de pez espesa y azufre negro que se inflama. Como un rayo es lanzada desde las murallas hendiendo el aire que se abre ante su llamarada, similar al meteoro de fuego que cae del cielo sobre la tierra [...] cuando se hunde en el costado de una enorme torre, el fuego de Vulcano muerde profundamente las mamparas de madera hasta que termina por quemarse aplastando armas y hombres bajo los escombros ardientes.»

precauciones que debían tomarse para luchar contra los incendios provocados durante un asedio.[117]

Con todo, la mayor parte de los proyectiles lanzados desde torres y murallas lo eran por armas de mano. Las armas arrojadizas propias de la panoplia ibérica, como la lanza o el *soliferreum*, no podían emplearse con comodidad desde una posición elevada para efectuar un fuego de barrera, puesto que la anchura de los pasos de ronda y las dimensiones de las plataformas de las torres impedían que el guerrero tomara impulso a la carrera para proyectar su arma, con lo que la distancia que podía cubrir el proyectil era muy reducida. Este tipo de armas de asta podía emplearse en un tiro cenital cuando el enemigo hubiera alcanzado la base de los muros o para impedir que se coronasen los mismos mediante escalas, aunque en ambos casos el arma se perdería rápidamente restando al guerrero tan sólo sus armas de puño. A este elemento debe añadirse el factor de riesgo que supone el tiro cenital al tener que pasar el defensor el cuerpo por encima del parapeto, con lo que quedaría muy expuesto al fuego de cobertura del atacante.

Los ejemplos indicados responden a una concepción defensiva de tipo estático, en la que todo el planteamiento se articula en función de la línea de muralla al concentrar los esfuerzos de la defensa en el mantenimiento de la misma, puesto que su pérdida significa la irrupción del enemigo en el interior de la ciudad. No obstante, existen otras tácticas de defensa, denominadas móviles o agresivas, en las que los sitiados, además de mantener la cobertura de las murallas, efectúan salidas contra el asaltante para quemar sus máquinas, desbaratar sus posiciones y, en el mejor de los casos, hacerle retroceder.[118]

El concepto de la salida en fuerza, descrita por los tratadistas griegos,[119] fue aplicado por los saguntinos[120] en diversas ocasiones,[121] aunque se trataba de una

117. «Quienes apaguen el incendio desde posiciones elevadas deben tener una protección en el rostro, con el objeto de que sufran un daño menor cuando el calor de las llamas les afecte». Eneas el Táctico, *Poliorcética*, XXXIV, 2.

118. Julio César indica un ejemplo en relación con el asedio de Massalia: «Los sitiados irrumpen fuera de las puertas, y gracias a un gran viento favorable, prenden fuego a los trabajos de aproximación. El viento inflamó la lumbre de tal modo que a su mismo tiempo el terraplén, los plúteos, la tortuga, la torre y los aparatos de artillería, quedaron envueltos en llamas, y todo ello se consumió antes de que pudiera advertirse de qué modo había sucedido». *Guerra civil*, II, XIV, 2.

119. «En otra ocasión, los asediados sorprendieron al enemigo, con una salida secreta, de la siguiente manera: construyeron un muro delante de las puertas a la vista del enemigo; a continuación, en el lugar que era particularmente propicio para un ataque enemigo, desplegaron una pequeña vela y la recogieron después de algún tiempo, de manera que, en un principio, asombrara a los enemigos, pero después, dado que la maniobra se repetía muchas veces, no le dieron importancia. Una noche, los habitantes de la ciudad, tras hacer en el muro una abertura del tamaño deseado y construir una falsa estructura en su lugar, desplegaron una vela. Después de esperar la ocasión propicia, efectuaron una salida y atacaron por sorpresa a los enemigos». Eneas el Táctico, *Poliorcética*, XXIII, 4-5.

120. «Sino para caer sobre los destacamentos y fortificaciones de los enemigos, y en estos repentinos combates no caían más saguntinos que cartagineses». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 7.

121. «Aníbal estaba allí donde el ejército de los sitiados había intentado una salida por sorpresa». Silio Itálico, *Púnica*, I, 426-429; «Entonces, los guerreros saguntinos, enmudecidos por esta muerte heroica, avanzan para impedir que el fiero vencedor pudiera hacerse con las famosas armas de Murrus y con

táctica común a otras poblaciones ibéricas, como los lacetanos, según explica Tito Livio.[122] Tan común debía ser entre los iberos la táctica de la salida durante los asedios que incluso cuando Aníbal decide dar descanso a sus tropas durante el sitio de Sagunto mantiene prudentemente una fuerte guardia junto a las obras de aproximación.[123] Los sistemas defensivos utilizados en el asedio de Sagunto se inscriben en los principios tácticos generalizados en el Mediterráneo, siendo, por ejemplo, muy similares a los empleados por el general cartaginés Imilcón para defender Lilibeo frente a los romanos durante la Primera Guerra Púnica.[124] La realización de salidas contra las tropas que asedian un recinto fortificado precisa del conocimiento previo de este tipo de estrategia para poder realizarla, dado que es un planteamiento táctico que no puede improvisarse. Para desarrollar una defensa ofensiva se precisa de un sistema de fortificaciones complejo que incluya poternas en el flanco de las torres protegidas por un *epikampion* inscrito en una *proteichisma*. A diferencia de Eneas el Táctico, que indica que en ocasiones los defensores de la ciudad han de recurrir al derribo de una parte del muro para llevar a cabo una salida, Filón de Bizancio define y aconseja el empleo de las poternas,[125] un concepto arquitectónico perfectamente integrado en el planteamiento constructivo de las fortificaciones ibéricas a partir de finales del siglo v a.C. El trazado perimetral de algunos poblados del nordeste peninsular incluye la asociación torre-poterna-muro avanzado, probablemente derivada de las soluciones técnicas aplicadas en el sistema defensivo de *Emporion* entre el siglo v y la segunda mitad del siglo III a.C., teniendo como ejemplos más significativos los tra-

su cadáver», *Púnica*, I, 518-521; «Los hombres por su parte irrumpen en la noche contra los destacamentos cartagineses, entregados aún al sueño y sin ninguna sorpresa». Apiano, *Iberia*, 12.

122. «El mayor número de sus auxiliares estaba formado por suesetanos; a éstos mandó empezar el ataque a la muralla. Cuando reconocieron los lacetanos sus armas y sus enseñas, recordando cuántas veces habían saqueado impunemente sus campos, cuántas en batalla formada los habían derrotado y dispersado, abriendo de repente la puerta, irrumpieron todos contra ellos». *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 20.

123. «Aníbal, viendo que los combates y los trabajos habían agotado a sus soldados, les concede un descanso de algunos días, después de establecer puestos de guardia en los manteletes y otras obras». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 11.

124. «A fuerza de añadir constantemente nuevos preparativos a los anteriores y de extender los equipos de las obras, los romanos terminaron por derrumbar las seis torres contiguas a la citada, y empezaron un ataque simultáneo contra las restantes por medio de arietes. Como el asedio se hacía enérgico y pavoroso, y diariamente había torres que se derrumbaban y otras que amenazaban ruina, y como las obras romanas penetraban cada vez más en la ciudad, entre los asediados reinaban consternación y confusión terribles; dentro de la plaza había, además de la masa de la población, unos diez mil mercenarios. El general cartaginés Imilcón no omitía nada que fuera factible, o levantando contramuros o excavando contraminas, y no era pequeño el apuro que proporcionaba al adversario. Además efectuaba salidas diariamente, y atacaba las máquinas de asedio, por si lograba incendiarlas. Para ello lanzó muchos e inesperados golpes de mano, tanto de día como de noche, de manera que a veces hubo más muertos en estos choques de los que habitualmente hay en las batallas campales». Polibio, *Historias*. I, 42, 10-13.

125. «Para efectuar las salidas con tranquilidad era menester que hubiese muchas poternas en los flancos. De éstas, unas contaban con junturas articuladas y otras con puertas que se aseguraban por medio de cerrojos. Las poternas que se abrían en los flancos derechos estaban reservadas para las salidas, las de los flancos izquierdos para los regresos.»

zados de los poblados de Turó del Montgrós (El Brull), y Puig de Sant Andreu (Ullastret). Pese a las tesis que han indicado el hecho de que las obras avanzadas eran tan sólo una copia de prestigio por parte de las elites locales de las obras monumentales de *Emporion*, debe afirmarse que la construcción de un sistema defensivo específico implica un claro conocimiento de sus posibilidades de empleo, y, al mismo tiempo, una necesidad próxima o futura de utilizarlo. La táctica de la salida en fuerza debe considerarse como una práctica común en la estrategia militar del mundo ibérico.

Las obras exteriores a las fortificaciones tenían que complementarse con la construcción de fosos. Pese a que tan sólo se conocen para el período Ibérico Pleno en los poblados del Puig de Sant Andreu, Turó del Montgrós y Les Toixoneres, otros asentamientos fortificados, como Els Vilars (Arbeca), demuestran el conocimiento de este elemento de defensa relacionado con torres y murallas en el nordeste a partir del siglo VII a.C. El planteamiento teórico del foso es el mismo que el de la *proteichisma*: mantener al enemigo alejado de la muralla, debiendo tener, según los tratados de Filón de Bizancio, la mayor profundidad posible y una anchura mínima de 70 codos (casi 32 m) para impedir que las máquinas de guerra pudieran aproximarse hasta alcanzar una posición de tiro óptima contra las murallas. La existencia de un foso supone una excelente defensa contra las tareas de zapa realizada por el asaltante,[126] dificultando que inicie la perforación de sus túneles cerca de la base de los muros, debiendo dar comienzo a la excavación a mucha distancia (y a gran profundidad) de los muros para sortear el obstáculo; ambas dificultades facilitan las tareas de contrazapa o contraminado, especialmente la detección e incendio de los túneles.

Las características específicas de las fortificaciones ibéricas, realizadas con bloques de piedra de tamaño diverso y talla no isodoma unidas con arcilla y no con mortero, condicionan que la distribución del esfuerzo o carga sea irregular en las todas las partes de un muro. Así, la fuerza de un proyectil se concentra en el punto de impacto del mismo si el muro es de piedra, mientras que si es de adobe o tapia se reparte uniformemente por toda la sección o tramo de muralla situado entre dos torres, reduciendo los efectos del impacto. La repartición de los efectos de un impacto entre una superficie grande es muy importante, dado que el objetivo del tiro es llegar a provocar el hundimiento de un tramo de muralla mediante impactos sucesivos, por lo que una construcción con materiales articulados aguanta mucho mejor este tipo de ataque obligando al asaltante a emplear sistemas de destrucción de los muros con acciones más próximas a los mismos, exponiendo más a los guerreros al tiro de barrera aumentando con ello las bajas. En función de la respuesta de los diversos materiales al choque de los proyectiles o al impacto repetido de la cabeza de un ariete, Filón de Bizancio y Eneas el

126. «He aquí cómo hay que impedir los trabajos de quienes construyen minas. Si tenéis la certeza de que están construyendo minas, hay que excavar una fosa lo más profunda posible en la parte exterior de la muralla con la finalidad de que la mina desemboque en ella y queden al descubierto los zapadores». Eneas el Táctico, *Poliorcética*, XXXVII, 1.

Táctico recomiendan la construcción de fortificaciones con la tierra como material básico. Del mismo modo, la mejor defensa contra el tiro de los proyectiles de catapulta es la construcción de muros apuntados cuyo vértice se oriente hacia la trayectoria del tiro de las máquinas, provocando un efecto de deflación del proyectil al reducir el frente del muro, reduciendo al mínimo la fuerza del impacto.[127] Fortificaciones como las torres pentagonales de los poblados del Castellet de Banyoles (Tivissa) o La Serreta (Alcoy) se construyeron explícitamente para oponerse a los tiros de la artillería, al tiempo que la remodelación de otras construcciones avanzadas, como la torre de la puerta 1 del poblado del Puig de Sant Andreu (Ullastret) o la disposición de bastiones triangulares ante las torres circulares de la *Muralla Frigoleta* del mismo poblado, tuvieron sin duda su origen en los conocimientos de los efectos de la balística sobre las murallas.

La mayor parte de las estructuras superiores de las fortificaciones ibéricas se construyeron con adobe o tapia, siendo especialmente destacables las ya citadas torres pentagonales del poblado del Castellet de Banyoles (Tivissa) en cuyo sistema defensivo se introdujo además una cloaca para facilitar la evacuación de las aguas pluviales del interior del recinto, preservando así las construcciones de la humedad, que constituye su mayor amenaza. Un claro ejemplo de las dificultades de adaptación de la construcción de fortificaciones en tierra a climas húmedos es el caso ya citado de los muros de adobe de la fase IV del *oppidum* de Heuneburg (Baden-Würtemberg, Alemania). La tapia y el adobe en la península Ibérica, utilizados como material de construcción en el Levante desde al menos el siglo VIII a.C., fueron incluso alabados por su calidad en la obra de Plinio,[128] alcanzando la arquitectura militar en tierra su máximo exponente con la construcción de muros definidos a partir de dos paredes de piedra separadas por una distancia máxima de 6 m, rellenándose el espacio interior entre ambos con tierra apisonada y cascotes. Una muralla así construida podía, según Vegecio, llegar a ser inmune a la acción de los arietes.[129]

La imposibilidad de derribar los muros mediante el empleo de los proyectiles lanzados por la artillería de cuerda, junto a su desarrollo tardío y la falta de universalidad de su empleo por las altas necesidades técnicas de su construcción, hicieron necesario el desarrollo de otros sistemas para batir los muros de las ciudades. La zapa es, probablemente, el más importante de ellos.

127. El mismo principio sería adoptado muchos siglos más tarde por Sébastien le Prestre, marqués de Vauban (Saint Léger, 1633-París, 1707), en la construcción de las fortificaciones con planta en forma de estrella, en las que los muros apuntados y los glacis intentaban paliar los efectos de la artillería de pólvora, revolucionando con ello la concepción de los asedios, creando un nuevo tipo de táctica militar que se mantuvo en vigor hasta la superación de la guerra de sitio a fines del siglo XIX.

128. «En África y en España, no hay muros de tierra llamados muros de molde, porque puestos entre dos paredes se moldean más que se construyen. Se conservan durante siglos, inatacables por la lluvia, por el viento, por el fuego, más fuertes que cualquier cemento». *Naturalis Historiae*, 35, 169.

129. «Ningún muro reforzado con tierra puede romperse por el ariete y en el caso de que fuese derrumbada la piedra, la masa de tierra que fue apisonada en el interior de las paredes resiste como un muro a los asaltos». Vegecio, *Epit. Rei. Mil.*, III, 4.

Las unidades especializadas de zapadores están profusamente representadas en los relieves asirios, conociéndose su existencia como mínimo desde el siglo X a.C. Actuando conjuntamente con los arietes cubiertos, estas tropas fueron uno de elementos decisivos para el desarrollo de la capacidad asiria en la guerra de sitio. Las unidades de zapadores asirias llegaron a constituir, durante el reinado de Tiglath-Pileser III (745-727 a.C.), una especialidad individualizada dentro del ejército con el nombre de *kitkitlu* o *kishkatlu* compuestas por *kisir sharruti*, soldados del ejército permanente del rey diferenciados de las tropas de leva *(dikut-mati)*, o reservistas *(sab sharri)*. Los zapadores asirios utilizaban indistintamente los sistemas de la zapa mediante la excavación de túneles o descalzando la base de los muros a nivel del suelo con palancas, como se muestra en diversos relieves del siglo IX a.C. conservados en el British Museum. La zapa de los muros, según Tito Livio[130] y Zonaras,[131] fue uno de los recursos básicos empleados por Aníbal para atacar las fortificaciones de Sagunto. El texto de Tito Livio es a todas luces inexacto, por cuanto indica que el trabajo de los zapadores se realizaría sin protección contra el fuego de barrera de los defensores, aun y cuando dice que una torre de asedio había conseguido desalojar a los defensores de la parte alta de los muros[132] y, especialmente, por el modo de actuación descrito en el que no se atacarían los cimientos de la muralla sino tan sólo la base del muro a nivel del ras de tierra, siendo éste un trabajo muy complejo por cuanto los cimientos de las fortificaciones, en aplicación de las tesis de la poliorcética, se asentaban directamente sobre la roca natural para evitar precisamente, y en lo posible, los efectos del trabajo de zapa.

Pese a que el texto de Silio Itálico en el que se indica el empleo de la testudo o tortuga *(testudinis armis)* por los zapadores púnicos para aproximarse a la muralla, esta información no es aceptable por cuanto este tipo de formación militar no es propia del ejército cartaginés.[133] El concepto de tortuga indica, no obstante, que los zapadores trabajaban protegidos por manteletes a cubierto del fuego de barrera lanzado por los defensores, pero en ningún caso puede aceptarse que el trabajo de zapa fuese los suficientemente rápido como para que con la simple protección de los escudos, los guerreros pudieran excavar la base de la fortifica-

130. «Entonces, Aníbal, creyendo llegado el momento, lanzó quinientos africanos a socavar con picos el pie de la muralla. No era difícil este trabajo, puesto que el cemento no estaba endurecido con cal, sino que las piedras estaban unidas con barro, según la costumbre antigua. De este modo se derrumba un espacio de muro más extenso que el que era percutido, y por la brecha los grupos de sitiadores entraban en la ciudad». *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 11.

131. «Mientras los saguntinos pelean con todas sus fuerzas contra los que ven, creyendo ser los únicos, los otros excavan la muralla y fuerzan la entrada». 8, 21.

132. «Una torre móvil que en altura vencía todas las fortificaciones de la ciudad. Y ésta, dispuesta a conveniente distancia, barrió con las catapultas y ballestas dispuestas en todos sus tablados los defensores de la muralla». *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 11.

133. «Por último, uniendo sus escudos, los cartagineses forman una tortuga con las escamas cerradas, es un muro que avanza, un reducto al abrigo del cual zapan secretamente la muralla que se hunde, abriendo la ciudad. El lienzo del muro cede, y con un gran ruido, los muros, obra de Hércules, se derrumban, los enormes bloques se dislocan y elevan hasta el cielo un potente rugido». *Púnica*, I, 364-371.

ción, ni en el caso que se tratara de hundir una parte de la muralla ya golpeada por otro tipo de máquinas, dado que todas las tareas de zapa son lentas, tal y como indica para el sitio de Sagunto que Aníbal abandonara temporalmente el asedio para sofocar una sublevación de los oretanos y carpetanos, dejando a su sustituto, Maharbal, encargado de proseguir las obras, empresa en la que obtuvo diversos éxitos,[134] contribuyendo con ello a la toma de la ciudad que se produjo cuando las defensas cedieron por las tareas de zapa.[135] Los manteletes se emplearon en gran escala en otros asedios, como el de Massalia el año 48 a.C.[136] Filón de Bizancio describía los testudos o manteletes como unas construcciones hechas con ramas de mimbre entrelazadas con las aristas en la zona exterior y recubiertas de pieles para proteger a la madera del fuego, su principal enemigo según la descripción que de ellos hace Eneas el Táctico.[137] En ocasiones, estos artefactos se montaban sobre ruedas para permitir su avance mediante el impulso de los soldados que llevaban en su interior.

Con todo, el sistema más empleado para batir los muros de una ciudad era el ariete cubierto, máquina desarrollada en el Próximo Oriente durante las campañas militares del Imperio neoasirio, del que existían diversos modelos según muestran los relieves de los palacios de Tiglath-Pileser III en los que se representa un ariete de doble punta actuando bajo la protección de arqueros, y Senaquerib, en que un ariete móvil actúa contra torres y murallas. Diodoro Sículo[138] indica que el ariete fue empleado por vez primera en Grecia durante el asedio de Samos por los atenienses el año 440 a.C., siendo su inventor Artemón de Clazomene, ingeniero al servicio de Pericles,[139] aunque diversas fuentes describen para cronologías anteriores el empleo de armazones de madera para aproximarse a las fortificaciones, como en el sitio de Aeolis.[140] El ariete, protegido por un mantelete o una cubierta reforzada con pieles para aumentar su espesor e impedir la expansión de líquidos inflamables, y sobre el que se vertía agua para impedir la combustión, era una estructura de balancín, dotada o no de ruedas, que podía golpear

134. «Sostuvo algunos combates favorables y arruinó con tres arietes una cierta longitud de muro, y pudo mostrar a Aníbal, a su llegada, todo el suelo sembrado de recientes ruinas». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 11.

135. «Cuando toda la ciudad estaba aterrorizada por este espectáculo se oye un nuevo tumulto por el lado de la ciudadela. Una torre mucho tiempo combatida se había derrumbado, y por sus ruinas apareció una cohorte de cartagineses en pleno ataque». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 14.

136. «Cuando los sitiados se percatan de ello, cambian de idea: prenden fuego a barriles repletos de resina y pez y los despeñan desde la muralla hasta el músculo; resbalan, oscilan, y ya caídos a ambos flancos, son separados por los nuestros mediante perchas y horquetas. Entretanto, por debajo del músculo, los soldados socavan con barretas los bloques más bajos de la torre del enemigo, en los cuales descansaban los cimientos [...] removidas ya muchas piedras de las que yacían debajo de su torre, se produce la ruina repentina de una parte de dicha construcción, mientras la otra parte ya se inclinaba enseguida». César, *Guerra Civil*, II, XI, 2-4.

137. *Poliorcética*, XXXIII.

138. *Biblioteca Histórica*, XII, 28.

139. Plutarco, *Pericles*, XXVII, 3.

140. Jenofonte, *Hellenica*, III, 1, 7.

repetidamente un punto del muro hasta conseguir romper su estabilidad. El ejército cartaginés empleó profusamente los arietes contra Sagunto consiguiendo, según los escritores clásicos,[141] derribar buena parte de los muros ya desde los primeros momentos del asedio, sin conseguir, no obstante, que estos éxitos se viesen coronados por la conquista de la ciudad.

Al mismo tiempo que los cartagineses introducían el ariete en el Mediterráneo central[142] se desarrollaron las técnicas para dificultar su empleo y la expugnación de los muros por hundimiento. Eneas el Táctico describe diversos sistemas destinados a impedir que los arietes golpeen contra los muros,[143] procedimientos que no son, sin embargo, originarios de Grecia, puesto que ya están representados en los relieves de Nimrud correspondientes al reinado de Senaquerib (883-859 a.C.). Estas técnicas no aparecen reflejadas en las fuentes clásicas relativas a la península Ibérica, aunque sí lo están las medidas que deben tomarse para paliar el hundimiento de una parte de las fortificaciones. Por ello, y dado que ambas con complementarias, puede afirmarse que también serían conocidas por los guerreros íberos las formas de enfrentarse a los arietes desde lo alto de las murallas.

En el momento en que una sección del muro era derribada, la acumulación de material de construcción que ocupaba el lugar continuaba sirviendo como base para la defensa de la ciudad,[144] aunque el mejor sistema para restañar los daños causados por los arietes o la zapa era la construcción de un nuevo muro en el interior de la plaza asediada que sustituyera al anterior.[145] Esta solución es la adoptada por los defensores de Sagunto cuando las máquinas púnicas consiguen romper el perímetro defensivo de la ciudad, restañando así los daños y prolon-

141. «Contra él mandó instalar los manteletes para poder por ellos aproximar los arietes a las murallas». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 7; «Y por muchos puntos, a pesar de que había pocos lugares aptos para ello, se empezaron a instalar máquinas y moverse arietes». *Ibid.*, XXI, 8; «Así ya los arietes golpeaban los muros y muchas partes estaban ya quebrantadas. Por un lado una larga brecha había dejado al descubierto la ciudad; después, tres torres y todo el lienzo de muralla intermedio se habían derrumbado con un estrépito inmenso». *Ibid.*, XXI, 8.

142. Marco Vitrubio Polion llegó a afirmar, incorrectamente, que el ariete era una invención cartaginesa. *De Architectura*, X, 13, 1.

143. «Se deben preparar, asimismo, las protecciones contra las máquinas, el ariete y otros ingenios del mismo género [...] Y, cuando el ariete esté derribando la puerta o alguna otra parte de la muralla, se debe coger la cabeza del ariete con una cuerda, para evitar que la máquina pueda seguir golpeándola. Hay que tener preparada una piedra, de un tamaño suficiente como para llenar un carro, con el objeto de que, al soltarla, caiga sobre el trépano y lo rompa; hay que dejar caer la piedra desde vigas que sobresalgan sujetas por cangrejos». *Poliorcética*, XXXII, 3-5.

144. «Los restos de la muralla que se habían encarnizado a demoler se elevaban como un muro entre los dos ejércitos, pero conservando su ardor tanto uno como el otro, continuaron batiéndose en medio de los escombros». Silio Itálico, *Púnica*, I, 372-374.

145. «Si las puertas son incendiadas, hay que llevar madera y arrojarla para hacer un fuego todavía mayor, hasta que podáis excavar dentro una fosa y construir un muro defensivo con lo que tengáis a mano; si no hay materiales a disposición, derriban las casas más cercanas». Eneas el Táctico, *Poliorcética*, XXXIII, 3; «Contra la caída de la muralla hay que excavar un foso interior, para evitar que puedan entrar; y simultáneamente, hay que levantar un contramuro construido en el lugar que ha sido destruido, antes de que caiga, en el caso de que no se les pueda detener por otro procedimiento». *Poliorcética*, XXXII, 12.

gando la resistencia.[146] La aplicación de los preceptos de Eneas el Táctico sobre la construcción de muros interiores tiene un excelente ejemplo en el asedio de Platea por los lacedemonios.[147]

El recurso de construir nuevas murallas que cierren perímetros de defensa cada vez más reducidos en el interior de la ciudad asediada supone un intento de mantener la lucha en la confianza de que un factor externo permita el desbloqueo de la plaza, puesto que si bien la resistencia se prolonga y se optimizan las fuerzas de los defensores al acortarse la longitud de los puntos a cubrir, también posibilita que el esfuerzo de los sitiadores se concentre en sectores muy concretos imponiendo a corto plazo la fuerza de su número.

Si las catapultas, balistas y arietes constituyen una parte importante de la panoplia de asedio a partir del siglo IV a.C. en el Mediterráneo central y occidental, el arma determinante es, sin duda, la torre móvil, empleada por primera vez en el asedio de Selinunte por el ejército púnico, y posteriormente en Mothia por Dionisio I de Siracusa, aunque sus orígenes se remontan al siglo IX a.C. en que aparece representada en los relieves asirios junto al ariete con ruedas. Su concepción es una respuesta al problema básico de los sitiadores de una plaza: eliminar el fuego de barrera de los defensores que impide o dificulta la aproximación de la infantería a los muros. Las torres debían sobrepasar en altura a las murallas de la ciudad y conseguir el repliegue de los guerreros parapetados en muros y torres mediante el empleo de una gran potencia de fuego que incluía la instalación de máquinas en los diferentes pisos de las torres de asedio. Probablemente, el ingenio más colosal de este tipo fue la *helepolis* construida por Epímaco de Atenas para Demetrio Poliorcetes durante el fallido sitio de Rodas el año 304 a.C., una torre móvil de 43 m de altura y 22 de lado en su base, provista de ruedas de 4,6 m de diámetro, que montaba catapultas en sus nueve pisos.

Las respuestas tácticas que los defensores tenían contra las torres de asalto móviles eran múltiples y, por ello, poco definitivas, variando desde el empleo del fuego para intentar quemarlas hasta el minado del terreno que se extendía ante los muros para impedir su progresión. Con todo, el método más utilizado era la elevación con medios de fortuna de la altura de las murallas para impedir que las torres de asalto pudieran batir la parte superior de las defensas de la ciudad. Esta técnica, descrita en el relato del asedio de Masalia,[148] no se constata en los textos sobre la defensa de las ciudades peninsulares, especialmente durante el asedio de Sagunto, pero debe inferirse que los saguntinos conocían diversos méto-

146. «Los saguntinos, si descansaron de la lucha por algunos días, no siendo atacados ni atacando ellos, no por esto cesaron de trabajar ni de día ni de noche, hasta levantar una nueva muralla por aquella parte que al derrumbarse dejara al descubierto la ciudad» [...] «Los saguntinos, por su parte, construyen una muralla interior por la parte de la ciudad no perdida». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 11.

147. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 86, 3-4.

148. César, *Guerra Civil*, II, IX.

dos de lucha contra las torres móviles por cuanto Aníbal emplea estos ingenios, cuya altura sobrepasa la de las murallas de la ciudad, desde el inicio del asedio y, sin embargo, el sitio se prolongó por espacio de ocho meses según Tito Livio[149] y Zonaras,[150] lo cual es ilógico si se entiende que desde el momento en que las torres cobran ventaja sobre las fortificaciones, a los zapadores les es relativamente sencillo abrir las brechas para el asalto de la infantería.

La táctica para el asalto de las fortificaciones no contempla un ataque generalizado, sino que el esfuerzo del sitiador se concentra en zonas concretas, teniendo como objetivo disminuir paulatinamente el perímetro defensivo de la ciudad. Así, en el caso de la lucha por Sagunto, los cartagineses ocupan sucesivamente diversas partes de la ciudad,[151] pero no consiguen hacerse con el control total de la misma porque los defensores aplican la táctica de aislar las áreas perdidas reconstruyendo sucesivamente el perímetro mediante la aplicación de los preceptos generales de la defensa en profundidad[152] descritos en los tratados de poliorcética.[153]

Pese a que el empleo de máquinas de guerra supone la forma más sofisticada de expugnar las fortificaciones, el sistema más utilizado, al tiempo que el más antiguo, continuaba siendo la instalación de escalas de fortuna por las que los guerreros más diestros o más temerarios ascendían hasta poner pie en las murallas. Tanto en los asedios de Cartago Nova como de Orongis se cita su empleo, destacándose la inestabilidad y los medios empleados para hacerlas caer, mostrando los oronginos, según las fuentes clásicas, un elevado conocimiento y arsenal para oponerse a ellas.[154]

La expugnación de una ciudad no dependía exclusivamente de la superioridad numérica y logística del asaltante, sino también de la aplicación de otras tácticas en el caso de que el asedio se prolongara. Aníbal bloqueó Sagunto para impedir que los asediados recibieran ayuda y aprovisionamientos mediante la ins-

149. *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 15.

150. 8, 21.

151. «Por esta brecha se creyeron ya los cartagineses dueños de la ciudad; por ella, como si un muro protegiese a unos y otros, corrieron los dos bandos a la lucha [...] los saguntinos oponían sus cuerpos en defensa de su ciudad desmantelada, sin retroceder un pie para que el enemigo no ocupe el terreno abandonado». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 10; «Por las brechas los grupos de sitiadores entraban en la ciudad. Se apoderan de un lugar elevado, y trasladando allí ballestas y catapultas, la rodean de un muro para tener así un castillo dentro de la misma ciudad, a modo de ciudadela, dominándola toda». *Ibid.*, XXI, 11-12.

152. «Los saguntinos, por su parte, construyen una muralla interior por la parte de la ciudad aún no perdida. De uno y otro lado trabajan y luchan con la más grande energía; pero en su defensa los saguntinos reducen cada día la ciudad». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 11.

153. «Si los asaltantes tomaran una o dos posiciones, el resto quedaría en posesión de sus adversarios; no obstante, si ocuparan todas, al quedarse bloqueados y divididos, se encontrarían en situación de inferioridad respecto a las fuerzas reagrupadas de sus adversarios, a menos que cada cuerpo de ejército sobrepasara a la totalidad de los ciudadanos». Eneas el Táctico, *Poliorcética*, II, 8.

154. «Incluso si alguien conseguía enganchar las escalas al muro era derribado con horcas construidas al efecto o, desde arriba, le echaban encima garfios de hierro de forma que corrían el peligro de ser levantados en vilo hasta lo alto del muro». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 3.

talación de una serie de campamentos fortificados que, según el relato de Apiano, incluían un foso y una valla. Paralelamente, cortó toda posibilidad de auxilio exterior controlando a las tribus del interior peninsular y rechazando los argumentos de los legados romanos. Aunque la obra de Apiano está plagada de errores y adaptaciones de otros sucesos, dado que la descripción que realiza se asemeja mucho al sistema de circunvalado empleado por Cayo Julio César en el asedio de Alesia el año 52 a.C., el cerco de Numancia por Publio Cornelio Escipión Emiliano en el 143 a.C. o la táctica de Lucio Escipión en el mencionado sitio de Orongis,[155] existen múltiples referencias a los efectos del hambre sobre las poblaciones sitiadas, estrategia que fuerza su desesperación al debilitar sus fuerzas físicas y convicción moral, precipitando con ello la caída de la ciudad.[156]

Pese a que, como hemos indicado, en las fuentes clásicas se citan repetidamente asedios de ciudades en la península Ibérica durante la Protohistoria, ningún relato es tan detallado como el referido a la toma de Sagunto, por lo que cabría pensar en él como en un hecho extraordinario, y en la potencia de sus fortificaciones y los conocimientos de la estrategia de asedio de sus habitantes, como el resultado de sus especiales contactos comerciales con las colonias y factorías foceas occidentales, aunque es asimismo posible que las referencias a este asedio concreto en las obras de los autores griegos y latinos se deban a la importancia política que el mismo tuvo como *casus belli* de la Segunda Guerra Púnica. No obstante, existen muchos y muy claros argumentos que permiten mantener la hipótesis de que el conocimiento poliorcético estaba muy extendido entre las tribus ibéricas a fines del siglo III a.C., y que éstas conocían los sistemas fundamentales de defensa contra el empleo de máquinas de guerra. Si los defensores de Sagunto no hubieran conocido con anterioridad los diversos tipos de máquinas de guerra que el ejército púnico desplegó para tomar la ciudad, podía perfectamente haberse producido el mismo pánico que permitió a los cartagineses avanzar rápidamente en Sicilia durante su segunda campaña contra las ciudades griegas de la isla, ocupando sucesivamente Himera, Selinunte y Agrigento entre el 409 y el 405 a.C.

Es evidente también que Aníbal debió extraer serias conclusiones de su prolongado asedio contra la ciudad. Respecto a las pérdidas sufridas, Polibio y Tito Livio indican que en la distribución de fuerzas que el general bárquida realiza en la primavera del 218 a.C. antes del inicio de la campaña que le llevará a la península Itálica se asignan 15.920 hombres a África, 15.200 quedan como guarnición en Iberia bajo el mando de Asdrúbal y 102.000 cruzan con él el Ebro. La suma de los contingentes arroja un total de 133.120 soldados, con lo que si tenemos en consideración que las unidades se habían reforzado con las levas de los reclutadores púnicos realizadas al final del invierno, significa que el general cartaginés pudo

155. «Rodeó la ciudad de foso y doble empalizada, y dividió el ejército en tres cuerpos». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 3.

156. *Vide*, a modo de ejemplo: Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 11; Apiano, *Iberia*, 12; Floro, 1, 22, 3, y Orosio, 4, 14, 1.

perder en el asedio de Sagunto casi un tercio de los 150.000 hombres que Tito Livio indica que formaban el ejército púnico al inicio del sitio. La ruta que escogió para dirigirse hacia el norte evitó cuidadosamente los poblados fortificados ibéricos próximos a la costa, puesto que no podía retrasar su marcha con continuos asedios ante fortificaciones que, como las de Burriac (Cabrera de Mar), Puig de Sant Andreu (Ullastret) o Illa d'en Reixac (Ullastret), superaban incluso la complejidad del sistema amurallado de Sagunto, y ello sin mencionar las fortificaciones de Emporion. Una sucesión de asedios habría retrasado la marcha, debilitado los contingentes, y aumentado el número de deserciones entre los poco fiables aliados de algunas tribus ibéricas, pérdidas a las que hubieran debido añadirse el establecimiento de guarniciones para mantener los territorios sometidos, una misión para la que no habrían bastado los diez mil infantes y mil jinetes del cuerpo de observación situado en el Ebro a las órdenes de Hannon.[157] La masa de maniobra del ejército púnico se habría debilitado considerablemente y, aún más importante, se habría perdido la oportunidad de alcanzar la península Itálica con rapidez, impidiendo así el objetivo fundamental de la estrategia de Aníbal: llevar la guerra al territorio de la propia Roma.[158] El recuerdo del amargo y costoso sitio de Sagunto influyó probablemente en las negativas de Aníbal a asediar Roma después de sus, en apariencia, decisivas victorias del Lago Trasimeno (217 a.C.) y Cannas (216 a.C.), puesto que si estuvo próximo a agotar la capacidad de su ejército ante una pequeña ciudad, la tarea de sitiar Roma debió parecerle inalcanzable.

Tras su victoria en la Segunda Guerra Púnica, Roma aplastó a principios del siglo II a.C. el último gran intento de las tribus ibéricas del nordeste peninsular por recuperar su libertad e independencia política. El cónsul Marco Porcio Catón demostró un gran respeto por las fortificaciones de los poblados ibéricos y sopesó las dificultades de emprender una costosa campaña de expugnaciones reiteradas cuando dictó la orden de destrucción de las murallas tras su victoria del año 195 a.C. cerca de Emporion.[159] Tito Livio indica que únicamente Segestica resistió la or-

157. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 23.

158. Debe recordarse que la rapidez fue un arma fundamental en la marcha de Aníbal, puesto que el ejército de Escipión intentó, y estuvo cerca de conseguir, cortar su avance a la altura del Ródano. De haber permanecido asediando fortificaciones en la península Ibérica, el desembarco romano del 218 a.C. hubiera provocado su retención acotando el teatro de operaciones del conflicto.

159. Frontino, 1, 1, 1; Plutarco, *Cato Maior*, 10, 3; Apiano, *Hispania*, XLI; Polieno, *Estratagemas*, VIII, 17; Zonaras, 9, 17; Aureliano Vict., *De vir. illustr.*, XLVII; y Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 17. «Y a cada ciudad envió cartas selladas y a quienes las llevaban les ordenó que las entregasen todas en un solo día. Y fijó el día, después de haber calculado cuándo llegarían a la ciudad más alejada. La carta ordenaba a los magistrados de las ciudades que asolaran las murallas el mismo día en que recibieran la misiva. Si lo retrasaban para el día siguiente les amenazaba con reducirles a la esclavitud. Ellos, vencidos recientemente en una gran batalla, sin saber si tal orden les había sido dada a ellos solos o a todos, temiendo que si a ellos solos, se les considerara despreciables y si a todos, fueran los únicos en retardarla, sin tener oportunidad de comunicarse mutuamente, temerosos de que los soldados que habían venido con las misivas les estuviesen vigilando y considerando como más importante cada cual su propia seguridad, asolaron sus muros a toda prisa, pues una vez que se habían decidido a obedecer, ambicionaban conseguir algún honor por haber actuado con rapidez. De este modo, las ciudades a orillas del Ebro, en un solo día y en virtud de una sola estratagema, ellas por sí mismas derribaron sus muros.»

den del cónsul, quien tuvo que emplear máquinas de guerra y manteletes para conquistarla. Al igual que en otros casos muy conocidos, como la destrucción de las murallas de Samos por Pericles, la orden de desmantelar las fortificaciones de los poblados ibéricos tuvo un marcado fin político, puesto que supuso no sólo la pérdida de su capacidad defensiva, sino también el inicio de la descomposición de la estructura social de las tribus, por cuanto las fortificaciones eran el exponente más claro del estatus y del prestigio político-económico de las elites nobiliarias y gentilicias ibéricas por su valor simbólico, cerrando así Catón el círculo de un desarrollo histórico iniciado en el siglo VII a.C.

Como se ha indicado, los textos sobre poliorcética de Eneas el Táctico y Filón de Bizancio constituyen puntos de partida correctos para el análisis de la concepción táctica del uso de las fortificaciones en el ámbito de la Cultura Ibérica a falta de otros textos que expliquen la forma en que los iberos empleaban militarmente las murallas. Aunque se trata de obras escritas entre los años 357-355 a.C. la primera, y en la segunda mitad del siglo III a.C. la segunda, los principios que reflejan corresponden a ideas vigentes en fechas anteriores, al tratarse de tratados fundamentados en el relato y análisis de experiencias previas, y no en la teorización abstracta de posibles respuestas a futuros problemas. Consideramos que los textos de Tito Livio y Polibio referidos al asedio de Arse/Sagunto por Aníbal son lo suficientemente explícitos sobre el dominio que una ciudad ibera de rango medio (por lo que se refiere a su superficie) tenía respecto de las técnicas de defensa contra ejércitos dotados de máquinas de guerra.

Pese a que se trata de un asedio que tiene lugar a fines del siglo III a.C., poner reservas a la veracidad del relato de Polibio partiendo de la base de que el autor pudo incluir en la narración elementos propios de la estrategia de asedio romana de fechas posteriores supone cuestionar la totalidad de la obra de Polibio que es, por otra parte, uno de los más fiables como obra histórica sobre la península Ibérica, y la fuente de la mayoría de textos posteriores, empezando por la obra de Tito Livio. Polibio era, además, hijo de un *strategós* y participó en dos de las principales campañas del siglo II a.C., las conquistas de Cartago y Numancia, por lo que conocía de primera mano las tácticas militares,[160] experiencia que le permitía diferenciar en sus obras las respuestas tácticas de diferentes períodos. Si a este hecho sumamos que las últimas modificaciones importantes en el trazado de las fortificaciones de los poblados del nordeste y levante peninsular se realizan en el siglo III a.C. (*Emporion*, Castellet de Banyoles, Turó del Montgròs, La Serreta), incluyen en todos los casos elementos basados en la poliorcética mediterránea, creemos que existe una base sólida para afirmar el conocimiento y la aplicación de los sistemas de ataque y defensa complejos por el mundo ibérico durante la segunda mitad del siglo III a.C.

160. Entre las obras perdidas de Polibio figuran: *La guerra de Numancia*, *Sobre la táctica*, y *La vida de Filopemen*.

El período comprendido entre el siglo V a.C. y la primera mitad del siglo III a.C. presenta, obviamente, un mayor número de problemas debido a la ausencia de textos. Es incuestionable, no obstante, que algunos trazados correspondientes al siglo V a.C. incluyen soluciones técnicas basadas en el desarrollo de la poliorcética posterior a la introducción de máquinas de guerra en el Mediterráneo greco-púnico, y que la existencia de condiciones favorables para la difusión y adaptación de estos conocimientos en la península Ibérica es asimismo obvia dentro de los circuitos comerciales, por lo que puede afirmarse que el grado de desarrollo que la Cultura Ibérica alcanza durante el Ibérico Pleno se traduciría también en la incorporación de nuevos conceptos militares.

4.4. Táctica y estrategia

> Difícilmente es vencido aquel que bien calcula tanto sus propias fuerzas como las del adversario.
>
> VEGECIO, *De re militari*, III, 26

Tradicionalmente, el análisis táctico de las informaciones proporcionadas por las fuentes antiguas sobre el modo de combatir de los iberos ha sido interpretado en un único sentido: el modo de pelear de las tribus ibéricas se basaba en el ataque por sorpresa o razzia, destinado a saquear los territorios de otras tribus. Esta apreciación excluye cualquier tipo de organización militar que permita pensar en la existencia de un ejército cohesionado, incluso en el siglo III a.C., para presentar batalla, en plano de equivalencia táctica a los ejércitos púnico o romano. Si bien no disponemos de textos que relaten los enfrentamientos directos entre comunidades ibéricas para determinar si presentaban batalla en campo abierto y empleaban en ellos el orden cerrado entendido como la disposición de unidades compactas a los que un mando estratégico único dirigía en su ataque contra la formación enemiga, no es menos correcto que la línea teórica indicada no se corresponde con el empleo que en los ejércitos de las ciudades griegas de Sicilia, Cartago o, incluso, la propia Roma, se hace de los mercenarios ibéricos, que combaten en la mayor parte de los casos agrupados por contingentes de origen para favorecer su cohesión interna como grupos y siguiendo las pautas dominantes en los enfrentamientos del Mediterráneo central y el Egeo: el combate de formaciones. Cualquier jefe militar emplea, o debería utilizar, a las tropas que tiene bajo su mando de modo que consiguiera extraer de ellas el máximo partido, sin colocarlas en una posición de desventaja ante el adversario al forzar un tipo de combate para el que no están preparadas, aumentando con ello el riesgo de sufrir una derrota y, no menos importante, la defección de una parte de la tropa, especialmente la mercenaria, poco dispuesta al sacrificio si la dirección del ejército es incompetente o las posibilidades de victoria escasas.

Por ello, es hasta cierto punto ilógico suponer que el empleo de los mercenarios y contingentes auxiliares ibéricos en los ejércitos clásicos se basara en su integración en planteamientos tácticos complejos como describen los textos clásicos si los iberos no tuvieran experiencia previa en el combate en formación, dado que aunque pudiera forzarse un entrenamiento intensivo, colocar estas tropas en el centro de la primera línea de combate como hace Aníbal en las batallas de Trebia y Cannas para enfrentarse con la fuerza principal de los ejércitos consulares romanos sin una experiencia previa podría considerarse como un suicidio, y el resultado de los combates indica claramente que no fue tal. Por último, cabe recordar que las tropas inexpertas son valoradas de forma muy dura e incluso despectiva tanto por los estrategas como por los historiadores, hecho que nunca sucede respecto a las tropas ibéricas, por lo que es correcto suponer que la adaptación a un sistema de lucha en grandes formaciones se fundamentaba en el conocimiento y práctica del combate en unidades organizadas, lo cual, por otra parte, no excluye la realización de las razzias que los ejércitos clásicos empleaban con frecuencia para asolar los campos de las ciudades y estados enemigos tanto para destruir sus fuentes de suministros y recursos económicos, como para forzar al combate a sus oponentes.

Ya fuera como contingentes aliados o como mercenarios, los guerreros iberos se contaban entre las mejores tropas de los ejércitos cartagineses, acostumbradas a combatir respetando el orden táctico en las batallas campales y muy poco dadas a la deserción a diferencia, por ejemplo, de los contingentes celtas. En función de esta valoración, su presencia en las formaciones ocupa un lugar de privilegio, siendo empleados indistintamente como las primeras fuerzas de choque o como los contingentes de veteranos llamados a decidir los combates, pero siempre con un papel determinante. Así, en el orden de marcha que Aníbal adopta para aproximarse a las tropas del cónsul Cayo Flaminio que desembocará en la batalla del lago Trasimeno en 217 a.C., los iberos ocupan el centro de la columna, inmediatamente antes de los bagajes y la impedimenta, por detrás de los africanos y púnicos; las tropas inseguras, los galos, se colocan detrás de los pertrechos, seguidos por la caballería mandada por Magón para impedir su deserción.[161]

Durante la campaña de Aníbal en la península Itálica, los iberos combaten en el centro de la formación púnica mezclados con los galos para asegurar que estos últimos luchen. En Trebia y Cannas, el general cartaginés realiza un planteamiento táctico muy similar. En su primer encuentro con el ejército romano

161. «Cuando se hubo asegurado cuidadosamente de que los lugares de la ruta eran cenagosos, pero firmes, Aníbal levantó el campo. Situó en vanguardia a los africanos y a los iberos, y, además, al contingente más útil de todo su ejército. Y entre éstos colocó el bagaje para que, de momento, disfrutaran de provisiones [...] detrás de los hombres citados colocó a los galos, y, cerrando la formación, a la caballería. Puso a su hermano Magón como jefe de la retaguardia, más que nada porque los galos eran blandos y aborrecían las penalidades; si, al sufrirlas, intentaban retroceder, Magón podría impedírselo con la caballería, que se les echaría encima. Los iberos y los africanos hicieron la marcha por las marismas aún no removidas, y la concluyeron con penalidades soportables, puesto que todos eran gente sufrida y habituada a tales dificultades». Polibio, *Historias*, III, 79, 1-6.

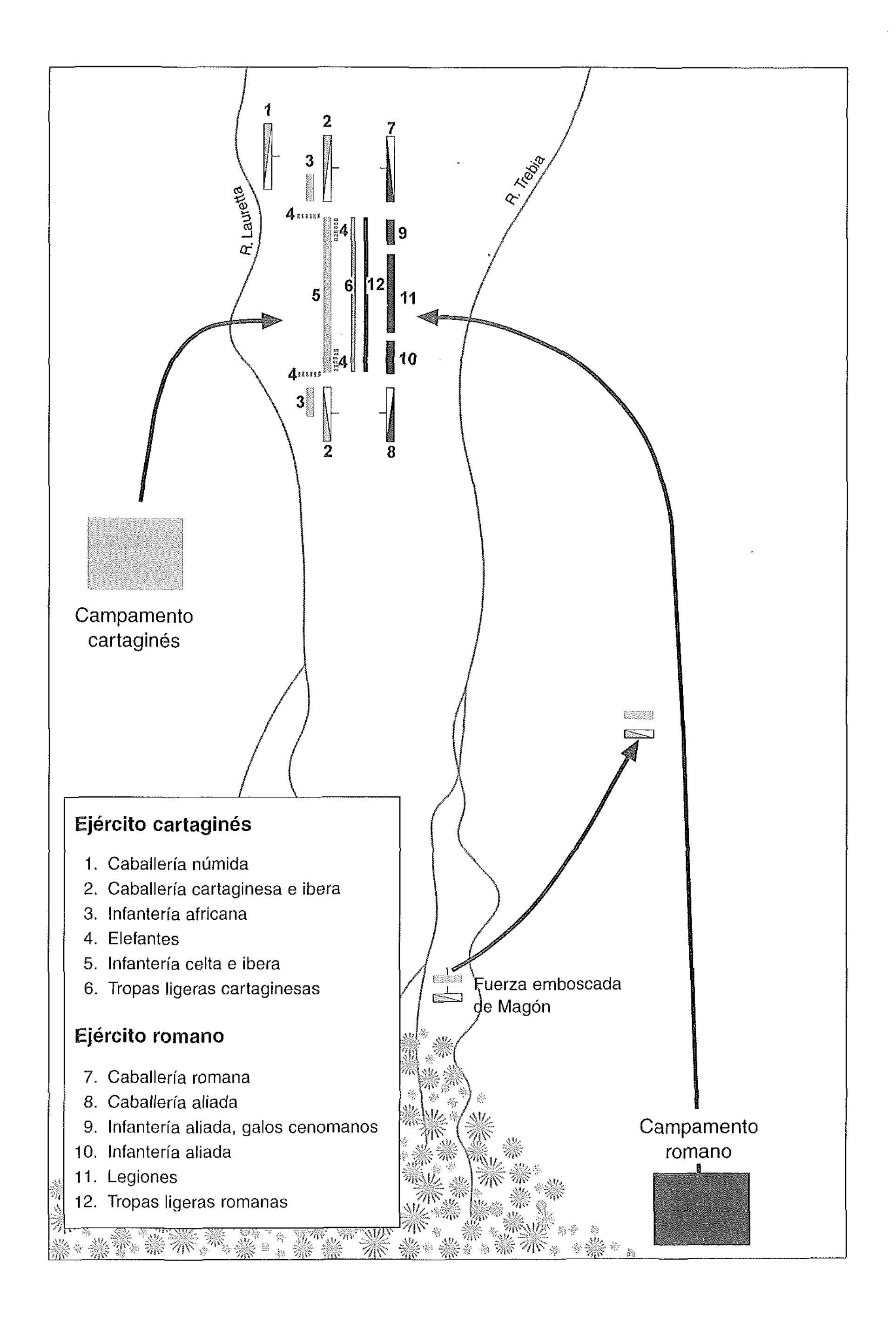


FIG. 4.9. *Planteamiento táctico de los ejércitos romano y púnico en la batalla de Trebia, 218 a.C.*

mandado por Sempronio Longo y Publio Escipión, situó al frente de la formación a las tropas ligeras y a los honderos baleáricos con la misión de hostigar a las tropas romanas, y tras ellos las enseñas y una formación compacta de iberos y galos reforzados en ambos flancos por la infantería pesada púnica y africana. El ala derecha estaba protegida por la caballería púnica y la izquierda por los jinetes númidas, estando en los flancos asimismo los elefantes. Pese a la victoria obtenida, las tropas romanas consiguieron, tras mucha resistencia, romper el centro del ejército cartaginés, lo que posibilitó la huida de una parte de las legiones cuando ya se encontraban envueltas por la acción combinada de la infantería y caballería púnicas que habían alejado, junto a los númidas, a la caballería romana y regresado para completar el acoso a la infantería romana. Evidentemente, enfrentar a los guerreros iberos y galos con lo más granado de las legiones consulares hubiera sido inconcebible si no se tratase de tropas seguras, dado que una ruptura rápida del frente del ejército púnico hubiera supuesto la disgregación del ejército.[162]

La batalla del lago Trasimeno, ganada el 21 de junio del 217 a.C. por el ejército de Aníbal sobre los 30.000 hombres del ejército consular de Cayo Flaminio, es un ejemplo clásico de la trampa como planteamiento táctico. Sustrayendo a su ejército a la observación del romano, Aníbal aprovechó el avance de las tropas romanas por un angosto paso próximo a la orilla del lago para atacar por el flanco a los hombres de Flaminio. También en esta ocasión el dispositivo táctico del estratega púnico confió el punto de mayor riesgo a las tropas ibéricas mezcladas con la infantería pesada cartaginesa en el centro de la línea de batalla, escoltada en el flanco derecho por las caballerías celta, númida e ibérica. La acción combinada de sus tropas sobre toda la línea, unida al pánico que se apoderó de los hombres de las legiones X y XI correspondientes a la leva del 217 a.C., provocó la completa derrota de los romanos, que perdieron más de 25.000 de los soldados que iniciaron el combate. Un elemento interesante sobre la composición del ejército cartaginés son las menciones a la presencia de caballería ibérica, una fuerza que también combatirá en Cannas pero a la que no se cita en Trebia. Las referencias a la composición del ejército de Aníbal cuando inicia la marcha hacia Italia son muy genéricas: 90.000 infantes y 12.000 jinetes,[163] no citándose específicamente a tropas de caballería iberas más que en el momento de atravesar el Po,[164] y aun así dentro de una mención general a los soldados de infantería iberos; aunque sí se cita a 300 jinetes, posiblemente ilergetas, entre las tropas que permanecen en la Península con su hermano Asdrúbal. Lógicamente, la explicación más plausible es que una parte de la caballería fuese ibérica, pero cabe la posibilidad que durante la reorganización del ejército cartaginés en el invierno 218-217 a.C., una parte de las monturas obtenidas fuese confiada a guerreros ibéricos que supieran combatir a caballo.

162. Ver detalles sobre la batalla de Trebia en: Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 55; Polibio, *Historias*, III, 72.

163. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 23.

164. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI; 47, 4.

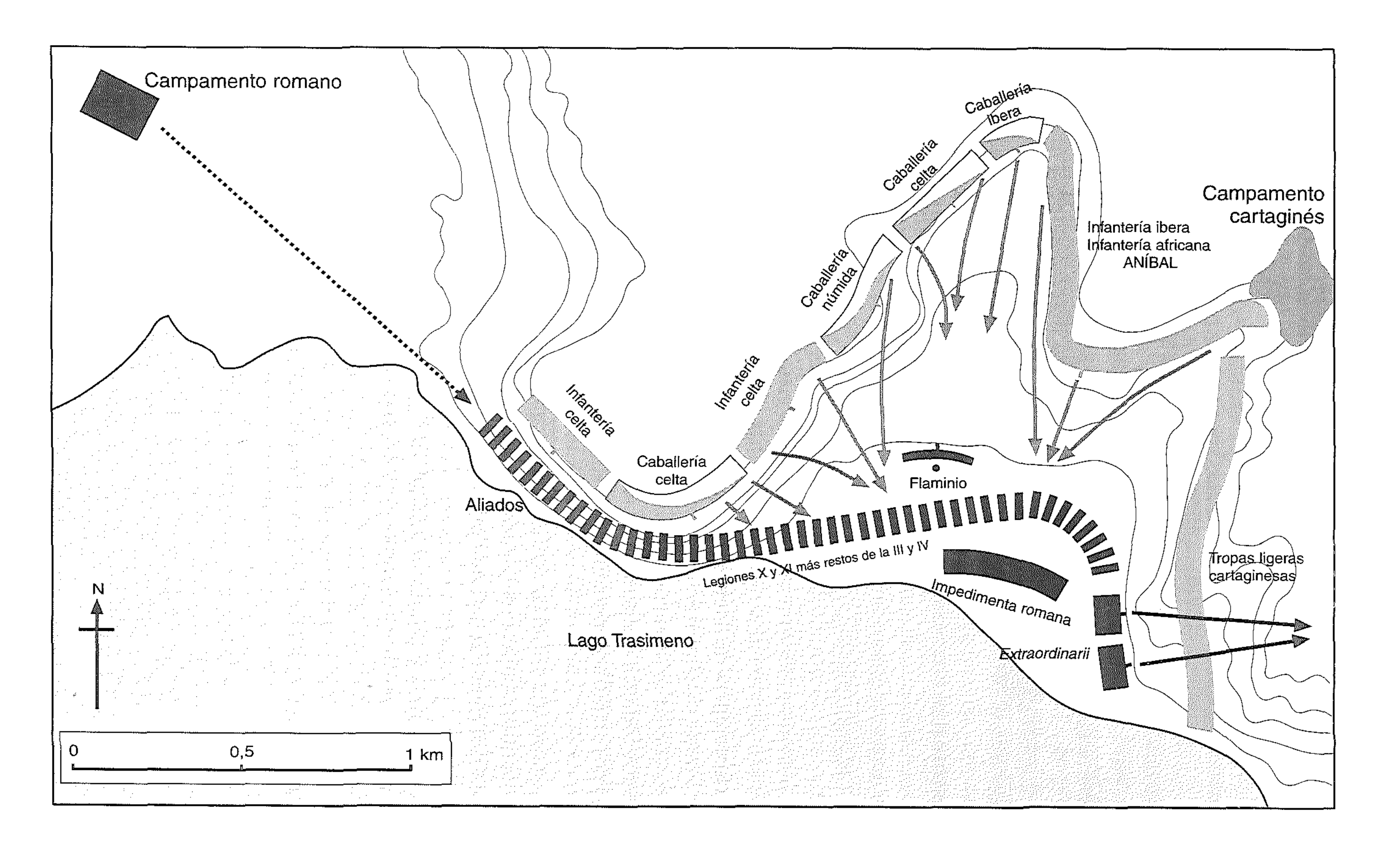


FIG. 4.10. *Planteamiento táctico de los ejércitos romano y púnico en la batalla del lago Trasimeno, 217 a.C.*

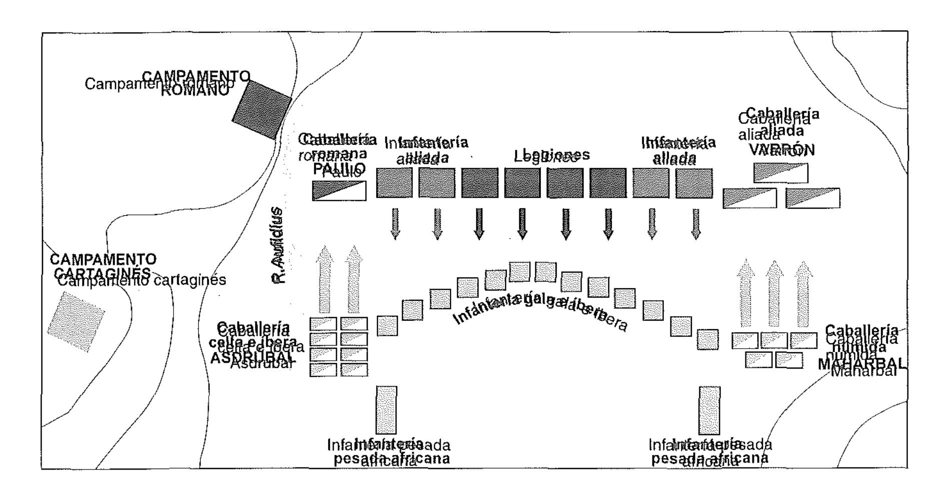


FIG. 4.11. *Planteamiento táctico de los ejércitos romano y púnico en la ballata de Cannas, 216 a.C.*

La experiencia de Trebia fue aprovechada en agosto del 216 a.C. en la llanura de Cannas. Aníbal repitió la ubicación de celtas e iberos en el centro de la formación, que adoptó una posición convexa apuntando al enemigo; en este caso, los guerreros iberos y celtas fueron dispuestos alternativamente en contingentes de entre 120 y 140 hombres en una estructura similar al manípulo romano, denominado *speirai* por Polibio, una variante interesante, dado que rompía la tradicional asociación tribal de los guerreros galos e iberos para combatir. En los flancos de la formación principal ubicó la infantería libia y púnica con armamento completo, reservando una parte de los mismos como apoyo detrás de la posición principal, tropas que dispuso bajo su mando directo y el de su hermano Magón; la caballería númida y púnica de Maharbal en el ala derecha, y la celta e hispana dirigida por Asdrúbal en la izquierda. Al igual que sucedió en Trebia, la derrota de la caballería romana y la resistencia de las tropas galas e iberas propiciaron el cerco y aniquilación de la infantería romana.

La campaña de Aníbal en la península Itálica no obtuvo, sin embargo, los frutos políticos que las victorias militares permitían presagiar. Las defecciones entre los aliados de Roma que esperaba el estratega cartaginés no se produjeron más que en una proporción muy limitada aun y con la notable excepción de Capua. Roma no renunció a su despliegue en otros territorios para reforzar el frente interno y mantuvo sus campañas en la península Ibérica, por lo que el triunfo de Cannas tampoco sirvió para restaurar la supremacía cartaginesa sobre los territorios de Iberia. El senado romano dedujo claramente que Aníbal, victorioso pero alejado de sus bases de aprovisionamiento y con unos contingentes que irían disminuyendo paulatinamente al no poder ser reemplazados, no podría prolongar

su campaña con garantías de alcanzar un éxito decisivo si los romanos no se dejaban arrastrar a una nueva batalla campal. Por ello, tras el desastre de Cannas y hasta el año 203 a.C. en que Aníbal, reclamado por Cartago abandonó la península Itálica, no se produjeron grandes enfrentamientos y, cuando tuvieron lugar, la superioridad táctica del cartaginés, vencedor del pretor Cneo Fulvio Flaco en Herdonea el año 212 a.C., combate en el que los romanos perdieron 16.000 hombres, o del procónsul Cneo Fulvio Centumalo en el mismo lugar dos años más tarde con pérdida de 13.000 hombres, y el invicto ejército púnico fue arrinconado en el territorio de la Apulia. Sin embargo, el año 207 a.C. se produjo un acontecimiento que pudo ser decisivo y cambiar la situación. Asdrúbal Barca, tras sostener un combate menor con Publio Cornelio Escipión en Baecula el año 208 a.C., consiguió escapar a las tropas romanas en la península Ibérica y llegar a las llanuras del norte de Italia con la intención de reunirse con su hermano Aníbal. La reunión de dos ejércitos cartagineses podía retrotraer la situación a la de agosto del 216 a.C. y reactivar la guerra. Para evitarlo, Roma reunió tres ejércitos mandados por los cónsules Marco Livio Salinator y Cayo Claudio Nerón y el pretor Lucio Porcio Licinio que, ayudados por la interceptación de los correos que Asdrúbal envió a su hermano para fijar el punto de reunión, pudieron acorralar al ejército de Asdrúbal y entablar combate con él en la llanura de Metauro el 22 de junio del 207 a.C.

Asdrúbal intentó rehuir el combate consciente de la inferioridad de sus tropas, pero, obligado a combatir, presentó batalla situando los elefantes delante del centro del ejército, formado por mercenarios ligures, el ala izquierda lo ocuparon los galos y la derecha sus mejores tropas: los mercenarios y aliados iberos. La descripción del ejército cartaginés que dan tanto Tito Livio como Apiano es incompleta por cuanto no se cita la presencia de caballería ni de tropas púnicas cuando sí lo son en el momento de la partida de Iberia. Incluso con desventaja numérica, Asdrúbal confió en los iberos y sus elefantes para atacar el ala izquierda romana, obteniendo un avance con la actuación de los paquidermos que desbarataron las primeras filas romanas; los iberos se encontraron en ventaja sobre las tropas de Marco Livio Salinator hasta el extremo de que el otro cónsul, Cayo Claudio Nerón, tuvo que realizar una maniobra no planificada para, desguarneciendo su propio flanco, efectuar una maniobra de ataque lateral que abrumó a los iberos cuando tuvieron que combatir al frente y de flanco provocando su derrota y, con ella, la del centro y la derecha cartaginesas, aunque los guerreros iberos no se desbandaron sino que murieron en su posición.[165] Posteriormente, el ejército romano derrotó

165. «Hasta aquel momento la lucha había sido indecisa, porque en ambos bandos los hombres luchaban con un arrojo idéntico. Si salían vencidos, a los romanos no les quedaba esperanza de salvación, pero tampoco, en el mismo caso, ni a iberos ni a cartagineses. Los elefantes prestaron un mismo servicio a los dos bandos en lucha: abandonados en medio y heridos por los tiros, habían desbaratado tanto las filas romanas como las cartaginesas. Cuando al frente de los suyos, Claudio cayó sobre la retaguardia enemiga la lucha se convirtió en desigual, porque los iberos se vieron atacados de frente y por la espalda. La mayor parte de ellos pereció en la misma batalla». Polibio, *Historias*, XI, 1, 8-11.

al ala izquierda y tomó el campamento púnico completando una victoria decisiva, puesto que marcaba el final de las posibilidades de Aníbal en la península Itálica, aunque tardase cuatro años más en producirse su retirada.

Después de la marcha de Aníbal, los sucesivos jefes militares púnicos emplearon a los aliados ibéricos de diversas formas en los enfrentamientos en campo abierto, pero nunca asignándoles el papel decisivo que tuvieron en los combates en Italia. El año 215 a.C., en las cercanías de Hibera, el ejército de Asdrúbal que había remontado la península hasta el Ebro para, una vez burlada la vigilancia de las tropas romanas en Hispania, repetir el camino seguido por su hermano tres años antes y reforzar decisivamente al estratega púnico que no había conseguido rentabilizar políticamente ante las comunidades itálicas su triunfo de Cannas, se enfrentó con el ejército romano. La formación cartaginesa situó también a los hispanos en el centro pero, esta vez, más como un recurso para obligarles a combatir que como la punta de lanza del ejército,[166] con los africanos y los auxiliares mercenarios a la izquierda, y la infantería púnica a la derecha, cubriendo ambas alas los jinetes moros y númidas, disponiendo, por último, a los elefantes en retaguardia.[167] El dispositivo cederá justamente por el centro haciendo inútil el sacrificio de la infantería púnica y africana abandonada a su suerte después de que huyera también la caballería.

Asdrúbal intentaría de nuevo partir hacia la península Itálica en 208 a.C., librando un combate de retaguardia en Baecula contra las tropas de Publio Cornelio Escipión que, si bien obtuvieron la victoria, ésta no fue lo suficientemente decisiva como para impedir que el hermano de Aníbal retrocediera hasta el Tajo y posteriormente alcanzara Italia, donde fue muerto en la batalla de Metauro antes de que pudiera reunirse con Aníbal. En este caso se muestra un cambio en la concepción de la distribución de tropas en la línea del frente, puesto que la parte central del dispositivo la ocupan, intercaladas, formaciones de infantería púnica y africana con la infantería ligera auxiliar ibérica en los flancos, la caballería númida en el ala izquierda y los jinetes ibéricos y púnicos en el ala derecha. Las fuentes clásicas no indican dónde situó sus elefantes Asdrúbal, pero el hecho de que estuvieran entre las primeras tropas que retiró del combate en el momento en que la batalla empezó a decantarse del lado romano permite suponer que los

166. La escasa fiabilidad de las tropas se debía en gran parte al hecho de que los guerreros reclutados por Aníbal tres años antes aún no habían regresado. Por ello: «menos resueltos estaban los combatientes con que contaba el otro ejército, pues en su inmensa mayoría eran hispanos, que preferían ser vencidos en Hispania a vencer y ser arrastrados a Italia». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 29, 8.

167. La posición de los elefantes en retaguardia es ilógica a excepción de que se quisiera protegerlos para ulteriores combates, dado que hubiera sido muy difícil hacer pasar a los animales entre las propias filas para asestar un golpe definitivo a la infantería romana en caso de ser vencida. Parece, más bien, un segundo sistema de asegurarse la fidelidad de las tropas ibéricas. Con todo, el relato de Tito Livio indica que «lucha a caballo no hubo en absoluto porque los moros y los númidas, en cuanto vieron que el centro de la formación cedía, emprendieron inmediatamente una fuga precipitada y dejaron las alas desguarnecidas, llevándose incluso por delante a los elefantes». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 29, 14.

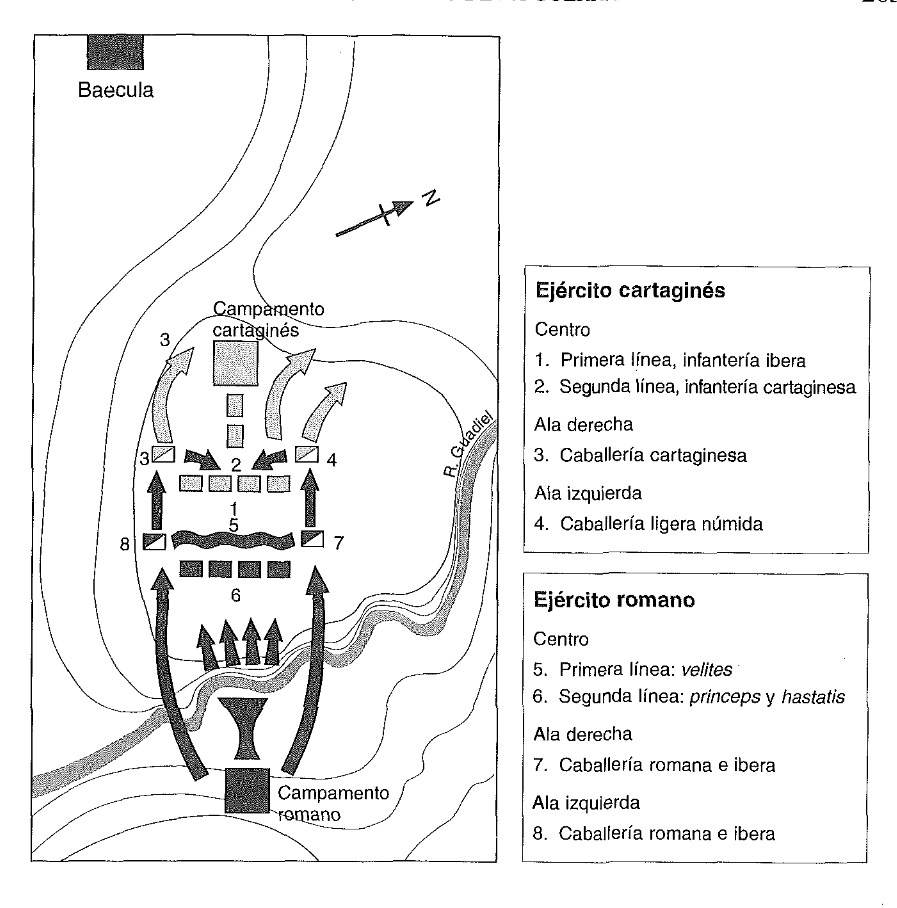


FIG. 4.12. *Planteamiento táctico de los ejércitos romano y púnico en la batalla de Baecula, 208 a.C.*

mantendría en reserva, decisión lógica por dos motivos: la posición abrupta y elevada que eligió para formar a las tropas, inadecuada para el empleo de los paquidermos, y su intento por no entablar combate, puesto que la opción estratégica del ejército cartaginés era, claramente, atravesar los Pirineos para unirse a Aníbal en Italia.

Durante la expedición de Marco Juno Silano a la Celtiberia en 207 a.C., destacado por Publio Cornelio Escipión para impedir que Hannón y Magón reforzasen su ejército con nuevas levas, la formación de combate aliada es el resultado de una improvisación por cuanto las legiones romanas son avistadas cuando estaban tan sólo a una milla de distancia del campamento celtibérico, independiente del cartaginés. Con todo, y pese al desorden que Tito Livio indica reinaba *per se* en el acantonamiento, los celtiberos, comandados por Magón llegado a la carrera,

fueron capaces de organizar un frente homogéneo formado por 4.000 guerreros armados con *scutum* que componían una unidad regular, dejando al resto de los auxiliares celtiberos en segunda línea, constituyendo una tercera las tropas púnicas veteranas procedentes del campamento cartaginés y que casi no tuvieron tiempo de intervenir en la lucha más que para ser arrolladas después del hundimiento del primer cuerpo y el exterminio de los auxiliares. La caballería celtibera se situó en las alas huyendo junto a Magón al finalizar el combate.

Un año después, en Ilipa, Asdrúbal Giscón adoptó una posición similar, situando en el centro de la línea a la infantería pesada púnica y africana, los aliados iberos en los flancos, la caballería númida a la izquierda y la púnica a la derecha, con 32 elefantes al frente de la formación. El despliegue púnico se basaba en el dispositivo mostrado por Publio Cornelio Escipión durante los días en que ambos ejércitos estuvieron observándose antes de combatir. Asdrúbal Giscón pretendía un choque decisivo en el centro entre la infantería legionaria y sus tropas púnicas y africanas, confiando, tal vez, que los elefantes pudieran haber desbaratado en parte la línea romana antes del encuentro decisivo. Sin embargo, los animales no eran ya un problema para el ejército romano, puesto que la acción de acoso de los *velites* terminaba siempre por asustarlos y hacerles abandonar enloquecidos el campo de batalla destrozando, en ocasiones, el propio dispositivo púnico. Por ello, una vez eliminados los elefantes, el avance de Escipión presentó una novedad decisiva: el ejército romano había modificado el frente situando a los auxiliares ibéricos en el centro frente a la granada infantería púnica y las tropas legionarias más las dos alas de caballería en los flancos, aumentando además el ritmo del avance de estos últimos y ralentizando el del centro. Con ello, consiguió entablar un combate en superioridad contra los extremos de la línea cartaginesa, guarnecida por las tropas ibéricas, que no pudieron recibir ayuda de la infantería púnica y africana por el riesgo a desproteger el centro. La derrota de Asdrúbal se completó al día siguiente cuando una parte de los aliados supervivientes le abandonaron apara pasarse a los romanos. La derrota de un ejército de 70.000 infantes, 4.000 jinetes y 32 elefantes frente a uno netamente inferior que contaba tan sólo 45.000 hombres de a pie y 3.000 a caballo, marcó, de hecho, el fin de la influencia cartaginesa en la península Ibérica.

Como se ha indicado, las tropas ibéricas y celtibéricas podían ser empleadas perfectamente en formaciones cerradas en las grandes batallas campales por los generales romanos y púnicos, que incluso las preferían a cualquier otra tropa mercenaria. La adaptación al orden cerrado no era sólo el resultado de un entrenamiento específico que se realizara una vez integrados en otra armada como auxiliares, sino que derivaba de la aplicación de una determinada y propia concepción respecto a la forma de hacer la guerra. Los celtiberos, a requerimiento de Cneo Cornelio Escipión, atacan al ejército de Asdrúbal para disminuir la presión que éste ejerce sobre los romanos entablando con él dos combates en los que le causan 15.000 muertos y le toman 4.000 prisioneros; aunque pudo tratarse de emboscadas, las informaciones adjuntas sobre la toma de dos ciudades en la misma expe-

dición indican una presencia constante en campo abierto, por lo que debe suponerse que ambos encuentros fueron batallas campales en las que, lógicamente, los cartagineses adoptarían el orden cerrado que les era característico y, en consecuencia, los celtiberos debieron responder también con un combate en formación.[168]

Las informaciones referidas a los ilergetas, y en especial a los contingentes mandados por Indíbil, reafirman la tendencia a luchar en campo abierto de los iberos. Durante la campaña del 211 a.C., el cuerpo de 7.000 suesetanos mandados por él que cierra el paso a Publio Escipión avanza en formación cerrada.[169] No será, sin embargo, hasta la sublevación del 206 a.C. en que pueda estudiarse la disposición táctica de un ejército ibérico agrupado por los ilergetas. Los iberos, un ejército formado por 20.000 infantes y 2.500 jinetes, se despliegan en un angosto valle cerrado por una colina presentando un orden de batalla compuesto por los dos tercios de la infantería, unos 13.000 hombres, a continuación de los cuales se situó la caballería, con la clara intención de acometer el flanco de la posición romana y envolverla mientras se producía el choque de infantería en el centro y en la otra ala; Indíbil mantuvo también un tercio de sus tropas en la ladera de la colina como reserva, probablemente para decidir el enfrentamiento de las infanterías en el caso de que el combate le hubiera sido favorable.[170] No obstante, una maniobra de flanqueo de la caballería romana mandada por Lelio decidió la situación al atacar a la caballería ibera por retaguardia, con lo que ésta se vio completamente rodeada y sin posibilidad de retirarse o avanzar al quedar constreñida entre la infantería romana al frente, la caballería de Escipión por detrás y su propia infantería en el flanco. Todas las tropas iberas desplegadas en el valle fueron exterminadas, aunque las de la colina se retiraron en buen orden. De la dureza del combate da idea que el ejército romano y sus aliados de nombre latino sufrieron 1.200 muertos y más de 3.000 heridos, casi un 20 % de bajas, el porcentaje más elevado sufrido por un ejército romano en Hispania durante la Segunda Guerra Púnica. Tácticamente, y aunque el resultado de la batalla le fue desfavorable, Indíbil acertó al elegir el terreno que, al ser angosto, impidió que Escipión desplegara completamente su ejército, por lo que no pudo aunar el factor de la experiencia potenciado por el número de combatientes legionarios que entraban en línea al mismo tiempo, dado que el frente romano abarcó únicamente cuatro cohortes.

Al año siguiente, durante la segunda y última sublevación dirigida por Indíbil y Mandonio, los *regula* iberos pudieron reunir un contingente de 30.000 infantes y 4.000 jinetes extraídos de un amplio número de pueblos entre los que destacaban, una vez más, ilergetas y ausetanos. Preparados para el combate, los iberos formaron sus tropas por contingentes tribales, colocando en el centro a los ausetanos, a la derecha los ilergetas, y a la izquierda el resto de contingentes. Entre cada grupo dejaron un espacio libre para permitir el tránsito de la caballería que,

168. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 21.
169. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 34.
170. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 32, 7-16.

por lógica, debió situarse detrás de la infantería y no en las alas como era usual. Lucio Léntulo adoptó una disposición similar pero distribuyó sus dos legiones formadas en profundidad. El planteamiento táctico mostró rápidamente sus fisuras. La caballería romana al mando del tribuno Servio Cornelio aprovechó los pasillos abiertos entre los contingentes de la infantería ibera para cargar por ellos desbaratando parte de las líneas y arrinconando a la caballería ibérica, que no llegó a actuar como tal, sino que, desmontando, se unió al combate de primera línea donde sólo el ala derecha ibérica, los ilergetas, resistieron la acometida de la infantería romana hasta que la XIII legión acudió en apoyo de la XII impedida de progresar. Una vez generalizado el combate, se mantuvo incierto durante un corto espacio de tiempo por la actuación personal de Indíbil, que peleó junto a los hombres que le eran más afines hasta sucumbir. El recuento de bajas arrojó unas pérdidas de 13.000 iberos muertos y 1.800 capturados, cerca del 40 % de los efectivos, contra poco más de 200 muertos romanos en su mayor parte pertenecientes a las unidades que combatieron en el ala izquierda del dispositivo de Lucio Léntulo contra los ilergetas.[171]

A diferencia de la batalla del 206 a.C., Indíbil, confiado probablemente en su superioridad numérica frente a los romanos, desplegó las tropas en una llanura amplia, maniobra que facilitó el despliegue táctico y la victoria romana, error que además le costó la vida, así como la de Mandonio, entregado por los propios ilergetas después de la batalla y rápidamente ajusticiado, y supuso el final de las sublevaciones de este pueblo.[172]

La sublevación de las tribus ibéricas en la Hispania Ulterior en el año 197 a.C. fue dirigida por los régulos Luxinio y Culchas, que habían conseguido el apoyo de las ciudades de Carmona y Bardón el primero, y de diecisiete ciudades fortificadas el segundo, siendo interesante señalar que Culchas, aliado de los romanos unos años antes, disponía en el 208 a.C. de control sobre veintiocho ciudades, por lo que la reducción de su poder pudo ser una de las causas de su rebelión, indicando Marco Helvio el peligro de que la insurrección se extendiera abarcando también desde las regiones costeras hasta la Beturia.[173] No se conocen detalles sobre los enfrentamientos, pero en el mismo año, el procónsul de la Hispania Citerior, Cayo Sempronio Tuditano, fue derrotado y muerto junto a gran parte de su ejército en una batalla campal.[174] El descalabro romano, cuyo paralelo debía buscarse en la derrota de los Escipiones el 211 a.C., alarmó de tal forma al Senado por proceder de unas provincias tenidas como seguras, que se asignaron a los pretores Quinto Fabio Buteón y Quinto Minucio Termo, una legión, 4.000 soldados de infantería y 300 de caballería de nombre latino a cada uno de ellos para intentar restablecer la situación. Minucio conseguiría un triunfo en la Citerior el 196 a.C. sobre un ejército ibero dirigido por Budare y Besadine cerca de la ciu-

171. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIX, 2, 17-18.
172. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIX, 3, 3.
173. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIII, 21, 8.
174. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIII, 25, 9.

dad de Turda, de los que mató 12.000 hombres, tomó cautivo a Budar, y puso en fuga a los demás.[175]

Pese a esta victoria, los combates en la Hispania Citerior no cesaron. El año 195 a.C., el cónsul Marco Porcio Catón, desembarcado en Rhode, no se atrevió a presentar batalla al numeroso y potente ejército ibérico concentrado junto a la colonia de *Emporion* hasta completar el adiestramiento de sus soldados, difiriendo el enfrentamiento directo en una batalla campal hasta que no consideró preparados a sus hombres y hubo desgastado las fuerzas enemigas mediante el saqueo de sus campos, lo que les obligó a replegarse al interior de las fortificaciones de los *oppida*[176]. El planteamiento estratégico de Catón consistió en cubrir de noche las tres millas de distancia que le separaban del campamento enemigo, rodearlo, y formar en orden de batalla antes del amanecer. Con la sorpresa táctica de situarse a la espalda del enemigo constreñido tras la empalizada de su campamento consiguió impedir que las tropas ibéricas pudieran desplegarse adecuadamente en orden de batalla, dado que su número debía duplicar al de las tropas de Catón y, aun contando con la experiencia militar de una parte de sus hombres, era excesiva para ser contrarrestada en lucha abierta.[177]

Tras formar en orden de batalla con la infantería de las legiones en el centro y la caballería protegiendo las alas, envió tres cohortes bajo la empalizada del campamento ibérico para provocar al enemigo que, apresuradamente, salió en persecución de los legionarios que se retiraban fingiendo pánico y se distribuyeron en el espacio comprendido entre la formación romana y la empalizada, con lo que perdieron la cobertura de la fortificación y, además, vieron restringida su movilidad, puesto que sólo disponían como lugar de repliegue el campamento, con lo que si cedían ante la presión romana, sus líneas se desbaratarían al intentar acceder en tropel al interior de la fortificación. Mientras los iberos intentaban formar una línea de batalla ordenada, fueron atacados por la caballería en ambos flancos, aunque en el derecho, la infantería ibérica consiguió rechazar a la caba-

175. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIII, 44. 4.

176. «Ha llegado el momento, tantas veces deseado por vosotros, dijo, de que se os diera la oportunidad de poner a prueba vuestro valor. Hasta ahora habéis llevado una campaña más al estilo de salteadores que de guerreros; ahora vais a enfrentaros en una batalla en toda regla, enemigos contra enemigos». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 13, 5-6.

177. El ejército de Catón se componía de dos legiones (8.000-10.000 hombres), 15.000 aliados de nombre latino y 800 jinetes en el momento de su constitución, si descontamos las bajas sufridas hasta el momento del combate, así como la guardia del campamento y las naves, puede afirmarse que la masa de maniobra disponible se situaría en una cifra próxima a los 20.000-22.000 hombres. Lo reducido de sus efectivos provocó que hubiera de recurrir a una estratagema para aparentar cumplir con la ayuda que le habían solicitado los legados del regulo ilergeta Bilistages, asediado en sus plazas fuertes por permanecer fiel a sus compromisos con Roma, y al que no pudo enviar el socorro de 3.000 hombres que le solicitó. Frente a estas fuerzas, el ejército ibérico contaría con un contingente mucho mayor. Tito Livio indica que los muertos fueron 40.000, cantidad probablemente exagerada, pero si aplicamos una proporción máxima de bajas en las batallas campales ibéricas, en las que sus ejércitos pierden un máximo de los dos tercios de las tropas empeñadas, podría especularse con que el total de hombres disponibles en el ejército que hacía frente a Catón superara los 60.000 hombres, es decir, una proporción mínima de 3 a 1 que el cónsul no quería afrontar en campo abierto.

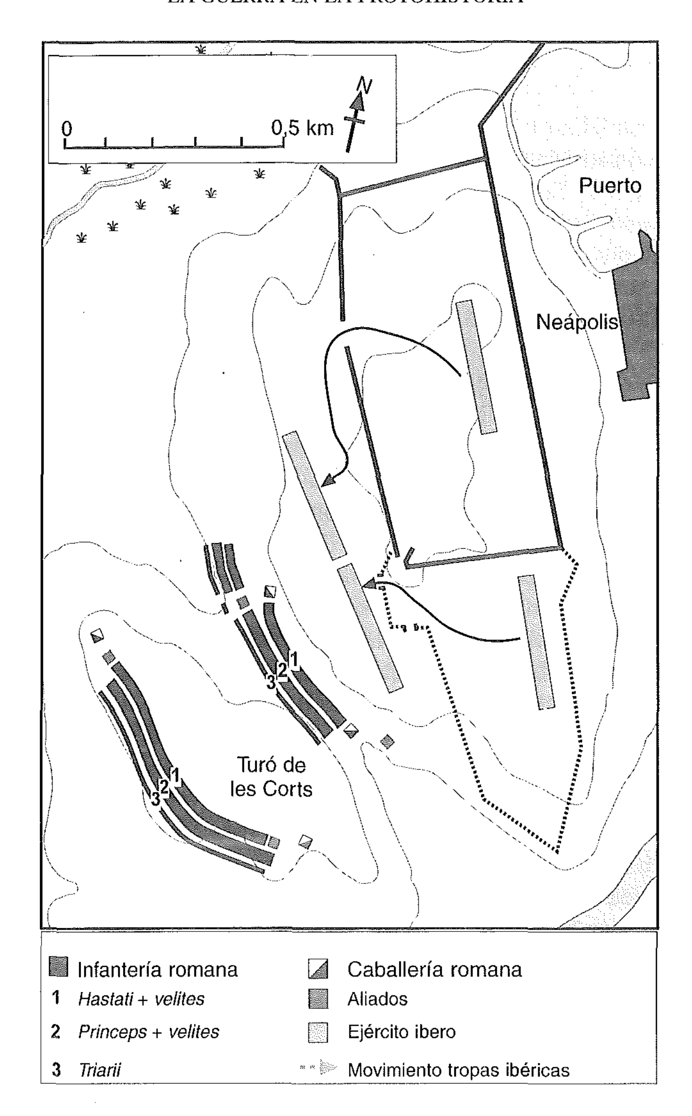


FIG. 4.13. *Planteamiento táctico de los ejércitos romano e ibérico en la batalla de* Emporion, *195 a.C.*

llería romana, que se replegó en desorden sobre su propia infantería provocando, esta vez de verdad, un gran desorden en el ala derecha romana. Catón respondió enviando dos cohortes por su flanco izquierdo a rodear al enemigo y amenazar flanco y centro por la retaguardia, consiguiendo debilitar la posición del ejército ibérico e impulsándole a replegarse mientras que la derecha romana se mantenía

con muchos esfuerzos. Las cohortes de reserva de la primera legión atacaron en formación de cuña en el flanco derecho provocando la ruptura de las hasta el momento compactas formaciones ibéricas que iniciaron un repliegue generalizado transformado rápidamente en huida hacia el campamento. Las tropas romanas de la primera legión, que llevaban combatiendo todo el día, fueron rechazadas al aproximarse a la empalizada por las tropas ibéricas rehechas tras la protección. No obstante, el avance de la segunda legión, mantenida hasta el momento en reserva, aumentó los efectivos romanos ante el vallado que, sin embargo, continuó siendo defendido con firmeza por los allí refugiados hasta que el cónsul consiguió identificar la puerta izquierda del campamento como el lugar menos defendido del mismo, dirigiendo hacia ese punto a los *princeps* y *hastati* de la segunda legión, la elite de sus soldados, frescos y descansados, que forzaron la entrada dando paso a la masacre de las tropas ibéricas que se agolpaban para huir del interior del vallado convertido entonces en una trampa mortal. Obtenida la victoria, Catón continuó la persecución del enemigo saqueando los campos y consiguiendo la rendición de los poblados próximos, así como de los refugiados en *Emporion*.

Tito Livio[178] indica que las bajas en el ejército ibérico ascendieron a más de 40.000 hombres, cifra sin duda exagerada pero indicativa tanto de la dureza de la batalla como de la trascendencia que se le confería en la historiografía romana, puesto que el resultado político de la misma fue retornar al control de Roma los territorios situados al norte del río Ebro, pero calla, sin embargo, las sufridas por los romanos y sus aliados, que debieron ser elevadas si se tiene en consideración lo disputado del combate. El hecho de que Catón no quisiera retener como prisioneros a los guerreros iberos que se le entregaron tanto en los poblados próximos al campo de batalla, como a los refugiados en *Emporion*, y los devolviera a sus casas tras ofrecerles alimentos y vino,[179] signo universal de amistad y respeto, puede ser considerado, evidentemente, como un intento de aproximarse a las tribus ibéricas para asegurarse la sumisión, pero no concuerda con la respuesta que da a otras sublevaciones, como la de los bergistanos, poco tiempo después, mucho más dura por cuanto el cónsul detenta ya el control del territorio, un hecho que, aun después de su triunfo, distaba de ser seguro, ya que podría haberse enfrentado a una campaña prolongada por la amplitud de los recursos económicos y humanos del territorio. Es plausible por tanto suponer que las bajas romanas habían sido importantes en cuanto al número de muertos y heridos, y que el ejército romano, al menos momentáneamente, no estaba en condiciones de afrontar

178. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 15.

179. El empleo del vino como bebida de cohesión social está ampliamente documentado en el ámbito del Mediterráneo occidental desde el Orientalizante durante la celebración de los *symposia* y banquetes funerarios. Ya en la *Ilíada* se indica la importancia de las libaciones realizadas con vino durante la confección de los pactos: «¿Qué es de nuestros convenios y juramentos? ¿Se fueron, pues, en humo los consejos, los afanes de los guerreros, los pactos consagrados con libaciones de vino puro y los apretones de manos en que confiábamos?» Homero, *Ilíada*, II, 337-340.

otra gran batalla campal hasta recomponer su organización y efectivos, razón por la que se mostraría benévolo con los vencidos.

El planteamiento táctico de la batalla que realizan los iberos tiene como premisa inicial la de combatir fuera del vallado que delimita su campamento. La propia existencia del vallado es en sí misma un elemento que permite trazar un referente con el sistema de actuación de los ejércitos romano y púnico, que establecen lugares de acampada protegidos perimetralmente con vallados de madera y terraplenes de tierra al finalizar cada jornada de marcha, práctica que, en principio, no es propia de los guerreros ibéricos, pero cuya adopción puede entenderse por aplicación de los principios de organización conocidos durante su participación en los grandes conflictos mediterráneos, conociéndose durante el desarrollo de la Segunda Guerra Púnica en la península Ibérica diversos ejemplos de campamentos ibéricos y celtibéricos que siguen este modelo. El ejército ibérico, tras el ataque romano, no actúa de forma improvisada, sino que intenta desplegarse en orden de combate fuera de la empalizada, lo que significa que el principio de combatir en campo abierto y, por tanto, en formación cerrada es el predominante entre las tribus del nordeste peninsular. El relato de Tito Livio permite afirmar también que el despliegue de las tropas fue lo suficientemente rápido como para poder rechazar el ataque de la caballería romana, lanzado tan buen punto dio comienzo la salida del campamento; si tenemos en cuenta que para poder resistir un ataque de caballería, la infantería debe estar bien agrupada no dejando fisuras entre sus filas que permitan la penetración de los jinetes para deshacer la formación y hacer valer después la diferencia de calidad entre el jinete y el infante, debe convenirse que no sólo sabían los guerreros de estas tribus combatir en formación, sino formar con rapidez el tipo de unidad básica de agrupación numérica de combatientes, único sistema válido para asegurar la cohesión de un ejército numeroso y formado por contingentes diversos.

El espíritu de combate que muestra el ejército ibérico a lo largo de la batalla es muy diferente del citado por las fuentes referido a otros casos, su línea de batalla no se descompone ni aun bajo la presión de la acción conjunta de la infantería y la caballería romanas, siendo capaz de reagruparse en el interior del vallado y rechazar a las tropas de Catón hasta que la elite de sus reservas consigue abrirse camino al interior del recinto. Por último, es de destacar que en ninguna de las fuentes escritas en que se trata de la batalla se menciona la existencia de caballería ibérica acompañando a la enorme masa de la infantería, lo que no es lógico, dado que en diversas ocasiones, como las indicadas anteriormente a propósito de las sublevaciones de Indíbil, se presentan a los ejércitos ibéricos o celtibéricos con patrones de composición canónicos en los que el número de los jinetes se aproxima al 10 % del total de fuerzas del ejército, número similar a la relación entre legionarios y *equites* en el ejército romano.[180] De haber estado pre-

180. Por ejemplo, Lucio Licinio Lúculo se encuentra el año 151 a.C. frente a la ciudad de Intercatia con un ejército formado por 20.000 infantes y 2.000 jinetes. Apiano, *Iberia*, 53-54.

sente en el campamento, la caballería ibérica debería haber advertido de la aproximación de las tropas del cónsul Catón mediante el establecimiento de los piquetes de guardia conocidos en otros casos, y debería también haberse enfrentado en primera instancia con el ejército romano para detener el avance de la infantería y caballería romana y aliada para permitir a la infantería ibérica formar correctamente en el campo de batalla. Por último, la caballería ibérica debería haber presionado el flanco derecho de la formación romana que se hubiera visto en un grave aprieto al tener a su frente la infantería ibérica, y en el otro flanco el mar. Sólo puede especularse respecto a la causa de esta ausencia, dado el silencio de las fuentes, aunque las dos hipótesis más plausibles serían la ausencia de los jinetes del campamento por cumplir misiones de aprovisionamiento, o bien, siguiendo tesis muy difundidas sobre la costumbre de los jinetes ibéricos de combatir a pie, podría sugerirse que una parte de las tropas que combatieron a los romanos serían jinetes desmontados.[181]

Las batallas campales continuaron después del final de las guerras contra los iberos. El año 153 a.C., durante la campaña del cónsul Quinto Fulvio Nobilior contra los segedenses, el jefe militar de éstos, Caro, prepara una emboscada al ejército romano en la que participan 20.000 infantes y 5.000 jinetes, causando más de 6.000 bajas entre las tropas romanas, y sólo cuando en la persecución los segedenses avanzan en desorden rompiendo su formación, son atacados con ventaja por la caballería romana, que se cobra igual número de muertos entre sus filas. Entender literalmente el concepto de emboscada no responde a una realidad completa de un combate en orden cerrado como el que se deduce del número de tropas empleadas. La táctica de la emboscada en este caso no se asemeja en nada a la utilizada por los germanos en Teotoburgo, otro de los grandes desastres de las legiones, en el año 9 d.C., sino que con mayor probabilidad puede compararse al planteamiento de Aníbal en la batalla del lago Trasimeno, en que el ejército de marcha romano fue sorprendido en una posición desfavorable por las tropas púnicas perfectamente formadas. Emboscada significaría pues un combate en el que el ejército romano no habría estado preparado, según su costumbre, antes del inicio de la batalla. Un caso similar, aunque el relato es menos detallado, es el que sufre Biesio, jefe de la caballería de Nobilior cuando regresa al campamento romano frente a Uxama, cuando otra emboscada en fuerza acabó con las tropas montadas romanas y provocó la huida de los aliados.[182]

La táctica de intentar atraer a los romanos a una posición desfavorable era común a los guerreros de las tribus y ciudades celtibéricas. A modo de ejemplo, durante la fase final de las Guerras Numantinas, cuatro escuadrones de caballería mandados por el tribuno Rutilio Rufo fueron atraídos por los guerreros de

181. Siguiendo, por ejemplo, un texto clásico de Polibio: «Esto tienen de particular los celtiberos en la guerra: cuando ven que sus infantes ceden, descabalgan y dejan los caballos dispuestos en formación; al efecto disponen unos pequeños clavos al extremo de las riendas, los que clavan en el suelo enseñando a los caballos a no moverse de la fila hasta que ellos vuelven y arrancan los clavos». *Fragm.*, 95.

182. Apiano, *Iberia*, 47.

Palantia hacia un promontorio situado en el interior de su territorio, siendo salvado de esta situación comprometida por Escipión Emiliano, que acudió raudo con el resto de la caballería;[183] el propio Escipión Emiliano fue engañado por los caucenses, que le dejaron penetrar en una de sus ciudades desierta, para poder atacar y derrotar su retaguardia que esperaba fuera del recinto, desprevenida, a las tropas.[184] En los años siguientes, incluso los numantinos, una vez completado el cerco de su ciudad por Escipión, intentarán retar a los romanos en batalla campal, a lo que no accederá el general romano para no dar a los sitiados ninguna posibilidad de cambiar el curso de los acontecimientos como ya habían hecho en otras ocasiones con anterioridad.[185]

Tácticamente, celtiberos y lusitanos no rehúyen, como se ha indicado, el enfrentamiento campal, pero descubren con rapidez que uno de los puntos débiles de las tropas romanas es la persecución tras la batalla. En efecto, siguiendo la costumbre de los ejércitos de la antigüedad de transformar la derrota en triunfo decisivo matando o capturando al mayor número posible de enemigos, las tropas romanas debían afrontar una persecución en velocidad que desestructuraba sus líneas de batalla restándoles con ello parte de su cohesión y fuerza. Una vez que la formación romana se había alargado, los guerreros celtiberos y lusitanos, mucho más ágiles y acostumbrados a moverse deprisa, volvían sobre sus pasos atacando, derrotando y poniendo en fuga a los confiados romanos que creían realizar una operación de limpieza contra un enemigo vencido e incapaz de reaccionar. El pretor Lucio Mummio fue derrotado así en el 153 a.C. por el jefe lusitano Cesaro perdiendo 9.000 de sus 14.000 hombres;[186] el también pretor Servio Sulpicio Galba sufrió una dura derrota el 151 a.C. frente a los lusitanos que le costó 7.000 hombres, pudiendo escapar tan sólo con la caballería; dando idea de la magnitud del desastre la idea que debiera aceptar hasta 20.000 aliados para rehacer sus fuerzas durante el invierno,[187] y Viriato emboscó en el 147 a.C. a las tropas de Cayo Vetilio en las proximidades de Tribola, matando a 4.000 de los 10.000 soldados del ejército romano incluido el propio cuestor,[188] táctica que repitió al año siguiente aniquilando a la práctica totalidad de los 4.000 hombres que el pretor Cayo Plaucio envió contra él,[189] aunque el recurso a la trampa no quiere decir que Viriato presentase batalla siempre del mismo modo, puesto que cuando una parte de las tropas de Fabio Máximo Emiliano le acomete formada en batalla el año 145 a.C., acepta el envite e igualmente las derrota,[190] no siendo la única ocasión en que los historiadores romanos indiquen que Viriato formaba a sus tropas en orden de batalla, puesto que enfrentado a

183. Apiano, *Iberia*, 88.
184. Apiano, *Iberia*, 89.
185. Apiano, *Iberia*, 97.
186. Apiano, *Iberia*, 56.
187. Apiano, *Iberia*, 58.
188. Apiano, *Iberia*, 63.
189. Apiano, *Iberia*, 64.
190. Apiano, *Iberia*, 65.

Quinto Servilio Cepión dispuso a una parte de su ejército en orden de combate a la vista del enemigo.[191]

El estudio de las informaciones aportadas por las fuentes clásicas sobre la forma de combatir de los contingentes armados iberos, celtiberos y lusitanos, apuntan a unas conclusiones muy diferentes a las mantenidas por la historiografía española a lo largo de una gran parte del siglo XX. Las referencias al combate como bandidos o saqueadores, útiles sólo en la razzia contra sus vecinos, encuentros que acometen armados muy ligeramente,[192] no se corresponde ni con la documentación arqueológica, ni con las deducciones que pueden obtenerse partiendo del estudio de las fuentes clásicas. Partiendo de la premisa básica de que un guerrero o un contingente de tropas intenta combatir siempre en las condiciones que le permitan afrontar la lucha con las mayores expectativas de triunfo: conocimiento del terreno, empleo del armamento y organización táctica, debe realizarse una división conceptual en las batallas de los pueblos ibéricos, dentro y fuera de la Península, entre los siglos V y II a.C.

La asunción de las características y reglas de la guerra compleja por parte de la comunidades ibéricas no se circunscribe tan sólo al planteamiento táctico de los combates y, muy especialmente, a su elemento más definidor: el planteamiento de la lucha empleando el sistema de orden cerrado. Lo que diferencia un planteamiento estratégico simple de otro avanzado es la planificación de las acciones, la comprensión de que el reclutamiento de grandes ejércitos precisa de la organización de un importante sistema logístico que permita el desplazamiento y mantenimiento del ejército en campaña para que pueda acometer sus objetivos, objetivos que son, al mismo tiempo, el elemento definidor del carácter de la campaña y de su planteamiento estratégico.

Las fuentes clásicas reflejan por regla general la idea de la sublevación como motivo básico de las acciones desarrolladas por los jefes militares ibéricos a partir del tramo final de la Segunda Guerra Púnica. No obstante, la definición acertada del planteamiento ibérico es diferente, puesto que su idea es la expulsión del ejército romano de su territorio. Es evidente que un objetivo de tal alcance no podía plantearse (y las tribus y estructuras políticas ibéricas tenían un conocimiento profundo del potencial militar y económico de Roma) si no era mediante la concepción de una campaña a largo plazo que, partiendo de un foco de resis-

191. Apiano, *Iberia*, 70.

192. «Los iberos, en sus guerras, han combatido, pudiéramos decir, como *peltastoi*, porque luchando al modo de bandoleros, iban armados a la ligera y llevaban sólo, como hemos dicho de los lusitanoi, jabalina, honda y espada. La infantería llevaba también mezcladas fuerzas de caballería; los caballos están habituados a escalar montañas y a flexionar rápidamente las manos a una orden dada en un momento oportuno». Estrabón, *Geografía de Iberia*, III,4,15. «Entre los iberos y especialmente entre los lusitanos tiene lugar una práctica singular: en efecto, los que son muy pobres entre los jóvenes de una misma generación pero sobresalientes en el vigor del cuerpo y en la osadía, dotándose a sí mismos de valor y de armas se reúnen en duros terrenos montañosos y, formando grupos considerables, hacen correrías por Iberia y, saqueándola, reúnen riquezas. Y esto lo hacen continuamente con absoluto desprecio, ya que, como utilizan armamento ligero y son muy ágiles en sus movimientos y muy veloces, resultan muy difíciles de vencer para los demás». Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, V, 34.

tencia inicial, sumase progresivamente las voluntades del mayor número posible de contingentes para intentar derrotar al ejército romano en función de dos planteamientos, el número y la magnitud del territorio, que bien utilizados, obligarían a las legiones a desplazarse por todo el teatro de operaciones para sofocar las revueltas antes de que la suma de las mismas se convirtiera en un problema insoluble. Una estrategia de largo alcance como la indicada precisa indudablemente de la planificación de las rutas de avance de las tropas, la consecución de alianzas o permisos de tránsito por territorios no afines pero tampoco hostiles, una estructurada y rígida cadena de mando (tanto más en este caso, dado que los contingentes que configuran los ejércitos ibéricos corresponden a diversas, y aun múltiples, estructuras políticas) y, especialmente, la obtención y distribución de suministros.

Para que la capacidad de combate y el rendimiento de las tropas sean óptimos, un ejército debe estar bien entrenado y armado pero, especialmente, ha de estar bien alimentado. Las consecuencias de la falta de suministros debilita a las tropas, quiebra su moral y fomenta las deserciones, problemas a los que deben sumarse las bajas producidas por el cansancio y la escasez de comida tanto en hombres como en las monturas de la caballería, razón por la cual son esenciales las tareas de forrajeo que desempeña fundamentalmente la caballería ligera, y la disposición de depósitos de suministros y pertrechos, especialmente grano, en bases propias o aliadas que puedan considerarse seguras y a las que sea factible recurrir en caso de no poder obtener suministros por otros medios durante los avances y las retiradas, dado que al no tratarse de un tipo de guerra en el que se establezcan y mantengan frentes fijos hacia los que establecer líneas de suministro constantes, la obtención de los necesarios recursos se basa en la exigencia de contribuciones y el saqueo de las zonas por las que transita un ejército, pero también en la previsión realizada antes de la campaña y, evidentemente, en lo que pueda transportar consigo un ejército, para lo que, indudablemente, precisa disponer de un tren de intendencia tanto mayor cuanto más elevado sea el número de los guerreros que deban ser alimentados.

Junto a los riesgos ya citados de una alimentación incorrecta, cabe citar dos ejemplos en los que la falta de suministro de alimento a las tropas, más por imprevisión que por carencia, condicionan el desarrollo de una batalla. En la batalla de Trebia, la precipitación del cónsul Sempronio por responder a la provocación de la caballería númida ordenada por Aníbal motivó que las tropas romanas abandonaran su campamento en ayunas y sin protección contra el frío,[193] mientras que

193. «Casualmente era la estación invernal, y era un día de nieve en la zona comprendida entre los Alpes y el Apenino, muy helada además debido a la proximidad de ríos y lagunas. A esto hay que añadir que se hizo salir a toda prisa a hombres y caballos sin tomar alimento antes y sin echar mano de nada con que combatir el frío: no tenían ningún calor por dentro y, cuanto más se acercaban a la brisa del río, más penetrante era la fuerza con que soplaba el aire frío. Pero cuando, en su persecución de los númidas que retrocedían, penetraron en el agua —y había crecido con la lluvia caída durante la noche, llegándoles hasta el pecho—, entonces, incluso después de salir, sus miembros quedaron de tal forma ateridos que apenas si

las tropas cartaginesas se protegían del frío con hogueras, comían pausada y abundantemente, e incluso empleaban aceite para friccionar los músculos y desentumecer las articulaciones; la diferencia de preparación para el combate tuvo su necesaria consecuencia en el resultado de la batalla. Publio Cornelio Escipión aprendió de la derrota de su padre y empleó una táctica similar en Ilipa contra Asdrúbal y Magón el año 206 a.C. al dar orden a su tropa de que se alimentara y formara nada más despuntar el día, con lo que las tropas cartaginesas hubieron de salir a la carrera de sus acantonamientos para formar la línea de batalla; el calor y la falta de alimento serían las causas del súbito abatimiento de su moral que culminó en su derrota final.[194]

Durante la sublevación de Indíbil el año 206 a.C., Escipión, tras atravesar el Ebro y llegar en una marcha de cuatro días ante el campamento ibero, llevó a cabo la estratagema de soltar en el valle que separaba a ambos ejércitos algunas cabezas de ganado como forma de provocar una batalla campal.[195] La precipitada reacción de los iberos que intentaron hacerse con los animales se convirtió en la ocasión que esperaba Escipión para intentar trabar el encuentro, utilizando para ello a la caballería de Cayo Lelio, cuyo castigo infligido a las tropas de infantería iberas provocó la batalla del día siguiente.[196] Aunque se ha indicado que Escipión quiso tentar la conocida codicia de los iberos con las cabezas de ganado que formaban parte de las reservas alimentarias de su ejército,[197] creemos que existe una explicación más compleja para la acción indicada. En primer lugar, Escipión necesitaba dar respuesta a la revuelta mediante una acción rápida, contundente y decisiva para evitar que la sublevación se extendiera al prolongarse el conflicto, lo que podría interpretarse como una debilidad del ejército o la determinación romanas, motivo por el que es él quien marcha al encuentro de Indíbil separándose de sus bases de aprovisionamiento en Cartago Nova y adentrándose

---

tenían fuerzas para sostener las armas y desfallecían de cansancio y al mismo tiempo de hambre, al ir avanzando el día». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 54, 6-9. detalles similares en Polibio, *Historias*, III, 72, 3.

194. «Al rayar el día dio orden apara que todos los tribunos y soldados comiesen, y tomadas las armas saliesen afuera del campo [...] Como la caballería se acercó de improviso al real enemigo y el resto del ejército se presentó formando a su vista, los cartagineses apenas tuvieron tiempo para tomar las armas [...] Esto no obstante, las alas de quienes dependía por una y otra parte el éxito de la acción se batieron con valor por algún tiempo; pero cuando el calor estuvo en su fuerza, los cartagineses, que habían salido contra su gusto y sin tener tiempo de tomar nada, comenzaron a desfallecer». Polibio, *Historias*, XI, 20-24. Detalles también en Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 14.

195. Según Tito Livio, el ganado lo habían robado los romanos en los campos de los iberos, lo que indicaría que el ejército romano necesitaba aprovisionarse en su avance de los recursos que ofrecía el terreno, y que Indíbil y Mandonio no establecieron una guardia avanzada que les informase del avance de Escipión, ni tampoco practicaron una táctica de tierra quemada para privarle de suministros. O bien no esperaban una respuesta tan contundente del general romano, o estaban suficientemente confiados en su capacidad de vencerle en un combate en campo abierto. *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 33, 2-3.

196. Polibio, *Historias*, XI, 32, 2-3.

197. Aplicando la idea de la importancia que para el prestigio social tenía la posesión de los rebaños. Con todo, esta tesis bebe en exceso de la leyenda de los bueyes de Gerión.

en territorio hostil.[198] Escipión necesitaba también una victoria rápida para asegurarse la lealtad de sus tropas entre las que acababa de aplacar violentamente un motín. De igual modo, la treta de las reses pudo estar orientada a conocer el volumen de las reservas de suministros del ejército ibérico, dado que integrado básicamente por ilergetes, se encontraba en el territorio de los sedetanos a distancia de sus fuentes de aprovisionamiento, por lo que la rapidez con la que las tropas iberas intentan hacerse con las citadas reses podría ser un elemento indicativo de privaciones en el campamento de Indíbil y Mandonio.

La dieta de los guerreros ibéricos en campaña no debía diferir de la que tomaban corrientemente cuando ejercían su ocupación principal de campesinos. Los estudios antracológicos, paleocarpológicos y zooarqueológicos, así como el análisis funcional de los principales tipos de la vajilla común ibérica, indican que la comida principal estaría compuesta por preparados líquidos o semisólidos próximos a las gachas, a semejanza de la *puls* púnica y romana o la *maza* griega, combinados con tortas de trigo, mientras que la ingesta de carne asada o cocida sería un hecho extraordinario debido al valor de los rebaños como fuente de explotación de productos secundarios y derivados como la leche, el queso, la lana o, incluso, la fuerza de trabajo. Por ello debe considerarse que al igual que sucede en los ejércitos estatales de los que se conservan referencias escritas, el cereal supondría la base de la alimentación de los ejércitos ibéricos y, entre el cereal, sería el trigo el producto fundamental.[199]

Las referencias a los saqueos de campos[200] son frecuentes cuando en los textos clásicos se hace mención al desplazamiento en campaña de un ejército *(vide supra)*, y también en relación con los iberos,[201] lo que indica que, por mucho que existiese una planificación del suministro alimentario a la tropa en el momento de iniciar una campaña, la comida que pudiera transportarse desde el lugar de partida, o bien era consumida durante las primeras jornadas de marcha o, por el contrario, se guardaba como una reserva estratégica de subsistencia en el caso de que no pudieran realizarse las requisas necesarias para alimentar al ejército. No disponemos de ningún texto o fuente que especifique las cantidades de trigo o cebada que debían recibir los guerreros ibéricos durante el desarrollo de una

198. Una apuesta que, pese a los relatos hagiográficos de Polibio y Tito Livio cuando indican el desprecio que Escipión tenía por los iberos, no dejaba de ser arriesgada: «se trataba de bandoleros y jefes de bandoleros, que si bien para devastar los campos de sus vecinos, quemar las casas y robar el ganado tenían alguna fuerza, en el campo de combate en una batalla en regla no tenían ninguna; lucharían confiando más en la rapidez para huir que en las armas». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 32, 9.

199. Debe recordarse, por ejemplo, que una de las causas de la sublevación de los mercenarios contra Cartago al finalizar la Primera Guerra Púnica fue la reclamación del pago de los suministros de trigo que habían sido adquiridos por ellos para alimentarse durante su estancia en Sicilia. Polibio, *Historias*, I, 68, 10.

200. El saqueo de los campos y las reservas alimentarias supone no sólo la obtención de aprovisionamientos, sino, tan importante o más que ello, privar al enemigo de la posibilidad de obtenerlos.

201. A modo de ejemplo, Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 20, sobre las expediciones de los lacetanos contra otras tribus, especialmente los suesetanos.

expedición, como sí sucede para el ejército romano analizado en apartados precedentes, pero, si a modo de ejemplo y cálculo aproximativo convenimos que la alimentación de un soldado tendría unos mínimos[202] equiparables en cualquier tropa (los 865 grs de trigo por día que indica Polibio como referente alimentario de legionarios y aliados), podemos establecer que el cuerpo de 7.000 suesetanos mandado por Indíbil durante la campaña del 211 a.C. precisaría 6.055 kgs de trigo diarios como alimento básico, al que deberían sumarse otro tipo de vituallas como complemento de la dieta, y las cantidades de cebada o forraje destinadas a la alimentación de las monturas y animales de carga. Las cantidades de cereal son aún mayores durante la sublevación del 206 a.C. en que se precisarían 19.462 kgs de trigo diarios sólo para alimentar a la tropa y, al año siguiente, en el último enfrentamiento de los caudillos ilergetes con el ejército romano, la previsión de consumo de cereal se elevaría a 29.410 kgs al día; por último, antes de la batalla de *Emporion* el 195 a.C., los 40.000 guerreros que componían el ejército ibérico consumirían 34.600 kgs diarios.

Las cifras indicadas son meras aproximaciones basadas en la aplicación de un patrón discutible, pero muestran claramente la magnitud del problema que significaba mover un ejército numeroso en campaña y atender a sus necesidades durante un período prolongado de tiempo, algo muy distinto a la razzia puntual a la que ha sido reducido comúnmente el planteamiento estratégico de los ejércitos ibéricos. Aunque no se cite en las fuentes clásicas,[203] el desplazamiento de un ejército de tales características necesitaba de un tren de intendencia de grandes proporciones compuesto por carros y animales de carga, así como de forrajeadores que consiguieran vituallas a diario para la tropa.

La necesidad de alimentar a los ejércitos ibéricos en campaña es tan sólo una parte de un problema mayor: la financiación de la guerra. De nuevo nos encontramos con una casi absoluta falta de datos respecto a la provisión de los medios para armar y equipar un ejército. Pese a que las relaciones de dependencia gentilicia y las obligaciones como miembros de una estructura política o tribal facilitasen el reclutamiento de tropas como resultado de un compromiso moral sin tener que recurrir al alistamiento retribuido, no podemos saber si existía el concepto de soldada entre los iberos durante las campañas que realizaban a iniciativa propia, y no como mercenarios o aliados auxiliares de los ejércitos púnico o romano, en las que sí recibían una paga. En todo caso, la promesa de un botín incierto, cuya obtención dependía del éxito del combate, no parece que pudiera ser suficiente para mantener la disciplina de las tropas, especialmente si la duración

202. Dos citas de Estrabón reflejan la frugalidad de las costumbres alimentarias de los pueblos prerromanos peninsulares. Así, los celtiberos que habitan la región del Duero «no hacen más que una comida, mesurada y sencilla», *Geografía*, III, 3, 6, mientras que los pueblos de la montaña: «en las tres cuartas partes del año no se nutren sino de bellotas, que, secas y trituradas, se muelen para hacer pan, el cual puede guardarse durante mucho tiempo». *Geografía*, III, 3, 7.

203. Tampoco Polibio y Tito Livio nombran los trenes de avituallamiento romanos o púnicos durante las campañas peninsulares, dado que para el lector de sus obras, que conoce perfectamente la organización del ejército romano, la intendencia es un elemento conocido que no cabe especificar.

de la campaña era muy prolongada, dado que la ausencia de la mayor parte de la fuerza de trabajo de sus lugares de residencia implicaría necesariamente una redistribución y reasignación de las tareas de producción, especialmente las relacionadas con el ciclo agrario. Aunque por lógica deberían ser los hombres no reclutados y las mujeres quienes se hiciesen cargo de la sustitución de los campesinos alistados como guerreros, la diferenciación poco clara entre producción y explotación pública o privada de los recursos plantea el hecho de que el servicio de las armas repercutiera en la economía doméstica de los soldados, por lo que deberían arbitrarse sistemas para compensar las pérdidas económicas de los mismos, bien mediante una redistribución de la producción comunitaria, bien mediante el pago de una soldada que permitiera al guerrero la compra de bienes después de su desmovilización.

El problema es más importante aún si tenemos en cuenta que la salida de un ejército en campaña supone, como hemos indicado, la utilización de una parte de las reservas alimentarias generadas en el seno de la estructura político-territorial como nutriente para las primeras marchas o como reserva estratégica en caso de no obtener alimentos durante su avance, al tiempo que disminuiría la productividad por falta de mano de obra. La consecuencia de ello sería que, aun y contando con un resultado victorioso de la campaña, el equilibrio económico de la población se vería fuertemente alterado y comprometido por el descenso de sus reservas de cereal. Como se ha indicado, el saqueo es la solución para obtener alimentos sin necesidad de gastar las propias reservas. No obstante, el saqueo se produciría principalmente en los campos de comunidades ibéricas, aliadas o no de Roma, o anteriormente de Cartago, pero de las que debería esperarse en la época de las sublevaciones (206-195 a.C.) la colaboración con hombres y suministros para aumentar la presión sobre el ejército de ocupación romano, por lo que no sería lógico desproveerlas al tiempo que se reclamara su apoyo. La cita sobre la añagaza de Publio Cornelio Escipión al emplear unas cabezas de ganado para provocar el enfrentamiento con el ejército de Indíbil el 206 a.C. es muy significativa, puesto que las fuentes indican que las reses provenían de los propios campos de los iberos, lo que quiere decir que aun tratándose de un contingente muy numeroso, o bien no tenían problemas de suministros, o intentaban evitar conflictos con los sedetanos reduciendo el volumen de los saqueos y las requisas. De otro modo es ilógico que una reserva de alimentos como supone el ganado no hubiera sido, cuando menos, escamoteada a la previsible rapiña del ejército romano en su avance.

La alternativa al saqueo y, por tanto, al enfrentamiento entre tribus ibéricas es la compra del suministro, para lo que necesariamente se precisa dinero y, en consecuencia, reabre el problema de la financiación de la guerra. No pudiendo aplicarse en este caso ningún referente a los sistemas de obtención de recursos para la guerra ampliamente conocidos en Roma, Cartago o las *poleis* griegas, tan sólo puede indicarse que el poder político de las comunidades ibéricas debería tener con toda seguridad la suficiente capacidad recaudatoria como para generar

unos recursos monetarios suficientes para el desarrollo de las operaciones, ya sea como respuesta a una entrega voluntaria o forzada entre los miembros de la comunidad, o como el resultado de los beneficios acumulados por las prácticas del comercio de productos agrarios y objetos de lujo con los comerciantes foceos o púnicos. En todo caso, parece clara la capacidad de recaudación de las estructuras de poder ibéricas por cuanto pueden satisfacer las demandas de indemnización punitivas que les son impuestas por el ejército romano después de cada derrota militar.

Junto a la planificación de la disponibilidad de suministros y la asunción de los costes monetarios de la guerra compleja, otro elemento destaca en la definición estratégica de las tropas ibéricas: el empleo de la castramentación. En la descripción del ataque del cónsul Marco Porcio Catón al campamento ibérico durante la batalla de *Emporion* el año 195 a.C. se cita específicamente que el campamento ibérico disponía de empalizada y puertas, es decir, se aproximaría a la idea de la castramentación romana, debiendo ser un campamento de grandes dimensiones[204] si podía acoger a un mínimo de 40.000 soldados.[205] La construcción de campamentos por las tropas ibéricas se documenta durante las campañas de los mercenarios ibéricos en Sicilia, donde bajo control cartaginés son establecidos en un campamento específico a lo largo del asedio de Agrigento,[206] período durante el que necesariamente debieron conocer las ideas básicas relativas al establecimiento de un campamento permanente, así como las obras fundamentales para su defensa, la valla o empalizada, y el foso.

Durante el período en que los iberos combaten en Iberia como aliados de los cartagineses se cita su presencia en diversos campamento como el situado en las proximidades de Cissis (218 a.C.),[207] la desembocadura del Ebro (217 a.C.),[208] el establecido por los tartesios durante la campaña que contra ellos desencadena Asdrúbal en el 216 a.C., del que Tito Livio dice que disponía de atalayas y puestos de guardia, además de la empalizada,[209] o el de Asdrúbal en las proximidades de Hibera (215 a.C.),[210] o el que estableció en las proximidades de Baecula el 208 a.C.,[211] por citar tan sólo algunos ejemplos. En otros casos, los campa-

204. Polibio describe las dimensiones de un campamento para albergar un ejército consular de dos legiones y el mismo número de tropas auxiliares, es decir, unos 20.000 hombres. El campamento ibérico en las proximidades de *Emporion* debería tener unas dimensiones muy superiores atendiendo al número de guerreros que componía el ejército. Tales dimensiones, así como algunos datos tales como el volumen de madera necesario para la construcción del vallado para delimitar un perímetro tan amplio plantea algunas dudas como, por ejemplo, su situación exacta, la posibilidad de que el texto se refiera más a un poblado fortificado que a un campamento provisional de campaña, y la relación existente entre el campamento y la colonia focea de *Emporion*. *Historias*, VI, 27.

205. Detalles en Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXXIV, 14, 1; 15, 5-6.

206. Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica*, XIII, 85, 1.

207. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 60, 9.

208. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 19.

209. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 27, 4-5.

210. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIII, 29, 1-2.

211. Polibio, *Historias*, X, 39.

mentos de los aliados y auxiliares ibéricos y celtibéricos que servían paralelamente en los ejércitos romano y púnico se encontraban los suficientemente próximos y accesibles como para que pudiera producirse el soborno de las tropas celtibéricas del ejército romano por Asdrúbal en el 211 a.C. que desembocó en la derrota y muerte de los Escipiones,[212] probablemente porque las tropas púnicas y las de sus aliados acampaban en enclaves diferentes como sucede durante la campaña de Marco Silano contra los celtíberos el año 207 a.C.,[213] en la que si bien estos últimos relajaron la disciplina y la vigilancia de su campamento, empleaban, no obstante, un vallado para delimitarlo y protegerlo.

En las ocasiones en que el ejército está integrado sólo por iberos, como en el caso ya citado de la batalla de *Emporion*, se sigue también la norma de acuartelar las tropas en un campo cerrado. Así, Indíbil debe *sacar* las tropas de su campamento para oponerse a Publio Cornelio Escipión en el 206 a.C., cuyo campamento se encontraba situado al otro lado del valle en el que se produjo la batalla, una estructura de relato muy propia de Polibio que encaja con otras descripciones realizadas durante el relato de las batallas entre romanos y púnicos,[214] siendo el campamento ibero tomado después de la derrota y capturados los 3.000 hombres que en él se habían refugiado.[215] El planteamiento se repetirá al año siguiente antes del encuentro que significó la derrota definitiva de los ilergetes y sus aliados.[216]

Los datos indicados son claros para determinar que los ejércitos ibéricos se establecían en campamentos fortificados provistos de puntos de observación durante sus campañas y cuando se encontraban en las proximidades del enemigo. Si tenemos en consideración que en el interior de los mismos los vencedores acostumbran a saquear las pertenencias de los vencidos obteniendo por lo general un amplio botín, debe convenirse en que los iberos se desplazan con un tren de bagajes importante, lo que significa el empleo de carros y animales de carga. Sin embargo, no puede afirmarse que la concepción de la castramentación por parte de iberos y celtiberos fuese igual a la de romanos y púnicos, es decir, que después de cada jornada de marcha se erigiese un campamento fortificado, dando más la impresión de que los campamentos son permanentes en el sentido de albergar durante un tiempo al ejército a la espera de la disputa del encuentro campal que se prevé decisivo para la conclusión de la campaña. Con todo, el hecho

212. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXV, 32.

213. «Por informes de estos guías supo, cuando estaban a unas diez millas del enemigo, que había dos campamentos junto a la ruta que seguían; que los celtiberos, un ejército nuevo de más de nueve mil hombres, tenían su campamento a la izquierda, y los cartagineses el suyo a la derecha; que éste estaba adecuadamente defendido con puestos de guardia, con centinelas y con todas las medidas regulares de seguridad militar, y que en el otro había indisciplina y falta de precauciones como es propio de bárbaros y de novatos que estaban menos en guardia por el hecho de encontrarse en su propia tierra». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 1, 7-8.

214. Polibio, *Historias*, XI, 32.

215. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 34.

216. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXIX, 2, 2,

de que los ejércitos indígenas construyesen campamentos implica que disponían de una organización importante para obtener los materiales necesarios, erigir las defensas, distribuir el espacio interior del campo y abastecerlo.

Pese a la escasez de informaciones disponibles, la problemática de la obtención de suministros y la construcción de campamentos muestra claramente la adopción en la estrategia ibérica de los planteamientos de la guerra compleja.

4.5. **La guerra naval**

Las dos invasiones de los Pueblos del Mar en el Próximo Oriente realizadas aproximadamente los años 1230 y 1190 a.C. y, especialmente, sus enfrentamientos con los faraones Merneptah y Ramsés III, constituyen los primeros ejemplos sobre desplazamientos y combates navales a gran escala durante la Protohistoria, aunque algunas informaciones puntuales referidas a los piratas lukka y tejkker en las costas del sur de Anatolia, las menciones a la flota de Alashiya en la correspondencia del monarca hitita Shuppiluliuma II, y la existencia de un cuerpo de vigilancia costero mencionado repetidamente en las tablillas del archivo del palacio de Pilos, permiten concluir que durante la segunda mitad del segundo milenio a.C. las flotas de navíos dedicadas al saqueo de las costas y al hostigamiento del tráfico marítimo eran lo suficientemente frecuentes como para constituir una preocupación de los gobernantes del área, reflejada, por ejemplo, en la correspondencia de los monarcas de Alashiya y Ugarit en el siglo XIII a.C.[217] Los relieves del templo de Medinet Habu describen las sucesivas fases de la Batalla del Nilo librada entre un contingente naval mixto de Sherden y Peleset y las naves del faraón Ramsés III en una zona de atraque o marismas cuando las naves de los invasores no se encontraban aprestadas para el combate.

El análisis de la documentación indica que los conceptos del combate naval descrito son propios del Egeo y el Mediterráneo oriental, y no del país del Nilo, donde se adoptarían durante el reinado de Tutmosis III, quien estableció una serie de puertos de aprovisionamiento a lo largo de la costa del levante como apoyo al avance de su ejército, y llevó a cabo las primeras acciones de bloqueo naval y apoyo al asedio terrestre ante ciudades y puertos como Biblos, Tiro, Arwad, y Ugarit, introduciendo también las unidades de soldados-marinos *(khenytnet-sekheper)* identificables en los relieves de Medinet Habu, que tenían su réplica en otros contingentes alistados por los reinos del Próximo Oriente como los *sbu*

217. Los archivos de El-Amarna, correspondientes al reinado de Amenofis IV, citan ya en el siglo XIV a.C. al grupo étnico de los ameluti mi-si (EA 101, 105, 108, 110, 111, 126) como oponentes marítimos de Egipto y sus aliados del Levante sirio-palestino, junto a los lukka, cuyas incursiones anuales motivan las quejas al faraón, como potencia regional, del rey de Alashiya: «la gente de la tierra de los lukka, año tras año, atacan alguna ciudad de mi reino» (EA 38). No ha sido posible identificar correctamente a los ameluti mi-si, pero los lukka, citados ya en los relatos de Ramsés II sobre la batalla de Kadesh (*c.* 1285 a.C.) son considerados como originarios, o asentados, en las regiones de Licia y Caria en el sudoeste de Anatolia.

any ugaríticos especializados en los combates navales. El número de estas tropas era variable, correspondiendo en la época de su formación una tripulación de 250 hombres para cada navío *(sa)*, aunque durante el reinado de Ramsés III el número de soldados embarcados podría fijarse en 50. Un último factor a considerar es la similitud de algunas de las prendas que visten los marinos egipcios y los de los Pueblos del Mar que, en una expresión artística tan rigurosa por lo que respecta a la iconografía como la egipcia, permitirían suponer la presencia de contingentes foráneos entre las tripulaciones egipcias.

La Batalla del Nilo supone también la introducción (o primera constatación documental) de algunos de los avances técnicos que marcarán el desarrollo de la guerra naval durante la Protohistoria, especialmente el espolón de proa. El espolón, una pieza de madera recubierta de planchas de metal para aumentar su peso, resistencia y poder de penetración, se situaba a continuación de la quilla para que quedara semihundido durante la navegación y el combate; aprovechando la fuerza motriz proporcionada por los remeros, el navío, convertido en arma de combate por sí mismo, incrustaba el espolón en el costado del barco enemigo abriendo un orificio bajo la línea de flotación que, tras ciar los remeros del atacante desenganchando ambos barcos, provocaba el hundimiento del navío alcanzado al penetrar el agua abundantemente en su interior. El espolón podía utilizarse también para destrozar los remos de un barco mediante un ataque de flanco, maniobra que impedía la movilidad del barco atacado al descompensar los elementos de tracción, y para enlazar dos barcos permitiendo así el abordaje. La construcción y empleo de los espolones de proa no puede entenderse como la consecuencia de una improvisación, sino como el resultado de una tradición y práctica prolongadas, dado que, por sí mismo, el espolón no es un arma de guerra, sino que precisa de una tripulación entrenada en la práctica de las diferentes maniobras que pueden realizarse con él. La inexistencia de representaciones de espolones en Egipto y el Próximo Oriente con anterioridad a las invasiones de los Pueblos del Mar permiten situar su origen tecnológico en el Egeo y sur de Anatolia, y explicaría la supremacía naval atribuida a los piratas de la costa sur de la península anatólica durante el Imperio Nuevo. Si tenemos presente el carácter etnográfico de las representaciones figuradas egipcias, destinadas a ser reconocidas y comprendidas por la población como sistema para enaltecer al faraón en sus victorias, debe convenirse que el espolón, aunque representado a un tamaño muy reducido respecto a las dimensiones de los barcos que lo emplean, debía ser un elemento ampliamente conocido por diversas capas de la sociedad egipcia. Un segundo elemento importante para el desarrollo de la guerra naval en el Mediterráneo, presente ya en los relieves de Medinet Habu, es la disposición de las filas de remeros en los barcos. Situados sobre la cubierta, dos filas paralelas de remeros impulsan los barcos bogando mediante remos que atraviesan el casco por debajo de la amura que los protege. La combinación, disposición y número de las filas de remeros será el elemento determinante en el desarrollo de la arquitectura naval y las tácticas de combate durante todo el I milenio a.C.

Con posterioridad a las convulsiones provocadas por las migraciones de los siglos XIII y XII a.C., los avances técnicos alcanzados se continuaron aplicando. La iconografía comprendida entre el Bronce Final en el Egeo (LHIIIC) y el Geométrico griego (IX-VIII a.C.) continúa presentando en Enkomí, Aegina, Phylakopi o Skyros, tipos de barcos y marinos similares o derivados de los de Medinet Habu en los tipos de quilla, espolón y mascarones de proa, estos últimos elementos de identificación étnica y política básicos de los barcos en el ámbito circunmediterráneo.

Plinio recoge en sus obras[218] la tradición mítica que considera a Hippos de Tiro como el inventor de los barcos fenicios cuyas formas y tipos se conocen con precisión a partir de los relieves asirios de las puertas de Balawat y Khorsabad datadas en el siglo IX a.C. Junto a los barcos mercantes *(gaulos/gôlah)*, descendientes de los navíos ugaríticos que podían desplazar hasta 500 *kur*, que controlaron el comercio de larga distancia en el Mediterráneo a partir del siglo IX a.C. y una pléyade de navíos costeros adaptados en forma y tamaño a tráficos específicos, se consideraba a los arquitectos navales de las ciudades-reino fenicias como los inventores de un nuevo tipo y concepto de los barcos de guerra: la *birreme* o *driere*.

La *driere* se basaba en la disposición de dos filas de remeros en niveles direfentes pero próximos entre sí a ambos lados del casco de un navío, totalizando, en este caso, un total de 28 remeros por costado del barco en dos filas de 14 hombres. La variación del concepto de la arquitectura naval significó un progreso incuestionable frente a los navíos dotados de una única fila de remeros a cada lado del buque, el modelo propio del Bronce Final, que en Grecia se adaptó a la *pentecotera* o navío de cincuenta remeros, un barco documentado a partir del 800 a.C. construido con madera de pino, cuyas dimensiones máximas eran 20 m de eslora por 8 de manga, que se gobernaba mediante un doble timón lateral y contaba con una tripulación de 50 remeros y 4 marinos dirigida por un capitán *(keulestes)* que podía asumir también las funciones de piloto *(kybernetes)*. El cambio que la nueva técnica supuso fue radical. La concentración de esfuerzos permitía un mejor gobierno del barco y el aumento de la potencia en tramos de boga cortos durante el combate para emplear el espolón de proa. La *driere* dejó paso rápidamente a la *trirreme*, navío con tres filas de remeros a cada lado del casco del buque dispuestos a niveles diferentes aparecido alrededor del 670 a.C. cuya invención se atribuye a los fenicios de Sidón o a los corintios según diversas fuentes. Pese a las dificultades iniciales en la arquitectura de estos barcos, esencialmente la longitud, ángulo de inclinación y recorrido de los remos, a los que debía sumarse el entrenamiento de las tripulaciones para obtener una boga organizada, el nuevo tipo de barco se impuso con rapidez. Así, por ejemplo, el tirano Polícrates de Samos que, según cuenta Herodoto, deseaba reverdecer los laureles de las antiguas talasocracias que dominaron el Egeo y el Mediterráneo durante el Bronce Final y principios de la Edad del Hierro, disponía de una flota de 100 *pentecote-*

218. Plinio, *Historia Natural*, V, 206.

ras a mediados del siglo VI a.C. que había transformado ya en 50 *trirremes* el año 526 a.C.[219]

El valor militar de las flotas reunidas por las ciudades-reino fenicias se refleja en la victoria que obtuvieron al rechazar a finales del siglo VIII a.C. la expedición naval que Salmanasar V envió contra Tiro, y en el hecho de que el único contingente que fue capaz de salvarse en la derrota de Salamina (480 a.C.) fue el sidonio o fenicio que aportaba 120 barcos del total de 485 buques que componían la flota persa. Las flotas púnicas heredarían, como es lógico, los conocimientos técnicos y tácticos fenicios.

La *trirreme*, perfectamente establecida como tipo naval en el siglo VI a.C., constituirá el barco clave en el combate naval hasta el Bajo Imperio Romano, aunque existieron diversos intentos por desarrollar nuevos tipos de barcos cada vez de mayor tamaño impulsados por un número creciente de remeros hasta alcanzar la impensable galera de dieciséis órdenes ideada por los ingenieros siracusanos, en la que dos grandes filas de remos por lado del buque eran movidas cada una de ellas por ocho remeros. No obstante, y en el caso de la *trirreme*, se impusieron dos modificaciones o variantes técnicas: la *hemilolia* o ubicación de 14 remeros suplementarios en el banco superior, y su réplica, la *tremiola*, invención atribuida a los rodios por la que la proporción de remeros alcanzaba a 2,5.

En función de las gradas de las atarazanas del puerto militar de Zea en el Pireo se calculan unas dimensiones máximas de 38/41 m de eslora, 5,5 m de manga y 1,2 de calado para las trirremes griegas de época Clásica, que contaban con remos de 4,5 m de longitud. La tripulación de una nave como las que combatieron contra los persas o durante la Guerra del Peloponeso constaba de 170 remeros repartidos en tres niveles: 62 hombres en el superior *(thranitas)*, 54 en el central *(zeugitas)* y otros 54 en el inferior *(talamitas)*, existiendo en ocasiones un banco suplementario dispuesto a partir del pescante exterior de la borda *(parexeiresia)*. Una reserva de 30 remeros permitía la sustitución de los hombres más agotados o heridos durante el combate, puesto que las condiciones del remero eran extremadamente duras, al estar separado cada banco tan sólo por 90 cm. El entrenamiento de las tripulaciones griegas, esencialmente de las atenienses, dado que en ellas se basó el poder político de Atenas durante los siglos V y IV a.C., permitía a los navíos convertirse en temibles armas de combate que, en el fragor de la batalla, llegaban a alcanzar velocidades superiores a los 20 km/h para distancias no superiores a los 2.000 m. El capitán de una *trirreme (trierarchos)* solía pertenecer a las clases elevadas del país, siendo su mando el resultado de una decisión política; por ello, el *trierarchos* podía contratar los servicios de un marino experimentado que ejercía el gobierno ejecutivo de la nave y las funciones de piloto

219. «En poco tiempo prosperaron los asuntos de Polícrates, y andaban de boca en boca por Jonia y por el resto de Grecia, porque dondequiera que dirigiese sus tropas, todo le sucedía prósperamente. Tenía cien naves de cincuenta remos y mil arqueros; pillaba y atropellaba a todo el mundo sin respetar a nadie [...] Polícrates eligió de entre los ciudadanos los más sospechosos de rebeldía y los despachó en cuarenta trirremes, encargando a Cambises no los enviara de vuelta». Herodoto, *Los nueve libros de la Historia*, III, 39-44.

(kybernetes). Otra solución, implantada en Atenas a fines del siglo V a.C., era el nombramiento de dos *trierarchas* para cada *trirreme*. El mando directo de los remeros era responsabilidad del comitre *(keleustes)* a cargo de los *auletes* y *trieraulas* (flautista o tañedores de doble flauta encargados de marcar el ritmo de las paladas), estando apoyado en sus funciones por un subcomitre *(pentecontarchos)* cuyo título hace referencia al mando de cincuenta remeros y remite, indudablemente, al gobierno de las *pentecoteras* del siglo VIII a.C. Otros empleos de menor rango, pero no por ello menos trascendentes dentro de un navío, eran el *naupegos* (carpintero) encargado de las reparaciones de la nave, y el *toicharchoi*, encargado de las maniobras de atraque y desatraque, y responsable de la carga y el equipo del navío. Con todo, la estructura de las tripulaciones de los barcos de guerra griegos variará a lo largo del tiempo, existiendo cometidos o denominaciones diferentes durante el período helenístico, entre ellos, los *katapeltaphetai* eran los responsables del alistamiento y manejo de las máquinas de guerra instaladas en los barcos.

Uno de los elementos más controvertidos en las flotas griegas, derivado de la iconografía cerámica en la que se representan hoplitas a bordo de los navíos, era la existencia de un cuerpo permanente de soldados embarcado. Las fuentes clásicas citan la presencia en las *trirremes* atenienses de los *epibatai* (soldados de marina) cuyo número es muy reducido, oscilando desde los 10 hombres presentes en las naves atenienses durante la batalla de Salamina, hasta los 40 que embarcaban las naves quiotas. Al no existir una tradición de abordaje en la guerra naval compleja desarrollada en el Egeo y el Mediterráneo oriental, dada la preeminencia del espolón como base de los enfrentamientos, se asigna a los soldados embarcados, comúnmente miembros de la clase alta de las *poleis*, como el resto de los hoplitas, la función de protección de los *trierarchas*. No será hasta la invención de la pasarela de ataque *(corvus)* por la marina romana cuando las tropas embarcadas adquieran una importancia decisiva en la guerra naval al convertir los enfrentamientos en reproducciones de los conflictos terrestres.

Ante las similares características de los navíos durante los conflictos del siglo V a.C., especialmente la primera y segunda Guerras Médicas y, posteriormente, la Guerra del Peloponeso, las tácticas navales empleadas en estos conflictos fueron muy simples, manteniéndose vigentes hasta época helenística. Las victorias dependían por tanto de una combinación entre la superior preparación de las tripulaciones, el lugar elegido para el encuentro naval, y la posibilidad de obtener una sorpresa o ventaja táctica mediante un ataque inesperado que permitiera a una flota entablar combate con otra desprotegida o no formada en línea de batalla. Sin embargo, cuando ambas flotas se aproximaban perfectamente alistadas para el combate, las soluciones tácticas eran escasas. La más simple, el *periplus*, consistía en alargar la línea del frente más allá de la formación enemiga sin perder la cohesión aprovechando las corrientes y vientos y los barcos de los flancos se precipitaban sobre los costados de los navíos de la línea más corta. Esta táctica fue empleada con éxito por Temístocles contra la flota persa en la batalla

de Salamina (480 a.C.) y por Demetrio Poliorcetes en la batalla de Salamina de Chipre (306 a.C.) en la que consiguió derrotar a una armada de más de 200 barcos.

La segunda táctica más común se denominaba *diekplus*. Básicamente se partía del mismo principio que el *periplus*: la carga con el espolón contra el costado de un navío para hundirlo mediante la apertura de una vía de agua por debajo de la línea de flotación. La flota que tomaba la iniciativa formaba una fila continuada que se aproximaba a gran velocidad a la formación enemiga, normalmente una fila extendida de tipo clásico. La primera escuadra rompía la línea de batalla de la segunda formación y desbarataba una parte de la misma, impidiendo sus maniobras por la acción del remo continuado que provocaba un fuerte oleaje que se combinaba con la dirección de las corrientes para impedir reaccionar a los barcos atacados. Una vez rodeados éstos, se realizaba la carga mediante el espolón. El único sistema para oponerse a la táctica del *diekplus* consistía en presentar una formación en profundidad con más de una línea de naves, así, si la formación atacante rompía la primera línea superándola, la segunda podía atacar de flanco a los barcos aplicando con ello un *periplus* contra el *diekplus*. Por último, cuando una formación naval no deseaba presentar batalla podía disponer sus naves en una posición circular *(kyklos)* con los espolones hacia fuera manteniendo las naves de transporte en el interior del círculo. Una respuesta táctica así fue utilizada por los griegos contra la flota persa en Artemision y por la armada peloponesia/lacedemonia contra los atenienses en Rhium el año 429 a.C. El ataque al *kyklos* debía romper primero la formación compacta para, posteriormente, aplicar los métodos de ataque mediante el espolón, para ello, y en función del lugar en que se producía el combate, se aprovechaban tanto la fuerza del mar como la dirección del oleaje, girando rápidamente en círculo los barcos atacantes hasta provocar con las bogadas un aumento del oleaje que lanzara a los barcos del círculo defensivo unos contra otros, puesto que debían permanecer sin remar para mantener la posición. En el momento en que el círculo se rompía, la flota atacada no podía responder con la formación de una nueva línea defensiva y, desorganizada, era presa fácil para los barcos alistados para el combate.

La construcción naval introdujo rápidamente el concepto del ensamblado de partes del navío construidas independientemente. Sólo así puede explicarse la rapidez con que las ciudades griegas, Cartago y Roma son capaces de reponer con presteza flotas perdidas de centenares de navíos. Las marcas documentadas en los restos lígneos de algunos pecios indican la fabricación en serie, al tiempo que las medidas estandarizadas de las atarazanas de El Pireo o del puerto militar de Cartago en las que se varaban los barcos para su alistamiento y protección durante el invierno demuestran una construcción naval adaptada a unos patrones de dimensión específicos.[220] El principal problema de las flotas derivaba precisamente de

220. En el caso de Cartago, la anchura máxima de las atarazanas era de 5,9 m, pudiendo disponerse 160 naves en el anillo exterior y 30 en la isla central. Otras fuentes cifran en 220 el número de barcos que podían aprestarse en el arsenal.

la rapidez en la construcción de los barcos. Nicias citaba en el año 414 a.C. los principales problemas que podían presentarse en la conservación de un navío destacando entre ellos la pérdida del carácter estanco de la nave, la apertura de separaciones entre las tablas que conforman el forro del casco, las deformaciones en la madera y, especialmente, su pudrimiento. Con todo, pudieron conseguirse mediante el sistema modular barcos capaces de alcanzar una velocidad de hasta tres nudos por hora que permitían recorridos de 50 millas náuticas diarias, aunque, en condiciones favorables, marinos expertos como Aníbal *el rodio* podían llegar a cubrir la distancia de 125 millas que separan Cartago de Lilibeo en Sicilia en menos de 24 horas, lo que supone una velocidad de entre 4 y 5 nudos por hora, hazaña que tuvo más mérito aún por cuanto para realizarla debió superar el bloqueo establecido por el cónsul Publio Claudio durante el asedio de la ciudad.[221]

Al inicio de la Primera Guerra Púnica, la supremacía naval cartaginesa sobre el Mediterráneo central era incuestionable[222] tanto por el número de navíos como por la tradición de navegación, conocimiento y control de las rutas.[223] No obstante, los enfrentamientos navales sostenidos por Cartago con anterioridad a esta fecha fueron muy pocos, debiendo remontarse a la batalla naval de Alalia del 545 a.C. para documentar un enfrentamiento clave. En Alalia, una flota combinada púnica y etrusca compuesta esta última casi exclusivamente por navíos de Caere, se enfrentó a la flota focea por el dominio del comercio en el arco norte del Mediterráneo occidental. Después de la fundación de la colonia de Massalia, la expansión del comercio foceo en el sur de la Galia y las costas de la península Ibérica había terminado con el monopolio de los intercambios que controlaban las *poleis* etruscas en las áreas de los golfos de Génova y León, y empezaba a sus-

221. «En Cartago querían saber qué ocurría en Lilibeo, pero no lo conseguían, porque unos estaban sitiados y los otros sometidos a una vigilancia estrecha. Un hombre perteneciente a la nobleza, Aníbal, llamado el rodio, les anunció que se adentraría, navegando, èn el puerto de Lilibeo, que lo inspeccionaría todo con sus propios ojos y que se lo expondría. Los cartagineses oyeron con agrado este ofrecimiento, pero no le dieron crédito porque los romanos bloqueaban con su escuadra la boca del puerto contra cualquier intento de penetración. Mas Aníbal el rodio aparejó su propia nave, se hizo a la mar y puso rumbo hacia una de las islas que hay delante de Lilibeo. Al día siguiente, aprovechando un viento favorable que se levantó en el momento oportuno, y hacia la hora cuarta, ante la sorpresa de todo el enemigo que contemplaba su audacia, entró en el puerto». Polibio, *Historias*, I, 46, 4-6.

222. La inexistencia de una flota romana provocaba que los avances obtenidos por las legiones en Sicilia no fueran decisivos. «Los cartagineses eran dueños del mar, y por esto la guerra, a los romanos, les resultaba indecisa. Si bien inmediatamente después, dueños ellos de Agrigento, muchas ciudades del interior se les pasaron, temerosas de las fuerzas de tierra romanas, un número todavía mayor de poblaciones costeras desertó de los romanos, por miedo a la flota cartaginesa [...] Veían, además, que las fuerzas navales cartaginesas devastaban con frecuencia Italia, y que África, finalmente, quedaba siempre indemne, por todo lo cual se lanzaron al encuentro de los cartagineses también por mar». Polibio, *Historias*, I, 20, 6-8.

223. Ejemplos de la magnitud de la flota cartaginesa los refiere Plutarco durante la campaña de Sicilia del 342 a.C., cuando Magon se presenta en Siracusa con una flota de 150 barcos en la que son transportados 60.000 infantes, o la inmensa flota compuesta por 200 trirremes y mil barcos de transporte que al año siguiente transportan hasta Lilibeo un ejército de 60.000 hombres dotado de máquinas y carros de guerra, material y víveres en abundancia. Aunque las cifras son, sin duda, exageradas, contrastan con las de la pequeña flota que el propio Timoleón conduce desde Corinto en apoyo de los sicilianos formada por siete barcos corintios, dos de Corcira y otro de los Leucadios. Plutarco, *Timoleón*, 8, 4; 17, 1-2; 25, 1.

tituir al agotado comercio fenicio en las costas del Levante peninsular, especialmente después de la fundación de la colonia de *Emporion* que se añadía a otros mercados ya existentes en el área del nordeste, de los que es un ejemplo muy factible el mercado de *Rhode* (Rosas) y las referencias a su fecha mítica de fundación antes de la primera Olimpíada (776 a.C.). Al sur, ya fuera por un tráfico comercial directo o por la vía del comercio de redistribución a través de los propios mercaderes fenicios occidentales y púnicos, los productos griegos se extendieron en época arcaica a grandes áreas de la Andalucía occidental y oriental, destacando, por ejemplo, la amplitud y variedad de ítems documentados en diversos yacimientos del casco urbano de Huelva y Málaga en fechas recientes o las ya clásicas *kotylai* protocorintias procedentes de la necrópolis Laurita.

Según el relato de Herodoto, el problema surgió cuando los foceos establecídos en Alalia realizaron durante cinco años un pillaje continuado contra las naves que atravesaban el área del norte del Mediterráneo desde la isla de Córcega, siendo factible que las correrías piráticas llegasen hasta el centro del Tirreno y el norte de Sicilia aprovechando la atracción del santuario y centro comercial de Pyrgi para el comercio púnico, aunque los enfrentamientos navales de las ciudades etruscas, por ésta u otras causas, debieron iniciarse mucho antes de mediados del siglo VI a.C. La *crátera de Aristonotos*, procedente de Cerveteri y fechada en el segundo cuarto del siglo VII a.C., muestra un combate naval entre griegos y etruscos en el que un navío de combate, probablemente una *pentecotera* armada con espolón y decorada con un ojo apotropaico, acomete a un navío de carga reconocible por el casco redondeado del buque y la ausencia de remeros, siendo tres hoplitas en cada navío los que van a combatir después de la embestida; una segunda crátera con tapadora, procedente también de Cerveteri, atribuida al *Pintor del nacimiento de Minerva* y datada en 630-620 a.C., muestra otro combate naval en el que dos navíos de diferente tamaño, aparejo y tripulación se acometen, siendo significativo que uno de los barcos, impulsado por una fila de remeros en el que se cuentan hasta seis hoplitas con cascos corintios sobre el puente, presente la proa adornada por un protomo de caballo, símbolo de la marina fenicia. La presencia en los santuarios griegos de Delfos, Dodona, Olimpia y Samos de ofrendas de materiales etruscos, junto a la distribución de productos tirrénicos en la Grecia continental a partir del siglo VIII a.C., probarían la existencia de navegaciones etruscas hacia el Egeo a partir de esta fecha, en la que se producirían los encuentros navales posteriormente idealizados en las representaciones figuradas, o bien la participación de comerciantes griegos como intermediarios en la distribución de los productos citados. En todo caso, deben tenerse presentes dos cuestiones: que las escenas de los vasos han de corresponder a una tradición propia de Etruria, dado que no existe, en la fecha de su fabricación, ningún enfrentamiento naval o tradición literaria que forme parte del imaginario común, y que las actuaciones de los mercaderes griegos como piratas eran frecuentes, no considerándose el saqueo en alta mar una acción dolosa o merecedora de desprestigio.

Etruscos y cartagineses armaron una flota de 120 naves que se enfrentó a la armada focea compuesta por la mitad de unidades. La batalla naval, descrita por las fuentes como una *victoria a la cadmeana* o, lo que es igual, una victoria imperfecta o no decisiva, por cuanto los foceos perdieron cuarenta barcos y los veinte restantes quedaron inútiles al doblarse sus espolones, no constituyó una variación sustancial en las relaciones económicas en las áreas indicadas.[224] La carta comercial sobre lámina de plomo de Pech Maho es un claro ejemplo de ello al coincidir en las dos caras del mismo soporte dos textos comerciales, uno griego escrito en lengua jonia, y otro etrusco que no corresponden a la misma información. La fecha de primera mitad del siglo v a.C. atribuida a la misiva muestra el mantenimiento de la pluralidad comercial en los *emporiae* del Languedoc-Rosellón un siglo después de la batalla. Será el propio retraimiento comercial de las *poleis* etruscas, potenciado tras la derrota de Tarquinia en la batalla de Cumas el año 474 a.C. frente al ejército y la flota siracusanos, y la orientación de su comercio hacia la llanura del Po lo que provocará el progresivo abandono de los mercados occidentales en los que habían constituido el comercio dominante durante los siglos VIII y VII a.C.

Las dificultades para abastecer a sus tropas destacadas en Sicilia a principios de la Primera Guerra Púnica forzó a los romanos a emprender la construcción de una flota.[225] Los textos clásicos indican que no disponían de los conocimientos técnicos necesarios para ello, pero, sin embargo, fueron capaces de construir en breve tiempo cien *quinquirremes* y veinte *trirremes*, probablemente con el apoyo de las ciudades de la Magna Grecia y los aliados siracusanos, aunque la leyenda indica que los romanos se basaron en una nave cartaginesa capturada para construir sus barcos.[226] La obtención de tripulaciones fue también difícil, debiendo entrenarse en tierra a los primeros equipos de remeros *(remes)*, aunque rápidamente las tripulaciones se formarían, en parte, con cautivos. En el *quinquirreme*, el tipo de barco más empleado por Roma, se embarcaban 300 marinos y 120 infantes, existiendo una proporción de entre 260/270 remeros para mover 170 remos. Pese a que la flota romana sufrió derrotas iniciales como la de Cneo Cornelio, estableció los mecanismos necesarios para imponerse a la más experimentada flota cartaginesa, tanto en la estrategia naval como en la táctica de combate, obteniendo las primeras victorias, no decisivas, en Milas (260 a.C.), Sulci (258 a.C.), Tindaris (257 a.C.) y, especialmente, Ecnomo (256 a.C.), triunfo que permitió el desembarco del ejército de Marco Atilio Régulo en África y la campaña subsiguiente (256-255 a.C.).

224. Es muy posible que el relato de Herodoto reúna dos tradiciones diferentes reflejo de dos enfrentamientos, uno contra la flota púnica y el segundo contra una armada etrusca. En caso contrario es ilógico que una victoria se salde con el reparto de los prisioneros tomados a los vencedores por los vencidos, como indica (I, 167) al comentar la muerte por lapidación de los foceos capturados.

225. Los primeros navíos utilizados por los romanos los obtuvieron de los tarentinos, locrios, eleatas y neapolitanos. Polibio, *Historias*, I, 20, 14.

226. Polibio, *Historias*, I, 20, 15..

Estratégicamente, los romanos intentaron variar la formación de los barcos en línea que adoptaban por regla general los cartagineses, derivada de los sistemas de combate imperantes en el Egeo desde el siglo V a.C. En su primera gran victoria naval, la batalla de Ecnomo, organizaron la flota en cuatro divisiones navales, denominando a la última de ellas triarios *(triarii)* que constituía la reserva. Las dos primeras, mandadas por Marco Atilio Régulo y Lucio Manlio Vulso, se dispusieron en diagonal a partir de los navíos almirante, dos *hexeras* formando los lados de un triángulo rectángulo que tenía en la base al tercer escuadrón cuyos barcos remolcaban los transportes de caballería e impedimenta; la cuarta división seguía a la tercera formando la reserva. La idea táctica romana era, pues, provocar la ruptura del centro de la línea púnica para, posteriormente, atacar por retaguardia a las naves dispersadas con los espolones, es decir, una variación del *diekplus* griego pero provocando la ruptura en todo el frente y no sólo en un punto al no avanzar los barcos en línea. La respuesta táctica púnica consistió en formar una línea continuada de mayor longitud de frente con las escuadras o divisiones mandadas por Amílcar (grupos centrales) y Hannon (grupo de la derecha cartaginesa), formando oblicuamente a la costa la restante para impedir que las naves romanas se aproximaran a tierra. La idea de Amílcar era desbaratar la formación romana fingiendo una retirada de la parte central de su línea para separar a los dos primeros contingentes navales romanos de la flota que convoyaba a los transportes y la reserva, utilizando la longitud de su línea para atacar por los flancos a las divisiones romanas. El resultado final fue una terrible refriega en la que los romanos obtuvieron ventajas parciales que les permitió concentrar sus escuadrones sobre los púnicos al tiempo que derrotaban por separado a cada uno de éstos, hasta conseguir una gran victoria que les abrió la ruta de África y forzó a la flota cartaginesa a concentrarse en la defensa de la ciudad de Cartago descuidando el resto de la costa. Aunque el volumen de hombres y barcos que participaron en la batalla ascendería a más de 300.000 hombres según el relato de Polibio, de hecho, es muy probable que el número de barcos por bando no superara el centenar, lo que arrojaría un total de 42.000 combatientes por bando si se aplican cifras de tripulación similares a ambas escuadras. Las bajas cartaginesas ascendieron a 64 barcos hundidos y 30 capturados, mientras que los romanos sufrieron la pérdida de 24 barcos.

La razón por la que la flota romana obtuvo un rápido ascendiente sobre la púnica en apenas seis años debe buscarse en el progresivo deterioro de la capacidad marítima de Cartago que, de hecho, no había librado ningún enfrentamiento naval de importancia desde el siglo VI a.C., y, muy especialmente, en la invención de la plataforma de abordaje romana *(corvus)* cuya función básica era trasladar al frente marítimo la ventaja de la infantería romana en los combates terrestres. La plataforma de abordaje era, según explica Polibio, un puente estrecho que permitía el paso de un contingente de soldados formado de a dos, estructurado sobre una pieza giratoria que permitía orientarlo hacia ambos lados del buque; una pieza metálica situada en su base tenía como fin clavarse en el puente del navío

adversario uniendo a ambos buques facilitando el paso de la infantería romana al barco enemigo.[227] Con todo, la prolongación de la Primera Guerra Púnica se debió principalmente a la destrucción de diversas flotas romanas por causa de las tormentas los años 255, 253 (cabo Palinuro), y 249 a.C. (Camarina) y, especialmente, por la derrota de Drepana (249 a.C.)[228] en la que la flota cartaginesa, mandada por Adherbal, derrotó a la romana del cónsul Publio Claudio Pulcher, perdiendo 93 barcos de un total de 130. El hecho de que los barcos romanos no montaran ya los *corvus* y que fueran sorprendidos entre la costa y la línea púnica son las causas de la derrota en un combate en el que la marina de Cartago pudo emplear ampliamente la táctica de la acometida mediante el espolón. Tras su victoria, Cartago no aprovechó la ventaja estratégica que le confería la superioridad naval y la guerra en Sicilia languideció con encuentros menores durante varios años hasta que en el 243 a.C., Roma decidió crear una nueva flota, sufragada en parte por los ciudadanos y no por el estado, para intentar resolver el conflicto mediante una acción decisiva por mar. El cónsul Cayo Lutatio Cátulo y el pretor Quinto Valerio Falto entrenaron arduamente a las tripulaciones de las *quatrirremes* romanas hasta alcanzar un elevado grado de eficacia, acosando seguidamente a las tropas de Amílcar Barca, impidiéndole recibir suministros de hombres y provisiones con el objetivo de obligar a la flota cartaginesa a presentar un combate que se pretendía fuera decisivo. El 10 de marzo de 241 a.C., en las islas Egates, la flota romana interceptó a la cartaginesa que se dirigía hacia Eryx para descargar sus suministros y entabló combate, hundiendo 20 barcos y capturando 97 contra la pérdida de 30 naves y graves daños en otras 50.[229] El esfuerzo realizado por Cartago para armar y aprestar esta flota había agotado sus posibilidades de enrolar tripulaciones entrenadas y, ante la imposibilidad de poder asegurar en el futuro los suministros al ejército de Amílcar, se concluyó la paz con la derrota de Cartago que entregó Sicilia y se comprometió a pagar diversas reparaciones de guerra, unas cláusulas que, de hecho, motivarían las posteriores empresas militares bárquidas dando lugar al segundo gran conflicto entre Roma y Cartago: la *guerra Anibálica*. Tácticamente, los enfrentamientos durante la Primera Guerra Púnica no introdujeron elementos perdurables en la estrategia naval, dado que prevaleció hasta el final la formación de las flotas en línea y la

227. «Pero las naves romanas era de construcción deficiente y muy poco marineras, por lo que alguien propuso a los romanos para el combate el uso de un ingenio, los llamados después cuervos, cuya disposición era la siguiente: estaba colocada de pie en las proas una viga cilíndrica, de cuatro brazas de longitud, de un diámetro de tres palmos. Este mástil tenía en su extremo superior una polea, y tenía además, adosada a él, una pasarela formada de tablas clavadas con clavijas transversales; esta pasarela tenía cuatro pies de anchura y seis brazas de longitud. Estas tablas tenían un orificio longitudinal en el que se instalaba el poste, a dos brazas de la extremidad de la pasarela. Ésta disponía de dos barandillas, una a cada lado, a la altura de la rodilla, en toda su longitud. En el otro extremo de la pasarela se ajustaba una pieza parecida a un majadero de hierro, acabada en punta que en su ápice tenía una argolla [...] a esta argolla se sujetaba un cable, mediante el cual, en el abordaje de los navíos, se levantaban los cuervos por la polea del mástil y los soltaban contra la cubierta de la nave enemiga». Polibio, *Historias*, I, 22, 5-7.

228. Detalles en Polibio, *Historias*, I, 49-52.

229. Detalles en Polibio, *Historias*, I, 60-61.

búsqueda de combates individuales, pero, estratégicamente, se demostró que una potencia terrestre podía convertirse también en potencia naval aplicando los conceptos de la lucha en tierra al mar, y perseverando en la construcción y alistamiento de flotas, mientras que una potencia marítima, aun contando con gran tradición, era incapaz de adaptarse a los avances técnicos siendo derrotada sucesivamente por la repetición del mismo planteamiento.

Durante la Segunda Guerra Púnica, el principal enfrentamiento naval se produjo en el año 217 a.C. Asdrúbal Barca, determinado a derrotar a Cneo Escipión, reorganizó la flota que le había sido confiada por su hermano Aníbal. Aunque numerosa, de las 50 *quinquirremes*, dos *cuatrirremes* y cinco *trirremes* que la componían, tan sólo estaban en disposición de hacerse a la mar 32 *quinquirremes*, además de las *trirremes*.[230] La falta de marinería experta y decidida al combate, como más tarde se demostraría, y la escasez de material para aparejar los barcos parecen ser las causas de que Asdrúbal no mantuviera alistadas para la batalla una parte de sus naves, debiendo completar la flota con diez nuevos barcos. El ejército y la flota de Cartago avanzaron hacia el norte a la vista el uno del otro, intentando, probablemente, atraer a los romanos a un doble combate. La respuesta de Cneo Escipión fue rápida al determinar que para el transcurso futuro de la campaña era preferible derrotar a la flota púnica que al ejército terrestre, dado que la pérdida de las naves impediría a los cartagineses proteger el litoral adecuadamente y les colocaría a la defensiva ante cualquier ataque que los romanos quisieran lanzar desde el mar. Del mismo modo, la pérdida de la flota implicaría la ruptura, al menos momentánea, de las comunicaciones con Cartago, y privaría a Aníbal de los medios para obtener un factible refuerzo de hombres y pertrechos desde la península por vía marítima, una opción mucho más factible en el caso de disponer del control naval del Mediterráneo occidental, que el penoso trayecto terrestre que obligaba al cruce sucesivo de los ríos Ebro y Ródano, y del macizo de los Alpes.

Las 35 naves alistadas por Cneo Escipión con los mejores hombres de sus legiones avanzaron hacia el sur desde Tarraco, localizando las naves de los aliados masaliotas la flota púnica a la altura de las bocas del Ebro, donde había varado y las tripulaciones descendido a tierra según la costumbre propia de la navegación de cabotaje. Aunque Polibio y Tito Livio hablan de una batalla trabada según las prácticas comunes de la guerra naval, el hecho de que Asdrúbal tuviera que hacer reembarcar rápidamente a sus marinos, así como la escasa resistencia que opusieron al ataque romano, permiten suponer que los barcos púnicos estarían atracados[231] y no dispusieron de ocasión para formar una línea de com-

230. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 22, 4. Polibio, indica, no obstante, que el número de barcos que Aníbal dejó en Cartago Nova para proteger las costas de Iberia era tan sólo de 30. Respecto al texto de Tito Livio, parece también extraño que la base de la flota púnica fuesen las *quinquirremes* y no las *trirremes* como era habitual, por lo que podría pensarse en una licencia destinada a aumentar el valor de la victoria alcanzada por Cneo Escipión.

231. A diferencia de Polibio, *Historias*, III, 96, Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXI, 19, expresa claramente que ésa era la situación de la flota de Asdrúbal. Debe entenderse pues, que

bate. Las bajas iniciales, dos naves capturadas y cuatro desarboladas por la pérdida de los remos eran muy ligeras para una flota de cuarenta buques, pero la retirada posterior para colocar las naves bajo la protección de las tropas de tierra se tornó en desastre cuando los romanos fueron capaces de aproximarse a la costa y capturar mediante garfios 25 barcos cartagineses,[232] obteniendo, como consecuencia de un único encuentro, el control de todo el litoral peninsular.[233] Los resultados de la victoria fueron los previsibles. De forma inmediata, Asdrúbal debió retroceder con su ejército de tierra sin entablar combate, probablemente ante el temor de que un desembarco cartaginés en el Levante le cortara la retirada separándolo de sus bases de aprovisionamiento, o bien le obligara a un arduo regreso al sur por el interior de la península debiendo hacer frente a un gran número de poblaciones cada vez más predispuestas a favor de Roma, siendo las citas de Tito Livio[234] muy significativas a este respecto. En segundo lugar, la captura de la flota permitió a Cneo Escipión devastar parte del litoral del sudeste peninsular en poder de los púnicos, ocupando Onusa, arrasando el territorio próximo a Cartago Nova, capturando los suministros para la flota que Asdrúbal guardaba en Loguntica, y llegando, incluso, hasta la ciudad de Ebusus, a la que sometieron a un breve asedio, levantado después de saquear los campos adyacentes. En toda la expedición, las 10 naves que quedaron en facción en Cartago Nova no intervinieron para intentar enderezar la situación.

Probablemente, la consecuencia a largo plazo de esta victoria, de la que Cartago no se repuso, puesto que fue incapaz de presentar de nuevo batalla en el mar, reduciendo el envío de sus barcos a la península Ibérica a misiones de aprovisionamiento de las tropas y de traslado de nuevos comandantes y de refuerzos cada vez más reducidos en número, fue la conquista de Cartago Nova por Publio Cornelio Escipión el año 209 a.C., dado que pudo presentarse ante sus muros sin ser descubierto, jugando un papel esencial en ella Cayo Lelio, que consiguió

---

las seis naves que entablan combate con los romanos serían las apostadas de vigilancia que poco o nada pudieron hacer para impedir la progresión de la flota romana.

232. La táctica de apresar mediante garfios a los navíos que se refugiaban en la proximidad de la costa era muy común en la guerra naval. Por ejemplo, durante la batalla de Cícico (410 a.C.), Alcibíades consiguió un gran triunfo sobre Míndaro capturando sus naves mediante el empleo de garfios de acero. Polieno, *Estratagemas*, I, 40, 9.

233. Frontino, IV, 7, 9 y Zonaras, IX, 1, magnifican el triunfo de Cneo Escipión incluyendo aspectos heroicos para sublimar un encuentro resuelto más como consecuencia de la oportunidad del ataque que de la supremacía naval romana. Así, el primero indica que los romanos emplearon ánforas que contenían pez y resina para provocar incendios en las naves púnicas en una clara referencia al empleo del fuego griego, del que no existe constancia de su empleo, mientras que el segundo habla de la decisión de los romanos de cortar las velas para impedir la fuga de las naves, posibilidad difusa por cuanto las trirremes de combate desmontaban la vela, e incluso el mástil, antes de entrar en batalla para potenciar el efecto aerodinámico de los barcos.

234. «Asdrúbal se retiró a Lusitania, cerca del Océano» o «Los celtíberos, que habían sido los primeros de esta región en enviar legados y rehenes a los romanos, excitados por un mensajero de Escipión, toman las armas e invaden la provincia de los cartagineses con un fuerte ejército. Toman por asalto tres ciudades y entablan con insigne valor dos combates con Asdrúbal, al que matan 15.000 hombres y le cogen 4.000, con muchas enseñas». Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXII, 21.

bloquear la plaza por mar. En la relación de las presas tomadas en el puerto después de la conquista de la ciudad figuran 63 naves de carga, algunas de ellas todavía con las mercancías y suministros a bordo, entre las que se citan los materiales necesarios para aprestar una flota,[235] un hecho bastante lógico por cuanto era el lugar ideal para basar la escuadra.[236] Tras la ocupación de la ciudad, el cónsul consideró tan seguras las costas que incluso desmovilizó una gran parte de la flota y sumó sus efectivos a los del ejército de tierra.[237]

En ningún caso se cita en las fuentes la presencia de contingentes iberos en los barcos púnicos o romanos. Durante mucho tiempo se ha mantenido que las comunidades ibéricas tenían un total desconocimiento de la navegación con excepción del empleo de barcas de pesca cuya existencia prueban los anzuelos y plomos para lastrar las redes documentados en los poblados costeros ibéricos. La iconografía tampoco ha proporcionado un volumen de elevado de representaciones de barcos, destacando tan sólo el vaso de Mas Boscă (Badalona) en el que se representa un navío griego o púnico provisto de espolón ante un paisaje de cumbres nevadas, y la caja de Sinarcas (Valencia) en la que se grabaron dos navíos relacionados con la producción y transporte del cereal a larga distancia. No obstante, la lectura e interpretación de la carta comercial escrita en lengua jonia denominada *Ampurias 1*, fechada a mediados del siglo VI a.C., ha supuesto una variación sustancial del problema. En la propuesta de pactos que deben suscribir el representante en *Emporion* de un comerciante *(emporos)* establecido en Massalia con un comerciante ibérico llamado Baspedas radicado en Saiganthe (probablemente Arse/Sagunto) se le indica a este último la posibilidad de que suministre el medio de transporte para llevar desde el *port-of-trade* donde comercia Baspedas hasta *Emporion* y/o Massalia una carga de ánforas de vino y/o aceite. Una segunda carta comercial escrita en lengua jonia *(Pech Maho 2)* datada en el siglo V a.C. cita la presencia de navíos de fondo plano dedicados al cabotaje *(akatia)* en el embarcadero donde se realizan las transacciones de los comerciantes *(emporitanoi)* o bien de los mercaderes de Emporion.

El barco de fondo plano destinado al transporte costero era una especialidad ampliamente conocida en el Mediterráneo oriental y el Egeo, donde se citan también otros pequeños barcos de cabotaje como los *keletes*, *kerkouroi*, *kybaiai* y *lembos* empleados tanto por navegantes griegos como fenicios, por lo que es muy posible que se utilizaran también en el ámbito de las colonias fenicias del Mediterráneo occidental donde serían conocidos por tartesios e iberos. De forma paralela, y durante los últimos años, se ha constatado la existencia de contactos comerciales entre las islas del Mediterráneo central y la península Ibérica durante el Bronce Final, proceso para el que, igualmente, son necesarios los navíos, aunque no existe ninguna referencia al tipo de embarcaciones empleadas en estos

235. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVI, 47.
236. Polibio, *Historias*, X, 7, 6.
237. Polibio, *Historias*, X, 34.

contactos. En el estado actual de la investigación puede afirmarse, cuando menos, que las comunidades ibéricas poseían los conocimientos de arquitectura naval suficientes como para construir barcos de cabotaje y fondo plano adaptados a la navegación por las abundantes áreas de marismas del litoral peninsular. Dentro de la producción de la cerámica del estilo Oliva-Llíria, el *lebes* de pie alto y borde zoomorfo procedente del poblado del Tossal de Sant Miquel llamado *vaso del combate naval* muestra un guerrero de gran tamaño vestido con túnica corta y armado con escudo y lanza situado en la orilla, enfrentándose a los tres tripulantes de una embarcación de fondo plano provistos del mismo tipo de escudo pero con diferente tocado, que combaten también en un combate naval con los dos tripulantes de una segunda embarcación, no pudiéndose atribuir la forma de las naves al desconocimiento de la forma de los barcos en atención a los ejemplos ya citados. El *vaso de la batalla naval*, procedente del pozo votivo del departamento 12 del poblado, se atribuye al *Taller II* del *Estilo de las figuras planas o silueteadas* datado entre mediados del siglo III y el segundo cuarto del siglo II a.C.

La interpretación básica de esta pieza comportaría que la escena reflejase la representación iconográfica de un encuentro naval real sostenido entre dos comunidades ibéricas con acceso a los medios marítimos, o bien un enfrentamiento naval correspondiente a la época de la Segunda Guerra Púnica con participación de navíos púnicos y romanos. A modo de hipótesis, la descripción de la batalla naval en las bocas del Ebro se ajustaría bastante bien a la idea del combate entre dos flotas próximas a la costa a la vista del ejército púnico e ibérico de Asdrúbal formado en la orilla,[238] representado por la figura del guerrero que llega a lanzar una de sus lanzas o jabalinas contra un barco, en alusión a la aproximación de las naves romanas a la costa para capturar los barcos púnicos huidos y el consiguiente movimiento ofensivo del ejército de Asdrúbal para impedirlo. No obstante, una segunda interpretación, más acorde con la generalmente atribuida al discurso narrativo de la cerámica del estilo Oliva-Llíria, permitiría situar a la escena del *vaso de la batalla naval* junto a las representaciones de cacería, combates singulares *(monomachias)*, desfiles de guerreros, y danzas rituales, en un patrón de componente temático e ideológico genérico en el que se incluirían los referentes más comunes de las tradiciones legendarias propias de los grupos tribales de la Edetania. El componente mítico-heroizado de la escena, representado en la figura del guerrero ataviado con una panoplia completa de armas (escudo, lanza, espada y casco), cuyo tamaño es mayor, y el tipo de figuración diferente, al de los guerreros situados en los barcos, haría mucho más comprensibles, por su entronque con una cierta idea de transmisión oral de las tradiciones, las escenas representadas que la figuración de un pasaje real posiblemente diferido en el tiempo en el momento de su realización y/o contemplación y, por ello, menos universal.

Un fragmento cerámico procedente del departamento 20 de Sant Miquel de Llíria ha sido interpretado también como una escena naval. Pese a lo reducido

238. Polibio, *Historias*, III, 96.

del ítem, pueden identificarse cuatro figuras humanas de rasgos diferentes a los guerreros embarcados del caso anterior, que se desplazan remando en un navío de proa elevada dotado, probablemente, de espolón, extremo que se deduce tanto de los trazos del fragmento cerámico como de la comparación del estilo decorativo de la pieza de Sant Miquel de Llíria con las representaciones esquemáticas de naves en el área del Egeo desde finales del período micénico y, especialmente, de los barcos del Geométrico griego. A diferencia de los guerreros del *vaso de la batalla naval*, las figuras de este fragmento no van armadas, siendo, por tanto, remeros no combatientes, pero incluidos, lógicamente y por el tipo de barco descrito, en una nave de guerra.

Con las escasas informaciones disponibles sobre la navegación y los tipos de barcos en el mundo ibérico es difícil extraer conclusiones e incluso hipótesis fundamentadas sobre su empleo por las tribus ibéricas y, mucho menos, defender la existencia de combates navales entre flotas iberas. Sin embargo, algunos hechos son indiscutibles. Las tribus ibéricas, especialmente las que tenían control sobre los territorios costeros, conocían y empleaban embarcaciones de fondo plano y pequeño tamaño adaptadas a la navegación en zonas de marismas para la pesca y el transporte de cargamentos destinados al comercio a larga distancia; del mismo modo, las estructuras sociales ibéricas conocían a la perfección una pléyade de tipos de embarcaciones fenicias, púnicas, griegas y romanas con las que se producían los contactos comerciales y coloniales, así como los enfrentamientos navales en las costas peninsulares, estos últimos a partir del siglo III a.C. Por último, la actividad como mercenarios de iberos y celtiberos tuvo que ponerlos en contacto con navíos de transporte y de combate, especialmente púnicos, durante los siglos V y IV a.C., pero también griegos, no siendo desdeñable la hipótesis de que parte de los contingentes de soldados embarcados especialmente antes de los encuentros navales pudieran ser ibéricos, dado del prestigio que alcanzan por su valor *(furor)* a lo largo de las guerras del ámbito mediterráneo en que participan. Si el conocimiento es innegable, la construcción por parte de los iberos de navíos de guerra no cuenta con argumentos que puedan sustentarla, siendo además ilógico suponerlo por la inexistencia de la necesidad, entre los iberos, de combatir en el mar.

El tráfico marítimo comercial y militar en el Mediterráneo occidental estuvo controlado a lo largo de la Protohistoria por los estados y estructuras político-económicas que tenían necesidad de desarrollarlo. Las rutas comerciales y las costas debían protegerse de las incursiones de piratas y, para ello, hacía falta una flota como la púnica y, en menor medida, la foceo-masaliota.[239] Las estructuras sociales y económicas ibéricas no precisaban mantener un dominio sobre

239. Las *poleis* y *emporiae* foceas en el Mediterráneo occidental mantuvieron de forma permanente contingentes navales cuya extensión se desconoce. Si ya en el siglo VI a.C. pudieron enfrentarse a púnicos y etruscos en la batalla de Alalia, los barcos de guerra ligeros masaliotas se citan por su conocimiento de los derroteros navales, como avanzada de la flota romana antes de la batalla naval del Ebro el 217 a.C. Polibio, *Historias*, III, 95, 6.

las rutas de navegación al carecer de colonias o mercados en otras áreas del Mediterráneo, por lo que adaptaron sus conocimientos sobre construcción naval a sus necesidades reales. Por último, la construcción y mantenimiento de una flota precisa de un sistema político unificado y de amplios recursos, un estado, concepto organizativo político-territorial que no ha sido identificado hasta la fecha en el mundo ibérico. Es lícito asimismo suponer que la existencia de una flota de guerra ibérica difícilmente habría sido tolerada por Cartago, puesto que constituiría una amenaza potencial intolerable sobre el flanco izquierdo de su zona de influencia marítima.

CAPÍTULO 5

CONCLUSIONES. LA GUERRA COMPLEJA

¡Guerras! ¡Terribles guerras!
VIRGILIO, *Eneida*, VI, 86

En Mesopotamia, Egipto y el Próximo Oriente, la configuración de las estructuras políticas de carácter estatal significó también el surgimiento de los ejércitos complejos asociados al poder político emergente de las monarquías dinásticas como apoyo político y elemento disuasorio destinado a perpetuar el poder unipersonal: *ultima ratio regis*. Los ejércitos dependientes de reyes, príncipes y faraones estructuraron rápidamente una organización basada en dos ideas principales: la definición de la figura del soldado profesional, mercenario o alistado permanentemente, y la especialización en las funciones de los diversos grupos de guerreros, síntoma de que los combates individuales y los choques frontales entre las masas de maniobra de los ejércitos contendientes evolucionaban hacia un nuevo tipo de combate más flexible en el que el mejor empleo de las fuerzas y recursos disponibles hacía más factible la victoria que la pelea incontrolada: había nacido la táctica militar. Registros iconográficos como el *Estandarte de Ur*, depositado en una tumba real correspondiente al período de la III dinastía de Ur (2112-*c.* 2000 a.C.), muestran la división del ejército sumerio en soldados de infantería pesadamente armados y unidades de carros de guerra, las bases del combate durante casi dos milenios: masa y velocidad.

La organización estructural y táctica de los ejércitos, al ser el instrumento que ayudaba a sustentar el poder político de los monarcas mediante la coerción, pero también con el indudable prestigio que otorgaban los triunfos bélicos y el botín procedente de los saqueos, fue evolucionando progresivamente hasta configurar los ejércitos complejos que sirvieron para las guerras de conquista con las que se formaron los primeros imperios de la región. Acadios, mitanios, hititas, egipcios, asirios y babilonios dispusieron en distintos períodos de fases de superioridad sobre otros pueblos basadas en la modificación de los principios tácticos y organizativos de sus fuerzas armadas, introduciendo, especialmente a lo largo del II milenio a.C., nuevos conceptos tácticos que serían ampliamente analizados y aplicados en épocas sucesivas.

Las grandes masas de infantería procedentes de las levas realizadas entre el campesinado dieron paso a la aparición de los primeros contingentes de tropas mercenarias tanto en Egipto con los sherden, auténticas tropas de elite de infantería, como en los principados del Próximo Oriente, donde la supeditación de las tácticas de combate al empleo de los carros de guerra originó el surgimiento y la consolidación de los maryannu, tropas especializadas en el combate con carros de guerra cuyo papel no decaería hasta la eclosión del ejército asirio. La creciente complejidad de las campañas militares y la necesidad de proteger fronteras y vías de comunicación significó también la definición del concepto de las guarniciones militares, la potenciación de las fortificaciones, desarrollando modelos de bastiones, torres y fosos, que ya en el pasado habían contado con excelentes precedentes en el área como las murallas de Jericó construidas durante la fase del *Neolítico Precerámico* en Palestina (7500-6200 a.C.), y que ahora serían no sólo un elemento defensivo, sino el símbolo político de las estructuras de gobierno. La táctica militar supuso también la confección de las primeras obras o tratados destinados a mejorar la preparación e instrucción de las tropas, destacando entre ellos el manual hitita sobre el entrenamiento de los caballos que constituían los tiros de los carros de guerra.

La guerra compleja en el Próximo Oriente significó también la introducción de las relaciones políticas entre reinos para la definición de ejércitos resultado de la suma de contingentes de múltiples procedencias. El Imperio hitita, como más adelante el Imperio persa, organizó sus fuerzas militares a partir de un núcleo de combatientes propio a partir del cual se articulaba una pléyade de contingentes proporcionados por los estados aliados, vasallos o asociados, consiguiendo así unas concentraciones de hombres y material impresionantes en cuanto a número, pero de relativa efectividad en las batallas en campo abierto por la necesidad de coordinar tropas de muy diversa procedencia habituadas también a modos de formación y tácticas de combate tan alejadas conceptualmente entre sí que a menudo eran incompatibles. Las increíbles victorias del reducido ejército macedonio de Alejandro Magno frente a las masas de hombres procedentes de todos los rincones del Imperio persa que Darío III pone hasta por tres veces en su camino de conquista, son un claro ejemplo de ello.

La guerra compleja introdujo también nuevas especialidades no empleadas hasta el momento. La coordinación del avance de tropas de tierra protegidas y avitualladas en su flanco por una flota fue introducida durante la progresión de los ejércitos de Tutmosis III en el levante sirio-palestino durante sus campañas en 1468-1458 a.C. culminadas por sus victorias en Meggido y el Éufrates sobre los mitanios y el rey de Kadesh, mientras que la defensa de las costas y el espacio de soberanía marítima cuenta con claros ejemplos en los archivos reales de Ugarit ante las razzias periódicas que las comunidades piráticas de la costa sur de la península de Anatolia, como los lukka, realizaban en el Mediterráneo oriental, problemática que se vería agravada con las migraciones de los Pueblos del Mar entre los años 1230 y 1190 a.C., fecha esta última a la que corresponde el primer

relato gráfico de un enfrentamiento naval: la batalla del Nilo sostenida entre un ejército combinado de sherden y peleset con las tropas del faraón Ramsés III. El movimiento de grandes masas de hombres a mucha distancia de sus estados provocó la aparición de la logística o necesidad de abastecer con suministros de todo tipo, pero especialmente de manutención, a las tropas destacadas en los frentes de combate. Aunque el saqueo, las requisas y la exigencia de contribuciones en los territorios ocupados o por los que transitaban los ejércitos contribuía en gran medida a solucionar el problema, la necesidad del aprovisionamiento y, por extensión, la valoración económica del coste de la guerra y la necesidad de ingentes recursos para plantearla a gran escala, son también una consecuencia de la introducción de la guerra compleja.

El sistema de guerrear en el Próximo Oriente, una vez desparecido el Imperio hitita y confinadas las dinastías del Imperio Nuevo egipcio en sus fronteras naturales, quedó en manos de la mejor y más compleja máquina militar del mundo antiguo antes de las Guerras Púnicas: el ejército del imperio Neoasirio. Sus campañas militares contra los principados neohititas y las ciudades-reino fenicias permiten analizar la compleja composición de unas fuerzas armadas que contaban ya con un sistema organizativo de tal precisión que cabrá esperar a la reorganización del ejército de la república romana por Cayo Mario a principios del siglo I a.C. para encontrar una maquinaria tan precisa y eficaz, aunque incluso en algunos aspectos, como el empleo de la caballería y los carros de guerra, los neoasirios superarán notablemente a Roma, en parte por las diferencias en el sistema de combate existente entre ambas potencias.

Las ideas de la guerra compleja se extendieron rápidamente por el Egeo y llegaron al Mediterráneo centro-occidental con el comercio y la colonización fenicia, siendo la base conceptual de Cartago, potencia político-económica fundada a finales del siglo IX a.C. pero cuya gran expansión militar no comenzaría hasta el siglo VI a.C. En Grecia, durante el período de la Edad Oscura, se produjo un cambio decisivo en la concepción de la guerra. Los héroes semidivinizados que componían la base del combate épico de los reinos micénicos reflejados por Homero en la *Ilíada* dejaron paso a la estructuración de los ejércitos ciudadanos consecuencia de la configuración del sistema de *poleis*. Ciudadanos con iguales derechos políticos, los hoplitas se convertirán en la principal defensa de las ciudades, organizando un sistema de combate que, como en Esparta, implicaba una concepción específica del sistema de vida al servicio y bajo la guía del estado. Los *polemarchos* y *strategós*, que condujeron al combate a los *hombres de bronce* pesadamente armados, establecieron un nuevo sistema táctico basado en el predominio de la infantería pesada y la lucha en orden cerrado, superando la idea del combate heroico pero creando al mismo tiempo un nuevo concepto de héroe anónimo pero igualmente decisivo para la supervivencia de la comunidad: el hoplita ciudadano que combatía junto a sus iguales, pero a los que no les estaba permitida la derrota, tal y como se expresaba la frase que las mujeres lacedemonias pronunciaban cuando despedían a sus maridos o hijos al entregarles el *hoplon* o *aspis* con el que partían

al combate: *regresa con él o encima de él*, una premisa cumplida hasta el límite por Leonidas y sus trescientos en el desfiladero de las Termópilas el 480 a.C., y cuyo incumplimiento en Esfactería durante la Guerra del Peloponeso causó, además de una gran conmoción en Esparta y en toda Grecia, un cambio drástico en el sistema de guerra: el inicio del ocaso de los hoplitas y el surgimiento de los *peltastoi* y de los *psiloi* como nuevos tipos de combatientes.

La táctica hoplítica se mantuvo vigente hasta el siglo II a.C. mutada en el desarrollo de la falange macedónica llevada a la perfección de su empleo por Alejandro Magno en Isso y Gaugamela durante la segunda mitad del siglo III a.C. El prestigio de los guerreros ciudadanos fue tal que todos los estados, desde Egipto a Persia, quisieron contar en las filas de sus ejércitos con unidades especializadas de este tipo, tenidas entre las más fieles y efectivas con las que podía contar un monarca, como demuestra la historia de los *diez mil* narrada por Jenofonte. Los problemas de subsistencia agraria y el empobrecimiento de Grecia al finalizar la Guerra del Peloponeso llevaron a muchos hoplitas a enrolarse como mercenarios haciendo de su experiencia militar un oficio con el que subsistir. Así, los militares profesionales que mandaban ejércitos de mercenarios, verdaderos *condottieros avant la lettre* reclamados allí donde su prestigio les había precedido y donde eran reclamados sus servicios, podían hacerse entregar sumas ingentes de dinero para reclutar contingentes; intervenían en la política de las ciudades que les reclamaban, como el corintio Timoleón que expulsó a los tiranos de las *poleis* de Sicilia; o apuntalaban estados en fases de necesidad tal que el lacedemonio Jantipo, salvador de Cartago en el siglo III a.C. El mercenariado fue también la vía por la que se difundieron en el Mediterráneo occidental los conocimientos tecnológicos y las innovaciones tácticas que caracterizarían el combate a lo largo de las Guerra Púnicas y las campañas de conquista de los territorios de Iberia.

En la península Ibérica, el concepto de la guerra cambió radicalmente a partir del siglo V a.C. Hasta esa fecha, el combate estaba restringido a la nobleza militar surgida de las comunidades clánicas o familiares extensas que ejercían el poder absoluto en las estructuras jerarquizadas. Las armas eran, en esos grupos, mucho más que un elemento utilitario para el combate, constituían el símbolo del prestigio y del estatus social del individuo que podía, por derecho y en función de su rango, utilizarlas. Además del combate, la equitación y la caza eran las dos actividades de esfuerzo por la que los jefes tribales o clánicos expresaban su posición social y adquirían el prestigio necesario para mantenerse al frente de un sistema de gobierno en el que los linajes preeminentes auspiciaban el surgimiento de las monarquías de carácter heroico. El desarrollo del comercio semita en Tartessos y las influencias ideológicas y culturales extendidas durante el *Orientalizante* auspiciaron la formación de sistemas monárquicos unipersonales basados en la organización palacial, monarcas de los que el mítico Argantonios sería un claro reflejo en las fuentes griegas. La representación de la guerra durante los siglos VIII y VII a.C. adquiere formas iconográficas propias de las estructuras ideológicas del Próximo Oriente, en las que priman los ciclos de muerte

y resurrección y los ciclos mitológicos en los que un héroe fundador realiza hazañas en el mundo de ultratumba y frente a peligros terrenales para obtener el favor de los dioses y, lo que es más importante, asegurar la fertilidad y la pujanza económica de su grupo social. Los relieves del monumento turriforme de Pozo Moro datados en el siglo VI a.C. son los ejemplos más característicos del ciclo indicado. La antigua monarquía heroica basada en la unión de estructuras de poblamiento diferentes fue sustituida de forma traumática a finales del siglo VI a.C. por una aristocracia gentilicia como consecuencia de la reorganización de los sistemas económicos y la pérdida de su influencia y prestigio social consecuencia, entre otros factores, de la ruptura de los sistemas de intercambio a larga distancia vigentes desde principios del siglo VIII a.C.

Plenamente ibéricas, las aristocracias militares con organización gentilicia supondrán la base de un nuevo orden social, político y económico en la península a partir de principios del siglo V a.C. Para asentar su poder recurrirán también a la propaganda política expresada a través de los conjuntos escultóricos, de los que Cerrillo Blanco, El Pajarillo y Coimbra del Barranco Ancho serán los exponentes más representativos. Identificados también bajo la figura del héroe, las escenas que configuran los monumentos honoríficos *(herôon)* responden a la idea de la existencia de un antepasado común fundador del linaje o de la estructura de grupo dominante en un territorio; la narración expresada en la escultura hunde sus raíces en la fase anterior, puesto que el héroe sigue luchando contra seres mitológicos en composiciones de clara *koiné* mediterránea como la grifonomaquia de Cerrillo Blanco, pero, especialmente, se loa ahora en ellas las acciones militares que permitieron la configuración del espacio territorial de la tribu o sistema político integrado en ella. La nobleza militar, dirigida por los *basileus* y *princeps*, regirá los destinos de los grupos sociales ibéricos hasta que la ocupación y represión militar romana acabe con los sistemas políticos ibéricos independientes. El análisis de la composición de los ajuares funerarios permite constatar cómo, a partir de principios del siglo IV a.C., se produce una generalización en el uso de las armas en la sociedad ibérica, una presencia que debe relacionarse con la variación del estatus de un segmento importante de la población que alcanza el derecho a portar armas con el aumento en el prestigio social que tal cosa significa, y, en especial, con el desarrollo de la guerra compleja, dos principios retroalimentados como causa y efecto.

Desde el siglo V a.C., iberos y celtiberos integran, cada vez en mayor número y con mayor efectividad transformada en prestigio documentado por los historiadores clásicos, las filas de los ejércitos púnicos que combaten en Sicilia, sin que exista ningún enfrentamiento de importancia en el que no estén presentes y se dé cuenta de su comportamiento excepcional. Los avatares de la guerra llevarán a algunos de estos grupos de mercenarios a servir en el ejército de Hierón de Siracusa e, incluso, a combatir por un corto período de tiempo en apoyo de los lacedemonios durante la Guerra del Peloponeso. La valoración del papel de los mercenarios ibéricos, piedra de toque en la historiografía contemporánea, comporta

diversos elementos interesantes, pero entre ellos destaca sobremanera la facilidad con que los guerreros iberos y celtiberos se adaptan a las tácticas de combate en formación cerrada propias de la guerra entre estados, un sistema organizativo diametralmente opuesto al que suele aceptarse como propio de las agrupaciones de tropas tribales peninsulares, caracterizadas normalmente como combatientes aguerridos y versátiles, pero cuya mejor especialidad militar era la lucha en guerrilla y la emboscada, dos tácticas de combate diametralmente opuestas al combate en formación que requiere la guerra mediterránea a gran escala.

Sin embargo, creemos que la adaptación de los mercenarios ibéricos a la forma de combatir de púnicos y griegos no es sólo el resultado del entrenamiento específico a que pudieran ser sometidos estos contingentes, sino al hecho de que en la península Ibérica se habían desarrollado ya los sistemas de combate complejos característicos de la Protohistoria. Aunque las fuentes escritas que describen las acciones de guerra de iberos y celtiberos en Iberia se inician con la conquista bárquida y cuentan con múltiples condicionantes para ser analizadas desde una óptica de propaganda que desvirtúe las informaciones contenidas en ellas como resultado del intento de los tratadistas de engrandecer las acciones bélicas de Roma resaltando su derecho de conquista sobre los territorios de Hispania, de su estudio pueden deducirse múltiples informaciones que demuestran el desarrollo, entre las comunidades indígenas, de un sistema de guerra complejo.

Los contingentes militares eran reclutados sobre la base de las relaciones de poder, esencialmente gentilicias, existentes en las tribus ibéricas y celtibéricas, sumándose a este núcleo inicial las levas indiscriminadas de campesinos armados que configuraban el grueso de las tropas, la mayor parte de la masa de maniobra de los ejércitos ibéricos, como en el caso de las sublevaciones de Indíbil y Mandonio los años 206 y 205 a.C., y de las tribus del nordeste peninsular el 195 a.C. en las que el número de guerreros llegó a superar los 30.000 combatientes, una cifra excesiva para corresponder exclusivamente a las clientelas de los grupos gentilicios. Tan sólo la existencia de una idea común de hacer la guerra podía convertir la suma de diversos contingentes tribales en un ejército cohesionado capaz de plantar cara, poner en aprietos, e incluso derrotar en algunas ocasiones a las tropas púnicas o romanas, dado que hubiera sido muy complicado articular en batallas campales formas diferentes de entender el desarrollo de la lucha, hecho al que debe añadirse que el exhaustivo conocimiento del sistema de combate de los cartagineses y las legiones romanas hacía imprescindible la coordinación de las diferentes unidades del ejército para presentar batalla con un mínimo de posibilidades de éxito ante ejércitos cohesionados, de los que, además, era lógico suponer que emplearían tácticas de combate en orden cerrado. La existencia contrastada de enseñas militares y emblemas en los escudos muestra la organización de los contingentes tribales en unidades específicas y cohesionadas, preparadas para combatir en orden cerrado antes que en una proliferación de luchas individuales; las tropas recibirían las órdenes de despliegue táctico durante el combate mediante un sistema de señales acústicas emitido por *cornu*, *tubicen*

y *aulós*, tres instrumentos que permiten una amplia gama de combinaciones de sonidos y tonos, prueba de la existencia de un código de señales conocido por los guerreros, del mismo modo que se cita también un código de señales lumínicas realizas con antorchas.

Las tropas se estructuraban siguiendo subdivisiones organizativas estrictas, no sólo conceptuales, de infantería, infantería montada, y caballería y, en función del tipo de armamento con que se representa a los infantes, por ejemplo en los vasos pintados del estilo Oliva-Llíria, se puede definir la existencia de una infantería pesada y otra ligera en el mundo ibérico, agrupaciones tácticas que eran empleadas tanto para el combate en formación cerrada como para hostigar mediante el lanzamiento de proyectiles a las formaciones enemigas. Las cifras de tropas aportadas por Tito Livio y Polibio respecto a la composición de los ejércitos siguen proporciones canónicas en cuanto al número de infantes y jinetes que componían un ejército, siendo muy probable, por tanto, que existieran unidades perfectamente organizadas en cuanto a número y forma de combatir, un hecho que, por otra parte, demostraría el número de tropas que los cónsules o jefes militares romanos exigen en cada momento a sus aliados. Aunque se ha indicado que las tropas ibéricas no tenían experiencia en el combate en campo abierto y que, por tanto, el planteamiento táctico de sus enfrentamientos con el ejército romano como fuerza independiente de las tropas cartaginesas era poco menos que un suicidio estratégico condenado de antemano al fracaso, debe recordarse que su preparación para combatir en orden cerrado era lo suficientemente elevada como para que Aníbal hiciera recaer todo el peso de su táctica el año 216 a.C. en la batalla de Cannas sobre la convicción de que las tropas auxiliares ibéricas y celtas serían capaces de resistir la potencia del ataque de las legiones de Fabio Máximo, al menos, hasta que sus contingentes de caballería hubieran cobrado ventaja en las alas; si las tropas colocadas en el centro de la formación púnica hubieran cedido al primer ataque, el ejército cartaginés, dividido en dos, poco hubiera podido hacer ante el empuje de la infantería romana victoriosa contando, incluso, con la desventaja de carecer del apoyo de las tropas a caballo. Del mismo modo, el planteamiento táctico de Publio Cornelio Escipión en la batalla de Ilipa el 206 a.C. al oponer en el centro de su dispositivo táctico a las tropas auxiliares iberas ante las mejores tropas de Asdrúbal Giscón, la infantería púnica y africana, y la renuncia del general cartaginés a debilitar el centro de su formación para socorrer sus alas, presionadas por la infantería romana, es una clara muestra del temor que inspiraban las tropas ibéricas avanzando en orden cerrado hacia la línea púnica, puesto que una valoración despectiva de las posibilidades que tenían los guerreros ibéricos combatiendo en orden cerrado para romper la línea de la infantería pesada púnica habría posibilitado retirar una parte de las mismas dejando un frente más débil pero suficiente para responder a una embestida tenida como un peligro menor.

Las tropas ibéricas tenían no sólo la preparación y costumbre de combatir en campo abierto, sino que conocían las tácticas de la guerra de sitio y la defensa

de las fortificaciones, aplicando soluciones técnicas y respuestas tácticas plenamente adaptadas a las normas de la guerra de asedio vigentes en el Mediterráneo a partir del desarrollo de la poliorcética por el ejército asirio y, especialmente, después de la generalización del empleo de las máquinas de guerra en las guerras de Sicilia. No sólo los trazados de las fortificaciones se modifican y adaptan a los nuevos usos bélicos a partir del siglo IV a.C., demostrando con ello que una acción utilitaria pero costosa es el resultado de la necesidad de adaptarse a las nuevas reglas en el arte de la guerra, sino que el relato de la defensa de la ciudad de Arse/Sagunto frente a un ejército de 150.000 hombres comandado por Aníbal el año 219 a.C. por espacio de ocho meses, muestra cómo los saguntinos desplegaron una gama de recursos tácticos imposibles de idear sobre la marcha contra la versatilidad y el potencial del arsenal del asaltante, si no es en función de un conocimiento previo de la táctica militar de la guerra de asedio, conocimiento que tan sólo puede ser de origen greco-púnico pero difundido con la suficiente antelación al *casus belli* como para ser comprendido, asimilado y puesto en práctica con éxito. La negativa de Aníbal a seguir el camino de la costa para atravesar los Pirineos en su marcha sobre la península Itálica debiendo hacer frente a las tribus ilergetas y a los desfiladeros pirenaicos no puede interpretarse tan sólo como el temor a la colonia focea de *Emporion*, sino a la imposibilidad de expugnar todas las fortificaciones ibéricas del nordeste peninsular al principio de una campaña relámpago tras la experiencia de Sagunto y la constatación del elevado grado de conocimiento de las tácticas poliorcéticas que habían demostrado las tropas tribales ibéricas. Se ha apuntado incluso que el recuerdo de Sagunto sería una de las causas de la negativa del estratega cartaginés para marchar sobre Roma en el cenit de sus triunfos en Italia, puesto que si una pequeña ciudad de Iberia se le había resistido durante ocho meses y le había causado la pérdida de un tercio de su ejército, la conquista de la capital de Lazio se presentaría ante sus ojos como una tarea del todo inabarcable.

El mando de las tropas aunaba dos sistemas de designación: el derivado de la posición social del elegido en el seno de una estructura político-territorial, como en el caso del rey de los orisios que dirigió una coalición de los guerreros aportados por *basileoi* y *dinastoi* contra las tropas de Amílcar Barca en el 228 a.C. y al que no se cuestiona su estatus y derecho para ejercer el mando militar, y el electivo, empleado cuando los contingentes eran aportados por diversas tribus y debía unificarse la cadena de mando. En el segundo caso, la dirección efectiva del ejército se obtenía por elección, probablemente entre los *princeps* o *regula* de las diversas tribus que aportaban contingentes a la coalición en función de su prestigio militar, estatus o poder económico, manteniéndose las unidades agrupadas por tribus bajo el mando directo de sus jefes naturales, un sistema eficaz, puesto que fue utilizado también por los tiranos siracusanos, e incluso por Aníbal durante la Segunda Guerra Púnica, dado que los contingentes de tropas auxiliares que complementan el núcleo del ejército cartaginés se dividen en la relación por grupos étnicos de origen. La función de generales en campaña, similar a la de los *stra-*

tegós o *polemarchos* griegos, fue la realizada por Indíbil, comandando a los suesetanos durante la campaña del 211 a.C. o a la coalición de tropas que el *regulus* ilergete dirige en el curso de las sublevaciones indicadas, siendo un sistema el electivo empleado también por las tribus celtibéricas y los lusitanos para escoger a sus jefes militares.

La movilización y dirección en campaña de un ejército de entre 7.500 y 30.000 hombres implicaba, obviamente, unos conocimientos del desarrollo estratégico de la teoría militar que superan ampliamente la escala de la guerra simple basada en la razzia por sorpresa contra los territorios próximos. El movimiento de unas fuerzas militares del tamaño de las indicadas, a las que habría que sumar los animales de guerra y carga, más un mínimo tren de aprovisionamiento, suponía, lógicamente, un conocimiento claro y preciso de los sistemas de guerra complejos para mantener la unidad y capacidad de combate de las tropas agrupadas bajo un mando único. No se trataba de copiar el modelo de actuación en campaña de los ejércitos romano y púnico, sino de llevar a cabo una guerra sostenible dentro de los patrones ibérico y celtibérico que permitiese mantener la cohesión en las propias filas y alcanzar los resultados militares y políticos que una sublevación contra Roma implicaba, o que una alianza con romanos o cartagineses suponía. La exploración y conocimiento del terreno; el establecimiento de pactos de tránsito por los territorios de los integrantes de las coaliciones o de las tribus que se mantuvieran neutrales o apoyaran al ejército enemigo; la logística, la castramentación y vigilancia del perímetro de los campamentos y, especialmente, el dominio de la táctica de combate en campo abierto eran algunas de las aptitudes que debían desarrollar los jefes militares de las coaliciones ibéricas.

La guerra en la península Ibérica durante la Protohistoria implicaba asimismo el establecimiento de relaciones políticas entre las tribus y estructuras de gobierno ibéricas y los jefes militares romanos y cartagineses. La participación de tropas tribales iberas y celtiberas en los ejércitos estatales responde en la mayor parte de los casos al establecimiento de acuerdos de alianza entre los ocupantes y las comunidades indígenas, pactos que pueden establecerse con las estructuras políticas comunitarias, senados y consejos de ancianos, obligando permanentemente a su cumplimiento, o bajo la fórmula de entrega o sumisión personal *(fides)* establecida por *regula* y *princeps* a título personal con un jefe militar romano y cuya duración se prolonga tan sólo en vida de quienes establecen el pacto, por lo que tras el fallecimiento de uno de ellos se considera roto. La *fides* implica en el terreno bélico la prestación de apoyo militar siempre que se requiera y en las condiciones exigidas, probablemente sin retribución monetaria al no tratarse de tropas mercenarias sino aliadas, cuya recompensa se obtendría a partir del botín capturado en la campaña, principal promesa que los generales hacen a sus hombres antes de una batalla campal o el asalto de una ciudad, y por los dones que los jefes tribales que concluyen los pactos de alianza reciben de aquellos de los que dependen. Con todo, la fidelidad de las comunidades ibéricas debía garantizarse continuamente mediante el establecimiento de guarniciones militares,

la distribución y acantonamiento de los contingentes militares lejos de su lugar de origen para asegurarse mediante la lejanía la sumisión y participación entusiasta en los combates y, especialmente, mediante la toma de rehenes.

La guerra protohistórica introduce en la península todas las variantes del horror de los enfrentamientos militares. Hasta finales del siglo III a.C., y con independencia de las luchas tribales que pudieran haberse realizado de forma puntual entre estructuras de gobierno y de las razzias de saqueo, la guerra a gran escala era una cuestión conocida tan sólo a través de los relatos de los mercenarios, reflejo esencialmente de un sistema de obtención de un mayor prestigio social derivado de las riquezas acumuladas mediante la soldada y el botín obtenido en los saqueos. El guerrero victorioso podía, por tanto, transformarse en el héroe de los relatos plasmados en la iconografía artística admirado por una sublimación idealizada de la fuerza y el valor de sus hazañas. Sin embargo, la conquista bárquida, las campañas de la Segunda Guerra Púnica y la ocupación militar romana cambiarán drásticamente la percepción que las comunidades indígenas tendrán de la guerra. La península Ibérica, convertida en campo de batalla implica de forma cruel a toda la población de las comunidades opuestas o integradas en las alianzas con las potencias mediterráneas. La destrucción sistemática y la implicación de la población civil en el desarrollo de la lucha y las consecuencias de la derrota son un factor nuevo en el territorio, cuando menos en la proporción que implica la presencia y el combate contra ejércitos estatales.

Saqueos y destrucción de ciudades, represalias, entrega de rehenes, venta masiva de poblaciones capturadas y prisioneros en los mercados de esclavos, castigos ejemplares, ejecuciones masivas, exigencias de tributos para alimentar a las tropas o llenar las arcas del erario romano, esquilmación de los recursos económicos y materiales, y desaparición en el combate o por sus consecuencias de una gran parte de la población son los factores que incidirán sobre las comunidades ibéricas y, posteriormente, celtibéricas y lusitanas, una sucesión de horrores que tienen como objetivo final la conquista definitiva de todo el territorio peninsular. La quiebra demográfica y estructural de las sociedades tribales jerarquizadas y, en muchos casos, preestatales, facilitó el proceso de implantación de colonos, la fundación de ciudades y, en suma, la romanización impuesta al territorio sobre, y en contra, de sus raíces culturales. Los historiadores griegos y romanos se refieren en repetidas ocasiones a las ansias de libertad con que combaten durante casi un siglo las comunidades indígenas, opuestas visceralmente a su sumisión a Roma, de la que habían creído que su presencia en la Península se debía sólo al hecho puntual del enfrentamiento geoestratégico con Cartago, oposición que mantienen aun cuando la desproporción de fuerzas condenaba al fracaso todos los intentos por oponerse a la expansión romana, siendo la constatación más evidente de la fuerza y persistencia de su oposición al dominio romano la comparación entre las bajas sufridas por las legiones y sus aliados latinos durante los enfrentamientos con Cartago y con las comunidades peninsulares, especialmente durante las guerras celtibéricas, mucho mayores en el segundo caso.

La conquista romana supuso el genocidio humano, político y cultural de las estructuras sociales ibéricas, celtibéricas, y lusitanas, pensado, dirigido, y aplicado por Roma para obtener el control de un territorio al que se consideraba fuente inestimable de recursos económicos. Las comunidades indígenas vencidas, desestructuradas o exterminadas habían alcanzado hasta ese momento un elevado grado de desarrollo tecnológico, cultural, ideológico y político, factores plasmados en la iconografía, la arquitectura y el desarrollo de sistemas complejos de explotación económica y estructuración política cuya evolución alcanzaba un punto culminante al final del Ibérico Pleno, y cuya ruptura supuso la integración del territorio en la órbita política y cultural romana. Alabada en función de la plasmación artística de las reglas de la cultura clásica, la romanización en la península Ibérica, al igual que en otros puntos de Europa y la cuenca mediterránea, fue el resultado de la introducción por un ejército de conquista de los principios, y hasta sus últimas consecuencias, de la guerra compleja.

El hombre ha combatido desde sus orígenes para protegerse de otros hombres o para imponerse sobre ellos, utilizando todos los recursos técnicos disponibles a su alcance para conseguir su objetivo. No obstante, en la gradación de la expresión de la violencia existe una progresión lineal marcada por la idea continuada de establecer la superioridad de unos grupos sobre otros, factor que, unido a la complejización de los sistemas políticos, especialmente tras el surgimiento de los estados, exigió cada vez el consumo de un mayor número de recursos humanos y materiales para hacer efectiva esta idea. La guerra de clanes, bandas e incluso tribus, aunque cruenta, imponía principios básicos o complejos terminando en la mayor parte de los casos con la asimilación de grupos y territorios. La evolución de los estados con la consecuente acumulación de recursos económicos, presión demográfica, complejización de la estructura del poder, y desarrollo de las ambiciones personales a partir de la concentración jerarquizada de los sistemas de gobierno, propició el desarrollo de un nuevo tipo de enfrentamientos orientado hacia la expansión imperial. No es de extrañar, por tanto, que buena parte del pensamiento militar contemporáneo sea la consecuencia del estudio y aplicación de los principios tácticos, pero sobre todo estratégicos, surgidos durante la Protohistoria en el ámbito mediterráneo.

La guerra tribal avanzada o estatal, la guerra compleja, es ya una guerra total en la que la victoria final se mide únicamente por la aniquilación del vencido.

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones de textos clásicos

Apiano: *Roman History*. Ed. Loeb Classical Library, 2-5 (1972-1979). (Trad. Horace White).

— *Historia Romana*. Ed. Gredos (1985). (Trad. Antonio Sancho Royo). Biblioteca Clásica Gredos, 34, 83, 84.

Aristófanes: *Acarnienses. Comedias*. Ed. Gredos (1995). (Trad. Luis Gil Fernández). Biblioteca Clásica Gredos, 204.

Asclepiodotus: *Traité de tactique*. (Trad. Lucien Poznanski). Ed. Les Belles Lettres (1992). Série grecque, 350.

Aulo Cornelio Celso: *De Medicina*. Ed. Loeb Classical Library, 292, 304, 336 (1971-1979). (Trad. W. G. Spencer).

Aulo Gelio:. *The Attic Nigths*. Ed. Loeb Classical Library (1961).

César: *La guerra de las Galias*. (Trad. J. Goya; M. Balbuena). Ed. Orbis (1982).

— *Comentarios de la guerra de las Galias y de la guerra civil*. (Trad. J. Goya; M. Balbuena). Ed. Sarpe (1985).

Diodoro Sículo: *Biblioteca de Historia*. Vols. XVI.66-XVII. Ed. Loeb Classical Library, 422 (1970).

— *Biblioteca de Historia*. Vols. XIX.66-XX. Ed. Loeb Classical Library, 390 (1971).

Eneas el Táctico: *Poliorcética*. Ed. Gredos (1991). Biblioteca Clásica Gredos, 157.

Estrabón: *Geografía de Iberia. Fontes Hispaniae Antiquae, VI (*1952). Ed. Universidad de Barcelona, Barcelona.

— *Geografía*. Vols. III-IV. Ed. Gredos (1992). Biblioteca Clásica Gredos, 169.

Flavio Josefo: *La guerra de los judíos*. Ed. Gredos (1997). (Trad. J. M.ª Nieto Ibáñez). Biblioteca Clásica Gredos, 247.

Floro: *Gestes dels Romans*. Fundació Bernat Metge (1980-1981). (Trad. Joaquin Icart). Col. Bernat Metge, 210, 214.

García Bellido, A. (1993): *España y los españoles hace 2000 años según la geografía de Estrabón*. Colección Austral, 515. Ed. Espasa-Calpe, Madrid.

Herodoto: *Los nueve libros de la Historia* (1981). Ed. Lumen.

Homero: *Obras. Ilíada* y *Odisea* (1973). (Trad. Fernando Gutiérrez). Ed. Planeta, Barcelona.

— *Ilíada* y *Odisea* (1978). (Trad. Lluís Segalà Estalella). Ed. Círculo de Lectores, Barcelona.

Jenofonte: *Anábasis*. Ed. Gredos (1982). (Trad. Ramón Bach Pellicer). Biblioteca Clásica Gredos, 52.

— *Ciropedia*. Ed. Gredos (1987). (Trad. Ana Vegas Sansalvador). Biblioteca Clásica Gredos, 108.

— *Helénicas*. Ed. Gredos (2000). (Trad. Orlando Guntiñas Tuñón). Biblioteca Clásica Gredos, 21.

Justino, Marco Juniano: *Historiae Philippicae*. Ed. Gredos (1995). (Trad. José Castro Sánchez). Biblioteca Clásica Gredos, 212.

Kytzler, B. (1989): *Breve diccionario de autores griegos y latinos*. Ed. Gredos, Madrid, 297 pp.

Mangas, J.; Plácido, D. (eds.) (1998): *La península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón. Testimonia Hispaniae Antiqua II A*. Ed. Fundación de Estudios Romanos, Madrid, 409 pp.

— (1999): *La península Ibérica prerromana de Éforo a Eustacio. Testimonia Hispaniae Antiqua II B*. Ed. Fundación de Estudios Romanos, Madrid, 1221 pp.

Orosius, Paulus: *Historias*. Ed. Gredos (1982). (Trad. Eustaquio Sánchez Salor). Biblioteca Clásica Gredos, 53, 54.

Pausanias: *Descripción de Grecia*. Ed. Gredos (1994). (Trad. María Cruz Herrero Ingelmo). Biblioteca Clásica Gredos, 196-198.

Platón: *Leges*. Penguin Classics (1970). (Trad. Trevor J. Saunders).

Plutarco: *Alejandro. Vidas Paralelas* (1945). (Trad. A. Ranz Romanillos). Ed. Espasa-Calpe. Col. Austral, 228. Buenos Aires.

— *Timoleón. Vies. T. IV*. Ed. Les Belles Lettres (1966).

— *Paul-Émile. Vies. T. IV*. Ed. Les Belles Lettres (1966).

— *Pericles. Vies. T. III*. (Trad. R. Flacelière; E. Chambry). Ed. Les Belles Lettres (1969).

— *Caton l'Ancien. Vies T. V*. (Trad. R, Flacelière; E. Chambry). Ed. Les Belles Lettres (1969).

— *Flamminius. Vies T. V*. (Trad. R. Flacelière; E. Chambry). Ed. Les Belles Lettres (1969).

— *Marius. Vies. T. VI*. (Trad. R. Flacelière; E. Chambry). Ed. Les Belles Lettres (1971).

— *Antoine. Vies. T. XIII* (Trad. R. Flacelière; E. Chambry). Ed. Les Belles Lettres (1977).

— *Sertorius-Eumène. Vies T. VIII*. (Trad. R. Flacelière; E. Chambry). Ed. Les Belles Lettres (1973).

— *Obras morales y de costumbres (Moralia)*. Ed. Gredos (1985-1996). (Trad. C. Morales Otal; J. García López). Biblioteca Clásica Gredos, 78, 98, 103, 109, 132, 219.

Polibio: *Historias. Libros I-IV*. Ed. Gredos (1981). Biblioteca Clásica Gredos, 38.

— *Historias. Libros V-XV*. Ed. Gredos (1981). Biblioteca Clásica Gredos, 43.

— *Historias. Libros XVI-XXXIX*. Ed. Gredos (1983). Biblioteca Clásica Gredos, 58.

Polieno: *Estratagemas*. Ed. Gredos (1991). Biblioteca Clásica Gredos, 157.

Pseudo Calístenes: *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*. Ed. Gredos (1977). Biblioteca Clásica Gredos, 1.

Rochas d'Aiglun, A. de (1872): *Traité de fortification, d'attaque et de défense des places par Philon de Byzance*. Ed. Sociètě d'Émulation du Doubs, París.

— (1890): *Les Poliorcétiques d'Apollodore de Damas*. París.

Salustio: *Obras*. Ed. Gredos (1997). Biblioteca Clásica Gredos, 246.

Schulten, A. (1935): *Las guerras de 237-154 a. de J.C. Fontes Hispaniae Antiquae, III*. Ed. Universidad de Barcelona, Barcelona, 384 pp.

— (1937): *Las guerras de 154-72 a. de J.C. Fontes Hispaniae Antiquae, IV*. Ed. Universidad de Barcelona, Barcelona, 409 pp.

— (1940): *Las guerras de 72-19 a. de J.C. Fontes Hispaniae Antiquae, V*. Ed. Universidad de Barcelona, Barcelona, 212 pp.

Silio Itálico: *Les Guerres Puniques*. Ed. Les Belles Lettres (1981).

Sófocles: *Ayax. Tragedias*. Ed. Gredos (2000). (Trad. Assela Alamillo). Biblioteca Clásica Gredos, 5.
Timeo: *Obras*. Ed. Gredos (1999). Biblioteca Clásica Gredos, 271.
Tito Livio: *Historia de Roma desde su fundación. Libro XXII*. Ed. Gredos (1968). Colección Gredos bilingüe.
— *Historia de Roma desde su fundación. Libros I-III*. Ed. Gredos (1990). Biblioteca Clásica Gredos, 144.
— *Historia de Roma desde su fundación. Libros IV-VII*. Ed. Gredos (1990). Biblioteca Clásica Gredos, 145.
— *Historia de Roma desde su fundación. Libros VIII-X*. Ed. Gredos (1990). Biblioteca Clásica Gredos, 148.
— *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*. Ed. Gredos (1993). Biblioteca Clásica Gredos, 176.
— *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*. Ed. Gredos (1993). Biblioteca Clásica Gredos, 177.
— *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXXI-XXXV*. Ed. Gredos (1993). Biblioteca Clásica Gredos, 183.
Tucídides: *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Ed. Gredos (1990-1992). (Trad. J. J. Torres Esbarranch). Biblioteca Clásica Gredos, 149, 151, 164, 173.
Valerius Maximus: *Faits et dits mémorables*. Collection des universités de France. Serie latine, 324. (Trad. Robert Combès).
Vegetius Renatus, Flavius: *Epitome of military science*. Ed. Liverpool University Press (1993). (Trad. N. P. Milner).
Vela, J. (ed.) (1991): *Eneas el Táctico. Poliorcética. La estrategia militar griega en el siglo IV a.C.* Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, 262 pp.
Wescher, C. (1867): *Poliorcetique des grecs. Traités théoriques, récits historiques*. Ed. Imprimerie Impériale, París.

Obras generales

Adam, J. P. (1982): *L'architecture militaire grecque*. Ed. Picard, París.
Almagro Gorbea, M. (1996): *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Ed. Real Academia de la Historia, Madrid, 175 pp.
— (1997): «Guerra y sociedad en la Hispania céltica». *La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 207-221.
Almagro Gorbea, M.; Moneo, T. (2000): *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*. Ed. Real Academia de la Historia, Madrid, 217 pp.
Almagro Gorbea, M.; Torres Ortiz, M. (1999): *Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*. Ed. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 273 pp.
Amit, M. (1965): *Athens and the Sea. A study in athenian sea-power*. Col. Latomus, LXXIV. Bruselas, 150 pp.
Anderson, J. K. (1970): *Military theory & practice in the age of Xenophon*. Ed. University of California Press, Los Ángeles.

Aranegui, C.; Mata, C.; Pérez Ballester, J. (1997): *Damas y caballeros en la ciudad ibérica*. Ed. Cátedra, Madrid, 181 pp.

Barceló, P. (1991): «Etruscos y fenicios: colaboración y conflicto». *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Ed. Universidad de Barcelona, pp. 25-34.

— (1991): «Mercenarios hispanos en los ejércitos cartagineses en Sicilia». *II Congreso di Studi Fenici e Punici*, Roma, pp. 21-26.

Bendala, M.; Blánquez, J. (1997): «El legado bélico mediterráneo. Tartessos y el mundo ibérico». *La Guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 135-155.

Blázquez, J. M.ª (1987-1988): «Los mercenarios hispanos en las fuentes y en la arqueología», *Habis*, 18-19, pp. 257-270.

— (1999): «El impacto de la religión semita. Fenicios y cartagineses en la religión íbera», *Religión y magia en la antigüedad*, Valencia, pp. 49-87.

Bloedow, E. F. (1988): «The Trojan War and the Late Helladic IIIC», *Praehistorische Zeitschrift*, 63, pp. 23-52.

Cassin-Scott, J. (1984): *The Greek and Persian Wars 500-323 B.C.* Ed. Osprey, Londres, 40 pp.

Casson, L. (1971): *Ships and seamanships in the Ancient World*. Ed. Princenton University Press, Princenton.

Celstino, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Ed. Bellaterra, Barcelona, 495 pp.

Ciprés, P. (1990): «Sobre la organización militar de los celtíberos: la iuuentus», *Veleia*, 7, pp. 173-187.

— (1993): *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea*. Ed. Universidad del País Vasco, Vitoria, 216 pp.

Connolly, P. (1981): *Aníbal y los enemigos de Roma*. Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 77 pp.

— (1981): *Las legiones romanas*. Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 75 pp.

— (1981): *Los ejércitos griegos*. Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 77 pp.

Cordente, F. (1992): *Poliorcética romana 218 aC-73 dC*. Col. Tesis Doctorales, 350. Universidad Complutense de Madrid.

Domínguez Monedero, A. J. (1991): «El enfrentamiento etruscofoceo en Alalia y su repercusión en el comercio con la Península Ibérica». *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Ed. Universidad de Barcelona, pp. 239-274.

Dothan, T. (1982): *The philistines and their material culture*. Ed. Yale University Press, Yale, 385 pp.

Ducrey, P. (1985): *Guerre et guerriers dans la Grèce antique*. Ed. Office du Livre, Friburgo.

Fosati, I. (1987): *Gli eserciti etruschi*. Ed. Editrice Militare Italiana, Milán, 64 pp.

Garlan, Y. (1974): *Recherches de Poliorcietique Grecque*. BEFAR, 223, París.

— (1989): *Guerre et économie en Grèce ancienne*. La Découverte, París, 226 pp.

Gracia, F. (1995): «Producción y comercio de cereal en el N.E. de la Península Ibérica entre los siglos VI-II a.C.», *Pyrenae*, 26, pp. 91-113.

— (1997): «Poliorcética griega y fortificaciones ibéricas». *La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 165-183.

— (1997): «L'artillerie romaine et les fortifications ibériques dans la conquête du Nord-est de la péninsule Ibérique (218-195 av. J.C.)», *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, pp. 201-231.

— (1999): «Arquitectura y poder en las estructuras de poblamiento ibéricas. Esfuerzo de trabajo y corveas», *Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, pp. 99-114.
— (2000): «Análisis táctico de las fortificaciones ibéricas», *Gladius*, XX, pp. 131-170.
— (2001): «Sobre fortificaciones ibéricas. El problema de la divergencia respecto al pensamiento único», *Gladius*, XXI, pp. 155-166.
— (2001): «El fuego como referente de culto. Datos de la Protohistoria peninsular mediterránea», *Cypsela*, 13, pp. 99-120.
Guilaine, J.; Zammit, J. (2002): *El camino de la guerra. La violencia en la Prehistoria.* Ed. Ariel, Barcelona, 283 pp.
Hanson, Victor Davis (1990): *Le modèle occidentale de la guerre. La bataille d'infanterie dans la Grèce classique.* Ed. Les Belles Lettres, París, 298 pp.
Harmand, J. (1967): *L'Armée et le soldat a Rome. De 107 à 50 avant notre ère.* Ed. Picard, París.
— (1976): *La guerra antigua. De Sumer a Roma.* Ed. Edaf, Madrid.
Head, D. (1982): *Armies of the Macedonian and Punic Wars, 359 BC to 146 BC.* Ed. Wargames Research Group Publication, 192 pp.
Healy, M. (1994): *Los antiguos asirios.* Ed. Osprey/Del Prado, Madrid, 64 pp.
Hernández, F. X. (2001): *Historia militar de Catalunya. I. Dels Ibers als carolingis.* Ed. Rafael Dalmau, Barcelona, 268 pp.
Herzog, Ch.; Gichon, M. (1997): *Battles of the Bible.* Ed. Grenhill Books, Londres, 320 pp.
Izquierdo Peraile, M. I. (2000): *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela.* Serie de Trabajos Varios del SIP. Ed. Diputación Provincial de Valencia, Valencia, 558 pp.
James, S. (1993): *Exploring the World of the Celts.* Ed. Thames & Hudson, Londres, 192 pp.
Keegan, J. (1995): *Historia de la guerra.* Ed. Planeta, Barcelona, 499 pp.
Lazenby, J. F. (1985): *The Spartan Army.* Ed. Aris & Phillips Ltd., Warminster, 210 pp.
Le Bohec (1996): *Histoire militaire des guerres puniques.* París.
— (2001): «Géoestratégie de la première guerre punique». *La Première Guerre Punique.* Ed. De Boccard, París, pp. 107-118.
Lonis, R. (1969): *Les usages de la guerre entre grecs et barbares. Des guerres médiques au milieu du IV ème siècle avant JC.* Annales Littéraires de L'Université de Besançon. Ed. Les Belles Lettres, París, 173 pp.
Loreto, L. (2001): «La convenienza di perdere una guerra. La continuitã della grande strategia cartaginese, 290-238/37 a.C.». *La Première Guerre Punique.* Ed. De Boccard, París, pp. 39-106.
Lorrio, A. (1997): *Los celtíberos. Complutum, Extra 7.* Ed. Universidad Complutense de Madrid-Universidad de Alicante, Madrid, 450 pp.
Marinovic, L. P. (1988): *Le mercenariat grec et la crise de la Polis.* Ed. Les Belles Lettres, París.
Martínez Gázquez, J. (1992): *La campaña de Catón en Hispania. Aurea Saecula*, 7. Ed. Universitat de Barcelona, Barcelona, 210 pp.
Montgomery, B. L. (1969): *Historia del arte de la guerra.* Ed. Aguilar, Barcelona, 593 pp.
Moret, P. (1990): «Fortins, Tours d'Hannibal et fermes fortifiées s le monde ibérique». *Mélanges de la Casa de Velásquez*, XXVI-1, pp. 5-43.
— (1991): «Facteurs indigènes et exogènes dans l'évolution de l'Architecture défensive ibérique». *Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Ple (segles IV-III a.C.).* Manresa, pp. 265-271.

— (1996): *Les fortifications ibériques, de la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine.* Ed. Casa de Velázquez, Madrid.

— (1999): «Rostros de piedra. Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones urbanas ibéricas». *Los Iberos. Príncipes de Occidente.* Barcelona, pp. 83-92.

Muñiz Coello, J. (2000): «La desnudez del galo y otros guerreros. Unas notas comparadas». *Espacio, tiempo y Forma. Serie II. Historia Antigua*, 13, pp. 229-242.

Parke, H. W. (1933): *Greek Mercenary Soldiers from the Earliest Times to the Battle of Ipsus.* Ed. Clarendon Press, Oxford.

Pellicer, J. L. (1994): *Táctica militar y estrategia en el antiguo Egipto (Desde los orígeneshasta finales del Imperio Nuevo).* Tesis Doctoral. Universidad de Barcelona.

Prados, L. (1992): *Exvotos ibéricos de bronce del Museo Arqueológico Nacional.* Ed. Ministerio de Cultura, Madrid, 386 pp.

Prieto Vilas, M. I. (2000): «El recorrido en torno a la sepultura turriforme de Pozo Moro y secuencia narrativa de sus relieves: algunas propuestas». *Espacio, tiempo y Forma. Serie II. Historia Antigua*, 13, pp. 325-356.

Pritchett, W. K. (1974): *The Greek State at War.* Ed. University of California Press, Los Ángeles.

Quesada, F. (1989): *Armamento, guerra y Sociedad en la necrópolis Ibérica de El Cabecico del Tesoro (Murcia, España).* BAR International Series, 502. Oxford.

— (1994): «Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado». *Arqueología de la magna Grecia, Sicilia y Península Ibérica.* Ed. Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 191-246.

— (1994): «Los mercenarios ibéricos y la concepción histórica en Antonio García y Bellido». *Archivo Español de Arqueología*, 67, pp. 309-311.

— (1995): «Las armas en la Sociedad Ibérica: Diez preguntas fundamentales». *El Mundo ibérico. Una nueva imagen en los albores del año 2000.* Toledo, pp. 158-169.

— (1997): «¿Jinetes o caballeros? En torno al empleo del caballo en la Edad del Hierro peninsular». *La Guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania.* Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 185-194.

— (1999): «Romanos, cartagineses e hispanos en la batalla de Baecula». *II Jornadas de estudios Históricos: La Batalla de Baecula.* Ed. Ayuntamiento de Mengíbar, Jaén, pp. 46-70.

— (1999): «Lanzas hincadas, Aristóteles y las estelas del Bajo Aragón». *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, pp. 361-369.

— (1999): «Datos para una filiación egea de los carros grabados en las Estelas del Suroeste». *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, pp. 179-189.

Rodgers, W. L. (1964): *Greek and Roman Naval Warfare.* Ed. United States Naval Institute, Annapolis, 555 pp.

Rovira, C. (1998): «L'exhibició d'armes i cranis enclavats en els hàbitats ibers septentrionals», *Cypsela*, 12, pp. 167-182.

Sekunda, N. (1986): *The Ancient Greeks.* Ed. Osprey, Londres, 64 pp.

— (1994): *El ejército persa 560-330 a.C.* Ed. Del Prado, Madrid, 63 pp.

Sun Tzu (2000): *L'art de la guerra. Els treze articles.* Els petits llibres de la saviesa, Barcelona, 176 pp.

Tallis, N. (1984): *Armies of the Ancient Near East 3000 BC to 539 BC.* Ed. Wargames Research Group Publication, Worthing, 204 pp.

Tourraix, A. (1999): «Les mercenaires grecs au service des Achéménides». *Guerres et sociétés dans les mondes grecs (490-322)*. Éditions du temps, París, pp. 201-216.
Treviño, R. (1986): *Romes Emenies (4). Spanish Armies 218 BC-19 BC*. Ed. Osprey, Londres, 48 pp.
Von Clausewitz, K. (1999): *De la Guerra. Táctica y estrategia*. Ed. Idea universitaria, Barcelona, 312 pp.
Walzer, M. (2001): *Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos*. Col. Estado y sociedad, 92. Ed. Paidós, Barcelona, 448 pp.
Warmington, B. H. (1960): *Carthage*. Ed. Robert Hale, Londres, 222 pp.
Warry, J. (1980): *Warfare in the Classical World. From the rise of Mycenae to the decline of the Roman Empire 1600 BC-AD800*. Ed. Salamander, Londres, 224 pp.
— (1994): *Alejandro 334-323 a.C. La conquista del Imperio Persa*. Ed. Del Prado, Madrid, 95 pp.
Wise, T. (1982): *Armies of the Carthaginian Wars 265-146 BC*. Ed. Osprey, Londres, 40 pp.

Obras específicas sobre armamento

AA.VV. (1999): *Carri da guerra e principi etruschi*. Ed. L'Erma di Bretschneider, Roma, 363 pp.
Almagro Gorbea, M. (1998): «*Signa Equitum* de la Hispania céltica», *Complutum*, 9, pp. 101-116.
Baquedano, M.ª I.; Cabré de Morán, E. (1997): «Caudillos celtas y armamento de parada». *La Guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 261-270.
Basch, L. (1977): «Trières grecques, phéniciennes et egyptiennes», *Journal of Hellenic Studies*, XCVII, pp. 1-10.
Bergman, C. A.; McEwen, E.; Miller, R. (1988): «Experimental archery: projectile velocities and comparison of bow performances», *Antiquity*, 62, pp. 658-670.
Brunaux, J. L.; Lambot, B. (1987): *Armament et guerre chez les gaulois*. Ed. Errance, París, 218 pp.
Cabré de Morán, E.; Baquedano, M.ª I. (1997): «El armamento céltico en la II Edad del Hierro». *La Guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 240-260.
Cuadrado, E. (1989): *La panoplia ibérica de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia)*. Ed. Editora Regional de Murcia, Murcia, 136 pp.
Feugère, M. (1993): *Les armes des romains. De la République à l'Antiquité tardive*. Ed. Errance, París.
Garay Tobos, J. I.; Romeo Marugan, F. (1998): «El armamento púnico frente a Sagunto: la aparición de la artillería de torsión en la Península Ibérica». *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórico-militar y sus repercusiones en España*. Sevilla, pp. 47-64.
Le Bohec, Y. (1999): «L'armement des Romains pendant les Guerres Puniques», *Journal of Roman Military Equipement*, 8, pp. 13-24.
Marsden, E. W. (1969): *Greek and Roman artillery from 339 BC to the IVth century AD*. Ed. Clarendon Press, Oxford.

Miller, R.; McEwen, E.; Bergman, C. (1986): «Experimental approaches to Ancient Near Eastern archery», *World Archaeology*, 18, 2, pp. 178-195.
Morrison, J. S.; Coates, J. F. (1989): *An athenian trirreme reconstructed*. BAR International Series, 486, Oxford.
Quesada, F. (1989): «La utilización del arco y las flechas en la cultura ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 46, pp. 161-201.
— (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*. Monographies Instrumentum, 3. Éditions Monique Mergoil, Montagnac, 962 pp.
— (1999): «Montefortino-type and related helmets in the Iberian Peninsula: a study in arcaheological context», *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, pp. 151-166.
— (1999): «Gladius hispaniensis: an archaeologial view from Iberia», *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, pp. 251-270.
Ramon, J. (1983): «Puntas de flecha en bronce fenicio-púnicas halladas en Ibiza: algunos materiales inéditos». *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, II, Madrid, pp. 309-323.
Reboreda, S. (1988): «El arco y las flechas en el Bronce Final y en el Hierro Inicial en Grecia», *Gerión*, 16, pp. 85-99.
Snodgrass, A. M. (1967): *Arms and armour of the greeks*. Ed. Cornell University Press, Ithaca.
Vicente, J. D.; Punter, M.ª P.; Ezquerra, B. (1999): «La catapulta tardo-republicana y otro equipamiento militar de La Caridad (Caminreal, Teruel)», *Journal of Roman Military Equipment*, 8, pp. 167-199.
Wachsman, S. (1981-982): «The ships of the Sea Peoples», *IJNAUE*, 10, 3 y 11, 4, pp. 187-220, y 297-304.

Obras específicas sobre yacimientos arqueológicos

Almagro Gorbea, M. (1978): «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro», *Trabajos de Prehistoria*, 35, pp. 251-278.
— (1983): «Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica», *Madrider Mitteilungen*, 24, pp. 177-294.
— (1997): «Lobo y ritos de iniciación en Iberia», *Iconografía Ibérica. Iconografía Itálica. Propuestas de interpretación y lectura*. Madrid, pp. 112-114.
— (1999): «Pozo Moro, 25 años después», *Revista de Estudios Ibéricos*, 2, pp. 31-64.
Berrocal, L. (1994): «Arqueología de las fortificaciones griegas. Aparejos y elementos», *Revista de Arqueología*, 164, pp. 20-35.
— (1994): «Arqueología de las fortificaciones griegas. Fortalezas, tácticas y estrategias», *Revista de Arqueología*, 165, pp. 42-51.
— (1994): «Arqueología de las fortificaciones griegas. Repercusiones entre púnicos, iberos y celtas», *Revista de Arqueología*, 166, pp. 24-35.
Blech, M. (1997): «Los inicios de la iconografía de la escultura ibérica en piedra: Pozo Moro». *Iconografía ibérica. Iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*, Madrid, pp. 193-210.
Bonet, H. (1995): *El tossal de Sant Miquel de Llíria. La antigua Edeta y su territorio*. Ed. Diputación de Valencia, Valencia, 547 pp.

Bonet, H.; Guerin, P.; Mata, C. (1994): «Urbanisme i habitatge ibèrics al País Valencià», *Cota Zero*, 10, pp. 114-130.

García Cano, J. M. (1994): «El pilar estela de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)». *Revista de Estudios Ibéricos*, 1, pp. 173-201.

— (1997): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*. Ed. Universidad de Murcia, Murcia.

García-Gelabert, M.ª P. (1988): *La necrópolis del Estacar de Robarinas, Jaén: ritos y creencias*, Madrid.

Guerin, P.; Bonet, H. (1993): «El dispositivo de entrada al poblado ibérico del Castellet de Bernabé (Llíria, Valencia)». *Homenatge al Prof. Miquel Tarradell*. Barcelona, pp. 449-462.

León, P. (1998): «La imagen en la cultura ibérica. La escultura». *Los Iberos. Príncipes de Occidente. Catálogo de la exposición*. Ed. La Caixa, Barcelona, pp. 153-169.

Llobregat, E.; Cortell, E.; Juan, J.; Olcina, M.; Segura, A. (1995): «El sistema defensiu de la porta d'entrada del poblat ibèric de La Serreta. Estudi preliminar», *Recerques del Museu d'Alcoi*, 4, pp. 135-162.

Molinos, M.; Chapa, T.; Ruiz, A.; Pereira, J.; Risques, C.; Madrigal, A.; Esteban, A.; Mayoral, V.; Llorente, M. (1998): *El santuario heroico de «El pajarillo». Huelma (Jaén)*. Ed. Universidad de Jaén, Jaén, 368 pp.

Molinos, M.; Ruiz, A.; Chapa, T.; Pereira, J. (1998): «El santuario heroico de "El Pajarillo" de Huelma (Jaén, España)». *Los Iberos. Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Barcelona, pp. 160-167.

Molist, M.; Rovira, J. (1991): «La fortificació ibèrica del turó del Montgròs (El Brull, Osona)». *Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Ple, segles IV-III a.C.* Manresa, pp. 244-264.

Moret, P.; Puigcerver, A.; Rouillard, P.; Sánchez, M. J.; Sillières, P. (1994): «The fortified settlement of La Picola (Santa Pola, Alicante) and the Greek Influence in South-East Spain». *Social Complexity and the Development of towns in Iberia. From the Coper Age to the second century A.D.* PBA, 86, Londres, pp. 109-125.

Müller, H. (1996): «Beobachtungen an befestigungsanlagen in Katalonien. Elemente griechischer befestigungstechnik in Emporion, Ullastret und Tivissa», *Madrider Mitteilungen*, 37, pp. 86-102.

Negueruela, I. (1987): «Monomachias de carácter helenizante en la escultura ibérica de Ipolca (Porcuna)», *Grecs et Ibères*, París, pp. 319-338.

— (1990): *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)*. Ed. Ministerio de Cultura, Madrid.

— (1998): «Las esculturas del Cerrillo Blanco de Porcuna». *Los Iberos. Príncipes de Occidente. Catálogo de la exposición*. Ed. La Caixa, Barcelona, pp. 170-171.

Olmos, R. (1996): «Pozo Moro: ensayos de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico». *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, Madrid.

Pallarés, R. (1983-1984): «El sistema defensivo frontal del Castellet de Banyoles, Tivissa, Ribera d'Ebre», *Pyrenae*, 19-20, pp. 113-126.

— (1986): «Dos elements de filiació grega del segle IV a.C. a l'assentament ibèric del Castellet de Banyoles, Tivissa, Ribera d'Ebre», *6è Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, pp. 281-290.

Rouillard, P. (1986): «Les fortifications préromaines de l'aire ibérique». *La fortification et sa place dans l'histoire politique, culturelle et sociale du Monde Grec*. París, pp. 213-220.

Sanmartí, E.; Nolla, J. M.ª (1986): «Informe preliminar sobre l'excavació d'una torre situada a ponent de la ciutat grega d'Empúries», *6è Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, pp. 159-191.

Sanmartí, E.; Castanyer, P.; Tremoleda, J. (1988): «La secuencia histórico-topográfica de las murallas del sector meridional de Emporion», *Madrider Mitteilungen*, 29, pp. 191-200.

— (1991): «Nuevos datos sobre la historia y la topografía de las murallas de Emporion», *Madrider Mitteilungen*, 33, pp. 100-112.

— (1996): «Nota sobre el bastió oriental de la muralla grega d'Emporion», *Fonaments*, 9, pp. 243-250.

Sanmartí, E.; Castanyer, P.; Tremoleda, J.; Barberà, J. (1986): «Las estructuras griegas de los siglos V y IV a. de J.C. halladas en el sector sur de la Neapolis de Ampurias (campaña de excavaciones del año 1986)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 12, pp. 141-184.

Sanmartí, J.; Santacana, J. (1994): «L'urbanisme protohistòric a la costa de Catalunya», *Cota Zero*, 10, pp. 27-37.

ÍNDICE

Impreso en el mes de enero de 2003
en HUROPE, S. L.
Lima, 3 bis
08030 Barcelona

Las interpretaciones tradicionales sobre el concepto y los usos de la guerra en la Protohistoria de la Península Ibérica han tendido a presentar la actividad bélica como el resultado de una acción descoordinada de las diversas estructuras tribales frente a la acción organizada de los ejércitos estatales de Cartago y Roma. A partir del análisis de las fuentes clásicas griegas y romanas y del registro arqueológico se plantea una revisión de la concepción de la ideología militar en la Cultura Ibérica.

Partiendo de los principios de análisis de la guerra heroica durante el Ibérico Antiguo, derivados de la caracterización de las estructuras nobiliarias del Bronce Final en las que la posesión y el empleo de las armas constituían un símbolo determinante del estatus social, se analiza la progresiva asunción de la organización y la responsabilidad militar por parte de los grupos gentilicios de raíz nobiliar, así como la implicación en la actividad bélica de un número cada vez mayor de individuos libres de las nuevas estructuras políticas jerarquizadas y preestatales desde el siglo IV a.C. Paralelamente, la participación de contingentes iberos y celtiberos como mercenarios en las guerras del Mediterráneo central y oriental desde el siglo V a.C. supondrá el conocimiento y la difusión de los sistemas tácticos y la tecnología militar que caracterizan la fase central del primer milenio antes de Cristo en los estados de la cuenca mediterránea por las comunidades peninsulares. El resultado de los cambios de organización y tecnología cristalizará en la asunción de los planteamientos organizativos de la guerra compleja por las tribus ibéricas y celtibéricas a partir del siglo III a.C., cuando se impongan progresivamente las tácticas de orden cerrado para el combate en campo abierto y los sistemas de asedio propios de los ejércitos estatales.

El libro estudia sucesivamente los principios de la concepción de la guerra protohistórica, la organización de los ejércitos, las tipologías del armamento, los principios estratégicos, las tácticas de combate, los sistemas de suministro y el avituallamiento de las tropas, así como las consecuencias políticas, económicas y sociales de la guerra en la Protohistoria.

Francisco Gracia Alonso (Barcelona, 1960) es profesor titular de Prehistoria de la Universidad de Barcelona. Especializado en el estudio de la Protohistoria y la Cultura Ibérica, ha dirigido proyectos de investigación de la DGCYT, la UE y diversas CC.AA., así como las intervenciones arqueológicas en los yacimientos de Moleta del Remei (Alcanar), Sant Jaume-Mas d'en Serra (Alcanar), Puig de Sant Andreu-Zona UB (Ullastret) y Alto de la Cruz (Cortes). Es autor de más de ciento cincuenta publicaciones sobre temas de su especialidad.

Ariel Prehistoria